

LACUNZA Y DÍAZ, MANUEL (1731-1801)

LA VENIDA DEL MESÍAS EN GLORIA Y MAJESTAD

(Tomo I)

ÍNDICE

Observaciones sobre la segunda venida de Jesucristo o análisis de la obra de Lacunza (jesuita) sobre esta importante materia.

Al Mesías Jesucristo, hijo de Dios, hijo de la Santísima virgen María, hijo de David, hijo de Abraham

PRÓLOGO

DISCURSO PRELIMINAR

PARTE PRIMERA

Que contiene algunos preparativos necesarios para una justa observación

CAPITULO I

De la letra de la santa escritura

CAPITULO II

De la autoridad extrínseca sobre la letra de la Santa Escritura

CAPITULO III

Se propone el sistema ordinario sobre la segunda venida del Mesías, y el modo de examinarlo

CAPITULO IV

Se propone otro nuevo sistema

CAPITULO V

Primera dificultad. Los milenarios. Disertación

CAPITULO VI

Segunda dificultad. La Resurrección de la carne, simultanea y única. Disertación

CAPITULO VII

Tercera dificultad. Un texto del símbolo de San Atanasio. Trátase del juicio de vivos.

Disertación

CAPITULO VIII

Cuarta dificultad. Un texto del Evangelio

CAPITULO IX

Última dificultad

PARTE SEGUNDA

Que comprende la observación de algunos fenómenos particulares sobre la Profecía de Daniel, y venida del Anticristo

FENÓMENO I

La estatua de cuatro metales del capítulo segundo de Daniel. Preparación

SEGUNDA PARTE DE LA PROFECÍA

Caída de la piedra sobre los pies de la estatua, y fundación de otro nuevo reino sobre las ruinas de todos

FENÓMENO II

Las cuatro bestias del capítulo séptimo del mismo Daniel

DESCRIPCIÓN DE LAS CUATRO BESTIAS

Y explicación de este misterio, según se halla en los expositores

SEGUNDA PARTE DE LA PROFECÍA

Muerte de la cuarta bestia, y sus resultas

FENÓMENO III

El Anticristo

FENÓMENO IV

El fin del Anticristo

Observaciones sobre la segunda venida de Jesucristo o análisis de la obra de Lacunza sobre esta importante materia.

Cuando al contemplar el estado presente de la Iglesia no se perciben por todas partes sino motivos de dolor, el espíritu se trasporta naturalmente a las promesas que se le han hecho en los libros santos: promesas magníficas, cuyo cumplimiento cerrará todas sus llagas, y será para ella, según la expresión del apóstol, un regreso de la muerte a la vida. El análisis que anunciamos de la grande e importante obra de *Lacunza*, es muy propio para fomentar esta esperanza, y para satisfacerla.

El objeto del Padre Manuel *Lacunza* es probar que la segunda venida de Jesucristo, que nosotros esperamos, y que es uno de los artículos de nuestra fe, no sucederá como se cree comúnmente el día último del mundo, sino mucho tiempo antes; que ella será seguida de la conversión de todos los pueblos de la tierra, y de una larga paz, que el Apocalipsis explica por el número determinado de mil años; que después de esto, Satanás, a quien Dios aflojará el freno, comenzando de nuevo sus seducciones, llegará al fin a corromper aun otra vez a todas las naciones, menos una; y que entonces Jesucristo, que no habrá dejado la tierra, subiendo sobre su trono, juzgará a todos los hombres.

La obra está dividida en tres partes: la primera está dedicada a separar de sí la nota de Milenario, que se pone a todos los que interpretando la Escritura en su sentido natural, creen que después de la segunda venida de Jesucristo habrá verdaderamente sobre la tierra una paz de mil años. *Lacunza* hace ver que es necesario distinguir muchas especies de milenarismos. Unos condenados por los padres, y otro que ha quedado siempre intacto, y que aún formaba el común sentir de los fieles en los primeros siglos de la Iglesia: y que su sistema, conforme a este milenarismo, se diferencia enteramente de los otros. En la segunda parte detalla las pruebas, tomadas principalmente de dos célebres profecías de Daniel, que son la estatua de los cuatro metales, y las cuatro bestias; de lo que se dice en el Apocalipsis del Anticristo y su fin; y en Amós, como en otros muchos lugares de la Escritura, del restablecimiento de la casa de David. Observa que a sus pruebas podría añadir otras muchas, pues los libros santos las presentan por todas partes en gran número; pero que se limita a éstas, que le parecen suficientes, y por no ser interminable. Sorprende la superioridad con que él discute estos textos; y su explicación de las dos profecías de Daniel es con particularidad su obra maestra. En la tercera parte explica *Lacunza*, cuáles serán las consecuencias de la segunda venida de Jesucristo; y esta última parte, llena de luces sobre una multitud de puntos muy interesantes, no es menos instructiva que la anterior. Admira sobre todo, lo que concierne al nuevo templo anunciado por Ezequiel, y su destrucción. *Lacunza* encuentra allí cosas que se habían escapado a casi todos los comentadores, y hace inteligibles nueve capítulos enteros de este profeta, en los que generalmente se convenía no entenderse nada.

Este análisis, cuyo autor deja para otra vez reparar las equivocaciones que cree hallar en la obra de *Lacunza*, está terminado con una noticia biográfica, por la que sabemos que *Lacunza*, nacido en Chile el año de 1731, entró en la compañía de Jesús en 1747, y profesó en 1766. Al siguiente año, expatriado como todos los Jesuitas de los dominios

españoles, vino con muchos de sus cohermanos americanos a fijarse a Italia en Imola en la Romanía, en donde pasó muchos años en cierta clase de ociosidad, a que lo condenaban la ignorancia de la lengua del país, la escasez de libros, y la encíclica del papa Ganganelli, que prohibía a todos los Jesuitas las funciones del ministerio eclesiástico.

«Después de cinco años de mansión en Imola, continúa la noticia, *Lacunza* separado voluntariamente de toda sociedad, se alojó algún tiempo en un arrabal, y después en el recinto y cerca de la muralla de la ciudad: dos habitaciones del piso bajo le dieron un retiro aun más solitario, en donde ha vivido por espacio de más de veinte años como un verdadero anacoreta.

»Para no distraerse de su plan de vida, se servía a sí mismo, y a nadie franqueaba la entrada a su habitación. Tenía la costumbre muy singular de acostarse al despuntar el día, o poco antes, según las estaciones. Acaso arrebatado por el gusto de la astronomía que había tenido desde su juventud, le era grato estar en vela mientras estaban visibles los astros en el cielo, o quizá apreciaba este tiempo de recogimiento y de silencio como el más favorable al estudio. Se levantaba a las diez, decía misa, y después iba a comprar sus comestibles; los traía, se encerraba, y los preparaba por sí mismo. Por la tarde daba siempre solo un paseo en el campo. Después de la cena iba como a escondidas a pasar un rato con un amigo; y vuelto a su casa, estudiaba, meditaba, o escribía hasta la aurora. Tal fue su régimen invariable hasta 17 de junio de 1801, época de su muerte. Su cadáver fue hallado la mañana de este día en un foso de poca agua cerca de la ribera del río que baña los muros de la ciudad. Se presumió que él había caído allí la víspera, al hacer su paseo ordinario.

»He dudado por algún tiempo, dice el redactor, si hablaría de esta circunstancia, por la propensión general que hay a juzgar mal de los que tienen semejante fin: mas es necesario renunciar alguna vez de esta preocupación tan injusta, como temeraria, que llegaría hasta hacernos dudar de la salvación de muchas personas, cuyo nombre es de bendición en la Iglesia, y de muchos con quienes hemos vivido, a quienes honramos, y cuya memoria nos es muy cara. La mejor preparación para la muerte es la de todos los días, no la del momento, muchas veces sospechosa, y casi siempre insuficiente. ¡Ah! ¿cuál es, pues, el motivo de temer? O más bien ¿cuántas no son las razones de esperar respecto de un sacerdote que, por el testimonio de los que lo han conocido, tuvo siempre una conducta irrepreensible; que retirado casi enteramente del mundo, no tenía parte en su corrupción; cuyo tiempo estaba dividido entre la oración y el estudio; y que en este estado, celebrando todos los días los santos misterios, era fortalecido todos los días con el sagrado viático, destinado para sostenernos en los últimos instantes? Lo esencial es estar siempre dispuesto, y tener la lámpara siempre encendida. Con tales disposiciones la muerte puede ser pronta, puede ser repentina; pero ella no es imprevista: ¿y no es ésta la única temible?»

La obra de *Lacunza* compuesta en español, ha sido impresa en Londres en 1816 en cuatro volúmenes en octavo mayor. Hay una traducción latina hecha a la vista del autor, sólo conocida en Italia, en donde circula en manuscrito, y parece haber tenido una honrosa

acogida entre los literatos. «Muchos, sin embargo, se escribe de aquel país, vituperan el sistema de Lacunza. Los unos no han leído más que copias desfiguradas, los otros que lo censuran sin haberlo leído, son movidos por un sentimiento de piedad laudable en su principio, pareciéndoles peligrosa toda novedad en materia de dogma. Yo pienso lo mismo, dice el redactor del análisis; pero sin dejarse llevar a todo viento de doctrina, ¿no se debe homenaje a las verdades nuevas que es posible descubrir? La escritura es un vasto campo abierto a nuestras investigaciones. Ciertas verdades están allí depositadas, explicadas en términos claros, y enseñadas uniformemente por la tradición: ellas sirven de fundamento a nuestra fe. Otras más oscuras, sobre las cuales no hay tradición, sino solamente juicios diversos y opiniones inciertas, se encuentran allí igualmente. Estas son propiamente el objeto del trabajo de los comentadores; y cuando a fuerza de meditaciones han llegado a reconocerlas, y desprenderlas de lo que las ofuscaba, y ponerlas en la evidencia sin lastimar en alguna manera a las primeras, les debemos sin duda el testimonio del reconocimiento, muy lejos de disgustarnos por sus afanes; así como se debe a la verdad, luego que se presenta, la sumisión y el asenso.»

No podemos menos que recomendar a nuestros lectores la adquisición de este compendio de la obra de *Lacunza*, que es verdaderamente, como dice el autor del análisis, un tratado excelente, lleno de luces, y el más completo y profundo que tenemos sobre la materia de los últimos tiempos. El sabio, a quien debemos este análisis, ha probado hace tiempo por otros escritos el fervor de su celo ilustrado, y la extensión de sus conocimientos en materias religiosas.

Al Mesías Jesucristo, hijo de Dios, hijo de la Santísima virgen María, hijo de David, hijo de Abraham

SEÑOR;

El fin que me he propuesto en esta obra (lo sabe bien Vuestra Merced) es dar a conocer un poco más la grandeza y excelencia de vuestra adorable persona, y los grandes y adorables misterios, *los nuevos y los añejos*, relativos al Hombre Dios, de que dan tan claros testimonios las Santas Escrituras. En la constitución presente de la Iglesia y del mundo, he juzgado convenientísimo proponer algunas ideas, *no nuevas sino de un modo nuevo*, que por una parte me parecen expresas en la Escritura de la verdad; y por otra parte se me figuran de una suma importancia, principalmente para tres clases de personas.

Deseo y pretendo en primer lugar, despertar por este medio, y aun obligar a los sacerdotes a sacudir el polvo de las Biblias, convidándolos a un nuevo estudio, a un examen nuevo, y a nueva y más atenta consideración de este libro divino, el cual siendo libro propio del sacerdocio, como lo son respecto de cualquier artífice los instrumentos de su facultad, en estos tiempos, respecto de no pocos, parece ya el más inútil de todos los libros. ¡Qué bienes no debieramos esperar de este nuevo estudio, si fuese posible

restablecerlo entre los sacerdotes hábiles, y constituidos en la Iglesia por maestros y doctores del pueblo Cristiano!

Deseo y pretendo lo segundo, detener a muchos, y si fuese posible, a todos los que veo con sumo dolor y compasión correr precipitadamente *por la puerta ancha y espacioso camino* hacia el abismo horrible de la incredulidad; lo cual no tiene ciertamente otro origen sino la falta de conocimiento de vuestra divina persona: y esto por verdadera ignorancia de las Escrituras Sagradas, que son las que dan testimonio *de Vuestra Merced*.

Deseo y pretendo, lo tercero, dar alguna mayor luz, o algún otro remedio más pronto y eficaz a mis propios hermanos los judíos, *cuyos padres son los mismos de quienes desciende Cristo segun la carne*.

¿Qué remedio pueden tener estos miserables hombres, sino el conocimiento de su verdadero Mesías a quien aman, y por quien suspiran noche y día sin conocerlo? ¿Y cómo lo han de conocer, si no se les abre el sentido? ¿Y cómo se les puede abrir suficientemente este sentido en el estado de ignorancia y ceguedad en que actualmente se hallan, *conforme a las Escrituras*, si sólo se les muestra la mitad del Mesías, encubriéndoles y aun negándoles absolutamente la otra mitad? ¿Si sólo se les predica (quiero decir) lo que hay en sus Escrituras perteneciente a vuestra primera venida en carne pasible, como redentor, como maestro, como ejemplar, como sumo sacerdote, etc.; y se les niega sin razón alguna lo que ellos creen y esperan, según las mismas Escrituras, aun con ideas poco justas y aun groseras, perteneciente a la segunda?

¡Oh Señor mío Jesucristo, bondad y sabiduría inmensa! Todo esto que pretendo por medio de este escrito, si algo se consigue por vuestra gracia, debe redundar necesariamente en vuestra mayor gloria, pues esta la habéis puesto en el bien de los hombres. Por tanto debo esperar de la benignidad de vuestro dulcísimo corazón, que no desecharéis este pequeño obsequio que os ofrece mi profundo respeto, mi agradecimiento, mi amor, mi deseo intenso de algún servicio a mi buen Señor, *como quien me ha alcanzado misericordia para serle fiel*.

Si como yo lo deseo, y me atrevo a esperarlo, se siguiere de aquí algún verdadero bien, todo él lo ofrezco humildemente a vuestra gloria, y lo pongo, junto conmigo a vuestros pies: y en este caso pido, Señor, con la mayor instancia, vuestra soberana protección; de la cual tengo tanta mayor necesidad, cuanto temo, no sin fundamento, grandes contradicciones, y cuanto soy un hombre oscuro e incógnito, sin gracia ni favor humano; antes confundido con el polvo, y en cierto modo *contado con los malvados*. Me reconozco, no obstante, y me confieso por vuestro siervo, aunque indigno e inútil, etc.

Juan Josafat Ben-Ezra.

No me atreviera a exponer este escrito a la crítica de toda suerte de lectores, si no me hallase suficientemente asegurado: si no lo hubiese hecho pesar una y muchas veces en las mejores y más fieles balanzas que me han sido accesibles, si no hubiese, digo, consultado a muchos sabios de primera clase, y sido por ellos asegurado (después de un prolijo y riguroso examen) de no contener error alguno, ni tampoco alguna cosa de sustancia digna de justa reprensión.

Mas como este examen privado (que por mis grandes temores, bien fundado en el claro conocimiento de mi nada, lo empecé a pedir tal vez antes de tiempo) no pudo hacerse con tanto secreto que de algún modo no se trasluciese, entraron con esto en gran curiosidad algunos otros sabios de clase inferior, en quienes por entonces no se pensaba, y fue necesario, so pena de no leves inconvenientes, condescender con sus instancias. Esta condescendencia inocente y justa ha producido, no obstante, algunos efectos poco agradables, y aun positivamente perjudiciales: ya porque el escrito todavía informe se divulgó antes de tiempo y sazón; ya porque en este estado todavía informe se sacaron de él algunas copias contra mi voluntad, y sin serme posible el impedirlo; ya también y principalmente, porque algunas de estas copias han volado más lejos de lo que es razón, y una de ellas, según se asegura, ha volado hasta la otra parte del océano, en donde dicen ha causado no pequeño alboroto, y no lo extraño, por tres razones: primera, porque esa copia que voló tan lejos, estaba incompleta, siendo solamente una pequeña parte de la obra; segunda, porque estaba informe, no siendo otra cosa que los primeros borrones, las primeras producciones que se arrojan de la mente al papel, con ánimo de corregirlas, ordenarlas y perfeccionarlas a su tiempo; tercera, porque a esta copia en si misma informe, se le habían añadido y quitado no pocas cosas al arbitrio y discreción del mismo que la hizo volar; el cual aun lleno de bonísimas intenciones, no podía menos (según su natural carácter bien conocido de cuantos le conocen) que cometer en esto algunas faltas bien considerables. Yo debo por tanto esperar de todas aquellas personas cuerdas a cuyas manos hubiese llegado esta copia infeliz, o tuviesen de ella alguna noticia, que se harán cargo de todas estas circunstancias; no juzgando de una obra por algunos pocos de papeles sueltos, manuscritos, e informes, que contra la voluntad de su autor se arrojaron al aire imprudentemente, cuando debían más antes arrojarse al fuego. Esto último pido yo, no sólo por gracia, sino también por justicia, a cualquiera que los tuviese.

Hecha esta primera advertencia que me ha parecido inevitable, debo ahora prevenir alguna leve satisfacción a dos o tres reparos generales y obvios, que ya se han hecho por personas nada vulgares, y por consiguiente se pueden hacer.

Primer reparo

El primero y más ruidoso de todos es la novedad. Está (dicen como temblando, y sin duda con óptima intención) en puntos que pertenecen de algún modo a la religión, como es la inteligencia y explicación de la Escritura Santa, siempre se ha mirado, y siempre debe mirarse con recelo y desecharse como peligro; mucho más en este siglo en que hay tantas novedades, y en que apenas se gusta de otra cosa que de la novedad, etc.

Respuesta

La primera parte de esta proposición ciertamente es justa y prudentísima, así como la segunda parte parece imprudentísima, injustísima, y por eso infinitamente perjudicial. La novedad en cualquier asunto que sea, mucho más en la inteligencia y exposición de la Escritura Santa, debe mirarse siempre con recelo, y no admitirse ni tolerarse con ligereza: mas de aquí no se sigue que deba luego al punto desecharse como peligro, ni reprobarse ligeramente por sólo el título de novedad. Esto sería cerrar del todo la puerta a la verdad, y renunciar para siempre a la esperanza de entender la Escritura Divina. Todos los intérpretes, así antiguos como no antiguos, confiesan ingenuamente (y lo confiesan muchas veces ya expresa ya tácitamente sin poder evitar esta confesión) que en la misma Escritura hay todavía infinitas cosas oscuras y difíciles que no se entienden, especialmente lo que es profecía. Y aunque todos han procurado con el mayor empeño posible dar a estas infinitas cosas algún sentido o alguna explicación, saben bien los que tienen en esto alguna práctica, que este sentido y explicación realmente no satisface; pues las más veces no son otra cosa que una pura acomodación gratuita y arbitraria, cuya impropiedad y violencia salta luego a los ojos.

Ahora digo yo: estas cosas que hasta ahora no se entienden en la Escritura Santa, deben entenderse alguna vez, o a lo menos proponerse su verdadera inteligencia; pues no es creíble, antes repugna a la infinita santidad de Dios, que las mandase escribir inútilmente *por sus siervos los profetas*. Si alguna vez se han de entender, o se ha de proponer su verdadera inteligencia, será preciso esperar este tiempo, que hasta ahora ciertamente no ha llegado. Por consiguiente será preciso esperar sobre esto en algún tiempo alguna novedad. Mas si esta novedad halla siempre en todos tiempos cerradas absolutamente todas las puertas, si siempre se ha de recibir y mirar como peligro, si siempre se ha de reprobar por solo el título de novedad, ¿qué esperanza puede quedarnos? El preciso título de novedad, aun en estos asuntos sagrados, lejos de espantar a los verdaderos sabios, por píos y religiosos que sean, debe por el contrario incitarlos más, y aun obligarlos a entrar en un examen formal, atento, prolijo, circunstanciado, imparcial de esta que se dice novedad, para ver y conocer a fondo, lo primero: si realmente es novedad o no; si es alguna idea del todo nueva, de que jamás se ha hablado ni pensado en la iglesia católica desde los apóstoles hasta el día de hoy, o es solamente una idea seguida, propuesta, explicada y probada con novedad. En lo cual no pueden ignorar los sabios católicos, religiosos y píos, que hay una suma diferencia y una distancia casi infinita. Lo segundo: si esta novedad o esta idea solo propuesta, seguida, explicada y probada con novedad, es falsa o no; es decir, si se opone o no se opone a alguna verdad de fe divina, cierta, segura, e indisputable, si es contraria o no contraria, sino antes conforme a aquellas tres reglas, únicas e infalibles de nuestra creencia, que son: primera, la Escritura Divina *entendida en sentido propio y literal*; segunda, la tradición, no humana, sino divina: la tradición, digo, no de opinión sino de fe divina, cierta, inmemorial, universal y uniforme (condiciones esenciales de la verdadera tradición divina); tercera, la definición expresa y clara de la Iglesia congregada en el Espíritu Santo.

Lejos de temer un examen formal por esta parte, o por las tres reglas únicas e infalibles, arriba dichas, es precisamente el que deseo y pido con toda la instancia posible; ni temo otra cosa sino la falta de este examen, exacto y fiel. Si las cosas que voy a proponer (llámense nuevas, o solo propuestas y tratadas con novedad) se hallaren opuestas, o no conformes con estas tres reglas infalibles, y si esto se prueba de un modo claro y perceptible, con esto sólo yo me daré al punto por vencido, y confesaré mi ignorancia sin dificultad. Mas si a ninguna de estas tres reglas se opone nuestra novedad, antes las respeta y se conforma con ellas escrupulosamente: si la primera regla que es la Escritura Santa no sólo no se opone, sino que favorece y ayuda, positivamente, claramente, universalmente; si por otra parte las dos reglas infalibles nada prohíben, nada condenan, nada impiden, porque nada hablan, etc.; en este caso ninguno puede condenar ni reprender justa y razonablemente esta novedad, por sólo el título de novedad, o porque no se conforma con el común modo de pensar. Esto sería canonizar solemnemente como puntos de fe divina, las infinitas inteligencias y explicaciones puramente acomodaticias con que hasta ahora se han contentado los intérpretes de la Escritura, prescindiendo absolutamente de la inteligencia verdadera, como saben, lloran y se lamentan los eruditos de esta sagrada facultad, especialmente sobre las profecías.

Segundo reparo

El sistema o las ideas que yo llamo ordinarias sobre la segunda venida del Señor, se dice, y por consiguiente se puede decir, son la fe y creencia de toda la Iglesia católica, propuesta y explicada por sus doctores, los cuales en esta inteligencia y explicación no pueden errar, cuando todos o los más concurren a ella unánimemente. Es verdad (se añade con poca o ninguna reflexión) que en los tres o cuatro primeros siglos de la Iglesia se expone de otro modo por algunos, y se diría mejor por muchos y aun por muchísimos de sus doctores, como veremos a su tiempo; pero vale más, prosiguen diciendo, catorce siglos que cuatro, y catorce siglos más ilustrados, que cuatro oscuros, etc.

Respuesta

En toda esta declamación tan breve corro despótica, yo no hallo otra cosa que un equívoco constituido. Primeramente se confunde demasiado lo que es de fe y creencia divina de toda la Iglesia católica, con lo que es de fe y creencia puramente humana, o mera opinión: lo que creemos y confesamos todos los católicos como puntos indubitables de fe divina, con las cosas particulares y accidentales que se han opinado, y pueden opinarse sobre estos mismos puntos indubitables de fe divina. Esta palabra *fe o creencia*, puede tener y realmente tiene dos sentidos tan diversos entre sí, y tan distante el uno del otro, cuanto dista Dios de los hombres. Aun en cosas pertenecientes a Dios y a la revelación, no solamente puede haber y hay entre los fieles dentro de la Iglesia católica una fe y creencia toda divina, sino también una fe y creencia puramente humana: aquella infalible, esta falible; aquella obligatoria, esta libre.

Esta última, en cosas accidentales al dogma, y que no lo niegan, antes lo suponen, se llama con propiedad, opinión, dictamen, conciencia, buena fe, etc. En este sentido toma San Pablo la palabra *fe*, cuando dice: *Y al que es flaco en la fe, sobrellevadlo, no en contestaciones de opiniones: cada uno abunde en su sentido*. Una opinión por común y universal que sea, puede muy bien ser en la Iglesia una buena fe, sin dejar por eso de ser una fe puramente humana, y sin salir del grado de opinión: más esta buena fe, o esta fe y creencia por buena e inocente que sea, no merece con propiedad el nombre sagrado de fe y creencia de la Iglesia católica, si no es en caso que la misma Iglesia católica, congregada en el Espíritu Santo, haya adoptado como cierta aquella cosa particular de que se trata, declarando formalmente que no es de fe humana sino divina, o porque consta clara y expresamente en la Escritura Santa, o porque así la recibió y así la ha conservado fielmente desde sus principios.

De aquí se sigue legítimamente que aquellas palabras, cuya sustancia se halla en toda clase de escritores eclesiásticos de dos o tres siglos a esta parte: *esto se pensó en los cuatro primeros siglos de la Iglesia; pero valen más catorce siglos en que se ha pensado lo contrario, etc.* son palabras de poca sustancia, y se adelanta poquísimos con ellas. Cuatro siglos de una opinión, y catorce de la otra contraria opinión, si no se produce otro fundamento u otra razón intrínseca, valen lo mismo que cuatro autores de una opinión, y catorce de la opinión contraria en un asunto todo de futuro, que no es del resorte de la pura razón humana. Aunque aquellos cuatro siglos o aquellos cuatro autores se multipliquen por 400, y aquellos catorce siglos se multipliquen por 4.000 o por 40.000, jamás podrán hacer un dogma de fe divina, precisamente por haberse multiplicado por número mayor: ni por esta sola razón podrán cautivar un entendimiento libre, que en estas cosas de futuro se funda solamente en la autoridad divina; y de ella sola, manifestada claramente, o por la Escritura Santa o por la decisión de la Iglesia, se deja plenamente cautivar. Por consiguiente, los cuatro, y los catorce así autores como siglos, si no se produce otra verdadera y sólida razón, deberán quedar eternamente en el estado de mera opinión o fe puramente humana, y nada más.

Ahora, estando las cosas de que hablamos en este estado de opiniones o de oscuridad, sin saberse de cierto donde está la verdad, ¿quién nos prohíbe ni nos puede prohibir en una causa tan interesante, buscar diligentemente esta verdad? Buscarla, digo, así en los catorce como en los cuatro. Y si en ninguno de ellos se halla clara y limpia; pues al fin han sido opiniones y no han salido de esta esfera, quién nos puede prohibir buscar esta verdad en su propia fuente, que es la Divina Escritura? No se trata aquí de buscar en las Escrituras la sustancia del dogma: este ya se conoce, y se supone conocido, creído y confesado expresa y públicamente en toda la Iglesia católica. Se trata solamente de buscar en las Escrituras algunas cosas accidentales, cuya noticia cierta y segura, aunque no es absolutamente necesaria para la salud, puede ser de suma importancia, no solamente respecto de los católicos, sino respecto de todos los cristianos en general, y también quizá mucho más respecto de los míseros judíos. Aunque en estas cosas de que hablo accidentales al dogma, hay o puede haber en la Iglesia alguna buena fe, no siempre puede reputarse racional y cristianamente por fe de la Iglesia, o por fe divina que es lo mismo. Si este falso principio se admitiese o tolerase alguna vez, ¿qué consecuencias tan perjudiciales no debieran temerse?

Tercer reparo

Pocos años ha salió a luz en italiano una obra intitulada: *segunda época de la Iglesia*, cuyo autor se llama Enodio Papiá. Como en la obra presente, cuyo título es: *La venida del Mesías en gloria y majestad*, se leen cosas muy semejantes a las que se leen en aquella (aunque propuestas y seguidas de otro modo diverso), es muy de temer, que ambas tengan una misma suerte; esto es, que ésta última sea puesta luego como lo fue aquella en el índice romano. Por tanto sería lo más acertado obviar con tiempo a este inconveniente, oprimiéndola en la cuna, y haciéndola pasar *desde el vientre al sepulcro* sin discreción ni misericordia.

Respuesta

Los que así discurren o pueden discurrir, me parece, *salvo el respecto que se les debe*, que o no han leído la primera obra de que hablamos, o no han leído la segunda; o lo que parece más probable, no han leído ni la una ni la otra, sino que hablan al aire, y se meten a juzgar *sin el debido examen*, y sin conocimiento alguno de causa. La razón que tengo para esta sospecha, es la misma variedad de sentencias que han llegado a mis oídos sobre este asunto casi por los 32 rumbos; porque ya me acusan de plagiario, como que he tomado mis ideas de Enodio Papiá; ya que sigo en la sustancia el mismo sistema; ya que me conformo con él en los principios y en los fines, diferenciándome solamente en los medios; ya en suma, por abreviar, que aunque disconvengo de este autor en casi todo; pero a lo menos convengo con él en el modo audaz de pretender desatar el nudo sagrado e indisoluble del capítulo XX del Apocalipsis; como si no fuesen reos de este mismo delito todos cuantos han intentado explicar el mismo Apocalipsis.

Ahora para satisfacer en breve a tantas y tan diversas acusaciones, me parece que puede bastar una respuesta general. Primeramente, yo protesto con *verdad ante Dios y los hombres*, que de esta obra de que hablamos, ni he tomado ni he podido tomar la más mínima especie. La razón es única; pero decisiva: a saber, porque no he leído tal obra, ni la he visto aún por de fuera, ni tampoco he oído jamás hablar de ella a persona que la haya leído. Lo único que he leído de este mismo autor, es la exposición del Apocalipsis, en la cual se remite algunas veces a otra segunda obra que promete, esto es, a la segunda época de la Iglesia. Mas esta exposición del Apocalipsis, lejos de contentarme, me desagradó tanto, y aun más, que cuanto he leído de diversos autores, porque aunque apunta algunas cosas buenas en sí mismas, no las funda sólidamente, sino que las presenta informes, y aun disformes sin explicación ni prueba. Algunas otras parecen duras e indigeribles: otras extravagante, otras no poco groseras y aun ridículas: por ejemplo, todo lo que dice sobre la batalla de San Miguel con el dragón del capítulo XII, etc., a lo que se añade aquel error (que por tal lo tengo) de poner tres venidas de Cristo, cuando todas las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, y el símbolo apostólico, no nos hablan sino de dos solas: una que ya sucedió en carne pasible, otra que debe suceder

en gloria y majestad, que los apóstoles San Pedro y San Pablo llaman frecuentemente la revelación o manifestación de Jesucristo. De estos y otros defectos que he hallado en la exposición del Apocalipsis de este autor, infiero bien que podrá haber otros, o iguales o mayores en su segunda obra, a que algunas veces se remite.

Aunque esta segunda obra ciertamente no la he leído, como protesté poco ha, mas por un breve extracto de ella que me acaba de enviar un amigo cuatro días ha, comprendo bastante bien, que así el sistema general de este autor, como su modo de discurrir, distan tanto del mío, cuanto dista el oriente del ocaso. Exceptuando tal cual extravagancia, su sistema general, me parece el mismo que propuso el siglo pasado el sabio jesuita Antonio Vieira en una obra que intituló *Del reino de Dios establecido en la tierra*. Así como este sistema, me parece el mismo en sustancia que el de muchos santos padres y otros doctores que cita, y también de otros que han escrito después. Todos los cuales suponen como cierto, que algún día todo el mundo, y todos los pueblos y naciones, y aun todos sus individuos se han de convertir a Cristo y entrar en la Iglesia, y cuando esto sucediere, añaden, entonces entrarán también los judíos para que se verifique aquello de San Pablo: *que la ceguedad ha venido en parte a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de las gentes. Y que así todo Israel se salve, como está escrito, y aquello del Evangelio, y será hecho un solo aprisco, y un pastor*. Por consiguiente suponen que ha de haber otro estado de la Iglesia mucho más perfecto que el presente, en que todos los habitantes de la tierra han de ser verdaderos fieles, y en que ha de haber en la Iglesia una grande paz y justicia, y observancia de las divinas leyes, etcétera.

La diferencia que hay entre el sentimiento de los doctores sobre este punto, no es otra *en mi juicio*, sino que unos ponen este estado feliz mucho antes del Anticristo; pues dicen que el Anticristo vendrá a perturbar esta paz. Otros, y creo que los más, lo ponen después del Anticristo, por guardar del modo posible ciertas consecuencias de que hablaremos a su tiempo. Así admiten, sin poder evitarlo, algún espacio de tiempo entre el fin y el Anticristo, y la venida gloriosa de Cristo. Enodio parece que sigue este último rumbo; y no había por qué reprehenderlo de novedad, si no pusiese al empezar esta época, otra venida media de Cristo a destruir la iniquidad, ordenar en otra mejor forma la Iglesia y el mundo; haciéndolo venir otra vez al fin del mundo *a juzgar a los vivos y a los muertos*: sobre lo cual parece que debía haberse explicado más. Yo que no admito, antes repruebo todas estas ideas, por parecerme opuestas al Evangelio y a todas las Escrituras, ¿cómo podré seguir el mismo sistema? Pues ¿qué sistema sigo? Ninguno, sino solamente el dogma de fe divina que dice: y desde *allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*. Y sobre este dogma de fe divina sigo el hilo de todas las Escrituras sin interrupción, sin violencia y sin discursos artificiales, como podrá ver por sus ojos cualquiera que los tuviese buenos.

Puede ser no obstante que yo convenga con Enodio Papiá, como puedo convenir con otros autores, en algunas cosas o generales o particulares: ¿y qué? ¿Luego por esto sólo podrá confundirse una obra con otra? ¿En qué tribunal se puede dar semejante sentencia? La obra de Enodio, como de autor católico y religioso, es de creer que contiene muchísimas cosas buenas, inocentes, pías, verdaderas y probables; y también es de creer, que en estas se hallen algunas otras conocidamente falsas, duras, indigestas, sin

explicación ni pruebas, etcétera; pues por algo ha sido reprendida. De este antecedente justo y racional, lo que se sigue únicamente es, que cualquiera que convenga con este autor en aquellas mismas cosas que son reprobables, merecerá sin duda la misma reprobación; la cual no merecerá, ni se le podrá dar sin injusticia, si sólo conviene en cosas indiferentes o buenas, o verdaderas, o probables. ¿No lo dicta así invenciblemente la pura razón natural?

En suma, la conclusión sea, que la obra de Enodio y la mía, siendo dos obras diversísimas, y de diversos autores, deben examinarse separadamente, y dar a cada una lo que le toca, según su mérito o demérito particular. Ni aquella se puede examinar ni juzgar por esta, ni esta por aquella. Esta especie de juicio repugna esencialmente a todas las leyes naturales, divinas y humanas. Fuera de que yo nada afirmo de positivo, sino que propongo solamente a la consideración de los inteligentes; proponiéndoles al mismo tiempo con la mayor claridad de que soy capaz, las razones en que me fundo; y sujetándolo todo de buena fe al juicio de la Iglesia *a quien toca juzgar del verdadero sentido de las Escrituras*. Al juicio de los doctores particulares también estoy pronto a sujetarme, después que haya oído sus razones.

DISCURSO PRELIMINAR

Vencido ya de vuestras instancias, amigo y señor mío Cristófilo, y determinado aunque con suma repugnancia a poner por escrito algunas de las cosas que os he comunicado, me puse ayer a pensar ¿qué cosas en particular había de escribir, y qué orden y método me podría ser más útil, así para facilitar el trabajo, como para explicarme con libertad? Después de una larga meditación en que vi presentarse confusamente muchísimas ideas, y en que nada pude ver con distinción y claridad, conociendo que perdía el tiempo y me fatigaba inútilmente, procuré por entonces mudar de pensamientos. Para esto abrí luego la Biblia, que fue el libro que hallé más a la mano, y aplicando los ojos a lo primero que se puso delante, leí estas palabras con que empieza el capítulo IX de la Epístola a los Romanos. *Verdad digo en Cristo, no miento: dándome testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo; que tengo muy grande tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseaba yo mismo ser anatema por Cristo, por amor de mis hermanos, que son mis deudos según la carne, que son los Israelitas, de los cuales es la adopción de los hijos, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas: cuyos padres son los mismos, de quienes desciende también Cristo según la carne, etcétera* Con la consideración de estas palabras, no tardaron mucho en excitarse en mí aquellos sentimientos del apóstol; mas viendo que el corazón se me oprimía avivándose con nueva fuerza aquel dolor, que casi siempre me acompaña, cerré también el libro, y me salí a desahogar al campo. Allí, pasado aquel primer tumulto, y mitigado un poco aquel ahogo, comencé a dar lugar a varias reflexiones.

Conque ¿es posible (me acuerdo que decía), conque es posible que el pueblo de Dios, el pueblo santo, la casa de Abraham, de Isaac, y de Jacob, hombres los más ilustres, los más justos, los más amados y privilegiados de Dios, con cuyo nombre el mismo Dios es

conocido de todos los siglos posteriores, diciendo: *yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob... este es mi nombre para siempre, y este es mi memorial, por generación y generación*: un pueblo que había nacido, se había sustentado, y crecido con la fe y esperanza del Mesías. Un pueblo preparado de Dios para el Mesías, con providencias y prodigios inauditos por espacio de dos mil años: que este pueblo de Dios, este pueblo santo tuviese en medio de sí a este mismo Mesías por quien tantos siglos había suspirado, que lo viese por sus propios ojos con todo el esplendor de sus virtudes; que oyese su voz y sus palabras de vida, siempre admirado, suspenso y como encantado, *de las palabras de gracia que salían de su boca*; que admirase sus obras prodigiosas, diciendo y confesando que: *bien lo ha hecho todo: a los sordos los ha hecho oír, y a los mudos hablar*; que recibiese de su bondad toda suerte de beneficios, y de beneficios continuos así espirituales como corporales, etcétera; y que con todo eso no lo recibiese, con todo eso lo desconociese, con todo eso lo persiguiese con el mayor furor; con todo eso lo mirase como un seductor, como un inicuo, y como tenía anunciado Isaías, *lo hubiese con los malvados contado*; con todo eso, en fin, lo pidiese a grandes voces para el suplicio de la cruz? Ciertamente que han sucedido en esta nuestra tierra cosas verdaderamente increíbles, al paso que ciertas y de la suprema evidencia.

Mas de este sumo mal, infinitamente funesto y lamentable (proseguía yo discurriendo) ¿quién sería la verdadera causa? ¿Serían acaso los publicanos, los pecadores, las meretrices, por no poder sufrir la santidad de su vida, ni la pureza y perfección de su doctrina? Parece que no, pues el Evangelio mismo nos asegura que: *se acercaban a él los publicanos y pecadores para oírle; y esto era lo que murmuraban los Escribas y Fariseos: y los Fariseos y los Escribas murmuraban diciendo: éste recibe pecadores y come con ellos; y en otra parte: si este hombre fuera profeta, bien sabría quién, y cuál es la mujer que le toca; porque pecadora es*. ¿Sería acaso la gente ordinaria, o la ínfima plebe siempre ruda, grosera y desatenta? Tampoco: porque antes esta plebe no podía hallarse sin él; esta lo buscaba, y lo seguía hasta en los montes y desiertos más solitarios; esta lo aclamaba a gritos por hijo de David y rey de Israel; esta lo defendía y daba testimonio de su justicia, y por temor de esta plebe no lo condenaron antes de tiempo: *mas temían al pueblo*.

No nos quedan, pues, otros sino los sacerdotes, los sabios y doctores de la ley, en quienes estaba el conocimiento y el juicio de todo lo que tocaba a la religión. Y en efecto, estos fueron la causa y tuvieron toda la culpa. Mas en esto mismo estaba mi mayor admiración: cierto *que es esta cosa maravillosa*, les decía aquel ciego de nacimiento, *que vosotros no sabéis de dónde es, y abrió mis ojos*. Estos sacerdotes, estos doctores, ¿no sabían lo que creían? ¿No sabían lo que esperaban? ¿No leían las Escrituras de que eran depositarios? ¿Ignoraban, o era bien que ignorasen que aquellos eran los tiempos en que debía manifestarse el Mesías, según las mismas Escrituras? ¿No eran testigos oculares de la santidad de su vida, de la excelencia de su doctrina, de la novedad, multitud y grandeza de sus milagros? Sí: todo esto es verdad, mas ya el mal era incurable, porque era antiguo; no comenzaba entonces, sino que venía de más lejos: ya tenía raíces profundas.

En suma el mal estaba en aquellas ideas tan extrañas y tan ajenas de toda la Escritura, que se habían formado del Mesías, las cuales ideas habían bebido, y bebían frecuentemente

en los intérpretes de la misma Escritura. Estos intérpretes, a quienes honraban con el título de Rabinos, o Maestros por excelencia, o de Señores, tenían ya más autoridad entre ellos que la Escritura misma. Y esto es lo que reprendió el mismo Mesías, citándoles las palabras del capítulo XXIX de Isaías. *Hipócritas, bien profetizó Isaías de vosotros... diciendo: Este pueblo con los labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Y en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres, porque dejando el mandamiento de Dios, os asís de la tradición de los hombres. Bellamente hacéis vano el mandamiento de Dios, por guardar vuestra tradición.*

Pues estos son, concluía yo, estos son ciertamente los que nos cegaron y los que nos perdieron. Estos son aquellos doctores y legisperitos, que habiendo recibido, y teniendo en sus manos la llave de la ciencia, ni ellos entraron, ni dejaron entrar a otros. *¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con la llave de la ciencia! vosotros no entrasteis, y habéis prohibido a los que entraban.* En las Escrituras están bien claras las señales de la venida del Mesías, y del Mesías mismo: su vida, su predicación, su doctrina, su justicia, su santidad, su bondad, su mansedumbre, sus obras prodigiosas, sus tormentos, su cruz, su sepultura, etcétera. Mas como al mismo tiempo se leen en las mismas Escrituras, y esto a cada paso, otras cosas infinitamente grandes y magníficas de la misma persona del Mesías, tomaron nuestros doctores con suma indiscreción éstas solas, componiéndolas a su modo, y se olvidaron de las otras, y las despreciaron absolutamente como cosas poco agradables. ¿Y qué sucedió? Vino el Mesías, se oyó su voz, se vio su justicia, se admiró su doctrina, sus milagros, etcétera. Él mismo los remitía a las Escrituras, en las cuales como en un espejo fidelísimo lo podían ver retratado con suma perfección: *Escudriñad las Escrituras... y ellas son las que dan testimonio de mí.* Pero todo en vano; como ya no había más Escritura que los Rabinos, ni más ideas del Mesías, que las que nos daban nuestros doctores; ni los mismos Escribas y Fariseos y legisperitos conocían otro Mesías que el que hallaban en los libros y en las tradiciones de los hombres, fue como una consecuencia necesaria que todo se errase, y que el pueblo ciego, conducido por otro ciego, que era el sacerdocio, cayese junto con él en el precipicio. *¿Acaso podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?*

Ahora amigo mío: dejando aparte y procurando olvidar del todo unas cosas tan funestas y tan melancólicas, que no nos es posible remediar, volvamos todo el discurso hacia otra parte. Si yo me atreviese a decir, que los Cristianos en el estado presente, no estamos tan lejos como se piensa de este peligro, ni tan seguros de caer en otro precipicio semejante, pensarías sin duda que yo burlaba, o que acaso quería tentaros *con enigmas*, como la reina Saba a Salomón. Mas si vieras que hablaba seriamente sin equívoco ni enigma, y que me tenía en lo dicho, pareceme que al punto firmarais contra mí la sentencia de muerte, clamando a grandes voces *sea apedreado*: y tirándome vos mismo, no obstante nuestra amistad, la primera piedra. Pues señor, aunque lluevan piedras por todas partes, lo dicho dicho: la proposición la tengo por cierta, y el fundamento me parece el mismo sin diferencia alguna sustancial. Oíd ahora con bondad, y no os asustéis tan al principio.

Así como es cierto y de fe divina, que el Mesías prometido en las Santas Escrituras vino ya al mundo; así del mismo modo es cierto y de fe divina, que habiéndose ido al cielo después de su muerte y resurrección, otra vez ha de venir al mismo mundo de un modo

infinitamente diverso. Según esto creemos los cristianos dos venidas, como dos puntos esenciales y fundamentales de nuestra religión: una que ya sucedió, y cuyos efectos admirables vemos y gozamos hasta el día de hoy: otra que sucederá infaliblemente, no sabemos cuándo. De ésta pues os pregunto yo: ¿si estas ideas son tan ciertas, tan seguras y tan justas, que no haya cosa alguna que temer ni que dudar? Naturalmente me diréis que sí, creyendo buenamente que todas las ideas que tenemos de esta segunda venida del Mesías son tomadas fielmente de las Santas Escrituras, de donde solamente se pueden tomar. *Amén, así lo haga el Señor: despierte el Señor las palabras que tú profetizaste.*

No obstante yo os pregunto a vos mismo, con quien hablo en particular: ¿si con vuestros propios estudios, trabajos y diligencia habéis sacado estas ideas de las Santas Escrituras? Así parece que lo debemos suponer, pues siendo sacerdote, y teniendo como tal, o debiendo tener la llave de la ciencia, apenas podréis tener alguna excusa en ir os a buscar otras cisternas no tan seguras, pudiendo abrir la puerta y beber el agua pura en su propia fuente. Mas el trabajo es, que no podemos suponerlo así, porque sabemos todo lo contrario por vuestra propia confesión. ¿Qué necesidad hay, decís confiadamente, de que cada uno en particular se tome el grande y molestísimo trabajo de sacar en limpio lo que hay encerrado en las Santas Escrituras, cuando este trabajo nos lo han ahorrado tantos doctores que trabajaron en esto toda su vida? Y si yo os vuelvo a preguntar si estáis cierto y seguro como lo pide un negocio tan grave, que son ciertas y justas todas las ideas que halláis en los doctores sobre la segunda venida del Mesías, temo mucho que no os dignéis de responderme, tratándome de impertinente y de necio. Mas yo, por eso mismo os muestro al punto como con la mano aquel mismo peligro de que hablamos, y aquel precipicio mismo en que cayeron mis judíos.

Uno de los grandes males que hay ahora en la Iglesia, por no decir el mayor de todos, paréceme que es la negligencia, el descuido, y aun el olvido casi total en que se ve el sacerdocio del estudio de la Sagrada Escritura. Del estudio, digo, formal, no de una lección superficial. Vos mismo podéis ser buen testigo de esta verdad, pues siendo sabio, y como tal aplicado a la bella literatura, habéis tratado y tratáis con toda suerte de literatos. Entre todos estos, ¿cuántos escriturarios habéis hallado? ¿Cuántos que siquiera alguna vez abran este libro divino? ¿Cuántos que le hagan el pequeño honor de darle lugar entre los otros libros? Acuérdome a propósito de lo que en cierta ocasión oí decir a un sabio de estos; esto es: que la Escritura Divina, aunque digna de toda veneración, no era ya para estudio formal, especialmente en nuestro siglo en que se cultivan tantas ciencias admirables llenas de amenidad y utilidad. Que basta leer lo que cada día ocurre en el oficio, y caso que se ofreciese dificultad sobre algún punto particular, se debía recurrir no a la Escritura misma, sino a alguno de tantos intérpretes como hay. En fin, concluyó este sabio diciendo y defendiendo que el estudio formal de la Escritura le parecía tan inútil como seco e insulso. Palabras que me hicieron temblar, porque me dieron a conocer, o me afirmaron en el conocimiento que ya tenía del estado miserable en que están, generalmente hablando, nuestros sacerdotes; y por consiguiente los que dependemos de ellos. *Si la sal pierde su virtud, ¿qué cosa dará sabor a las viandas?*

Mas volviendo a nuestro asunto, me atrevo, señor, a deciros, y también a probaros en toda forma, que las ideas de la segunda venida del Mesías que nos dan los intérpretes,

cuanto al modo, duración y circunstancias, y que tenemos por tan ciertas y tan seguras, no lo son tanto que no necesitan de examen. Y este examen no parece que puede hacerse de otro modo, sino comparando dichas ideas con la Escritura misma, de donde las tomaron o las debieron tomar. Si esta diligencia hubieran practicado nuestros escribas y fariseos, cuando el Señor mismo los remitía a las Escrituras, ciertamente hubieran hallado otras ideas infinitamente diversas de las que hallaban en los rabinos, y es bien creíble que no hubieran errado tan monstruosamente.

¿Qué quieres amigo que te diga? Por grande que sea mi veneración y respeto a los intérpretes de la Escritura, hombres verdaderamente grandes, sapientísimos, eruditísimos y llenos de piedad, no puedo dejar de decir lo que en el asunto particular de que tratamos, veo y observo en ellos con grande admiración. Los veo, digo, ocupados enteramente en el empeño de acomodar toda la Escritura Santa, en especial lo que es profecía, a la primera venida del Mesías, y a los efectos ciertamente grandes y admirables de esta venida, sin dejar o nada, o casi nada para la segunda, como si sólo se tratase de dar materia para discursos predicables, o de ordenar algún oficio para tiempo de adviento. Y esto con tanto celo y fervor, que no reparan tal vez, ni en la impropiedad, ni en la violencia, ni en la frialdad de las acomodaciones, ni en las reglas mismas que han establecido desde el principio, ni tampoco (lo que parece más extraño), tampoco reparan en omitir algunas cosas, olvidando ya uno, ya muchos versículos enteros, como que son de poca importancia; y muchas veces son tan importantes, que destruyen visiblemente la exposición que se iba dando.

Por otra parte los veo asentar principios, y dar reglas o cánones para mejor inteligencia de la Escritura; mas por poco que se mire, se conoce al punto que algunas de estas reglas, y no pocas, son puestas a discreción, sin estribar en otro fundamento que en la exposición misma, o inteligencia que ya han dado, o pretenden dar a muchos lugares de la Escritura bien notables. Y si esta exposición, esta inteligencia es poco justa, o muy ajena de la verdad (como sucede con bastante frecuencia) ya tenemos reglas propísimas para no entender jamás lo que leemos en la Escritura. De aquí han nacido aquellos sentidos diversos de que muchos abusan para refugio seguro en las ocasiones pues por claro que parezca el texto, si se opone a las ideas ordinarias, tienen siempre a la mano su sentido alegórico. Y si este no basta, viene luego a ayudarlo el anagógico a los cuales se añade el tropológico, místico, acomodaticio, etcétera, haciendo un uso frecuentísimo, ya de uno, ya de otro, ya de muchos a un mismo tiempo, subiendo de la tierra al cielo con grande facilidad, y con la misma bajando del cielo a la tierra al instante siguiente, tomando en una misma individua profecía, en un mismo pasaje, y tal vez en un mismo versículo, una parte *literal*, otra *alegórica*, otra *anagógicamente*, y componiendo de varios retazos diversísimos, una cosa, o un todo que al fin no se sabe lo que es. Y entre tanto la Divina Escritura, el libro verdadero, el más venerable, el más sagrado, queda expuesto al fuego, o agudeza de los ingenios, a quien acomoda mejor, como si fuese libro de enigmas.

No por eso penséis, señor, que yo repruebo absolutamente el sentido alegórico o figurado (lo mismo digo a proporción de los otros sentidos). El sentido alegórico en especial, es muchas veces un sentido bueno y verdadero, al cual se debe atender en la misma letra, aunque sin dejarla. Sabemos por testimonio del apóstol San Pablo, que muchas cosas que

se hallan escritas en los libros de Moisés, eran figura de otras muchas, que después se verificaron en Cristo. Y el mismo apóstol en la epístola a los Gálatas capítulo cuarto, habla de dos testamentos figurados en las dos mujeres de Abraham, y en sus dos hijos Ismael e Isaac, y añade, *las cuales cosas fueron dichas por alegoría*: mas como sabemos por otra parte que las epístolas de San Pablo son tan canónicas como el Génesis y Éxodo, quedamos ciertos y seguros, no menos de la historia, que de su aplicación: ni por esta explicación, o alegoría, o figura, dejamos de creer, que las dos mujeres de Abraham, Agar y Sara, eran dos mujeres verdaderas, ni que las cosas que fueron figuradas, dejasen de ser o suceder así a la letra, como se lee en los libros de Moisés. No son así los sentidos figurados que leemos, no solamente en Orígenes (a quien por esto llama San Jerónimo siempre intérprete alegórico, y en otras partes, nuestro alegórico) sino en toda suerte de escritores eclesiásticos, así antiguos como modernos; los cuales sentidos muchísimas veces no dejan lugar alguno, antes parece que destruyen enteramente el sentido historial, esto es, el obvio literal. Y aunque regularmente dicen verdades, se ve no obstante con los ojos que no son verdades contenidas en aquel lugar de la Escritura sobre que hablan, sino tomadas de otros lugares de la misma Escritura, entendida en su sentido propio, obvio, y natural literal; y ellos mismos confiesan, como una verdad fundamental, que sólo este sentido es el que puede establecer un dogma, y enseñar una verdad.

Con todo esto, dice un autor moderno, la Escritura Divina no se ha explicado hasta ahora de otro modo, de como se explicó en el cuarto y quinto siglo: esto es, de un modo más concionatorio, que propio y literal; o por un respeto no muy bien entendido a la antigüedad, o también por ser un modo más fácil y cómodo, pues no hay texto alguno, por oscuro que parezca, que no pueda admitir algún sentido, y esto basta. Esta libertad de explicar la Escritura Divina en otros mil sentidos, dejando el literal, ha llegado con el tiempo a tal exceso, que podemos decir sin exageración, que los escritores mismos la han hecho inaccesible, y en cierto modo despreciable. Son estas expresiones no mías, sino del sabio poco ha citado. Inaccesible a aquellas personas religiosas y pías, que tienen hambre y sed de las verdades que contienen los libros sagrados, por el miedo de caer en grandes errores, que los doctores mismos les ponderan, si se atreven a leer estos libros sagrados sin luz y socorro de sus comentarios, tantos y tan diversos. Y como en estos mismos comentarios lo que más falta y se echa menos, es la Escritura misma, que no pocas veces se ve sacada de su propio lugar, y puesta otra cosa diferente, parece preciso que a lo menos una gran parte de la Escritura, en especial una parte tan principal como es la profecía, quede escondida y como inaccesible a los que con buena fe y óptima intención desean estudiarla: *vosotros no entrasteis y habéis prohibido a los que entraban*. Lo que si bien es falso hablando en general, a lo menos en el punto presente me parece cierto por mi propia experiencia.

Los comentadores, hablando en general, no entraron ciertamente en muchos misterios bien sustanciales y bien claros, que se leen y repiten de mil maneras en los libros sagrados. Esto es mal, y no pequeño; mas el mayor mal está en que prohíban la entrada y cierren la puerta a otros muchos que pudieran entrar, dándoles a entender, y tal vez persuadiéndoles con sumo empeño, que aquellos misterios de que hablo, son peligro, son error, son sueños, son delirios, etcétera, que aunque en las Escrituras parezcan expresos y claros, no se pueden entender así, sino de otro modo, o de otros cien modos diversos,

según diversas opiniones; menos de aquel modo, y en aquella forma en que los dictó el Espíritu Santo. Y si a personas religiosas y pías la Escritura Divina se ha hecho en gran parte inaccesible por los comentadores mismos, a otras menos religiosas y menos pías, en especial en el siglo que llamamos de las luces, se ha hecho también nada menos que despreciable, pues se les ha dado ocasión más que suficiente para pensar, y tal vez lo dicen con suma libertad, que la Escritura Divina es, cuando menos, un libro inútil; pues nada significa por sí mismo, ni se ha de entender como se lee, sino de otro modo diverso que es necesario adivinar. En fin, que cada uno es libre para darle el sentido que le parece. Así el temor respetuoso de los unos, y el desprecio impío de los otros, han producido por buena consecuencia un mismo efecto natural; esto es, renunciar enteramente al estudio de la Escritura, lo que en nuestros días parece que ha llegado a lo sumo.

Todo esto que acabo de apuntar, aunque en general y en confuso, me persuado que os parecerá duro e insufrible, mucho más en la boca o pluma de un mísero judío. Vuestro enfado deberá crecer al paso que fuéremos descendiendo al examen de aquellas cosas particulares, tampoco examinadas, aunque generalmente recibidas; pues en estas cosas particulares de que voy a tratar, pienso, señor, apartarme del común sentir, o de la inteligencia común de los expositores, y en tal cual cosa también de los teólogos. Esta declaración precisa y formal que os hago desde ahora, y que en adelante habéis de ver cumplida con toda plenitud, me hace naturalmente temer el primer ímpetu de vuestra indignación, y me obliga a buscar algún reparo contra la tempestad. Digo contra la censura fuerte y dura, que ya me parece oigo antes de tiempo.

Paréceme una cosa naturalísima, y por eso muy excusable, que aun antes de haberme oído suficientemente, aun antes de poder tener pleno conocimiento de causa, y aun sin querer examinar el proceso, me condenéis a lo menos por un temerario y por un audaz; pues me atrevo yo solo, hombrecillo de nada, a contradecir a tantos sabios, que habiendo mirado bien las cosas, las establecieron así de común acuerdo. Lejos sea de mí, si acaso no lo está, el pensar que soy algo respecto de tantos y tan grandes hombres. Los venero y me humillo a ellos, como creo que es no sólo razón, sino justicia. Mas esta veneración, este respeto, esta deferencia, no ignoráis, señor, que tienen sus límites justos y precisos, a los cuales es laudable llegar, mas no el pasar muy adelante. Los doctores mismos no nos piden, ni pueden pedirnos que se propasen estos límites con perjuicio de la verdad: antes nos enseñan con palabra y obra; todo lo contrario, pues apenas se hallará alguno entre mil, que no se aparte en algo del sentimiento de los otros. Digo en algo, porque apartarse en todo, o en la mayor parte, sería cuando menos una extravagancia intolerable. Yo sólo trato un punto particular, que es, LA VENIDA DEL MESÍAS, que todos esperamos. Y si en las cosas que pertenecen a este punto particular, hallo en los doctores algunos defectos, o algunas ideas poco justas, que me parecen de gran consecuencia, ¿qué pensáis, amigo, qué deberé hacer? ¿Será delito hallar estos defectos, advertirlos, y tenerlos por tales? ¿Será temeridad y audacia el proponerlo a la consideración de los inteligentes? ¿Será faltar al respeto debido a estos sapientísimos doctores, el decir que, o no los advirtieron por estar repartida su atención en millares de cosas diferentes, o no les fue posible remediarlas en el sistema que seguían? Pues esto es solamente lo que yo digo, o pretendo decir. Si a esto queréis llamar temeridad y audacia, buscad, señor, otras

palabras más propias que les cuadren mejor. ¿Qué maravilla es que una hormiga que nada entre el polvo de la tierra, descubra y se aproveche de algunos granos pequeños, sí, pero preciosos, que se escapan fácilmente a la vista de una águila? ¿Qué maravilla es, ni qué temeridad, ni qué audacia, que un hombre ordinario, aunque sea de la ínfima plebe, descubra en un grande edificio dirigido por los más sabios arquitectos, descubra, digo, y avise a los interesados que el edificio flaquea y amenaza ruina por alguna parte determinada? No ciertamente porque el edificio en general no esté bien trabajado según las reglas, sino porque el fundamento sobre que estriba una parte del mismo edificio, no es igualmente sólido y firme como debía ser.

¿Se podrá muy bien tratar a este hombre de ignorante y grosero? ¿se podrá reprender de audaz y temerario? ¿se le podrá decir con irrisión que piensa saber más que los arquitectos mismos, pues estos teniendo buenos ojos edificaron sobre aquel fundamento? ¿y no es verosímil que mirasen primero lo que hacían, etcétera? Mas si por desgracia los arquitectos en realidad no examinaron el fundamento por aquella parte, o no lo examinaron con atención, si se fiaron de la pericia de otros más antiguos, y estos de otros; si en esta buena fe edificaron sin recelo, no mirando otra cosa que a poner una piedra sobre otra; en este caso nada imposible, ¿será maravilla que el hombre grosero e ignorante descubra el defecto, y diga en esto la pura verdad? Con este ejemplo obvio y sencillo deberéis comprender cuanto yo tengo que alegar en mi defensa. Todo se puede reducir a esto solo, ni me parece necesaria otra apología.

Debo solamente advertiros, que como en todo este escrito que os voy a presentar, he de hablar necesariamente, y esto a cada paso, de los intérpretes de la Escritura; o por hablar con más propiedad, de la interpretación que dan a todos aquellos lugares de la Escritura pertenecientes a mi asunto particular; temo mucho que me sea como inevitable el propasarme tal vez en algunas expresiones o palabras, que puedan parecer poco respetuosas, y aun poco civiles. Las que hallaréis en esta forma, yo os suplico, señor, que tengáis la bondad de corregirlas, o sustituyendo otras mejores, o si esto no se puede, quitándolas absolutamente. Mi intención no puede ser otra que decir clara y sencillamente lo que me parece verdad. Si para decir esta verdad no uso muchas veces de aquella amable discreción, ni de aquella propiedad de palabras que pide la modestia y la equidad, esta falta se deberá atribuir más a pobreza de palabras que a desprecio o poca estimación de los doctores, o a cualquiera otro efecto menos ordenado. Tan lejos estoy de querer ofender en lo más mínimo la memoria venerable de nuestros doctores y maestros, que antes la miro con particular estimación, como que no ignoro lo que han trabajado en el inmenso campo de las Escrituras, ni tampoco dudo de la bondad y rectitud de sus intenciones. Así mis expresiones y palabras, sean las que fueren, no miran de modo alguno a las personas de los doctores, ni a su ingenio, etcétera, miran únicamente al sistema que han abrazado. Este sistema es el que pretendo combatir, mostrando con los hechos mismos, y con argumentos los más sencillos y perceptibles, que es insuficiente, por sumamente débil, para poder sostener sobre sí un edificio tan vasto, cual es el misterio de Dios que encierran las Santas Escrituras; y proponiendo otro sistema, que me parece solo capaz de sostenerlo todo. De este modo han procedido más de un siglo nuestros físicos en el estudio de la naturaleza, y no ignoráis lo que por este medio han adelantado.

Esta obra, o esta carta familiar, que tengo el honor de presentaros, paréceme bien (buscando alguna especie de orden) que vaya dividida en aquellas tres partes principales a que se reduce el trabajo de un labrador: esto es, preparar, sembrar, y recoger. Por tanto, nuestra primera parte comprenderá solamente los preparativos necesarios, y también los más conducentes, como son allanar el terreno, ararlo, quitar embarazos, remover dificultades, etcétera. La segunda comprenderá las observaciones, las cuales se pueden llamar con cierta semejanza el grano que se siembra, y que debe naturalmente producir *primeramente yerba, después espiga, y por último, grano en la espiga*. En la tercera, en fin, procuraremos recoger todo el fruto que pudiéremos de nuestro trabajo.

Yo bien quisiera presentaros todas estas cosas en aquel orden admirable, y con aquel estilo conciso y claro, que sólo es digno del buen gusto de nuestro siglo; mas no ignoráis que ese talento no es concedido a todos. Entre la multitud innumerable de escritores que produce cada día el siglo iluminado, no deja de distinguirse fácilmente la nobleza de la plebe: es decir, los pocos entre los muchos. ¿Qué orden ni qué estilo podéis esperar de un hombre ordinario de plebe, *de los pobres*, a quien vos mismo obligáis a escribir? ¿No bastará entender lo que dice, y penetrar al punto cuanto quiere decir? Pues esto es lo único que yo pretendo, y a cuanto puede extenderse mi deseo. Si esto sólo consigo, ni a mí me queda otra cosa a que aspirar, ni a vos otra cosa que pedir.

PARTE PRIMERA

Que contiene algunos preparativos necesarios para una justa observación

CAPITULO I

De la letra de la santa escritura

Párrafo I

1. Todo lo que tengo que deciros, venerado amigo Cristófilo, se reduce al examen serio y formal de un solo punto, que en la constitución o sistema presente de la Iglesia y del mundo, me parece de un sumo interés. Es a saber: si las ideas que tenemos de la segunda venida del Mesías, artículo esencial y fundamental de nuestra religión, son ideas verdaderas y justas, sacadas fielmente de la Divina Revelación, o no.

2. Yo comprendo en esta segunda venida del Mesías, no solamente su manifestación, o su revelación, como la llaman frecuentemente San Pedro y San Pablo, sino también todas las cosas que a ella se ordenan inmediatamente, o tienen con ella relación inmediata, así las

que deben precederla, como las que deben acompañarla, como también todas sus consecuencias. Si no me engañan mis ojos, me parece a mí que veo todas estas cosas con la mayor distinción y claridad en la Santa Escritura, y en toda la Escritura. Me parece que las veo todas grandes y magníficas, dignas de la grandeza de Dios, y de la persona admirable del hombre Dios. Lejos de hallar dificultad en componer y concordar las unas con las otras, me parece que todas las veo coherentes y conformes, como que todas son dictadas por un mismo espíritu de verdad, que no puede oponerse a sí mismo. Es verdad, que muchas de estas cosas no las entiendo; quiero decir, no puedo formar una idea precisa y clara del modo con que deben todas suceder; mas esto ¿qué importa? La sabiduría de Dios, que es ante todas cosas, ¿quién la rastreó? ¿Soy yo acaso capaz de comprender el modo admirable con que está Cristo en la eucaristía? Con todo eso lo creo, sin entenderlo; y esta creencia fiel y sencilla, es la que me vale para hallar en este sacramento el sustento y la vida del alma.

3. Esta reflexión, que sin duda es el mayor y el más sólido consuelo, la extiendo sin temor alguno a todas cuantas cosas leo en las Santas Escrituras. Y lleno de confianza y seguridad, me propongo a mí mismo este simple discurso. Dios es en todo infinito, y yo soy en todo pequeño; Dios puede hacer con suma facilidad infinito más de lo que yo soy capaz de concebir; luego será un despropósito infinito que yo piense poder medirlo por la pequeñez de mis ideas; luego cuando él habla, y yo estoy cierto de que habla, deberé cautivar mi entendimiento y mi razón *en obsequio de la fe*; luego deberé creer al punto cuanto me dice, y esto no del modo con que a mí se me figura, sino precisamente de aquel modo, y con todas aquellas circunstancias que él se ha dignado de revelarme, pueda o no pueda yo comprenderlas; porque mi fe es la que se me pide, no mi inteligencia. Con este discurso, no menos óptimo que sencillo, yo siento, amigo, que se me dilata el corazón, mi fe se aviva, mi esperanza se fortifica, y siento en suma otros efectos conocidamente buenos, que no hay para que decirlos aquí.

4. Mas como el deseo de entender es naturalísimo al hombre, y muchas veces laudabilísimo, si se contiene en sus justos límites, busco la inteligencia de aquellas cosas que ya creo, y de que sólo hablo: esto es, las pertenecientes a la segunda venida del Mesías, que en lo demás no me meto. Busco, digo, la inteligencia de estas en los intérpretes de la Escritura. Y ¿qué sucede? Os parecerá increíble, y como el más solemne despropósito, lo que voy a decir: *os digo delante de Dios, que no engaño*, a poco que he registrado los autores sobre los puntos de que hablo, siento desaparecer casi del todo cuanto había leído, y creído en las Escrituras, quedando mi entendimiento tan oscurecido, mi corazón tan frío, y toda el alma tan disgustada, que ha menester mucho tiempo y muchos esfuerzos para volver en sí.

5. Como esto me sucedía muchas veces, o por decirlo con más propiedad y verdad, siempre que leía los interpretes sobre los puntos arriba dichos; cansado un día de tanto disgusto, comencé a pensar entre mí, que sin duda podría ser un trabajo útil el aplicarme todo a un examen atento y prolijo de las explicaciones e inteligencias que hallaba en los intérpretes, confrontándolas una por una con la Escritura misma, digo, con el texto explicado, y con todo su contexto, sin espantarme más de lo que es justo y debido del argumento, *por autoridad*. Esto que leo con mis ojos, decía yo, teniendo en las manos la

Biblia sagrada, es cierto y de fe divina. Dios mismo es el que aquí habla, *es imposible que Dios falte*. Lo que leo en otros libros, sean los que sean, ni es de fe, ni lo puede ser; ya porque en ellos habla el hombre, y no Dios, ya porque unos me dicen una cosa, y otros otra, unos explican de una manera, y otros de otra; ya en fin porque me dicen cosas muy distantes, muy ajenas, y tal vez muy contrarias a las que me dice clara y expresamente la Biblia sagrada. Hallando, pues, entre Dios y el hombre, entre Dios que habla, y el hombre que interpreta, una grande diferencia y aun contrariedad; ¿a quién de los dos deberé creer? ¿Al hombre dejando a Dios, o a Dios dejando al hombre? Diréis sin duda lo que dicen y predicán frecuentemente los mismos intérpretes: esto es, que debo creer al uno y al otro; a Dios que habla, y al hombre que interpreta, es decir, a Dios que habla, mas no en aquel sentido literal, sencillo y claro que muestra la letra, y en que parece que habla, sino en otro sentido recóndito y sublime que el intérprete descubre, y en que explica lo que Dios ha hablado. Y esto so pena de inminente peligro, so pena de caer en grandes errores, como ha sucedido, dicen, a tantos herejes, y a tantos otros que no eran herejes, sino católicos y píos.

6. Poco a poco, amigo, paremos aquí un momento. ¿os parece, hablando formalmente, que puede haber algún peligro real en creer con sencillez y fidelidad lo que se lee tan claro en la Divina Escritura? Pienso que no os atrevierais a decir tanto de los escritos de San Jerónimo, o de algún otro célebre doctor. ¿Peligro en la Divina Escritura? ¿peligro en entenderla, y creerla como se entiende y cree a cualquier escritor? ¿peligro en creer a Dios infinitamente veraz, santo y fiel, *en todas sus palabras*, sin pedir primero licencia al hombre escaso y limitado? No ignoro el ejemplar tan común y decantado con que se pretende probar este peligro: es a saber; que la Escritura Divina habla frecuentísimamente de Dios, como si realmente tuviese ojos, oídos, boca, manos y pies, diestra y siniestra, etcétera; todo lo cual dicen no puede entenderse literalmente, *o según la letra*: pues siendo Dios un espíritu puro, nada de esto le puede competer. Mas, ¿por qué no le debe competer? ¿Por qué no puede entenderse todo esto propísimamente según la letra? ¿qué error hay en creer y afirmar, que Dios tiene realmente ojos, oídos, boca, manos, etcétera? Cualquiera que lee la Escritura, sabe fácilmente por ella misma, si es que no lo sabía de antemano, como lo deben saber todos los cristianos, que el verdadero Dios a quien adora, es un espíritu puro y simplísimo, sin mezcla alguna de cuerpo o de materia. Si esto sabe, esto sólo le basta, aunque sea de tenuísimo ingenio, para concluir al punto y comprender con evidencia, que los ojos, oídos, boca y manos que la Escritura Divina atribuye a Dios, no pueden ser de modo alguno corporales, sino puramente espirituales, del modo que sólo pueden competer a un puro espíritu. ¿Y si esto entiende, si esto cree, no entenderá y creará una cosa infinitamente verdadera? ¿Cómo nos ha de hablar Dios para que le entendamos, sino con nuestro lenguaje y con nuestras palabras? ¿Dónde está, pues, en este ejemplar el peligro del sentido literal?

7. El peligro, amigo, no digo sólo remoto y aparente, sino próximo y real, está por el contrario en creer al hombre que interpreta, cuando éste se aparta de aquel sentido propio, obvio y literal, que muestra la letra con todo su contexto; cuando quita, o disimula o añade alguna cosa que se oponga, o se aleje, o no se conforme enteramente con el sentido literal. Y si no, decidme: ¿por qué no admiten, antes condenan como peligrosa, o a lo menos como dura e indigesta, aquella célebre proposición del doctísimo Teodoreto? Éste

en la cuestión 39 *explicando el Génesis*, sobre aquellas palabras: *hizo también el Señor Dios a Adán y a su mujer unas túnicas de pieles, y vistiolos*, para negar, como lo hace, que Dios diese a Adán y a Eva tal vestido de pieles, dice así: *no conviene seguir el sentido literal desnudo de la Escritura Santa, como verdadero; sino buscar la sustancia que en él se encierra, porque la misma letra, algunas veces dice una falsedad*. O esta proposición no es falsa, ni dura, ni reprehensible, o lo son, junto con ella, todas las amenazas que nos hacen, y los miedos que nos meten de peligro y precipicio en el sentido literal de la Escritura.

8. Observad aquí de paso una cosa bien importante, pues la hallaréis practicada con bastante frecuencia: este sabio obispo de Siro, creyó verosímilmente que era buena, cierta y segura aquella opinión, tan común en su tiempo como en el nuestro, y tan sin fundamento ahora como entonces; esto es, que la transgresión de nuestros primeros padres sucedió en el mismo día de su creación; algunos les hacen la gracia hasta el día siguiente, y otros se extienden hasta el octavo, cuando más. En esta suposición, le pareció increíble que tan presto hallase Dios pieles verdaderas con que vestirlos, lo cual sólo podía suceder en una de dos maneras; o criando de nada dichas pieles, o quitándolas a algunos animales. Lo primero, no; *porque ya había concluido su obra*. lo segundo tampoco, porque los animales acabados de criar no habían tenido tiempo para multiplicarse, ni es creíble que pereciese aquella especie a quien le quitó la piel. luego el vestido que dio Dios a los delincuentes, no pudo ser de verdaderas pieles, sino de alguna otra cosa que no se sabe.

9. Este discurso le pareció a este sabio bueno y concluyente, como les parece a otros que lo siguen. Siendo el discurso bueno y concluyente, que está muy lejos de serlo, como que estriba en una cosa falsa, o no cierta suposición, se sigue forzosamente esta disyuntiva: luego o la Divina Escritura dice una cosa falsa, o la transgresión de nuestros padres no sucedió tan presto como se supone. Esto último no se puede decir, porque es contra la opinión común de los doctores, y esta opinión común es una cosa más sagrada que la Escritura misma; luego que lo pague la Escritura; luego la Escritura Divina dice y afirma una cosa falsa. Por tanto, para no oponerse a la opinión común, establezcase resueltamente esta regla general: *no conviene seguir el sentido literal desnudo de la Escritura Santa, como verdadero; sino buscar la sustancia que en él se encierra, porque la misma letra, algunas veces dice una falsedad*. Tengo por cierto que esta regla general, según se presenta, la miraréis, no sólo como falsa, no sólo como dura, no sólo como poco reverente, sino también como peligrosa y perjudicial. No obstante, no dejo de temer con gran fundamento, que el uso de esta misma regla general os parezca tal vez conveniente, útil, y aun necesario en las ocurrencias.

Párrafo II

10. ¿Pues no han errado tantos, os oigo replicar, no han caído en el peligro y perecido en él, por haber entendido la Escritura así como suena según la letra? ¿No ha sido para muchos de gravísimo escándalo el sentido literal de la Escritura? Os digo, amigo, resueltamente que no y otra vez y otras cien veces os digo que no. Los errores que han

adoptado tanto, así herejes, como no herejes, no han nacido jamás del sentido literal de la Escritura, antes han nacido evidentemente de todo lo contrario: esto es, de haberse apartado de este sentido, de haber entendido o pretendido entender otra cosa diversa de lo que muestra la letra, de haber creído o pensado que hay o puede haber algún error en la letra, y con este pensamiento haber quitado o añadido alguna cosa, ya contraria, ya ajena y distante de la misma letra. Leed con atención la historia de las herejías, por cualquier autor de los muchos que han escrito sobre este asunto, y os veréis precisado a confesar que no ha habido una sola originada del sentido obvio y literal de la Escritura, hablo del origen verdadero y real, no pretextado maliciosamente. Tengo presente el catálogo de las herejías, que trae San Agustín hasta su tiempo, en que se comprenden todas, o las más de las que había impugnado San Irineo, y después de él San Epifanio. Y he reflexionado no poco sobre las que han nacido después; lejos de hallar su origen en la letra de la Escritura, lo hallo siempre en todo lo contrario, en no haber querido conformarse con esta letra, o con este sentido literal.

11. Esta es la razón, como testifica San Agustín en el libro segundo de doctrina cristiana, porque la santa Iglesia, congregada en el Espíritu Santo, cuando ha hablado y condenado alguno de estos errores, no ha hecho otra cosa que mirar la letra de la Escritura sobre aquel asunto: esto es, el texto, y el contexto tomado todo a la letra, según aquel sentido, que ocurre obvia, clara y naturalmente. Ni jamás la Iglesia ha definido verdad alguna, añadido que ni lo ha podido, ni lo puede hacer, sacando el texto de su sentido obvio y literal, y pasando su inteligencia a otro sentido diverso, que se aparte de la letra, y mucho menos que se oponga a la letra. ¿Qué más hubieran querido los herejes? Hubieran triunfado irremediabilmente.

12. No solamente la Iglesia Santa, congregada en el Espíritu Santo, sino también todos los antiguos padres, y todos cuantos doctores han escrito después contra los herejes, han observado siempre, o casi siempre la misma conducta. Digo casi siempre, porque es innegable que tal vez con el fervor de la disputa, salieron muy fuera de esta regla, y muy fuera de este límite justo y preciso, *que no puede vadearse*. Mas entonces es puntualmente, cuando nada concluyeron y nada hicieron. Esto es visible y claro a cualquiera persona capaz de reflexión, que lea estas disputas o controversias, así antiguas como nuevas. Y la razón misma muestra que así debía entonces, y siempre debe suceder, porque si lo que se impugna es ciertamente error, o es error contra alguna de aquellas infinitas verdades de que la Escritura Divina da testimonio claro y manifiesto, o no. Si no, toda la Divina Escritura de nada puede servir para impugnar y destruir aquel error, aunque se amontonen textos a millares, porque ¿cómo se podrá conocer esta verdad contraria a aquel error, sino precisamente por la letra, o por el sentido literal de la Escritura? El decir; esto se puede, esto significa o se debe entender, no satisface: y por consiguiente no basta, cuando no se pruebe por otras razones *hasta la evidencia*: y esta prueba real y formal, no es razón que se tome solamente de este o de aquel otro autor, que así lo pensó, sino de la Escritura misma, o en este lugar, si la letra lo dice claramente, o en otros lugares en que se explica más. Debe, pues, decirse con verdad: esto dice aquí la Divina Escritura; de otra suerte nada se concluye.

13. Los herejes más corrompidos, y más desviados de la verdad, pretendieron siempre confirmar sus errores con la Escritura, como si fuese esta alguna fuente universal de que todos pueden beber a su satisfacción, o como aquel maná de quien dice el Sabio, *acomodándose a la voluntad de cada uno, se volvía en lo que cada uno quería*. Pretendían, digo, hacer creer, que en la Escritura estaban, y que de ella los habían sacado; mas en la realidad los llevaban de antemano, independiente de toda Escritura; y lo más ordinario, los llevaban más en el corazón que en el entendimiento. Y habiéndolos adoptado, y tal vez sin adoptarlos ni creerlos, iban a la Escritura divina a buscar en ella alguna confirmación o alguna defensa, sólo por espíritu de malignidad, de emulación, de odio, de independencia y de cisma: ¿y qué sucedía? Sucedió, y es bien fácil que suceda así, que o hallaban en la Escritura algún texto, con tal cual viso favorable, o ellos mismos le hacían fuerza abierta para que se pusiese de su parte, ya quitando, ya añadiendo, ya separando el texto de todo su contexto, para que dijese por fuerza lo que realmente no decía. Los Maniqueos, por ejemplo, defendían sus dos principios, o dos dioses, uno bueno y otro malo; uno causa de todo el bien que hay en el mundo; otro causa de todos los males así físicos como morales, que afligen y perturban a los míseros hijos de Adán. Habiendo registrado para esto con sumo cuidado y diligencia toda la Divina Escritura, hallaron finalmente aquellas palabras de Cristo: *todo árbol bueno lleva buenos frutos; y el mal árbol lleva malos frutos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos, ni el árbol malo llevar buenos frutos*. El gozo de un hallazgo tan importante, debió ser tan grande para estos sabios, apenas racionales, que no les dio lugar para leer otra línea más, que inmediatamente se sigue en grande deshonor de su segundo principio: *todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado y metido en el fuego*. Este segundo principio, que podían haber discurrido, siempre hace males, y nunca bienes; luego alguna vez *será cortado y metido en el fuego*: luego no puede ser ni llamarse Dios, ni principio con propiedad alguna; luego no puede haber más que un solo y verdadero Dios, principio y fin de todas las cosas, infinitamente bueno, benéfico, sabio y santo; luego no puede haber otro principio, u otro origen del mal que el mismo hombre, con el mal uso de su libre albedrío, don inestimable que le dio el Criador, para que pudiese merecer su eterna felicidad; pues no era cosa digna de Dios, llevar por fuerza a su reino piedras frías, duras, inertes, sin movimiento y sin vida. Todo esto podrían haber concluido aquellos doctores del mismo texto que alegaban, si lo hubieran leído todo con buenos ojos. Más como estos ojos estaban tan viciados, era consecuencia necesaria que todo se viciase. *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente: mas si fuere malo, también tu cuerpo será tenebroso*.

14. Así se cumplió entonces a la letra en estos herejes, y se ha cumplido, se cumple y cumplirá siempre lo que dice la misma Escritura: *quien busca la ley, lleno será de ella; y el que obra con hipocresía, tropezará con ella*. Leyendo la Escritura con tan malos ojos, o con intenciones tan torcidas, ¿qué maravilla es que en lugar de la verdad que no buscan, hallen el error y el escándalo que buscan? ¿Qué maravilla es que hallado lo que buscan *para ruina de sí mismos*, en ello se obstinen, como en un hallazgo de suma importancia, para poder defender de algún modo y llevar adelante sus errores? Se les mostraba entonces, y se les muestra hasta ahora su mala fe, en sacar el texto de su contexto, y en darle otro sentido diversísimo y ajenísimo del obvio y literal; pero todo en vano. Su respuesta no fue entonces, ni hasta ahora ha sido otra, que avanzar otro y otros errores,

mezclados siempre con calumnias y con injurias. ¿Podremos con todo esto decir, que estos y otros errores semejantes han tenido su origen en la letra de la Escritura?

15. Demos un paso más adelante: avanzó Calvino, y algunos otros, que le precedieron y le siguieron, que Jesucristo no está real y verdaderamente presente en el sacramento de la Eucaristía. Y como si esto fuese claro y expreso en la Escritura, desafiaban a cualquiera que fuese a la disputa, con tal que no llevase, ni usase de otras armas que de la misma Escritura; a quien protestaban un sumo respeto y veneración, *con hipocresía hablando mentira*. Vos o yo verbigracia que soy católico, y tengo suficiente conocimiento de causa, admito de buena gana el desafío, y entro a la disputa con la Biblia en la mano; mas antes de abrirla, les pido de gracia que muestren aquel lugar o lugares de la Escritura, de donde han sacado esta novedad. La presencia real de Cristo en la Eucaristía, añado, cuenta ya tantos años de posesión, cuantos tiene la Iglesia del mismo Cristo, la cual como consta de la tradición constante y universal, y también de todas las historias eclesiásticas, siempre lo ha creído, lo ha enseñado, y lo ha practicado. Así lo recibió de los Apóstoles, y así lo halla expreso en las mismas Escrituras. Yo pues, como todos los católicos, estamos en posesión legítima de esta presencia real; y una posesión legítima inmemorial, basta y sobra para fundar un derecho cierto.

16. No basta, me responden tumultuosamente: cuando se halla, y se produce en juicio algún instrumento o escritura auténtica que prueba lo contrario, va por tierra la posesión inmemorial. Bien: muéstrese, pues, digo yo, este instrumento, esta escritura para ver lo que dice, y en qué términos habla. Por más esfuerzos que hacen, y por más que vuelven y revuelven toda la Biblia, nada producen en realidad, nada muestran, ni pueden mostrar, que destruya, que contradiga, que repugne de algún modo a mi posesión y a mi derecho. ¿Dónde está, pues, este lugar de la Escritura Santa? ¿De dónde, por tomarlo literalmente, bebieron este error? Por el contrario, yo les muestro, no uno, sino muchos lugares de la misma Escritura que están claramente a mi favor. Les muestro en primer lugar, los cuatro Evangelistas, que lo dicen con toda claridad, cuando hablan de la última cena. San Juan, aunque nada dice en esta ocasión, ocupado enteramente en otros misterios admirables que los otros Evangelistas habían omitido; pero ya lo dejaba dicho y repetido en el capítulo seis de su Evangelio; *mi carne verdaderamente es comida: y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne, y bebe mi sangre, etcétera. El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo*. Les muestro en fin la instrucción que sobre este punto da el Apóstol San Pablo a la Iglesia de Corinto y en ella a todas las demás, diciendo que lo que aquí les enseña, lo ha recibido inmediatamente del Señor: *porque yo recibí del Señor, etcétera*, y amenazando con el juicio de Dios a los que reciben indignamente este sacramento, no haciendo la debida distinción entre el pan ordinario y el cuerpo del Señor: *porque el que come y bebe indignamente, etc.*

17. Mostrados todos estos lugares de la Escritura, claros e innegables, sólo les pido, o por gracia o por justicia, que no les quiten su propio y natural sentido, que es aquel obvio y literal que muestran las palabras; pues esto no es lícito hacer, ni aun con los escritos del mismo Calvino. Si no atreviéndose a negar una petición tan justa, me conceden el sentido obvio y literal, para los textos de que hablamos, con esto sólo, sin otra diligencia, tenemos disipado el error; no hay necesidad de pasar a otros argumentos, está concluida

la disputa. Mas si mi petición no halla lugar, si se obstinan en negar que la Escritura Divina dice lo que ven nuestros ojos; si pretenden que diciendo una cosa, se entienda otra, etcétera, el error irá siempre adelante, y tendremos disputa para muchos siglos.

18. Lo que digo de este error en particular, digo generalmente de todos cuantos errores y herejías han perturbado, afligido y escandalizado la Iglesia. Yo ninguno hallo en la historia y en la serie de diez y siete siglos, que no haya tenido el mismo principio. Una vez depravado el corazón, es bien fácil que tras él se deprave el entendimiento, y facilísimo también depravar todas aquellas escrituras auténticas que pueden hacer oposición. Esta depravación de las Escrituras, que tan común ha sido en todos tiempos, empezó ya desde el tiempo de los Apóstoles, como apunta San Pedro en su segunda epístola al capítulo III, y dice: *las que adulteran los indoctos e inconstantes, para ruina de sí mismos*. Y desde entonces hasta ahora, siempre se ha notado en estos hombres inestables una de dos cosas: eso es, que, o han alterado y corrompido el texto, añadiendo o quitando alguna palabra, o si esto no han podido, a lo menos impunemente se han obstinado no obstante en negar que el texto dice lo mismo que dice, y lo que lee al punto el que sabe leer. ¿Y por qué todos estos esfuerzos, sino por miedo de la letra? ¿Por qué tanto miedo a la letra, sino porque debe caer y desvanecerse infaliblemente su opinión, si se cree y admite lo que dice la letra? Luego no es la letra la que los ha hecho errar.

19. No hablo ahora de aquellos otros inestables que han combatido otras verdades, las cuales aunque no constan claramente de la Escritura, no por eso dejan de serlo; y este es todo su argumento. No constan claramente de la Escritura; luego no son verdades; luego se pueden negar y despreciar sin escrúpulo alguno. ¡Pésima consecuencia! Se les responde: porque fuera de aquellas infinitas verdades, que constan claramente de la Escritura, según la letra, hay todavía algunas otras que recibió la Iglesia por la viva voz de sus primeros maestros, los cuales las recibieron del mismo modo por la viva voz del hijo de Dios ya resucitado, *apareciéndose por cuarenta días, y hablándoles del reino de Dios*, y también por inspiración del Espíritu Santo que en ellos habitaba; las cuales verdades ha conservado siempre fiel y constantemente desde sus principios: siempre las ha creído, las ha enseñado, las ha practicado pública y universalmente en todas partes, y en todos tiempos, sin interrupción ni novedad sustancial, como son estas cinco principales; primera, el símbolo de su fe, segunda, los siete sacramentos, tercera, la jerarquía, cuarta, la perpetua virginidad de la Santísima Madre del Mesías, quinta, la Escritura misma, como ahora la tenemos, sin más variedad que la que es indispensable en las versiones de una lengua a otra.

20. Algunas otras verdades señalan los doctores, las cuales o no son tan seguras, o no son tan interesantes, o se pueden reducir a estas cinco, a quienes no se les halla otro principio que los Apóstoles. Así decimos con confianza con San Ambrosio: *despréciense los argumentos cuando se trata de buscar la fe, y calle la dialéctica; porque entonces se cree a la Iglesia y no a los filósofos*. Importa, pues, poquísimamente que no se hallen estas verdades en las Escrituras. Basta que no se halle lo contrario clara y expresamente, que en este caso, cualquiera tradición dejará de serlo, o por mejor decir quedará convencida de falsa tradición. Y basta que la Iglesia las haya siempre creído, siempre enseñado, y siempre practicado. Los que a todo esto no se rindieren, darán una prueba más que suficiente para

pensar que todo el mal está en el corazón. Por consiguiente, no queda para ellos otro remedio, si acaso este nombre le puede competir, que aquel terrible y durísimo que ya está registrado en el Evangelio: *y si no oyere a la Iglesia, tenlo como un gentil, y un publicano*.

Párrafo III

21. Cuanto a los católicos y píos, que alguna vez erraron, o mucho o poco, decimos casi lo mismo que de los herejes; mas con esta grande y notable diferencia que hace toda su apología; que si en algo erraron alguna vez, su error no fue de corazón, sino de entendimiento, y cuando llegaron a conocerlo, lo retractaron al punto con verdad y simplicidad. Mas si buscamos con mediana atención el verdadero origen de estos errores, lejos de hallarlo en la letra o sentido literal de la Escritura, lo hallamos siempre o casi siempre en todo lo contrario. Todos los errores que se atribuyen a Orígenes, hombre por otra parte grande y célebre por su sabiduría y santidad de vida, parece cierto que no tuvieron otro principio. Siendo joven tuvo la desgracia de entender y practicar en sí mismo un texto del Evangelio. No digo ya según su sentido obvio y literal, que esto es falsísimo, sino en un sentido grosero, ridículo, ajeno del espíritu del Evangelio, y de la letra misma, que no dice ni aconseja tal cosa. Como esta mala inteligencia le costó cara, empezó desde luego a mirar con otros ojos la Escritura, inclinando siempre su inteligencia, no ya a lo que decía, sino a alguna cosa muy distante, que no decía. Casi cada palabra debía tener otro sentido oculto, que era preciso buscar o adivinar. Y la Escritura en sus manos no era ya otra cosa más que un libro de enigmas.

22. Alegaba para esto el texto de San Pablo: *porque la letra mata; y el espíritu vivifica*: el cual entendía del mismo modo, y con la misma grosería como había entendido aquel otro: *hay castrados que a sí mismos se castraron por amor del reino de los cielos*. Fundado en un principio tan falso, como era la inteligencia de *la letra mata*; ¿qué maravilla que errase? Maravilla hubiera sido lo contrario; como lo es que sus errores no fuesen más y mayores de los que se hallan en sus escritos. Si acaso son suyos y no prestados por los infinitos enemigos que tuvo, todos los errores que corren en su nombre, que esto no está todavía bien decidido.

23. Este ejemplar que pongo de Orígenes, lo podéis aplicar sin temor a todos cuantos han errado en la exposición de la Escritura, o contra alguna verdad de la Escritura, que estos son los errores de que aquí hablamos, sean estos antiguos o modernos, sean de santos o no lo sean. Si erraron contra alguna verdad de la Escritura, este error parece que no podía nacer sino de dos principios: o porque dejaron el sentido literal de aquel lugar, en cuya inteligencia erraron, o porque lo siguieron fielmente, y se acomodaron a él. Si lo primero; luego en esto está el peligro y el precipicio. Si lo segundo; luego no es falsa, sino buena y segura la regla de Teodoreto: *la misma letra algunas veces dice una falsedad*. Luego no es verdadera, sino falsa y peligrosa, aquella regla primaria y fundamental, que asientan todos los doctores con San Agustín. Es a saber: que la Escritura Divina se debe entender en su propio y natural sentido, *según la letra, o según la historia*, cuando en ello no se hallase alguna contradicción clara y manifiesta, lo cual está muy lejos de suceder.

Párrafo IV

24. Pues ¿no es verdadera aquella sentencia del Apóstol y doctor de las gentes, *la letra mata, y el espíritu vivifica?* ¿No es verdad, según esta sentencia, que la Escritura Divina, entendida a la letra, mata al pobre simple que la entiende así: mas vivifica al sabio y espiritual que la entiende espiritualmente? Os respondo, señor, con toda cortesía, que lo que dice San Pablo, es una verdad, y una verdad de grande importancia; mas no lo es, sino una falsedad grosera y aun ridícula, la interpretación que acabáis de darle.

25. La letra de que habla el Apóstol, como puede ver cualquiera que tuviese ojos, no es otra que la ley *grabada con letras sobre piedras* que Dios dio a su pueblo por medio de Moisés. Esta letra, o esta ley escrita, comparada con la ley de gracia, dice el santo que mata. ¿Por qué? No solamente porque mandaba con rigor y con amenazas terribles, ya de muerte, ya de otros castigos y calamidades; no solamente porque aquella ley descubrió muchas cosas que de suyo eran pecado, las cuales, aunque habían hasta entonces reinado en el mundo, no todas se habían imputado, no habiendo ley expresa que las prohibiese como dice a los Romanos: *mas no era imputado el pecado, cuando no había ley*. Mataba pues aquella ley, o no vivificaba como lo hace la ley de gracia porque no dio, ni daba espíritu: es decir, que cuando se promulgó en el monte Sinaí, no se dio junto con ella el espíritu vivificante. No era todavía su tiempo. Lo reservaba Dios para otro tiempo más oportuno, en que el Mesías mismo, concluida la misión de su eterno Padre sobre la redención del mundo, resucitase y fuese glorificado: *porque aún no había sido dado el espíritu, por cuanto Jesús no había sido aún glorificado*.

26. Por el contrario, la ley de gracia en el día de su promulgación no se escribió otra vez *en tablas de piedra, sino en las tablas del corazón*: no con letras formadas y materiales, sino con el espíritu vivificante de Dios vivo, que en aquel día se difundió *abundantemente por Jesucristo* en los corazones simples y puros de los creyentes, dejándolos iluminados, enseñados y fortalecidos para abrazar aquella ley y cumplirla con toda perfección, no ya por temor como esclavos, sino por amor como hijos de Dios, de que el mismo espíritu les daba testimonio y prenda segura. *Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, etc.*

27. Pues como este espíritu que entonces se dio, no fue una cosa pasajera, limitada a aquel solo día, sino permanente y estable, que se debía dar en todos tiempos, y a todos los creyentes que quisiesen darle lugar. Por eso dice el Apóstol que el espíritu de la ley de gracia vivifica; y no vivifica, antes mata la ley escrita, porque no había en ella tal espíritu. Esto es lo que sólo dice San Pablo, y esta es en sustancia la explicación que dan a este texto los autores juiciosos, cuando llegan a él. Digo, cuando llegan a él, porque no siempre que lo citan proceden con el mismo juicio. Muchas veces se ve, que a la inteligencia literal de un texto claro de la Escritura, le dan el nombre de inteligencia, *según la letra que mata*, aludiendo sin duda al *la letra mata* de San Pablo, mas lo entienden en aquel sentido que ni tiene, ni puede tener. Leed el libro sobre el espíritu y la letra de San Agustín, y allí hallaréis desde el principio la censura que merecen los que pretenden defenderse con este texto para dejar el sentido propio de la Escritura, y pasarse

a la pura alegoría. La alegoría es buena, cuando se usa con moderación, y sin perjuicio alguno de la letra; la cual se debe salvar en primer lugar. Asegurada ésta, alegorizad cuanto quisierais, sacad figuras, moralidades, conceptos predicables, etcétera, que puedan ser de edificación a los que leyeren, con tal que no se opongan a algún otro lugar de la Escritura, según su propio y natural sentido.

Párrafo V

28. No se puede negar que muchas cosas se leen en la Escritura, que tomadas, según la letra, y aun estudiando prolijamente todo su contexto, no se entienden. Pero ¿qué mucho que no se entiendan? ¿Os parece preciso y de absoluta necesidad, que todo se entienda y en todos tiempos? Si bien lo miráis, esta ignorancia, o esta falta de inteligencia en muchas cosas de la Escritura, máximamente en lo que es profecía, sucede por una de dos causas o porque todavía no ha llegado su tiempo, o porque no se acomodan bien, antes se oponen manifiestamente a aquel sistema, o a aquellas ideas que ya habíamos adoptado como buenas. Si para muchas no ha llegado el tiempo de entenderse, ni ser útil la inteligencia, ¿cómo las pensamos entender? ¿Cómo hemos de entender aquello de la sabiduría infinita que Dios quiso dejarnos revelado, sí, pero ocultísimo debajo de oscuras metáforas, para que no se entendiese fuera de su tiempo? La inteligencia de estas cosas, no depende, señor mío, de nuestro ingenio, de nuestro estudio, ni de la santidad de nuestra vida; depende solamente de que Dios quiera darnos la llave, de que quiera darnos el espíritu de inteligencia. Porque *si el gran Señor quisiere, le llenará de espíritu de inteligencia*, y Dios no acostumbra dar sino a su tiempo; mucho menos aquellas cosas que fuera de su tiempo pudieran hacer más daño que provecho. Los antiguos es innegable, que no entendieron muchas cosas que ahora entendemos nosotros, y los venideros entenderán muchas otras, que nos parecen ahora ininteligibles; porque al fin no se escribieron sino para algún fin determinado, y este fin no pudiera conseguirse, si siempre quedasen ocultas. Ocultas estaban, y lo hubieran estado toda la eternidad sin escribirse, ni habría para que usar esta diligencia inútil e indigna de Dios.

29. De un modo semejante discurrimos sobre la segunda causa de nuestra falta de inteligencia. Si algunas cosas, y no pocas, de las que leemos en las Escrituras no se acomodan con aquel sistema, o con aquellas ideas que hemos adoptado, antes se les oponen manifiestamente, ¿cómo será posible en este caso que las podamos entender? Al paso que el sistema nos parezca único, y nuestras ideas evidentes, a esa mismo paso deberá crecer la oscuridad de aquellas Escrituras, que son visiblemente contrarias, y algunas veces contradictorias. Se harán en todos tiempos esfuerzos grandísimos por los mayores ingenios para conciliar estos dos enemigos; mas serán inútiles necesariamente. ¿Por qué razón? Por la misma que acabamos de apuntar. Porque nuestro sistema nos parece único, y nuestras ideas evidentes. Y siendo así todos los esfuerzos que se hicieren, no se encaminarán a otro fin que hacer ceder a las Escrituras, para que se acomoden al sistema, quedando éste victorioso sin haber perdido un punto de su puesto. Mas como la verdad de Dios es esencialmente inmutable y eterna, incapaz de ceder a todos los esfuerzos de las criaturas; esta misma firmeza inalterable vendrá a ser por una consecuencia natural, toda la causa de su oscuridad: como si dijéramos, este lugar de la

Escritura y otros semejantes, no se pueden acomodar a nuestro sistema con todos los esfuerzos que se han hecho; luego son lugares oscuros; Ni ego se deben entender en otro sentido; luego será preciso buscar otro sentido, el más a propósito para que se acomoden, a lo menos para que no se opongan al sistema.

30. Este modo de argumentar, os parecerá sin duda poco justo; y no obstante, es increíble el uso que tiene. Y ¿quién sabe, amigo (guardad por ahora este secreto hasta que lo veáis por vuestros ojos en toda la segunda parte), quien sabe si aquellas amenazas que nos hacen, de error y peligro en el sentido literal de la Escritura, miran solamente a estas cosas inacomodables al sistema que han adoptado? Estas amenazas no se extienden ciertamente a toda la Escritura; pues ellos mismos buscan, y admiten en cuanto les es posible este sentido literal. Con que sólo deben limitarse a algunas cosas particulares. ¿Cuáles son estas? Son aquellas puntualmente, y a mi parecer únicamente, cuya observación y examen es el asunto primario de este escrito, pertenecientes todas a la segunda venida del Señor.

CAPITULO II

De la autoridad extrínseca sobre la letra de la Santa Escritura

Párrafo I

31. En la inteligencia y explicación de muchísimos lugares de los Profetas, y casi únicamente en aquellos que de algún modo pertenecen a nuestro asunto principal, es facilísimo notar que los intérpretes de la Escritura, habiendo buscado y seguido por un momento el sentido literal, o el que llaman con este nombre; no siéndoles posible llevar muy adelante dicho sentido, se acogen en breve a la pura alegoría, pretendiendo que éste es el sentido a *que se dirige especialmente el Espíritu Santo*. Si les preguntamos con qué razón, y sobre qué fundamento nos aseguran que aquél es el sentido literal, no obstante que a los dos o tres pasos se ven precisados a dejarlo; y que aquel otro alegórico o figurado es el que intenta especialmente el Espíritu Santo, etcétera, nos remiten por toda respuesta a la autoridad puramente extrínseca. Esto es, que otros antiguos doctores los entendieron y explicaron así. Este argumento *tomado de la autoridad*, que en otros asuntos de dogma y de moral puede y debe mirarse como bueno y legítimo, en el asunto de que hablamos no parece tan justo. Así como sin agraviar a los doctores más modernos, les podemos pedir razón de su inteligencia, cuando ésta no se conforma con la letra del texto; así del mismo modo podemos pedirla a los antiguos, porque al fin la autoridad de estos, por grande y respetable que sea, no puede fundarse sobre sí misma. Éste es un privilegio muy grande, que únicamente pertenece a Dios. Debe pues fundarse esta autoridad, o en la Escritura misma, si esta lo dice claramente, o en la tradición universal, inmemorial, cierta, constante, o en alguna decisión de la Iglesia congregada en el Espíritu Santo, o finalmente en alguna buena y sólida razón.

32. Todo esto en sustancia es lo que decía San Agustín a San Jerónimo en aquella célebre disputa epistolar que tuvieron estos dos grandes doctores sobre la verdadera inteligencia del capítulo segundo de la epístola de San Pablo a los Gálatas. Las razones que producía San Agustín, y con que impugnaba el sentimiento de San Jerónimo, parecían clarísimas y eficacísimas. Tanto que el mismo San Jerónimo, no hallando modo de eludir su fuerza, antes confesándola tácitamente, se acogió por último recurso a la autoridad extrínseca, alegando en su favor la autoridad de San Juan Crisóstomo, de Orígenes, y de algunos otros padres griegos que habían sido de su misma opinión, a lo cual responde San Agustín con estas palabras, dignas de toda consideración. *Te confieso, que el estimar infalible a un escritor es un honor que aprendí a tributarlo solamente a los libros llamados canónicos; pero si en otros escritos hallo algo que me parezca contrario a la verdad, sin embarazo digo, o que el código está errado, o que el intérprete no penetró el sentido, o que yo no he podido entenderlo. Sea cual fuere la santidad y doctrina de los autores, siempre los leo bajo el concepto de no creer que sea verdadero lo que dicen, porque ellos así lo juzgan, sino porque me lo persuaden o con la autoridad de algún texto canónico, o con alguna razón de peso.*

33. El mismo santo doctor, para no negarse a sí mismo, protesta en otro lugar que él no quiere que se haga otra cosa con sus escritos, sino lo que él mismo hace con los escritos de otros doctores. Esto es, tomar lo que le parece conforme a la verdad, y dejar o impugnar lo que le parece contrario o ajeno de la misma verdad. *Porque las disputas de los hombres, por católicos y respetables que sean, no merecen la misma fe que los escritos canónicos: de manera que no podamos, salvo el honor que les es debido, apartarnos o impugnar sus sentencias, siempre que viéremos en ellas algo que contradiga a la verdad, que con el auxilio divino nosotros u otros hubiéremos alcanzado. Esta es mi conducta con los escritos ajenos, y ésta es la que quiero se observe con los míos.*

34. Pues como en las cosas particulares que vamos a tratar, la autoridad extrínseca es el único enemigo que tenemos que temer, y el que casi a cada paso nos ha de hacer la más terrible oposición; parece conveniente, y aun necesario, decir alguna palabra sobre esta autoridad, dejando desde ahora presupuesto y asentado lo que hay cierto y seguro en el asunto. La autoridad de los antiguos padres de la Iglesia, es sin duda de sumo peso, y debemos no sólo respetarla, sino rendirnos a ella enteramente; no a ciegas, ni en todos los casos posibles, sino en ciertos casos, y con ciertas precauciones y limitaciones que enseñan los teólogos, y que practican ellos mismos frecuentemente. Ved aquí una proposición general en que todos convienen. «Cuando todos, o casi todos los padres de la Iglesia, concurren unánimemente en la explicación o inteligencia de algún lugar de la Escritura, este consentimiento unánime hace un argumento teológico, y algunas veces de fe, deque aquella y no otra es la verdadera inteligencia de aquel lugar de la Escritura.»

35. Esta proposición general, cierta y segura, admite no obstante algunas limitaciones, no menos ciertas y seguras, en que del mismo modo convienen los doctores. La primera es: que el lugar de la Escritura de que se habla, pertenezca inmediatamente a la sustancia de la religión, o a los dogmas universales de la Iglesia, como también a la moral. Esta limitación se lee expresa, en el decreto del Concilio de Trento, sección cuarta, en que

manda que ninguno se atreva a interpretar la Santa Escritura, haciéndole violencia para traerla a su propia opinión: *en cosas pertenecientes a la fe, y a las costumbres que miran a la propagación de la doctrina cristiana, violentando la sagrada Escritura para apoyar sus dictámenes contra el sentido que le ha dado y da la Santa Madre Iglesia, a la que privativamente toca determinar el verdadero sentido e interpretación de las sagradas letras; ni tampoco contra el unánime consentimiento de los santos padres.*

36. Segunda limitación: que aquella explicación o inteligencia que dan al lugar de la Escritura, la den todos o los más unánimemente, no como una mera sospecha o conjetura, sino como una verdad de fe. Tercera limitación: que aquel punto de que se habla, lo hayan tratado todos o los más de los padres, no de paso, y sólo *por incidencia* en algún sermón u homilía, sino de propósito determinado; probando, afirmando y resolviendo que aquello que dicen es una verdad, y lo contrario un error. Algunas otras limitaciones ponen los doctores, que no hay para qué apuntarlas aquí. Para nuestro propósito bastan estas tres que son las principales.

Párrafo II

37. No temáis, amigo, que yo no respete la autoridad de los antiguos padres, ni que quiera pasar los límites justos y precisos de esta autoridad. Los puntos que voy a tratar: lo primero, no pertenecen inmediatamente al dogma ni a la moral. Lo segundo, los antiguos padres no los trataron de propósito; apenas los trataron de paso, y esto algunos pocos, no todos ni los más. Lo tercero, los pocos que tocaron estos puntos, no convinieron en un mismo sentimiento; sino que unos afirmaron, y otros negaron. Esta circunstancia es de sumo interés. Cuarto, en fin: ni los padres que afirmaron, ni los que negaron, si se exceptúa San Epifanio, de quien hablaremos a su tiempo, trataron de errónea la sentencia contraria. Esta censura es muy moderna y por jueces muy poco competentes. San Jerónimo, que era uno de los que negaban, dice expresamente, que no por eso condena, ni puede condenar a los que afirmaban: *la que aunque no sigamos, porque muchos varones eclesiásticos y mártires la llevan... reservamos al juicio del Señor.*

38. Por todo lo cual parece claro, que quedamos en perfecta libertad para seguir a unos, y dejar a otros: para seguir, digo, aquella opinión, que miradas todas las razones, y pesadas en fiel balanza nos pareciere más conforme mejor diré, únicamente conforme a la autoridad intrínseca, o a todas las Santas Escrituras del viejo y nuevo Testamento.

39. Concluyamos este punto para mayor confirmación con las palabras del gran Bosuet. Este sabio y juicioso escritor en su prefacio a la exposición del Apocalipsis, para allanar el paso al nuevo rumbo que va a seguir, se propone primero algunas dificultades. Entre otras, la primera es la autoridad de los antiguos padres, y el común sentir de los intérpretes, los cuales han entendido en el Apocalipsis, no las primeras persecuciones de los tres primeros siglos de la Iglesia, sino las últimas que deben preceder a la venida del Señor. A esta dificultad responde de este modo, número trece.

40. «Pero los más novicios en la teología saben la resolución de esta primera dificultad. Si fuese necesario para explicar el Apocalipsis reservarlo todo para el fin del mundo, y tiempos del Anticristo, ¿se hubiera permitido a tantos sabios del siglo pasado entender en la bestia del Apocalipsis, ya al Anticristo en Mahoma, ya otra cosa, que Enoch y Elías en los dos testigos del capítulo once?... El sabio ex-Jesuita Luis del Alcázar, que escribió un gran comentario sobre el Apocalipsis, de donde Grocio tomó muchas de sus ideas, lo hace ver perfectamente cumplido hasta el capítulo veinte, y se ven los dos testigos sin hablar una palabra de Elías, ni de Enoch. Cuando le oponen la autoridad de los padres, y de algunos doctores, los cuales con demasiada licencia quieren hacer tradiciones y artículos de fe de las conjeturas de algunos padres; responde que otros doctores han sentido de otro modo diverso, y que los padres también variaron sobre estos asuntos, o sobre la mayor parte de ellos. Por consiguiente que no hay ni puede haber en ellos tradición constante y uniforme; así como en otros muchos puntos, donde los doctores, aun católicos, han pretendido hallarla. En suma, que éste es un asunto no de dogma, ni de autoridad, sino de pura conjetura. Y todo esto se funda bien en la regla del Concilio de Trento, el cual no establece ni la tradición constante, ni la inviolable autoridad de los santos padres en la inteligencia de la Escritura, sino en su unánime consentimiento, y esto solamente en materia de fe y costumbres.» Todo esto que dice Mr. Bosuet, recibidlo, amigo, como si yo mismo os lo dijese en respuesta a la única dificultad que tengo contra mí. Entremos en materia.

CAPITULO III

Se propone el sistema ordinario sobre la segunda venida del Mesías, y el modo de examinarlo.

Párrafo I

41. Toda la Escritura Divina tiene tanta y tan estrecha conexión con la persona adorable del Mesías, que podemos con verdad decir, que toda habla de él, o en figura, o en profecía, o en historia; toda se encamina a él, y toda se termina en él, como en su verdadero y íntimo fin. Nuestros Rabinos no dejaron de conocer muy bien esta grande e importante verdad, mas como entre tantas cosas grandes y magníficas que se leen casi a cada paso del Mesías en los profetas, y en los salmos, encontraban algunas poco agradables, y a su parecer indignas de aquella grandeza y majestad, como no quisieron creer fiel y sencillamente lo que leían, y esto porque no podían componer en una misma persona la grandeza de las unas con la pequeñez de las otras; como en fin, no quisieron distinguir, ni admitir en esta misma persona, aquellos dos estados y dos tiempos infinitamente diversos, que tan claros están en las Escrituras, tomaron finalmente un partido, que fue el principio de nuestra ruina, y la raíz de todos nuestros males. Resolvieron, digo, declararse por las primeras, y olvidar enteramente las segundas.

42. En consecuencia de esta imprudente resolución formaron, casi sin advertirlo, un sistema general que poco a poco todos fueron abrazando, diciendo los unos lo que habían

dicho los otros, y sin más razón que porque los otros lo habían dicho, se aplicaron con grande empeño a acomodar a este sistema, que ya parecía único, todas las profecías, y todas cuantas cosas se dicen en ellas, resueltos a no dar cuartel a alguna, fuese la que fuese, si no se dejaba acomodar. Quiero decir, que aquellas que se hallasen absolutamente inacomodables al sistema, o debían omitirse como inútiles, o lo que parecía más seguro, debía negarse obstinadamente que hablasen del Mesías: pues había otros profetas y justos, a quienes de grado o por fuerza se podían acomodar. Sistema verdaderamente infeliz, y funestísimo, que redujo al fin a todo el pueblo de Dios al estado miserable en que hasta ahora lo vemos ¡que es la mayor ponderación! Mas dejando estas cosas como ya irremediables, y volviendo a maestro propósito, entremos desde luego a proponer, y también a examinar atentamente las ideas que nos dan los doctores cristianos de la venida del mismo Mesías, que todos estamos esperando. Dicen, o suponen como una cosa cierta, que estas ideas son tomadas de las Santas Escrituras: ¿pero será cierto esto? Ya que sea cierto en lo general, ¿será también cierto que son fielmente tomadas, sin quitar ni añadir, ni disimular cosa alguna; y poniendo cada pieza en su propio lugar? Así me parece que lo debemos suponer, cautivando nuestros juicios en obsequio de tantos sabios que han edificado sobre este fundamento, suponiéndolo bueno, sólido y firme. Yo también por la presente lo quiero suponer así, sin meterme a negar o disputar antes de tiempo. No obstante; como el asunto se me figura de sumo interés, y por otra parte nadie me lo prohíbe, quiero tener el consuelo de beber el agua en su propia fuente, de ver, digo, tocar y experimentar por mí mismo, la conformidad que tienen, o pueden tener estas ideas con la Escritura misma, de donde se tomaron, pues es cosa clara que causará mucho mayor placer el ver a Roma, por ejemplo, con sus propios ojos, que verla en relación o en pintura.

Párrafo II

43. Todas las cosas generales y particulares que sobre este asunto hallamos en los libros, reducidas a pocas palabras, forman un sistema, cuya sustancia se puede proponer en estos términos; Jesucristo volverá del cielo a la tierra en gloria y majestad, no antes, sino precisamente al fin del mundo, habiendo precedido a su venida todas aquellas señales que se leen en los evangelios; en los profetas y en el Apocalipsis. Entre estas señales, será una terribilísima la persecución del Anticristo, por espacio de tres años y medio. Los autores no convienen enteramente en todo lo que pertenece a esta persecución. Unos la ponen inmediatamente antes de la venida del Señor, otro, y creo que son los más, advirtiéndome en esto un gravísimo inconveniente, que puede arruinar todo el sistema, se toman la licencia de poner este gran suceso algún tiempo antes, de modo que dejan un espacio de tiempo, grande o pequeño, determinado o indeterminado, entre el fin del Anticristo y la venida de Cristo. En su lugar veremos las razones, que para esto tienen.

44. Poco antes de la venida del Señor, y al salir ya del cielo, sucederá en la tierra un diluvio universal de fuego, que matará a todos los vivientes, sin dejar uno solo: lo cual concluido, y apagado el fuego, resucitará en un momento todo el linaje humano, de modo que cuando el Señor llegue a la tierra, hallará todos los hijos de Adán, cuantos han sido, son y serán, no solamente resucitados, sino también congregados en el valle de Josafat,

que está inmediato a Jerusalén. En este valle, dicen, se debe hacer el juicio universal. ¿Por qué? Porque así lo asegura el profeta Joel en el capítulo III. Y aunque el profeta Joel no habla del juicio universal, como parece claro de todo su contexto; pero así entendieron este lugar algunos antiguos, y así ha corrido hasta ahora sin especial contradicción. No obstan las medidas exactas que han tomado a este valle algunos curiosos, para ver como podrán acomodarse en milla y media de largo con cien pasos de ancho aquellos poquitos de hombres, que han de concurrir de todas las partes del mundo, y de todos los siglos, porque al fin se acomodarán como pudieren, y la gente caída e infeliz, dice un sabio, cabe bien en cualquier lugar por estrecho que sea.

45. Llegado pues el Señor al valle de Josafat, y sentado en un trono de grande majestad, no en tierra, sino en el aire, pero muy cerca de la tierra, y colocados también en el aire todos los justos, según su grado, en forma de anfiteatro; se abrirán los libros de las conciencias, y hecho público todo lo bueno y lo malo de cada uno, justificada en esto la causa de Dios, dará el juez la sentencia final, a unos de vida, a otros de muerte eterna. Se ejecutará al punto la sentencia, arrojando al infierno a todos los malos junto con los demonios, y Jesucristo se volverá otra vez al cielo, llevándose consigo a todos los buenos.

46. Esto es en suma todo lo que hallamos en los libros; mas si miramos con alguna mediana atención lo que nos dicen y predicán todas las Escrituras, es fácil conocer que aquí faltan muchas cosas bien sustanciales, y que las que hay, aunque verdaderas en parte, están muy fuera de su legítimo lugar. Si esto es así, o no, parece imposible poderlo aclarar, y decidir en poco tiempo, porque no solo se deben producir las pruebas, sino desenredar muchos enredos, y desatar o romper muchos nudos.

Párrafo III

47. Todos saben con solos los primeros principios de la luz natural, que el modo más fácil y seguro, diremos mejor, el modo único de conocer la bondad y verdad de un sistema, en cualquier asunto que sea, es ver y experimentar, si se explican en él bien todas las cosas particulares que le pertenecen; si se explican, digo, de un modo natural, claro, seguido, verosímil, y si se explican todas, sin que queden algunas que se opongan claramente, y no puedan reducirse sin violencia al mismo sistema. Pongamos un ejemplo.

48. Yo quiero saber de cierto, si es bueno o no, el sistema celeste antiguo, que vulgarmente se llama de Tolomeo. No tengo que hacer otra cosa, sino ver si se explican bien, de un modo físico, natural, fácil y perceptible, todos los movimientos y fenómenos, que yo observo clara y distintamente en los cuerpos celestes. Yo observo clara y constantemente, sin mudanza ni variación alguna, que un planeta, verbi gratia Marte, aparece a mis ojos sin comparación mayor, cuando está en oposición con el sol, que cuando está en sus cuadraturas; observo en este mismo planeta, que no siempre sigue su carrera natural, sino que algunas veces, en determinado tiempo vuelve atrás caminando un espacio bien considerable en sentido contrario, otras veces también en determinado tiempo se queda muchos días inmóvil, y como clavado en un mismo lugar del cielo,

observo con la misma claridad al planeta Venus, unas veces encima del sol, otras debajo entre el sol y la tierra, observo a Júpiter rodeado de otros cuatro planetas, que lo tienen por centro; y por consiguiente ya están más altos, ya más bajos, ya en un lado, ya en otro, etc. A este modo observo otras cien cosas, bien fáciles de observar, las cuales, aunque ignoro como serán, no por eso puedo dudar que son.

49. Quiero, pues, explicar éstas y otras cosas semejantes en el sistema antiguo de Tolomeo. Pido esta explicación a los filósofos y astrónomos más celebrados: a los Egipcios, Griegos, Árabes y Latinos. Veo los esfuerzos inútiles que hacen para darles alguna explicación, oigo las suposiciones que procuran establecer, todas arbitrarias, inverosímiles e increíbles. Contemplo con admiración los excéntricos y los epiciclos, a donde se acogen por íntimo refugio. Después de todo, certificado en fin, de que en realidad nada explican, de que todo es una confusión inabarcable, y una algarabía ininteligible, con esto solo quedo en verdadero derecho para pronunciar mi sentencia definitiva, la más justa que en todos asuntos de pura física se ha dado jamás, diciendo, que el sistema no puede subsistir, que es conocidamente falso, que se debe proscribir, y desterrar para siempre de la compañía de los sabios, tenga, pues, los defensores o patronos que tuviere, sean tantos, cuantos sabios han florecido en dos o tres mil años, cítense autoridades a millares de todas las librerías del mundo; yo estoy en derecho de mantener mi conclusión, cierto y seguro de que el sistema es falso, que nada explica, y los mismos fenómenos lo destruyen.

50. Si en lugar de este sistema sale otro, el cual después de bien examinado, y confrontado con los fenómenos celestes, se ve que los explica bien de un modo claro y natural, que satisface a todas las dificultades, y esto sin violencia, sin confusión, sin suposiciones arbitrarias, etc., aunque este nuevo sistema no tenga más patrón que su propio autor, ni más autoridades que las pruebas que trae consigo, esta sola autoridad pesará más en una balanza fiel, que todos los volúmenes, por gruesos que sean, y que todos los sabios que los escribieron; y cualquier hombre sensato que llegue a tener suficiente conocimiento de causa, los abandonará al punto a todos con el honor y cortesía que por otros títulos se merecen; admitiendo de buena fe la excusa justa y racional de que al fin en su tiempo no había otro sistema; y así trabajaron sobre él, en la suposición de su bondad. No olvidéis, amigo, esta especie de parábola.

Párrafo IV

51. Sin apartarnos mucho de aquella propiedad, que pide una semejanza, podemos considerar a toda la Biblia Sagrada como un cielo grande y hermosísimo, adornado por el espíritu de Dios con tanta variedad y magnificencia, que parece imposible abrir los ojos, sin que quede arrebatada la atención. Esta vista primera, así en general y en confuso, excita naturalmente la curiosidad o el deseo de saber, ¿qué cosas son aquellas, qué significan, cómo se entienden, qué conexión o enlace tienen las unas con las otras, y a qué fin determinado se encaminan todas? Excitada esa curiosidad, lo primero que se ofrece naturalmente es ir a buscar en los libros lo que han pensado y enseñado los

doctores, cómo han explicado aquellas cosas, y qué luces nos han dejado para su verdadera y plena inteligencia.

52. Si después de muchos años de estudio formal en esta especie de libros, si después de haberles pedido una explicación natural y clara de algunos fenómenos particulares que nos parecen de suma importancia, si después de confrontadas estas explicaciones con los fenómenos mismos, observados con toda exactitud, no hallamos otra cosa que suposiciones y acomodaciones arbitrarias; y éstas las más veces violentas, confusas, inconexas y visiblemente fuera del caso: ¿qué quieren que hagamos, sino buscar otra senda más recta, aunque no sea tan trillada? Buscar, digo, otro sistema en que las cosas vayan mejor; esto es lo que voy luego a proponer a vuestra consideración. Acaso] me diréis, que para proponer otro nuevo sistema, había de haber impugnado el antiguo en toda forma, y demostrado su insuficiencia. Yo también lo había pensado así; mas después me ha parecido mejor tomar otro camino más corto, y sin comparación menos molesto. Quiero decir: propuestos los dos sistemas, y quitados algunos embarazos al segundo, entrar desde luego a la observación de algunos fenómenos particulares, pidiendo al uno y al otro una observación justa y clara. Así se ahorrará mucho trabajo, y al mismo tiempo se podrá ver de una sola ojeada, cual de los dos sistemas es el mejor, o cual debe ser el único; porque es cosa clara, que aquel sistema será el mejor, que explique mejor los fenómenos; aquel deberá mirarse como único, en donde únicamente se pudiesen bien explicar.

CAPITULO IV

Se propone otro nuevo sistema

53. Antes de proponer este sistema, Cristófilo amigo, deseo en vuestro ánimo un poco de quietud, no sea que os ocasione algún susto repentino, y sin hacer la debida reflexión, deis voces contra un enemigo imaginario, haciendo tocar una falsa alarma. El sistema, aunque propuesto, y seguido con novedad, no es tan nuevo, como sin duda pensaréis; antes os aseguro formalmente, que en la sustancia es mucho más antiguo que el ordinario: de modo, que cuando éste se empezó a hacer común, que fue hacia los fines del siglo cuarto de la Iglesia, y principios del quinto, ya el otro contaba más de trescientos años de antigüedad. No obstante, atendiendo a vuestra flaqueza: o a vuestra preocupación, no lo propongo de un modo asertivo, sino como una mera hipótesis o suposición. Si ésta es arbitraria, o no, lo iremos viendo más adelante, que por ahora es imposible decirlo. Mas sea como fuere, esto es permitido sin dificultad, aun en sistemas a primera vista los más disparatados; porque en esta permisión se arriesga poco, y se puede avanzar mucho en el descubrimiento de la verdad.

Sistema general

54. Jesucristo volverá del cielo a la tierra, cuando llegue su tiempo, cuando lleguen aquellos tiempos y momentos, *que puso el Padre en su propio poder*. Vendrá

acompañado, no solamente de sus ángeles, sino también de sus santos ya resucitados: de aquellos digo, *que serán juzgados dignos de aquel siglo, y de la resurrección de los muertos. He aquí, vino el Señor entre millares de sus santos.* Vendrá no tan de prisa, sino más despacio de lo que se piensa. Vendrá a juzgar no solamente a los muertos, sino también y en primer lugar a los vivos. Por consiguiente este juicio de vivos y muertos, no puede ser uno solo, sino dos juicios diversísimos, no solamente en la sustancia y en el modo, sino también en el tiempo. De donde se concluye (y esto es lo principal a que debe atenderse) que debe haber un espacio de tiempo bien considerable entre la venida del Señor que esperamos, y el juicio de los muertos, o resurrección universal.

55. Éste es el sistema. Os parecerá muy general, y no obstante yo no quisiera otra cosa, sino que se me concediese el espacio de tiempo de que acabo de hablar: con esto solo yo tenía entendidas, y explicadas fácilmente todas las profecías. Mas, ¿será posible conceder este espacio de tiempo en el sistema de los intérpretes? ¿Y será posible negarlo en el sistema de la Escritura? Esto es lo que principalmente hemos de examinar y disputar en todo este escrito. Vos mismo seréis el juez, y deberéis dar la sentencia definitiva, después de vistos y examinados todos los procesos; que antes de esta vista y examen, sería injusticia manifiesta contra el derecho sagrado de las gentes.

56. Y en primer lugar, yo me hago cargo de algunas graves dificultades que hay para admitir o dar algún lugar a este sistema, las cuales luego quisierais proponerme. Todo se andará con el favor de Dios, si queréis oírme con bondad, y no condenarme antes de tiempo. Un astrónomo que quiere observar el cielo, entre otros muchos preparativos, debe esperar con paciencia una noche serena, pues cualquiera nube o niebla, que enturbie la atmósfera, por poco que sea, impide absolutamente una observación exacta y fiel. A este modo, pues, para que nosotros podamos hacer quieta y exactamente nuestras observaciones, deberemos esperar con paciencia, no digo ya que se aclare el aire por sí mismo, porque esto sería un esperar eterno, sino esperar que se aclare con nuestro trabajo y diligencia, procurando en cuanto está de nuestra parte, disipar algunas nubes, que pueden, no solo incomodar, sino impedirlo todo. Yo no hago mucho caso de aquellas nubecillas *sin agua*, que desaparecen al primer soplo; pero me es preciso mirar con atención algunas otras, que muestran un semblante terrible con grande apariencia de solidez.

57. La primera es: que el sistema que acabo de proponer tiene gran semejanza, si acaso no es identidad, con el error, o sueño, o fábula de los chialistas, que otros llaman chiliastas o milenarios, y siendo así no merece ser escuchado, ni aun por diversión.

58. La segunda: que yo pongo la venida del Señor en gloria y majestad, mucho tiempo antes de la resurrección universal, y por otra parte digo y afirmo, que vendrá con sus millares de santos ya resucitados. De aquí se sigue evidentemente, que debo admitir dos resurrecciones: una, de los santos que vienen con Cristo, otra, mucho después, de todo el resto de los hombres. Lo cual es contra el común sentir de todos los teólogos, que tienen por una cosa ciertísima, y por una verdad sin disputa, que la resurrección de la carne debe ser *una y simultánea*, esto es, una sola vez, y en todos los hijos de Adán, sin distinción en un mismo tiempo y momento. Las otras dificultades se verán en su lugar.

CAPITULO V

Primera dificultad. Los milenarios. Disertación.

59. Yo no puedo negar, ni me avergüenzo de confesarlo, que en otros tiempos fue ésta una nube tan densa, y tan pavorosa para mi pequeñez, que muchas veces me hizo dejar *por un tiempo* el estudio de la Escritura Santa, y algunas veces resolví dejarlo del todo. Como en la lección de los intérpretes, en especial sobre los Profetas y los Salmos, encontraba frecuentemente en tono decisivo éstas o semejantes expresiones: *este lugar no se puede entender según la letra, porque fue el error de los Milenarios: ésta fue la herejía de Cerinto, ésta la fábula de los Rabinos*, etc.: pensaba yo buenamente que este punto estaba decidido, y que todo cuanto tuviese alguna relación, grande o pequeña, con Milenarios, fuesen éstos o no lo fuesen, debía mirarse como un peligro cierto de error o de herejía.

60. Con este miedo y pavor anduve muchos años casi sin atreverme a abrir la Biblia, a la que por una parte miraba con respeto e inclinación; y por otra parte me veía tentado fuertemente a mirarla como un libro inútil, e insulso, y demás de esto peligroso, que era lo peor. ¡Ah qué trabajos y angustias tuve que sufrir en estos tiempos! *El Dios y padre de nuestro señor Jesucristo...* me atrevo a decir con San Pablo, *sabe que no miento*. Éste sí que era el verdadero error y el verdadero peligro, pensar que Dios mismo, *cuyas palabras tienen por principio la verdad, y cuya naturaleza es la bondad*, podía alguna vez esconder el veneno dentro del pan que daba a sus hijos: y que buscando éstos con simplicidad el pan o sustento del alma, que es la verdad, buscando esta verdad en su propia fuente que es la Divina Escritura, podían hallar en lugar de pan una piedra, en lugar de pez una serpiente, y en lugar de huevo un escorpión.

61. Esta reflexión, que algunas veces se me ofrecía con gran viveza, me hizo al fin cobrar un poco de ánimo, y aunque no del todo asegurado, comencé un día a pensar que en todo caso sería menos mal culpar al hombre, que culpar a Dios; pues como dice San Pablo: *Dios es verdad, y todo hombre falaz, correo está escrito*. Con esto se empezó a renovar en mí cierta sospecha, que siempre había desechado, como poco fundada, mas que por entonces me pareció justa. Ésta era que los intérpretes de las Escrituras, lo mismo digo a proporción de los teólogos y demás escritores eclesiásticos, teniendo la mente repartida en una infinidad de cosas diferentes, no podían tratarlas todas y cada una, con aquella madurez y formalidad que tal vez pide alguna de ellas. Por consiguiente podía muy bien suceder, que en el grave y vastísimo asunto de Milenarios no fuese error ni fábula todo lo que se honra con este nombre, sino que estuviesen mezcladas muchas verdades de suma importancia con errores claros y groseros. Y en este caso, sería más conforme a razón separar la verdad de la mentira, y lo precioso de lo vil, que confundirlo todo en una misma pasta, y arrojarla fuera, y echarla a los perros por miedo del error.

62. Con este pensamiento empecé desde luego a estudiar seriamente este punto particular, registrando para esto con toda la atención y reflexión de que soy capaz, cuantos autores

antiguos y modernos me han sido accesibles, y en que he pensado hallar alguna luz; mas confrontándolos siempre con la Escritura misma, como creo debemos hacerlo, esto es, con los Profetas, con los Salmos, con los Evangelios, con San Pablo, y con el Apocalipsis. Después de todas las diligencias que me ha sido posible practicar, yo os aseguro, amigo, que hasta, ahora no he podido hallar otra cosa cierta, sino una grande admiración, y junto con ella un verdadero desengaño.

63. Para que podamos proceder con algún orden y claridad en un asunto tan grave, y al mismo tiempo tan delicado, vamos por partes. Tres puntos principales tenemos que observar aquí; y esta observación la debemos hacer con tanta exactitud y prolijidad, que quedemos perfectamente enterados en el conocimiento de esta causa; y por consiguiente en estado de dar una sentencia justa. Lo primero pues, debemos examinar si la Iglesia ha decidido algo, o ha hablado alguna palabra sobre el asunto. Este conocimiento nos es necesario, *antes de todo*, para poder pasar adelante, pues la más mínima duda que sobre esto quedase, era un impedimento gravísimo, que nos debía detener el paso. Lo segundo, debemos conocer perfectamente las diferentes clases que ha habido de Milenarios; lo que sobre todos ellos dicen los doctores; su modo de pensar en impugnarlos; y las razones en que se fundan para condenarlos a todos. Lo tercero en fin, debemos proponer fielmente lo que nos dicen los mismos doctores, y el modo con que procuran desembarazarse de aquella grande y terrible dificultad, que fue la que dio ocasión, como también dicen, al error de los Milenarios: esto es, la explicación que dan, o pretenden dar al capítulo veinte del Apocalipsis. Al examen de estos tres puntos se reduce esta disertación.

64. Pero antes de llegar a lo más inmediato, permitidme, amigo, que os pregunte una cosa, que ciertamente ignoro: es a saber: ¿si entre tantos doctores antiguos y modernos, que han escrito contra los Milenarios, tenéis noticia de alguno que haya tratado este punto plenamente y a fondo? Verosímilmente me citaréis entre los antiguos, a San Dionisio Alejandrino, a San Epifanio, a San Jerónimo, a San Agustín; y entre los modernos a Suárez, Belarmino, Cano, Natal Alejandro, Goti, etc. Mas esto sería no reparar, ni hacer mucho caso de aquellas palabras de que uso: *plenamente y a fondo*, por las cuales nada menos entiendo, que una discusión formal y rigurosa de todo el punto, y de todo cuanto el punto comprende, es decir, no solamente de las circunstancias puramente accidentales, que con el tiempo se han ido agregando a este punto, y que tanto lo han desfigurado; sino de la sustancia de él mismo, sin otras relaciones, haciéndose cargo, digo, de todo lo que hay sobre esto en las Escrituras; explicando estos lugares verdaderamente innumerables de un modo propio, natural y perceptible; y satisfaciendo del mismo modo a las dificultades.

65. Solo esto, me parece, que puede llamarse con propiedad, tratar un punto como éste, plenamente y a fondo, y de este modo digo, que ignoro, si lo ha tratado alguno. De otro modo diverso, sé que lo han tratado muchos, no solo los que acabáis de citarme, sino otros innumerables doctores de todas clases. Lo tratan, o por mejor decir, lo tocan varias veces los expositores, lo tocan muchísimos teólogos, los más, de paso, algunos pocos con alguna difusión, lo tocan los que han escrito sobre las herejías, y en fin todos los historiadores eclesiásticos. Con todo esto, me atrevo a decir, que ninguno plenamente y a fondo, según el sentido propio de estas palabras. Todos o casi todos convienen en que es

una fábula, un delirio, un sueño, un error formal; y esto no solo en cuanto a los accidentes, o relaciones y circunstancias accidentales (que en esto convengo yo), sino también en cuanto a la sustancia. Mas ninguno nos dice con distinción y claridad, en qué consiste este error, ninguno nos muestra, como debían hacerlo, alguna verdad clara, cierta y segura, que se oponga y contradiga a la sustancia del reino milenarismo. Mas de esto hablaremos de propósito, después que hayamos concluido el primer punto de nuestra controversia.

Artículo I

Examen del primer punto

66. ¿La Iglesia ha decidido ya este punto? ¿Ha condenado a los Milenarismos? ¿Ha hablado sobre este asunto alguna palabra? Esta noticia, que no hallamos en autores graves y de primera clase, por ejemplo, en los citados poco ha, la hallamos no obstante en otros de clase inferior, los cuales por el mismo caso que son de clase inferior, ya por su precio intrínseco, ya por su poco volumen, andan en manos de todos, y pueden ocasionar un verdadero escándalo. Entre estos autores, unos citan un concilio y otros otro. Los más nos remitan al concilio romano, celebrado en tiempo de San Dámaso. Empecemos aquí.

67. San Dámaso celebró en Roma, no uno solo, sino cuatro concilios. ¿En cuál de ellos se decidió el punto de que hablamos? Las actas de estos concilios, en especial de los tres primeros, las tenemos hasta ahora, y se pueden ver en Labbé, en Dumesnil, en Fleuri, etc. El primer concilio de San Dámaso fue el año de 370, y en él se condenó a Ursacio, y a Valente, obstinados y peligrosísimos Arrianos. El segundo fue el año de 372, y en él fue depuesto Auxencio de Milán, antecesor de San Ambrosio, y se decidió la consustancialidad del Espíritu Santo. El tercero fue el año de 375, y en él se condenó a Apolinario y Timoteo, su discípulo, no por Milenarismos, que de esto no se habla una sola palabra, sino porque enseñaban, que Jesucristo no había tenido entendimiento humano, o alma racional humana; sino que la divinidad había suplido la falta del alma. Ítem: porque enseñaban, que el cuerpo de Cristo era del cielo; y por consiguiente de naturaleza diversa de la nuestra, que después de la resurrección este cuerpo se había disipado, quedando Jesucristo hombre en apariencia, no en realidad. El cuarto concilio fue el año de 382, de cuyas actas *no consta absolutamente*, como dice Dumesnil, y lo mismo Fleuri. Parece que el asunto principal de este concilio fue decidir quién era el verdadero obispo de Antioquía, si Flaviano o Paulino, y así se ve que el Concilio dirigió su letra sinodal a Paulino, a cuya defensa, parece verosímil que viniese a Roma San Jerónimo, que era presbítero suyo, como ciertamente vino con San Epifanio, y se hospedaron ambos en casa de Santa Paula.

68. Supuestas estas noticias que se hallan en la historia eclesiástica, preguntad ahora a aquellos autores de que empezamos a hablar, ¿de dónde sacaron que en el concilio romano de San Dámaso se decidió el punto general de los Milenarismos? Y veréis como no os responden otra cosa, sino que así lo hallaron en otros autores, y éstos en otros, los cuales tal vez lo sacaron finalmente de los anales del cardenal Baronio *hacia el año 375*.

Mas este sabio cardenal, ¿de dónde lo sacó? Si lo sacó de algún archivo fidedigno, ¿por qué no lo dice claramente? ¿Por qué no lo asegura de cierto, sino solo como quien sospecha o supone que así sería? Este modo de hablar es cuando menos muy sospechoso.

69. La verdad es que la noticia es evidentemente falsa por todos sus aspectos. Lo primero porque no hay instrumento alguno que la compruebe; y una cosa de hecho, y de tanta gravedad, no puede fundarse de modo alguno sobre una sospecha arbitraria, o sobre un *puede ser*. Lo segundo, porque tenemos un fundamento positivo, y en el asunto presente de sumo peso para afirmar todo lo contrario; esto es, que San Jerónimo, *anti-milenario*, que muchos años después de San Dámaso escribió sus comentarios sobre Isaías y Jeremías, y como afirma el erudito Muratori en su libro *del Paraíso*, no pudieron ser menos de veinte, dice expresamente *en el prólogo del libro 18 de Isaías*, que en este tiempo, esto es, a los principios del siglo quinto, una gran muchedumbre de doctores católicos seguía el partido de los Milenarios: (y hablando de Apolinar, hereje y Milenario, cuyos errores pertenecientes a la persona de Jesucristo, acabamos de ver condenados en el tercer concilio de San Dámaso año de 375) dice: *a quien no solo los de su secta, sino también un considerabilísimo número de los nuestros sigue solamente en esta parte*. Y sobre el capítulo 19 de Jeremías, hablando de estas mismas cosas, dice: *opinión que aunque no sigamos, con todo no podemos reprobar, porque muchos varones eclesiásticos y mártires la llevan, y cada uno abunde, en su sentido, y todas estas cosas reservamos al juicio del Señor*. Pensáis que San Jerónimo después de una condenación expresa de la Iglesia, que acababa de suceder, ¿era capaz de hablar con esta cortesía e indiferencia, de aquella gran muchedumbre, y *considerabilísimo número* de doctores católicos, *de los nuestros*, que no se habían sujetado a sus decisiones? Esta reflexión es del mismo Muratori, y no es pequeña prueba en contrario, pues es confesión de parte.

70. Otros autores tal vez advirtiéndolo que acabamos de notar, recurren con la misma oscuridad al concilio florentino, celebrado en tiempo de Eugenio IV, año 1439. Mas en este concilio no se halla otra cosa, sino que en él se definió, como punto de fe, que las almas de los justos que salen de este mundo sin reato de culpa, o que se han purificado en el purgatorio, van derechas al cielo, a gozar de la visión de Dios, y son verdaderamente felices antes de la resurrección. La opinión contraria a esta verdad había sido de muchos doctores católicos, y de muchos de los antiguos padres, que se pueden ver en Sisto Senense, y en el Muratori. Ahora entre los autores de esta sentencia errónea había habido algunos Milenarios, y ésta puede ser la razón porque nos remiten al concilio florentino; como si el ser Milenario fuese inseparable de aquel error. ¿Qué conexión tiene lo uno con lo otro? El concilio lateranense IV es otro de los citados; y no falta quien se atreva a citar también al tridentino, y todo ello sin decir en qué sesión, ni en qué canon, ni cosa alguna determinada. ¿Por qué os parece será esta omisión? Si la Iglesia en algún concilio hubiese hablado alguna palabra en el asunto, ¿dejarían de copiarla con toda puntualidad? Y en este caso, ¿lo ignorarán aquellos autores graves y eruditos que han escrito contra los Milenarios? Y no ignorándolo, ¿podrían disimularlo? Ésta sola reflexión nos basta, y sobra para quedar enteramente persuadidos de la falsedad de la noticia menos injuriosa, respecto de los Milenarios que respecto de la Iglesia misma. ¡Oh cuán lejos está el Espíritu Santo, que habla por boca de la Iglesia, de condenar al mismo Espíritu santo, *que habló por sus Profetas!* Los autores particulares podrán muy bien unirse entre sí, y

fulminar anatemas contra alguna cosa clara, y expresa en las Escrituras, que no se acomode con sus ideas; mas la Iglesia, congregada en el Espíritu santo, no hará tal, ni lo ha hecho jamás, ni es posible que lo haga, porque no es posible que el Espíritu Santo deje de asistirla.

71. Nos queda todavía otro concilio que examinar, el cual según pretenden, condenó expresamente el reino milenario; no solo en cuanto a los accidentes, sino también en cuanto a la sustancia, por consiguiente a todos los Milenarios sin distinción. Éste es el primero de Constantinopla, y segundo ecuménico en el que se añadieron estas palabras al símbolo Niceno: *cuyo reino no tendrá fin*. Lo que supuesto, argumentan así: la Iglesia ha definido que cuando el Señor venga del cielo a juzgar a los vivos y a los muertos, su reino no tendrá fin: y segunda vez vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos: *cuyo reino no tendrá fin*. Es así que los Milenarios le ponen fin, pues dicen que durará mil años, sea este un tiempo determinado o indeterminado; luego la Iglesia ha definido, que es falsa y errónea la opinión de los Milenarios, y por consiguiente su reino milenario.

72. Sin recurrir al concilio de Constantinopla, que no habla palabra de los Milenarios, y que solo añadió aquellas palabras, a fin de aclarar más una verdad, que no estaba expresa en el símbolo Niceno, pudieran formar el mismo argumento con solo abrir la Biblia Sagrada: pues ésta es una de aquellas verdades de que da testimonio claro, así el Nuevo como el Antiguo Testamento; y que no ha ignorado el más rudo de los Milenarios. Mas los que proponen este argumento en tono tan decisivo, con esto solo dan a entender, que han mirado este punto muy de prisa, y por la superficie solamente. Si algún Milenario hubiese dicho que concluidos los mil años se acabaría con ellos el reino del Mesías, en este caso el argumento sería terrible e indisoluble; mas si ninguno lo ha dicho ni soñado, ¿a quién convencerá? Se convencerá a sí mismo, a lo menos de importuno, *como quien da golpes al aire*. No obstante, para quitar al argumento toda su apariencia, y el equívoco en que se funda, se responde en breve, que el reino del Mesías, considerado en sí mismo, sin otra relación extrínseca, no puede tener fin; es tan eterno como el rey mismo, mas considerado solamente como reino milenario, es decir como reino sobre los vivos y viadores, que todavía no han pasado por la muerte, en este solo aspecto es preciso que tenga fin. ¿Por qué? Porque esos vivos y viadores sobre quienes ha de reinar, y a quienes como rey ha de juzgar, han de morir todos alguna vez, sin quedar uno solo que no haya pasado por la muerte. Llegado el caso de que todos mueran, como infaliblemente debe llegar, es claro que ya no podrá haber reino sobre los vivos y viadores, porque ya no los hay: luego el reino en este aspecto solo tuvo fin, mas no por eso se podrá decir que el reino tuvo fin y se acabó; pues siguiéndose inmediatamente la resurrección universal, el reino deberá seguir sobre todos los muertos ya resucitados, y esto eternamente y sin fin. Esto es en sustancia lo que dijeron los Milenarios, y lo que dicen las Escrituras, como iremos observando. Si alguno, o los más de estos se propasaron en los accidentes, si, añadieron algunas circunstancias, que no constan en la Escritura, o que de algún modo se le oponen, yo soy el primero en reprobar esta conducta. Más para dar una sentencia justa, para saber qué cosas han dicho dignas de reprehensión, y qué cosas realmente no lo son, es necesario entrar en un examen prolijo de toda esta causa.

Artículo II

Diversas clases de Milenarios, y la conducta de sus impugnadores.

Párrafo I

73. Una cosa me parece muy mal, generalmente hablando, en los que impugnan a los Milenarios: es a saber, que habiendo impugnado a algunos de estos, y convencido de error en las cosas particulares que añadieron de sayo, o ajenas de la Escritura, o claramente contra la Escritura, queden con solo esto como dueños del campo, y pretendan luego, o directa o indirectamente, combatir y destruir enteramente la sustancia del reino milenario, que está tan claro y expreso en la Escritura misma. La pretensión es ciertamente singular. No obstante, se les puede hacer esta pregunta. ¿Estas cosas particulares, que con tanta razón impugnan, y convencen de fábula y error, las dijeron acaso todos los Milenarios? Y aun permitido por un momento que todos las dijeren, ¿son acaso inseparables de la sustancia del reino de que habla la Escritura? Este examen serio y formal, me parece que debía preceder a la impugnación, para poder seguramente arrancar la cizaña sin perjuicio del trigo; mas las impugnaciones mismas, aun las más difusas, muestran claramente todo lo contrario.

74. Parece cierto e innegable, que los autores que tratan este punto, confunden demasiado (si no en la proposición, a lo menos en la impugnación) confunden, digo, demasiado los errores de los antiguos herejes, las ideas groseras de los judíos, y las fábulas de los judaizantes, con lo que pensaron y dijeron muchos doctores católicos y píos, entre ellos algunos santos padres de primera clase, y también, lo que es más extraño, con lo que clara y distintamente dicen las Escrituras. Así confundido todo, y reducido por fuerza a una misma causa, es ya facilísima la impugnación; entonces se descarga seguramente la censura sobre todo el conjunto; entonces se alegan textos claros del Evangelio y de San Pablo, que contradicen y condenan expresamente todo aquel conjunto, que aunque compuesto de materias tan diversas, ya no parece sino un solo supuesto; entonces, en fin, se alza la voz, y se toca al arma contra aquellos errores. Pero ¿qué errores? ¿Los que enseñaron los herejes, o algunos de ellos los más ignorantes y carnales? Sí. ¿Los que enseñaron los Rabinos judíos, y después de ellos algunos judaizantes? También. Y si los católicos píos, llamados Milenarios, no enseñaron ni admitieron tales errores, antes los condenaron y abominaron, ¿deberán no obstante quedar comprendidos en el mismo anatema? Y si la Escritura Divina cuando habla del reino del Mesías aquí en la tierra (como ciertamente habla, y con suma frecuencia) no mezcla tales despropósitos: ¿deberá con todo esto violentarse, y sacarse por fuerza de su propio y natural sentido? Dura cosa parece, mas en la práctica así es. Ésta es una cosa de hecho, que no ha menester ni discurso, ni ingenio: basta leer y reparar.

75. En efecto, hallamos notados en las impugnaciones a San Justino y a San Irineo, mártires, padres y columnas del segundo siglo de la Iglesia, como caídos miserablemente, no obstante su doctrina y santidad de vida, en el error de los Milenarios. Hallamos a San Papías mártir, obispo de Hierápolis, en Frigia, no solo notado como Milenario, sino como

el patriarca y fundador de este error de quien dicen, sin razón alguna, que lo tomaron los otros, y él lo tomó de su maestro San Juan apóstol, a quien conoció, y con quien trató y habló; por haber entendido mal, prosiguen diciendo, o por haber entendido *demasiado literalmente* sus palabras. Hallamos notados a San Victorino Pictaviense mártir, a Severo Sulpicio, Tertuliano, Lactancio, Quinto Julio Hilarión, *según refiere Suárez*. Y pudiera notar en general a muchos Griegos y Latinos, cuyos escritos no nos quedan, pues como testifica San Jerónimo: *ésta opinión muchos varones eclesiásticos y mártires la llevan, a quienes llama en otra parte considerabilísimo número*. Y como dice Lactancio: esto es, hasta los fines del cuarto siglo, la opinión común de los cristianos: *ésta doctrina de los santos, de los padres, de los profetas, es a la que seguimos los cristianos*.

76. Para saber lo que pensaban estos muchos *varones eclesiásticos y mártires* sobre el reino del Mesías, no tenemos gran necesidad de leer sus escritos, aunque no dejarán de aprovecharnos, si hubiesen llegado a nuestras manos. Los pocos que nos han quedado, es a saber: de San Justino, San Irineo, Lactando, y un corto pasaje de Tertuliano; pues el libro *sobre la esperanza de los fieles*, en que trataba el asunto de propósito, se ha perdido, estos pocos, vuelvo a decir, nos bastan para hacer juicio de los otros, pero si eran católicos y píos, si eran hombres espirituales y no carnales, como debemos suponer, parece suficiente que hablasen en el asunto como hablaron estos cuatro, y que estuviesen tan lejos como ellos de los errores y despropósitos en que los quieren comprender. Ésta es la inadvertencia de tantos autores de todas clases, quienes, sin querer examinar la causa que ya suponen examinada por otros, dan la sentencia general contra todo el conjunto, con peligro de envolver a los inocentes con los culpados, y *de matar al justo y al impío*.

77. San Justino, *milenario*, impugna con tanta vehemencia los errores de los Milenarios, que no duda decir a los judíos, con quienes habla, que no piensen son cristianos los que creen y enseñan aquellas fábulas, ni ellos los tengan por cristianos, aunque los vean cubiertos con este nombre, que tanto deshonoran, pues, fuera de sus malas costumbres, enseñan cosas indignas de Dios, ajenas de la Escritura, que ellos mismos han inventado, y aun opuestas a la misma Escritura, y los trata, con razón, de hombres mundanos y carnales, *que solo gustan de las cosas de la carne*. Casi en el mismo tono habla San Irineo: y es fácil ver en todo su libro quinto, *contra las herejías*, donde toca este punto, cuán lejos estaba de admitir en el reino de Cristo cosa alguna que oliese a carne o sangre; pues todo este libro parece puro espíritu bebido en las epístolas de San Pablo, y en el evangelio. San Victorino, *milenario*, se explica del mismo modo contra los Milenarios, por estas palabras que trae Sisto Senense: *luego no debemos dar oído a los que conformados, con el hereje Cerinto establecen el reino milenario en cosas terrenas*. Pues ¿qué Milenarios son éstos que pelean unos con otros, y sobre qué es este pleito? A esta pregunta, que es muy juiciosa, voy a responder con brevedad.

Párrafo II

78. Tres clases de Milenarios debemos distinguir, dando a cada uno lo que es propio suyo, sin lo cual parece imposible, no digo entender la Escritura Divina, pero ni aun mirarla: porque estas tres clases, juntas y mezcladas entre sí, como se hallan comúnmente

en las impugnaciones, forman aquel velo denso y oscuro que la tiene cubierta e inaccesible. En la primera clase entran los herejes, y solo ellos deben entrar enteramente, separados de los otros. No digo por esto que deben entrar en esta clase todos los herejes que fueron Milenarios, esto fuera hacer a muchos una grave injuria, y levantarles un falso testimonio; pues nos consta que hablarán en el asunto con la misma decencia que hablaron los católicos más santos, y más espirituales, buen testigo de esto puede ser aquel célebre Apolinar, que respondió en dos volúmenes al libro de San Dionisio Alejandrino contra Nepos, y como confiesa San Jerónimo, fue aprobado y seguido en este punto solo, de una gran muchedumbre de católicos, que por otra parte lo reconocieron por hereje, y detestaban sus errores: *a quien (esto es a San Dionisio) responde en dos volúmenes Apolinar, que no solamente sus discípulos, sino otros muchos de los nuestros lo siguen en esta parte.* Es de creer, que los católicos que siguieron a Apolinar como Milenario, no lo siguiesen ciegamente en todas las cosas que decía, pues entre ellas hay algunas falsas y erróneas, como después veremos; sino que lo siguiesen precisamente en la sustancia, sin aquellos errores. Mas sea de esto lo que fuese, ésta es una prueba bien sensible de que ni Apolinar, ni los de su secta eran tan ignorantes y carnales, que se acomodasen bien con las ideas groseras e indecentes de otros herejes más antiguos; de estos, pues, deberemos hablar separadamente.

79. Eusebio y San Epifanio nombran a Corinto como al inventor de estas groserías. Como este heresiarca era *dado a la gula y a los placeres*, ponía en estas cosas toda la bienaventuranza del hombre. Así enseñaba a sus discípulos, dignos sin duda de un tal maestro, que después de la resurrección, antes de subir al cielo, habría mil años de descanso, en los cuales se daría a los que lo hubiesen merecido aquel *ciento por uno* del Evangelio. En este tiempo, pues, tendrían todos licencia sin límite alguno, para todas las cosas pertenecientes a los sentidos. Por lo cual todo sería holganza y regocijo continuo entre los santos, todo convites magníficos, todo fiestas, músicas, festines, teatros, etc. Y lo que parecía más importante, cada uno sería dueño de un serrallo entero como un sultán, *y él mismo era arrastrado por el deseo vehemente de estas cosas, y siguiendo los incentivos de la carne, soñaba que en ellos consistía la bienaventuranza.* ¿Qué os parece, amigo, de estas ideas? ¿Os parece verosímil, ni posible, que los santos que se llaman Milenarios, ni los otros doctores católicos y píos, siguiesen de modo alguno este partido? ¿Que adoptasen unas groserías tan indignas y tan contrarias al Evangelio? Leed por vuestros ojos los Milenarios que nos quedan, y no hallaréis rastro, ni sombra de tales estulticias, con que a lo menos, esta clase de Milenarios debe quedarse a un lado y no traerse a consideración, cuando se trata del reino del Mesías.

80. En la segunda clase entran, en primer lugar, los doctores judíos o Rabinos, con todas aquellas ideas miserables, y funestas para toda la nación, que han tenido y tienen todavía de su Mesías, a quien miran y esperan como un gran conquistador, como otro Alejandro, sujetando a su dominación con las armas en las manos, todos los pueblos y naciones del orbe, y obligando a todos sus individuos a la observancia de la ley de Moisés, y primeramente a la circuncisión, etc. Dije que en esta segunda clase entran los Rabinos en primer lugar, para denotar que fuera de ellos hay todavía otros que han entrado, siguiendo sus pisadas, o adoptando algunas de sus ideas. Éstos son los que se llaman con propiedad Milenarios judaizantes, cuyas cabezas principales fueron Nepos, obispo africano, contra

quien escribió San Dionisio Alejandrino sus dos libros *sobre las promesas*, y Apolinar, contra quien escribió San Epifanio *en la herejía* 77. Estos Milenarios conocieron bien en las Escrituras la sustancia del reino del Mesías; conocieron que su venida del cielo a la tierra, que esperamos todos en gloria y majestad, no había de ser tan de prisa, como suponen comúnmente; conocieron que no tan luego se habían de acabar todos los vivos y viadores, ni tan luego había de suceder la resurrección universal de todo el linaje humano; conocieron que Cristo había de reinar aquí en la tierra, acompañado de muchísimos correignantes, esto es, de muchísimos santos y resucitados; conocieron, en fin, que había de reinar en toda la tierra, sobre hombres vivos y viadores, que lo habían de creer y reconocer por su legítimo Señor, y se habían de sujetar enteramente a sus leyes, en justicia, en paz, en caridad, en verdad, como parece claro y expreso en las mismas Escrituras. Todo esto conocieron estos doctores; a lo menos lo divisaron como de lejos, oscuro y confuso. Si con esto solo se hubieran contentado ¡oh cuán difícil cosa hubiera sido el impugnarlos! Todas las Escrituras se hubieran puesto de su parte, y los hubieran rodeado como un muro inexpugnable.

81. La desgracia fue que no quisieron contenerse en aquellos límites justos que dicta la razón, y prescribe la revelación. Añadieron de suyo, o por ignorancia, o por inadvertencia, o por capricho, algunas otras cosas particulares, que no constan de la revelación, antes se le oponen manifiestamente; diciendo y defendiendo obstinadamente, que en aquellos tiempos de que se habla, todos los hombres serían obligados a la ley de la circuncisión, como también a la observancia de la antigua ley y del antiguo culto; mirando todas estas cosas, que fueron, como dice el apóstol, *el ayo que nos condujo a Cristo*, como necesarias para la salud. Estas ideas ridículas, más dignas de risa que de impugnación, fueron no obstante abrazadas por innumerables secuaces de Nepos y de Apolinar, y ocasionaron, aún dentro de la iglesia grandes disputas y altercaciones, entre las cuales parece que quedó confundido, y olvidado del todo el asunto principal.

82. Nos queda la tercera clase de Milenarios, en que entran los católicos y píos, y entre estos, aquellos santos que quedan citados, y otros muchos de quienes apenas nos ha quedado noticia en general: *pues muchos varones eclesiásticos y mártires son del mismo sentir*. Por los que nos quedan de esta clase, parece ciertísimo, que ni admitían los errores indecentes de Corinto; antes expresamente los detestaban y abominaban, ni tampoco las fábulas de Nepos y Apolinar, pues nada de esto se halla en sus escritos. Yo he leído a San Justino, San Irineo y Lactancio, y no hallo vestigio de tales despropósitos. Pues, ¿qué es lo que dijeron, y por qué los notan de error? Lo que dijeron fue lo mismo en sustancia que lo que se lee expreso en los Profetas, en los Salmos, y generalmente en toda la Escritura, a quien abrieron con su llave propia y natural. Si me preguntáis ahora ¿qué llave era esta? Os respondo al punto resueltamente, que es el Apocalipsis de San Juan, en especial los cuatro capítulos últimos, que corren por los más oscuros de todos, y no hay duda que lo son, respecto del sistema ordinario. Entre estos está el capítulo 20 que ha sido con cierta semejanza, *pedra de tropiezo, y piedra de escándalo*.

83. Esta llave preciosa e inestimable tuvo la desgracia de caer casi desde el principio en las manos inmundas de tantos herejes, y aun no herejes, pero ignorantes y carnales, y ésta parece la verdadera causa de haber caído con el tiempo en el mayor desprecio y olvido el

reino de Jesucristo en su segunda venida, glorioso y duradero, quedando, como margarita preciosa confundida con el polvo, y escondida en él.

84. Es verdad que no por eso ha estado del todo invisible, lo han visto y observado bien, aunque algo de lejos por no contaminarse, los que debían abrir ciertas puertas, hasta ahora absolutamente cerradas en la Escritura, mas no atreviéndose a tomarlas en las manos, han porfiado, y porfiarán siempre en vano, pensando abrir aquellas puertas con violencia o con maña, o con otras llaves entrañas, que no se hicieron para ellas. Los padres y doctores milenarios de que hablamos, no tuvieron esas delicadezas; tomaron la llave con fe sencilla y con valor intrépido; la limpiaron de aquel lodo e inmundicia, que tanto la desfiguraba; y con esta sola diligencia abrieron las puertas con gran facilidad. Ésta es toda la culpa.

85. No obstante, es preciso confesar (pues aquí no pretendemos hacer la apología de estos doctores, ni defender todo lo que dijeron, ni pensamos fundarnos de modo alguno en su autoridad) es innegable, digo, que a lo menos no se explicaron bien, y habiendo abierto las puertas, no abrieron las ventanas: quiero decir, no se detuvieron a mirar despacio, y examinar con atención todas las cosas particulares que había dentro. Pasaron la vista, sobre todo muy de prisa, y muy superficialmente, porque teman otras muchas cosas para aquellos primeros tiempos de mayor importancia que les llamaban toda la atención. Esto mismo observamos en los doctores más graves del cuarto y quinto siglo, que aunque sapientísimos y elocuentísimos no siempre se explicaron en algunos puntos particulares cuanto ahora deseamos, y habíamos menester. También es innegable, que muchos Milenarios, aun de los católicos y píos, razas poco espirituales, abusaron no poco del capítulo XX del Apocalipsis, añadiendo de su propia fantasía cosas que no dice la Escritura, y pasando a escribir tratados y libros que más parecen novelas, solo buenas para divertir ociosos.

86. Mas al fin esas novelas, esas fábulas, esos errores groseros e indecentes, o de herejes, o de judíos, o de judaizantes, o de católicos ignorantes y carnales, por cuanto se quieran abultar y ponderar, no son del caso. ¿Por qué? Porque ninguna de estas cosas se leen en la Escritura. Nada de esto se lee en los Profetas, ni en los Salmos, ni en el Apocalipsis, de donde se dice que sacaron aquellas novedades. Nada de esto, en fin, dijeron, ni pensaron decir aquellos santos doctores, que vemos notados y confundidos entre los otros con el nombre equívoco de Milenarios. Pues ¿por qué los notan de error? ¿Por qué aseguran en general que cayeron *en el error o fábula de los Milenarios*? El por qué lo iremos viendo en adelante, y poco a poco; pues verlo tan presto y de una vez parece imposible.

Párrafo III

87. No penséis, señor, por lo que acabo de decir, que yo también quiero confundir entre la muchedumbre de escritores, aquellos graves y eruditos, que han escrito de propósito sobre el asunto. Sé que hay muchos de ellos, que hacen una especie de justicia, distinguiendo bien la sentencia de los padres, y *varones eclesiásticos*, de la sentencia de los herejes y judaizantes. Dije que hacen una especie de justicia, porque la que hacen me

parece una justicia nueva y diversa en especie, de todo lo que puede merecer este nombre. Por una parte veo, que los separaron con gran razón de toda la otra turba de Milenarios, que les dan por esto el nombre de *inocuos*, o inocentes; mas por otra parte, cuando llegan a la censura y a la sentencia definitiva, entonces ya no se ven separados de los otros, sigo unidos estrechamente para recibir junto con ellos el mismo golpe. La sentencia general comprendida en estas cuatro palabras error, sueco, delirio, fábula, cae sobre todos sin distinción ni misericordia. Ved aquí un ejemplo, y después de él no dejaréis de ver otros semejantes.

88. Sisto Senense, que es autor erudito y juicioso, toca el punto de los Milenarios, y después de haber hablado indiferentemente, dice estas palabras: *hay sin embargo algunos que opinan, que una y otra sentencia dista muchísimo entre sí*. Para probar esto, es a saber: que la sentencia, o doctrina de los Milenarios buenos y santos era diversísima de la sentencia de los herejes, o tal vez para probar todo lo contrario, traslada un pasaje entero y bien largo de Lactancio Firmiano, el cual concluido, confiesa ingenuamente, que aquella doctrina es muy diferente de la de Cerinto y sus secuaces, que todo lo reprueba. Y ¿con qué razones? No lo creyera, si no lo viera por mis ojos. Con las mismas y únicas razones con que se impugnan los herejes. Señal manifiesta de que no hay otras armas. Ved aquí sus palabras: *hasta aquí la sentencia de Lactancio y otros, la que aunque diversa del dogma de Cerinto, contiene con todo error ajeno de la doctrina evangélica que enseña, que después de la resurrección no ha de haber coito alguno de marido y mujer, ningún uso de manjar y bebida, y finalmente ningún deleite de vida carnal. Pues dice el Señor: En la resurrección, ni se casarán, ni serán dados en casamiento. Y según la sentencia de San Pablo, el reino de Dios no es comida ni bebida. ¿No hay más impugnación que ésta de la doctrina de Lactancio, ni de algún otro de aquellos que ya hemos mencionado?* No, amigo; no hay más, porque aquí se concluye el punto.

89. Sin duda os parecerá cosa increíble que un autor de juicio, acabando no solo de leer, sino de copiar un texto entero, en que se contiene la doctrina, no solo de Lactancio, sino también de otros que mencionaremos, no halle otra cosa que oponer a esta doctrina, sino los dos textos de San Pablo, y del Evangelio, como si esto destruyese aquella doctrina, o hablasen contra ella. Una de dos: o Lactancio dice, que entre los santos resucitados habrá estos casamientos y banquetes, y *deleite de la vida carnal* (y en este caso su sentencia no será diversa de la de Cerinto, sino una misma), o si no lo dice, toda la impugnación y los textos del Evangelio, y de San Pablo, en que solo se funda, serán fuera del caso, serán un *cantar fuera del coro*, serán un puro embrollar, y no querer hacerse cargo de lo principal del asunto que se trata. Ahora pues: es cierto que Lactancio, ni *indirecta* ni *directamente* dice tal despropósito, ni en el lugar citado, ni en algún otro, ni Lactancio era algún ignorante, o algún impío, que no supiese, o no creyese una decisión tan clara del Evangelio, es cierto del mismo modo, que ni San Justino, ni San Ireneo, ni Tertuliano, ni alguno otro de aquellos *a quienes mencionó este autor*, han avanzado tal error, ni les ha pasado por el pensamiento... Luego debían buscarse otros argumentos, o debía guardarse en el asunto un profundo silencio. La consecuencia parece buena, mas no hay lugar.

90. Lo que acabo de decir aquí de éste, lo podéis extender sin temor alguno a todos cuantos han escrito contra los Milenarios. Yo a lo menos, ninguno hallo que no siga, o en

todo o en gran parte esta misma conducta. Todos se proponen el fin general de impugnar, destruir y aniquilar un error; mas antes de descargar el gran golpe, distinguen unos Milenarios de otros: los herejes torpes, de los judaizantes, éstos y aquellos, de los *inocuos*. ¿Para qué? ¿Para condenar a los unos y absolver a los otros? Parece que no, porque al fin el gran golpe cae sobre todos. Todos deben quedar oprimidos bajo la sentencia general, y la cualidad de *inocuos* solo puede servirles para tener el triste consuelo de morir inocentes. Para justificar de algún modo esta cruel sentencia, citan la autoridad de cuatro santos padres muy respetables, esto es, San Dionisio Alejandrino, San Epifanio, San Jerónimo, y San Agustín; como si estos hubieran dado el ejemplo de una conducta tan sin ejemplar. Mas después de vistos y examinados estos cuatro padres (en quienes se funda toda la autoridad extrínseca, con que nos piensan espantar) nos quedamos con el deseo de saber, para qué fin nos remiten a ellos, si para que condenemos los errores de Cerinto, o los de Nepos, o los de Apolinar, pues de éstos solos hablan dichos santos, y a éstos solos son los que los impugnaron con muy buenas y sólidas razones. Aunque nos detengamos algo más de lo que quisiéramos, se hace preciso aclarar este punto, viendo lo que dijeron estos padres, y también lo que no dijeron.

Párrafo IV

91. El más antiguo de estos es San Dionisio Alejandrino, que escribió hacia la mitad del tercer siglo. Este santo doctor escribió una obra dividida en dos libros, que intituló *de las promesas*. En ella impugnó, así los errores groseros de Cerinto, como principalmente un libro, que andaba entonces en manos de todos, cuyo autor era un obispo de África llamado Nepos. Mas en esta impugnación, ¿cual fue su asunto principal o único? ¿Qué es lo que realmente impugnó y convenció de falso? Aunque no nos ha quedado ni el libro de Nepos, ni el de San Dionisio, mas por tal cual fragmento de este último, que nos conservó Eusebio en el libro séptimo de su historia, capítulo veinte, se ve evidentemente que San Dionisio no tuvo en mira otra cosa, que los excesos ridículos de Nepos, y sus pretensiones particulares sobre la circuncisión, y la observancia de la ley de Moisés; a que se añadían otros errores muy parecidos a los de Cerinto. Sus palabras son las siguientes. *Mas habiéndose presentado una obra, según algunos, elocuentísima, cuya doctrina, como tengo dicho, aseguran ser muy recóndita, y que encierra grandes misterios; y habiendo despreciado sus doctores la Ley y los Profetas, depravado los escritos de los Apóstoles, sin querer obedecer al Evangelio; y no dejando que nuestros hermanos tal vez los más sencillos e ignorantes discurran sobre la admirable y verdaderamente divina venida del Señor, de nuestra resurrección, de nuestra unión y compañía que haremos a Dios, y de nuestra semejanza con su naturaleza inmortal; sino que han procurado persuadirles, que el reino de Dios nos ofrece unos premios terrenos, cuales solemos esperar de los hombres en esta vida; hemos creído de la mayor necesidad apurar todo nuestro esfuerzo contra este hombre llamado Nepos, como si estuviera presente.*

92. Ya conocéis por estas palabras, qué es lo que decía Nepos, y lo que San Dionisio se propone para impugnar. Si queréis ahora ver con más claridad toda la sustancia de esta impugnación, y por consiguiente la sustancia del libro de Nepos, leed a San Jerónimo

sobre Isaias, que hablando de San Dionisio dice así: *contra el cual el varón elocuentísimo Dionisio, obispo de la iglesia de Alejandría, escribió un elegante libro burlándose de la fábula de los mil años, de la Jerusalén de oro guarnecida de piedras preciosas en la tierra, de la reparación del templo, de los sacrificios sangrientos, de la observancia del sábado, de la afrentosa circuncisión, casamientos, partos, educación de los hijos, delicias de los banquetes, servidumbre de todas las naciones, nuevas guerras, ejércitos y triunfos, la matanza de los vencidos y de la muerte de centenares de pecadores, etc.*

93. Si el libro de San Dionisio no contenía otra cosa que la misión e impugnación de todo esto que acabamos de leer, cierto que no hablaba de modo alguno con los Milenarios *inocuos*, sino con los judíos o judaizantes, es verdad que aquellas primeras palabras *contra el cual*, no caen en el texto de San Jerónimo sobre Nepos, pues ni aun siquiera lo nombra, sino sobre San Irineo, de quien va hablando; mas éste es un equívoco claro y manifiesto, no de San Jerónimo, sino de alguno de sus antiguos copistas; pues nadie ignora, como que es una cosa de hecho, contra quien escribió San Dionisio, y el mismo santo dice, que escribe *contra este hermano a quien llamo Nepos*. Diréis acaso, que lo mismo es escribir contra Nepos, que contra San Irineo, pues ambos fueron Milenarios; mas esto sería bueno, si primero se probase que San Irineo había enseriado y sostenido los mismos despropósitos de Nepos, que son expresamente los que San Dionisio impugna en su libro. Con un equívoco semejante es bien fácil llevar a la horca a un inocente.

94. El segundo santo padre que se cita, es San Epifanio, que escribió cien años después de San Dionisio Alejandrino. Este santo doctor en su libro, *contra las herejías*, es cierto que habla dos veces de los Milenarios, y contra ellos. La primera *en la herejía 28*, solamente habla de Cerinto, y habiendo propuesto sus particulares errores, los confuta fácilmente con el Evangelio, y con San Pablo. La segunda *en la herejía 77*, habla de Apolinar y sus secuaces. Y ¿qué es lo que aquí impugna? Vedlo claro en sus propias palabras. *Porque si de nuevo resucitamos para circuncidarnos, ¿por qué no anticipamos la circuncisión? Y ¿qué inteligencia podrá tener la doctrina del Apóstol que dice: si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará nada? También los que os justificáis por la ley habéis caído de la gracia. Igualmente aquella sentencia del Salvador: en la resurrección ni se casarán, ni serán dados en casamiento; sino que serán como ángeles.* Todo lo que sigue va en este tono, y no contiene otra cosa. Con que toda la impugnación va a los judaizantes.

95. Es verdad, y no se puede disimular, que antes de concluir este punto, el santo da la sentencia general contra todos los Milenarios sin distinción, y todo sin distinción lo condena por herejías, lo cual nota con gran cuidado el padre Suárez, como si fuera alguna decisión expresa de la Iglesia. Mas ¿quién ignora, dice el padre Calmet, sobre el capítulo 20 del Apocalipsis, que San Epifanio llama herejía muchas cosas, que en realidad no lo son, solo porque no eran de su propia opinión? Esto mismo notan en San Epifanio otros muchos sabios, que no hay para que nombrar aquí, siendo esto una cosa tan corriente. Fuera de que si San Epifanio condena por herejía la opinión de los Milenarios, aun de los *inocuos* y santos, San Irineo hace lo mismo respecto de los que siguen la opinión contraria, llamándolos ignorantes y herejes, de lo cual se queja con razón Natal Alejandro: según esto tenemos dos santos padres, uno del siglo segundo y otro del cuarto,

los cuales condenan por herejía dos cosas contradictorias. ¿A cuál de estos debemos creer? Diréis que en este punto a ninguno, y yo suscribo de buena fe a vuestra sentencia, conformándome en esto con la conducta de San Justino, el cual aunque buen Milenario, no se mete a condenar a los que no lo eran; antes le dice a Trifón estas palabras llenas de equidad y claridad: *No soy tan miserable, o Trifón, que afirme lo contrario de lo que siento, te he dicho que así piensan muchos que me siguen; pero también te he significado, que otros Cristianos muy piadosos son de diverso parecer.*

96. El tercer santo padre que se cita contra todos los Milenarios sin distinción, es San Jerónimo. Mas yo no sé por qué citan para esto a San Jerónimo. Este santo doctor, lo primero, jamás habló de propósito sobre el asunto, sino que apenas lo tocó de paso, y como por incidencia, ya en éste, ya en aquel lugar, y siempre de un modo más historial que discursivo. Lo segundo, jamás explica determinadamente de qué Milenarios habla. Parece tal vez a primera vista que habla de todos sin distinción; mas por su mismo contexto, se conoce evidentemente, que solo habla de los secuaces de Cerinto, por ejemplo, cuando dice sobre el prefacio de Isaías; *a quienes no envidio, si son tan amantes a lo terreno, que aun en el reino de Dios lo soliciten, y busquen después de la abundancia de manjares y de toda clase de excesos en la comida y bebida, los deleites consiguientes a la gula.* ¿A quién sino a Cerinto le puede esto competir? En otra parte dice así: *con ocasión de esta sentencia algunos introducen mil años después de la resurrección, etc..* Si esta palabra *después de la resurrección*, significa la general resurrección, solo a Cerinto y sus partidarios puede convenir, pues solo a estos se atribuye este despropósito particular. Todos los otros ponen la resurrección general, no antes, sino después de los mil años. Fuera de que en el mismo lugar explica el santo, de qué Milenarios habla, cuando dice: *no advirtiéndome que si en las demás cosas es muy justa la recompensa; es muy torpe quererla aplicar a las esposas, de manera que se prometan ciento, por una que hayan renunciado.* Buscad algún Milenario fuera de Cerinto, que haya avanzado esta brutalidad, y ciertamente no lo hallaréis. Luego es claro que San Jerónimo habla aquí solamente de Cerinto.

97. Finalmente, para que veáis que este santo doctor de ningún modo favorece a los que a todos los Milenarios en general quieren sujetarlos a una misma sentencia, traed a la memoria lo que notamos en el artículo; esto es, lo que dice sobre el capítulo XIX de Jeremías: *las cuales cosas, aunque no las sigamos, con todo no podemos reprobarlas; porque muchos varones eclesiásticos y mártires las siguen.* Si el santo hablara aquí de la opinión de Cerinto, o de las cosas particulares en que erraron tanto, así Nepos, como Apolinar, parece claro, que no solamente podía, sino que debía condenar todas estas cosas, porque así lo dijeron y lo hicieron San Dionisio y San Epifanio. Con que diciendo, no podemos condenar estas cosas, porque así lo dijeron muchos doctores católicos, y entre ellos muchos mártires, con esto solo comprendemos bien, que por entonces no tenía en mira otros Milenarios, sino los católicos y santos, por consiguiente, que estos no merecían ser comprendidos en la sentencia general. Luego para este punto, que es de lo que hablamos, la autoridad de San Jerónimo nada prueba, y si algo prueba, es todo lo contrario de lo que intentan los que la citan.

98. El cuarto Santo Padre, en fin, es San Agustín, el cual en el libro XX de *la Ciudad de Dios* capítulo séptimo habla de los Milenarios, y no los deja del todo hasta el capítulo diez. Con todo eso podemos decir de San Agustín lo mismo a proporción que hemos dicho de los otros santos padres; esto es, que en todo lo que dice no aparece otra cosa, ni hay de donde inferirla, que los errores indecentes de Cerinto, y de los que le habían seguido. En el capítulo VII refiere estos errores y propone el lugar del Apocalipsis, que pudo haberles dado alguna ocasión, y luego añade estas palabras: *la cual opinión sería de algún modo tolerable, si se creyera que en aquel reinado solamente gozarán los santos delicias espirituales por la presencia del Señor, pues yo también pensé en otro tiempo lo mismo; pero afirmar que los que resuciten se entregarán a excesivas viandas carnales, y que es mayor de lo que puede creerse la abundancia y el modo de las bebidas y manjares, a esto no pueden dar asenso sino los mismos hombres carnales, a quienes los espirituales llaman chialistas (o chiliastas) nombre que trasladado literalmente del griego, significa milenarios.* Esto es todo cuanto se halla en San Agustín sobre el punto de Milenarios: pues lo que se sigue en este capítulo VII, como en los dos siguientes, se reduce a la explicación que el santo procura dar al capítulo XX del Apocalipsis. Lo examinaremos más adelante.

99. Ahora pues: ¿qué conexión tiene todo esto, con lo que dijeron los doctores milenarios, católicos y santos? Estos también reprobaron, y con mucha mayor acrimonia, lo que reprueba San Agustín. Este santo doctor dice, que la opinión de los Milenarios en general fuera tolerable, si se admitiesen o creyesen en los santos algunas delicias espirituales en la presencia del Señor. Con que si los Milenarios buenos de que hablamos, admitieron y creyeron en los santos ya resucitados, y aun en los viadores, estas delicias espirituales, su opinión sería a lo menos tolerable, y no digna de condenación ni reprehensión. Y ¿podréis, amigo, dudar de esto si leéis con vuestros ojos esos pocos Milenarios que nos han quedado? No os cito ahora a San Irineo, ni a San Justino, porque esto sería cosa muy larga, os cito un lugar breve de Tertuliano, en el cual se hallan expresas esas *delicias* de San Agustín. *Porque también confesamos, dice, que en la tierra se nos ha prometido un reino, anterior al celestial, aunque en otro estado, como que es para mil años después de la resurrección en la Jerusalén que milagrosamente bajará del cielo, a la cual llama el apóstol nuestra celestial madre, nuestra herencia, esto es decir, que somos habitantes del cielo, y destinados para esa ciudad celestial. Esta fue conocida por Ezequiel, la vio San Juan, y el libro de su Apocalipsis, que creemos ser una nueva profecía, da testimonio de ella, predicando ser la imagen de la ciudad santa que se le ha de revelar. En ésta decimos, que se han de recibir los santos en la resurrección, y se han de enriquecer con toda clase de bienes; bienes a la verdad espirituales abundantísimos, como recompensa preparada por Dios, por todo lo que renunciamos en el mundo, pues es cosa muy justa y muy digna de su Majestad, que se gocen sus siervos allí mismo, donde fueron afligidos por su nombre.*

100. Fuera de estos cuatro santos padres que acabamos de ver citados con los Milenarios en general, hallamos todavía otro en la disertación de Natal Alejandro, esto es, a San Basilio. ¿Y qué dice San Basilio? Se queja de los despropósitos de Apolinar, y nada más; sus palabras son estas: *y escribió de resurrección ciertas cosas fabulosas más bien diré judaicamente, en las que dice que nosotros por segunda vez hemos de volver al culto que*

manda la ley, de modo que de nuevo nos circuncidemos, guardemos el sábadó, nos abstengamos de los manjares prohibidos en la ley, ofrezcamos sacrificios a Dios, lo adoremos en el templo de Jerusalén, y enteramente nos convirtamos de cristianos en judíos. ¿Qué cosa más ridícula podrá decirse, ni que más se oponga al dogma evangélico?

101. Esta queja de San Basilio es bien fundada y justa. Mas no solamente San Basilio, sino también San Justino, San Irineo, San Victorino, San Sulpicio Severo, Tertuliano, Lactancio y otra gran muchedumbre de doctores católicos y santos que fueron Milenarios, podían quejarse, y con mucha razón, por lo que tocaba a ellos mismos de Apolinar, de Nepos, y de todos sus secuaces, pues los despropósitos que ellos añadieron, fueron la ocasión o la causa, mucho más que las groserías de Cerinto, de que al fin todo se confundiese, y que por castigar y aniquilar a los culpados, no se reparase en tantos inocentes, que con ellos comunicaban únicamente en el asunto general; como a veces ha sucedido, que por impugnar con demasiado ardor un extremo, han caído algunos en el otro, siendo así que la verdad estaba en el medio.

102. En efecto: estas dos legiones de Milenarios judaizantes, partidarios de Nepos y de Apolinar, y los libros que salieron contra ellos así de San Dionisio, como de San Epifanio, etc., parece que forman la época precisa de la mudanza entera y total de ideas sobre la venida del Señor en gloria y majestad. Hasta entonces se había entendido la Escritura Divina como suena, según su sentido propio, obvio y literal, por consiguiente se habían creído fiel y sencillamente todas las cosas que sobre esta venida del Señor nos dice y anuncia la misma Escritura Divina. Y si había habido algunas disputas, estas no tanto habían sido sobre las cosas mismas, sino sobre el modo indecente y mundano con que hablaban de ellas los herejes y los judíos. Mas habiendo llegado después de estos las legiones de los judaizantes, que tomaban mucho de los unos y de los otros, y que eran mucho más doctos, o más disputadores que ellos, todo se empezó luego a desordenar, a oscurecer y confundir la verdad con el error, y las Escrituras mudaron entonces de semblante. Las cosas claras y limpias, que antes se leían en ellas con placer, y que se entendían sin dificultad, ahora ya no se entendían, ni se conocían con la debida claridad, porque se veían mezcladas ingeniosamente con otras que habían venido de nuevo, que con razón parecían insufribles.

103. En estos tiempos de oscuridad, se hallaban los doctores católicos ocupados enteramente en resistir y confutar a los Arrianos, infinitamente más peligrosos que todos los Milenarios, pues tocaban inmediatamente a la persona del Mesías, y a la sustancia de la religión. Por tanto, no les era posible aplicarse de propósito al examen formal y circunstanciado de este punto, ni tomar sobre sí un trabajo tan grande, como era separar, según las Escrituras, lo precioso de lo vil, que en los Milenarios judaizantes estaba tan mezclado.

104. No obstante, deseando alejarse, y alejar a los fieles así del judaísmo, como de las ideas indecentes de los herejes (pues ambas cosas parece que aceptaban en gran parte los judaizantes) les pareció por entonces lo más acertado no consentir con ellos en cosa alguna, sino cortar el nudo con la espada de Alejandro, negándolo todo sin distinción ni

misericordia, o por mejor decir, dejando las cosas en el estado en que las hallaban, no siendo necesario insistir en un punto que no se controvertía.

105. Esto fácil cosa era: quedaba, no obstante la dificultad, grande a la verdad para los que saben de cierto que *los hombres santos de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu santo*, y que el mismo Espíritu Santo es aquel, *que habló por sus Profetas*; quedaba, digo, la gran dificultad de componer y concordar a los mismos Profetas, y a todas las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, con la sentencia corriente, o con una tan violenta resolución. Mas esta dificultad no pareció por entonces tan insuperable, que no quedase alguna esperanza. Ya en este tiempo estaba abierta, y suficientemente trillada aquella senda que había descubierto Orígenes, el cual aunque por esto había sido murmurado de muchos, y lo era actualmente de no pocos, no por eso dejaba de ser imitado en las ocurrencias, y en el asunto presente parecía inevitable, porque no había otro recurso. Era necesario o volver atrás, y darse por vencido a lo menos en lo general y sustancial del punto, o entrar y caminar por aquella senda áspera y tan poco segura, como es la pura alegoría. Efectivamente así sucedió. Desde luego se empezó a pasar la inteligencia de aquellas cosas que se leen en los Profetas, en los Salmos, etc., a sentidos por la mayor parte espirituales, alegóricos, acomodaticios, tirando a acomodar con grande empeño, y con no menos violencia, unas cosas a la primera venida del Señor, otras a la primitiva Iglesia, otras a la Iglesia en tiempo de sus persecuciones, otras a la misma en tiempo de paz; y cuando ya no se podía más, como debía suceder frecuentemente, quedaba el último refugio bien fácil y llano, esto es, dar un vuelo mental hasta el cielo, para acomodar allá lo que por acá es imposible. Así se empezó a hacer en el cuarto siglo, se prosiguió en el quinto, y se ha continuado hasta nuestros tiempos vulgarmente, sentado que siempre la Iglesia daba de beber a todos las aguas puras en las fuentes de las Escrituras auténticas, nunca corrompidas.

Párrafo V

106. Vengamos ya a lo más inmediato. Concédase en buena hora, os oigo decir, que los antiguos padres Milenarios, y los otros doctores católicos y píos, no adoptaron los errores groseros de Cerinto, ni las ideas insufribles de los judíos y judaizantes. A lo menos es innegable, por sus mismos escritos, que creyeron y enseñaron y sostuvieron esta proposición:

Después de la venida del Señor, que esperamos en gloria y majestad, habrá todavía un grande espacio de tiempo, esto es, mil años, o indeterminados, o determinados, hasta la resurrección y juicio universal.

107. Y esto ¿quién no ve, volvéis a decir, que es vio solo una fábula, sino un error positivo y manifiesto? A lo cual yo confieso que no tengo que responder sino estas dos palabras: ¿cómo y de dónde podremos saber, que esto es no solo una fábula, sino un error positivo y manifiesto? La proposición afirma ciertamente una cosa no pasada ni presente, sino futura, y todos sabemos de cierto, que aunque lo ya pasado y lo presente puede llegar naturalmente a la noticia, y ciencia del hombre; mas no lo futuro, porque esto pertenece

únicamente a la ciencia de Dios. Conque si Dios mismo, *que habló por sus Profetas*, y que es el que solo puede saber lo futuro, me dice clara y expresamente en la Escritura que me presenta la Iglesia, lo mismo que afirma dicha proposición, en este caso, ¿no haré muy mal en no creerlo? ¿No haré muy mal en ponerlo en duda? ¿No haré muy mal en esperar para creerlo, que primero me lo permitan los que nada pueden saber de lo futuro? No haré muy mal en afirmar, aunque lo afirmen otros, que lo que contiene la proposición es una fábula y es un error? ¿Con qué razón, y sobre qué fundamento podré afirmarlo? Porque así les parece algunos días ha a los intérpretes y a los teólogos, en el sistema que han abrazado. Débil fundamento es este mirado en sí mismo sin otro aditamento. Sabemos bien que no son infalibles, sino cuando se fundan sólidamente *sobre firme piedra*. La teología no tiene otro fundamento, ni lo puede tener, que la Escritura Divina, declarada auténtica por la Iglesia, *que es columna y apoyo de la verdad*: fuera de algunas pocas cosas, que aunque no constan expresamente de ella, están sólidamente fundadas sobre una tradición cierta, constante y universal, como ya queda dicho. Esto pues es lo que hace al caso, no la autoridad puramente humana. No se habla aquí de la autoridad infalible de la Iglesia, congregada en el Espíritu Santo, que cuando esta habla, ya se sabe que todos los particulares debemos callar.

108. Muéstrese, pues, algún lugar de la Escritura, alguna tradición cierta, constante y universal, alguna decisión de la Iglesia que condene por errónea o fabulosa nuestra proposición, y al punto la condenaremos también nosotros, *reduciendo a cautiverio el entendimiento, en obsequio de la fe*. Mas mostrar por toda prueba la autoridad de algunos doctores particulares, y esta sumamente equívoca; pues los doctores que se citan, como acabamos de ver, no se atrevieron a condenar lo que dicha proposición dice y afirma, sino los abusos que se le añadieron: atreverse después de esto a dar la sentencia general contra todo el conjunto, como si ya quedase todo convencido de error, fábula, delirio, sueño, etc., parece que esta conducta no prueba otra cosa, sino que no quieren examinar de propósito, ni aun siquiera oír con paciencia una proposición que pone en gran riesgo, o por mejor decir, destruye enteramente todo su sistema. ¿Pensáis que si hubiese alguna palabra definitiva o de la Escritura, o de la Iglesia, se la habrían de tener oculta sin producirla? ¿Pensáis que habiéndose atrevido algunos autores, sin duda por inadvertencia, no por malicia, a producir instrumentos evidentemente falsos, no produjeran los verdaderos si los hubiese? Yo busco pues, en los mismos autores, busco en la misma Escritura Divina, busco en los concilios algún instrumento auténtico, o alguna buena razón en que pueda haberse fundado una opinión tan universal, como es la contradictoria de nuestra proposición; y os aseguro formalmente, que nada hallo que me satisfaga, ni aun siquiera que me haga entrar en alguna sospecha. Los instrumentos y razones que se producen, es claro que concluyen, y concluyen bien contra los herejes, contra los Rabinos, contra los judaizantes, contra aquellos en fin que inventan algo de sus cabezas, y lo añadieron atrevidamente a la proposición general sin salir de ella, o lo que es lo mismo, contra lo que clara y expresamente dice la Escritura.

109. Ahora pues, yo veo claramente cosa de no poder dudar, que la Escritura Divina, y casi toda ella en lo que es profecía, me habla de este intervalo que debe haber entre la venida del Señor en gloria y majestad, y el juicio y resurrección universal, veo que a esto se encamina, y a esto va a parar casi toda la Escritura, veo que me dice y anuncia cosas

particulares, cosas grandes, cosas estupendas, cosas del todo nuevas e inauditas, que deben suceder después de la venida gloriosa del Señor, veo por otra parte que San Juan en su Apocalipsis me repite muchísimas de estas cosas, casi con las mismas expresiones con que las dicen los Profetas, y tal vez con las mismas palabras, veo que hace frecuentes alusiones y reclamos a muchos lugares de los Profetas y de los Salmos, etc., convidándome a que los note con cuidado, veo en suma que llegando al capítulo XIX, me presenta primeramente con la mayor viveza y magnificencia posible la venida del Señor del cielo a la tierra, y el destrozo y ruina entera de toda la impiedad. Y pasando al capítulo XX, me abre enteramente todas las puertas y todas las ventanas, me descifra grandes misterios, me habla con la mayor claridad y precisión que puede hablar un hombre serio, me dice en fin expresamente, que aquel espacio de tiempo que debe seguirse después de la venida del Señor, el cual los Profetas no señalaron en particular, aquel que llamaron *día del Señor*, y con más frecuencia *en aquel día, en aquel tiempo*, etc., será un día, y un tiempo que durará mil años, repitiendo esta palabra *mil años* nada menos que seis veces en este capítulo.

110. Todo esto, y mucho más que observaremos a su tiempo, vemos claramente en la Divina Escritura, y en esto se fundaron los que admitieron como cierta aquella proposición. Mas los que la reprueban, y condenan como falsa y errónea, ¿qué es lo que producen en contra? Se supone que ya no hablamos de los absurdos conocidamente tales que se le añadieron por Cerinto, por Nepos, por Apolinar, etc., sino de la proposición considerada en sí misma, *a primera vista*, sin otro aditamento. Contra ésta, pues, ¿qué es lo que producen? ¿Con qué fundamento se condena de falsa, fabulosa y errónea? Buscad, señor, este fundamento por todas partes, y me parece que os cansaréis en vano. Yo a lo menos no hallo otro que la palabra *vaga y arbitraria* de que la Escritura Divina no debe entenderse así, mucho menos el capítulo XX del Apocalipsis. ¿Cómo pues se debe entender? Esto es lo que nos queda que examinar en el artículo siguiente.

Artículo III

La explicación que se pretende dar al capítulo XX del Apocalipsis.

Párrafo I

111. Como la proposición arriba dicha se lee expresa en términos formales en este capítulo del Apocalipsis, parece claro, que quien niega aquella proposición, quien la condena de fábula y error, deberá hacer lo mismo con el texto de este capítulo, o si esto no, deberá a lo menos explicar de otro modo el texto sagrado; mas con una explicación tan natural, tan genuina, tan seguida, tan clara, que nos deje plenamente satisfechos y convencidos de que es otra cosa muy diversa la que afirma el texto sagrado, de la que afirma la proposición. Ésta es pues la gran dificultad, en cuya resolución no ignoráis lo que han trabajado en todos tiempos grandes ingenios. Si el fruto ha correspondido al trabajo, lo podréis solamente saber después que hayáis visto y examinado la explicación, confrontándola fielmente con el texto, y con todo su contexto, que es lo que ya vamos a hacer.

112. Los intérpretes del Apocalipsis (lo mismo digo de todos los que han impugnado a los Milenarios) para facilitar de algún modo la explicación de una empresa tan ardua, se preparan prudentemente con dos diligencias, sin las cuales todo estaba perdido. La primera es negar resueltamente que en el capítulo XIX se habla de la venida del Señor en gloria y majestad, que esperamos todos los cristianos. Esta diligencia, aunque bien importante, como después veremos, no basta por sí sola, así es menester pasar a la segunda, que es la principal, para poder fundar sobre ella toda la explicación. Esta segunda diligencia consiste en separar prácticamente el capítulo XX, no solo del capítulo XIX, sino de todos los demás, considerándolo como una pieza aparte, o como una isla, que aunque vecina a otras tierras, nada comunica con ellas. Si estas dos suposiciones (que así lo parecen pues no se prueban) se admiten como ciertas, o se dejasen pasar como tolerables, no hay duda que la dificultad no sería tan grave, ni tan difícil alguna solución. Mas si se lee el texto sagrado seguidamente con todo su contexto, ¿será posible admitir ni aun sufrir semejantes suposiciones?

Párrafo II

113. Ya sabéis, señor, el gran suceso contenido en el capítulo XIX del Apocalipsis desde el versículo 11 hasta el fin. Es a saber, la venida del cielo a la tierra de un personaje singular, terrible y admirable por todos sus aspectos. Viene a la frente de todos los ejércitos que hay en el cielo, y se representa como sentado en un caballo blanco, con una espada, no en la mano, ni en la cintura, sino en la boca; con muchas coronas sobre su cabeza; con vestido, o manto real rociado, o manchado con sangre, en el cual se leen por varias partes estas palabras: *Rey de reyes, y Señor de señores*. En suma: el nombre de este personaje es éste: Verbo de Dios. Otras muchas cosas particulares se dicen aquí, que vos mismo podéis leer y considerar. En consecuencia pues de la venida del cielo a la tierra de este gran personaje, se sigue inmediatamente no tanto la batalla con la bestia, o Anticristo, y con todos los reyes de la tierra, *congregados para pelear con el que estaba sentado en el caballo*, cuanto el destrozo y ruina entera y total de todos ellos, y de todo su misterio de iniquidad, y así se concluye todo el capítulo con estas palabras: *estos dos fueron lanzados vivos en un estanque de fuego ardiendo y de azufre. Y los otros murieron con la espada, que sale de la boca del que estaba sentado en el caballo: y se hartaron todas las aves de las carnes de ellos*.

114. Nuestros doctores llegando a este lugar del Apocalipsis no pueden disimular del todo el grande embarazo en que se hallan. Si el personaje de que se habla es Jesucristo mismo, como lo parece por todas sus señas, no solo viene directamente contra el Anticristo, sino también aunque indirectamente contra el sistema que habían abrazado. ¿Por qué? Porque después de destruido el Anticristo se sigue el capítulo XX, y en él muchas y grandes cosas, todas opuestas e inconcordables con el sistema. Por tanto no aparece medio entre estos dos extremos: o renunciar al sistema, o no reconocer a Cristo en el personaje que aquí se representa. Esto último, pues, es lo que les ha parecido menos duro. Así mostrando no creer a sus propios ojos, y como tomando en las manos un buen telescopio, para observar bien aquel gran fenómeno; no es Jesucristo exclaman ya confiadamente, no es Jesucristo, no hay necesidad de que el Señor se mueva de su cielo

para venir a destruir al Anticristo, y a todas las potestades de la tierra, *a quienes con sola una señal puede reducir a polvo, y aniquilar*. No importa que venga con tanto aparato y majestad. No importa que se vean sobre su cabeza *muchas coronas*. No importa que se lean en su muslo y en varias partes de su manto real aquellas palabras: *Rey de reyes y Señor de señores*. No importa que su nombre sea *el Verbo de Dios*, nada de esto importa; no es Jesucristo.

115. Pues ¿quién es? Es, dicen volviendo a mirar por el telescopio, es el príncipe de los ángeles, San Miguel, patrón y protector de la Iglesia, que viene con todos los ejércitos del cielo a defenderla de la persecución del Anticristo, y matar a este inicuo, y a destruir todo su imperio universal. Se le dan, es verdad, a San Miguel, nombres, señas y contraseñas, que no le competen a él, sino a Jesucristo; mas esto es porque viene en su nombre, y con todas sus veces y autoridad, etc. No nos detengamos por ahora, ni nos metamos a examinar antes de tiempo las razones que puedan tener los doctores para afirmar, que la persona admirable de que hablamos es San Miguel y no Cristo. Estas razones sería necesario adivinarlas, porque no se producen. ¿Y quién sabe, (sea esto una mera sospecha, o sea un juicio temerario, o sea cosa clara y manifiesta, se deja a vuestra consideración) quién sabe, digo, si todas las razones se podrán finalmente reducir a una sola, esto es, al miedo y pavor del capítulo siguiente? ¿Quién sabe si este miedo y pavor es el que los obliga a prepararse a toda costa contra un enemigo tan formidable? Dejemos, no obstante, el pleito indeciso hasta otra ocasión, que será, queriendo Dios, cuando tratemos de propósito del Anticristo: mas no por eso dejemos de recibir lo que nos conceden; esto es, que en este capítulo se habla ya del Anticristo, y por consiguiente de los últimos tiempos. Con esto solo nos basta por ahora: y así aunque digan y porfíen, que este capítulo XIX no tiene conexión alguna con el siguiente, nos haremos desentendidos y lo tendremos muy presente por lo que pueda suceder.

Párrafo III

116. Pues concluida enteramente la ruina del Anticristo, con todo cuanto se comprende bajo este nombre, y quedando el Rey de los reyes dueño del campo, sigue inmediatamente San Juan en el capítulo XX que empieza así: *«y vi descender del cielo un ángel que tenía la llave del abismo, y una grande cadena en su mano, y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás: y le ató por mil años. Y lo metió en el abismo, y lo encerró, y puso sello sobre él, para que no engañe mas a las gentes, hasta que sean cumplidos los mil años; y después de esto conviene, que sea desatado por un poco de tiempo. Y vi sillas, y se sentaron sobre ellas, y les fue dado juicio: y las almas de los degollados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia, ni a su imagen, ni recibieron su marca en sus frentes, o en sus manos, y vivieron, y reinaron con Cristo mil años. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección: en estos no tiene poder la segunda muerte: antes serán sacerdotes de Dios, y de Cristo, y reinarán con él mil años. Y cuando fueren acabados los mil años será desatado Satanás.*

117. Este es, señor mío, aquel lugar celeberrimo del Apocalipsis, de donde, como nos dicen, se originó el error de los Milenarios. Pedidles ahora, antes de pasar a otra cosa, que os digan determinadamente ¿cual error se originó de aquí, pues la palabra *error de los Milenarios*, es demasiado general? No conocemos otro error de los Milenarios, que aquel que los mismos doctores han impugnado, y convencido con buenas razones en Cerinto, Nepos, Apolinar, y en todos sus partidarios. Mas el error de estos, o lo que en estos se convenció de error, ¿se originó de este lugar del Apocalipsis? Volved a leerlo con más atención: *escudriñadlo a toda luz*, a ver si halláis alguna palabra que favorezca de algún modo las ideas indecentes de Cerinto, o las de Nepos, o las de Apolinar; y no hallando vestigio ni sombra de tales despropósitos, preguntad a todos los Milenarios, o herejes, o judaizantes, o novelistas, ¿cómo se atrevieron a añadir al texto sagrado unas novedades tan ajenas del mismo texto? ¿Cómo no advirtieron o no temieron aquella terrible amenaza, que se lee en el capítulo último del mismo Apocalipsis: *si alguno añadiere a ellas alguna cosa, pondrá Dios sobre él las playas que están escritas en este libros?* En fin, pelead con estos hombres atrevidos, y dejad en paz a los que nada añaden al texto sagrado, ni dicen otra cosa diversa de lo que el texto dice.

118. En eso mismo está el error, replican los doctores: pues aunque nada añaden al texto sagrado, lo entienden, a lo menos *los literales*, pensando buenamente o inocentemente, que en él se dice lo que suena, cuando bajo el sonido de las palabras se ocultan otros misterios diversísimos, y sin comparación más altos, por más espirituales. ¿Cuáles son estos? Vedlos aquí.

119. Tres son las cosas principales o únicas que se leen en este lugar del Apocalipsis. Primera: la prisión del diablo o de Satanás por mil años, y su soltura por poco tiempo pasados los mil años. Segunda: las sillas y juicio, o potestad que se da a los que se sientan en ellas. Tercera: todo lo que toca a la primera resurrección de los que viven y reinan con Cristo mil años.

120. Cuanto a lo primero nos aseguran con toda formalidad, que la prisión de Satanás, de que aquí se habla, no es un suceso futuro, sino muy pasado: no una profecía, sino una historia: y aun cuando San Juan tuvo esta visión, que fue en su destierro de Patmos, la cosa ya había sucedido; según unos, más de cincuenta años antes: según otros, más de noventa, esto es, antes del nacimiento del mismo San Juan. Estos últimos nos enseñan, que el ángel que bajó del cielo con la llave del abismo en una mano, y con la gran cadena en la otra, para aprisionar al diablo, no fue un ángel verdadero, sino el mismo Mesías Jesucristo, que también se llama ángel en las Escrituras, el cual en el día, y en el instante mismo de su encarnación lo ató, lo condenó y lo encarceló en el abismo, *por mil años*: esto es, por todo el tiempo que durase la Iglesia cristiana en el mundo: y las palabras, *para que no engañe más a las gentes*, quieren decir: para que no engañe en adelante a los escogidos así de los Judíos como de las gentes, etc. Notad aquí de paso, que los mismos doctores, que en el capítulo antecedente acaban de convertir en el ángel San Miguel al mismo Jesucristo, al mismo Verbo de Dios, al mismo Rey de los reyes, aquí convierten al ángel en Cristo con la misma facilidad.

121. Otros doctores son de parecer (esta parece la sentencia más común) que el ángel de que aquí se habla es un verdadero ángel, que tiene la superintendencia del infierno. Este ángel, dicen, bajó del cielo con su llave y cadena, el viernes santo a la hora de nona en el mismo instante en que el Señor expiró en la cruz, y ejecutó por orden suya aquella justicia con el diablo, dejándolo desde entonces encadenado, y encerrado en el infierno, hasta que se cumplan mil años, *no determinada, sino indeterminadamente*, hasta los tiempos del Anticristo, que entonces se le dará soltura por poco tiempo (y aunque esto sucedió el día de la muerte del Señor, más el amado discípulo, que se hallaba presente, no lo vio entonces, sino allá en Patmos, setenta años después).

122. Cuanto a lo segundo, esto es, cuanto a las sillas, y el juicio que se dio a los que se sentaron en ellas, hallamos en los intérpretes dos diversas opiniones, o modos de pensar. Unos dicen, que son las sillas episcopales, o los pastores que se sientan en ellas, en los cuales está el juicio de las cosas pertenecientes a la religión. Otros afirman, que por las sillas, y juicio no debe entenderse otra cosa, sino los puestos de honor, y dignidad que las almas de los santos ocupan en el cielo, donde viven y reinan con Cristo, etc. Cuanto a lo tercero nos aseguran como una verdad, según dicen, más clara que la luz, que San Juan no habla aquí de verdadera resurrección; sino de la vida nueva a que entran los mártires y demás justos, cuando salen de este mundo y van al cielo. Esta vida nueva y felicísima es; dicen, la que llama el amado discípulo primera resurrección, la cual debe durar mil años, esto es, no ya hasta el Anticristo, como la prisión del diablo, sino algo más, tomado indeterminadamente hasta la resurrección universal, que entonces tomando sus cuerpos, empezaran a gozar de la segunda resurrección: esto es, en suma, todo lo que hallamos en los doctores sobre el capítulo XX del Apocalipsis. Yo dudo mucho que la explicación os haya contentado, como también me atrevo a dudar que haya podido contentar a sus propios autores. Más era preciso decir algo, y procurar salvar su sistema de algún modo posible. Y pues nadie nos obliga a recibir ciegamente dicha explicación, ni los doctores mismos pueden pedirnos un sacrificio tan grande de nuestra fe, debido solamente a la autoridad divina, no tendrán a mal que la miremos atentamente, dando algún lugar a la reflexión.

Párrafo IV

123. Primeramente: si los mil años de que habla San Juan en este lugar, y lo repite seis veces, no significan otra cosa que todo el tiempo que durare la iglesia, o desde el día de la encarnación del hijo de Dios, o desde el día de su muerte hasta el Anticristo, nosotros nos hallamos actualmente en este tiempo feliz. Ahora bien: ¿y vos creéis, amigo Cristófilo, que en este nuestro siglo, lo mismo digo de los pasados, está el dragón, *serpiente antigua, que es el diablo y Satanás*, atado con una gran cadena, encerrado o encarcelado en el abismo, cerrada y sellada la puerta de su cárcel, para que no engañe más a las gentes? Si lo creéis así, porque así lo halláis escrito en gruesos volúmenes, permitidme que os diga con llaneza, que sois o muy tímido, o demasiado bueno. Si creéis con los autores de la primera sentencia que esta prisión del diablo con todas las circunstancias que se expresan en el texto sagrado, sucedió el día de la encarnación del hijo de Dios, tenéis contra vos nada menos que toda la historia del evangelio en donde lo hallareis tan suelto, tan libre,

tan dueño de sus acciones, que entre otras muchas cosas, pudo buscar y hallar a Cristo en el desierto: pudo llevarlo al pináculo, o a lo más alto del templo: pudo después de esto subirlo a un monte alto, mostrándole desde allí toda la gloria del mundo, y pedirle que lo adorase como a Dios: ¿cómo se compone toda esta libertad con aquella prisión?

124. Si esta sucedió en la muerte de Cristo, como afirman los autores de la segunda sentencia, tenéis en contra a San Pedro y San Pablo, que no podían ignorar un suceso tan interesante: uno nos exhorta a todos los cristianos que seamos sobrios, y vivamos en vigilancia y en cautela, *porque el diablo, vuestro adversario (dice), anda como león rugiendo al rededor de vosotros, buscando a quien tragar.* ¿Para qué cautela y vigilancia contra un enemigo encadenado y sepultado en el abismo? El otro se queja amargamente del ángel de Satanás que lo molestaba o colafizaba: y en otra parte dice, que le había impedido una cosa que pensaba hacer; *más Satanás nos lo estorbó.* Tenéis en contra, a más de esto, a toda la Iglesia, la cual en sus preces públicas, pide que nos libre Dios *de las asechanzas del diablo:* y usa de exorcismos, y del agua bendita *para ahuyentar los demonios.*

125. Vuelvo a deciros, amigo, que no seáis tan bueno. El diablo está ahora tan suelto y tan libre como antes. La única novedad, aunque bien notable, que ha habido, y hay ahora respecto del diablo después de la muerte del Mesías, es esta: que ni Dios le concede tanta licencia como él quisiera, ni los que creen en Cristo están tan desarmados, que no puedan resistirle y hacerle huir: pues por los méritos del mismo Cristo y por la virtud de su cruz se nos conceden ahora, y se nos ponen en la mano excelentes armas, no sólo defensivas, sino también ofensivas, para que podamos resistir a sus asaltos, y aun para traerlo debajo de los pies. Así se ve, y es fácil observarlo, que los que quieren aprovecharse de estas armas, es a saber, sobriedad, vigilancia, cautela, retiro de ocasiones, fe, oración, etc., vencen fácilmente a este enemigo formidable, y aun llegan a mirarlo con desprecio. Por el contrario, los que no quieren aprovecharse de estas armas, al primer encuentro quedan miserablemente vencidos. Por esto, el enemigo astuto y traidor, procura en primer lugar persuadir a todos con toda suerte de artificios, que arrojen de sí aquellas armas, como que son un enorme peso, no menos inútil, que insufrible a las fuerzas humanas. Si el hallar ahora Satanás tanta resistencia en algunos, por la bondad de sus armas, y por la gracia y virtud de Cristo, quieren que se llame estar encadenado, encerrado en el abismo, con la puerta de su cárcel cerrada y sellada, para que no engañe más a las gentes, etc., se podrá decir lo mismo, y con la misma propiedad de un ladrón, que yendo de noche a robar una casa, halla la gente prevenida, y armada, de modo que le resiste, lo ahuyenta, y libra su tesoro de las manos del injusto agresor: lo cual sería ciertamente un modo de hablar bien extravagante, y bien digno del título de barbarismo, o idiotismo. Más como de esas veces se hace hablar a la Escritura Santa con lenguajes inauditos, para que hable según el deseo de quien la hace hablar: bien fácil cosa es hacerla decir lo que se quiere con solo añadir el *esto es.*

126. Negando, pues, con tanta razón, que la prisión del diablo, de que se habla con tanta claridad, y con circunstancias individuales en el capítulo XX del Apocalipsis, haya sucedido hasta ahora, parece necesario decir y confesar, que sucederá a su tiempo. ¿Cuándo? Cuando venga el Señor en gloria y majestad, que para entonces la pone

clarísima la Escritura: y a ninguno se ha dado, ni se ha podido dar la libertad de mudar los tiempos, y sacar las cosas de aquel lugar, y de aquel tiempo determinado, en que Dios las ha puesto. Leed el capítulo veinte y cuatro de Isaías, que todo él tiene una grandísima semejanza con el capítulo diez y nueve del Apocalipsis y principio del veinte. Allí hallareis hacia el fin del versículo veinte y uno el mismo misterio de la prisión del diablo con todos sus ángeles y con todas las potestades de la tierra. *En aquel día visitará el Señor, sobre la milicia del cielo en lo alto; y sobre los reyes de la tierra, que están sobre la tierra. Y serán recogidos y atados en un solo haz para el lago... y serán encerrados en cárcel.* Si queréis ver un rastro bastante claro de la soltura del diablo, y de sus ángeles después de mucho tiempo, como lo dice San Juan después de mil años, reparad en las palabras que siguen inmediatamente, *y aun después de muchos días serán visitados.* El mismo Isaías hablando del día del Señor, dice así: *en aquel día visitará el Señor con su espada dura, y grande, y fuerte, sobre Leviatán serpiente rolliza, y sobre Leviatán serpiente tortuosa...* Y por Zacarías dice el Señor: *y exterminaré de la tierra los falsos profetas, y el espíritu impuro:* lo mismo que dice San Juan, al fin del capítulo diez y nueve y principio del veinte. Por donde se ve, que el amado discípulo alude aquí a estos y a otros lugares semejantes, de que hablaremos a su tiempo, dando la llave para la inteligencia.

127. Después de la prisión del diablo, dice, San Juan, que vio sillas en las cuales se sentaron algunos que no nombra, a quienes se dio el juicio, o la potestad de juzgar y *sillas y se sentaron sobre ellas, y les fue dado juicio.* La explicación o inteligencia que pretenden dar a estas sillas, y a los jueces que se sientan en ellas, diciendo unos, que son los obispos, y otros que son las almas de los bienaventurados en el cielo, parece claro que en los tiempos de que se habla no viene al caso, ni es creíble que estas dos cosas o alguna de ellas se le revelasen a San Juan como dos cosas nuevas, y de un modo tan oscuro en un tiempo que ya el mundo estaba lleno de obispos, y el cielo poblado de almas justas y santas. Esta sola reflexión basta y sobra para no admitir dicha inteligencia. Acaso preguntareis, ¿por qué no se colocan en estas sillas los doce apóstoles, según la promesa que les hizo el Señor: *os sentareis vosotros sobre doce sillas, para juzgar a las doce tribus de Israel?* Mas la respuesta era fácil, si se dijese que una misma razón sirve para todo. Por esta razón, el Rey de los reyes, el Verbo de Dios, no es Jesucristo, sino San Miguel. Por esta razón la prisión del diablo, *por mil años,* no es suceso futuro, sino pasado, y en el mismo Satanás se han verificado, y se están verificando, dos cosas contradictorias: como son estar atado, y suelto; estar encarcelado en el abismo, y cerrada y sellada la puerta de su cárcel, y al mismo tiempo andar por el mundo, *como león rugiendo... buscando a quien tragar;* y esta misma razón debe servir para lo que vamos a ver.

Párrafo V

128. Sigue inmediatamente el texto sagrado diciendo: *y las almas de los degollados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia... y vivieron, y reinaron con Cristo mil años. Los otros muertos no entraron en vida hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección.*

129. La explicación que hallamos en los intérpretes, la hallamos ordinariamente acompañada de una circunstancia bien singular, que no sé que se le haya añadido jamás a la explicación de ningún otro lugar de la Escritura. Quiero decir: que se halla acompañada de la aprobación, y elogio de ser más clara que la luz. Mas este elogio no parece tan claro, ni tan unívoco, que no pueda admitir dos sentidos bien diferentes. El primer sentido puede ser este: las cosas que se dicen sobre este texto, son verdades más claras que la luz. El segundo sentido es este: las verdades que se dicen sobre este texto, son las mismas de que el texto habla, y esta es una verdad más clara que la luz. En el primer sentido creo firmemente, que el elogio es justísimo, así como creo (por ejemplo) que todas o las más de las cosas, que dice San Gregorio en sus exposiciones sobre Ezequiel, sobre Job, etc. son unas verdades más claras que la luz; más en el segundo sentido, que es el que hace al caso, y el que solo hemos menester, el elogio no puede ser más impropio, ni más impertinente.

130. Explícame: yo creo firmemente con todos los fieles cristianos, que las almas resucitan (si se quiere hablar así por una locución metafórica) que resucitan, digo, o por el bautismo, o por la penitencia de la muerte del pecado a la vida de la gracia. Creo que las almas de los mártires, y de todos los demás santos aunque no hayan padecido martirio, están con Cristo en el cielo, allí gozan de la visión beatífica. Creo que todos los fieles que mueren en gracia de Dios, van a gozar de la misma felicidad, según el mérito de cada uno, después de haber pagado en el purgatorio todas las deudas que de aquí llevaron. Ítem, creo, que todas las almas que han ido o han de ir al cielo, volverán a su tiempo a tomar sus propios cuerpos, resucitando, no ya metafóricamente, sino real y verdaderamente para una vida eternamente feliz. Creo en fin, que las almas de los malos no van al cielo después de la muerte, sino al infierno, ni resucitarán para la vida, sino para la muerte eterna, que la Escritura llama *muerte segunda*. Todo esto es certísimo, y más claro que la luz.

131. ¿Y qué? ¿Luego estas son las verdades que aquí se revelan al discípulo amado por una visión tan extraordinaria? ¿Luego son estos los misterios ocultos que aquí se nos descubren en tono de profecía? Cuando San Juan tuvo esta visión cincuenta o sesenta años después de la muerte de Cristo, y venida del Espíritu Santo, ¿ignoraba acaso estas verdades? ¿Se ignoraban en la Iglesia de Cristo? ¿No las sabían, y creían todos los fieles? ¿Era alguno admitido al bautismo, o a la comunión de los fieles, sin la noticia y fe de estas verdades? Pues si toda la Iglesia estaba en esto: toda la Iglesia dilatada ya en aquel tiempo por casi toda la tierra, vivía, se sustentaba y crecía con la fe de estas verdades: si estas verdades eran todo su consuelo y esperanza, ¿qué cosa más impropia se puede imaginar, que una revelación nueva de las mismas verdades, y una no tan clara, sino oscurísima, en términos equívocos, y debajo de metáforas, símbolos y figuras, que es necesario adivinar? Ciertamente que no es este el modo con que ha hablado el Espíritu Santo *en cosas pertenecientes a la fe y a las costumbres, que miran a la propagación de la doctrina cristiana* ni se hallará algún ejemplar en toda la Escritura.

132. No es esto lo más. Si el capítulo XX del Apocalipsis no contiene otras cosas que aquellas verdades y misterios que quieren los doctores, debía San Juan haber omitido una circunstancia gravísima, que en este caso parece, ya no solo superflua, sino del todo

impertinente. Tal vez por esta razón se toman la libertad de omitirla, o mirarla sin atención los que nos dan la explicación más clara que la luz. Ved aquí la circunstancia gravísima de que hablo; y *las almas de los degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia, ni a su imagen, ni recibieron su marca en sus frentes... y vivieron y reinaron con Cristo mil años*

133. De manera, que los resucitados y reinantes con Cristo de que aquí se habla, no son solamente los degollados o los mártires; sino también expresamente los que no adoraron a la bestia ni a su imagen, ni tomaron su carácter en la frente, ni en las manos, de todo lo cual se habla en el capítulo XIII del Apocalipsis. De aquí se sigue evidentemente que el misterio de la primera resurrección, de que vamos hablando, debe suceder no antes, sino después de la bestia. Luego es un misterio no pasado, ni presente, sino muy futuro: pues la bestia, que por confesión de los mismos intérpretes es el Anticristo, está todavía por venir. Luego realmente no se habla en este lugar de aquellas verdades que se quisieran sustituir: esto es, de la resurrección metafórica a la vida de la gracia, y de la gloria de las almas que salen de pecado, o que salen de este mundo sin pecado, pues pasan por alto una circunstancia agravantísima, que destruye infaliblemente toda su explicación. San Juan señala claramente el tiempo preciso de esta primera resurrección, o la supone evidentemente, diciendo: los degollados por Cristo, y los que no adoraron a la bestia, estos vivieron y reinaron con Cristo mil años: los demás muertos no vivieron entonces; pero vivirán pasados los mil años; *los otros muertos* (son sus palabras) *no entraron en vida, hasta que se cumplieron mil años*. Con que supone el amado discípulo, que cuando se verifique la primera resurrección, ya la bestia ha venido al mundo, y también ha salido del mundo: supone que ya ha sucedido la batalla, y también el triunfo de los que por amor de Cristo no quisieron adorarla u obedecerla.

134. Así como cuando se dice en Daniel que los tres jóvenes hebreos que rehusaron adorar la estatua de oro *de sesenta codos de altura*, como mandaba a todos el rey Nabucodonosor, fueron arrojados a un horno de fuego; más salieron sin lesión alguna, etc.: si esta proposición es verdadera, como lo es, supone evidentemente que cuando estos jóvenes salieron del horno con un milagro que espantó al rey, y a toda su corte, ya Nabuco había venido al mundo: ya había conquistado a su dominación todo el Oriente: ya había erigido públicamente una estatua de oro, o suya, o de alguno de sus falsos dioses: ya había mandado, so pena de fuego, que todos la adorasen: ya en fin, tres jóvenes hebreos fieles a su Dios, habían resistido constantemente aquel mandato sacrílego: pues de este mismo modo sin diferencia alguna supone San Juan el tiempo preciso de la primera resurrección, diciendo: los que no adoraron a la bestia, vivieron y reinaron con Cristo mil años; los demás muertos no vivieron hasta que pasen los mil años. *Esta es la primera resurrección*. Quien quisiere, pues, explicar este misterio de algún modo razonable, o siquiera pasable, debe hacerse cargo, *antes de todo*, de esta gravísima circunstancia.

135. De todo lo que hasta aquí hemos reflexionado, la conclusión sea: que mientras no nos dieran otra explicación, que del todo se conforme en todas sus partes con el texto, y con todo su contexto, debemos atenernos al texto mismo, según su sentido propio y natural. Los que dijeren que esto es error, o fábula, o peligro, deberán probarlo *hasta la*

evidencia con aquella especie de demostración de que es capaz el asunto, no respondiendo por la misma cuestión. Esto último es bien fácil hacer; lo primero, ni se ha hecho, ni hay esperanza de que pueda hacerse jamás. Hasta ahora no hemos visto otra cosa que la impugnación buena, a la verdad, de muchos absurdos groseros, que mezclaron los herejes, los judíos, los judaizantes, y si queréis, también algunos católicos ignorantes y carnales: *y la verdad del Señor permanece eternamente*. Entre todas estas fábulas, entre todos estos errores, entre todos estos absurdos indecentes que rodean y tiran a confundir, y aun a oprimir la verdad de Dios, ella está y estará para siempre intacta: por consiguiente clara y patente, para los que la buscaren sin preocupación, y ninguno pueda alegar alguna excusa razonable para no conocerla. Digo excusa razonable porque si bien se mira todo el fundamento que hay en contra, se reduce a la pura autoridad extrínseca, y esta no clara, sino bien equívoca: y ya sabemos cuanto peso puede tener esta autoridad sea como fuere, comparada con la autoridad intrínseca que es la de Dios mismo: *porque Dios es veraz, y todo hombre falaz, como está escrito: para que seas reconocido fiel en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado*. Este texto del Apóstol me ha sacado muchas veces de grandes dudas y temores. Dios se justificará, dice San Pablo en sus sermones, que no son otros que sus Escrituras, en que él mismo habla *por sus Profetas*, y nos vencerá cuando pensáremos juzgarlo: porque es innegable que muchas veces, aun después de conocida la verdad, aun después de convencidos nuestros entendimientos, sin tener nada que oponer, todavía nos contiene la autoridad extrínseca, y tememos más contradecir al hombre, que a Dios.

136. Os dirán, amigo, que es necesario romper la corteza dura de la almendra, para poder comer el fruto bueno que está dentro encerrado. Quieren decir, que es necesario romper la letra de la Santa Escritura, y hacerla mil pedazos, para hallar el tesoro escondido en ella. Más si hacéis alguna ligera reflexión, conoceréis al punto el equívoco y el sofisma. ¿Qué tesoro pensamos hallar dentro de la letra de la Escritura? ¿Es acaso algún tesoro *en general*, o algún pedazo de materia prima? ¿Es acaso algún tesoro, a discreción y según el deseo o interés de quien lo busca? ¿No bastara hallar aquel tesoro particular, que muestra claramente la letra misma, sea el que fuere, y contentarse con él? Cualquiera niño de pocos años no deja de saber, que el fruto de una almendra que desea comer, no es la corteza dura que se presenta la primera a su vista, sino lo que ésta encierra dentro de sí: más también sabe, que la fruta específica que debe esperar, rompiendo la corteza, no es la que a él le parece mejor, sino aquella precisamente que se llama almendra. ¿Y de donde lo sabe? Lo sabe por la corteza misma que tiene delante, y por esta superficie exterior distingue fácilmente con toda certidumbre la fruta que está dentro de todas las otras frutas. Quien pensare, pues, hallar dentro de la letra de la divina Escritura otro tesoro diverso de aquel que muestra la letra misma, será muy semejante a quien piensa hallar un diamante dentro de una almendra.

137. Por último, observan los doctores, y hacen fuerza en esto, como si fuese la principal dificultad, que la palabra *mil años*, en frase de la Escritura, no quiere decir precisa y determinadamente mil años, sino mucho tiempo, o muchos años: como cuando se dice: *mil años, como un día: hasta mil generaciones: el menor valdrá por mil: caerán mil a tu lado: hirió Saul a mil*. Todo esto está bien, y yo soy del mismo dictamen. Siempre me ha parecido, que la expresión *mil años*, de que usa San Juan seis veces en este lugar, no

significa otra cosa que un grande espacio de tiempo, tal vez igual, o mayor, que el que ha pasado hasta hoy día desde el principio del mundo, comprendido todo en el número redondo y perfecto de mil. En este punto, pues, yo concedo sin dificultad cuanto se quiere; no queriendo meterme en una disputa que me parece del todo inútil. Más con esta concesión ¿qué se adelanta? Nada, amigo, y otra vez nada. Los mil años de que hablamos, sean en hora buena un tiempo indeterminado; sean veinte mil o cien mil, más o menos, como os pareciere mejor. Lo que yo pretendo únicamente es, que estos mil años, o este tiempo indeterminado, no está en nuestra mano, ni se ha dejado a nuestra libre disposición. Por tanto, ningún hombre privado, ni todos juntos, pueden poner este tiempo donde les pareciere más cómodo, sino precisamente donde lo pone la Escritura divina, esto es, después del Anticristo, y venida de Cristo que esperamos. Y si esto no podéis componerlo de modo alguno con vuestro sistema, o con vuestras ideas, yo me compadezco de vuestro trabajo, y propongo a vuestra elección una de estas dos consecuencias: Primera: luego, debéis negar vuestras ideas, si queréis creer a la divina Escritura: Segunda: luego debéis negar a la divina Escritura a vista de ojos, como dicen, si queréis seguir vuestras ideas.

138. Hágome cargo que todavía no es tiempo de sacar, ni aun siquiera de proponer, unas consecuencias tan duras: *porque todavía tenemos mucho que andar*: hay muchas premisas que proponer y que probar. Yo me contento pues, por ahora, con otra consecuencia más justa y menos dura, y este es todo el fruto inmediato que pretendo de esta disertación. Luego el sistema propuesto se puede oír sin espanto, recibir sin peligro, y dejar correr sin dificultad. Luego no será un delito, ni grave ni levísimo, ni tampoco una extravagancia, el proponer este sistema como una llave verdadera y propia de toda la Escritura divina: y en esta suposición ver y examinar si es así, o no. Este examen es facilísimo: no ha menester más ingenio, ni más artificio, que tomar la llave, y probar si abre o no las puertas; las puertas, digo, que no obstante la supuesta bondad del otro sistema, tenemos ahora tan cerradas.

139. Esto es todo lo que por ahora pretendemos. Si después de las pruebas que iremos haciendo, hallamos, como yo lo espero, que este sistema, o esta llave abre las puertas más cerradas, y que parecen invencibles; que las abre todas o casi todas; que las abre con facilidad, sin fuerza ni violencia alguna; que la otra llave tenida por única, en lugar de abrir las puertas, las deja más cerradas, etc.; entonces discurriremos de propósito sobre las consecuencias que se deben sacar. Mas esto no será posible hasta que hayamos avanzado mucho en la observación de los fenómenos particulares, a quienes llamo, yo no sé si con toda propiedad, las puertas cerradas de la santa Escritura; lo cual procuraremos hacer en la segunda parte.

140. No me pidáis, señor, que me explique más sobre este punto del reino milenario, pues todavía no es su tiempo. Lo que he pretendido por medio de esta disertación, no ha sido tratar este punto gravísimo plenamente y a fondo; pues para esto es necesaria, y a esto se endereza toda la obra: he pretendido pues únicamente abrir camino, quitando un embarazo grande que me impedía el paso aun antes de empezar a moverme, o disipar una nube oscurísima, que no me permitía observar el cielo.

141. Todos, o casi todos los antiguos Milenarios, según las noticias que nos quedan, o se explicaron poco en el asunto, o se explicaron antes de tiempo. No asentaron bases firmes en que fundarse sólidamente. Añadieron demás de esto con demasiada licencia muchas ideas particulares, unas informes, otras indiferentes, otras disformes, según el talento, inclinación, y gusto de cada uno. Así todos o casi todos abrazaron muy buenos despropósitos. Estas faltas, por la mayor parte inexcusables, son al mismo tiempo una buena lección, que nos enseña a proceder con más economía, con mayor cautela. Por tanto yo estoy determinado a no explicarme antes de tiempo: quiero decir, a no añadir cosa alguna a la proposición general, hasta haber asentado con la mayor firmeza posible todas las bases que me parecen necesarias. Del mismo modo estoy determinado a no añadir otras ideas, sino aquellas que hallare claras y expresas en la Divina Escritura, y que pudiere probar sólidamente con esta autoridad infalible.

142. Estas ideas, o *este modo de ser*, de la proposición general, es verosímil que quisierais verlo luego, o por mera curiosidad, o tal vez por espíritu de oposición; más esto sería querer ver el techo de una casa grande, cuando apenas se empieza a poner los cimientos. Esto sería querer ir de París a Roma, sin pasar por los lugares intermedios; lo cual disputan hasta ahora ciertos filósofos, si es posible o no. Tened paciencia, amigo mío, que queriéndolo Dios no dejareis de ver algo en la segunda parte, y todo en la tercera.

CAPITULO VI

Segunda dificultad. La Resurrección de la carne, simultanea y única. Disertación.

Párrafo I

143. En fin, Cristófilo, hemos salido con vida de entre aquella nube densa y tenebrosa, cuyo aspecto era horrible, donde tuvimos el valor o la temeridad de entrar, y donde nos hemos detenido tal vez mucho más de lo que era menester. Hemos examinado de cerca las materias diversas de que se componía. Hemos separado con gran trabajo las unas de las otras, certificados de que en esta mezcla y unión consistía únicamente su oscuridad, y su semblante terrible. No hay para que temerla ahora. Ella se irá desvaneciendo, tanto más presto, cuanto más de cerca la fuéremos mirando, y cuanto la miráremos con menos miedo.

144. Nos quedan ahora que practicar las mismas diligencias con otra nube semejante, que tiene con esta una grandísima relación: comunica con ella por varias partes, le ayuda, la sostiene, y es recíprocamente sostenida y ayudada: acrecentándose notablemente con esta unión la oscuridad y el terror. Esta es la resurrección de la carne *simultanea y única*. Porque si es cierto y averiguado que la resurrección de la carne, que creemos y esperarnos todos los cristianos como un artículo esencial y fundamental de nuestra santa religión, ha de suceder en todos los individuos del linaje humano, *simultáneamente y una sola vez*, es decir una sola vez, y en un mismo instante y momento: con esto solo quedan

convencidos de error formal todos los antiguos Milenarios, sin distinción alguna: todos sin distinción se pueden y deben condenar, y a ninguno de ellos se puede dar en conciencia el nombre de *inocuo*. Con esto solo debe mirarse con gran recelo, como una pieza engañosa y peligrosísima, el capítulo XX del Apocalipsis. Y con esto solo, nuestro sistema cae al punto a tierra, a lo menos por una de sus partes: y abierta esta brecha, es ya facilísimo saquearlo, y arruinarlo del todo. Pero ¿será esto cierto? ¿Será tan cierto, tan seguro, tan indubitable, que un hombre católico, timorato y pío, capaz de hacer algunas reflexiones, no pueda prudentemente dudarle, ni aun siquiera examinarlo a la luz de las escrituras? Esto es lo que voy ya a proponer a vuestra consideración.

145. Sé que los teólogos que tocan este punto (que no son todos ni creo que muchos) están por la parte afirmativa: más también sé con la misma certidumbre, que no lo prueban: a lo menos se explican poquísimos, y esto muy de prisa, sobre el punto particular de ser *simultáneamente y una sola vez*. Algunos dicen, o suponen sin probarlo, que esta aserción es una consecuencia de fe. Otros más animosos añaden resueltamente, que es un artículo de fe. Si les preguntamos en qué se fundan para sacar sólidamente una consecuencia de fe o para hacer un nuevo artículo de fe, que no hallamos en nuestro símbolo; nos responden con una gran muchedumbre de lugares de la Escritura Santa, de los cuales las dos partes prueban claramente que ha de haber resurrección de la carne, y nada más, y la otra tercera parte prueba contra su propia aserción. Si os pareciere que miento, o que pondero, bien fácil cosa os será salir de la duda, registrando los teólogos que os pareciere. En cualquiera biblioteca hallareis con que satisfacer vuestra curiosidad. Los principales lugares de la Escritura que se alegan a favor, son los siguientes. *Así el hombre cuando durmiere, no resucitará, hasta que el cielo sea consumido: en el último día he de resucitar de la tierra: vivirán tus muertos, mis muertos resucitarán: despertaos y dad alabanza los que moráis en el polvo: de la resurrección de los muertos ¿no habéis leído las palabras que Dios os dice? En verdad, en verdad os digo: que viene la hora, y ahora es cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán: todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios. Y los que hicieron bien irán a resurrección de vida: más los que hicieron mal a resurrección de juicio. Resucitará tu hermano, dijo el Señor. Marta le dice: bien sé que resucitará en la resurrección en el último día.* Toda la visión de los huesos del capítulo XXXVII de Ezequiel. Los muertos que resucitaron Elías y Eliseo, los malvados de quienes se dice: *por eso no se levantarán los impíos en el juicio*. Los muertos que resucitó el Señor. El mismo Señor que resucitó como *primicia de los que duermen*, (de quien dijo David), *ni permitirás que tu santo vea la corrupción: y lo que afirma San Pablo: en un momento, en un abrir de ojos, en la final trompeta: pues la trompeta sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles.*

146. Este último lugar tiene alguna apariencia: a su tiempo veremos que es sólo apariencia, examinando todo el contexto.

147. De estos lugares de la Escritura se pudieran citar sin gran trabajo cuando menos un par de centenares: lo bueno y admirable es, que habiendo citado estos y otros lugares semejantes, concluyen con gran satisfacción, que la resurrección de la carne, *simultáneamente y una sola vez*, o es un artículo de fe, o a lo menos, una consecuencia de

fe. Cuando quisierais imitar este modo de discurrir, podréis probar fácilmente esta proposición, o como consecuencia de fe, o también como artículo de fe.

Todos los hombres que actualmente viven, han de morir simultáneamente, y una sola vez, en un instante y momento.

148. Para probar esto, no tenéis que hacer otra diligencia sino abrir las concordancias de la biblia: buscar la palabra *mors*: juntar treinta o cuarenta textos, que hablen de esto: verbigracia: *morirá de muerte: está establecido a los hombres que mueran una sola vez. Todos moriremos, y nos deslizamos como el agua. ¿Quién hay entre los vivientes que no esté sujeto a lo dura necesidad de haber de morir?* Hecho esto, sacáis al punto vuestra consecuencia de fe, o establecéis invenciblemente vuestro artículo de fe: luego todos los hombres que actualmente viven, han de morir *simultáneamente, y una sola vez*, en un mismo instante y momento. No hay para que detenernos en la aplicación de esta semejanza: ni tampoco pensamos detenernos en desenredar lo que hallamos tan enredado y confundido en los lugares de la Escritura ya citados, porque esto sería un trabajo igualmente inútil que molesto.

Párrafo II

149. Para que podamos, pues, entendernos en breve, sin el tumulto interminable de las disputas escolásticas, paréceme bien que llevemos este nuestro pleito por otra vía más suave, y lo tratemos entre los dos amigablemente, con puro deseo de conocer la verdad, y de abrazarla. Mas antes de entrar en materia, sería muy conducente que entrásemos mutuamente asegurados, no solo de la sinceridad de nuestro corazón, sino también de la pureza de nuestra fe, en lo que toca a la resurrección de la carne. Así como yo estoy perfectamente asegurado de la vuestra, así quisiera del mismo modo aseguraros de la mía; pues no dejo de temer que, mirándome como judío, deis algún lugar a la sospecha o imaginación, de que tal vez puedo ser en el fondo del corazón de la secta de los Saduceos, o pensar alguna cosa contraria o ajena de la fe, y enseñanza de la Iglesia. Por tanto, recibid, amigo, con bondad, y pasad los ojos por esta breve y sincera confesión de mi fe.

150. Primeramente: yo creo *con verdad y sin hipocresía*, lo que dicen en su propio y natural sentido los lugares de la Santa Escritura que citan los doctores, y otros muchos más que pudieran citar. Todos ellos se encaminan directamente, y van a parar a aquel artículo de fe, que tenemos expreso en nuestro símbolo apostólico en estas dos palabras: *resurrección de la carne*. Descendiendo a lo particular, creo que todos los individuos del linaje humano, hombres y mujeres, cuantos han vivido, cuantos viven, y cuantos vivirán en adelante, así como todos han de morir, menos los que han muerto ya; así todos han de resucitar, menos los que han resucitado ya. Ítem: creo, que ha de llegar algún día, *que el Señor sabe*, en que suceda esta general resurrección, y en que el mar y la tierra, el limbo y el infierno den sus muertos, sin ocultar alguno por mínimo que sea. Creo, que así como Jesucristo resucitó en su propia carne, o en el cuerpo mismo que tenía antes de morir, así ni más ni menos resucitará cada uno de los hombres, por más deshecho que esté el

cuerpo, y confundido con la tierra: y esto por la virtud y omnipotencia de Dios vivo, que pudo hacer de nada todo el universo con un *hágase*, o con un acto de su voluntad. No sé que podáis pretender de mí otra cosa sustancial, en lo que toca a la resurrección, pues esto es todo lo que creen los fieles cristianos. Si con esto estáis satisfecho de la pureza de mi fe, pasemos adelante.

151. No hay que pasar adelante (me parece que os oigo decir) creyendo buenamente que ya quedo convencido por mi propia confesión, pues concedo con todos los fieles, que ha de llegar un día, y una hora, que solo Dios sabe, en que se verifique esta resurrección general de todos cuantos han vivido, viven y vivirán, sin que quede uno solo que no resucite. Sí, amigo, sí: me tengo en lo dicho y confieso otra vez, y otras veces, que todo esto es cierto, y de fe divina. Mas ¿qué consecuencia pretendéis sacar de mi confesión? Sin duda no habéis reparado bien en aquella palabra que dejé caer como casual, diciendo expresamente. *Así como todos han de morir, menos los que han muerto ya; así todos han de resucitar, menos los que han resucitado ya.* Conque es cierto, y de fe divina, que en aquel día y hora, resucitarán todos los que hasta entonces hubieren muerto, y no hubieren resucitado: más no por esto se sigue que también hayan de resucitar entonces los que hayan resucitado de antemano. Me persuado, no sin gran fundamento, que esta excepción que acabo de hacer, os causará un verdadero disgusto, y aún enfado. Yo siento el disgustaron; pero ¿cómo puedo en conciencia hacer otra cosa? Demás de ser esencial al asunto que ahora tratamos, parece cierta y evidente, como fundada sólidamente sobre buenos principios.

152. ¡Bueno fuera que entre los resucitados de aquel día y hora contásemos también a la santísima Virgen María nuestra señora, de quien ha creído y cree toda la Iglesia, que resucitó aun antes que su santo cuerpo pudiese ver la corrupción, y que la hiciésemos volver a morir para poder resucitar en aquel día! ¡Bueno fuera que entre los resucitados en aquel día y hora, contásemos también a aquellos muchos santos, de quienes nos dice el evangelio: *y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron!* Es verdad que no han faltado doctores, y no pocos, que nos aseguran con razones fundadas sobre el aire, que estos santos que resucitaron con Cristo, volvieron luego a morir, pues solo resucitaron (añaden *en la cátedra*) para dar testimonio de la resurrección de Cristo, y también de la resurrección de la carne; más esto ¿de dónde lo supieron? *Porque ¿quién conoció el espíritu del Señor, o quién fue su consejero?...* El evangelio dice claramente, que resucitaron, no cierto en apariencia, sino en realidad; que por eso usa la expresión *muchos cuerpos*, y no dice que volvieron a morir: ¿por qué, pues, se asegura que volvieron a morir? ¿Será sin duda porque habiendo roto la corteza de la almendra, hallaron dentro de ella el tesoro escondido? ¡Bueno fuera que entre los resucitados de aquel día y hora, contásemos también aquellos dos profetas o testigos, de cuya muerte, resurrección y subida a los cielos, se habla clarísimamente en el capítulo once del Apocalipsis, y esto mucho antes de aquel día y hora, por confesión precisa de todos los intérpretes!

153. Verosímilmente responderéis, que todos esos resucitados, de quienes acabamos de hablar, no resucitarán en aquel día y hora; pues nos consta y tenemos por cosa certísima, que ya resucitaron, y los dos últimos resucitarán a su tiempo antes de la general

resurrección: ¿y de donde sabemos esto, pregunto yo? Lo sabemos, decís, de nuestra señora la madre de Dios; porque es una tradición antiquísima y universal: lo ha creído y lo cree toda la Iglesia, sin contradicción alguna razonable: lo sabemos de muchos santos que resucitaron con Cristo, porque así lo dice clara y expresamente el Evangelio: y lo sabemos de los dos últimos profetas, porque así lo anuncia el apóstol San Juan en su Apocalipsis, que es tan canónico y tan de fe divina como el Evangelio. Todo esto me parece un modo de hablar religioso y justo, en que va acorde la revelación con la razón. Mas yo quisiera ahora saber, ¿cómo se puede componer todo esto con aquella multitud de lugares de la Escritura Santa, que se citan para probar la resurrección *simultáneamente y una sola vez*, de todos los individuos del linaje humano, sin distinción alguna? ¿Cómo se compone todo esto con aquellas palabras de Job: *el hombre cuando durmiere, no resucitará, hasta que el cielo sea consumido...* o con las palabras del Evangelio: *todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios* o con las palabras de Marta: *sé que resucitará -en el último día:* o con las palabras de San Pablo: *en un momento, en un abrir de ojo, en la final trompeta: pues la trompeta sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles..?*

154. Conque sin perjuicio de la general resurrección, que debe concluirse en aquel día y hora de que hablamos, pudo Dios resucitar muchos siglos antes a la Santísima Virgen María: pudo resucitar a muchos santos, para que acompañasen resucitados a Cristo resucitado, si es que no los hacen morir otra vez: y a otros dos santos mucho tiempo antes de la general resurrección: luego sin perjuicio de aquella ley general, que debe concluirse en aquel día y hora, podrá Dios conceder muy bien esta misma gracia a muchos santos, según su libre y santa voluntad. Y ¿quién sabe si ya la ha concedido a muchos, sin pedirnos nuestro consentimiento, ni darnos parte de su resolución? Yo sé que algunos autores clásicos son de parecer, que el Apóstol San Juan puede y debe entrar en el número de los resucitados. Fúndanse para creer la resurrección de este Apóstol, en que no se sabe de su cuerpo, ni se ha sabido jamás, como se ha sabido y se sabe de los cuerpos de los otros Apóstoles; pues aunque algunos antiguos hablaron de su sepulcro trescientos años después, más también han hablado del sepulcro de Cristo, y del de nuestra Señora; y San Pedro habló en su primer sermón del sepulcro de David, diciendo: *su sepulcro está entre nosotros:* y no es lo mismo el sepulcro que el cuerpo sepultado en él. Todo esto discurren estos autores. Si con razón o sin ella, no es de este lugar; ni yo tomo partido, ni en pro ni en contra: porque aunque mi sentir es diversísimo, tampoco es de este lugar. Lo que únicamente es de este lugar, es esto: que según estos autores, podremos contar lícitamente con otro santo más entre los resucitados, antes de la general resurrección, y esto sin perjuicio alguno de aquella ley universal.

155. Esto supuesto, yo paso un poco más adelante, y pregunto: si aquel mismo Dios, de quien está escrito *fiel es el Señor en todas sus palabras*, que ya ha resucitado a Nuestra Señora, y a otros muchos santos, hubiera prometido resucitar a muchos más, para cierto tiempo antes de la general resurrección, en este caso ¿no haremos muy mal en no creerlo? ¿Será bastante razón para dudarlo, la ley general de la resurrección del último día? ¿Será decente alegar contra esta promesa de Dios el texto de Job, o las palabras de Marta, o todos los otros lugares de la Escritura que habla de la resurrección general de la carne? Tengo por cierto que me diréis que no, en caso que haya tal promesa de Dios, pues estos

mismos lugares de la Escritura se pudieran alegar con la misma razón, para no creer la resurrección de la madre de Cristo, y mucho menos la de otros santos que nos dice el Evangelio y el Apocalipsis. Más esta promesa de Dios ¿de donde consta? Tenéis gran razón de preguntarlo. Consta, señor mío, de la misma Escritura divina, entendida del mismo modo que se entiende cualquiera escritura humana, que contiene obligación o promesa: esto es, en su sentido propio, obvio y literal, pues no hay otro modo de averiguar la verdad. Conque toda nuestra controversia está ya reducida a esto solo: es a saber, a que yo os muestre los instrumentos auténticos y claros que tengo de la promesa de Dios, y habiéndolos visto entre los dos, y examinándolos atentamente *juzguemos con recto juicio*.

Párrafo III

156. *Primer instrumento*. En primer lugar, debemos traer a la memoria, y considerar de nuevo con mayor atención, todo lo que queda ya observado en la disertación precedente, artículo III, sobre el texto celeberrimo del capítulo XX del Apocalipsis: a lo cual nada tenemos que añadir, ni que quitar, por más que clamen y porfíen los doctores, de que allí no se habla de verdadera y propia resurrección de los cuerpos, sino de una resurrección espiritual de las almas a la gracia, y a la gloria, etc. Por más que digan confusamente que lo contrario es un error, un sueño, un peligro, una fábula de los Milenarios: por más que pretendan, que la explicación que dan al texto sagrado (y que ya observamos con asombro) es más clara que la luz: por más que quieran persuadirnos, que la prisión del diablo ya sucedió, y que el Rey de los reyes no es Jesucristo sino San Miguel, etc., si no nos traen otra novedad, si no producen otras razones, nos tenemos a lo dicho; ciertos y seguros de que el texto sagrado mirado por todos sus aspectos y con todas sus circunstancias que preceden, que acompañan, y que siguen hasta el fin del capítulo y aun hasta el fin de toda la profecía, es un instrumento auténtico y fiel, en que consta clarísimamente de la promesa de Dios, con que se obliga a resucitar otros muchos santos antes de la general resurrección. Por consiguiente es este un instrumento precioso que no podemos, ni debemos disimular.

157. Si os parece ahora que el repetir y volver a hacer mención de este lugar de la Escritura, es por falta o escasez de otros instrumentos, os digo amigablemente, que no pensáis bien. Este lugar de la Escritura es un instrumento claro y auténtico, que no podemos ni queremos disimular. Fuera de él hay algunos otros igualmente auténticos y claros, que vamos ahora a producir: y todos ellos forman, a mi parecer, como una prueba evidente, o una certidumbre más que moral de la promesa divina.

Párrafo IV

158. *Segundo instrumento*. El apóstol San Pablo escribiendo a los Tesalonicenses, les dice: *Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis, acerca de los que duermen, para que no os entristezgáis como los otros, que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó; así también Dios traerá con Jesús a aquellos que durmieron por él.*

Esto pues os decimos en palabra del Señor (sigue la promesa de Dios), que nosotros que vivimos, que hemos quedado aquí para la venida del Señor, no nos adelantaremos a los que durmieron. Porque el mismo Señor con mandato, y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo: y los que murieron en Cristo, resucitarán los primeros. Después, nosotros, los que vivimos, los que quedamos aquí, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes a recibir a Cristo en los aires; y así estaremos para siempre con el Señor. Por tanto consolaos los unos con los otros con estas palabra.

159. De estas palabras del Apóstol, que él mismo nos advierte, no sin gran acuerdo, que las dice *en palabra del Señor*, sacamos dos verdades de suma importancia. Primera: que cuando el Señor vuelva del cielo a la tierra, como sabemos que ha de volver *después de haber recibido el reino*, al salir del cielo, y mucho antes de llegar a la tierra dará sus órdenes, y mandará como Rey, y Dios omnipotente, que todo esto significan aquellas palabras *con mandato, y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios*. A esta voz del Hijo de Dios resucitarán al punto los que la oyeren, como dice el evangelista San Juan, *los que la oyeren vivirán*. Más ¿quiénes serán estos? ¿Serán acaso todos los muertos, buenos y malos sin distinción? ¿Serán todos los individuos del linaje humano sin quedar uno solo? Parece cierto, y evidente que no; pues en este caso no nos enseñara San Pablo *en palabra del Señor* la grande novedad de dos cosas, tan absolutamente incomprensibles, como contradictorias: es a saber: resucitar todos los individuos del linaje humano, buenos y malos, lo cual no puede ser sin haber muerto todos, y después de esta resurrección, *después* quedar todavía algunos vivos y residuos *para la venida del Señor*.

160. Fuera de que se debe reparar, que el Apóstol sólo habla en este lugar de la resurrección de los muertos, *que murieron en Cristo*, o de aquellos, *que durmieron por él*: y ni una sola palabra de la otra infinita muchedumbre; sin duda porque todavía no ha llegado su tiempo. De este mismo modo habla el Señor en el Evangelio: reparadlo.

Y verán al Hijo del Hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad. Y enviará sus ángeles con trompetas, y con grande voz: y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos.

161. Si comparáis este texto con el de San Pablo, no hallaréis otra diferencia, sino que el Apóstol llama a los que han de resucitar en la venida del Señor *los que murieron en Cristo, que durmieron por él*: y el Señor los llama sus escogidos *y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos*

: más en ambos lugares se habla únicamente de la resurrección de éstos solos, y ni una sola palabra de los otros. Y es bien, amigo, que observéis aquí una circunstancia bien notable, esto es que cuando el Señor dijo estas palabras no hablaba con el vulgo, ni con las turbas, ni con los escribas y fariseos, con quienes solía hablar *por parábolas*; hablaba inmediatamente con sus Apóstoles; y esto a solas, en el retiro, y soledad del monte Olivete. Hablaba no por incidencia, sino de propósito de su venida en gloria y majestad, y de las circunstancias principales de esta venida: hablaba, preguntado de los mismos

Apóstoles, que deseaban saber más en particular lo que decía a todos públicamente más en general y *por parábolas*: hablaba en fin, con aquellos mismos a quienes había dicho en otra ocasión: *a vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios; más a los otros por parábolas*. Esta observación sería muy importante para aquellos mismos doctores, los cuales haciendo tan poco caso del lugar del Evangelio de que hablamos, quiero decir, de la circunstancia particular de la resurrección de solos los electos en la venida del Señor, ponderan mucho lo que en otros lugares del Evangelio se dice en general, y *por parábolas*, como si aquello poco que allí se toca, siempre enderezado a dar alguna doctrina *moral*, fuese todo lo que hay que hacer en la venida del Señor. Por ejemplo: en la parábola de las diez vírgenes, *cinco prudentes, y cinco fatuas*: en la parábola de los talentos: y sobre todo en la parábola que empieza, y *cuando viniere el Hijo del Hombre* del capítulo XXV de San Mateo, de la cual hablaremos más adelante, como que es uno de los grandes fundamentos, y tal vez el único del sistema ordinario.

162. La segunda verdad que sacamos del texto de San Pablo, a donde volvemos, es esta: que después de resucitados aquellos muertos *que murieron en Cristo, que durmieron por él*, todos los vivos que en aquel día fueren también de Cristo, los cuales, según otras noticias que hallamos en los Evangelios, no pueden ser muchos, sino bien pocos, como veremos en su lugar, todos estos así vivos se juntarán con los muertos de Cristo ya resucitados, se levantarán de la tierra, y subirán en las nubes a recibir a Cristo: *después nosotros los que vivimos... (o los que viven de nosotros) los que andamos aquí, seremos arrebatados, juntamente con ellos a recibir a Cristo en los aires*. Por más esfuerzos que han hecho hasta ahora los intérpretes y teólogos, para eludir o suavizar la fuerza de este texto, es claro que nada nos dicen, que sea pasable, ni aun siquiera tolerable. Dicen unos, que los santos resucitarán primero, como enseña el Apóstol; mas esto no será con prioridad de tiempo, sino solamente de dignidad: quieren decir, que todos los hombres buenos y malos, santos e inicuos, resucitarán en un mismo tiempo y momento; pero los santos tendrán en la resurrección el primer lugar; *esto es*: serán más dignos, o más honorables que los malos: y pudieran añadir, que serán los únicos dignos de honor, *delante de Dios y de sus ángeles*. Mas ¿es esta la gran novedad que nos anuncia San Pablo, *en palabra del Señor* que los santos serán más dignos de honor que los malos? ¿Los Apóstoles más honorables que Judas el traidor? ¿Y el mismo San Pablo más que el verdugo que le cortó la cabeza? ¿Y para decirnos esta verdad, no halló el apóstol otras palabras que estas: *y los que murieron en Cristo resucitarán los primeros. Después nosotros*. Leed, amigo, el texto sagrado, y haced más honor al apóstol, y a vuestra propia razón.

163. Otros autores menos rígidos, conceden francamente (y esta es la sentencia más común) que el Apóstol habla sin duda de prioridad de tiempo: mas como si este tiempo fuese propio suyo, como si fuese dinero en manos de un avaro, así lo *escatiman*: así lo escasean, así aprietan la mano al quererlo dar, que es imposible que baste ni aun para la centésima parte del gasto necesario. Conceden, pues, para verificar de algún modo las palabras claras y expresas, *resucitarán los primeros*, que los santos realmente resucitarán primero; pero añaden luego con una extrema economía, que bastarán para esto algunos minutos: por ejemplo, cinco o seis, que en aquel tiempo tumultuoso será cosa insensible, que nadie podrá reparar. Esto parece todavía mayor milagro que saciar a cinco mil

personas con cinco panes. Veamos no obstante, la facilidad admirable con que todo se hace.

164. Viene ya Cristo del cielo a la tierra, *en la gloria de su Padre con sus ángeles*: a su primera voz resucitarán al punto los que la oyen, esto es, todos sus santos: *y los que murieron en Cristo resucitarán los primeros*. Resucitados estos, luego inmediatamente se levantan por el aire a recibir al Señor, y gozar de su vista corporal: juntos con ellos se levantan también, o son arrebatados los santos vivos que hubiere entonces en la tierra. Estos vivos que todavía no han pasado por la muerte, mueren momentáneamente allá en el aire antes de llegar a la presencia del Señor. Sus cuerpos, o se disuelven en un momento, o no se disuelven; porque no hay necesidad indispensable de tal disolución. Si llevan algunas culpas leves que purgar, o las purgan allí mismo en un instante, o van dos o tres instantes al purgatorio, quedando entre tanto sus cuerpos muertos suspensos en el aire; o lo que parece mucho más fácil, que todo se halla en diferentes autores, ni los cuerpos se disuelven, ni las almas llevan reato alguno de culpa; y así mueren en el aire en un instante, y resucitan al instante siguiente, si es que no han muerto, y resucitado antes de levantarse, que así lo sienten otros muchos autores. Vamos adelante, y no perdamos tiempo, que todavía lo hemos menester para lo mucho que queda que hacer.

165. Mientras los resucitados santos van subiendo por el aire, y entre tanto que sucede la muerte y resurrección de los vivos que le acompañan, estando ya todos muy lejos de la tierra, sucede en esta el grande y universal diluvio de fuego, que mata a todos los vivientes, *desde el hombre hasta la bestia: y desde las aves del cielo hasta los peces del mar*, no obstante que en Ezequiel y en el Apocalipsis, se ven convidadas las aves en el día de la venida del Señor, *a la gran cena de Dios*, para que coman y se hartan de las carnes de toda suerte de gentes, que el mismo Señor ha de sacrificar a su indignación: *venid, y congregaos a la cena de Dios, para comer carnes de reyes, y carnes de tribunos, y carnes de poderosos... y se hartaron todas las aves de las carnes de ellos*. Pero de esto en otra parte. Muertos todos los vivientes con el diluvio de fuego, se apaga en el momento siguiente todo aquel incendio, resucitan al otro momento los muertos en toda la redondez de la tierra: se ponen en camino luego al punto, y son llevados *en un momento de tiempo* por los ángeles hacia Jerusalén. En suma: cuando el Señor llega a la tierra con toda su comitiva, halla ya resucitado todo el linaje humano, y congregado todo en el grande y pequeño valle de Josafat. Esto es en sustancia todo cuanto nos dicen los expositores y teólogos sobre el texto de San Pablo, de que vamos hablando; y por más librerías que visitéis, estad cierto, amigo, que no hallareis otra cosa diversa de lo que acabáis de oír.

Párrafo V

166. *Reflexión*. Habiendo visto lo que sobre el texto de San Pablo nos dicen los doctores: habiendo considerado, con no sé que disgustillo interno su suma escasez, y economía en la repartición de instantes y momentos: decidme, amigo: ¿para qué podrá servir tanta economía? ¿Para qué fin tantos apuros, y tantas prisas? ¿Nos sigue acaso alguno con la espada desnuda? Si es para poder salvar de algún modo el sistema: si es para poder

mantener y llevar adelante la idea de una sola resurrección, y esta *simultánea, única y momentánea*, así como esta idea quedará convencida de falsa, con mil años de diferencia entre la primera resurrección de los muertos, *que murieron en Cristo*, y la resurrección del resto de los hombres; así queda convencida de falsa con algunas horas o minutos de diferencia: pues una vez que se admita algún tiempo intermedio, como es necesario admitirlo, ya la resurrección del linaje humano, ni podrá ser *juntamente*. ni podrá ser una *sola vez*, ni mucho menos *en un momento, en un abrir de ojo*.

167. Fuera de esto sería bueno saber ¿con qué razón, o con qué autoridad, se hace esta repartición tan escasa de instantes y momentos? ¿Con qué razón, por ejemplo, nos aseguran, que los justos vivos después de la resurrección de los santos se juntan con ellos, y suben también *en las nubes a recibir a Cristo en los aires*, y que deben morir, y resucitar allá en el aire antes de llegar a la presencia del Señor? No me digáis, ni aleguéis para esto la pura autoridad extrínseca, porque esto sería caer en aquel gran defecto que llaman los lógicos *responder con lo mismo que se disputa*. Sabemos que así lo han pensado muchos doctores; más no sabemos por qué razón, ni sobre que buen fundamento lo han pensado así, ni de donde pudieron tomar esta noticia. San Pablo nos asegura *en palabra del Señor*, que los justos que se hallaren vivos cuando venga el Señor, subirán por el aire a recibirlo en compañía de los santos ya resucitados. Esta particularidad era bien excusada, si para parecer en la presencia de Cristo fuese necesario que primero muriesen y resucitasen, o allá en el aire, o acá en la tierra antes de levantarse de ella: pues con solo decir, los muertos de Cristo resucitarán, y subirán a recibirlo, estaba dicho todo; más decirnos expresamente, y esto *en palabra del Señor*, que no solo los santos resucitados, sitio también los santos vivos, se levantarán de la tierra, y subirán juntos con ellos a recibir a Cristo, sin hacer mención la más mínima de muerte, ni de resurrección de estos últimos, parece una prueba clara y manifiesta, para quien no tuviere algún empeño manifiesto, de que no hay tal muerte, ni tal resurrección instantánea: que esta idea tan ajena del texto sagrado solo la pudo haber producido la necesidad de salvar de algún modo el sistema, a lo menos por aquella parte, ya que por otra quedaba insalvable; pues habiendo resucitado los muertos de Cristo en todas las partes del mundo, habiéndose levantado de la tierra, habiendo subido *juntamente con ellos* muchos vivos, habiendo estos muerto, habiendo resucitado, todavía no se ha verificado la resurrección, ni aun siquiera la muerte de todo el resto de los hombres.

168. A todo esto podemos añadir esta otra reflexión: el rapto de los vivos de que hablamos, es ciertamente una cosa futura: por consiguiente no pudiéramos saberla, sin revelación expresa de Dios, a quien solo pertenece la ciencia de lo futuro. Del mismo modo: siendo también una cosa futura, o solo posible, la circunstancia que se pretende en estos vivos, de morir y resucitar instantáneamente antes de llegar a la presencia de Cristo, tampoco podrá saberse esta circunstancia sin revelación expresa del que todo lo sabe. De aquí se sigue, que cualquiera hombre que nos añada esta circunstancia, aunque sea debajo de la autoridad de otros mil, deberá junto con ellos mostrarnos alguna revelación divina, cierta, clara y expresa, en donde conste de esta circunstancia. Y si esta tal revelación, ni la muestran, ni la pueden mostrar porque no la hay, deberán contentarse, y tener por excusados a los que no creyeren su noticia por no querer apartarse un punto de lo que dice la revelación.

169. Se ve muy bien, amigo mío, lo que hace a los doctores darse tanta prisa en el asunto de que tratamos: es a saber, la idea que se han formado (por las razones que iremos viendo en adelante) de que el Señor ha de volver del cielo a la tierra con la misma prisa: por consiguiente, que cuando llegue a la tierra ya ha de hallar muerto y resucitado a todo el linaje humano, y congregado en cierto lugar para el juicio universal. Esta idea, tomada como pretenden, de la parábola *cuando viniere el Hijo del hombre*, del capítulo XXV de San Mateo, sin querer hacerse cargo, que aquello es una mera parábola, cuyo fin único es una doctrina *moral* (como observaremos a su tiempo): esta idea, digo, contraria a toda la Escritura, que casi a cada paso clama contra ella, ha sido, y es hasta ahora un verdadero velo, que la ha cubierto y dejado poco menos que invisible a quien está preocupado de contrarias ideas. Más de esto tenemos tiempo de hablar, y no pueden faltarnos en adelante algunas ocasiones más oportunas.

170. Nos basta, pues, por ahora sacar de todo lo dicho esta importante consecuencia. No obstante los esfuerzos que han hecho los más sabios y más ingeniosos doctores para explicar el texto de San Pablo de algún modo suave o más compatible con su sistema; no obstante, sus miedos, sus apuros, sus prisas, su solicitud; no obstante su grande y aun extrema economía en la repartición de instantes y minutos, al fin se ven precisados a concedernos algo, como acabáis de ver. Nos conceden primeramente, que los muertos que son con Cristo, y *los que murieron en Cristo, o aquellos que murieron por él* (los cuales parecen los mismos idénticos que se leen en el capítulo veinte del Apocalipsis, y *las almas de los degollados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia...y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Los otros muertos no entraron en vida, hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección*. Comparad, señor, un texto con otro, y oíd lo que os dice vuestro corazón). Nos conceden, que estos muertos resucitarán primero que los demás. Nos conceden lo segundo, que después de resucitados estos, morirán los santos, que acaso se hallaren vivos, o en la tierra, o allá en el aire, los cuales también resucitarán en segundo lugar. Nos conceden lo tercero, que después de estos morirán, o serán muertos con un diluvio de fuego, todos cuantos vivientes hubiere entonces sobre la tierra. Nos conceden finalmente, que después de todo esto, después de quemados todos los vivientes con todo cuanto se hallare sobre la tierra: después de apagado o disipado todo aquel mar inmenso de fuego (lo que ha menester, según parece, algunos minutos) resucitarán por último todos los muertos que restaren, que sin duda serán los más.

171. Contentémonos ahora con esto poco que nos dan, (que a su tiempo les pediremos algo más) y saquemos ya nuestra importante y legítima consecuencia: luego la resurrección de la carne, *simultáneamente y una sola vez*, la resurrección de todos los individuos del linaje humano, *en un momento, en un abrir de ojo*, lejos de ser un artículo, o una consecuencia de fe, es por el contrario, y debe mirarse como una aserción falsa, y absolutamente indefensible, y esto por confesión de los mismos que la propugnan. Por consiguiente queda quitado con esto sólo aquel embarazo que nos impedía el paso, y disipada aquella grande nube que nos cubría el cielo. Fuera de este instrumento nos quedan otros que no podemos disimular.

Párrafo VI

172. *Instrumento tercero.* El mismo Apóstol, y maestro de las gentes, habla de propósito y difusamente, y llegando al versículo 23 dice así: *mas cada uno en su orden: las primicias Cristo; después los que son de Cristo, que creyeron en su advenimiento. Luego será el fin, cuando hubiere entregado el reino a Dios y al Padre, cuando hubiere destruido todo principado, y potestad, y virtud. Porque es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y la enemiga muerte sera destruida la postrera. Porque todas las cosas sujetó debajo de los pies de él.*

173. Sigamos el orden de estas palabras. El primer resucitado es Cristo mismo: estas son las primicias de la resurrección: *las primicias Cristo*. Ningún hijo de Adán tuviera que esperar resurrección, si no hubieran precedido estas primicias. Síguense después de Cristo, añade San Pablo, los que son suyos, los que creyeron en él (se entiende bien que aquí no se habla de cualquiera fe, sino de aquella que obra por la caridad, como él mismo lo dice en otra parte, pues esta sola puede hacer a un hombre digno de Cristo): *después los que son de Cristo: comparad* de paso estas palabras con aquellas otras: *y los que murieron en Cristo, o aquellos que durmieron por él:* y veréis como todo va bien, en una perfecta conformidad. Después de la resurrección de los que son de Cristo, seguirá el fin.

174. Paremos aquí un momento mientras hacemos dos brevísimas observaciones. Primera: ¿donde esta aquí la resurrección del resto de los hombres? ¿Acaso estos no han de resucitar alguna vez? Si como se piensa han de resucitar *juntamente* con los que son de Cristo, por qué San Pablo no habla de ellos ni una sola palabra? Resucitados los muertos que son de Cristo, se sigue el fin: y los otros muertos, que son los más, todavía no han resucitado, ¿Cómo podremos componer esto con el *simultáneamente y una sola vez*, o con el artículo y consecuencia de fe? Segunda observación: este fin de que habla el Apóstol ¿debe seguirse luego inmediatamente a la resurrección de los santos? Diréis necesariamente que sí, porque es preciso llevar adelante la economía, y no perder un momento de tiempo. Más San Pablo, que sin duda lo sabía mejor, nos da a entender claramente que le sobra el tiempo, pues entre la resurrección de los santos y el fin, pone todavía grandes sucesos que piden tiempo, y no poco, para poderse verificar. Reparad en sus palabras, y en su modo de hablar: *las primicias Cristo... después los que son de Cristo... Después será el fin.*

175. Suponen comúnmente los doctores, a lo menos en la práctica, que aquí se termina, o hace sentido el texto del Apóstol, y lo que resta de él sucederá después del fin parte ha sucedido ya, y se está verificando desde que el Señor subió a los cielos: considerad lo que resta del texto: *Luego será el fin; cuando hubiere entregado el reino a Dios y al Padre, cuando hubiere destruido todo principado, y potestad, y virtud. Porque es necesario que él reine hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y la enemiga muerte será destruida la postrera.* Este texto pues, así cortado y dividido en estas dos partes, lo que quiere decir, según explican, es esto solo: el primer resucitado es Cristo: después, cuando él venga del cielo, los que son suyos: luego al instante siguiente sucede el fin con el diluvio universal de fuego: al otro instante resucita el resto de los muertos, aunque San

Pablo no los toma en boca: últimamente sucede la evacuación de todo principado, potestad y virtud. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir, que se destruye enteramente todo el imperio de Satanás, y de sus ángeles; los cuales, añaden con mucha satisfacción, conservan siempre el nombre de aquel coro a que pertenecían antes de su pecado, y de su caída. Óptimamente. ¿Y no hubo ángeles infieles de los otros coros, sino solamente de estos tres? ¿Y no hay aquí en la tierra otros principados, potestades y virtudes sino los ángeles malos? ¿No está ahora, y ha estado, y estará siempre en mano de muchos hombres el principado, respecto de los otros, la potestad emanada de Dios, y la virtud, esto es, la milicia o la fuerza, para hacerse obedecer? ¿Por qué, pues, se recurre a los ángeles malos o a los demonios, y a unas ideas cuando menos inciertas, dudosas y oscurísimas, como son los coros a que pertenecían?

176. Síguese en el texto del Apóstol la entrega del reino, que hará Cristo a Dios su Padre. ¿Cuándo será esta? Será, dicen, cuando después de concluido el juicio universal, se vuelva el Señor al cielo con todos los suyos. Conque según esto, la entrega del reino (aun en suposición que sea justa la idea de ir al cielo Cristo con todos sus santos, lo cual examinaremos a su tiempo) deberá ser el último suceso en todo el misterio de Dios: y no obstante San Pablo pone todavía tres grandes sucesos después de este, y en último lugar pone la destrucción de la muerte, que no es otra cosa, que la resurrección universal: *y la enemiga muerte será destruida*. Y aquel gran suceso que pone el Apóstol en medio del texto, esto es: *porque es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies*, ¿donde se coloca con alguna propiedad y decencia? Este gran suceso es necesario ponerlo aparte, o volver muy atrás para poderle dar algún lugar: pues esto no podrá suceder en aquel tiempo, después de la resurrección de los santos, que son de Cristo, aunque el Apóstol lo ponga para entonces, (y esto so pena de error, y de peligro) sino que empezó a verificarse desde que el Señor subió a los cielos, y hasta ahora se está verificando.

177. Yo observo aquí, y me parece que cualquiera observará lo mismo, una especie de desorden, de oscuridad, de confusión, y de un trastorno de ideas tan extrañas, que me es preciso leer y releer el texto muchas veces, temiendo entrar en la misma confusión de ideas; y aun esta diligencia creo que no baste. No me diréis, amigo, lo primero ¿qué razón hay para poner el fin luego inmediatamente, después en el instante siguiente a la resurrección de los santos? ¿Acaso porque sin mediar otra palabra se dice: *Luego será el fin*? Lo mismo se dice de la resurrección de los santos respecto de la de Cristo, y ya sabéis cuantos siglos han pasado, y quizá pasarán entre una y otra resurrección, *las primicias de Cristo: después los que son de Cristo*. No me diréis lo segundo, ¿qué razón hay para no querer unir las palabras *Después será el fin*, con las que siguen inmediatamente, cuando en el texto sagrado se leen unidas, ni se les puede dar sentido alguno, ni aun gramatical, si no se unen? *Luego será el fin; cuando hubiere entregado el reino a Dios y al Padre, cuando hubiere destruido todo principado, y potestad, y virtud*. Resucitados los que son de Cristo, dice San Pablo, sucederá el fin. Mas ¿cuándo? Cuando el Señor entregare, o hubiere entregado, cuando evacuar, o hubiere evacuado, cuando... Conque es claro, que el fin no sucederá sino cuando sucedan todas estas cosas, que se leen expresas en el texto sagrado.

178. Del mismo modo parece claro, que siendo Jesucristo cabeza del linaje humano, y habiéndose encargado de su remedio, no puede hacer a su Padre la oblación o la entrega del reino de que está constituido heredero, sino después de haberlo evacuado de toda dominación extranjera: después de haber destruido enteramente *principado, y potestad, y virtud*. (Por lo cual se va directamente contra la bestia, contra los reyes de la tierra, y contra sus ejércitos.) Después de haber sujetado todo el orbe, no solamente a la fe estéril y sin vida, sino a las obras propias de la fe, que es la piedad y la caridad: en suma, después de haber convertido en reino propio de Dios, y digno de este nombre, todos los diversos reinos de los hombres: para esto, prosigue el Apóstol, es necesario que el mismo hijo reine efectivamente hasta sujetar todos los enemigos, y ponerlos todos debajo de sus pies: cuando todas las cosas estuvieren ya sujetas a este verdadero y legítimo rey, entonces podrá ofrecer el reino a su Padre de un modo digno de Dios.

179. Porque no se piense ahora, como se quiere dar a entender, que todo esto se ha hecho, y se puede plenamente concluir por la predicación del Evangelio que empezaron los Apóstoles, se deben notar y reparar bien dos cosas principales. Primera: que aquí no se habla de la conversión a la fe de los principados y potestades de la tierra, antes por el contrario se habla claramente de la evacuación de todo principado y de toda potestad: y es cierto y sabido de todos los cristianos, que la predicación del Evangelio está tan lejos de tirar, ni aun indirectamente a esta evacuación, que antes es uno de sus puntos capitales el sujetarnos mas a todo principado y potestad, y el asegurar más a los mismos principados y potestades con nuestra obediencia y fidelidad. A esto no solo nos exhorta, sino que nos obliga indispensablemente (por estas palabras): *pagad al César lo que es del César: y a Dios lo que es de Dios. Toda alma esté sometida a las potestades superiores. Porque no hay potestad sino de Dios: y las que son, de Dios] son ordenadas. Someteos, pues, a toda humana criatura, y esto por Dios: ya sea al rey, como soberano que es: ya a los gobernadores... temed a Dios: dad honra al rey etc.*

180. La segunda cosa que se debe reparar, es, que en esta evacuación de todo principado, potestad y virtud, con todo lo demás que se ve en el texto, junto y unido, debe suceder no antes, sino después de la resurrección de los santos, *que son de Cristo*: por consiguiente después de la venida del mismo Cristo que esperamos en gloria y majestad. Leed el texto cien veces, y volved a leerlo otras mil, y no hallareis otra cosa, si no queréis de propósito negaros a vos mismo. Hecho pues todo esto, con el orden que lo pone San Pablo, concluye él mismo todo el misterio diciendo: *y la enemiga muerte será destruida la postrera*: y ved aquí el fin de todo con la resurrección universal, en la que debe quedar vencida y destruida enteramente la muerte, de modo, que entonces, y solo entonces, *se cumplirá la palabra que está escrita: ¿dónde está, o muerte, tu victoria? ¿dónde está, o muerte, tu aguijón?*

Párrafo VII

181. Todo lo que acabamos de observar en el texto de San Pablo, lo hallamos de la misma manera y con el mismo orden, aunque con alguna mayor extensión y claridad, en el capítulo XX del Apocalipsis. Hagamos brevemente el confronto de todo, o paralelo de

ambos textos, que puede sernos de grande importancia para aclarar un poco mas nuestras ideas. Primeramente San Pablo habla en este lugar no solamente de la resurrección, sino expresamente del orden con que ésta debe hacerse: *más cada uno en su orden*; diciendo, que el primero de todos es Cristo, que después de la resurrección de Cristo, se seguirá la de sus santos, y aunque en este lugar no señala el tiempo preciso de esta resurrección de los santos, mas la señala en otra parte, como ya observamos esto es, en la epístola a los Tesalonicenses, capítulo IV, diciendo, que sucederá cuando el mismo Señor vuelva del cielo a la tierra; *descenderá del cielo, y los que murieron por Cristo, resucitarán los primeros*. Pues esto mismo dice San Juan con alguna mayor extensión y con noticias más individuales, es a saber, que los degollados por el testimonio de Jesús, por la palabra de Dios, y los que no adoraron a la bestia, etc.; estos vivirán, o resucitarán en la venida del Señor, que ésta será la primera resurrección, que serán beatos y santos, los que tuvieron parte en la primera resurrección, que los demás muertos no resucitarán entonces, sino después de mucho tiempo significado por el número de mil años, que pasado este tiempo, sucederá el fin, y antes de este fin sucederá la destrucción de Gog, y caerá fuego sobre Magog, etc. Yo supongo, que tenéis presente todo el capítulo XX del Apocalipsis, y que actualmente lo consideráis con más atención. En él debéis reparar, entre otras cosas, esta bien notable que naturalmente salta a los ojos. Quiero decir: que los degollados *por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia, etc.* no sólo resucitarán en la venida de Cristo, sino que reinarán con él mil años: Y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Lo que supone evidentemente, que el mismo Cristo reinará todo este espacio de tiempo, y para este tiempo son visiblemente las sillas y los que se sientan en ellas con el oficio y dignidad de jueces: *Y vi sillas, y se sentaron sobre ellas, y les fue dado juicio*.

182. Según las claras y frecuentísimas alusiones del Apocalipsis a toda la Escritura, como iremos notando en adelante, parece que este lugar alude al capítulo III de la Sabiduría, y juntamente al Salmo CXLIX; el primero dice: *Resplandecerán los justos, y como centellas en el cañaveral discurrirán. Juzgarán las naciones, y señorearán a los pueblos, y reinará el Señor de ellos*.

183. El segundo, más individual y circunstanciado, dice: *se regocijarán los santos en la gloria, se alegrarán en sus moradas. Los ensalzamientos de Dios en su boca, y espada de dos filos en sus manos, para hacer venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos. Para aprisionar los reyes de ellos con grillos, y sus nobles con esposas de hierro. Para hacer sobre ellos el juicio decretado; esta gloria es para todos sus santos*.

184. Decidme, amigo, con sinceridad y verdad, ¿habéis reparado alguna vez, o hecho algún caso de estas profecías? Decidme más, ¿habéis considerado atentamente lo que sobre ellas dicen los más sabios intérpretes, o por hablar con más propiedad lo que no dicen, que en realidad nada dicen? Esto poco o nada, que dicen sobre estas profecías, ¿podrá satisfacer vuestra razón, y dejar quieta vuestra curiosidad? ¿No veis la prisa con que corren, como si se vieran obligados a caminar sobre las brasas? ¿No veis como tiran con toda presteza a sacar sus ideas libres e indemnes de aquel incendio, ciertos y seguros, de que todas quedaran consumidas, y reducidas a ceniza, si se detuvieran un momento más? ¿No veis, decidme ahora, por el contrario, de qué sucesos o de qué tiempos se

puede hablar aquí si no se habla de los tiempos y de los sucesos admirables que ahora consideramos? Reflexionadlo con vuestro juicio y atención, que yo esperaré pacientemente vuestra respuesta.

185. En suma, San Pablo pone después de todo y en último lugar, la destrucción de la muerte, que no es otra cosa, como hemos dicho, que la resurrección universal: *y la enemiga muerte será destruida la postrera*. San Juan hace lo mismo después de su reino milenar, y después del fuego que cae sobre Gog, y Magog, en que se comprende el oriente y el occidente, y los vivientes de todo el orbe, diciendo: *y dió la mar los muertos que estaban en ella... y fue hecho juicio de cada uno de ellos según sus obras, y el infierno y la muerte fueron arrojados en el estanque de fuego*. Expresiones todas propísimas para explicar la destrucción entera de la muerte, con la resurrección universal. *Y la muerte será destruida*.

Párrafo VIII

186. *Cuarto instrumento*. El cuarto instrumento que presentamos en la promesa de Dios, de que vamos hablando, se halla registrado en el mismo capítulo XV hacia el fin del versículo 51, donde el Apóstol nos pide toda nuestra atención, como que va a revelarnos un misterio oculto, y de sumo interés para los que quieran aprovecharse de la noticia.

He aquí, os digo, un misterio: todos ciertamente resucitaremos, mas no todos seremos mudados en un momento, en un abrir de ojo, en la final trompeta, pues la trompeta sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados.

187. Os causará grande admiración que yo cite este texto a mi favor, cuando parece tan claro contra mí. La misma admiración tengo yo de ver que los doctores citen este mismo texto a su favor, después de haber concedido, aunque con tan gran economía, que los santos realmente resucitarán primero que el resto de los hombres. La inteligencia que dan a este último lugar de San Pablo, es bien difícil componerla con aquella concesión. No obstante convienen todos, como es necesario, en su sistema, que el Apóstol habla aquí de la resurrección universal. Mas ¿será cierto esto? ¿El Apóstol habla aquí de la resurrección universal? ¿Con qué razón se puede esto asegurar, cuando todo el contexto clama y da gritos contra esta inteligencia? Os atreveréis a decir, ¿que San Pablo, el Apóstol y maestro de las gentes, o el Espíritu Santo que hablaba por su boca, se contradice a sí mismo? Pues no hay remedio, si queréis que hable aquí de la resurrección universal, deberéis conceder, que cae irremisiblemente en dos o tres contradicciones manifiestas. Vedlas aquí.

Primera contradicción.

188. Si San Pablo habla aquí de la resurrección universal, todos los hombres sin distinción, buenos y malos, fieles e infieles, etc., deben resucitar en un mismo momento, en un abrir y cerrar de ojos, luego es falso lo que dice a los Tesalonicenses: *y los que*

murieron en Cristo resucitarán los primeros, y si no, componedme estas dos proposiciones.

189. *Primera:* Todos los hombres sin distinción, buenos y malos, resucitarán en un mismo instante y momento.

190. *Segunda:* Los muertos que son de Cristo resucitarán primero.

Segunda contradicción.

191. Si San Pablo habla aquí de la resurrección universal, todos los hombres sin distinción deben resucitar *en un momento, en un abrir de ojo*, luego antes de este momento, todos sin distinción deben estar muertos; pues sólo los muertos pueden resucitar, luego no hay, ni puede haber tales vivos, que se levanten en las nubes a recibir a Cristo en compañía de los santos ya resucitados, *juntamente con ellos*. Y si no, componedme estas dos proposiciones.

192. *Primera:* Todos los hombres sin distinción, deben resucitar en un mismo punto y momento: por una consecuencia necesaria, todos sin distinción deben estar realmente muertos, antes que suceda esta resurrección instantánea.

193. *Segunda:* Después de la resurrección de los santos, algunos hombres, no muertos sino vivos, que todavía no han pasado por la muerte, se juntarán con dichos santos ya resucitados, y junto con ellos subirán en las nubes a recibir a Cristo.

Tercera contradicción.

194. Si San Pablo habla aquí de la resurrección universal, todos los hombres, sin distinción de buenos y malos, de espirituales y carnales, puros e impuros, etc., deberán resucitar incorruptos *en un momento, en un abrir de ojo, en la final trompeta: pues la trompeta sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles*, luego todos sin distinción poseerán desde aquel momento la incorrupción o la incorruptela, luego es falso lo que dice el mismo Apóstol en el versículo precedente: *Mas digo esto, hermanos: que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios: ni la corrupción poseerá la incorruptibilidad*. Diréis, no obstante, que también los malos, por inicuos y perversos que sean, han de resucitar incorruptos, participar de la incorruptela; pues una vez sus cuerpos resucitados, sus cuerpos no han de volver a resolverse, ni a convertirse en polvo, sino que han de perseverar enteros, unidos siempre con sus tristes y miserables almas. Bien, ¿y esto queréis llamar incorrupción o incorruptela? Ciertamente que no es este el sentir del Apóstol, cuando nos asegura formalmente, y aun nos amenaza de que *la carne y sangre no pueden poseer el reino de Dios: ni la corrupción poseerá la incorruptibilidad*. Pues ¿qué quiere decir esta expresión tan singular? Lo que quiere decir manifiestamente es, que una persona, cualquiera que sea sin excepción alguna, que tuviese el corazón o las costumbres corrompidas, y perseverare en esta corrupción hasta la muerte, no tiene que

esperar en la resurrección un cuerpo puro, sutil, ágil, e impasible. Resucitará sí; mas no para la vida, sino para lo que llama San Juan muerte segunda; no para el gozo propio de la incorruptela, sino por el dolor y miserias, propios de la corrupción. Así, aquel cuerpo no se consumirá jamás, y al mismo, tiempo jamás tendrá parte alguna en los efectos de la incorrupción; antes sentirá eternamente los efectos propísimos de la corrupción, que son la pesadez, fealdad, la inmundicia, la fetidez, y sobre todo, el dolor. Esto supuesto, componedme ahora estas dos proposiciones.

195. *Primera:* Todos los hombres sin distinción resucitarán incorruptos, *pues la trompeta sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles.*

196. *Segunda:* No todos los hombres, sino solamente una pequeña parte, respecto de la otra muchedumbre, poseerá la incorrupción o la incorruptela: *ni la corrupción poseerá la incorruptibilidad.*

197. Cuando todas estas cosas, que a nuestra pequeñez aparecen inacordables, se acuerden y compongan de un modo natural, claro y perceptible, entonces veremos lo que hemos de decir. Entretanto decimos resueltamente, que San Pablo no habla aquí, ni puede hablar de la resurrección universal. El contexto mismo de todo el capítulo, aunque no hubiera otro inconveniente, prueba *hasta la evidencia* todo lo contrario. Observadlo todo con atención especialmente desde el versículo 41: *una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas; y aun hay diferencia de estrella a estrella en la claridad. Así también la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción; es sembrado en vileza, resucitará en gloria; es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor; es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual...* etc.

198. Ved ahora como podéis acomodar todo esto a la resurrección de todos los hombres, sin distinción de santos e inicuos. Pues ¿de qué resurrección había aquí el Apóstol? Habla, amigo, innegablemente, por más que lo queráis confundir, de aquella misma resurrección de los santos de que habla a los Tesalonicenses. En uno y otro lugar habla con los nuevos cristianos, exhortándolos a la pureza y santidad de vida, junto con la fe, y proponiéndoles la recompensa plena en la resurrección. En uno y otro lugar habla únicamente de la resurrección de santos, cuando venga el Señor. En uno y otro lugar habla de- otros santos no muertos, ni resucitados, sino que todavía se hallarán vivos en aquel día; y por eso añade aquí aquellas palabras: *los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados;* las cuales corresponden visiblemente a aquellas otras, *nosotros, los que vivimos, los que quedamos aquí, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, a recibir a Cristo en los aires;* porque estos vivos que suben por el aire a recibir al Señor es preciso que antes de aquel rapto padezcan una grande inmutación.

199. Los intérpretes y demás doctores que tocan este punto, no reconocen otro misterio en las palabras del Apóstol, sino sólo éste: *los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados,* esto es, todos los muertos, sin distinción de buenos y malos, resucitarán incorruptos, y esto *en un momento, en un abrir de ojos;* mas no todos se inmutarán, ni todos serán glorificados, sino solamente los buenos. Cierto, amigo, que si el

Apóstol no intentó otra cosa que revelarnos este secreto, bien podría haber omitido o reservado para otra ocasión más oportuna, aquella grande salva que nos hace antes de revelarlo. *He aquí, os digo un misterio*. Del mismo modo podía haber advertido y remediado con tiempo las inconsecuencias o las contradicciones, en que caía. Si estas no son absolutamente imposibles, respecto de otros doctores, yo pienso que lo son, respecto del doctor y maestro de las gentes. Todo lo cual me persuade eficazmente, y aun me obliga a creer, que San Pablo no habla aquí de la resurrección universal, sino sólo y únicamente de la resurrección de los santos, que debe suceder en la venida del Señor, como se lee en el capítulo XX del Apocalipsis. De donde se concluye, que la resurrección *a un mismo tiempo, y una vez*, la resurrección *en un momento, en un abrir de ojo*, de todos los individuos del linaje humano, no tiene otro verdadero fundamento que el que tuvo antiguamente el sistema celeste de Tolomeo.

Párrafo IX

200. Me quedaban todavía algunos otros instrumentos que presentar; mas veo que me alargo demasiado. No obstante los muestro, como con el dedo, señalando los lugares, donde pueden hallarse, y pidiendo una juiciosa reflexión. Primeramente en el salmo primero leo estas palabras: *Por eso no se levantarán los impíos en el juicio; ni los pecadores en el concilio de los justos*. Este texto lo hallo citado a favor de la resurrección, *a un mismo tiempo y una vez*; mas ignoro con qué razón, esto prueba, dicen, que no hay más que un solo juicio, y por consiguiente una sola resurrección. Lo contrario parece que se infiere manifiestamente, porque si los impíos y pecadores no han de resucitar en el juicio y concilio de los justos; luego, o no han de resucitar jamás (lo que es contra la fe), o ha de haber otro juicio en que resuciten, por consiguiente otra resurrección. Segundo, en el capítulo XX del Evangelio de San Lucas, versículos 35 y 36 leo estas palabras del Señor: *Mas los que serán juzgados dignos de aquel siglo, y de la resurrección de los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento, porque no podrán ya más morir, por cuanto son iguales a los ángeles, e hijos son de Dios, cuando son hijos de la resurrección*. Si en toda la Escritura divina no hubiera otro texto que este solo, yo confieso que no me atreviera a citarlo a mi favor; mas este texto combinado con los otros, me parece que tiene alguna fuerza más. De él, pues, infiero, que en la venida del Señor, con la cual ha de comenzar ciertamente aquel otro siglo, habrá algunos que se hallarán dignos de este siglo, y de la resurrección; y habrá otros más, que no se hallarán dignos de este siglo, ni tampoco de la resurrección, luego habrá algunos que entonces resucitarán, y otros que no resucitarán hasta otro tiempo, que es lo que dice San Juan: *Los otros muertos no entraron en vida, hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección*.

201. Tercero: San Mateo dice, que cuando el Señor vuelva del cielo en gloria y majestad, *enviará sus ángeles con trompetas, y con grande voz, y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos*. Estos electos, parece claro que no serán otros, sino los santos que han de resucitar. Mas si queréis ver en este mismo lugar los vivos que han de subir en las nubes a recibirá Cristo, observad lo que luego se dice en el versículo 40: *entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado*. Estas dos últimas palabras ¿qué

significan? ¿qué sentido pueden tener? Si no queréis usar de suma violencia, deberéis confesar que aquí se habla manifiestamente de personas vivas y viadoras, *dos en campo, dos en molino*, de las cuales, cuando venga el Señor, unas serán asuntos, o sublimadas y honradas, y otras no; *la una será tomada, y la otra será dejada*, porque unas serán dignas de esta ascensión, y otras no lo serán, y por eso serán dejadas. *La una será tomada, y la otra será dejada*. Diréis que el sentido de estas palabras es, que de un mismo oficio, estado y condición, unos hombres serán salvos, y otros no: unos serán asuntos y sublimados a la gloria, y otros serán dejados por su indignidad. Bien, habéis dicho en esto una verdad; mas una verdad tan general, que no viene al caso. Yo pregunto: esta verdad general, ¿cuándo tendrá su entero cumplimiento en vuestro sistema? ¿No decís que sólo después de la resurrección universal? Pues, amigo, esto me basta para concluir, que las palabras del Señor no pueden hablar de esa verdad general que pretendéis, ni pueden admitir ese sentido. ¿Por qué? Porque hablan visiblemente de personas, no resucitadas, ni muertas, sino vivas y valoras; hablan de personas que en aquel día de su venida se hallarán descuidadas, trabajando en el campo, en el molino, etc. Esta es la verdad particular, a que se debe atender en particular. Confrontad ahora esta verdad con aquella otra: *descenderá del cielo, y los que murieron en Cristo, resucitarán los primeros, después nosotros, los que vivimos, etc.*, y me parece que hallaréis una misma verdad particular en San Pablo, y el Evangelio: *enviará sus ángeles... y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos*; los cuales electos, parece que no pueden ser otros, *sino los mismos que murieron en Cristo, que durmieron por él*. Lo cual ejecutado, sucederá luego entre los vivos, lo que añade el Señor: *el uno será tomado, y el otro será dejado*; y lo que añade el Apóstol: *después nosotros, los que vivimos, etc.*

202. Cuarto. Leed estas palabras de Isaías: *vivirán tus muertos, mis muertos resucitarán, despertaos, y dad alabanza los que moráis en el polvo, porque tu rocío es rocío de luz, y a la tierra de los gigantes (o de los impíos, como se lee en los 70) la reducirás a ruina. Porque he aquí que el Señor saldrá de su lugar, para visitar la maldad del morador de la tierra contra él, y descubrirá la tierra su sangre, y no cubrirá de aquí adelante sus muertos*. Dicen, que este lugar habla de la resurrección universal, y lo más admirable es, que este mismo lugar sea uno de los citados para probar la resurrección de la carne, *a un mismo tiempo y una vez*. Mas después de leído y releído todo este lugar, después de observadas atentamente todas sus expresiones y palabras, no hallamos una sola que pueda convenir a la resurrección universal; antes hallamos que todas repugnan. Por el contrario, todas convienen perfectamente a la resurrección de aquellos solos a quienes se enderezan inmediatamente, que son los santos, los electos, los muertos de Cristo, los que durmieron por Jesús, los degollados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, etc., de que tanto hemos hablado. Observad lo primero, que no se habla aquí de cualesquiera muertos, sino únicamente de los que han padecido muerte violenta, o sea con efusión de sangre o sin ella. Observad lo segundo, que tampoco se habla en general de todos los que han padecido muerte violenta, sino de aquellos solo que han padecido por Dios, que por eso el mismo Señor los llama *mis muertos*. Observad lo tercero, que la resurrección de estos, de quienes únicamente se habla, deberá suceder cuando el Señor venga *de su lugar para visitar la maldad del morador de la tierra contra él*, y entonces, dice el profeta, revelará la tierra su sangre, y no cubrirá más a sus interfectos, que son los que llama el Señor *mis muertos*. Observad por último, que a estos muertos, de quienes se habla en este lugar, se

les dicen aquellas palabras, ciertamente inacomodables a todos los muertos: *despertaos, los que moráis en el polvo; porque tu rocío es rocío de luz, y a la tierra de los gigantes (o de los impíos) la reducirás a polvo*, lo cual concuerda con el texto del Apocalipsis, y *las almas de los degollados... vivieron y reinaron con Cristo mil años*, y mucho más claramente con aquel otro texto del mismo Apocalipsis, *al que venciere, y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré potestad sobre las gentes. Y las regirá con vara de hierro, y serán quebrantadas como vaso de ollero, y así como también yo la recibí de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana*. En esta estrella matutina, piensen otros como quieran, yo no entiendo otra cosa que la primera resurrección con el principio del día del Señor.

203. Últimamente, en el capítulo VI del Evangelio de San Juan leo esta promesa del Señor cuatro veces repetida: *y yo le resucitaré en el último día*. Promesa bien singular, que hace Jesucristo, no cierto a todos los hombres sin distinción, ni tampoco a todos los cristianos, sino expresamente a aquellos solos que se aprovecharen de su doctrina, de sus ejemplos, de sus consejos, de su muerte, y en especial del sacramento de su cuerpo y sangre. Ahora pues: si todos los hombres sin distinción han de resucitar, *a un a un mismo tiempo y una vez, en un momento, en un abrir de ojo*, ¿qué gracia particular se les promete a estos con quienes se habla? ¿No es el mismo Señor el que ha de resucitar a todos los hombres? Si sólo se les promete en particular la resurrección *a la vida*, tampoco esta gracia será tan particular para ellos solos, que no la hayan de participar otros muchísimos, con quienes ciertamente no se habla, como son los innumerables que mueren después del bautismo, antes de la luz de la razón; y fuera de estos, todos aquellos que a la hora de la muerte hallan espacio de penitencia, habiendo antes vivido muy lejos de Cristo y ajenísimos de su doctrina. Si todos estos también han de resucitar para la vida eterna, ¿qué gracia particular se promete a aquellos?

204. Loa instrumentos que hemos presentado en esta disertación, si se consideran seriamente y se combinan los unos con los otros, nos parecen más que suficientes para probar nuestra conclusión. Es a saber: que Dios tiene prometido en sus Escrituras resucitar a otros muchos santos, fuera de los ya resucitados antes de la general resurrección, por consiguiente la idea de la resurrección de la carne, *a un mismo tiempo y una vez, en un momento, en un abrir de ojo*, es una idea tan poco justa, que parece imposible sostenerla. Esto es todo lo que por ahora pretendemos, y con esto queda quitado el segundo embarazo que nos impedía el paso, y resuelta la segunda dificultad.

CAPITULO VII

*Tercera dificultad. Un texto del símbolo de San Atanasio. Trátase del juicio de vivos.
Disertación.*

Párrafo I

205. Me acuerdo bien, venerado amigo Cristófilo, que en otros tiempos (cuando yo tenía el honor de comunicaros mis primeras ideas, y de consultaros sobre ellas) me propusisteis esta dificultad, como una cosa tan decisiva en el asunto, que debía hacerme mudar de

pensamientos. Del mismo modo me acuerdo, que como vuestra dificultad me halló desprevenido, pues hasta entonces no me había ocurrido al pensamiento, me hallé no poco embarazado en la respuesta: ahora que he tenido tiempo de pensarlo, voy a responderos con toda brevedad. Como la dificultad es obvia, en especial respecto de los sacerdotes, que muchas veces al año dicen este símbolo, me es necesario no disimularla.

206. Fúndase, pues, en aquellas palabras, del símbolo que llaman de San Atanasio: *y de allí ha devenir a juzgar a los vivos y a los muertos. A cuya venida todos los hombres han de resucitar con sus mismos cuerpos, y han de dar cuenta de sus acciones.* Estas palabras, me decíais, deben entenderse, como suenan, en su sentido propio, obvio y literal; ni hay razón para sacarlas de este sentido, cuando todas las cosas que se dicen en este símbolo, son verdaderas, en este mismo sentido obvio y literal. Antes de responder de propósito a esta dificultad, os advierto una cosa no despreciable, que puede seros de alguna utilidad. Es a saber, que aunque todas las cosas que contiene este símbolo son verdaderas y de fe divina, como que son tomadas, parte del símbolo apostólico, parte de algunos concilios generales que así las explicaron; con todo esto algunos teólogos que tocaron este punto, no admiten, ni reconocen por legítima y justa aquella expresión, de que se usa en el mismo símbolo: *Porque así como la alma racional y la carne es un solo hombre, así Dios y Hombre es un solo Cristo.* Este *así como*, o esta similitud, dicen, que no puede admitirse sin gran impropiedad. La razón es esta: porque el alma racional, y la carne de tal suerte son, y componen al hombre, que la una sin la otra no pueden naturalmente subsistir, subsistiendo el hombre. La carne se hizo para el alma, y el alma para la carne. La carne nada puede obrar sin el alma, y el alma (en cuando es sensitiva y animal, como lo es esencialmente) en este sentido nada puede obrar sin la carne. La carne sin el alma se deshace y convierte en polvo, y el alma sin la carne queda en un estado de violencia natural, como privada de la facultad sensitiva, o del uso de esta facultad, que no le es menos propia y natural que la intelectual.

207. Por el contrario: Dios de tal manera es hombre, y el hombre de tal manera es Dios, que sin violencia alguna natural pudo muy bien subsistir Dios, eternamente sin hacerse hombre, y del mismo modo pudo subsistir el hombre sin la unión hipostática con Dios en la persona de Cristo. Luego aquella expresión o similitud, *porque así como la alma racional y la carne es un solo hombre, así Dios y Hombre es un solo Cristo*, se debe mirar como muy impropia, y por consiguiente no se debe admitir sin restricción. Suyo dijese ahora lo mismo de aquella otra expresión *a cuya venida*, si dijese que no es tan natural y tan justa, ni tan conforme a las Escrituras, que no se pudiera sustituir otra mejor, ¿dijera en esto alguna cosa falsa? Lo cierto es, que ni aquella ni esta, son expresiones tomadas de aquellos concilios generales de donde se tomó la sustancia de la doctrina, sino que son puestas *por elegancia*, y según la discreción particular del que, o de los que ordenaron este símbolo en la forma que ahora lo tenemos, entre los cuales no entra según varios críticos San Atanasio, sino cuando mas, como defensor acérrimo de estas verdades, contra los herejes de su tiempo. Con esta respuesta bastante justa, quedaba concluida nuestra disputa.

208. No obstante, si queréis y porfiáis, que las palabras, *a cuya venida*, se entiendan como suenan, y con todo el rigor imaginable, yo os lo concedo, amigo, sin gran dificultad. Soy

enemigo de disputas inútiles, que las más veces confunden la verdad, en lugar de aclararla. No por eso penséis, que no pudiera negar vuestra demanda, y negarla justamente, siendo tan visible la inconsecuencia, y aun la ridiculez de esta pretensión, que pide el sentido obvio y literal, para la expresión del símbolo, *cualquiera que*, sin conceder este sentido a las expresiones más claras, más vivas, más circunstanciadas, más repetidas de la divina Escritura; con todo eso vuelvo a decir, que concedo sin gran dificultad el sentido literal y obvio, para la expresión de que vamos hablando, mas con esta condición, no menos justa que fácil, y por eso del todo indispensable, esto es, que se me conceda la misma gracia del sentido literal y obvio, para cuatro palabras que preceden inmediatamente a la misma expresión. ¿Cuáles son estas? *Y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*. Estas cuatro palabras no sólo son del símbolo de San Atanasio, sino también, sin faltarles una sílaba, del símbolo de los Apóstoles, y de otros lugares de la Escritura, por tanto merecen un poco de más equidad.

Párrafo II

209. Admitida, pues, esta condición, y concedida esta gracia o esta justicia, yo pregunto ahora: ¿qué sentido queréis darle a la expresión, *a cuya venida*? Diréis, que lo que suenan las palabras obvia y literalmente: lo que entiende luego al punto cualquiera que las lee; que al venir el Señor del cielo, al llegar ya a la tierra, instante antes o después, sucederá la resurrección universal de todos los hijos de Adán, sin quedar uno solo, a cuya *venida todos los hombres lean de resucitar*. Y a aquellas otras cuatro palabras que preceden inmediatamente a estas: *y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*, ¿qué sentido les daréis, haciendo la misma gracia? Diréis del mismo modo, que el que suena, y nada más esto es, que el mismo Señor ha de venir en persona, cuando sea su tiempo, a juzgar a los vivos y a los muertos. Óptimamente: conque según esto, tenemos estas dos proposiciones ambas verdaderas, en su sentido obvio y literal.

210. *Primera*. Jesucristo ha de venir del cielo a la tierra, a juzgar a los vivos y a los muertos.

211. *Segunda*. Al venir Jesucristo del cielo a la tierra sucederá en esta la resurrección universal de todos los hijos de Adán.

212. Paréceme, señor mío, que todos los dialécticos juntos, después de haber unido toda la fuerza de sus ingenios, no son capaces de conciliar estas dos proposiciones de modo que no peleen entre sí, y que no se destruyan mutuamente. Vedlo claro.

213. Jesucristo ha de venir del cielo a la tierra, a juzgar a los vivos y a los muertos. Esta es la primera proposición, y esta la verdad que contiene claramente. De aquí se sigue esta consecuencia forzosa y evidente; luego después que Jesucristo venga a la tierra, no sólo ha de venir a juzgar a los muertos, sino también a los vivos, pues a esto viene; luego después que venga a la tierra, no sólo ha de hallar muertos, sino también vivos a quienes juzgar. Si halla vivos a quienes juzgar, y en efecto los juzga después de su venida, pues viene a juzgarlos, pues estos vivos no pudieron resucitar a su venida, pues se suponen

vivos, y no muertos, y sólo los muertos pueden resucitar; si no resucitaron ni pudieron resucitar a su venida; luego es evidentemente falsa la segunda proposición, pues afirma que todos los hijos de Adán, sin excepción, han de resucitar a la venida del Señor: a *cuya venida todos los hombres han de resucitar*.

214. Y si queréis que esta sea la verdadera, luego es evidentemente falsa la segunda proposición; pues afirma, que el mismo Señor ha de venir a la tierra a juzgar a los vivos y a los muertos; lo que no puede ser, por haber resucitado todos a su venida, y por consiguiente por haber muerto todos, sin quedar uno solo vivo antes de su venida.

215. No pudiendo, pues, conciliarse entre sí estas dos proposiciones enemigas, no pudiendo ser ambas verdaderas en su sentido obvio y literal, es necesario e inevitable que alguna ceda el puesto. Y en este caso, ¿cuál de las dos deberá ceder? ¿Os parece decente, os parece tolerable, que por defender la expresión, a *cuya venida*, que ni la pusieron los Apóstoles, ni tampoco la ha puesto algún concilio general, se haga ceder el puesto a un artículo de fe, claro y expreso en el símbolo apostólico, símbolo que la Iglesia cristiana recibió inmediatamente de sus primeros maestros, que desde entonces hasta hoy día ha conservado siempre puro, y que pone en las manos a sus hijos, luego que tienen uso de razón? Pues, ¿qué sentido razonable, que no sea violento, sino propio, obvio y literal, le daremos? Amigo, aquel sentido de que es capaz y que sólo puede admitir, aquél que sólo se conforma con su propio contexto: *y de allí ha de venir a juzgar a los vivos; y a los muertos. A cuya venida todos los hombres han de resucitar con sus mismos cuerpos*. Jesucristo ha de venir del cielo a la tierra, a juzgar a los vivos y a los muertos, a cuya venida, o con ocasión de su venida (como una condición *sin la cual no*), resucitarán todos los hombres, unos luego al punto *en un momento, en un abrir de ojo*, que son todos aquellos santos, de quienes hemos hablado en la disertación precedente, y los demás a su tiempo, cuando también oyeren la voz del hijo de Dios. Si este sentido no os contentare mucho, como es fácil de creerlo, pensad otro que os sea más obvio y literal, con tal que sea compatible, o no destruya la verdad de la primera proposición, la que en todo caso, y a toda costa, se debe salvar aunque sea con la propia vida.

Párrafo III

216. No ignoro, señor, lo que a esto me podéis responder, y vuestros pensamientos en este punto particular, no son tan ocultos que no puedan adivinarse. Paréceme, pues, que os veo actualmente con algún poco de inquietud, pensativo algunos instantes, y otros muy afanado en revolver teólogos y registrar catecismos, para saber lo que dicen sobre el juicio de vivos y muertos. No hay duda que esta diligencia es buena y laudable, y deberemos esperar que halléis por este medio alguna honesta composición entre aquellas dos proposiciones enemigas. Si queréis no obstante ahorrar algún trabajo, y serviros del que yo he practicado, veis aquí en breve lo que se halla sobre el asunto en los mejores teólogos, y lo que de ellos han tomado los catecismos. La dificultad debe ser muy grande, pues para resolverla se han dividido en cuatro opiniones o modos de pensar; todas cuatro diversas entre sí, pero que convienen y se reúnen perfectamente en un sólo punto; esto es, en negar a nuestro artículo de fe (por lo que dice de vivos), su sentido obvio, propio y

literal; en hacerle la mayor violencia para que ceda el puesto a su sistema, y si me es lícito hablar así, en no admitir dicho artículo de fe, si no cede, si no se inclina, si no se deja acomodar al mismo sistema. Os parecerá esto algún hipérbole, y no obstante lo vais a ver.

217. La primera sentencia, y la más plausible por su ingenioso inventor, aunque no por esto lo han seguido muchos, dice que por vivos se entiendan todos los que actualmente vivían en el mundo cuando los Apóstoles ordenaron el símbolo de fe; y por muertos los que ya lo eran desde Abel hasta aquel tiempo. Y como este símbolo se había de decir en la Iglesia en todos los siglos, años y días que durase el mundo, siempre se ha dicho, y siempre se dirá con verdad, que Jesucristo ha de venir a juzgar a los que han vivido, viven y vivirán, y a los que antes de estos hubiesen muerto; por consiguiente a los vivos y a los muertos. Me parece que esta sentencia, mirada atentamente, lo que quiere decir en buenos términos, es esto sólo: que la palabra *vivos* que pusieron los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, es una palabra del todo inútil, que pudiera haberse omitido sin que hiciese falta; que bastaba haber puesto la palabra *muertos*, pues con ella sola estaba dicho todo, y con mucha mayor claridad y brevedad. Supongamos por un momento, que los Apóstoles hubiesen omitido la palabra *vivos*, y puesto solamente la palabra *muertos*, en este caso, según el discurso de este doctor, nos quedaba entero y perfecto nuestro artículo de fe, del mismo modo que ahora lo tenemos, sólo con este simple discurso. Jesucristo ha de venir del cielo a la tierra a juzgar solamente a los muertos. Estos muertos fueron en algún tiempo vivos, pues sin esto no pudieran ser, ni llamarse muertos, luego Jesucristo ha de venir del cielo a la tierra a juzgar a los vivos y a los muertos.

218. La segunda sentencia dice: que por *vivos* se entienden, o como dice el cardenal Belarmino en su catecismo grande, se pueden también entender todos aquellos que actualmente se hallaren vivos, cuando venga el Señor, los cuales morirán luego consumidos con el diluvio de fuego, que debe preceder a su venida. Óptimamente: ¿y este es el juicio de vivos que nos enseñan los Apóstoles? Sí, señor, en esta sentencia este es el juicio de vivos, y no hay aquí otro misterio que esperar; y de allí ha de venir a *juzgar a los vivos*. Vendrá del cielo a la tierra a juzgar los vivos, nos dicen los Apóstoles; y esta sentencia nos pone y nos supone muertos a todos los hombres, y hechos polvo y ceniza antes que el Señor llegue a la tierra. Si cuando llega a la tierra los halla muertos a todos, luego no halla vivos, luego no viene a juzgar a los vivos, pues ya no hay tales vivos que puedan ser juzgados, luego la palabra *vivos* es una palabra no sólo inútil, sino incómoda y perjudicial; y los Apóstoles hubieran hecho un gran servicio al sistema de los doctores, omitiendo esta palabrita, que no es sino una verdadera espina, y bien aguda. La tercera sentencia, indigna a mi parecer de ser recibida de otro modo, que o con risa, o con indignación, dice que por vivos se entienden las almas, y por muertos los cuerpos, así *Jesucristo ha de venir del cielo a la tierra a juzgar a los vivos y a los muertos*, no quiere decir otra cosa, sino que ha de venir a juzgar a las almas y a los cuerpos. Y como cuando venga ya halla resucitados a todos los hombres, y por consecuencia, unidas todas las almas con sus cuerpos propios en una misma persona, le será necesario dividir otra vez esta persona, y por consiguiente matarla otra vez para pedir cuenta primero al alma, y después al cuerpo, como si el cuerpo fuese algo sin el alma. ¡Oh filosofía verdaderamente admirable! ¡Oh, a lo que obliga una mala causa!

219. Resta, pues, la cuarta sentencia comunísima, y casi universal en los teólogos y catecismos, es a saber; que por vivos y muertos se entienden buenos y malos, justos y pecadores. No me preguntéis, amigo, sobre qué fundamento estriba esta sentencia tan común, porque yo no puedo saberlo; pues no lo hallo en sus mismos autores. Como este punto lo tocaron tan de prisa, como si tocaran un hierro sacado de la fragua, no era posible que se detuviesen mucho tiempo en examinarlo con toda la atención y prolijidad, que habíamos menester. Yo no hallo otra cosa, sino que se cita por este modo de pensar la autoridad de San Agustín, y este es el fundamento en que pretenden dejarla sólidamente asegurada. Aunque San Agustín lo hubiese así pensado, aunque lo hubiese realmente asegurado y enseñado, ya veis cuan poca fuerza nos debía hacer su parecer sin otro fundamento, contra la verdad clara y expresa de un artículo de fe. Mas ¿será cierto esto? ¿Será cierto y seguro que este máximo doctor de la Iglesia creyese y enseñase determinadamente, que el juicio de vivos y muertos en la venida del Mesías, no quiere decir otra cosa, que juicio de buenos y malos, de justos y pecadores?

220. Yo lo había creído así sobre la buena fe de los que lo citan; mas habiendo leído a San Agustín en el mismo San Agustín, habiendo leído los lugares de este santo a que nos remiten, y tal que otro, donde toca el mismo punto, estoy enteramente asegurado, de que San Agustín no enseñó tal cosa, ni la tuvo por cierta, ni de sus palabras se puede inferir esto. A dos lugares de San Agustín nos remiten los doctores de esta sentencia; el primero es el libro *sobre la fe y el símbolo*, capítulo VIII. El segundo es el enchiridion o manual, capítulo IV. En estos dos lugares es cierto que el santo doctor toca el punto brevísimamente; mas también es cierto que nada determina ni toma partido. En el primero dice: *Creemos, que de allí ha de venir, en tiempo oportunísimo, y que ha de juzgar a los vivos y a los muertos; ya se signifiquen con estos nombres los justos y pecadores, o ya los que ha de encontrar en el mundo antes de la muerte, que se llaman vivos.* (Dice en el segundo lugar) *El juzgar a los vivos y a los muertos puede interpretarse de dos maneras, o entendiendo por vivos los que aquí aún no han muerto, y que hallará en su venida toda una viviendo en esta nuestra carne, y por vivos a los justos, y por muertos a los pecadores.*

221. Por estos dos lugares de San Agustín, a que nos remiten los autores de esta cuarta sentencia, se ve claramente, que el santo doctor nada determina, sino que dice muy de paso y sin tomar partido, o lo uno o lo otro; o *vivos*, tomada esta palabra como suena, y como la toman todos, esto es, *los que viven con vida corporal como la nuestra*; o tomada solamente *por semejanza*, y aplicada a la vida de la gracia con que viven los justos en cuanto justos. Mas estos doctores nada de esto nos dicen, sino que San Agustín entendió por vivos a los justos, y por *muertos* a los pecadores. Conque este fundamento único con que se pretende asegurar esta sentencia, cae de suyo o desaparece del todo, por confesión del mismo San Agustín en los mismos lugares citados.

222. Aquí se debe repetir, que este santo doctor no tomó partido cierto en estos dos lugares, en donde dice, que por vivos no deben entenderse solamente los justos, como pensó Diodoro, sino los hombres vivos que el Señor ha de hallar en su venida, los cuales deberán también morir a su tiempo como todos los otros; *creemos* (son sus palabras) *que lo que decimos en el símbolo, que en la venida del Señor han de ser juzgados los vivos y*

los muertos, no sólo significa los justos y pecadores, como piensa Diodoro, sino también se entienden por vivos aquellos que se han de hallar en carne, y que aún se reputan por mortales. Yo creo firmemente lo que aquí se dice (sea este libro de San Agustín, o no) no tanto por lo que dice este o el otro doctor; sino porque sólo esto es conforme a lo que me dice el símbolo de mi fe. Las otras sentencias, tengan los patronos o defensores que tuvieren, las tengo por improbables y por falsas, porque no son conformes, sino muy repugnantes y contrarias al mismo artículo de fe.

Párrafo IV

223. Verdaderamente que es cosa bien extraña y para mí incomprendible, la gran facilidad y satisfacción con que los doctores más sabios y religiosos han repugnado, y aun echado en olvido este artículo de nuestro símbolo, habiéndolo sacado con fuerza abierta de aquella base fundamental en que lo pusieron los Apóstoles. ¿Qué otra cosa es negarle su sentido literal, y pasarlo ya a este, ya al otro sentido, según la voluntad o el ingenio de cada uno, sino quitarle la base firme en que sólo puede mantenerse, para que caiga en tierra? Hágase lo mismo con los otros artículos del símbolo, y no es menester otra máquina para arruinar todo el edificio del cristianismo. ¿Por qué, pues, se hace con este sólo, lo que no se hace ni se puede hacer con ninguno de los otros artículos de fe? Los mismos teólogos convienen, y con suma razón, en que los artículos contenidos en el símbolo se deben entender a la letra, así como suenan, porque sólo así y no de otra suerte son artículos de fe. ¿Quién, pues, les ha dado facultad para exceptuar este solo de esta regla general?

224. Dicen que no es necesaria para la salud la fe y confesión explícita de este artículo del símbolo, en cuanto a la palabra *vivos* que ninguno tiene obligación de saber de cierto lo que significa esta palabra; que basta creer en general que todos los hombres sin excepción han de ser juzgados por Jesucristo, cuando vuelva del cielo. Preguntadles ahora si podremos hacer lo mismo con los otros artículos del símbolo, y no sé qué puedan responder, guardando consecuencia. Si no hay obligación de saber lo que significa en el símbolo la palabra *vivos*, que parece tan clara, tampoco habrá obligación de saber lo que significa la palabra *muertos*, ni lo que significa la palabra *la resurrección de la carne*, ni lo que significa *nació de santa María virgen*, ni lo que significa *fue crucificado, muerto y sepultado*; o deberá darse la disparidad.

225. Yo bien considero sin dificultad, que el saber el verdadero significado de la palabra *vivos*, o tener ideas claras del juicio de *vivos*, de que tanto nos hablan las Escrituras, no es obligación necesaria respecto del común de los fieles. ¿Cómo lo han de saber estos si no lo oyen? ¿Y cómo oirán sin predicador? Me parece cosa durísima extender también esta indulgencia a todas aquellas personas que tienen la llave de la ciencia, pues tratan las Escrituras. Y ya que se les conceda la misma indulgencia que al común de la plebe, debían a lo menos dejar quieto el artículo de *vivos*; debían no tocarlo, ni mucho menos hacerle tanta fuerza para inclinarlo a otros sentidos, debían enseñar a los fieles que lo crean aunque no lo entiendan, debían abstenerse de darnos a entender, como lo hacen en buenos términos, que la palabra *vivos* nada significa, que es inútil, y pudiéramos pasar

muy bien sin ella. No digo que lo enseñen así expresamente, mas ¿qué otra cosa es buscarle a esta palabra otro y otros sentidos acomodaticios, impropios, violentos y aun ridículos, sin reparar en nada, y negarle solamente su propio y natural sentido? ¿Os parece, amigo, que esta breve palabra se puso en el símbolo sin inspiración, sin enseñanza, sin mandato expreso del Espíritu santo? ¿Os parece que el entenderla, o no entenderla es cosa de poca o ninguna consecuencia?

Párrafo V

226. Parece cierto, que los doctores lo piensan así, pues nos excusan de la obligación de saber y creer lo que significa en particular la palabra *vivos*. Mas yo no puedo pensarlo así, porque veo en los mismos doctores las extrañas y terribles consecuencias, que se han seguido necesariamente, de sólo no admitir en su propio sentido esta palabrita que parece nada; sí, parece nada, y tiene una grande y estrecha relación con casi toda la Escritura en orden a la segunda venida del Señor. Parece nada, y es una luz clarísima que alumbrá en los pasos más oscuros y difíciles de la misma Escritura. Parece nada, y es una llave maestra que abre centenares de puertas. Esta es la verdadera razón, si bien se considera, porque se ven precisados los intérpretes, aun los más literales, a usar de toda aquella fuerza y violencia tan notoria en la exposición de la divina Escritura valiéndose de todo su ingenio, de su erudición, de su elocuencia, para inclinarla donde ella repugna el inclinarse. Este parece el verdadero origen de todos aquellos sentidos, tantos y tan diversos, de que tanto se usa o se abusa en la exposición de la Escritura. Esta parece la verdadera razón de la mayor parte de aquellas reglas, o cánones innumerables que se han establecido como ciertos y como necesarios, según dicen, para la inteligencia de la santa Escritura, y quizá dijeran mejor, para no entenderla jamás. Todo o casi todo, a mi parecer, ha dependido de aquí; de no haber hecho el aprecio y el honor tan debido a la palabra *vivos*, de no haber querido entender esta palabra, como la entienden todos, esto es, *los que viven*, de no haber querido separar los muertos de los vivos, de no haber querido creer *según las escrituras*, que ha de haber un juicio de vivos (o lo que es lo mismo, un reino de Cristo sobre los vivos) diferentísimo del juicio de los muertos, o del reino del mismo Cristo sobre los muertos, tanto como difieren los muertos de los vivos.

227. No es menester gran talento, ni gran penetración, sino un poco de estudio con reflexión y sin preocupación para conocer, sin poder dudarlo, que una gran parte de la Escritura santa en lo que es profecía, habla claramente del juicio de vivos, y del reino de Cristo sobre los vivos. A este juicio, o a este reino se enderezan casi todas las profecías, y en él se terminan como en un objeto principal; pues del juicio de muertos sólo se habla con claridad en el nuevo Testamento. Mas como el juicio de vivos se halla en los doctores tan mezclado o confundido con el juicio de muertos, que parece uno solo, es una consecuencia necesaria, que se halle en los mismos doctores confundida e impenetrable una gran parte de la misma Escritura. Quien tuviere alguna práctica en la lección y estudio de los expositores, entenderá luego al punto lo que acabo de decir; quien no la tuviere, pensará que deliro o que sueño; mas de esto último, ¿qué caso deberemos hacer? Dadme, amigo mío, quien crea fiel y sencillamente, como nos lo enseña la religión cristiana, que después de la venida del Señor y Rey Jesucristo, ha de haber en esta nuestra

tierra un juicio de vivos; dadme quien no confunda este juicio de vivos con el de los muertos; dadme quien al uno y al otro juicio les conceda de buena fe lo que a cada uno le es propio y peculiar, y con esto sólo, sin otra diligencia, tiene entendida la mayor parte de la Escritura sagrada. Con esto sólo entiende muchísimos lugares de los Profetas, que parecen la misma oscuridad. Con esto sólo entiende muchos o los más de los Salmos, que parecen enigmas impenetrables. Con esto sólo entiende muchos lugares difíciles de San Pedro y San Pablo, del Apocalipsis y aun de los evangelistas, los cuales lugares, según nos aseguran los mismos doctores, no se pueden entender, sino en sentido alegórico o anagógico; que es lo mismo que decir, que no se pueden, ni se podrán jamás entender, o que sólo se entenderán allá en el cielo.

CAPITULO VIII

Cuarta dificultad. Un texto del Evangelio.

Párrafo I

228. En el Evangelio de San Mateo se leen estas palabras del Señor: *Y cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad, y todos los ángeles con él, se sentará entonces sobre el trono de su majestad. Y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha, etc.*

229. Este lugar del Evangelio es uno de los grandes fundamentos, si acaso no es el único, en que estriba, y pretende hacerse fuerte el sistema ordinario. Porque lo primero, dicen, aquí se habla conocidamente del juicio universal, y aún se describe el modo y circunstancias con que se hará. Lo segundo, en este lugar se dice expresamente, que el juicio universal de que se habla, se hará *entonces*, esto es; *cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad*, modo de hablar que junta, une y ata estrechamente un suceso con otro, y por consiguiente no da lugar, antes destruye enteramente todo espacio considerable de tiempo entre la venida del Señor, y el juicio y resurrección universal.

230. De manera que según la propiedad del texto sagrado, o según la pretensión de los doctores, cuando el Señor venga a la tierra, entonces se sentará en el trono de su majestad, entonces, esto es, luego inmediatamente se congregarán en su presencia todas las gentes ya resucitadas, entonces se hará la separación entre buenos y malos, poniendo aquellos a la diestra y estos a la siniestra; entonces se dará la sentencia en favor de los unos, porque hicieron obras de caridad, y en contra de los otros, porque no las hicieron, entonces finalmente se ejecutará la sentencia, yendo unos al cielo, y otros al infierno, y todo ello se hará en este mismo día en que el Señor llegare.

231. Para resolver esta gran dificultad, y hacer ver la debilidad suma de este gran fundamento, casi no nos era necesaria otra diligencia, que repetir aquí lo que acabamos de decir sobre el texto del símbolo de San Atanasio. Siendo la dificultad la misma en

sustancia de ambos lugares, la solución de la una se puede fácilmente acomodar a la otra. La única diferencia que acaso podrá notarse entre uno y otro lugar, es esta, que la expresión *a cuya venida*, es ciertamente puesta por manos de hombres; mas esta otra del Evangelio, y *cuando viniere*, es de la boca del mismo Hijo de Dios, que es la suma verdad. Pero esta diferencia, grande a la verdad, se recompensa sobradamente con sólo advertir dos cosas bien fáciles de notar. La primera que todo este lugar del Evangelio (y todo entero del capítulo XXV de San Mateo) no puede admitir otro verdadero sentido, que el que es propio de una parábola, pues en realidad lo es tanto, como las dos que la preceden inmediatamente en el mismo capítulo. La segunda advertencia no menos necesaria, ni menos fácil se esta: que aun concediendo que el lugar del Evangelio, de que hablamos, no sea una parábola, sino una verdadera profecía, y una descripción del juicio universal, no por eso se podrá concluir legítimamente, que todo aquello que allí se anuncia para después de la venida de Cristo, deba suceder luego inmediatamente, sin que quede lugar y tiempo suficiente para otras muchísimas cosas, no menos grandes y notables, que están anunciadas en las Escrituras, para el mismo tiempo que debe seguirse, después que venga el mismo Cristo en gloria y majestad. Estos dos puntos debemos considerar ahora brevemente, mas con atención y seriedad.

Párrafo II

232. Todo el texto del Evangelio que empieza: *Y cuando viniere el Hijo del Hombre*, hasta el fin del capítulo de San Mateo, decimos en primer lugar, que es una verdadera parábola, no menos que las dos que la preceden inmediatamente. Por consiguiente, así esta como aquellas, no pueden admitir otro sentido, que el que es propio de una parábola, es a saber, no la semejanza misma de que se usa, sino aquel objeto o aquel fin particular y determinado a que se endereza. Este objeto o fin particular es evidentemente el mismo en estas tres parábolas; y tal vez por esto las pone el evangelista seguidas, y unidas en un mismo capítulo sin decirnos una sola palabra que indique alguna diferencia, como que todas tres se encaminan al mismo fin, y contienen en sustancia la misma doctrina, esto es exhortar a todos los creyentes, en especial a los pastores, a las obras de caridad, a la vigilancia, al fervor, a la práctica constante de las máximas, de los preceptos y de los consejos evangélicos, proponiendo para esto en general y brevísimamente, así las recompensas, como los castigos, que cuando vuelva a la tierra ha de dar a cada uno, según sus obras.

233. Así, aunque en estas tres parábolas y en algunas otras, habla el Señor de su venida, aunque habla, y parece que habla en algunas del juicio universal, mas no es este su objeto directo e inmediato, no pretende directamente referir su venida, ni las circunstancias de ella, ni el modo con que se ha de hacer el juicio universal, etc.; estas cosas las toca de paso, y sólo indirectamente, en cuanto conducen a la doctrina, que es su fin principal. De lo demás que según las Escrituras ha de acompañar y seguir su venida, prescinde el Señor en este lugar, así como prescinde en todas las otras parábolas, diciendo solamente lo que basta para el fin que directamente pretende, que es la doctrina. En todas las parábolas donde indirectamente habla de su venida en gloria y majestad, es fácil reparar, que no siempre habla del mismo modo; unas veces concluye el discurso de un modo, otras de

otro; unas veces usa de una similitud, otras de otra; unas veces, aunque pocas, parece que sólo habla del juicio universal, como si no tuviese otra cosa que hacer después de su venida; otras, y son las más o casi todas, parece que habla de personas no muertas, sino vivas; ni resucitadas, sino viadoras, que hallará cuando venga, especialmente aquellas a quienes dejó encomendada su familia o grey. Reparad entre otras parábolas, en la de las diez vírgenes, la de los talentos, la de los siervos que deben velar para abrir la puerta prontamente la puerta a su Señor, a cualquiera hora que llegare, pues no saben a qué hora llegará. Todas estas parábolas y otras semejantes se concluyen sin dejarnos idea alguna expresa y clara del juicio universal.

234. En el Evangelio de San Lucas se lee una parábola enderezada a aquellos que pensaban que llegando el Señor a Jerusalén, a donde actualmente iba a padecer, luego al punto se manifestaría el reino de Dios: *con ocasión (dice) de estar cerca de Jerusalén, y porque pensaban que luego se manifestaría el reino de Dios*. A estos, pues, les dijo el Señor: *Un hombre noble fue a una tierra distante para recibir allí un reino, y después volverse. Y habiendo llamado a diez de sus siervos, les dio diez minas, y les dijo: traficad entretanto que vengo. Mas los de su ciudad le aborrecían, y enviando en pos de él una embajada, le dijeron: No queremos que reine éste sobre nosotros. Y cuando volvió después de haber recibido el reino, etc.* Ved ahora lo que hace este rey cuando vuelva, *recibido el reino*, y no hallaréis idea alguna del juicio universal. Lo primero que hace es premiar a los siervos que negociaron con el talento dando a uno el gobierno de diez ciudades, y a otro de cinco: castigar a uno de ellos que lo tuvo ocioso, aunque no lo perdió quitándoselo; y después de esto, mandar traer y matar en su presencia a aquellos enemigos suyos, que no lo habían querido por rey. *Y en cuanto a aquellos mis enemigos, que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá, y matadlos delante de mí.* ¿Halláis en todo esto alguna idea de resurrección de muertos, o de juicio universal? ¿No halláis por el contrario otra idea infinitamente diversa? ¿Cómo ha de dar a sus siervos el gobierno de cinco o de diez ciudades en el juicio universal, cuando todas las ciudades del mundo están ya reducidas a ceniza? ¿Cómo ha de matar a sus enemigos, que no lo quisieron por rey, cuando estos enemigos, como todos los demás hijos de Adán han muerto, han resucitado, y ya se hallan en estado de inmortalidad? Diréis sin duda, que todo esto es hablar en parábolas o semejanzas, las cuales, para que lo sean, no es necesario que corran en todo, sino sólo en aquel punto particular a que se enderezan. Y yo, confesando que tenéis razón, os pido la misma advertencia para el lugar del Evangelio de que hablamos: *Cuando viniere el Hijo del hombre, entonces, etc.*

Párrafo III

235. Si queréis no obstante que este lugar del Evangelio no sea una verdadera parábola; si queréis que sea una profecía, una noticia, una descripción, así de la venida del Señor, como del juicio universal, yo estoy muy lejos de empeñarme mucho, por la parte contraria; esto sería entrar en una disputa embarazosa y de poquísima o ninguna utilidad. Si yo la llamo parábola, es porque la hallo puesta entre otras parábolas, y porque leído el texto con todo su contexto, me parece todo dicho por *semejanza*, no por *propiedad*; ni parece verosímil, que el juicio universal se haya de reducir a aquello poco que aquí dice

el Señor, ni que todos los buenos por una parte y todos los malos por otra hayan de ser juzgados y sentenciados sólo por la razón que allí se apunta; ni tampoco que los unos y los otros hayan de decir en realidad aquellas palabras: *¿Señor, cuándo te vimos hambriento, o sediento etc.?* Y que el Señor les haya de responder: *en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis pequeñitos, a mí me lo hicisteis, y en cuanto no lo hicisteis, ni a mí lo hicisteis.*

236. Con todo eso, yo estoy pronto a concederos sobre este punto particular todo cuanto quisierais. No sea esto una parábola, sino una profecía que anuncia directamente la venida del Señor, y el juicio universal. Aun con esta concesión gratuita y liberal, ¿qué cosa se puede adelantar? Jesucristo dice que cuando venga entonces se sentará en el trono de majestad, entonces se congregarán delante de él las gentes, entonces separará los buenos de los malos, poniendo aquellos a su diestra, y estos a su siniestra entonces alabará a los unos, y los llamará a la vida eterna, y reprenderá a los otros, condenándolos al fuego eterno. Bien, todo esto es cierto, y todo se concede sin dificultad; mas; ¿qué consecuencia pensáis sacar de aquí? ¿Luego cuando venga Jesucristo en gloria y majestad, sucederán luego al punto todas estas cosas? ¿Luego en aquel día (que los Profetas, y San Pedro y San Pablo, llaman el día del Señor, y que según vuestra extraña inteligencia deberá ser un día ordinario de diez o doce horas) luego en este día no habrá que hacer otras cosas, sino sólo estas? ¿Y las que anuncian para ese mismo día casi todos los Profetas, y las que anuncian, muchos, y tal vez los mas de los Salmos, y las que anuncia el Apocalipsis en los tres últimos capítulos, estas no podrán tener lugar en aquel día, estas deberán ser excluidas por la palabra *entonces*? Ciertamente que es esta una consecuencia o un modo de discurrir bien singular.

237. Como si dijéramos: mil lugares de la Escritura anuncian clara y expresamente mil cosas grandes y admirables, que deben suceder en el día del Señor, después que venga a la tierra en gloria y majestad. Ahora, entre estos lugares hay uno que hablando de la venida del Señor, pone luego el juicio universal, sin hacer mención de otra cosa intermedia; pues dice, *cuando viniere, etc.*, luego después que venga el Señor no hay otra cosa que hacer, sino el juicio universal, luego esas mil cosas que anuncian esos mil lugares de la Escritura por claras y expresas que parezcan, deberán echarse a otros sentidos, por impropios y violentos que sean; pues no hay tiempo para que sucedan después de la venida del Señor. Por consiguiente la palabra *entonces*, deberá explicar mil lugares claros de la Escritura, y no ser explicada por ellos. Consecuencia durísima y despótica, contra la que claman y dan gritos todas las leyes de la justicia.

238. Pues ¿qué sentido propio, verdadero y conforme a las Escrituras, le podremos dar a la palabra *entonces*, y a todo el texto del Evangelio? Para responder en breve a esta pregunta, no me ocurre otro modo más fácil que el uso de alguna semejanza o ejemplo, que suele valer mucho más que un prolijo discurso. Leed el capítulo nueve del Génesis y hallaréis allí (versículo veinte) que cuando Noé salió del arca después del diluvio, comenzó a labrar la tierra y plantó una viña, y bebiendo el vino se embriagó. Oíd ahora mi bella inteligencia de estas palabras. Noé salió del arca al amanecer del día 27 de Abril, y junto con él todos sus prisioneros, y habiendo en primer lugar adorado a Dios ofreciéndole su sacrificio, se puso luego a labrar la tierra por no estar ocioso; aquella

misma mañana, ayudado de sus tres hijos, plantó una viña, a la tarde hizo su vendimia, y antes de anoecer ya estaba borracho. ¿Qué os parece, amigo, de mi inteligencia? ¿Halláis que reprimir en ella guardando consecuencia? Consideradlo bien.

239. Yo no negaré que es bien reprehensible, por infinitamente grosera. Cualquiera que lee seguidamente este lugar del Génesis, conoce al punto que el historiador sagrado va a referir directamente y de propósito lo que sucedió por ocasión de la embriaguez de Noé, esto es, las bendiciones y maldiciones (o por hablar con más propiedad) las predicciones y profecías que pronunció, ya en pro, ya en contra de su posteridad, a favor de sus dos hijos, Sen, Japhet, y en contra de Can, y mucho más de su nieto Caanán. Para referir todo esto de un modo claro y circunstanciado, como buen historiador, era necesario decir, primero, en breve, que el justo Noé en cierta ocasión se propasó inocentemente en la bebida, y realmente se embriagó; segundo, que ya en aquel tiempo había vino en el mundo; tercero, que también había viña; cuarto, que esta viña no era de las antediluvianas, sino que el mismo Noé la había plantado por sus manos. De todo esto era necesario hacer mención como en un brevísimo compendio, para referir lo que el mismo Noé habló en profecía, luego que despertó de su sueño. Apliquemos ahora la semejanza: Jesucristo en esta especie de parábola va directamente a dar una doctrina, va a exhortar a los hombres a las obras de misericordia con sus prójimos, este es su asunto principal. Para que esta exhortación tenga mejor efecto, les da una idea general del juicio universal, proponiéndoles con suma viveza y naturalidad, así el premio como el castigo que deben esperar los que hacen o no hacen obras de misericordia. Mas para dar esta idea general del juicio universal para contraer esta idea general a su intento particular, le era necesaria alguna preparación le era necesario decir en breve, y como de paso, que él mismo había de venir otra vez a la tierra en gloria y majestad, que cuando viniese, entonces se había de sentar en el solio de su majestad, que había de congrega todas las gentes en su presencia, etc. Mas todo esto que aquí apunta el Señor brevemente, ¿sucederá luego al punto que llegue a la tierra? ¿Todo se ejecutará en el espacio de doce o de veinte y cuatro horas? *Pues ¿cómo se cumplirán las Escrituras? ¿Cómo se podrán verificar tantas otras cosas que hay en la Escritura, reservadas visiblemente para aquel mismo día o tiempo, que debe comenzar en la venida del Señor? ¿Éstas también no son dictadas por el mismo Espíritu de verdad?*

240. En suma, todas las expresiones y palabras del texto del Evangelio de que hablamos son verdaderas, son propias, son naturales y perfectamente acomodadas a su fin. *Cuando viniere... se sentará entonces, y entonces serán todas las gentes ayuntadas, y apartará los unos de los otros, entonces dirá, etc.* Del mismo modo son verdaderos, y deben verificarse en aquel mismo día todos los anuncios de los Profetas, y todas cuantas cosas hay en el Antiguo y Nuevo Testamento, claramente reservadas para este día. Para concordar ahora unas cosas con otras, para entenderlas todas con gran facilidad, y para darles a todas, y a cada una de ellas, el lugar que les pertenece, sólo falta una cosa, según parece, del todo necesaria, es a saber, que no estrechemos tanto el día del Señor, como lo hace el sistema ordinario, sino que le demos, sin temor alguno toda aquella grandeza y extensión que le es tan debida, *según las Escrituras*. Con esto sólo tendremos tiempo para todo.

CAPITULO IX

Última dificultad.

241. El Apóstol San Pedro, hablando del día del Señor, dice, que vendrá este día repentinamente, cuando menos se pensare, y añade que en él habrá un diluvio de fuego tan grande y tan voraz, que los elementos mismos se disolverán, y la tierra y todas las obras que hay en su superficie, se abrasarán y consumirán. *Vendrá, pues, como ladrón el día del Señor, en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu y los elementos con el calor serán deshechos, y la tierra y todas las obras que hay en ella serán abrasadas.* Si esto es verdad, no tenemos que esperar en el día del Señor, ni el cumplimiento de lo que parece que anuncian para entonces las profecías, ni tampoco el juicio de vivos, entendida esta palabra como suena; pues no es posible que quede algún viviente, después de un incendio tan universal que ha de abrasar toda la superficie de la tierra. Por consiguiente, así el juicio de vivos, como todas las otras profecías, no pueden entenderse *según la Escritura*, sino en otros sentidos muy diversos del que parece obvio y literal.

242. Para resolver esta gran dificultad, que se ha mirado como decisiva en el asunto, no tenemos que hacer otra diligencia, que leer con más atención el texto mismo de San Pedro sin salir de él. Se pregunta: ¿San Pedro dice aquí que en la venida del Señor, o al venir el Señor del cielo a la tierra, sucederá este incendio universal? Ni lo dice, ni lo anuncia, ni de sus palabras y modo de hablar se puede inferir una novedad tan grande, y tan contraria a las ideas que nos dan todas las Escrituras. Lo que únicamente dice, es que sucederá en el día del Señor, que es cosa infinitamente diversa; y esto sin determinar si será al principio, o al medio, o al fin de este mismo día. *Vendrá, pues, como ladrón el día del Señor: en el cual etc.* Ahora, amigo, si todavía pensáis que el día del Señor, de que habla San Pedro, y de que hablan casi todos los Profetas, es algún día natural de doce o veinte y cuatro horas, os digo amigablemente que no pensáis bien. Esta inteligencia pudiera parecer a alguno muy semejante a aquella otra inteligencia mía, sobre el día en que Noé salió del arca, en el cual día preparó la tierra, plantó una viña, hizo la vendimia, bebió del vino, y se embriagó.

243. El día del Señor, de que tanto hablan las Escrituras, no hay duda, que comenzará con la venida del cielo a la tierra del Rey de los reyes. Con esta venida, o con el personaje que viene, *después de haber recibido el reino*, con todo el principado, *sobre sus hombros*, amanecerá ciertamente y tendrá principio el día de su virtud en los esplendores de los santos, como se anuncia en el salmo CIX: *Contigo está el principado en el día de tu poder entre los resplandores de los santos*, mas el día del Señor, que entonces amanecerá, no hay razón alguna que nos obligue a medirlo por horas y minutos; antes por el contrario, toda la divina Escritura nos da voces contra esta idea, y nos propone otra infinitamente diversa, como iremos viendo en adelante. Toda ella nos habla de la venida del Señor, como de una época la mas célebre de todas, a que debe seguirse un tiempo sumamente diverso de todos los que hasta entonces habrán pasado; el cual tiempo se llama frecuentemente en los Profetas, *el día del Señor, aquel día, aquel tiempo, el siglo venidero*. Por tanto, en ese día, en ese tiempo, en ese siglo venturo habrá sin duda algún

tiempo sobrado, para que se verifique plenamente todo cuanto está escrito, y todo como está *escrito*. Habrá tiempo para el juicio de vivos de que nos habla, y nos manda creer el símbolo de nuestra fe; habrá tiempo para todos los anuncios de los Profetas de Dios; y habrá tiempo para que se verifique plenamente lo que dice San Pedro, y todo dentro del mismo día sin salir de él San Agustín dice: *No se saben los días que durará este juicio; pero ninguno que haya leído las escrituras, por poco que se haya versado en ellas, dejará de saber, que al tiempo llama la escritura día*

244. Volved un poco los ojos al capítulo II del Apocalipsis, y allí hallaréis, (versículo 9) que San Juan habla también del fuego que ha de llover del cielo, enviado de Dios; mas este suceso lo pone al fin de su día, de mil años; *cuando fueren acabados los mil años*, en los cuales mil años (sea número determinado o indeterminado) ha habido tiempo más que suficiente para las muchas y grandes cosas que nos anuncian clarísimamente las Escrituras. Esta es toda la solución de esta dificultad, ni hay para que detenernos más en este punto. Otras dificultades iguales o mayores que puedan oponerse, esperamos resolverlas a su tiempo conforme fueren ocurriendo.

Adición

245. Por lo que acabamos de decir no pretendemos negar que haya de haber fuego del cielo en la venida misma del Señor; pues así lo hallamos expreso en algunos lugares de la Escritura, especialmente en el salmo XCVI. *Fuego irá delante de él, y abrasará alrededor a sus enemigos. Alumbran sus relámpagos la redondez de la tierra: violos la tierra, y fue conmovida. Los montes como cera se derritieron a la vista del Señor, a la vista del Señor toda la tierra*. Este texto, en especial las últimas palabras, parece que suenan a un diluvio universal de fuego, que debe preceder inmediatamente a la venida del Señor; mas es bien advertir lo primero, que estas últimas palabras *a la vista del Señor toda la tierra*, que son las que tienen más apariencia, no se leen así en las otras versiones, sino *de toda la tierra*, y así tienen otro sentido diverso, no es toda la tierra la que fluye como cera, a la vista y presencia del Señor; sino los montes son los que fluyen en presencia del Señor de toda la tierra, dice la perífrasis caldea. *De la presencia del semblante del Señor toda la tierra*, dice la antiquísima versión arábiga. Fuera de que esta es conocidamente una expresión figurada como la del salmo siguiente: *Los ríos aplaudirán con palmadas, juntamente los montes se alegrarán a la vista del Señor porque vino a juzgar la tierra*; y la del salmo CXIII: *O montes, saltasteis de gozo como carneros; y vosotros, collados, como corderos de ovejas*.

246. Lo segundo y principal que se debe advertir es que así el texto citado, como todo el contexto de este salmo, nos da una idea muy ajena de fuego universal. Desde las primeras palabras empieza, convidando a la tierra y a muchas islas de ella, a que se alegren y regocijen con la noticia del reino próximo del Señor: *El Señor reinó, regocíjese la tierra, alegréense las muchas islas*. Esta alegría es claro que no compete a la tierra, ni a las islas insensibles, sino sólo a los vivientes que en ellas habitan; mas aunque la tierra y las islas fuesen capaces de alegría, ¿cómo podrán alegrarse, esperando por momentos un diluvio de fuego que les debe hacer fluir como cera? En el salmo antecedente acaba de decir,

hablando de la venida del Señor: *Alégrense los cielos, y regocíjese la tierra; conmuévase el mar, y su plenitud; se gozarán los campos, y todas las cosas que en ellos hay. Entonces se regocijarán todos los árboles de las selvas. A la vista del Señor, porque vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará la redondez de la tierra con equidad, y los pueblos con su verdad. ¿Cómo se compone esta exaltación de campos y árboles, sólo por la noticia de que van a ser devorados por el fuego? Todas estas reflexiones nos obligan a creer, que no puede ser universal el fuego, de que se habla en este salmo, que debe preceder a la venida del Señor, sino que es un fuego particular, enderezado solamente a los enemigos, como sigue inmediatamente diciendo: *Fuego irá delante de él, y abrasará alrededor a sus enemigos.**

247. Esta misma idea se nos da en el libro de la Sabiduría, donde hablando de la terribilidad del día del Señor contra los impíos, dice entre otras cosas: *Y aguzará su inexorable ira como a lanza, y peleará con él todo el universo contra los insensatos. Irán derechamente los tiros de los rayos, y como de un arco bien entesado de las nubes serán arrojados, y resurtirán a lugar cierto. ¿Qué necesidad había de esta dirección de rayos a lugar cierto, y determinadas personas, si el fuego hubiese de ser como un diluvio universal? En el salmo XVII se habla de la misma manera contra los enemigos de Cristo, en el día de su venida. *Inclinó los cielos, y descendió; (y apareció su gloria) y oscuridad debajo de sus pies. Y subió sobre querubines, y voló; voló sobre alas de viento. Y se ocultó en las tinieblas, como en un pabellón suyo.* Este tabernáculo me parece que no es otra cosa sino sus santos que vienen con él; *a su contorno agua tenebrosa en las nubes del aire. Por el resplandor de su presencia, se deshicieron las nubes en pedrisco, y carbones de fuego... Y envió sus saetas, y los desbarató; multiplicó relámpagos, y los aterró, etc.* Es claro, que todo este aparato es contra los enemigos y nada más.*

248. ¿Cómo es posible que sea un diluvio universal de fuego el que viene con Cristo, o le precede, cuando al venir el Señor en gloria y majestad, se convidan todas las aves a una grande cena, que Dios les prepara con los cadáveres de todos aquellos enemigos suyos, *que murieron con la espada, que sale de la boca del que estaba sentado sobre el caballo? ¿Cómo es posible que las aves se regalen en efecto con estos cadáveres -y se hartaron todas las aves de las carnes de ellos-* ni que haya quedado ave alguna en el mundo, después de un diluvio universal de fuego? ¿Cómo es posible que sea este un fuego universal, cuando por Ezequiel se hace el mismo convite, no sólo a las aves, sino a todas las bestias feroces para la misma cena, que Dios les prepara? *Pues tu, hijo del hombre, esto dice el Señor Dios; dí a todo volátil, y a todas las aves, y a todas las bestias del campo; venid juntos, apresuráos y corred de todas partes a mi víctima que yo os ofrezco..... Comeréis las carnes de los fuertes, y beberéis la sangre de los príncipes de la tierra...* ¿Cómo es posible (por abreviar) que sea este un fuego universal, cuando por Isaías se dice, que aún después de aquel terrible día quedarán todavía en la tierra algunos hombres vivos, aunque no muchos? Y más abajo dice, que serán tan pocos *como si algunas pocas aceitunas que quedaron, se sacudieron de la oliva; y algunos rebuscos, después de acabada la vendimia. Estos levantarán su voz, y darán alabanza; cuando fuere el Señor glorificado, alzarán la gritería desde el mar.* Pudiera aquí citar otros lugares de la Escritura ¿mas para qué cuando estos han de ir saliendo en adelante a centenares y aun a millares?

Parte segunda

Que comprende la observación de algunos fenómenos particulares sobre la Profecía de Daniel, y venida del Anticristo.

1. Hechos los preparativos que nos han parecido necesarios, quitados los principales embarazos, y con esto aclarado el aire suficientemente, parece ya tiempo de empezar a observar muchos fenómenos grandes y admirables; que, o se ocultaban del todo entre las nubes, o sólo se divisaban confesamente, se empiezan ya a descubrir con claridad, y se dejan ver con todo esplendor. Sólo faltan ojos atentos e imparciales, que poniendo aparte toda preocupación, quieran mirarlos y remirarlos con la debida formalidad que quieran detenerse algunos instantes en el examen de cada uno en particular, en la combinación de los unos con los otros, y en la contemplación de todo el conjunto, esto es lo que ahora deseamos hacer.

2. Para facilitar en gran parte este trabajo, y asegurarnos más un buen suceso, nos ha parecido conveniente, no sólo llevar muy presente nuestro sistema propuesto en el capítulo cuarto de la primera parte, sino también, y en primer lugar el sistema ordinario de los doctores, procurando sacar de él todo el fruto que es capaz de dar, y hacerlo servir, aunque sea mal de su grado, al conocimiento de la verdad. Dos manos nos ha dado Dios, como dos ojos y dos oídos, es decir, que podemos sin gran trabajo tomar en ambas manos ambos sistemas, y hecha la observación exacta y fiel de algún fenómeno particular, ver y oír la explicación que da, o puede dar el uno de los dos sistemas, reservando, como es razón y justicia, el otro ojo y el otro oído para el otro sistema. Si después de vista, oída y examinada seriamente la explicación que da a la cosa propuesta el uno de los sistemas, no se hallare tan propia, tan clara, tan natural, como la que da el otro sistema; antes por el contrario se hallare violenta, oscura, embarazosa y tal vez manifiestamente fuera del caso, etc., entonces tocará a los jueces justos dar la sentencia definitiva. Este método, como el más simple de todos, parece también el más a propósito para el fin único que nos hemos propuesto, que es el descubrir la verdad y el fruto de la misma verdad, que a todos debe igualmente aprovechar. No perdamos más tiempo, y empecemos nuestra observaciones.

FENÓMENO I

La estatua de cuatro metales del capítulo segundo de Daniel. Preparación.

Párrafo I

3. Propongo este punto, en primer lugar, por ser una de las más ilustres Profecías que se hallan en toda la Divina Escritura, cuyo perfecto cumplimiento, exceptuando la última circunstancia, vemos ya con nuestros propios ojos, y debiéramos mirar con una religiosa admiración. Representase aquí el Profeta de Dios, debajo de la figura de una estatua

grande y de aspecto terrible, compuesta de cuatro diferentes metales, cuatro reinos o imperios grandes y célebres, que en diversos tiempos habían de afligir al mundo y dominarlo. A cada uno de ellos se le pone su distintivo propio y peculiar, para que por él pueda conocerse con toda certidumbre. Representase del mismo modo el fin y término de todos estos reinos, el cual debe suceder con la caída de cierta piedra, que por sí misma, sin que nadie la tire, se ha de desprender de un monte, y volar directamente hacia los pies de la estatua; a cuyo golpe terrible e imprevisto, se quebrantan al punto, y se desmenuzan, no solamente los pies, sobre quienes cae, sino junto con ellos, todas las otras partes de la estatua, reduciéndose toda ella a una leve ceniza que desaparece con el viento. En consecuencia de este gran suceso, la piedra misma que hirió la estatua, crece y se hace un monte tan grande, que ocupa y cubre toda la tierra.

Tú, oh Rey, veías, y te pareció como una grande estatua; aquella estatua grande, y de mucha altura estaba derecha enfrente de ti, y su vista era espantosa. La cabeza de esta estatua era de oro muy puro, mas el pecho y los brazos de plata, y el vientre y los muslos de cobre, las piernas de hierro, y la una parte de los pies era de hierro, y la otra de barro. Así la veías tú, cuando sin mano alguna se desgajó del monte una piedra e hirió la estatua en sus pies de hierro y de barro, y los desmenuzó. Entonces fueron asimismo desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata, y el oro, y reducidos como a tamo de una era de verano, lo que arrebató el viento; y no parecieron más; pero la piedra que había herido la estatua se hizo un grande monte e hinchió toda la tierra.

4. La explicación que da el Profeta mismo a toda esta visión, se reduce a esto, que los cuatro metales de que la estatua se compone, significan cuatro imperios o reinos, que unos tras de otros han de ir apareciendo en el mundo, y haciendo en él un gran ruido y una gran figura. El primero, simbolizado por la cabeza de oro, lo señala con su propio nombre, diciendo que es aquel mismo que acababa de fundar Nabucodonosor con sus prodigiosas y rápidas conquistas, y de que el mismo Nabuco era actualmente la cabeza. Los otros tres no los nombra, sólo dice que el segundo reino será de plata, y por consiguiente menor que el primero, el tercero de bronce, que mandará sobre la tierra, y el cuarto de hierro mezclado con greda, etc. *Tú pues eres la cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro reino menor que tú, de plata, y otro tercer reino de cobre, el cual mandará toda la tierra. Y el cuarto reino será como el hierro, etc.* En su lugar iremos copiando lo que resta del texto de esta gran profecía, conforme fuere necesario.

5. En ella tenemos que examinar dos puntos que creemos de una suma importancia. Así nuestro examen debe ser atento y prolijo, sin dejar pasar por alto la más mínima circunstancia. El primero es, la repartición que hasta ahora se ha hecho de estos cuatro reinos, si es justa y conforme al texto y a la historia o no; si debemos pasar por ella o repugnarla. En suma, debemos conocer estos reinos célebres, y señalarlos por sus propios distintivos sin salir un punto del texto sagrado. Este conocimiento claro e individual nos es absolutamente necesario para poder observar el segundo punto, y entenderlo bien. Es a saber: ¿qué piedra es esta que ha de caer a su tiempo sobre los pies de la estatua, y convertirla toda en polvo y ceniza? ¿Si esta piedra ha caído ya del monte, o debemos todavía esperarla? Por consiguiente, ¿si ya ha sucedido en el mundo lo que debe seguirse,

después de que caiga según la profecía, esto es, la fundación de otro reino sobre toda la tierra incorruptible y eterno?

Se propone y examina la repartición que hasta ahora ha corrido de estos cuatro reinos.

Párrafo II

6. La admiración que siempre me ha causado esta repartición, en que veo que todos convienen, a lo menos cuanto a la sustancia, me ha hecho también pensar muchísimas veces cual puede haber sido la verdadera causa que ha obligado a los doctores a unirse en este parecer, no obstante que lo repugna tanto, no sólo la Escritura divina, sino también la historia y la experiencia misma. Os diré, amigo, simplemente lo que se me ofrece: *tal vez lo tomarás a mal, mas ¿quién podrá detener la palabra una vez concebida?* La causa en sustancia, y guardada toda aquella proporción que se debe guardar en la semejanza, me parece la misma que tuvo Herodes para degollar a los inocentes; quiero decir, el miedo y pavor del reino de Cristo. Este reino con todas las circunstancias tan claras y tan individuales, que señala esta profecía, y que se halla en millares de otras, como iremos observando, este reino, digo, no lo pueden sufrir en su sistema; los turba, los asusta, y tal vez los hace entrar en cierta especie de furor, el cual, aunque religioso y santo, no por eso deja de ocasionar la muerte a muchos inocentes, esto es, a tantos lugares de la escritura, a quienes se quita con tan manifiesta violencia su sentido propio y literal, con que sólo pueden vivir.

7. Este reino, vuelvo a decir, repugna terriblemente a todas sus ideas. No es posible admitirlo sino en sentido metafórico, o puramente espiritual. Aun así es necesario llegar a algunos malos pasos, y ver el modo o de pasarlos, o de evitarlos; lo cual también repugna a las mismas ideas, tómese el partido que se tomare. Por ejemplo: el tiempo en que debe comenzar el último reino, que según expresa la profecía, debe ser cuando la estatua caiga al golpe de la piedra, y se reduzca toda a polvo y ceniza, y esto tampoco se puede componer, ni aun en sentido espiritual, con las ideas ordinarias. ¿Qué se hará pues, para poder salir de un embarazo tan terrible? No se ha hallado otro expediente, por más que se ha buscado por los mayores ingenios, que invertir un poco el orden de los cuatro reinos figurados en la estatua, repartirlos de modo que no hagan mucho daño, olvidar del todo, como si no se viesen, algunas circunstancias bien notables, y con esto ir preparando insensiblemente el camino para colocar el quinto reino, donde pareciere menos incómodo, y para espiritualizarlo del todo. Pienso, que apenas entenderéis lo que acabo de decir; mas no tardaré mucho en explicarme.

Otra cosa quisiera deciros en el asunto, muy semejante a un enigma. Paréceme, que nuestros doctores han contado los cuatro reinos que figura la estatua, en esta forma: primero, cuarto, tercero, segundo. Explícome, en el primer reino no hay dificultad ni tampoco interés de consideración, claramente lo señala el Profeta, y es el único que señala por su propio nombre, diciendo, que es aquel reino celeberrimo fundado por Nabucodonosor, y de quien él mismo era actualmente la cabeza: *tú pues eres la cabeza de oro*. Conocido este primer reino, antes de conocer perfectamente los dos siguientes,

parece que les arrebató toda la atención lo que se dice del cuarto, figurándose que era, sin duda alguna, el imperio romano, así por tal cual seña equívoca que pudieron acomodarle, como por la persuasión en que estaban (falsa a la verdad) de que el imperio romano había de durar hasta el fin del mundo. Creyendo pues buenamente que ya tienen conocidos dos reinos, esto es, el primero y el cuarto, faltaba conocer los dos intermedios; mas como entre el imperio romano, y el que fundó Nabuco, no se hallaba otro claro y cierto que el de los Griegos, pareció un buen expediente dividir el primero por dos partes bien desiguales, llamando la parte menor del reino de los Babilonios o Caldeos, y a la otra mayor el reino de los Persas. Así se empezó a hacer en el siglo de Teodosio el grande, cuando el imperio romano estaba en tanta grandeza y esplendor, que parecía incorruptible y eterno, y así ha corrido hasta nuestros tiempos por las razones que luego veremos, con lo cual sale bien la cuenta enigmática, uno, cuatro, tres, dos.

9. Consideremos ahora brevemente el orden de estos cuatro reinos como se halla en los doctores, mas sin perder de vista el texto de la profecía. El primer reino, dicen, es el de los Babilonios o Caldeos, cuyo fundador fue Nabuco a quien sucedió su hijo Evilmerodac, y a este Baltasar, en quien el reino tuvo fin. Lo más común es confundir a Evilmerodac con Baltasar, haciendo de los dos una sola persona, y en caso que esto sea verdad, que parece muy lejos de serlo, sólo hubo dos reyes, padre e hijo en el primer reino. ¡Qué reino tan corto! ¡Parece que debía durar mucho más siendo de oro, y oro óptimo! *La cabeza* (dice el texto) *era de oro muy puro*. Ahora pregunto yo, ¿este primer reino a quien llaman de los Babilonios o Caldeos se limitó solamente a la Caldea? Es evidente que no; en la Caldea estaba la corte del reino, que era la gran ciudad de Babilonia; mas su dominación se extendía a todos cuantos reinos particulares, principados y señoríos había entonces en el Asia, entrando en este número todo el Egipto. Sin recurrir a la historia profana, la misma Escritura divina nos lo dice claramente en profecía, y en historia. Todos los pueblos de la Siria, Mesopotamia, Palestina, Tiro, Egipto, las Arabias, etc., eran conquistados por Nabuco; la Media y la Persia, aunque tuviesen sus príncipes particulares e inmediatos, mas todas reconocían al gran rey de Babilonia por príncipe supremo, y como a tal le obedecían y tributaban vasallaje. Los cautivos que sacó este príncipe de Jerusalén y Judea, no sólo fueron conducidos a Babilonia y a otras ciudades de Caldea, sino también a la Media y a la Persia, como a provincias del imperio. De los que fueron a la Media nos habla todo el libro de Ester (si acaso es cierto que Asuero era rey de Media). De los que fueron a Persia nos dice dos palabras el libro segundo de los Macabeos: *Cuando nuestros padres* (son sus palabras) *fueron llevados a la Persia*. Todas estas noticias nos servirán bien presto. Pasemos adelante.

10. El segundo reino, figurado en el pecho y brazos de plata de la estatua, dicen que fue el de los Persas, los cuales unidos con los Medos, bajo las dos cabezas de Darío Medo y Ciro Persa, conquistaron a Babilonia, y hechos dueños del imperio se coronaron uno después de otro en la misma ciudad de Babilonia. No se detienen mucho en una gran dificultad que luego salta a los ojos, es a saber, que este nuevo reino (que llaman de los Persas, para distinguirlo del de los Caldeos), o creció y se hizo mucho mayor por la agregación de los Medos y Persas, o a lo menos quedó tan grande como estaba, si esta agregación no se hizo entonces, sino que ya estaba hecha en tiempo de Nabuco; y no

obstante la profecía dice, que el segundo reino será menor que el primero; y *después de ti se levantará otro... menor que tu, de plata*. A esta gran dificultad responden en breve diciendo que el verdadero sentido de estas palabras es, que el segundo reino será menor, no en extensión, ni en gente, sino en valor y gloria militar. Y como si esto mismo, aun prescindiendo de la suma violencia de este sentido, no se pudiese revocar en duda, y convencer de falso, pasan adelante con gran satisfacción, tanto, que un intérprete de los más clásicos se pone de propósito a probar con grande aparato de erudición, que la Persia fue antiguamente muy rica en minas de plata, y por eso es aquí simbolizada por este metal. Y la Caldea que no tenía minas de oro, ¿por qué se simboliza por el oro?

11. El tercer reino, figurado en el vientre y muslos de bronce de la estatua, quieren que sea el de los Griegos, fundado por Alejandro. ¿Mas cómo? ¿Al reino de los Griegos conocidamente el menor de todos, le compete el distintivo particular que señala el Profeta al tercer reino, esto es, que mandará sobre toda la tierra? Diréis necesariamente que sí, haciéndome observar por todo fundamento aquellas palabras de la Escritura que hablando de Alejandro dice: *calló la tierra delante de él*; mas lo primero, estas palabras hablan de Alejandro, no del reino de los Griegos; ni de Alejandro se puede decir con propiedad que fundó el reino de los Griegos, sino que destruyó el de los Persas. Lo segundo: estas palabras de la Escritura no dicen que Alejandro imperó sobre toda la tierra, sino que la tierra calló en su presencia, expresión vivísima para explicar el terror y espanto que causó Alejandro en toda la tierra comprendida en el imperio de los Persas, por donde anduvo como un rayo, arruinándolo todo, sin que nadie le resistiese. En adelante examinaremos más de propósito el distintivo particular del tercer reino de bronce, y se lo daremos a quien alegare mejor derecho.

12. Finalmente, el cuarto reino de hierro mezclado con greda, dicen, que no puede ser otro que el imperio romano, del cual se verifica propiamente lo que dice la profecía del reino cuarto: *Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza, y doma todas las cosas, así desmenuzará, y quebrantará a todos estos*. Hasta aquí no había dificultad; la semejanza se podía muy bien acomodar al imperio romano, si el texto de la profecía se acabase aquí; si no diese otras señales y distintivos propios del cuarto reino, que no pueden competir al imperio romano. Lo que se sigue del texto sagrado, es el gran trabajo; y esta es sin duda la verdadera causa de variar tanto los doctores en la explicación, o acomodación de estas cosas al imperio romano, como que la dificultad es grande, y necesita de discurso e ingenio. Ved aquí el texto todo entero, pues luego hemos de volver a él.

Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza, y doma todas las cosas, así desmenuzará, y quebrantará a todos estos. Y lo que viste de los pies y de los dedos una parte de barro de alfarero, y otra parte de hierro; el reino será dividido, el cual no obstante tendrá origen de vena de hierro, según lo que has visto de hierro mezclado con tiesto de barro. Y los dedos de los pies en parte de hierro, y en parte de barro cocido; en parte el reino será firme, y en parte quebradizo. Y el haber visto el hierro mezclado con el tiesto de barro, se mezclarán por medio de parentelas, mas no se unirán el uno con el otro, así como el hierro no se puede ligar con el tiesto. Mas en los días de aquellos reinos el Dios del cielo levantará un reino, que no será jamás destruido,

y este reino no pasará a otro pueblo; sino que quebrantará y acabará todos estos reinos; y él mismo subsistirá para siempre. Según lo que viste, que del monte se desgajó sin mano una piedra, y desmenuzó el tiesto, y el hierro, y el cobre, y la plata, y el oro, el grande Dios mostró al rey las cosas que han de venir después. Y el sueño es verdadero, y su interpretación fiel.

Se propone otro orden y otra explicación de estos cuatro reinos.

Párrafo III

13. Aunque el orden que voy a proponer, y la explicación que voy a dar me parece justa en todas sus partes, como enteramente conforme con la profecía, y con la historia, todavía, porque no tengo razón alguna para fiarme de mi dictamen, lo sujeto de buena fe a cualquier examen, por rígido que sea, con tal que no pase de aquellos límites justos que prescribe la verdadera crítica. Esto mismo protesto y deseo que se tenga por dicho, respecto de todos, y de cada uno de los puntos que he tratado y pienso tratar en toda esta obra. Lo cual supuesto y no olvidado, entremos en materia.

Primer reino

14. El primer reino figurado por la cabeza de oro de la estatua, fue sin controversia el de los Caldeos, o Babilonios, de quien Nabuco que lo había fundado con sus prodigiosas y rápidas conquistas, era actualmente la cabeza o el rey. Es evidente, no sólo por la Escritura santa, sino también por la historia profana, que el rey Nabuco no había conquistado ni fundado el reino particular de Babilonia, o Caldea; este reino particular lo había heredado de sus padres, y contaba tantos años o siglos de antigüedad, cuantos habían pasado hasta entonces desde Nemrót, que fue su fundador, y su primer soberano, como se dice en el capítulo X verso 10 del Génesis; no fue este, pues, el reino de que habla la profecía, no es el figurado por la cabeza de oro de la estatua, ni le pueden competir a este reino particular las cosas que aquí se dicen del primero. ¿Cuál es, pues, este reino primero? Es el que fundó con sus armas siempre victoriosas el mismo Nabuco, sujetando en poco tiempo a su dominación todos cuantos reinos y señoríos particulares se conocían en aquel tiempo en todo el oriente. Por esta razón lo llama el mismo Profeta rey de reyes. Lo cual concuerda perfectamente con lo que dice el Señor por Jeremías: que todas las gentes, pueblos y naciones (se entiende del oriente, pues estas acaba de nombrar) se las había dado él mismo a Nabucodonosor. *Yo he puesto... todas estas tierras en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia mi siervo; además le he dado también las bestias del campo, para que le sirvan. Y le servirán todas las naciones a él, y a su hijo, y al hijo de su hijo; hasta que venga el tiempo de su tierra y de él mismo; y le servirán muchas naciones, y reyes grandes. Mas la gente y el reino que se sirviere a Nabucodonosor rey de Babilonia, y cualquiera que no encorvare su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia: visitaré aquel pueblo, dice el Señor, con cuchillo, y con hambre, y con peste; hasta que yo los consuma por su mano.* Este solo lugar de la Escritura parece

que basta, sin recurrir a la historia, para ver claramente el primer reino de oro con toda su extensión.

15. Del mismo modo parece evidente por la Escritura y por la historia, que este reino o imperio, fundado por Nabuco, ni se destruyó, ni se mudó, ni se alteró en cosa alguna sustancial, cuando Darío Medo y Ciro Persa sacudieron el yugo de Baltasar, hijo o nieto del mismo Nabuco, y se apoderaron de la capital del imperio. La única novedad que hubo entonces fue mudar el mismo imperio de cabeza o de rey, sentándose en aquel trono Darío Medo en lugar de Baltasar Caldeo. Expresamente lo dice así Daniel, testigo ocular, al fin del capítulo V. *Aquella misma noche mataron a Baltasar rey caldeo. Y Darío, que era Medo, le sucedió en el reino;* que es lo mismo que si dijéramos, murió Carlos II, rey de España, de la casa de Austria; y Felipe V francés, de la casa de Borbón, le sucedió en el reino. ¿En qué reino? No en otro sino en el mismo reino de España, de modo, que así como Felipe V sentándose en el trono de España no fundó otro reino nuevo, sino que imperó sobre el mismo de su antecesor, así Darío Medo, sentándose en el reino de Babilonia no hizo otra cosa que imperar sobre el reino, sobre el cual imperaba Baltasar. El mismo Daniel lo vuelve a decir en estos precisos términos al principio del capítulo IX: *En el año primero de Darío, hijo de Asuero, de la estirpe de los Medos, que tuvo el mando en el reino de los Caldeos.* Y como Ciro Persa y todos sus sucesores hasta Darío Comano, no imperaron sobre otro reino que sobre el que les dejó Darío Medo, sucesor inmediato de Baltasar, se sigue legítimamente que hasta Darío Comano, vencido por Alejandro, duró el primer reino de oro que fundó Nabuco; llámese este reino de Caldeos, o de Medos, o de Persas, importa poquísimo o nada, pues los nombres no mudan las cosas.

16. Demás de esto es cosa cierta que ni Darío, ni Ciro su nieto, ni algún otro de sus sucesores destruyeron a Babilonia, antes en ella misma se sentaron como en la capital del imperio, y Babilonia fue por mucho tiempo la corte de muchos reyes descendientes de Ciro, los cuales se llamaban indiferentemente reyes de Media y Persia, y también reyes de Babilonia. El año 32 de Artajerjes, cerca de cien años después de Ciro, el sacerdote Neemías que era su copero y favorito, no lo llama sino con el nombre de rey de Babilonia. Así dice: *Mas a todas estas cosas yo no me hallé en Jerusalén, porque el año treinta y dos de Artajerjes, rey de Babilonia, fuí a presentarme al rey.* Andando el tiempo, parece que la corte se pasó a otras partes, según la voluntad de sus reyes; mas el reino o imperio quedó siempre el mismo, sin novedad alguna, hasta Alejandro. Ni en el gobierno, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en la religión, nos consta que hubiese mudanza de consideración. Darío dejó la Media, y se pasó a Babilonia. Siguió allí mismo Ciro, Cambises, Artajerjes, etc. después de algunos años permaneció el nombre de Persia o imperio de los Persas, porque la corte se había pasado más de asiento a la provincia particular que se llamaba *Persia*, la cual en aquel tiempo era mucho menor del que después se ha llamado con este nombre. No tenemos, pues, razón alguna para dividir el reino de los Persas del de los Caldeos o Babilonios, porque es evidentemente el mismo reino de oro, fundado por Nabuco, que con el tiempo mudó de nombre, y nada más. Sobre todo (y esta es una circunstancia que no debemos disimular) el reino de los Persas que quieren que empiece desde Ciro, jamás fue menor, sino igual o mayor que el de los Caldeos, fundado por Nabuco, luego no puede ser el segundo reino figurado en la estatua,

pues expresamente dice la profecía, que será menor que el primero, y quizá tanto menor, cuanto lo es la plata respecto del oro. *Y después de ti se levantará otro reino menor que tú, de plata.*

Segundo reino

Párrafo IV

17. El segundo reino figurado el pecho y brazos de plata de la estatua decimos que no puede ser otro, que el de los Griegos, así por el distintivo particular que pone el Profeta al segundo reino, de ser menor que el primero, como por su misma constitución, es decir, por componerse todo de pecho y brazos. En el pecho podemos considerar el reino principal de los Griegos, que después se llamó de Siria, y en los brazos las dos ramas que se entendieron de los mismos Griegos, una hasta la Macedonia en Europa, y otra hasta Egipto en África, donde fundaron dos reinos particulares del todo independientes. Este reino, pues, o este imperio célebre de los Griegos no lo podemos mirar como ya formado en los días de Alejandro; este no hizo otra cosa que destruir, no edificar. Apenas podemos decir con alguna propiedad, que abrió las zanjas, y puso una u otra piedra para que sobre ella se levantase después el edificio.

18. En esto trabajó diez o doce años andando por el Asia como un rayo, o mejor diremos como un loco furioso, matando gente por todas partes, robando y destruyendo ciudades, que en nada le habían ofendido, casi sin sistema o designio formado: tanto, que al morir dividió todas sus conquistas en tantas partes, cuantos eran sus capitanes más favoritos, los cuales después de su muerte intentaron todos llamarse reyes y se coronaron como tales: *y repartió entre ellos su reino, cuando estaba aún en vida. Y sus cortesanos ocuparon el reino, cada cual en su lugar; y después de su muerte se ciñeron la corona.* Es verdad que esta división o testamento de Alejandro no tuvo efecto, ni era posible que lo tuviese en aquellas circunstancias. A pocos días comenzó la discordia, y la guerra viva entre los nuevos reyes; y habiéndose quebrado las cabezas junto con las coronas, se redujo todo a solos cuatro pretendientes que fueron Antígono, Seleuco, Ptolomeo, y Casandro. Este último vino a Macedonia, donde apenas hizo una triste figura, Ptolomeo se hizo fuerte en Egipto donde Alejandro lo había dejado de gobernador. Antígono y Seleuco vinieron a las manos y disputaron largo tiempo sobre el pecho de la estatua, hasta que Seleuco por muerte de su competidor quedó dueño absoluto de la principal parte del reino o imperio que acababa de destruir, digo de la parte principal, y no del todo, porque es certísimo que no todo lo que comprendía el imperio de los Persas quedó sujeto a la dominación de Seleuco. Muchas ciudades así de Persia, como de Media, no lo reconocieron por soberano. En el Asia menor se levantaron otros reyes que al fin se hicieron independientes, y todo el Egipto quedó enteramente libre debajo de otra cabeza particular. De esta suerte se verificó plenamente el distintivo que señala el Profeta al segundo reino, diciendo, que sería menor que el primero, como lo es la plata respecto del oro: *menor que tú, de plata.*

19. Este reino o imperio que empezó en Seleuco, es propiamente el reino de los Griegos, absolutamente diverso del primero en extensión, en gente, en riquezas, en leyes, en costumbres, en dioses, y aun en la lengua misma, que en toda el Asia, como el Egipto, se empezó luego a hacer común la de los nuevos dominantes.

Tercer reino

Párrafo V

20. El tercer reino o imperio célebre, figurado en el vientre y muslos de bronce de la estatua, es evidentemente el romano. La circunstancia o distintivo particular *el cual mandará a toda la tierra*, no sólo es *notablemente* agravante, sino que lo hace mudar de especie, y casi lo señala por su propio nombre. ¿De qué otro imperio se puede decir con verdad que dominó sobre toda la tierra conocida, sino del romano? Considerad este imperio en tiempo de Augusto, o de Trajano, o de Constantino, o de Teodosio; lo veréis tan grande, y de una tan vasta capacidad, que encierra dentro de su vientre todos cuantos reinos, principados y potestades se conocían entonces en el mundo viejo, esto es en Asia, África y Europa, sin quedar libres aún las islas del mar. Considerad el metal mismo que lo figura, que es el bronce, no sólo duro y fortísimo, sino también sonoro, porque no sólo sujetó tantos y tan diversos pueblos con la dureza y fuerza de sus armas, sino también quizá mucho más con el sonido y eco de su nombre. El Profeta dice del tercer reino, que será de bronce hasta los muslos: *el vientre y los muslos de cobre*; otro distintivo claro del imperio romano que tantos tiempos estuvo dividido en imperio de oriente y occidente.

21. Llegando aquí, señor, paréceme que os veo sorprendido no poco con esta novedad. Siendo esto así, me replicáis ¿donde está el cuarto reino de la profecía? Si el imperio romano es el realmente figurado en el vientre y muslos de bronce de la estatua, ¿cuál podrá ser el reino o imperio de hierro, figurado en las piernas, pies y dedos de la misma estatua? A esta pregunta, yo os respondo en primer lugar con otra pregunta, que tal vez os causará mayor admiración. Decidme, señor, con formalidad ¿cuál es vuestro sentimiento en orden al imperio romano? Más claro: ¿el imperio romano donde está? ¿Se ha subido acaso a la luna, o a los espacios imaginarios? Lo que ahora se llama o lo que es en realidad un imperio en Alemania, este es propiamente el imperio romano. Este, decís, es una reliquia del imperio romano, la cual después de destruido todo, se ha conservado, ya en Constantinopla, ya en Francia, ya en Alemania, hasta nuestros tiempos. Bien: ¿y a una reliquia, y reliquia tan pequeña, le queréis dar el nombre tan grande y tan sonoro, como de verdadero imperio romano? Esta reliquia ¿queréis que sea todavía uno de los cuatro reinos célebres de que habla la profecía? Mirad, amigo, no os equivoquéis.

22. De este modo deberéis decir, que todavía dura y persevera hasta nuestros días el imperio célebre de los Babilonios y Persas, señalando como con la mano aquella gran reliquia en que domina el Sofi, y que se llama reino de Persia. De este modo deberéis decir, que persevera hasta nuestros días el imperio célebre de los Griegos, señalando otra reliquia mucho mayor en que domina el gran Señor de Constantinopla; mas estas reliquias no son, amigo mío, los reinos o imperios célebres de que habla la profecía. Estos

imperios célebres se acabaron ya; si queda alguna reliquia, esa reliquia no es imperio, ni merece con alguna propiedad este nombre. Si queréis, no obstante, dar el nombre de imperio romano a esa reliquia que queda en Alemania, yo no contradigo, antes me conformo con el uso común; mas no por eso dejo de conocer que para el asunto de que hablamos, es este un nombre o título incapaz de llenar la profecía. Preguntad a todos los soberanos de Europa, si pertenecen de algún modo al imperio de Alemania, y veremos lo que responden. Preguntad al mismo imperio de Alemania, ¿qué fuera, y a qué viniera a reducirse, si su digna cabeza no fuese por otra parte, un príncipe tan grande, si no tuviese tantos estados, reinos y señoríos hereditarios de su propia casa? No tenéis, pues, que recurrir a esta reliquia, como si fuese todavía el uno de los cuatro reinos célebres, figurados en la estatua.

23. Así como el imperio de los Griegos se edificó sobre las ruinas del primer imperio, y el de todos los Romanos sobre las ruinas del segundo, y de cuantos otros señoríos particulares se conocían en el mundo, así puntualmente se edificó el cuarto imperio, de que habla la profecía, sobre las ruinas del imperio romano, que a todos se los había tragado. Para ver este cuarto y último imperio con toda claridad y con todas sus contraseñas, o distintivos particulares, no tenemos que encender muchas lámparas y linternas, ni tampoco nos es necesario navegar al oriente o al occidente. Nos basta abrir los ojos y mirar con alguna reflexión, mirar, digo, el estado presente de toda aquella gran porción de países que encerraba la estatua dentro de su vientre. Portugal, España, Francia, Inglaterra, Alemania, Polonia, Hungría, Italia, Grecia; en suma casi toda Europa. La Asia menor con todos sus reinos, la Siria, la Mesopotamia, Palestina, las tres Arabias, la Caldea, la Persia, el Egipto, todas las costas de África desde el Egipto hasta Marruecos, etc., todo esto comprendía y todo esto era el imperio romano. Mas ahora y algunos siglos ha, todo esto ¿qué es? Volved los ojos a la profecía, y estudiadla bien; y al punto descubriréis el cuarto imperio de hierro con tanta distinción y claridad, que os será imposible desconocerlo por más violencia que queráis hacer a vuestros ojos, y a vuestra propia razón.

Cuarto reino

Párrafo VII

24. Este cuarto reino o imperio de hierro, empezó a formarse desde el quinto siglo de la era cristiana, con la irrupción, que llaman de los bárbaros, los cuales como un torrente impetuoso y universal, inundaron, y arruinaron todas las provincias del imperio romano; o, siguiendo la semejanza de que usa la profecía, así como el hierro doma y quebranta todas las cosas por duras que sean, así esta multitud innumerable de gentes unas por el oriente, otras por el occidente, casi nada dejaron que no quebrantasen, domasen, y desmenuzasen: *Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza, y doma todas las cosas, así desmenuzará, y quebrantará a todos estos.* Este es el primer distintivo. En consecuencia, pues, de este destrozo casi universal, estas mismas gentes se dividieron entre sí todo el terreno, y formaron entre todas un reino o imperio del todo nuevo, diferentísimo de los otros tres. ¿Cuál es este? Es el mismo que actualmente

vemos, y que hemos visto muchos siglos ha. Y este es el segundo distintivo. *El reino será dividido*. Un reino será dividido; un reino de muchas cabezas, un reino compuesto de muchos reinos particulares, todos independientes, un reino cuyas partes confinan entre sí, como los dedos en los pies, comercian entre sí, se comunican, se ayudan mutuamente; pero jamás se unen de un modo que formen una misma masa. En una palabra: estas partes componen un todo, y al mismo tiempo conservan escrupulosamente su división, y su total independencia.

25. Los tres primeros reinos de la estatua, aunque compuestos de diferentes partes, o de diferentes pueblos y naciones, todas ellas se reunían bajo una sola cabeza, o física o moral, a quien reconocían, y a cuyas órdenes se movían. El reino cuarto no es así. Se compone, es verdad, de muchas partes diversas entre sí, de muchos reinos, repúblicas, principados y señoríos; pero cada cual es aparte es una pieza, que se mueve por sí misma con movimiento particular; es absoluta e independiente, reconoce su cabeza propia y peculiar. No obstante esta división, no obstante este movimiento particular de cada una, todas ellas se reúnen al fin, casi sin advertirlo, o a lo menos sin poder resistirlo, en unos mismos principios, en unos mismos intereses, en unas mismas leyes generales, necesarias para la conservación de todo el compuesto, y de todas y cada una de las partes que lo componen. Estos principios y leyes generales se reducen a una sola palabra, que todo lo comprende, y todo lo explica con suma propiedad, esto es, el equilibrio propísimo, y necesarísimo para que las partes no se destruyan, antes se sostengan mutuamente por el interés general de todas; y así se conserva indemne todo el compuesto en la misma división e independencia de sus partes. Sin esto pudiera con razón temerse, que alguna de las partes con la agregación de otras se hiciese tan grande, que dominase sobre todas, y ya teníamos en este caso otro reino o imperio, semejante a los tres primeros, el cual falsificara ciertamente la profecía. Mas no hay que temerlo; la profecía se cumplirá infaliblemente; porque Dios ha hablado, y las partes mismas que componen este todo singular, tendrán buen cuidado, como hasta ahora lo han tenido, de mantener su independencia, y conservarse divididas. *El reino será dividido*.

26. Dice más el Profeta de Dios, y este es el tercer distintivo, que este cuarto reino, aunque nacido, *de vena de hierro*, de aquel hierro fortísimo que a fuerza de golpes reiterados había hecho vomitar a la estatua, todo cuanto había devorado, y encerraba en su vientre, aunque su origen y raíz fuese el hierro mismo; no por eso sería sólido y duro como el hierro, sino parte sólido, y parte quebradizo. Esto significa, dice él mismo, estar mezclado el hierro con la greda en los dedos de los pies: *Y los dedos de los pies en parte de hierro, y en parte de barro cocido, en parte el reino será firme, y en parte quebradizo*. ¿Y qué otra cosa nos ha mostrado hasta ahora la experiencia? En la agitación y movimiento de todas las partes de este reino, en el choque casi continuo de unas con otras, en los golpes terribles que se han dado entre sí, ninguna otra cosa ha sucedido, sino que lo que era de hierro, ha quedado sólido y duro; y lo que era de greda, ha padecido necesariamente algunas quiebras, uniéndose después, ya con una, ya con otra, según la mayor o menor fuerza de la parte chocante.

27. Mas las partes sólidas, o los reinos particulares, lejos de unirse entre sí, después de los golpes que se han dado, por eso mismo se han endurecido y consolidado más, y han

quedado más divididos y más independientes. ¡Qué guerras tan sangrientas y tan obstinadas! ¡Qué batallas por mar y por tierra! ¡Qué máquinas! ¡Qué invenciones! ¡Qué preparativos! ¡Qué gastos! Parecía muchas veces que las partes del reino se iban a destruir infaliblemente. Parecía que alguna o algunas de ellas crecerían notablemente, convirtiendo a las otras en su propia sustancia; mas el efecto mostraba bien presto la verdad de la profecía; *El reino será dividido, en parte firme, y en parte quebradizo.*

28. Finalmente, concluye el profeta señalando el último distintivo: estas partes o reinos particulares, que componen el cuarto reino o imperio célebre, se unirán muchas veces entre sí con aquella especie de unión, que parece la más estrecha e indisoluble, cual es el matrimonio; mas no por eso dejarán de quedar tan divididas, como estaban antes. *Se mezclarán por medio de parentelas, mas no se unirán el uno con el otro.* Este distintivo parece tan claro, y tan conforme con el evento, que no ha menester otra explicación que una mediana noticia de la historia. Quién vio, por ejemplo, a Felipe II, rey de España; contraer matrimonio con la reina propietaria de Inglaterra, pensaría sin duda, que aquellos dos reinos, duros y sólidos, se iban a unir entre sí para formar entre los dos un solo reino; mas a pocos días mostró el suceso todo lo contrario. Quedaron aquellos reinos tan divididos como antes, y mucho más que antes. De este modo podemos discurrir por innumerables uniones de éstas, que nos ofrece la historia, y no son de este lugar.

29. En suma: desde que se fundó este cuarto reino, se fundó dividido. Las partes que lo componen, aunque todas tienen un mismo origen, que es el hierro, aunque todas confinan entre sí, como confinan los dedos en los pies, divididas empezaron, y divididas han perseverado sin interrupción. No se ha podido hasta ahora, ni se podrá jamás hacer de todas ellas un reino o un imperio, semejante a los tres primeros, que reconozca y se sujete a una sola cabeza. *El reino será dividido... se mezclarán por medio de parentelas, mas no se unirán el uno con el otro; o como leen las otras versiones, no se unirá esto a eso otro, o el uno con el otro.*

30. Porque el conocimiento de este reino cuarto nos es absolutamente necesario para poder entender la segunda y principal parte de la profecía, a donde ella se dirige, parece necesario tener presente, lo que sobre esto se halla en los doctores, y el modo con que pretenden acomodar al imperio romano los cuatro distintivos de que acabamos de hablar. Con esto podremos fácilmente comparar una explicación con otra, y pesadas ambas en fiel balanza, hacer una prudente elección.

Primer distintivo

31. *El cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza, y doma todas las cosas, así desmenuzará y quebrantará a todos estos.* Esta semejanza, dicen, le cuadra perfectamente sólo al imperio romano, el cual creció, y se engrandeció tanto como sabemos, quebrantando y domando todos los otros reinos, pueblos y naciones, como el hierro doma y quebranta todas las otras cosas. Si esto es verdad o no, lo pueden decidir los que tuvieren suficiente noticia de la historia romana. A nosotros nos parece claro, que los dos verbos *quebrantar* y *desmenuzar*, hablando de los Romanos y de sus conquistas,

son muy impropios; y su verdadero significado no concuerda con los hechos. ¿Con qué propiedad, ni con qué razón se puede decir de los Romanos que sujetaron a los otros pueblos a su dominación a fuerza de duros golpes de martillo? Qué ¿los quebrantaron, qué los desmenuzaron, qué los molieron, *al modo que el hierro desmenuza, y doma todas las cosas?* Otra idea muy diversa nos da la historia, y aun la misma Escritura divina nos dice, hablando de los Romanos, *como eran poderosos en fuerzas, y que venían en todo lo que se les pedía, y que cuantos se llegaron a ellos, habían ajustado con ellos, amistad... y habían conquistado toda la región por su consejo y paciencia.* Cotejad estas últimas palabras: poseyeron los Romanos todo lugar con su consejo y prudencia; con aquellas otras, todo lo poseyeron golpeando, quebrantando, desmenuzando, moliendo; y veréis qué diferencia y qué contrariedad. ¿Cuánto mejor le compete todo esto a aquella innumerable multitud de bárbaros, que acometieron por todas partes al mismo imperio romano y lo destruyeron? De estos sí que podemos decir con toda verdad y propiedad: todo lo domaron, lo quebrantaron, lo desmenuzaron, lo molieron, *al modo que el hierro desmenuza, y doma todas las cosas;* y también, que todo lo poseyeron, sin más prudencia ni consejo, que su propio furor, y su propia y natural barbarie. Ahora, amigo, si este primer distintivo del cuarto reino que es el que mostraba alguna apariencia, se halla mirado de cerca, inacomodable al imperio romano, ¿qué pensáis será de los otros tres?

Segundo distintivo

32. *El reino será dividido.* Esto se verificó, según unos, en los dos imperios, o en las dos partes del mismo imperio, dividido en imperio de oriente y de occidente; que el primero duró más que el segundo; sin duda porque el primero era de hierro, y el segundo de greda. Según otros esto se verificó en las cabezas de partido que fomentaron con tanta obstinación las guerras civiles; pues unos se rompieron como un vaso de barro, y otros permanecieron duros como el hierro.

Tercer distintivo

33. *En parte el reino será firme, y en parte quebradizo.* Esto se verificó, según unos, cuando el imperio romano se dividió en imperio de oriente y de occidente. Esto se verificó, según otros, que son los más, en tiempo de las guerras civiles entre Mario y Sila, entre César y Pompeyo, entre Augusto y Antonio. En ese tiempo el imperio romano fue como un reino dividido.

Cuarto distintivo

34. *Se mezclarán por medio de parentelas, mas no se unirán el uno con el otro.* Esto se verificó, según unos, cuando César y Pompeyo se reconciliaron e hicieron amigos; y para que la amistad fuese durable, Pompeyo le dio a César su hija en matrimonio. Lo mismo hizo después Augusto con Antonio; y no obstante estos casamientos, siempre fue adelante la división y la discordia. Yo no me detengo en hacer nuevas reflexiones sobre la

acomodación de estos tres últimos distintivos, porque algo hemos de dejar a los lectores. Me contento solamente con pedir a todos los intérpretes de la Escritura, y a otros muchos escritores que han tocado este punto, que me señalen en el imperio romano, y esto con distinción y claridad, los pies y dedos de la estatua, *en parte de hierro, en parte de barro cocido*; de modo, que todos ellos estén juntos, coexistentes, y en estado de recibir todos a un mismo tiempo el golpe de cierta piedra, que debe caer sobre ellos, y hacerlos polvo. Este es, señor mío, el gran trabajo, la gran dificultad, el sumo embarazo. Lo que hasta aquí hemos visto y observado, es realmente nada, respecto de lo que queda.

Segunda parte de la profecía

Caída de la piedra sobre los pies de la estatua, y fundación de otro nuevo reino sobre las ruinas de todos.

Párrafo VII

35. No me hubiera detenido tanto en esta primera parte de la profecía, si no viese la necesidad que hay de su plena inteligencia para la inteligencia plena de la segunda parte, que es la que hace inmediatamente a nuestro propósito. *Mas en los días de aquellos reinos el Dios del cielo levantará un reino, que no será jamás destruido, y este reino no pasará a otro pueblo, sino que quebrantará y acabará todos estos reinos: y él mismo subsistirá para siempre.* Este último reino, dice la profecía, lo fundará establenente cierta piedra desprendida de un monte, *sin manos*, esto es por sí misma, sin que ninguno la desprenda, ni le dé movimiento, impulso y dirección, la cual bajará a su tiempo directamente contra la estatua, le dará el más terrible golpe que se ha dado jamás, no en la cabeza, ni en el pecho, ni en el vientre, pues allí ya no estará el reino o el imperio, sino en sus pies de hierro y de greda, a donde actualmente se hallará todo, habiendo ido bajando de la cabeza al pecho, del pecho al vientre, del vientre a las piernas y pies. Al primer golpe los quebrantará, y aun los hará polvo; *cuando sin mano alguna se desgajó del monte una piedra* (dice Daniel), *e hirió a la estatua en sus pies de hierro, y de barro, y los desmenuzó.* Entonces, al mismo golpe de la piedra, sin ser necesario repetir otro golpe, todo el coloso vendrá a tierra, reduciéndose todo a una como leve ceniza, que desaparecerá con el viento; *Entonces fueron asimismo desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata, y el oro, y reducidos como a tamo de una era de verano, lo que arrebató el viento; y no parecieron más;* y la piedra misma que dio el golpe, se hará al punto un monte tan grande que ocupará toda la tierra; *pero la piedra que había herido la estatua, se hizo un grande monte, e hinchó toda la tierra.* Este es el hecho anunciado en la profecía. Veamos ahora la explicación.

36. Todos los intérpretes de la Escritura, en cuanto yo he podido averiguar, dan por cumplida plenamente esta profecía y verificado este gran suceso. Todos suponen citándose por toda prueba los unos a los otros, que la piedra de que aquí se habla ya bajó del monte siglos ha. ¿Cuándo? Cuando bajó del cielo a la tierra el Hijo de Dios... *que fue*

concebido por el Espíritu Santo y nació de santa María Virgen. Esta encarnación del Hijo de Dios de María Virgen por obra del Espíritu Santo, quieren que signifique aquella expresión, *sin mano alguna se desgajó del monte una piedra... esto es* (dicen) *sin consorcio de varón*, que hirió ya la estatua, y la convirtió toda en polvo y ceniza. ¿Cuándo? Cuando con su doctrina, con su pasión, con su muerte de cruz, con su resurrección, con la predicación del evangelio, etc. destruyó el imperio del diablo, de la idolatría y del pecado. Suponen que la misma piedra comenzó entonces a crecer, y poco a poco ha ido creciendo tanto, que se ha hecho un monte de una desmesurada grandeza, y ha llenado casi toda la tierra. ¿Qué monte es este? No es otro que la Iglesia cristiana, la cual es el quinto y último reino de la profecía, incorruptible y eterno.

37. No se puede negar que todo está bien discurrido. Aquí podéis ya ver con vuestros propios ojos, lo que os decía al principio, esto es, la verdadera razón que ha obligado a nuestros doctores a dar al imperio romano el cuarto lugar en el orden de los reinos que figura la estatua. Mas yo no quiero ya reparar en esto, dejándolo todo a vuestras reflexiones, pues me llama toda la atención otra cosa que hallo aquí, mucho más admirable y digna de reparo; quiero decir, el salto repentino y prodigioso que veo dar en un momento desde lo material hasta lo espiritual. Sobre este salto tan repentino se me ofrecen naturalmente dos dificultades, cuya solución no se halla en los doctores, ni me parece posible hallarla a lo menos del modo que la habíamos menester; no cierto porque no vean dichas dificultades, ni porque no den muestras de querer resolverlas; sino porque su respuesta me parece, como de una persona que habla entre dientes, o con voz tan baja, que no es fácil entender lo que quiere decir.

Primera dificultad

38. Si la piedra de que habla la profecía se desprendió ya del monte, y cayó o bajó sobre esta nuestra tierra en tiempo de Augusto, debió haber bajado o caído, directa o indirectamente sobre los pies y dedos de la grande estatua, y desmenuzarlos a ellos en primer lugar; porque esta circunstancia de la profecía, tan particular y tan ruidosa, debe significar algún suceso particular. Se pregunta, pues, ¿qué pies y dedos pueden ser estos, parte de hierro y parte de greda que había en el mundo en tiempo de Augusto, o sea en el mismo imperio romano, o en el imperio del diablo, los cuales quebranto la piedra con su golpe?

Segunda dificultad

39. Los cuatro metales de la estatua, oro, plata, bronce, y hierro, ¿figuraban cuatro reinos solo metafóricos o espirituales, o cuatro reinos materiales, corporales, visibles, que físicamente habían de aparecer en el mundo? Si lo primero: ¿para qué nos cansamos, y se han cansado tanto los doctores en buscar estos reinos entre los Caldeos, Persas, Griegos y Romanos? ¿No ha sido este un trabajo perdido? Si lo segundo: a estos reinos materiales, corporales, visibles, de que solamente se habla, debía haber quebrantado y desmenuzado ya la piedra; no a reinos metafóricos y espirituales de que no sé habla; *quebrantarán* y

acabará todos los reinos, dice la profecía hablando de la piedra, y luego añade; *quebrantará el hierro, el barro, el cobre, la plata, y el oro*. Parece un modo de explicar la santa Escritura bien fácil y cómodo; tomar la mitad de un texto en un sentido, y la otra mitad en otro tan diverso y distante, cuanto lo es el oriente del occidente. Mientras se responde a estas dos dificultades de algún modo, siquiera perceptible, yo voy a satisfacer a otra, o a mostrar el equívoco en que se funda.

Examen de la piedra

Párrafo VIII

40. La piedra de que habla esta profecía, nos dicen con suma razón, es evidentemente el mismo Jesucristo hijo de Dios e hijo de la Virgen. Del mismo modo es evidente, que esta piedra preciosa ya bajó del monte, o del cielo, *al vientre de la virgen* en el siglo de Augusto, cuando el imperio romano estaba en su mayor grandeza y esplendor. Del mismo modo es evidente, que en consecuencia de esta bajada, *en el vientre de la virgen*, aunque no luego al punto, como parece que lo da a entender la profecía, mas poco a poco se ha ido arruinando el imperio del diablo, el cual estaba en los imperios de los hombres, y era sostenido por ellos. Con lo cual también es evidente que poco a poco ha ido creciendo la misma piedra, y ha llenado casi todo el mundo por medio de la predicación del evangelio, y establecimiento del cristianismo. Todo esto en sustancia es lo que anuncia esta grande profecía ya cumplida, y no tenemos otra cosa que esperar, ni que temer en ella. Todo esto en sustancia, es también lo que se halla en los intérpretes de la Escritura, y a este solo sofisma se reduce todo su modo de discurrir.

41. La piedra de que habla esta profecía, se responde, es evidentemente el mismo Mesías Jesucristo, hijo de Dios e hijo de la Virgen. Esta proposición general es cierta e indubitable. Mas como todos los cristianos sabemos y creemos de la misma persona de Jesucristo, no una sola, sino dos venidas infinitamente diversas, para no confundir lo que es de la una, con lo que es de la otra, tenemos una regla cierta e indefectible dictada por la lumbre de la razón, y también por la lumbre de la fe; es a saber, que si lo que anuncia una profecía para la venida del Señor no tuvo lugar, ni lo pudo tener en su primera venida, lo esperamos seguramente para la segunda, que entonces tendrá lugar, y se cumplirá con toda plenitud. Todo esto, pues, que nos dicen, de que la piedra, *esto es, Cristo*, bajó ya del cielo, *al vientre de la Virgen*, que predicó, que enseñó, que murió, que resucitó, que alumbró al mundo con la predicación del evangelio, que poco a poco ha ido destruyendo en el mundo el imperio del diablo, etc.; todo esto es cierto e innegable, lo creemos y confesamos todos los cristianos, penetrados del más vivo reconocimiento; mas todo eso pertenece únicamente a la venida del Mesías, que ya sucedió. Fuera de esta esperamos otra no menos admirable, en la cual sucederá infaliblemente lo que a ella sólo pertenece, y está anunciado para ella clarísimamente, y entre otras cosas sucederá en primer lugar todo lo que anuncia esta grande profecía, que actualmente observamos.

42. Del Mesías, en su primera venida, se habla claramente en muchísimos lugares de la Escritura, y en ellos se anuncia su vida santísima, su predicación, su doctrina, sus milagros, su muerte, su resurrección, la perdición de Israel, y la vocación de las gentes, etc. Mas no, no es preciso que siempre se hable de estos misterios por grandes y admirables que sean, habiendo otros igualmente grandes y admirables, que piden su propio y natural lugar. Aun debajo de la similitud de piedra se habla en Isaías, capítulo XXVIII, de la primera venida del Mesías, y las consecuencias terribles para Israel. *He aquí, (dice) que yo pondré en los cimientos de Sión una piedra, piedra escogida, angular, preciosa, fundada en el cimiento.* Y en el capítulo octavo había anunciado que el Mesías sería para el mismo Israel, por su incredulidad y por su iniquidad, como una piedra de ofensión y de escándalo, y como un lazo y una ruina para los habitantes de Jerusalén.

43. Mas esta piedra preciosa, electa, probada, que bajó *al vientre de la Virgen* ni bajó con ruido ni terror, sino con una blandura y suavidad admirable, no bajó para hacer mal a nadie; sino antes para hacer bien a todos *porque no envió Dios su hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.* Decía el mismo Señor, que lo envió Dios a este mundo, y lo puso en él como una piedra angular y fundamental, para que sobre esta piedra, como sobre el más firme y sólido fundamento, se levantase hasta el cielo el grande edificio de la Iglesia. Así lejos de hacer daño alguno con su caída, o con su bajada del cielo, lejos de caer sobre alguna cosa, y quebrantarla con el golpe, fue por el contrario, y lo es hasta ahora una piedra bien golpeada y bien martillada; una piedra sobre quien cayeron muchos, y caen todavía con pésima intención, con intención de quebrantarla, y desmenuzarla, y reducirla a polvo, si les fuese posible. Y no obstante la experiencia de su dureza, no obstante la experiencia de lo poco que se avanza, y de lo mucho que se arriesga en golpear esta piedra preciosa, hasta ahora no ha faltado, ni faltará gente ociosa y perversa que quiera tomar sobre sí el empeño inútil y vano de dar contra ella y perseguirla.

44. *¿Nunca leísteis en las Escrituras (les decía él mismo a los Judíos), la piedra, que desecharon los que edificaban, esta fue puesta por cabeza de esquina... el que cayere sobre esta piedra será quebrantado, y sobre quien ella cayere, lo desmenuzara?* Veis aquí claramente las dos venidas del Mesías, y las consecuencias inmediatas de la una y de la otra; lo que ha hecho y hace con ella, y lo que hará cuando baje del monte contra la estatua, y contra todo lo que en ella se incluye. De manera, que habiendo bajado la primera vez pacíficamente, sin ruido ni terror, habiendo sufrido con infinita paciencia todos los golpes que le quisieron dar, se puso luego por base fundamental del edificio grande y eterno que sobre ella se había de levantar. El que cree, *de fe no fingida*, el que quiere de veras ajustarse a esta piedra fundamental, el que para esto se labra a sí mismo, y se deja labrar, devastar y golpear, etc., este es salvo seguramente, este es una piedra viva, infinitamente más preciosa de lo que el mundo es capaz de estimar; éste se edifica sobre fundamento eterno, y hará eternamente parte del edificio sagrado. *Al cual allegándoos, que es la piedra viva, desechada en verdad por los hombres, mas escogida de Dios, y honrada. Y sobre ella como piedras vivas sed edificados casa espiritual;* les decía San Pedro a los primeros fieles al contrario, el que no cree, o sólo cree con aquella especie de fe, *que sin obras es muerta;* mucho más el que persigue a la piedra fundamental, y da

contra ella, él tendrá toda la culpa, y a sí mismo se deberá imputar todo el mal, si se rompe la cabeza, las manos y pies; *el que cayere sobre esta piedra será quebrantado*.

45. Esto es puntualmente lo que sucedió a mis Judíos en primer lugar. Después de haber reprobado y arrojado de sí esta piedra preciosa, después que, no obstante su reprobación, la vieron ponerse *por cabeza de esquina*, después que vieron el nuevo y admirable edificio, que a gran prisa se iba levantando sobre ella, llenos de celo, o de furor diabólico, comenzaron a dar golpes y más golpes a la piedra fundamental, pensando romperla, despedazarla, y hacer caer sobre ella misma el edificio que sustentaba; mas a poco tiempo se vio verificada en estos primeros perseguidores la primera parte de la profecía del Señor; *el que cayere sobre esta piedra será quebrantado*. Salieron de aquel empeño tan descalabrados, que ya veis por vuestros ojos, y ha visto y ve todo el mundo, el estado miserable en que han quedado; no han podido sanar, ni aun volver en sí en tantos siglos.

46. Siguieron los Gentiles el mismo empeño, armados con toda la potencia de los Césares; y habiéndola golpeado en diferentes tiempos, y cada vez con nuevo furor, nada consiguieron al fin, sino hacerse pedazos ellos mismos, y servir, sin saberlo, a la construcción de la obra, labrando piedras a millares, para que creciese más presto. Después acá, ¿qué máquinas no se han imaginado y puesto en movimiento para vencer la dureza de esta piedra? Tantas cuantas han sido las herejías. ¿Con qué empeño, con qué obstinación, con qué violencia, con qué artificios, con qué fraudes han trabajado tantos para arruinar lo que ya está edificado *sobre piedra sólida*? Pero todo en vano. No han sacado otro fruto de su trabajo, que el que se lee en Jeremías; *trabajaron para proceder injustamente*, y la piedra ha quedado incorrupta e inmóvil como el edificio que sustenta. Y no obstante la experiencia de tantos siglos, piensan todavía algunos, que se dan a sí mismos el nombre bien impropio de espíritus fuertes, que bastará su filosofía y su coraje para salir con la empresa: veremos al fin en lo que para su coraje y su filosofía, *el que cayere sobre esta piedra será quebrantado*. Lo que sobre esto han visto los siglos pasados, eso mismo en sustancia deberán ver los venideros, como *está escrito*. La piedra que bajó del cielo *al vientre de la Virgen*, cuanto es de su parte, a nadie ha hecho daño, porque no bajó sino para bien de todos, *para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia*. Si muchos se han quebrado en ella la cabeza, la culpa ha sido toda suya, no de la piedra. *El hijo del hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas*.

47. El profeta Isaías, hablando del Mesías en su primera venida, dice: *la caña cascada no la quebrará, y la torcida que humea no la apagará*. Expresiones admirables y propísimas para explicar el modo pacífico, amistoso, modesto y cortés con que vino al mundo, con que vivió entre los hombres, y con que hasta ahora se ha portado con todos, sin hacer violencia a ninguno, sin quitar a ninguno lo que es suyo, y sin entrometerse en otra cosa, que en procurar hacer todo el bien posible a cualquiera que quiera recibirlo, sufriendo al mismo tiempo con profundo silencio, y con infinita paciencia, descortesías, ingraticudes, injurias y persecuciones. Pero llegará tiempo, y llegará infaliblemente, en que esta misma piedra, llenas ya las medidas del sufrimiento y del silencio, baje segunda vez con el mayor estruendo, espanto y rigor imaginable, y se encamine directamente hacia los pies de la grande estatua. *El Señor como fuerte saldrá, como varón guerrero despertará su celo, voceará, y gritará, sobre sus enemigos se esforzará. Callé siempre, estuve en*

silencio, sufrí, hablaré como la que está de parto, destruiré, y devoraré al mismo tiempo. Entonces se cumplirá con toda plenitud la segunda parte de aquella sentencia, el cayere sobre esta piedra será quebrantado, y sobre quien ella cayere lo desmenuzará; y entonces se cumplirá del mismo modo la segunda parte de nuestra profecía, cuya observación y verdadera inteligencia nos ha tenido hasta aquí suspensos y ocupados: cuando sin mano alguna se desgajó del monte una piedra, e hirió a la estatua en sus pies de hierro, y de barro, y los desmenuzó, etc.

48. No tenemos, pues, razón alguna para confundir un misterio con otro. Aunque la piedra en sí es una misma, *esto es, Cristo Jesús*, mas las venidas, o caídas, o bajadas a esta nuestra tierra son ciertamente dos muy diversas entre sí, y tan de fe divina la una como la otra. Así, lo que no se verificó, ni pudo verificarse en la primera, se verificará infaliblemente en la segunda. Esto es lo que andan huyendo los doctores, sin duda, para no exponer su sistema a un peligro tan evidente. Esto los ha obligado a invertir el orden de los reinos, dando al de los Griegos el lugar y el distintivo que no es suyo, ni puede competerle; que es este; *el cual mandará toda la tierra*; y dándole al imperio romano el último lugar, para que se halle presente a lo menos a la primera venida del Señor; y a esto se enderezan, en fin, tantas ingeniosas acomodaciones, tan visiblemente arbitrarias, violentas y fuera del caso. Se ve claramente que temen, y exceptuando el peligro de su sistema, no se sabe por qué temen, ni qué es lo que temen.

49. Pues bajando la piedra del monte, y habiendo desmenuzado y convertido en polvo la grande estatua, dice el texto sagrado, que la piedra misma se hizo luego un monte tan grande, que cubrió y ocupó toda la tierra. El cual enigma explica el Profeta por estas palabras. (Ved si las podéis acomodar a la Iglesia presente.) *Mas en los días de aquellos reinos* (de los que acaba de hablar, que son figurados en los dedos de la estatua, o si queréis de los figurados en toda ella) *el Dios del cielo levantará un reino, que no será jamás destruido, y este reino no pasará a otro pueblo; sino que quebrantará y acabará todos estos reinos, y él mismo subsistirá para siempre.*

50. Ahora decidme de paso, ¿la Iglesia presente es realmente aquel reino de Dios de quien se dice, y no *pasará a otro pueblo*? ¿Cómo, cuándo sabemos de cierto que habiéndose fundado este reino en solos los Judíos, y habiendo estado algún tiempo en este pueblo, solo la potestad o lo activo de este reino, después de algunos años se entregó a otro pueblo diverso, cuál es el de las gentes? Decidme más. ¿La Iglesia presente es en realidad aquel reino célebre, que ha arruinado ya, ha desmenuzado, ha convertido en polvo y consumido enteramente todos los reinos figurados en la estatua, o en los dedos de sus pies? Pues esto asegura la profecía de este reino célebre: *que quebrantará y acabará todos estos reinos*. Aunque no hubiera otras pruebas que esto sólo, bastaba para hacernos conocer *hasta la evidencia*, la poca bondad de vuestra explicación; y por consiguiente de vuestro sistema. Pues ¿qué será, si a esto se añaden todas las otras observaciones generales y particulares que quedan hechas sobre el asunto?

51. Comparad ahora por último estas palabras que se dicen de la piedra, cuando bajó del monte; *que quebrantará y acabará todos estos reinos*; con aquella evacuación de que habla San Pablo; *cuando hubiere destruido todo principado, y potestad, y virtud*, y veréis

un mismo suceso, anunciado con diversas palabras. San Pablo dice, hablando de propósito de la resurrección de los santos, y por consiguiente de la venida de Cristo, en que esta debe suceder, que cuando el Señor venga, evacuará la tierra, en primer lugar, de todo principado, potestad y virtud. Daniel dice, que destruirá y consumirá todos los reinos figurados en la estatua. ¿No dicen una misma cosa el Apóstol y el Profeta? Comparad del mismo modo estos dos lugares con lo que se dice en el salmo CIX, hablando con Cristo mismo, *El Señor está a tu derecha, quebrantó a los reyes en el día de su ira*, con lo que se dice en el salmo II, *entonces les hablará él en su ira, y los conturbará en su furor*, con lo que se dice en Isaías en varias partes; *que en aquel día visitará el Señor... sobre los reyes de la tierra, que están sobre la tierra. Y serán cogidos y atados en un sólo haz para el lago, etc.*, con lo que se dice en Abacuc, capítulo III; *maldijiste sus cetros*; y por abreviar, con lo que se dice de todos los reyes de la tierra en el capítulo XIX del Apocalipsis, y esto al venir ya del cielo el Rey de los reyes. Todo esto, y muchas más cosas que sobre esto hay en las Escrituras, es necesario que se verifiquen algún día, pues hasta el día de hoy no se han verificado, y es necesario que se verifiquen, cuando la piedra baje del monte; pues para entonces están todas anunciadas manifiestamente. Entonces deberá comenzar otro nuevo reino sobre toda la tierra, absolutamente diverso de todos cuantos hemos visto hasta aquí, el cual reino lo formará la misma piedra que ha de destruir y consumir toda la estatua; *la piedra que había herido la estatua, se hizo un grande monte, e hinchó toda la tierra*. A lo que alude visiblemente San Pablo cuando añade luego después de la evacuación de todo principado, potestad y virtud, *que es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies*. Y veis aquí, señor mío, claramente comenzado el juicio de los vivos, que nos enseña el símbolo de nuestra fe, y que tanto nos anuncian y predicán las Escrituras.

Conclusión

52. La seria consideración de este gran fenómeno, después de observado con tanta exactitud, podría ser utilísima, en primer lugar para aquellas personas religiosas y pías, que lejos de contentarse con apariencias, ni deleitarse con discursos ingeniosos y artificiales, buscan solamente la verdad, no pudiendo descansar en otra cosa. Mucho más útil pudiera ser respecto de otras personas, de que tanto abunda nuestro siglo, que afectan un soberano desprecio de las Escrituras, en especial de las profecías; diciendo ya públicamente, que no son otra cosa que palabras al aire, sin otro sentido que el que quieren darle los intérpretes. Unas y otras podrían quedar, en la consideración de esta sola profecía, y en el confronto de ella con la historia, penetradas del más religioso temor, y del más profundo respeto a Dios y su palabra.

53. Desde Nabucodonosor hasta el día de hoy, esto es, por un espacio de más de dos mil trescientos años, se ha venido verificando puntualmente lo que comprende y anuncia esta antiquísima profecía. Todo el mundo ha visto por sus ojos las grandes revoluciones que han sucedido para que la estatua se formase y se completase desde la cabeza hasta los pies. La vemos ya formada y completa, según la profecía, sin que haya faltado la menor circunstancia. Lo formal de la estatua, es decir, el imperio y la dominación, que primero estuvo en la cabeza, se ha ido bajando a vista de todos, por medio de grandes

revoluciones, de la cabeza al pecho y brazos; del pecho y brazos al vientre y muslos; del vientre y muslos a las piernas, pies y dedos, donde actualmente se halla. No falta ya sino la última época, o la más grande revolución, que nos anuncia esta misma profecía con quien concuerdan perfectamente otras muchísimas, que en adelante iremos observando. Mas esta última ¿por qué no se recibe como se halla? Quien ha dicho la verdad en tantos y tan diversos sucesos que vemos plenamente verificados, ¿podrá dejar de decirla en uno sólo que queda por verificarse? ¿Por qué, pues, se mira este suceso con tanta indiferencia? ¿Por qué se afecta no conocerlo? ¿Por qué se pretende equivocarse y confundir la caída de la piedra sobre los pies de la estatua, y el fin y término de todo imperio y dominación, con lo que sucedió en la primera venida quieta y pacífica del hijo de Dios?

54. No sé, amigo, ¡qué es lo que tememos, qué es lo que nos obliga a volver las espaldas tan de repente, y recurrir a cosas tan pasadas, y tan ajenas de todo el contexto! ¿Acaso tememos la caída o bajada de la piedra, la venida del Señor en gloria y majestad? Mas este temor no compete a los siervos de Cristo, a los fieles de Cristo, a los amadores de Cristo; porque *la caridad... echa fuera el temor...* Estos por el contrario deben desear en esta vida, y clamar día y noche con el profeta: *¡Oh si rompieras los cielos, y descendieras! A tu presencia los montes se derretirían. Como quemazón de fuego se deshicieran, las aguas ardieran en fuego, para que conociesen tus enemigos tu nombre.* A estos se les dice en el salmo segundo; *Cuando en breve se enardeciere su ira, bienaventurados todos los que confían en él.* A estos se les dice en el evangelio, *entonces verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube con grand poder y majestad. Cuando comenzaren pues a cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención.* A estos les dice en el Apocalipsis; *Y el Espíritu, y la Esposa dicen: Ven. Y el que lo oye diga: Ven.* A estos en fin les dice San Pablo: *esperamos al Salvador nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme a su cuerpo glorioso, según la operación con que también puede sujetar a sí todas las cosas.* Estos, pues nada tienen que temer, deben arrojar fuera de sí todo temor, y dejarlo para los enemigos de Cristo, a quienes compete únicamente temer, porque contra ellos viene.

55. ¿Acaso tememos las consecuencias de la caída y bajada de la piedra, esto es, que la piedra se haga un monte tan grande, que cubra toda esta nuestra tierra? O por hablar con los términos que habla casi toda la divina Escritura, ¿tememos aquí al reino o al juicio de Cristo sobre la tierra? Mas, ¿por qué? ¿No están convidadas todas las criaturas, aun las insensibles, a alegrarse y regocijarse, *porque vino, porque vino a juzgar la tierra?* ¿No estamos certificados de que juzgará al orbe de la tierra *con equidad, y los pueblos con su verdad;* que juzgará el orbe de la tierra en justicia, y los pueblos en equidad; que juzgará la tierra, y *no juzgará según vista de ojos, ni argüirá por oído de orejas* (que ahora falla muchas veces); *sino que juzgará a los pobres con justicia, y reprenderá con equidad en defensa de los mansos de la tierra?* ¿No nos dan los Profetas unas ideas admirables de la bondad de este Rey, y de la paz, quietud, justicia y santidad de todos los habitantes de la tierra, de bajo del pacífico Salomón? Pues, ¿qué tienen que temer los inocentes un Rey infinitamente sabio, y un juicio perfectamente justo?

56. ¿Acaso tememos (y este puede ser motivo aparente de temor) acaso tememos el afligir, desconsolar, ofender y faltar al respeto y acatamiento debido a las cabezas sagradas y respetables del cuarto reino de la estatua? ¡Oh, qué temor tan mal entendido! El decir clara y sencillamente *lo que está declarado en la escritura de la verdad*; el decir a todos los soberanos actuales, que sus reinos, sus principados, sus señoríos, son conocidamente los figurados en los pies y dedos de la grande estatua, haciéndoselos ver por sus ojos en la Escritura de la verdad; el decirles, que estos mismos reinos nos son los inmediatamente amenazados del golpe de la piedra, ¿se podrá mirar como una falta de respeto, y no antes como un servicio de suma importancia? Lo contrario, sería faltarles al respeto, faltarles a la fidelidad, faltarles al amor que les debemos, como a imágenes de Dios, ocultándoles una verdad tan interesante después de conocida. Para decir esta verdad, no hay necesidad de tomar en boca a las personas sagradas que actualmente reinan; esto sí que sería una falta reprehensible; pues no es lo mismo los reinos actuales, que las cabezas actuales de los reinos; las cabezas se mudan, *por cuanto la muerte no permitía que durasen*; mas los reinos van adelante. Así como ninguno sabe cuando bajará la piedra, ni Dios lo ha revelado, ni lo revelará jamás; así ninguno puede saber quienes serán entonces las cabezas de los reinos, ni las novedades que en ellos habrá en los siglos venideros. Por eso el mismo Señor con frecuencia nos exhorta en los Evangelios a la vigilancia en todo tiempo, porque no sabemos cuando vendrá. *Velad... porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Velad... en todo tiempo; Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad.*

57. Ni a los soberanos presentes, ni a sus sucesores, ni a sus ministros, ni a sus consejeros, ni a sus grandes, les puede ser esta noticia del menor perjuicio; antes por el contrario, les puede ser de infinito provecho si la creen. Y dichosos mil veces los que la creyeren; dichosos los que le dieran la atención y consideración que pide un negocio tan grave; ellos procurarán ponerse a cubierto, ellos se guardarán del golpe de la piedra, ciertos y seguros que nada tienen que temer los amigos; pues sólo están amenazados los enemigos. Mas si la noticia, o no se cree, o se desprecia y echa en olvido, ¿qué hemos de decir, sino lo que decía el Apóstol de la venida del Señor? *Que el día del Señor vendrá como un ladrón de noche. Porque cuando dirán paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina.* Las profecías no dejarán de verificarse porque no se crean, ni porque se haga poco caso de ellas, por eso mismo se verificarán con toda plenitud.

FENÓMENO II

Las cuatro bestias del capítulo séptimo del mismo Daniel.

Párrafo I

58. El misterio de estas cuatro bestias, dicen todos los intérpretes de la Escritura, que es el mismo que el de la estatua, representado solamente por diversos símbolos o figuras. En

esta suposición, que les parece cierta, no tienen que hacer aquí otra diligencia, que procurar acomodar del modo posible a los cuatro reinos célebres de la estatua todo lo que dice de las cuatro bestias, con esta sola diferencia, bien digna de particular atención; a saber, que este último misterio, no obstante de ser el mismo que el de la estatua, según dicen, no lo concluyen como el primero, en la primera venida del Mesías, así les fuera de algún modo posible, sino que pasan muy adelante, y lo llevan hasta la segunda; llevando por consiguiente hasta aquel tiempo su imperio romano, bajado de la luna, o resucitado. Este imperio romano, prosiguen diciendo, es el que aquí se representa bajo la figura de una bestia nueva y ferocísima, esto es, la cuarta, coronada de diez cuernos terribles, que el Profeta mismo explica diciendo que significan otros tantos reyes, los cuales aunque en el imperio romano, mientras vivía en este mundo, nadie los ha podido señalar; mas es cosa fácil señalarlos, a lo menos en general, para otros tiempos todavía futuros.

59. Estos diez reyes, pues, (nos advierten con gran formalidad) hasta ahora no han venido al mundo; pero vendrán infaliblemente hacia el fin del mismo mundo. Aunque el Profeta los pone en la cabeza de la cuarta bestia, esto es, del imperio romano (nos advierten segunda vez), no por eso serán reyes del imperio romano, sino que saldrán de este imperio, y habiendo salido de este imperio, irán a reinar a otras partes, y en ellas harán todos aquellos males y estragos horribles que anuncia la profecía. Esto es lo mismo que si dijéramos, según me parece, los cuernos que vemos en la cabeza, verbi gratia de un toro, no son en realidad cuernos de un toro, sino cuernos que han salido del toro y habiendo salido del toro, hacen grandes males, y matan mucha gente, sin que el toro tenga en esto la menor parte; lo cual no dejará de parecer una novedad bien singular. Veis aquí, señor, una prueba bastante buena de lo que acabamos de apuntar al fin del fenómeno antecedente; digo, del respeto y acatamiento mal entendido a los soberanos, que obliga a los doctores a disfrazar algunas verdades, o tal vez no conocerlas. Como piensan por una parte que la cuarta bestia de diez cuernos es el imperio romano que suponen vivo; como piensan por otra parte, que todos los soberanos de la Europa, del Asia, y del África, donde antiguamente dominaba Roma, son reyes del imperio romano (y no se alcanza como puedan haber ideas tan falsas en hombres tan cuerdos); como piensan, en suma, del mismo modo que se pensaba en el cuarto siglo, cuando el imperio romano estaba en su mayor esplendor y grandeza, no quieren que se piense que hablan de aquella reliquia del imperio romano que queda en Alemania, ni tampoco de los reyes que se han dividido entre sí, muchos siglos ha, lo que era antiguamente imperio romano. Pues ¿cómo será? No hay otro remedio para poder cumplir con tantas y tan graves obligaciones, sino hacer salir del imperio romano (¿de cuál?) diez reyes que vayan a reinar por ese mundo, y hagan por allá lo que les pareciere. Mas dejando estas cosas, que parecen tan poco serias, atendamos ya a la observación de nuestro fenómeno.

60. Dos puntos principales contiene este misterio, que piden toda nuestra atención, ni mas ni menos que el misterio de la estatua. El primero es, las bestias mismas, o el conocimiento y verdadera inteligencia de lo que en ellas se simboliza. El segundo, la venida en las nubes de cierto personaje admirable, que al profeta le pareció, como *Hijo de Hombre*, y todas las resultas de su venida. Aunque este segundo punto es el principal, y el que hace inmediatamente a nuestro propósito, no por eso deja de ser importante, y aun necesaria la inteligencia del primero.

Descripción de las cuatro bestias

Y explicación de este misterio, según se halla en los expositores.

Párrafo II

61. *Veía de noche en mi visión, y he aquí los cuatro vientos del cielo combatía en el mar grande. Y cuatro grandes bestias subían de la mar diversas entre sí. La primera como leona, y tenía alas de águila; mientras yo la miraba le fueron arrancadas las alas, y se alzó de tierra y se tuvo sobre sus pies como un hombre, y se le dio corazón de hombre. Y vi otra bestia semejante a un oso, que se paró a un lado; y tenía en su boca tres órdenes de dientes, y decíanle así: Levántate, come carnes en abundancia. Después de esto estaba mirando, y he aquí como un leopardo, y tenía sobre sí cuatro alas como de ave, y tenía cuatro cabezas la bestia, y le fue dado el poder. Después de esto miraba yo en la visión de la noche, y he aquí una encarta bestia espantosa, y prodigiosa, y fuerte en extremo, tenía grandes dientes de hierro, comía y despedazaba, y lo que le sobraba lo hollaba con sus pies; y era desemejante a las otras bestias que yo había visto antes de ella, y tenía diez astas. Contemplaba las astas, y he otra asta pequeña, que nació de enmedio de ellas; y de las primeras astas fueron arrancadas tres delante de ella, y en aquella asta había ojos, como ojos de hombre, y boca, que hablaba cosas grandes, etc.*

62. Este es el texto de la primera parte de la profecía consideremos ahora la explicación común de los intérpretes.

63. La primera bestia, dice el Profeta, era semejante a una leona con alas de águila. A esta bestia, añade, la estuve mirando con atención, hasta que vi que la arrancaban las alas, la levantaron de tierra, ella se puso en pie como hombre y se le dio corazón de hombre.

64. Esta primera bestia, nos dice la explicación, corresponde a la cabeza de oro de la estatua, o al primer imperio de los Caldeos; se representa en figura de leona con alas, por su generosidad, valor e intrepidez, y por la suma ligereza con que hizo sus conquistas. Lo demás que se dice de esta leona, esto es, que la arrancaron las alas, que la levantaron de la tierra, que se puso en pie como hombre, y se le dio corazón de hombre, no significa otra cosa sino aquel célebre y justísimo castigo que dio el Señor a Nabuco, primer monarca de este primer reino, quitándole por fuerza las alas, esto es, el reino mismo, transformándolo formándolo en bestia, y después de algún tiempo volviéndolo a su juicio, dándole corazón de hombre, y restituyéndolo a su antiguo honor y dignidad.

65. Esta explicación no hay duda que tiene muy bellas apariencias, y aunque pudieran notarse en ella algunas impropiedades, e inconexiones bien visibles, yo me contento con haceros notar una sola, porque no puedo disimular. Ya sabéis el tiempo preciso en que este Profeta tuvo esta visión, que fue, como él mismo lo dice, *en el año primero de Baltasar, rey de Babilonia*. Segura esto, es evidente que el trabajo de Nabuco (llamo así esta transformación en bestia, o lo que parece más verosímil, pérdida de su juicio, demencia, locura, frenesí, etc.) fue muy anterior a la visión. Este trabajo duró cuando

menos siete años, después de los cuales volvió otra vez a reinar, no sabemos cuanto tiempo, hasta que por su muerte se sentó en el trono Baltasar, en cuyo tiempo sucedió la visión. Ahora, ¿os parece creíble que Dios revelase a este Profeta debajo de un símbolo o figura tan oscura, un suceso público, que ya había pasado algunos años antes? ¿Un suceso, que el mismo Profeta había visto por sus ojos, como que estaba en Babilonia, y con oficio en palacio? ¿Un suceso, en fin, que el mismo Daniel se lo había anunciado al rey de parte de Dios un año antes que se verificase? La cosa es realmente difícil de creer; mas será necesario creerlo así, si creemos buena la explicación. Desde aquí podemos ya empezar a sospechar que el misterio de esta bestia acaso es muy diverso de lo que hasta ahora se ha pensado; la cual sospecha deberá crecer al paso que la fuéremos mirando más de cerca, confrontándola con la explicación. La que acabáis de oír de la primera bestia no parece la más difícil, ni la más impropia de todas.

66. Algunos autores se dan por entendidos de la dificultad que hemos apuntado; mas responden en breve, que la visión de esta primera bestia, con todas las circunstancias con que se describe, no fue para revelar algún suceso nuevo, oculto, o futuro, sino solamente para tomar el hilo de aquel misterio, esto es, de los cuatro imperios, desde su principio. Yo dudo mucho, que os pueda contentar esta decisión, por más que se presente con figura de explicación.

67. La segunda, prosigue el Profeta, era semejante a un disforme oso, el cual se puso a una parte, o a un lado. Tenía en su boca y en sus dientes tres órdenes, y le decían estas palabras: levántate y come muchas carnes. Esta bestia, nos dicen, figura el imperio de los Persas, y corresponde al pecho y brazos de la estatua. ¿Cómo y en qué? ¿Qué similitud puede tener el imperio de los Persas, aun permitido que fuese un imperio diverso del de los Caldeos, con una bestia tan feroz, y tan horrible a la vista como el oso? ¿Con qué propiedad se puede decir del imperio de los Persas, que se puso a una parte, o a un lado, como lee Pagnini? ¿A qué propósito se le dice a este imperio: *levántate, y come carnes en abundancia*? Ved aquí lo único que sobre esto se halla, no en todos, sino en algunos intérpretes de los más ingeniosos y eruditos. La semejanza con el oso, dicen, no deja de cuadrarle bien al imperio de los Persas; pues como dice Plinio, la osa pare sus hijos tan informes, que no se les ve figura de osos, ni casi de animales, hasta que la madre, a fuerza de lamerlos y frotarlos con su lengua, les va dando la forma y figura de lo que son en realidad. De esta suerte, añaden, Ciro, fundador de este imperio, viendo a los Persas informes, bárbaros y salvajes, les dio con su lengua, esto es, con sus exhortaciones e instrucciones, la forma y figura de hombres racionales, los hizo después de esto soldados, los llenó de valor y coraje militar, y conquistó con ellos tres órdenes de presas o de comidas, esto es, la Caldea, la Media y la Persia misma. ¡Cosa admirable! Aunque fuese cierto todo lo que aquí se dice de Ciro; tomado en gran parte de su panegirista Jenofonte (a quien ningún hombre sensato ha tenido jamás en esto por historiador) ¿será creíble a algún hombre sensato, que el Espíritu Santo tuviese en mira el parto de la osa, ni las supuestas instrucciones de Ciro, para figurar con esta bestia el imperio de los Persas? ¡Oh! ¡Con cuanta mayor razón y prudencia proceden otros doctores, los cuales suponiendo que en el oso se figura el imperio de los Persas, no se detienen en probarlo con proporciones y congruencias, que les podrían hacer poquísimos honor! Vamos adelante.

68. La tercera bestia parecía un pardo o tigre: tenía cuatro alas como ave, y cuatro cabezas, y se le dio potestad. Este es, dicen, el imperio de los Griegos, correspondiente al vientre y muslos de la estatua. Viene aquí figurado en un pardo o tigre, por la variedad de colores, esto es por la variedad de gobiernos, y también por la variedad de artes, y ciencias que florecían entre los Griegos. *También*, porque como dice Aristóteles y Plinio, el pardo atrae a sí otras bestias inocentes con sus juegos, diversiones y halagos fingidos; y los Griegos con su elocuencia, con su industria, con sus juegos públicos, con sus poesías, con sus artes y ciencias, que cada día inventaban, atraían a sí otras naciones sencillas e inocentes, y seguramente les bebían la sangre, esto es, el dinero. Ahora, las cuatro alas de este pardo, y sus cuatro cabezas deben significar una misma cosa, esto es, que el imperio que fundó Alejandro se dividiría después de su muerte en cuatro cabezas, y hacia los cuatro vientos, como sucedió, o por mejor decir, como no sucedió, pues los sucesores de Alejandro sólo fueron dos, Seleuco, y Ptolomeo, que el mismo Daniel llama rey de Aquilón, y rey de Austro. Mas esto parece nada en comparación de otras mil impropiedades y frialdades que yo dejo a vuestra reflexión. Volved a leer lo que queda observado en el fenómeno antecedente sobre el imperio de los Griegos.

69. La cuarta bestia en fin, como la más terrible de todas, es también la que más resiste a la explicación del sistema ordinario. Como todas las cosas que dicen de ella pertenecen manifiestamente a los últimos tiempos por confesión de los mismos doctores; como por otra parte, el imperio romano (en quien todas se deben acomodar según el sistema) días ha que ha desaparecido del mundo, y nadie sabe donde se halla; es una consecuencia natural y forzosa, que la acomodación al imperio romano sea infinitamente difícil y embarazosa; pero al fin no hay otro recurso; todo se debe acomodar al imperio romano, cueste lo que costare. Por consiguiente este imperio no sólo existe, sino que debe durar hasta el fin del mundo. En efecto, todos lo suponen así. Preguntadles ahora sobre qué fundamento, y quedaréis llenos de admiración, al ver que os remiten por toda respuesta a esta cuarta bestia, y os hacen notar los estragos que ha de hacer hacia los últimos tiempos, su castigo, su muerte, su sepultura, etc. ¿Y no hay otro fundamento que este? No, amigo, no hay otro, ¿Y si por desgracia esta cuarta bestia no significa el imperio romano, sino otra cosa diversísima? En este caso ¿no caerá todo el edificio por falta de fundamento? Sí; en este caso caerá; mas no hay que temer este caso, porque algunos antiguos sospecharon que el imperio romano (que en su tiempo se hallaba en la mayor grandeza y esplendor) duraría hasta el fin del mundo, creyendo que estaba figurado en esta cuarta bestia, y así lo han creído, y sospechado después casi todos los doctores.

70. No obstante esta persuasión común, yo voy a proponer una razón que tengo (dejando otras por brevedad) para no creer, que en la cuarta bestia se figure el imperio romano, aun prescindiendo de su existencia, o no existencia actual. Esta misma razón comprende a las tres primeras bestias, para tampoco creer que en ellas se figuran los otros tres imperios. Argumento así, y pido toda vuestra atención. Si la cuarta bestia figura el imperio romano, y las otras tres figuran los otros tres imperios, no solamente el imperio romano, sino también los otros tres imperios de Caldeos, Persas, y Griegos, deben estar vivos y coexistentes en los últimos tiempos. O conceden esta proposición, o la niegan. Si la conceden (lo que parece duro de creer), se les pide alguna buena razón, para hacer salir del sepulcro aquellos tres imperios, de quienes apenas nos queda alguna memoria por los

libros. Si la niegan, se les muestra al punto el texto expreso de esta misma profecía, el cual no pueden negar sin negarse a sí mismos. Y vi (dice el profeta, versículo 11) *que había sido muerta la bestia, y había perecido su cuerpo, había sido entregado al fuego para ser quemado. Y que a las otras bestias se les había también quitado el poder, y se les habían señalado tiempos de vida hasta tiempo y tiempo.*

71. De modo que según la explicación de los doctores, la cuarta bestia, esto es, el imperio romano morirá muerte violenta en los últimos tiempos: su cuerpo perecerá y será arrojado al fuego, sin que puedan librarle los diez cuernos que tiene en la cabeza, y después de ejecutada esta justicia, las otras tres bestias, esto es, los tres primeros imperios de Caldeos, Persas, y Griegos, serán despojados de su potestad; y *vi que había muerto la bestia... y que a las otras bestias se les había también quitado el poder...* De aquí se sigue evidentemente, que los tres primeros imperios no menos que el romano estarán en aquel mismo tiempo vivos, coexistentes, y cada uno con toda su potestad, y si no, ¿qué potestad se les podrá entonces quitar?

72. Apuro un poco más el argumento. Si las tres primeras bestias figuran los tres imperios de Caldeos, Persas, y Griegos, como la cuarta el imperio romano, parece necesario, que aquellos tres imperios primeros, no sólo duren tanto tiempo cuanto el romano, sino que le sobrevivan y alcancen en días. ¿Por qué? Porque expresamente dice la profecía, que muerta la cuarta bestia, a las otras tres se les quitó solamente la potestad, mas no se les quitó la vida, antes se les señaló algún tiempo o tiempos en que debían todavía vivir; el cual tiempo o tiempos no sabemos precisamente cuánto tiempo significa. Ahora, pregunto yo, ¿qué sentido tienen estas palabras? ¿Cómo se pueden acomodar los cuatro imperios de los últimos tiempos? Empresa verdaderamente difícil, imposible, y al mismo tiempo la más fácil de todas en el modo ordinario de exponer la Escritura. Algunos autores, clásicos *por otra parte*, tocan este punto, y dan muestras de querer resolver esta dificultad, o a lo menos, de querer desembarazarse de ella del modo posible; mas, ¿qué es lo que responden? Apenas lo creyera, si no lo viera por mis ojos. Lo que responden es, que aunque el Profeta vio estas cosas después de la cuarta bestia; aunque entonces vio que despojaban de su potestad a las tres primeras bestias, y les señalaban cierto espacio de vida, no por eso se sigue, que entonces sólo se haya de verificar, así el despojo de la potestad de las bestias, o de los imperios, como la asignación o limitación precisa de tiempo que debían vivir; pues estas son cosas muy anteriores. A estas bestias, prosiguen, se les quitó la potestad; no a todas en un mismo tiempo, sino a cada cual en el suyo. A la primera, esto es, al imperio de los Caldeos, se les quitó en tiempo de Darío, y Ciro. A la segunda, esto es, al imperio de los Persas, en tiempo de Alejandro. A la tercera, esto es, al imperio de los Griegos, en tiempo de los Romanos; y al imperio romano se le quitará la potestad en los últimos tiempos. Lo que añade el Profeta, esto es, que a las tres primeras bestias despojadas de su potestad se les señaló algún espacio más de vida, *hasta tiempo y tiempo*, no tiene otro misterio, sino que estos tres primeros imperios, así como todas las cosas caducas de este mundo, tuvieron su tiempo de vida fijo y limitado desde *la eternidad* por la providencia. Leed otra vez el texto y juzgad: y *vi, que había sido muerta la bestia, y había perecido su cuerpo, y había sido entregado al fuego para ser quemado. Y que a las otras bestias se les había también quitado el poder, y se les habían señalado tiempos de vida.*

73. El poco caso que se hace, o que se afecta hacer de este texto, omitiéndolo unos como cosa de poco momento, dándole otros la inaudita explicación que acabáis de oír, ¿os parece, amigo, que será sin misterio? Por más que se quiera disimular, es visible y claro, que debe poner en gran cuidado lo que aquí se dice sobre el fin de las bestias, conocidamente incompatible con las ideas ordinarias. Porque ¿qué quiere decir, que muerta la cuarta bestia, quedarán las tres primeras sin potestad, pero con vida? ¿Qué quiere decir lo que se añade poco después, esto es, que la potestad, reino o imperio, se dé al que acaba de llegar en las nubes, *como Hijo de Hombre*, y junto con él a todo el pueblo de los santos del Altísimo? ¿Qué quiere decir que la potestad, reino o imperio que se da entonces a Cristo y a sus santos, comprende todo cuanto esta debajo de todo el cielo? Todo esto es necesario que ponga en gran cuidado a los que piensan y dan por supuesto que el Señor ha de venir a la tierra por muy breve tiempo para volverse luego, que a su venida ha de hallar resucitado a todo el linaje humano, que luego al punto ha de hacer su juicio de vivos y muertos, y antes de anoecer se ha de volver al cielo con todos sus santos, etc. Por tanto no hay otro remedio más oportuno, que o despreciar este cuidado, no dándose por entendidos de estas menudencias, o darles alguna especie de explicación, la primera que ocurra, que el pío y benigno lector les pasará por todo.

Se propone otra explicación de estas cuatro bestias

Párrafo III

74. Habiendo visto y considerado lo que sobre este misterio nos dicen los doctores, y quedando poco o nada satisfechos de su explicación, es bien que busquemos otra más verosímil, que se conforme enteramente con el texto sagrado, y con el contexto de la profecía. Yo voy a proponer una que me parece tal. Si después de bien mirada y examinada *intrínseca y extrínsecamente*, no se hallare digna de particular atención, ni proporcionada a la grandeza de las metáforas que usa aquí el Espíritu Santo, fácil cosa es desecharla y reprobirla, poniéndola en el número de tantas otras, que en otros asuntos semejantes han merecido esta censura. Así como yo no admito, antes tengo por impropia, por violenta, por falsa e improbable, la explicación que hasta ahora se ha dado a estas bestias metafóricas, así del mismo modo cualquiera es libre y perfectamente libre para admitir la que voy a proponer. Esta yo no puedo probarla con *evidencia*, con la autoridad de la divina Escritura, porque se trata de una metáfora oscura, que la Escritura misma no explica, como suele hacerlo con otras metáforas. Así, sólo la propongo como una mera sospecha vehementísima, y a mi parecer fundada en buenas razones de congruencia, cuyo examen y decisión no me toca a mí, sitio al que leyere. Aun en caso de reprobarse, o no admitirse esta explicación, no por eso perderá alguna cosa sustancial nuestro sistema general, pues sea de estas bestias lo que yo pienso, o sea otra cosa diferente que hasta ahora no se ha pensado, a lo menos es evidente que todo ello se encamina, y todo se concluye perfectamente en la segunda parte de esta profecía, que es la que hace inmediatamente a mi asunto principal.

75. Y, primeramente, yo no puedo convenir en que el misterio de las cuatro bestias sea el mismo que el de los cuatro metales de la estatua, si a lo menos no se considera este

último por otro aspecto muy diverso, o no se le añade alguna circunstancia sustancial y gravísima, que lo haga mudar de especie absolutamente. El Profeta mismo dice de sí, acabando de referir esta última visión, versículo quince *se horrorizó mi espíritu, yo Daniel fui consternado de estas cosas, y me conturbaron las visiones de mi cabeza*. Si hubiese visto el mismo misterio, ¿qué razón había para horrorizarse y conturbarse? ¿Este misterio no lo sabía muchos años antes? ¿No se lo había revelado Dios en su juventud? ¿El mismo no se lo había explicado individualmente a Nabuco, sin dar muestra de horror ni conturbación? Pues ¿por qué se horroriza y conturba en otra visión del mismo misterio? Luego o el misterio no es el mismo, o a lo menos en esta segunda visión se le mostró el misterio por otro aspecto muy diverso, y él vio otras cosas de mayor consecuencia, capaces de conturbar y horrorizar a un Profeta, en aquel tiempo ya viejo y acostumbrado a grandes visiones. Fuera de esto, a poca reflexión que se haga, comparando los cuatro metales con las cuatro bestias, se halla una diferencia tan sensible, cuanto difiere un cuerpo muerto de un cuerpo vivo, o cuanto va de una estatua inmóvil y fría, a un viviente que se mueve y obra.

76. No por eso decimos, que las cuatro bestias no simbolicen cuatro reinos, y los mismos reinos de la estatua, si así se quiere, pues expresamente se le dijo al Profeta en medio de la visión. *Estas cuatro bestias grandes son cuatro reinos, que se levantarán de la tierra*. Lo que únicamente decimos es, que simbolizan los cuatro reinos mirados por otro aspecto diversísimo del que se miran en la estatua. En esta se miran los reinos solamente por su aspecto material, es decir, por lo que toca a lo físico y material de ellos mismos, sin respecto o relación con lo espiritual. En las bestias al contrario, se miran los reinos por el aspecto formal, esto es, en cuanto dicen relación a lo espiritual, como la dicen todos por precisión. Más claro; en el misterio de la estatua se prescinde absolutamente de la religión de los reinos, ni hay señal alguna en toda la profecía de donde poder inferir alguna relación o respecto, o comercio de los reinos mismos con la divinidad. Sólo se habla de grandezas materiales, de conquistas, de pleitos, de dominación de unos hombres sobre otros, de fuerza, de violencia, de destrozos, de enemistades, de amistades, de casamientos, etc.; y todo ello figurado por metales de la tierra, por sí mismos fríos e inertes; mas en el misterio de las bestias no es así, se divisan algunas señales nada equívocas de religión, o de relación a la divinidad, verbi gratia, el corazón de hombre, que se le da a la primera bestia, las blasfemias contra el verdadero Dios, la persecución de sus santos, la opresión y humillación de estos mismos, el consejo en fin, y tribunal extraordinario que se junta, en que preside *el Anciano de días*, para juzgar una causa tan grave que parece por todas sus señas una causa de religión, que inmediatamente pertenece a Dios.

77. En suma, en el misterio de la estatua solamente se habla de los reinos por la parte que estos tienen de tierra, o de terrenos, sin otro respecto o relación, que a la tierra misma; mas en el misterio de las bestias ya se representan estos reinos con espíritu y con vida, por el respecto y relación que dicen a la divinidad; pero con espíritu y vida de bestias salvajes y feroces, porque este respecto y relación a la divinidad no se endereza a darle el culto y honor que le es debido; sino antes a quitarle este culto, y a privarle de aquel honor. Estas dos cosas de que vamos hablando parecen necesarias y esenciales en un

reino cualquiera que sea, esto es, lo material y terreno, que es todo lo que pertenece al gobierno político y civil, y lo formal o espiritual, que pertenece a la religión.

78. Según esto podemos ahora discurrir, sin gran peligro de alejarnos mucho de la verdad, que estas cuatro bestias grandes y diversas entre sí, no significan otra cosa que cuatro religiones grandes y falsas, que se habían de establecer en los diversos reinos de la tierra figurados en la estatua. Todas cuatro grandes en la extensión, todas cuatro diversas entre sí; mas todas cuatro muy semejantes y muy hermanas en ser todas falsas, brutales, disformes, y feroces, las cuales, como otras tantas bestias salidas del infierno, habían de hacer presa en el mísero linaje de Adán, habían de hacer en él los mayores estragos, y lo habían de conducir a su última ruina, y perdición irremediable y eterna.

79. Aquí, según parece, no se trata ya en particular de Caldeos, ni de Persas, ni de Griegos, ni de Romanos. No es este el aspecto de los reinos que aquí se considera. Ya este aspecto queda considerado en el misterio de la estatua. Se considera, pues, en general todo reino, todo principado, toda potestad, todo gobierno de hombres, comprendido todo en los cuatro reinos o imperios célebres que se han visto en esta nuestra tierra, sin atender en ellos a otra cosa, que a la religión dominante de ellos mismos.

80. Estas religiones falsas y disformes, aunque en los accidentes y en el modo, han sido y son innumerables; todas ellas se reducen fácilmente a solas cuatro grandes, y diversas entre sí. El Profeta de Dios las representa aquí con la mayor puntualidad y propiedad posible, las tres bestias conocidas de todos, y conocidas por las más salvajes, las más feroces y más dignas de horror y de temor. La cuarta debajo de la semejanza de otra bestia del todo nueva, inaudita en los siglos anteriores, diferentísima de todas las otras, y que une en sí sola la ferocidad de todas las demás.

Explicación de la primera bestia

Párrafo IV

81. *La primera como leona, y tenia alas de águila; mientras yo la miraba, le fueron arrancadas las alas, y se alzó de tierra, y se tuvo sobre sus pies como un hombre, y se le dio corazón de hombre.*

Esta primera bestia, o esta leona con alas de águila, parece un símbolo propio y natural de la primera y más antigua de todas las falsas religiones, quiero decir, de la idolatría. Representase aquí esta falsa religión como una leona terrible, a la cual, aunque de suyo ligera, se le añaden alas de águila, con que queda no sólo capaz de correr con ligereza, sino de volar con rapidez y velocidad; expresiones todas propísimas para denotar, ya la rapidez con que voló la idolatría, y se extendió por toda la tierra; ya también los estragos horribles que hizo en poco tiempo en todos sus habitantes, sujetándolos a su duro, tiránico y cruel imperio. Aun el pequeño pueblo de Dios, aun la ciudad santa, aun el templo mismo, lugar el más respetable el más sagrado que había entonces sobre la tierra, no fueron inaccesibles a sus alas de águila, ni respetados de su voracidad, y fue bien

necesaria la protección constante, y los esfuerzos continuos de un brazo omnipotente, para poder salvar algunas reliquias, y en ellas la Iglesia de Dios vivo, o la verdadera religión. Toda la Escritura divina nos da testimonio de esta verdad.

82. No quedó en esto sólo la visión. Prosiguió el Profeta contemplando esta bestia hasta otro tiempo en que vio que le arrancaban las alas, la levantaban de la tierra, la ponían sobre sus pies como hombre, y le daban corazón de hombre. Veis aquí puntualmente lo que sucedió en el mundo al comenzar la época feliz de la vocación de las gentes. Lo primero que sucedió a la idolatría con la predicación de los apóstoles, que por todas partes le dieron tan fuertes batallas, fue que se le cayeron las alas, o le fueron arrancadas a viva fuerza, para que ya no volase más en adelante. Estas dos alas, me parece (otros pueden pensar otra cosa mejor) que son símbolos propios de aquellos dos principios o raíces de todos los males que produjeron la idolatría, y la hicieron extenderse por toda la tierra, quiero decir, la ignorancia por una parte, y la fabula por otra. La ignorancia del verdadero Dios, de quien las gentes brutales y corrompidas se habían alejado tanto, y la fábula que había sustituido tantos dioses falsos y ridículos, de quienes se contaban tantos prodigios. A estas dos alas acometieron en primer lugar los hombres apostólicos; dieron noticias al mundo del verdadero Dios, dieron ideas claras, palpables, innegables de la divinidad, enseñaron lo que sobre esto acababan de oír de la boca del Hijo de Dios, y lo que les enseñaba e inspiraba el mismo Espíritu de Dios que en ellos hablaba; descubrieron por otra parte la falsedad, y la ridiculez de todos aquellos dioses absurdos, que hasta entonces habían tenido los hombres, y en quienes habían esperado; y con esto sólo la bestia quedó ya incapaz de volar, y empezó a caer en tan gran desprecio entre las gentes, que avergonzada y corrida como un águila sin plumas, se fue retirando hacia los ángulos más remotos, y más escondidos de la tierra.

83. Arrancadas las alas a la leona, todo lo demás que vio el Profeta debía luego seguirse sin gran dificultad, y realmente así sucedió. Una parte bien grande y bien considerable del linaje humano, en quien esta bestia dominaba, y que ya era ella misma, como que estaba convertida en su propia sustancia, fue levantada de la tierra, dándole la mano, y ayudándola los Apóstoles mismos. Con este socorro, puesta en pie como un hombre racional, se le dio al punto corazón de hombre, quitándole con esto la sustancia, y aun los accidentes de bestia: *mientras yo la miraba (dice Daniel), le fueron arrancadas las alas, y se alzó de tierra, y se tuvo sobre sus pies como un hombre, y se le dio corazón de hombre.* Leed las Actas de los Apóstoles, y la historia eclesiástica de los primeros siglos, y veréis verificado esto con toda propiedad. No será inútil, ni fuera de propósito observar aquí una circunstancia que nos servirá bien a su tiempo; es a saber, que a esta primera bestia no le quitaron la vida, sino solamente las alas, y con ellas la libertad de volar. Así aunque perdió por esto una gran parte de sí misma, y la mayor y máxima parte de sus dominios, ella quedó viva, y viva está aún, y lo estará sin duda hasta que se le quite enteramente la potestad, lo cual, según esta misma profecía, no sucederá sino después de la muerte de la cuarta bestia; *vi (añade el mismo Daniel), que había sido muerta la bestia... y que a las otras bestias se les habla también quitado el poder.* Y aunque entonces, quitada la potestad, se les dará algún tiempo de vida, mas no ya vida bestial, sino vida racional; del cual privilegio no gozará ciertamente la cuarta bestia, como veremos a su tiempo.

Segunda bestia

Párrafo V

84. *Y vi a otra bestia semejante a un oso, que se paró a un lado, y tenía en su boca tres órdenes de dientes, y decíanle así: Levántate, come carnes en abundancia.*

La segunda bestia era semejante a un oso. Este no tenía alas para volar, y extenderse por toda la tierra como la leona, por lo cual se puso solamente a un lado, o hacia una parte determinada de la tierra en donde fijó su habitación, para moverse de allí *a una parte*, y como lee Pagnini, *que se paró a un lado*; mas en lugar de alas tenía esta bestia tres órdenes en su boca, y en sus dientes. Estos tres órdenes no parece que pueden significar tres especies de viandas o carnes, como se dice comúnmente, en la suposición de que el oso simboliza el imperio de los Persas, pues este imperio no sólo tuvo los tres órdenes de viandas que le señalan, esto es, la Asiria, la Caldea, y la Persia misma, sino otras muchas más, que no hay para que olvidarlas; cuales fueron la Media, toda la Asia Menor, la Siria, la Palestina, el Egipto, las Arabias, y una parte considerable de la India, etc., según lo cual, el oso debía tener en su boca y en sus dientes, no solo tres órdenes, sino diez o doce, y tal vez, veinte o treinta. Fuera de esto, *si en su boca tres órdenes de dientes*, significan tres especies de viandas, o de carnes, ¿a qué propósito se le dice a esta bestia: *Levántate, come carnes en abundancia*? ¿Con qué propiedad se podrá convidar a un perro, o a un hombre que ya tiene en su boca y entre sus dientes tres especies de viandas; diciéndole: *Levántate, come carnes en abundancia*? Parece, pues, mucho mas natural que estos tres órdenes en la boca y en los dientes de esta segunda bestia signifiquen solamente tres modos de comer, o tres especies de armas con que hace su presa, y atiende a su sustento y conservación.

85. Todas estas enseñanzas y circunstancias tan individuales, llevan naturalmente toda nuestra atención hacia otra religión grande y disforme, que se levantó de la tierra cuando ya la primera estaba sin alas, quiero decir, el *Mahometismo*. De esta falsa religión se verifica con toda propiedad, lo primero, la semejanza con el oso, que es la bestia más disforme y horrorosa a la vista. Lo segundo, la circunstancia o distintivo particular de ponerse hacia una parte, o hacia un lado de la tierra: *a un lado... a una parte*; porque es cierto que esta bestia no ha dominado jamás sobre toda la tierra como la leona, sino solamente en aquella parte, y hacia aquel lado, donde se estableció desde su juventud, esto es, hacia el mediodía del Asia, y a la parte septentrional del África. Habiendo nacido en Arabia cerca del mar rojo, creció desde allí al oriente y al occidente; al oriente hasta la Persia e India; al occidente por las costas de África hasta el océano. En esta parte o hacia este lado se ha estado el Mahometismo mas de mil años casi sin dar un paso, ni moverse de allí, pues aunque los príncipes otomanos, que profesan esta religión, han trecho grandes conquistas en Asia, África, y Europa; mas el Mahometismo ha hecho pocas o ningunas. Todos los dominios del gran Señor están llenos de Cristianos y de Judíos, hacen la mayor parte de sus habitantes, y unos y otros están muy lejos de abrazar esta religión. Mas aunque el Mahometismo no ha hecho más progresos de los que hizo en su juventud, tampoco ha perdido alguna parte considerable de sus dominios.

86. Lo tercero, se verifican propiamente en el Mahometismo aquellos tres órdenes que vio el Profeta en la boca y en los dientes de la segunda bestia; es decir, los tres modos de comer, o las tres especies de armas de que ha usado esta religión brutal para mirar por su conservación. El primer orden, o la primera arma fue la ficción, sufficientísima a los principios para hacer presa y devorar una tropa de ladrones, vagamundos, ignorantes y groseros. Mas como era no solo difícil, sino imposible que la ficción durase mucho tiempo sin descubrirse, ni todas habían de ser tan rudos que creyesen siempre cosas tan increíbles, le eran necesarios a la bestia, para poder vivir, otros dos órdenes mas u otras dos maneras de comer. Estas son, a mi parecer, la espada y la licencia. La primera, para hacer creer por fuerza lo que por persuasión parece imposible, para defender de todo insulto la ficción misma, para responder a todo argumento con la espada, para resolver con ella misma toda dificultad, y para que esta espada quedase en los siglos venideros como una señal de credibilidad clara, patente e irresistible.

87. Aun con estos dos primeros órdenes, aun con estas dos armas o modo de comer, la bestia no podía naturalmente sustentarse, ni vivir largo tiempo. Su vitalicio quedaba a lo menos contingente e incierto; pues al fin una visión grosera se descubre con el tiempo, y a una espada se puede muy bien oponer otra espada igual o mejor.

88. Érale, pues, necesario al Mahometismo otro orden más u otra manera más de comer, sin lo cual en pocos años hubiera muerto de hambre, y se hubiera desvanecido infaliblemente. Érale, digo, necesaria para poder vivir, la licencia sin límite en todo lo que toca al sentido. Con este orden, mucho mejor que con la espada, se hacia creíble, respetable y amable todo el símbolo de esta monstruosa religión, no quedaba ya dificultad en creer cuanto se quisiese, el entendimiento quedaba cautivo, y cautiva la voluntad, ni había que temer herejías ni cismas, ni mucho menos apostasías. Así armada la bestia con estos tres órdenes, y con estos tres modos de comer, se le podían ya decir, y realmente se le dijeron aquellas palabras irónicas: Levántate bestia feroz, come, y hártate de muchas carnes.

89. A esta bestia horrible y espantable no se le ha podido dar hasta ahora corazón de hombre; ni hay apariencia, ni esperanza alguna razonable de que ella quiera recibirlo jamás. Así como fue necesario, *antes te todo*, arrancarle las alas a la leona para disponerla con esta diligencia a querer recibir, y a recibir en realidad un corazón de hombre, dejando el de fiera; así ni más ni menos era necesario arrancar al oso los tres órdenes que tiene en su boca y en sus dientes, a lo menos los dos últimos: y si ambos no se pueden a un tiempo, a lo menos el último de todos, que por desgracia suya es el más duro, y el más inflexible. Bien se necesitaban para esta difícil empresa aquellas primicias del espíritu, que despreciando generosamente la propia vida, se presentaron delante de la leona, se llegaron a ella, la acometieron, y *no sin heridas*, consiguieron en fin arrancarle las alas, y después llenos de caridad y misericordia, la ayudaron a levantarse de la tierra. Paréceme más que verosímil, y poco menos que cierto, que esta segunda bestia, o esta falsa y monstruosa religión de que hablamos, perseverará en este mismo estado en que la hemos visto tantos siglos ha, hasta que juntamente con la primera y la tercera (de que luego vamos a hablar) se le quite toda la potestad; lo cual parece del mismo modo, o cierto o verosímil, que solo podrá suceder, *según las escrituras*, cuando venga el Señor en gloria

y majestad, como iremos viendo en todo el discurso de estas observaciones. Para este tiempo feliz espera toda la tierra, y espera todo el mísero linaje de Adán el remedio de todos sus males: *y será muy llena de su majestad toda la tierra; así sea, así sea; porque la tierra está llena de la ciencia del Señor, así como las aguas del mar, que la cubren.*

Tercera bestia

Párrafo VI

90. *Destines de esto estaba mirando, y he aquí como un leopardo, y tenía sobre sí cuatro alas como de ave, y tenía cuatro cabezas la bestia, y le fue dado el poder.*

La tercera bestia era semejante a un pardo o tigre, en cuya piel o superficie exterior se nota alguna especie de hermosura por la variedad de colores. En esta bestia se veían cuatro alas, como de ave, y también cuatro cabezas, y se le dio potestad. Todas estas señales y distinciones parece que nos muestran como con la mano, y nos convidan a reparar con más atención lo mismo que tenemos a la vista. Esta tercera bestia, señor, (¡quien lo creyera!) esta tercera bestia es el cristianismo. No penséis que hablo del cristianismo verdadero, de aquel que es la única y verdadera religión, esto no tiene semejanza alguna con las bestias, antes a las bestias las convierte en hombres, como a las piedras en hijos de Abrahán. Hablo, pues, únicamente del cristianismo falso, del cristianismo sólo en la piel, en la superficie, en la apariencia, en el nombre: ved la propiedad.

91. Este cristianismo falso, lo primero, es muy vario en la superficie, como lo es el pardo, se ve en él una gran variedad y diversidad de colores, los cuales no dejan de formar alguna perspectiva agradable a los ojos superficiales. Lo segundo, ha volado el falso cristianismo hacia los cuatro vientos cardinales, y ha extendido su dominación en todas las cuatro partes de la tierra; para esto son, y a esto aluden las cuatro alas como de ave que se ven sobre la bestia. Lo tercero, se ven en el falso cristianismo cuatro cabezas, que es cosa bien singular y bien monstruosa, y tenía cuatro cabezas la bestia. ¿Qué quieren decir cuatro cabezas en una misma bestia? Lo que quieren decir visiblemente es, que aunque aquella parece una sola individua bestia, mas en realidad son cuatro bestias muy diversas, unidas todas cuatro en un cuerpo, cubiertas en una misma piel, y como un seguro debajo del nombre sagrado y venerable de Cristianismo. Lo que quiere decir es, que cuatro bestias muy diversas se han unido entre sí, casi sin entenderlo, para despedazar y devorar, cada una por su lado, el verdadero cristianismo, y convertirlo todo (si esto fuese posible) en la sustancia de todas. Consideremos ahora con distinción estas cuatro bestias, o estas cuatro cabezas del falso cristianismo.

92. La primera de todas es, la que llamamos con propiedad *herejía*, en que debemos comprender todas cuantas herejías particulares se han visto y oído en el mundo, desde la fundación del cristianismo. Todas ellas son partes de esta bestia, y pertenecen a esta cabeza. La segunda, es el cisma, que no se ignora ser un mal muy diverso de la herejía. A esta cabeza pertenece todo lo que se sabe: ¿y os parece poco? Toda la Grecia, la Asia

Menor, la Armenia, la Georgia, la Palestina, el Egipto; en una palabra, todo lo que se llamaba antiguamente el imperio de oriente, donde floreció en los primeros siglos el verdadero cristianismo, y fuera de todo esto, un vastísimo imperio hacia el norte de la Europa y del Asia. Todo este cristianismo, sin cabeza, es el que forma la segunda cabeza de la bestia.

93. La tercera cabeza del falso cristianismo es la hipocresía. Le doy aquí este nombre equívoco, aunque no impropio, porque no me parece conveniente darle su propio nombre. Mi atención es servirla con un servicio real y oportuno, no ofenderla, ni exasperarla. Basta para mí propio que ella me entienda, y que me entiendan los que la conocen a fondo. Como hablamos actualmente de falsas religiones, figuradas en las bestias, ninguno se podrá persuadir que aquí no se hable del vicio de la hipocresía en punto de religión. De aquella, digo, que tiene anunciada el Apóstol para los últimos tiempos, con estas palabras: *Mas el espíritu manifiestamente dice, que en los postrimeros tiempos apostatarán algunos de la fe, dando oídos a espíritus de error, y a doctrinas de demonios, que con hipocresía hablarán mentira...* (o como la versión siríaca) *que engañan con hipocresía.* De esta vuelve a hablar en otra parte, diciendo: *Mas has de saber esto, que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos... habrá hombres... teniendo apariencia de piedad; pero negando la virtud de ella...* En suma, no hace a mi propósito el decir quienes son, o quienes serán estos hombres cubiertos con la piel de cristianos, y aun escondidos en el seno de la verdadera Iglesia, para despedazar este seno más a su salvo, me basta mostrar esta tercera cabeza, y pedir atención a los inteligentes.

94. Nos queda ahora que mostrar la cuarta y última cabeza de esta bestia, digo del falso cristianismo. No obstante de ser esta la más antigua y como madre de las tres primeras, que a sus tiempos las ha ido pariendo; no obstante de ser la más perjudicial y la más cruel, en medio de un semblante halagüeño, y de una cara de risa, es al mismo tiempo la menos conocida, y por eso es la menos temida de todas. No os canséis, señor, en buscar esta bestia fuera de casa, es bestia muy casera y muy sociable, llena por otra parte de gracias, de dulzuras y de atractivos. Con ellos ha divertido, ha descuidado, ha encantado en todos tiempos la mayor parte de los hijos de Adán, y con ellos mismos ha hecho también, y hará todavía en adelante grandes presas, y daños sin número, en lo que pasa por verdadero cristianismo. Dad una vista por todo el orbe cristiano. Visitad en espíritu, con particular atención, todas aquellos países católicos que pertenecen a la verdadera Iglesia cristiana. ¿Y qué veréis? Veréis sin duda con admiración y pasmo, tantas cosas universalmente recibidas, no sólo ajenas, no sólo contrarias al verdadero cristianismo, que os dará gana de cerrar luego los ojos, y de no volverlos a abrir jamás. No hablo de los pecados, flaquezas y miserias propias de nuestro barro, hablo sólo, o principalmente de aquellas cosas (tantas y tan graves) que siendo conocidamente monedas falsas, reprobadas y prohibidas en el evangelio, corren, no obstante, sin contradicción, y son miradas como indiferentes, y tal vez como necesarias.

95. ¿No os parece, señor mío, cosa durísima, después de haber leído los evangelios, y estar bien instruido en la doctrina de los Apóstoles de Cristo, dar el nombre de verdadero cristianismo a todo aquello donde apenas se divisa otra cosa, por más que se desee, que aquella tres de que habla San Juan: *concupiscencia de carne, y concupiscencia de ojos, y*

soberbia de vida? ¿Y pensáis que esta es alguna cosa nunca vista, o muy rara en el mundo católico? ¿Pensáis que no corre esta falsa moneda aún en el sacerdocio? ¿No os parece cosa durísima dar el nombre de verdadero cristianismo a todo aquello donde apenas se ve otra cosa que un poco de fe, y esta fe, o muerta del todo, sin dar señal alguna de vida, o tan distraída y adormecida, que casi nada obra de provecho, fuera de tal cual acto externo que se lleva el viento? ¿No os parece cosa durísima dar el nombre de verdadero cristianismo a todo aquello donde por maravilla se ve alguno de aquellos doce frutos que debe producir el Espíritu Santo, esto es, caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad? ¿No os parece, en fin, cosa durísima dar el nombre de verdadero cristianismo a todo aquello donde en lugar de frutos del Espíritu, apenas se ve otra cosa que los frutos, o las obras propias de la carne?

Mas las obras de la carne están patentes; como son fornicación, impureza, deshonestidad, lujuria, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías, y otras cosas como estas, sobre las cuales os denunció, como ya lo dije, que los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reino de Dios.

96. Si quieren que a todo esto le demos el nombre de verdadero cristianismo, sólo porque todo esto sucede dentro de la verdadera Iglesia de Cristo, sólo porque *los que tales cosas hacen*, creen al mismo tiempo los principales misterios del cristianismo, cuya fe seca y estéril en nada perjudica a su sensualidad y vanidad; yo no me atrevo a darle este nombre, ni me parece que puedo hacerlo en conciencia, porque sé de cierto, que la fe que prescribe el verdadero cristianismo es aquella sola *que obra por caridad*, aquella que, como principio de vida, *porque el justo vive de la fe*, hace vivir al hombre en cuanto cristiano, y vivifica y anima todas sus acciones para la vida eterna. Es pues este un cristianismo evidentemente falso, como tan ajeno y tan contrario a la institución del Hijo de Dios. Es verdad que ahora está mezclado con el verdadero, y tan mezclado, que lo molesta, lo oprime, y casi no lo deja crecer, ni más ni menos como lo hace la cizaña con el grano, mas ya sabemos el fin y destino del uno y del otro. *Coged primero la cizaña* (dijo el Señor), *y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recogedlo en mi granero.*

97. Parece muy difícil explicar con una palabra, o con un sólo nombre esta cuarta cabeza del falso cristianismo. Ya sabéis cuantas cosas comprende la concupiscencia de la carne, cuando no se niega y crucifica, como deben hacerlo los verdaderos cristianos, pues según el Apóstol, *los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias*. Ya sabéis cuantas cosas comprende la concupiscencia de los ojos; no digo de los ojos propios, que esta pertenece a la concupiscencia de la carne, sino de los ojos de otros, en que entra toda la gloria vana del mundo, y toda su pompa y ornato, a que todos los cristianos renunciamos desde el bautismo; todo lo cual no tiene otro fin que buscar *la gloria que recibís los unos con los otros... para ser vistos de los hombres*. Ya sabéis cuantas cosas comprende la soberbia de la vida, que hace a los hombres verdaderos hijos del diablo, cuyo principal carácter es la soberbia, según esta expresión de Job: *Es el rey de todos los hijos de soberbia*. No hallo, pues, otro nombre más propio,

ni que más se acomode a esta cuarta cabeza del falso cristianismo, que el que acabamos de decir: *concupiscencia de carne, y concupiscencia de ojos, y soberbia de vida*. Todo lo cual no sé si pudiera comprenderse con propiedad bajo el nombre de libertinaje.

98. Esta tercera bestia con sus cuatro cabezas, de que acabamos de hablar, parece cierto, que perseverará viva, y haciendo cada día más daño, hasta que venga el Señor a remediarlo todo; pues expresamente se dice en el evangelio que habiéndose ofrecido los operarios para ir a arrancar la cizaña, que crecía con el trigo, respondió: No; *...no sea que cogiendo la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega...* Ahora, el mismo Señor explica lo que debemos entender por cizaña, diciendo: *la cizaña son los hijos de la iniquidad* así como el buen grano *son los hijos del reino*.

Cuarta bestia terrible y admirable

Párrafo VII

96. *Después de esto miraba yo en la visión de la noche, y he aquí una cuarta bestia espantosa, y prodigiosa, y fuerte en extremo, tenía grandes clientes de hierro, cofia y despedazaba, y lo que le sobraba lo hollaba con sus pies, y era desemejante a las otras bestias, que yo había visto antes de ella, y tenía diez astas, Etc.*

Os considero, amigo, con gran curiosidad de saber quien es esta bestia, a qué es lo que aquí se nos anuncia. Si las tres primeras bestias, os oigo decir, simbolizan tres falsas religiones, esto es, idolatría, mahometismo, y falso cristianismo, ¿qué religión falsa nos queda todavía que ver, figurada por unas semejanzas tan terribles? A esta pregunta yo no puedo responder en particular, porque no sé con ideas claras e individuales lo que será esta bestia en aquellos tiempos, para los cuales está anunciada. Sobre lo que ya es actualmente podré decir cuatro palabras, y pienso que seré entendido desde la primera. Esta bestia terrible parece hija legítima de las dos últimas que forman el pardo a ellas dicen, que debe su ser y su crianza, y no falta quien diga, que también debe no poco a la primera. Mas ella descubre un natural tan impío, tan feroz, tan inhumano (aunque llena por otra parte de humanidad), que aun estando todavía en su primera infancia, ya no respeta ni conoce a los que la engendraron. Elevada en la contemplación de sí misma, y considerándose superior a todas las cosas, piensa de sí, que es única en la especie, que a nadie tiene obligación alguna, que todo lo tiene de sí misma, o del fondo de su razón, y que todo se lo debe a sí misma. Por este carácter tan sin ejemplar, que ya descubre desde la cuna, es fácil inferir lo que será después cuando llegue a la edad varonil. Ahora está todavía como un cachorro dentro de la cueva, y si tal vez se asoma a la puerta, y sale fuera de ella, no se aleja mucho, por pura prudencia, considerando su tierna edad, sus débiles armas, y la multitud de enemigos que pueden asaltarla. Ahora se halla todavía, casi sin dientes, porque aunque los ha de tener de hierro, grandes y durísimos, estos le empiezan solamente a salir, y no están en estado de acometer a todo sin discreción. Por otra parte, los diez cuernos que ha de tener en su cabeza, y con que ha de hacer temblar a

todo el mundo, no los tiene aún; a lo menos, no los tiene como propios suyos, de modo que pueda jugarlos libremente y a su satisfacción.

100. Con todo eso, aún en este estado de infancia, ya se lleva las atenciones de todos, ya se hace temer, a lo menos de los que son capaces de temor, ya se hace admirar, y casi adorar de toda suerte de gentes, ya se ven estas dejar su campo, y correr a tributarle sus obsequios, y ofrecerle sus servicios. Principalmente observaréis, que de todas aquellas cuatro cabezas que componen el pardo, salen cada día desertores a centenares, con lo cual el cachorro va creciendo, y se va fortificando más presto de lo que se piensa. Pues si ahora sin salir de la cueva, sin dientes grandes, sin cuernos duros y crecidos, hace tantos males, cuantos ven y lloran los que tienen ojos, ¿qué pensamos que hará cuando se rebele, cuando se declare, cuando se deje ver en público, llena de coraje, vigor y fortaleza, y bien armada, ya de dientes grandes de hierro, ya también de diez cuernos terribles, que pueda manejar a su satisfacción? Y ¿qué hará cuando le nazca el undécimo cuerno, cuando este cuerno se arraigue, crezca y fortifique, cuando la bestia pueda usar de él a su voluntad, y manejar sin embarazo aquella arma, la más terrible que se ha visto?

101. Verdaderamente que se hace no sólo creíble, sino visible, por lo que ya vemos, todo cuanto se dice de esta bestia misma (aunque unida ya con las otras) desde el capítulo trece del Apocalipsis hasta el diez y nueve, y todo cuanto está anunciado a este mismo propósito en tantas otras partes de la Escritura santa, en los Profetas, en los Salmos, en las epístolas de San Pedro y San Pablo, y en el evangelio mismo. Verdaderamente que ya se hace no sólo creíble, sino visible, por lo que ya vemos, lo que de esta bestia se le dijo al Profeta en medio de la visión, esto es, que *devorará toda la tierra, y la hollará, y desmenuzará*. Leed lo que se sigue desde el versículo veinte y cuatro, y no hallaréis otra cosa que horrores y destrozos.

102. Acaso me preguntaréis, ¿cuál es el nombre propio de esta cuarta bestia, o de esta monstruosa religión? Yo me maravillo que ignoréis una cosa tan pública en el mundo, que apenas ignora aún la ínfima plebe. Años ha que se leen por todas partes públicos carteles, por los cuales se convida a todo el linaje humano a la dulce, humana, suave y cómoda *religión natural*. Si a esta religión natural le queréis dar el nombre de *deísmo*, o de anticristianismo, me parece que lo podréis hacer sin escrúpulo alguno, porque todos estos tres nombres significan una misma cosa; aunque algunos son de sentir, y esto parece lo más cierto, que este último nombre es el más propio de todos, siendo los dos primeros vacíos de significación. No obstante, se llama religión, lo primero, porque no se niega en ella la existencia de un Dios, aunque un Dios ciertamente *hecho con la mano que no adoraron sus padres*; un Dios insensible a todo lo que pasa sobre la tierra, un Dios sin providencia, sin justicia, sin santidad, un Dios, en fin, con todas la cualidades necesarias para la comodidad de la nueva religión. Lo segundo, se llama religión, porque no se impide, antes se aconseja que se dé a Dios alguna especie de culto interno, que como tan bueno, con este sólo se contenta, sin querer incomodar a sus adoradores. Aunque estos dicen, que su Dios no les ha puesto otra ley, ni otro dogma de fe, que su propia razón (la cual en todos debe estar en toda su perfección); con todo eso, si hemos de creer a nuestros ojos, parece que tienen un dogma especial, y una ley fundamental a que todos deben asentir y obedecer efectivamente. Este dogma, y esta ley, es todo cuanto

significa la palabra anticristianismo con toda su extensión. Es decir; se profesa en esta religión terrible y admirable, no sólo el abandono total, sino el desprecio, la burla, el odio y la guerra viva, reo digo ya a las religiones falsas, de que hemos hablado, sino a la verdadera religión, al verdadero cristianismo, y a todo lo que hay en él de venerable, de santo, de divino. *Comía, dice el Profeta, y desmenuzaba, y lo que quedaba lo hollaba con sus pies.*

103. El falso cristianismo con sus cuatro cabezas (mucho menos el mahometismo, y la idolatría), no le dan gran cuidado a esta bestia feroz. Sabe muy bien que le bastan sus dientes de hierro, aunque todavía pequeños, para desmenuzarlos, y convertirlos en su propia sustancia. Ya vemos que lo hace en gran parte, y debemos pensar que hará infinito más, cuando los dientes hayan llegado a su perfección. Mas el cristianismo verdadero es demasíadamente duro; no hay bronce, ni mármol, ni diamante que se le pueda comparar. Son poca cosa los dientes de hierro para poder vencer su dureza. Para este, pues, no hay otra arma que pueda hacer algún efecto, ni más fácil de manejar que los pies. Por tanto, ya ha empezado la joven bestia a servirse de ellos desde la cueva; ya ha empezado a conculcar con grande empeño el verdadero cristianismo, a burlarlo, a ridiculizarlo, sin perdonar a la persona sacrosanta, infinitamente respetable y adorable y amable de Jesucristo. Así lo vemos ya con nuestros ojos en nuestro mismo siglo, de donde inferimos legítimamente, *según las Escrituras*, lo que será esta bestia, cuando llegue a su perfecta edad, y cuando los dientes y cuernos estén bien crecidos y arraigados, y todos a su libre disposición. El mismo Jesucristo, hablando de estos tiempos, dice, que será menester abreviarlos, y que se abreviarán en efecto por amor de los escogidos: *Y si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva, mas por los escogidos aquellos días serán abreviados.*

104. Esto es, señor mío, lo que se me ofrece sobre el misterio de estas cuatro bestias, a quienes puedo decir con verdad, que he estudiado muchos años con todo el cuidado y atención de que soy capaz. Si la inteligencia que he propuesto no es en realidad la verdadera, a lo menos puede servir como de ensayo para pensar otra cosa mejor, que se conforme enteramente con la profecía, con la historia, y con otros lugares de la Escritura, que iremos observando. No penséis por esto, que ya tenéis concluida la observación de estas cuatro bestias, y que no nos queda otra cosa que decir en el asunto. Las veréis salir de nuevo en el fenómeno siguiente, en donde combinadas con la bestia del Apocalipsis se darán mejor a conocer. Lo que a lo menos parece evidente, es, que este misterio no es el mismo que el de la estatua; ya por las razones que hemos apuntado, ya por otras más, que fácilmente pueden ocurrir a cualquiera que quiera entrar en este examen; ya también y mucho más por lo que se sigue.

Segunda parte de la Profecía

Muerte de la cuarta bestia, y sus resultas.

Párrafo VIII

105. Nos queda ahora que observar brevemente lo más claro que hay en esta visión, que es lo que hace inmediatamente a nuestro asunto principal; es a saber, el fin de las bestias, en especial de la cuarta, y todo lo que después de esto debe suceder.

106. Lo que vio el Profeta en los tiempos de la mayor prepotencia de la cuarta bestia; en los tiempos, digo, en que ya se veía en público, armada con todas sus armas, en que hacía en el mundo impunemente los mayores estragos, en que perseguía furiosamente a los santos, o al verdadero cristianismo, y podía *mas que ellos*. Lo que vio fue, que se pusieron sillas o tronos como para jueces, que iban luego a conocer aquella causa, y poner el remedio más pronto y oportuno a tantos males. *Estaba mirando* (dice Daniel) *hasta tanto que fueron puestas sillas, y sentose el Anciano de días, etc.* (Este mismo consejo, o tribunal con las mismas circunstancias, y con otras todavía más individuales, lo veréis formarse para los mismos fines en el capítulo cuarto del Apocalipsis, como observaremos a su tiempo.) Sentado, pues, Dios mismo, y con él otros con jueces, y habiéndose producido y declarado toda la causa, se dio inmediatamente la sentencia final, cuya ejecución se le mostró también al Profeta. La sentencia fue esta; que la cuarta bestia y todo lo que en ella se comprende, muriese con muerte violenta, sin remedio ni apelación; que su cuerpo (no ciertamente físico, sino moral, compuesto de innumerables individuos) se disolviese del todo, pereciese todo, y fuese todo entregado a las llamas, *para ser quemado*. Que a las otras tres bestias, cuyos individuos no se habían agregado a la cuarta, y hecho un cuerpo con ella, se les quitase solamente la potestad, que hasta entonces habían tenido, mas no la vida, concediéndoles algún espacio de vida, *hasta tiempo y tiempo*.

107. Dada esta sentencia irrevocable (y antes de su ejecución, como consta de otros lugares de la Escritura que se irán observando), dice el mismo Profeta, que vio venir en las nubes del cielo una persona admirable, que parecía Hijo de Hombre, el cual entrando en aquella venerable asamblea, se avanzó hasta el mismo trono de Dios, ante cuya presencia fue presentado, que allí recibió solemnemente de mano de Dios mismo la potestad, el honor, y el reino, y que en consecuencia de esta investidura, le servirán en adelante todos los pueblos, tribus y lenguas, como a su único y legítimo soberano. *Miraba yo, pues, en la visión de la noche, y he aquí venía como Hijo de Hombre con las nubes del cielo, y llegó hasta el Anciano, de días, y presentáronle delante de él. Y diole la potestad, y la honra, y el reino, y todos los pueblos, tribus, y lenguas, le servirán a él...* Más adelante, versículo veinte y seis, explicando los males que hará en el mundo la cuarta bestia, especialmente por medio de su último cuerno, se le dice al Profeta el fin para que se juntará aquel consejo tan majestuoso y tan solemne por estas palabras: *Y se sentará el juicio para quitarle el poder, y que sea quebrantado, y perezca para siempre. Y que el reino, y la potestad, y la grandeza del reino, que está debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los reyes le servirán y obedecerán.*

Párrafo IX

108. Ahora, amigo mío, después de haber leído, y considerado atentamente así este texto como el antecedente con todo su contexto, decidme con sinceridad, ¿qué os parece de lo que aquí se anuncia con tanta claridad? ¿Se verificará todo esto alguna vez, o no? ¿Podremos creerlo y esperarlo todo así como lo hallamos escrito, o será necesario borrarlo, o arrancarlo de la Biblia, como una cosa no solo inútil, sino peligrosa, y que puede confirmar y fomentar el error de los Milenarios? ¿Podremos creer, lo primero; que en aquellos tiempos de que aquí se habla (que por confesión precisa de todos los doctores son ya los tiempos del Anticristo), hará Dios una especie de consejo solemne, para quitar a los hombres toda la potestad que habían recibido de su mano: *Y se sentará el juicio para quitarle el poder, y que sea quebrantado y perezca para siempre.* Y como los consejos de Dios, y sus decretos no pueden quedar sin efecto, parece que también podremos creer, que en aquellos mismos tiempos serán despojados enteramente de su potestad los que la tuvieren; a lo cual alude manifiestamente aquella evacuación de todo principado, potestad y virtud, de que habla el Apóstol.

109. ¿Podremos creer lo segundo; que quitada la potestad a los hombres, se pondrá todo en aquel mismo consejo en manos del hijo del hombre, o del hombre Dios Jesucristo, y esta, no *en acto primero*, o en derecho, como ahora la tiene, sino *en acto segundo*, o en ejercicio; y *llegó hasta el Anciano de días, y presentáronle delante de él. Y diole la potestad, y la honra, y el reino?* ¿Podremos creer lo tercero; que toda la potestad que se acaba de quitar a los hombres, todo el reino, toda la grandeza de un reino tal, que comprende todo entero el orbe de la tierra, que está no encima sino debajo de todo el cielo, se dará. entonces, junto con Jesucristo que es el supremo Rey, a otros muchos correinantes, esto es, al pueblo de los santos del Altísimo? A lo cual alude claramente aquel texto célebre del Apocalipsis, que hablando de los mártires y de los que no adoraron a la bestia, dice: *vivieron, y reinaron con Cristo mil años.*

110. ¿Podremos creer lo cuarto; que tomada la posesión por Cristo y sus santos de todo el reino que está debajo de todo el cielo, le servirán en adelante todos los pueblos, tribus y lenguas? ¿Podremos creer en suma, que después de la venida del Hijo del Hombre, que creemos y esperamos todos los Cristianos; después del castigo y muerte de la cuarta bestia, o del Anticristo, después del destrozo y ruina entera de todo el misterio de iniquidad, han de quedar todavía en esta nuestra tierra, pueblos, tribus, y lenguas, que sirvan y obedezcan al supremo Rey y a sus santos, y también reyes, puestos sin duda de su mano, en diferentes países de la tierra, y sujetos enteramente a sus leyes?

111. Todo esto leemos expreso y claro en esta profecía, y en otros mil lugares de la divina Escritura, que iremos observando, y si todo esto no es cierto, ni creíble, ¿qué hemos de decir, sino que o nos engañan nuestros ojos, o nos engaña la divina Escritura? Si esta no nos engaña, ni puede engañarnos; si tampoco nos engañan nuestros ojos, parece necesario confesar de buena fe, aquel gran espacio de tiempo que propusimos en nuestro sistema entre la venida del Señor y la resurrección y juicio universal. Parece necesario mirar con mas atención el capítulo XIX y XX del Apocalipsis, donde se dice esto mismo con mayor claridad. Parece necesario reflexionar un poco más sobre el misterio grande de la piedra, que debe destruir y aniquilar toda la estatua, y cubrir luego toda la tierra. Parece en fin necesario distinguir bien el juicio de los vivos del de los

muertos, dando a cada uno lo que es propio suyo, dando vivos al primero, y muertos al segundo. Si no se hace esta distinción, no se sabe, ni entiende cómo, ni en qué puedan servir a Jesucristo, después que vuelva del cielo a la tierra, todos los pueblos, tribus y lenguas. No se sabe, ni entiende, cómo, o en qué puedan obedecerle y servirle todos los reyes de la tierra. No se sabe ni entiende, para qué fin se les concede a las tres primeras bestias algún espacio más de vida (no cierto de vida brutal, sino de vida racional) quitándoles primero toda la potestad que hasta entonces se les había dado o permitido; *vi* (dice el texto) *que había sido muerta la bestia...* (la cuarta). *Y que a las otras bestias se les había también quitado el poder, y se les habían señalado tiempos de vida hasta tiempo y tiempo.* Al contrario; si se hace la debida distinción entre uno y otro juicio, todo se entiende al punto, sin más dificultad que abrir los ojos, y sin más trabajo que tomar la llave y abrir la puerta.

112. Así se entiende seguidamente, sin que quede ni aun sospecha de duda, todo el salmo setenta y uno y todas las cosas que en él se dicen del Mesías; por ejemplo, estas: *dominará de mar a mar, y desde el río hasta los términos de la redondez de la tierra. Delante de él se postrarán los de Ethiopia* (o como lee la paráfrasis Caldea, *se humillarán los de primer rango*), *y sus enemigos lamerán la tierra. Los reyes de Tharsis, y las islas le ofrecerán dones; los reyes de Arabia, y de Saba le traerán presentes, y le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le servirán, etc.* Con este salmo, y con otros lugares semejantes que se hallan a cada paso en los Profetas, se han defendido siempre los judíos para no creer, antes negar absolutamente la venida de su Mesías; pues hasta ahora no se ha verificado lo que en ellos se anuncia. Mas los cristianos, ¿qué les responden? Palabras en tono decisivo, y nada más, esto es, que este salmo, y esos otros lugares de los Profetas sólo pueden entenderse en sentido espiritual, y en este sentido espiritual, parte se han cumplido ya en las gentes y reyes que han creído, parte se cumplirán en adelante, cuando crea lo restante de la tierra. Y si estos lugares de la Escritura, mirados con todo su contexto, hablan conocidamente para después de la venida del Mesías en gloria y majestad, como lo acabamos de ver en el texto de Daniel, y como lo hemos de ver en otros muchísimos; en este caso, ¿qué se les responde a los Judíos.

113. ¡Oh! ¡Cuánto bien se pudiera haber hecho a estos míseros hombres, y se les pudiera hacer en adelante, si se les concediese, o no se les negase tan del todo lo que ellos creen o esperan, para que ellos por su parte conociesen también lo que creen los Cristianos, y lo que es tan necesario y esencial para su salud y remedio: si se les concediese o no se les negase tan del todo lo que pertenece a la segunda venida del Mesías en gloria y majestad, que ellos piensan ser la única, para que ellos por su parte desengañados abracen lo que pertenece a la primera! Todo esto parece que estaba compuesto y allanado con solo distinguir el juicio de vivos del de los muertos.

114. A todas las reflexiones que acabamos de hacer, principalmente sobre la segunda parte de la profecía, yo no ignoro la única respuesta que se puede dar. Esto es, que aunque todo lo que dice este profeta, es cierto e indubitable; aunque todo se cree, como que es una escritura canónica, en que no habla el hombre sino Dios; mas eso que nos dice el espíritu de Dios, no debe ni puede entenderse como está escrito, sino en otro sentido diverso, conforme lo entienden comúnmente los doctores. Que es lo mismo que decir en

término equivalente: no puede, ni debe entenderse como lo mandó escribir el espíritu de Dios, sino como le pareció a este o a aquel hombre particular, a quienes han seguido otros, siguiendo el mismo sistema, como si fuese único y definido por verdadero. ¿Qué hemos de decir a esta respuesta decisiva, sino llorar la cautividad en que nos hallamos, sin sernos lícito dar un paso adelante, aun cuando ya el tiempo, y todas las circunstancias nos convidan a darlo? ¡Qué! ¿Hemos de cautivar nuestro entendimiento en obsequio de un sistema conocidamente inacordable con los hechos? ¡Qué! ¿Hemos de ver la verdad casi a dos pasos de nosotros, sin poderla abrazar ni confesar, por la atadura tiránica de respetos puramente humanos? *Si es justo delante de Dios*, les decía San Pedro a los príncipes de los sacerdotes, *oíros a vosotros antes que a Dios, juzgado vosotros*.

FENÓMENO III

El Anticristo

115. El formarnos una idea del Anticristo la más clara, la más justa, la más verdadera que nos sea posible, parece no solo conveniente, sino de una absoluta necesidad. Sin esto podremos con razón temer, que este Anticristo se nos entre en el mundo, que lo veamos con nuestros ojos, oigamos su voz, y recibamos su ley o su doctrina que admiremos sus obras y prodigios, sin haberlo conocido por Anticristo, ni aun siquiera entrado en la menor sospecha. San Pablo, hablando de estos tiempos, nos dice que serán unos tiempos, peligrosos. Y en otra parte amenaza de parte de Dios a los que no quisieren recibir la caridad de la verdad (o lo que es lo mismo las obras de fe, *que obra por caridad*) con el castigo terrible, aunque justísimo, que Dios les enviará, permitiendo la operación del error, para que crean la mentira. Y el mismo Jesucristo nos asegura, que el peligro será tan grande, y la seducción tan general, que será necesario abreviar aquellos días para que no perezca toda carne, y se salven siquiera algunos pocos escogidos.

116. Ahora, amigo: ¿os parece fácil, os parece verosímil o creíble, que pueda caer el mundo entero en este lazo, y entrar en una seducción universal, teniendo de antemano ideas claras, y noticias ciertas del Anticristo? ¿Os parece creíble, que viendo al Anticristo, que conociendo al Anticristo, con todo eso se le rinda todo el mundo, y todo el mundo se deje engañar? Yo por mí protesto, que no lo entiendo, ni puedo concebirlo. La perdición y ruina de casi todos los Cristianos sucederá infaliblemente en los días del Anticristo: así está anunciado claramente en las santas Escrituras, y confirmado de mil maneras por el mismo Hijo de Dios: el mundo cristiano merecerá ya aquel castigo terrible, por la malicia e iniquidad de que estará lleno en los ojos de Dios. Mas la causa inmediata de esta perdición, no parece que podrá ser otra que la ignorancia del mismo Anticristo, o la falta de noticias ciertas y seguras de este gran personaje. Por tanto, sería convenientísimo trabajar con tiempo en adquirir estas noticias, para que por ellas podamos conocerlo con toda certidumbre, para que podamos mostrarlo, y darlo a conocer a otros muchos. *Salvad a los otros, arrebatándolos del fuego*, decía el apóstol San Judas.

Noticias que tenemos del Anticristo hasta la presente

Párrafo I

117. Aunque este punto parecerá algo extraño a mi asunto principal, que es la venida del Señor: mas ya advertí al principio, que mi ánimo era comprender en esta venida del Señor, todas aquellas cosas más principales, que inmediatamente pertenecen a ella, se enderezan a ella, o tienen con ella relación inmediata. Uno de estos es el Anticristo: pues como dice San Pablo, el Señor no vendrá *sin que antes venga la apostasía, y sea manifestado el hombre de pecado*: fuera de que aunque algunas cosas sean algún tanto ajenas del asunto principal, hay otras muchísimas que no lo son, y no parece fácil entender estas, si se dejan del todo aquellas.

118. Las noticias, pues, que hasta ahora tenemos del Anticristo son las que hallan esparcidas acá, y allá en los expositores de la Escritura, conforme van ocurriendo aquellos lugares que parece hablan de esto. Algunos sabios han escrito de propósito sobre el asunto, entre ellos Tomás Malvenda, Leonardo Lesio, y Agustín Calmet. El primero escribió un grueso volumen, el segundo un difuso tratado, el tercero una breve y erudita disertación. En estos tres doctores se halla recogido cuanto se ha pensado sobre el Anticristo, ni parece queda alguna otra noticia que añadir. Con todo eso nos atrevemos a decir, que de todo ello resulta un conjunto de ideas tan extrañas, tan inconexas, tan confusas, que parece imposible sentar el pie en cosa determinada.

119. Representase universalmente este Anticristo como un rey o monarca potentísimo, y al mismo tiempo como un insigne seductor, el cual ya con las armas en la mano, ya con prodigios fingidos y aparentes, ha de sujetar a su dominación a todos los pueblos y naciones del orbe, exigiendo de ellas, entre otros tributos, el de la adoración de latría, como a Dios. Se dice comúnmente que debe traer su origen de los Judíos, y de la tribu de Dan. Muchos doctores citados por Malvenda y Calmet, son de parecer que no ha de tener padre, sino madre solamente, y ésta la más impura, la más inicua de todas las mujeres: así como Cristo en cuanto hombre no tuvo más que madre, ésta la más pura, y la más santa de todas las criaturas. Y así como la madre de Cristo lo concibió por obra del Espíritu Santo, así la madre del Anticristo lo concebirá por obra del mismo Satanás, lo cual dicen y defienden que es muy posible. Algunos añaden, que Satanás se unirá con él, de tal modo, que el Anticristo no será un puro hombre, sino un hombre-diablo. Aunque esta sentencia es contraria a toda sana teología, y por consiguiente recusada de los doctores católicos. Otros conceden que será un puro hombre con padre y madre; mas concebido en pecado, y por pecado, esto es, o por adulterio, o por incesto, o por sacrilegio, a lo cual dicen, que alude San Pablo cuando lo llama *el hombre de pecado*.

120. Aunque será dotado de su libre albedrío, como todos los hombres; mas según unos, no tendrá otro ángel de guarda sino el mismo Satanás, el cual por permisión divina lo acompañará toda su vida, sin apartarse de él un momento. De este sapientísimo maestro y fiel compañero aprenderá el Anticristo toda suerte de prestigios y magias, con que hará

prodigios en el mundo. Otros le conceden ángel de guarda; mas este ángel lo abandonará enteramente, cuando él empiece ya a abrogarse los honores divinos.

121. El lugar de su nacimiento y el principio de su grandeza, dicen, que será Babilonia, en cuyas ruinas y en cuyas cercanías deberá estar establecida, sino toda la tribu de Dan, a lo menos alguna familia de esta tribu, que debe producir un fruto tan singular. Aquí en Babilonia el Anticristo, ya de edad varonil, se fingirá el Mesías, y comenzará a hacer tantas y tan estupendas maravillas, que esparcida luego la fama, volarán los Judíos de todas las partes del mundo, y de todas las tribus, a unirse con él, y ofrecerle sus servicios. Viéndose reconocido por el Mesías, y adorado de todas las tribus de Israel, dejando a Babilonia su patria, partirá con este ejército formidable a la conquista de la Palestina. Ésta se le rendirá al punto con poca o ninguna resistencia. Las doce tribus se volverán a establecer en la tierra de sus padres, y en breve tiempo edificarán para su Mesías la ciudad de Jerusalén, que debe ser la capital o la corte de su imperio universal. Desde Jerusalén conquistará el Anticristo con gran facilidad todo lo restante de la tierra, si es que no la va conquistando antes de ir a Jerusalén, que así lo piensan otros con igual fundamento. Para la conquista de todo el mundo no solo será ayudado de sus fieles hebreos, y otras naciones orientales, mas también de todos los diablos del infierno, que llamados de su príncipe Satanás, vendrán al punto, dejando toda otra ocupación. Entre otros servicios que harán los diablos al Anticristo, el más importante de todos será el descubrir cuantas riquezas están escondidas en la tierra y en el mar, y ponerlas todas en sus manos. Con este subsidio, ¿qué dificultad habrá que no se venza, o cerradura que no se abra?

122. Hecho, pues, este mísero y vilísimo judío, rey universal de toda la tierra, y sujetos a su imperio todos los pueblos, tribus y lenguas, no por eso quedará satisfecha su ambición. Inmediatamente entrará en el pensamiento impío y sacrílego de hacerse Dios, y el único Dios de todo el orbe. Para esto prohibirá en primer lugar con severísimas penas, no solo el culto de los falsos dioses, y el ejercicio de todas las falsas religiones, sino principalmente el culto del verdadero Dios de sus padres, y sobre todo, el ejercicio de la religión cristiana. Con esto empezará luego la más terrible, la más cruel, la más peligrosa persecución contra la Iglesia de Jesucristo, que durará tres años y medio. En este tiempo se dejarán ver en el mundo Enoc y Elías, reservados por la providencia divina para resistir al Anticristo y contener de algún modo aquel torrente de iniquidad. Estos dos Profetas le harán tan grande oposición, y pondrán en tantos conflictos, que traerán contra sí la indignación y furor de este monarca: los perseguirá con todo su poder, y aunque con gran trabajo, y solo después de cuarenta y dos meses, al fin los habrá a las manos, y los hará morir cruelísimamente en la misma ciudad de Jerusalén, como se dice en el capítulo XI del Apocalipsis. (Si en este lugar del Apocalipsis se habla de Elías y Enoc, o de otra cosa muy diversa, lo veremos en otra parte.) Seguirá a pocos días la muerte del Anticristo, que unos refieren de un modo, y otros de otro, como si fuese un suceso ya pasado, escrito por diversos historiadores; con la cual muerte, la Iglesia y el mundo entero empezará a respirar, quedando todo en una perfecta calma, y en una alegría universal. Los obispos que se hubiesen escondido en los montes y cuevas, y escapado por este medio de aquel naufragio, volverán a tomar sus sillas, acompañados de su clero, y de algunas otras familias cristianas que los hubiesen seguido en su destierro voluntario. En

este tiempo sucederá la conversión de los Judíos, según la opinión universal entre los intérpretes, los cuales en su sistema no hallan, ni es posible que hallen dónde colocar este suceso tan claramente anunciado de toda la Escritura; y entonces, dicen, se acabará de predicar el evangelio en toda la tierra, y el Señor vendrá a juzgar, cuando sea su tiempo.

123. Esta es en compendio toda la historia del futuro Anticristo que hallamos en los mejores historiadores, y a esto se reducen todas las noticias que tenemos de este gran personaje. Algunas otras quedan fuera de estas, que no son tan interesantes, como verbi gratia su nombre, su carácter, su fisonomía, sus milagros en particular, y el tiempo preciso en que ha de aparecer en el mundo, que muchos se atrevieron a señalar. El tiempo ha falsificado ya los más de estos pronósticos, entre los cuales quedan todavía dos por falsificarse. El de Juan Pico Mirandulano, que promete al Anticristo para el año de 1794, y el de Jerónimo Cardano para el de 1800. En todas estas noticias, y otras que omito por la brevedad, y se pueden ver en Malvenda, y Calmet, yo no hallo otra cosa más verdadera, ni más bien fundada, que lo que dice y confiesa el mismo Calmet hacia el fin de su disertación, por estas palabras: *Del cual perdidísimo varón apenas tenemos algunas cosas ciertas, inciertas y problemáticas innumerables: por lo cual el tiempo determinado de su venida, su patria, origen, parientes, infancia, nombre, extensión de su imperio, y género de su muerte, todo es dudoso.*

Se pide y examina el fundamento de estas noticias

Párrafo II

124. El examen prolijo de todas las noticias que acabamos de recoger, sería cuando menos un trabajo perdido: Se sabe de cierto, aun por confesión de los mismos interesados, que las más de ellas, o casi todas no tienen otro fundamento que la imaginación viva de algunos, que así lo meditaron, y que después de la meditación, se atrevieron también a escribirlo, ciertos y seguros de que en aquellos siglos en que todo pasaba, no había que temer contradicción. No obstante, entre esta muchedumbre de noticias hay algunas pocas que se presentan con algún aire o apariencia de verdad: ya por la autoridad de algunos padres, que las adoptaron, o a lo menos las sospecharon, ya por el consentimiento casi universal de los doctores, ya también por fundarse (como dicen) en algunos lugares de la Escritura, que es lo principal. Parece que a estas pocas alude el padre Calmet, cuando dice: *apenas tenemos algunas pocas cosas ciertas...* modo de hablar no poco equivoco, que no deja de mostrar bien la mente del autor.

125. Pues estas pocas apenas ciertas, o estas ciertas apenas pocas, se reducen a cuatro principales, de donde pueden haber nacido todas las otras. Primera, el origen del Anticristo: segunda, su patria, y principios de su grandeza: tercera, su corte en Jerusalén, como rey propio de los Judíos, creído y recibido por su verdadero Mesías: cuarta, su monarquía universal sobre toda la tierra. En estos cuatro artículos parece que convienen casi cuantos doctores han tratado del Anticristo; y sobre esta suposición, como si fuese indubitable, hablan comúnmente los intérpretes de la Escritura. No negamos que la autoridad de tantos sabios sea de grande peso: y si como se trata de cosas futuras, se

tratase de sucesos pasados, sería una insigne necedad no dar crédito a tantos testigos dignos de todo respeto y veneración; mas como las cosas futuras pertenecen únicamente a la ciencia de Dios, y de ningún modo al ingenio y ciencia del hombre, ninguno puede con razón quejarse, de que en un negocio de tanta importancia que a todos nos interesa, suspendamos por un momento nuestro asenso hasta asegurarnos cuanto nos sea posible de la verdad: hasta ver, digo, si las noticias de que hablamos las ha dado el que solo puede saberlas, o son conformes a lo que hallamos en los libros sagrados.

Artículo I

Origen del Anticristo

126. Se debe suponer como una verdad, *por sí conocida*, que ningún hombre quede saber el origen del Anticristo sin revelación expresa de Dios; así como ninguno pudiera saber que ha de haber el Anticristo, si Dios no se hubiera dignado revelarlo. Los autores mismos que hacen venir al Anticristo de los Judíos, y de la tribu de Dan, se hacen cargo tácitamente de la verdad de esta suposición. Así, no satisfechos con la mera autoridad extrínseca, que en estos asuntos nada prueba, señalan el fundamento de la Revelación divina, citando tres lugares de la Escritura, los únicos que han podido hallar: veámoslos.

127. El primero es el capítulo cuarenta y nueve del Génesis, en que bendiciendo Jacob a sus hijos, y llegando a Dan, le dice estas palabras (versículo diez y seis): *Dan juzgará a su pueblo como cualquiera otra tribu en Israel. Sea Dan culebra en el camino, ceraste en la senda, que muerde las pezuñas del caballo, para que caiga hacia atrás su jinete. Tu SALUD esperaré, Señor.* De esta profecía de Jacob se sigue legítimamente esta consecuencia. Luego el Anticristo ha de nacer de la tribu de Dan, luego ha de ser judío o hebreo. Si alguno se atreviese a negar una consecuencia tan justa, ¿qué se hará con él? Se le mostrará, dicen, la autoridad de los santos padres que entendieron unánimemente esta profecía del Anticristo, y al Anticristo la acomodaron; y esto deberá bastar, aunque el texto no lo diga tan claramente. Bien: pero si en este punto no hay tal consentimiento unánime de los santos padres: si solo algunos pocos tocaron este punto: si entre estos pocos algunos entendieron la profecía de otro modo: si aquellos mismos que la acomodaron al Anticristo, ni hablaron asertivamente, sino por modo de mera conjetura: en este caso, ¿no será lícito negar aquella consecuencia? Pues, señor mío, así es. Los padres que tocaron este punto, conjeturaron dos cosas diversas, sin empeñarse mucho por la una, ni por la otra parte. Unos sospecharon que se hablaba del Anticristo: otro más literalmente pensaron que se hablaba de Sansón: San Jerónimo es uno de estos últimos, a quien han seguido muchísimos intérpretes, entre ellos Lira, el Tostado, Pereira, Delrio, etc.

128. Ahora, si se mira el texto con alguna atención particular, además de hallarse oscurísimo (como casi todas las profecías del santo patriarca, enderezadas a sus otros hijos, las cuales, tal vez no han tenido hasta ahora su perfecto cumplimiento, mas lo tendrán a su tiempo) si se mira el texto, digo, con particular atención, se concibe mucha menor dificultad en acomodarlo a Sansón, que en acomodarlo al Anticristo: porque al fin

sabemos de cierto por la misma Escritura, que Sansón, aquel hombre tan singular, tan extraordinario, tan único, fue de la tribu de Dan: sabemos que juzgó a su pueblo, como anuncia la profecía: sabemos en suma, otros sucesos particulares de la vida de Sansón, que tienen gran semejanza con lo que dice la profecía. Siendo esto así, ¿qué necesidad tenemos de recurrir para el cumplimiento de la profecía a otra cosa futura, infinitamente incierta, de la que *por otra parte* nada consta, como es el origen del Anticristo?

129. El segundo lugar de la Escritura que se alega para probar el origen del Anticristo de la tribu de Dan, y por consiguiente de los Judíos, es el capítulo octavo de Jeremías, en donde se leen estas palabras, versículo 16: *Desde Dan ha sido oído el bufido de los caballos de él: a la voz de los relinchos guerreros de él se estremeció toda la tierra. Y vinieron, y devoraron la tierra, y cuanto había en ella: la ciudad y sus moradores.* Yo convidó a cualquiera que sepa leer, a que lea este capítulo octavo de Jeremías. Después que lo haya leído con mediana atención, le preguntaré: ¿de qué misterio se habla en él? Y al punto me responderá sin que le quede duda, ni aun sospecha de duda, que se habla manifiestamente de la venida de Nabuco contra Jerusalén. Se dice, que desde Dan se oye el relincho de los caballos, y la voz y estrépito formidable de armas y de soldados, porque la ciudad de Dan, *la cual antes se decía Lais*, fue conquista de seiscientos hombres de la tribu de Dan, que le pusieron el nombre de su padre, y habitaron en ella *hasta el día de su cautiverio*. Y esta ciudad de Dan era la primera hacia el norte, por donde debía entrar necesariamente el ejército caldeo. Este es todo el misterio de esta profecía, claro y palpable. Los expositores mismos lo entienden así en su propio lugar; aunque no dejan muchos de añadir (no se sabe para qué) que en sentido alegórico se entiende, o puede entenderse todo esto del Anticristo. Con la cual advertencia parece, que pretenden una de dos cosas (si acaso no son las dos a un mismo tiempo); o que el origen del Anticristo de la tribu de Dan es una verdad bien comprobada por otra parte; o que el sentido alegórico es un mentido a discreción; de modo que con cualquier texto de la Escritura se puede probar cualquiera otra cosa que se quiera, con solo decir, que aquel texto, tomado en sentido alegórico, lo dice así.

130. Ya que tocamos este punto, no perdamos la ocasión de decir sobre él una palabra. Nos importa muchísimo para nuestro gobierno entender bien, y tener bien presente lo que quiere decir *sentido alegórico*. Si esta advertencia es inútil respecto de muchos, pudiera no serlo respecto de algunos, a quienes también somos deudores. Como *alegoría*, y *figura* son dos palabras de dos lenguas que significan una misma cosa; así, sentido alegórico, no es otra cosa que sentido figurado. Por lo cual, quien dice: esto se entiende alegóricamente de aquello; lo que quiere decir es, esto es una figura, o una sombra de aquello. Ahora: para poder decir con verdad esto, se requiere entre otras condiciones, una absolutamente necesaria e indispensable. Es a saber: que la cosa figurada sea actualmente o haya sido, o haya de ser ciertamente alguna cosa real, verdadera y existente *en la naturaleza*, por consiguiente esta existencia real debe constar por otra parte y saberse de cierto. Sin esto, así como no se puede asegurar la cosa misma, tampoco se podrá asegurar que es figurada por otra. ¿Con qué razón, por ejemplo, se podrá decir, mostrando una pintura: *esta es la imagen o la figura del Papa Pío XX?* Pruébese primero, y pruébese con evidencia, responderá cualquiera, que ha de haber en los siglos venideros un Papa de este nombre; y después que esto se pruebe, quedará todavía otra cosa que probar, esto es, la conformidad

del figurado con la figura. De este modo me parece que se debía proceder con el Anticristo, así en el punto de que hablamos, como en otros más de que hablaremos. Se debía probar en primer lugar, con aquella prueba que pide un suceso futuro, que el Anticristo ha de nacer de la tribu de Dan. Probado esto, se podía ya proceder sobre algún sólido fundamento. Entonces podían mostrar las figuras, y hacer ver su conformidad con el original. Mas traer por toda prueba de un suceso futuro, que esto, o aquello lo figura, parece que es exponer a un mismo peligro la figura y el figurado. Con esta sola reflexión, no sería muy difícil hacer volver a la nada, de donde salieron, algunos otros figurados juntamente con sus figuras.

131. El tercer lugar de la Escritura que se alega para hacer venir al Anticristo de la tribu de Dan, es el cap. VII del Apocalipsis; en el cual, nombrándose todas las otras tribus de Israel, y sacándose de cada una de ellas doce mil escogidos o sellados, de la tribu de Dan nada se saca, ni aun siquiera se nombra, lo cual no puede ser por otro motivo, dicen, sino porque de esta tribu ha de salir el Anticristo. A esta dificultad se responde, lo primero: que si en este silencio de Dan hay algún misterio particular, ninguno puede saber, qué misterio sea; así como ninguno puede saber, por qué nombrándose la tribu de Manasés, no se nombra la tribu de Efrain su hermano, sino en lugar de Efrain, se nombra su padre José; siendo cierto, que en la tribu de José se comprenden sus dos hijos Efrain y Manasés.

132. Dije, si hay en esto algún misterio particular; porque tal vez no hay aquí otro misterio, que algún descuido, o equívoco inocente de alguno de los antiquísimos copistas del Apocalipsis, que en lugar de Dan, puso Manasés. La sospecha no carece enteramente de fundamento, si se atiende bien a todo el contexto. Primeramente: San Juan, antes de nombrar las tribus en particular, dice, que los sellados con el sello de Dios vivo serán de todas las tribus de los hijos de Jacob: *de todas las tribus de los hijos de Israel*, y luego añade inmediatamente, que de cada una de dichas tribus, llamando a cada una por su nombre, se señalarán doce mil. Conque si queda excluida la tribu de Dan, que fue uno de los hijos de Jacob, no puede ser verdad, que los sellados serán *de todas las tribus de los hijos de Israel*. Lo segundo: Manasés se halla nombrado en sexto lugar entre los hijos de Balá, después de Néptali, donde precisamente debía hallarse Dan, pues Néptali y Dan fueron hijos de Balá, esclava de Raquel. Lo tercero, Manasés no fue hijo, sino nieto de Jacob, y el texto dice, que los sellados serán de todas las tribus de los hijos: por lo cual se nombra la tribu de José, que fue hijo, y no la tribu de Efrain, que solo fue nieto. Dirase, que nombrado José, debe darse por nombrado Efrain, pues la tribu de Efrain, y la de José su padre, eran una misma cosa. Mas también podemos nosotros añadir, que una vez nombrado José, se deben entender, y dar por nombrados sus dos hijos Efrain y Manasés: pues como se lee en el capítulo XLVII de Ezequiel, José *tiene doble medida*: lo cual alude claramente a la donación que le hizo su padre de otra parte más, fuera de la que debía tener entre sus hermanos: *te doy (le dice) sobre tus hermanos una porción...* Según esto, parece claro, que así como nombrado José, ya no era necesario nombrar a Efrain; como en efecto no se nombra, así tampoco era necesario nombrar a Manasés. Por consiguiente, en este lugar del Apocalipsis, conforme lo tenemos, parece que falta una cosa y sobra otra. Sobra Manasés, que no fue hijo, sino nieto de Jacob, y falta Dan, que fue propiamente hijo, como todos los otros que se nombran: *Y oí (dice el testo) el número de los señalados, que eran ciento y cuarenta y cuatro mil señalados, de todas las tribus*

de los hijos de Israel. En el capítulo XLVIII de Ezequiel, nombrándose todas las doce tribus a este mismo propósito, la primera que se nombra es la de Dan.

133. Si esta sospecha no se recibe, no nos empeñaremos mucho ni poco en llevarla adelante. La dificultad no es tan grave que no haya otro modo de resolverla, que por una mera sospecha. Respondemos, pues, lo segundo, que el silencio del Apocalipsis, respecto de la tribu de Dan, haya en esto algún misterio o no lo haya, nada puede probar en el asunto de que hablamos. Aunque se supiese por otra parte, y se supiese de cierto que el Anticristo ha de venir de la tribu de Dan, aun en esta suposición, siempre debía mirarse como ilegítima y absurda esta consecuencia, luego por esta razón no se nombra esta tribu entre las otras: luego por esta razón no se ha de sellar en ella con el sello de Dios vivo, luego por esta razón ha de quedar excluida enteramente esta misma tribu de aquel bien y misericordia, a que todas las otras han de ser llamadas a su tiempo. ¿Qué conexión tiene lo uno con lo otro? ¿Qué proporción entre aquella culpa y este castigo? El Anticristo ha de nacer de la tribu de Dan, ¿luego por esta culpa, que todos los individuos de esta tribu habrán cometido voluntariamente, sin saberlo, ni aun sospecharlo, por esta culpa fantástica e imaginaria, toda la tribu con todos sus individuos han de quedar absolutamente reprobados? Aunque Dan mismo, padre de esta tribu, hubiese sido un hombre tan perverso, como se supone el Anticristo, no por eso se podía creer, sin temeridad, que Dios castigase con un castigo tan terrible a toda su descendencia. ¿Cuánto menos se podrá presumir este castigo por la iniquidad de uno de sus hijos?

134. Acaso se dirá que la reprobación de toda esta tribu, no será precisamente por haber producido, o deber producir al Anticristo, sino porque toda ella se declarará por él, y entrará en sus proyectos de iniquidad. Mas fuera de que esto se dirá libremente, sin la menor apariencia de fundamento; por esta misma razón se deberán reprobador todas las demás tribus: pues como nos aseguran comúnmente los mismos doctores, y veremos en el artículo tercero, todas las tribus, no menos que la de Dan, se han de declarar por el Anticristo, todas lo han de creer y recibir por su Mesías: todas lo han de acompañar y servir contra el verdadero Mesías. Si esto es así, como así se supone, no queda otra culpa particular en la tribu de Dan para ser excluida y reprobada, que la de haber de producir al Anticristo. Hasta aquí hablamos sobre la suposición de que el origen del Anticristo de la tribu de Dan fuese una cosa bien comprobada por otra parte; mas ¿qué será sino estriba sobre otros fundamentos que los que acabamos de ver? Si hubiese otros mejores, es claro que no dejaran de producirse. Si estos son suficientes o no, a cualquiera le será fácil decidirlo, si quiere mirar este punto con formalidad. El P. Calmet, hablando de esto mismo, confiesa al fin ingenuamente la verdad: *confesamos*, dice, *que nada cierto hemos podido adelantar en las varias conjeturas sobre el origen y nacimiento del anticristo*: y no obstante, en los intérpretes más clásicos de la divina Escritura se habla frecuentemente de los *danistas* hermanos del Anticristo, como si la noticia fuese indubitable. No extrañéis, amigo, que yo me declare en favor de los danistas, y me empeñe tanto por ellos; pues aunque no soy de la tribu de Dan, la debo mirar con ternura, como a hermana mía, y con mayor ternura debo mirar la equidad y verdad.

Patria y Principio del Anticristo

135. Acabamos de ver todos los fundamentos que se han podido hallar en la Escritura santa para hacer al Anticristo un Judío o Hebreo de la tribu de Dan: ahora, para hacerlo nacer en Babilonia, y empezar allí a reinar entre prodigios y milagros los más inauditos, ¿qué fundamentos se habrán hallado? Yo los busco por todas partes, y *de ninguna manera los hallo*. Pregunto a los doctores más eruditos que han escrito sobre el asunto y han abrazado esta noticia, y parece que tampoco le han hallado algún fundamento: pues no es creíble que guardasen tanto silencio, si hubiesen hallado alguno, aunque fuese muy semejante a los del artículo antecedente. El erudito Padre Calmet en su ya citada disertación se hace cargo, y se da por entendido de este gran embarazo. Confiesa que en la realidad no se halla fundamento alguno en la Revelación, y si no fuese, añade, por la autoridad extrínseca, o por el común sentir de tantos escritores, así modernos como antiguos, la noticia no merecía atención alguna. Mas como la autoridad extrínseca, o el común sentir en cualquiera asunto que sea (mucho más en asuntos de futuro), debe estribar sobre algún fundamento real, sólido y firme, quedamos después de esto en el mismo embarazo, como si nos respondieran por la misma cuestión. La autoridad extrínseca, aunque sea un común sentir, principalmente cuando se trata de una cosa futura, no puede de modo alguno estribar sobre sí misma: este es un privilegio que a solo Dios le puede competer. La misma lumbre de la razón nos lo persuade así, y nos lo persuade invenciblemente. Se pregunta, pues, ¿cuál es el fundamento de este común sentir en un asunto tan ajeno de la ciencia del hombre, como es lo futuro? El mismo autor se hace cargo de este segundo embarazo, y aunque mostrando alguna repugnancia, señala en fin modestamente el verdadero fundamento, diciéndonos, que los que han escrito después de San Jerónimo tomaron de él esta noticia.

136. Si subimos ahora de autor en autor hasta San Jerónimo, y le preguntamos reverentemente al santo doctor, ¿de dónde tomó una noticia tan singular? nos responderá al punto con toda verdad e ingenuidad, que él no ha asegurado jamás que la noticia sea cierta, ni la produjo como opinión propia suya, sino como opinión de otros doctores de su tiempo, que así lo pensaban: para lo cual nos mostrará sus propias palabras sobre el capítulo once de Daniel, diciendo: *los nuestros interpretan todas estas cosas del Anticristo, que ha de nacer del pueblo judaico, y ha de venir de Babilonia*. De aquí se sigue, que no hay otro fundamento en la realidad, sino que a los principios del siglo quinto, cuando San Jerónimo escribía, se pensaba así. Mas si en este tiempo se pensaba así, es cierto que en todos los tiempos anteriores no se había pensado tal cosa. Más de cien años antes, en tiempo de Diocleciano, se pensaba que el mismo Diocleciano era el Anticristo. Lo mismo se pensaba en tiempo de Marco Aurelio, de Trajano, de Domiciano, y sobre todos, en tiempo de Nerón, pues aún después de muerto, pensaban los Cristianos que no había muerto, sino que estaba escondido para venir luego a ser el Anticristo; mas como vieron que tardaba mucho, mudaron de pensamiento, y pensaron que presto resucitaría para ser el Anticristo. Todas estas cosas y otras semejantes, se pensaron antes del cuarto siglo, como consta de la historia eclesiástica, y a ninguno le pasó por la imaginación que Diocleciano, o Marco Aurelio, o Trajano, o Domiciano, o Nerón, fuesen naturales de Babilonia, ni mucho menos que fuesen Hebreos de la tribu de Dan. Conque el pensarse así en un siglo, y el pensarse de otro modo en otro, si no se alega otro

fundamento, nada prueba en la realidad, y quedamos en perfecta libertad para pensar otra cosa.

137. En cuyo supuesto, lo que yo pienso es, que Babilonia no solo no será patria del Anticristo, pero ni lo podrá ser. Fúndome entre otras cosas en la profecía de Jeremías, que hablando de propósito contra Babilonia, dice así: *y no será habitada en adelante para siempre, ni será edificada hasta en generación y generación. Así como destruyó el Señor a Sodoma, y a Gomorra, y a sus vecinos, dice el Señor, no morará allí varón, ni la habitará hijo de hombre.* Diréis acaso, que esta profecía habla solamente de la antiquísima Babilonia, situada sobre el Éufrates, que fue la corte del imperio Caldeo; no de otra Babilonia que se edificó después sobre el Tigris, y subsiste hoy día; ni tampoco de la Babilonia de Egipto; y así la una como la otra puede ser la patria del Anticristo: mas de esto mismo os pediré yo alguna prueba o algún fundamento razonable.

Artículo III

El Anticristo será creído y recibido de los Judíos como su verdadero Mesías, por cuyo motivo pasará su corte de Babilonia a Jerusalén.

138. Esta noticia creída y recibida como verdadera entre los intérpretes de la Escritura, ¿qué fundamento puede tener? ¿Cuál podrá ser su verdadero origen? ¿Habrà sobre ello alguna cosa en la Revelación? No os canséis, señor, inútilmente en revolver para esto toda la Biblia sagrada: tampoco os canséis en preguntar a los mismos intérpretes, porque no hallaréis otro fundamento que una suposición, sobre la cual, como si fuese indubitable, proceden ya con gran seguridad. ¿Cuál es esta suposición? La que queda ya examinada y negada en el artículo primero: esto es, que el Anticristo ha de ser un judío o hebreo de la tribu de Dan. En esta suposición mirada como cierta, es ya facilísimo seguir adelante con la historia. Las consecuencias son tan naturales, que por sí mismas se van presentando una tras otra a la imaginación. Vedlas aquí.

139. ¿El Anticristo judío? Luego por los Judíos deberá comenzar, luego para hacer entre ellos una gran figura, deberá persuadirles, en primer lugar, que él es el verdadero Mesías, que ellos esperan (según sus escrituras) y deberá también ocultarles, digo yo, debajo del más profundo secreto, su origen de la tribu de Dan, porque si esto se llega a saber o sospechar, se habrá errado el tiro, y quedará todo perdido sin esperanza de remedio; pues no hay judío alguno, aun entre la más ínfima plebe, que no sepa y crea que su Mesías ha de venir de la tribu de Judea, y de la familia de David: ¿mas este secreto se guardará fielmente? Prosigamos con nuestras consecuencias.

140. ¿El Anticristo judío, creído Mesías, y reconocido por tal de los Judíos? Luego todos los millares o millones de Judíos, que están esparcidos entre todas las naciones del mundo, volarán al punto a buscarlo, y unirse con él. ¿El Anticristo judío, creído Mesías, escoltado de millares o millones de soldados voluntarios, llenos todos de coraje y de celo? Luego su primer pensamiento y su primera expedición deberá ser la conquista de la tierra de sus padres, para evacuarla de sus usurpadores, y volver a establecer en ella a

todas las tribus de Jacob. En suma: ¿El Anticristo judío, creído y reconocido por Mesías, conquistador y vecino de la Palestina? Luego es naturalísimo que se olvide de Babilonia, y ponga su corte en Jerusalén, donde estuvo en tiempo de David, de Salomón, y de todos los reyes sus sucesores. Luego esta ciudad, arruinada primero por los Caldeos, y después por los Romanos, volverá a edificarse de nuevo con mayor grandeza y magnificencia, por el trabajo, celo y furor de todas las tribus, ayudadas de todas las legiones del ángel de guarda del mismo Anticristo, esto es, de Satanás. ¡Qué consecuencias tan naturales! Mas si por desgracia se halla falsa, y cae como tal aquella suposición sobre la cual se ha edificado con tan nimia confianza, ¿no será también una consecuencia naturalísima, que caiga sobre ella todo el edificio?

141. Este temor, que no es fácil disimular, ha obligado a algunos doctores graves a buscar en la Escritura divina algunos otros fundamentos, o siquiera algunos pilares con que sostener un edificio tan vasto, y al mismo tiempo tan poco fundado. Los que se han hallado hasta ahora después de infinitas diligencias, se miran comúnmente por suficientes, si no para asegurar el edificio, a lo menos para suplir por algún tiempo, mientras se discurre otra cosa mejor. Véamoslos.

142. Dos puntos principales contiene toda esta noticia, de que hablamos. Primero, que los Judíos creerán, y recibirán por su verdadero Mesías al Anticristo. Segundo, que el Anticristo recibido de los Judíos por Mesías, pondrá la corte de su imperio en Jerusalén. El primer punto se pretende sostener con aquellas palabras del Señor, que se leen en el evangelio de San Juan: *Yo vine en nombre de mi Padre* (les dice a los Judíos), *y no me recibís: si otro viniere en su nombre, a aquel recibiréis*: las cuales palabras, nos dicen, aunque no nombran expresamente al Anticristo, se entiende bien que hablan de él, y lo que anuncian es, que los Judíos recibirán al Anticristo por su Mesías, en castigo de no haber querido recibir a Cristo.

143. Óptimamente. Y si estas palabras, o esta profecía del Señor ha tenido ya su perfecto cumplimiento, ¿será bien en este caso dejar lo cierto, por lo incierto, lo que sabemos, por lo que ignoramos, lo que ya sucedió, por lo que puede suceder? ¿Será bien disimular el cumplimiento real y verdadero de la profecía, y esperar una cosa inciertísima, para que la profecía pueda cumplirse? Y si no hay tal Anticristo judío, ni tal Anticristo falso Mesías, ¿cómo quedará una profecía del Hijo de Dios? Quedará convencida de falsa, sin poder verificarse en toda la eternidad. Este inconveniente gravísimo está evitado con decir y confesar, lo que nadie ignora: esto es, que la profecía de que hablamos, ya se cumplió con tanta plenitud, que nada más nos queda que esperar. Dejo aparte la turba de falsos y pequeños Mesías, que en varios tiempos han engañado a los Judíos, y ocasionádoles nuevos y mayores trabajos. En las Actas de los Apóstoles se hace mención de uno, y en la historia consta de varios.

144. Mas aunque no hubiera habido otro que aquel insigne Bar-Cochebas, que apareció en tiempo de Adriano, en este solo estaba llena la profecía: *si otro viniere en su nombre, a aquel recibiréis*. Este falso Mesías vino tan en su nombre, que todos los títulos o credenciales que presentó a los Judíos, se redujeron a sola la significación de su nombre; pues Bar-Cochebas, quiere decir hijo de la estrella. Por ser o llamarse hijo de la estrella,

debía ser creído y recibido por Mesías, según la profecía de Balán, que dice: *De Jacob nacerá una estrella*. En efecto fue recibido de todos los que moraban en la Palestina, y esparcida luego la voz por todas las provincias del imperio romano, en todas partes se alborotaron los Judíos, entrando en grandes esperanzas de sacudir el yugo de las gentes. La cosa pasó tan adelante, que puso en cuidado a todo el imperio; y fue bien necesaria toda la vigilancia y plenitud de Adriano, que era buen soldado, para quitar y contener a los Judíos de las provincias de occidente, mientras se preparaba para la guerra formal que era preciso hacer a Bar-Cochebas.

145. Este había engrosado tanto, no solo con los Judíos que habitaban en la Palestina, sino con otros muchísimos que cada día se le agregaban, que se había apoderado de las plazas fuertes de Judea, pasando a cuchillo toda la guarnición romana, y todo cuanto pertenecía a los Romanos; y aprovechándose de todas las armas y de todas las riquezas del país, de modo que fue menester tres años de guerra viva, y no poca sangre romana para sujetar aquellos rebeldes, que despreciaban la vida por la defensa de su Mesías. Muerto este y con él nada menos de 480.000 Judíos, los que quedaron vivos, fueron vendidos por esclavos, y esparcidos otra vez a todos vientos. Estos fueron los bienes que trajo a nuestra nación el hijo de la estrella. Castigo terrible; pero bien merecido: *Yo vine en nombre de mi Padre*, (dijo Jesucristo) *y no me recibís: si otro viniere en su nombre, a aquel recibiréis*. No tenemos, pues, necesidad de esperar un Anticristo judío, solo imaginario, y en él otro falso Mesías, sin comparación mayor que Bar-Cochebas, para que se verifique la profecía del Señor; pues en este falso Mesías, conocido de todos, la hemos visto plenamente verificada.

146. Parece una verdadera crueldad (ni me ocurre otro nombre más propio que poderle dar) lo que vemos con nuestros ojos frecuentemente practicado por los doctores cristianos, respecto de los miserables Judíos. De manera, que no solamente les niegan o escasean aquellos anuncios favorables que se leen claros y expresos en sus Escrituras, los cuales hasta ahora no se han verificado; no solamente les ponderan, y agravan más los que son conocidamente contrarios; no solamente les añaden sin escrúpulo otros anuncios amargos y tristísimos, como si fuesen tomados de la Revelación; sino que como si esto fuera poco, pretenden tal vez, que todavía se deben verificar con mayor rigor, aun aquellos anuncios contrarios que ya se han verificado, aunque sea necesario añadir para esto noticias y circunstancias de que la Escritura divina no habla palabra. Perdonad, amigo, esta breve digresión, *porque de la abundancia del corazón habla la boca*. Cuando lleguemos al fenómeno quinto empezaráis a ver si me lamento con razón.

147. Caído, pues, este primer punto de la noticia, esto es, que el Anticristo ha de ser creído y recibido de los Judíos por su verdadero Mesías: el segundo punto cae de suyo, sin que nadie lo mueva. ¿De dónde se prueba que el Anticristo ha de poner en Jerusalén la corte de su imperio? ¿Sabéis de dónde? De que ha de ser recibido de los Judíos por su rey y Mesías. Y esto ¿de dónde se prueba? De que ha de ser judío. ¿Y esto de dónde? De que ha de ser de la tribu de Dan. Y esto... Es cosa verdaderamente admirable lo que leemos del Anticristo. Las noticias son innumerables, y todas se aseguran, unas más, y otras menos, con gran formalidad. Mas si llegamos por curiosidad a examinar el fundamento en que estriban, nos hallamos con una maravilla, y la que más sorprende de

todas, quiero decir, que todas estas noticias no tienen otro fundamento que ellas mismas: todas estriban sobre sí mismas, y mutuamente se sostienen. Las primeras son fundamento de las segundas, y las segundas lo son de las primeras. Estas estriban sobre las que se siguen, y las que siguen sobre las que preceden, y todo ello no parece otra cosa que un edificio magnífico, construido en el aire y conservado milagrosamente, donde aparece nuestro Anticristo como un fantasma terrible, como un espectro o como un ente de razón.

148. Mas esta corte en Jerusalén, de este rey Anticristo, o de este monarca fantástico, ¿no tiene *por otra parte* otros fundamentos? ¿No hay en toda la Escritura divina algunos lugares de donde esto conste, o se pueda inferir? Amigo mío, *esto es mucho pedir*. Si estos fundamentos los buscáis en la Escritura misma, os cansáis inútilmente. Sabed de cierto, que no los hay. Mas si los buscáis en otras fuentes, o en otros libros que no son canónicos, hallaréis fácilmente con que suplir en caso de necesidad. ¿Cuáles son estos fundamentos? *Ven y ve*. Son aquellas profecías las más magníficas favorables a Jerusalén, que hasta ahora no han tenido ni han podido tener su cumplimiento. Estas profecías son tantas, tan claras, tan expresivas, y anuncian a Jerusalén tanta grandeza, tanta prosperidad, y al mismo tiempo tanta justicia y santidad, que por eso mismo se han hecho increíbles en el sistema ordinario de los doctores. Así, algunas pocas se han procurado acomodar por los mejores intérpretes que llamamos literales, a la vuelta de Babilonia, *en sentido literal*, otras a la Iglesia presente *en sentido alegórico*, otras más difíciles e impenetrables a la Jerusalén celestial, *en sentido anagógico*: y otras a cualquiera alma santa *en sentido místico*, y otras en fin que repugnan invenciblemente todos estos sentidos, y en que el Espíritu Santo quiso quitar todo efugio, hablando expresamente de aquella Jerusalén que fue corte de David, de Salomón, etc., y que por sus pecados fue destruida por Nabuco, y después por los Romanos, y ahora está y estará hasta su tiempo conculcada de las gentes, etc., estas profecías; digo, se procuran acomodar (no se sabe en qué sentido) a los tiempos del Anticristo, cuando este fantasma ponga en Jerusalén la corte de su fantástico imperio. Si alguno se atreve a preguntar, ¿con qué razón se hace todo esto, con qué fundamento, con qué autoridad, y con qué licencia? se puede esperar, no sin gran fundamento que la respuesta tenga mucho más de sonido, que de sustancia. Estas profecías de que hablamos, favorables a Jerusalén, forman un fenómeno muy grande, que deberemos observar atentamente, cuando sea su tiempo. El detenernos ahora en esto, fuera un verdadero desorden, y nos hiciera más daño que provecho.

Artículo IV

Monarquía universal del Anticristo

149. Pues este hombre tan singular, este mísero judío, este mago, este seductor insigne, viéndose en el trono de Israel recibido por Mesías, amado y adorado de todas las tribus, entrará luego en los pensamientos de sujetar a su dominación, no solamente las naciones circunvecinas, sino todos los reinos, principados y señoríos: todos los pueblos, tribus y lenguas de todo el orbe de la tierra; sin duda para verificar en sí mismo aquellas profecías que anuncian esta grandeza del verdadero Mesías, hijo de David. Para poner en ejecución un proyecto como éste, deberá enviar por todas las partes del mundo, ya predicadores,

lentos de celo; ya ejércitos innumerables y fortísimos, acompañados y sostenidos por todas las legiones de Satanás, que unos con persuasiones, otros con milagros estupendos, otros con amenazas, otros con fuerza abierta, obligarán en fin a todo el linaje humano a sujetarse y recibir el yugo. El mismo rey de Israel, acompañado de su pseudoprofeta, y de su ángel de guarda Satanás, no dejará de andar como un rayo de una parte a otra, unas veces hacia el oriente hasta las costas de la India y de la China, sin perdonar una sola de las muchas islas de aquellos mares, otras veces hacia el norte y noroeste contra los soberanos de la Europa: otras hacia el mediodía contra todas las naciones del África hasta el cabo de Buenaesperanza, otras hacia el occidente contra toda la América etc., y siempre con tan feliz suceso, que en pocos años tendrá concluida y perfeccionada la grande empresa, y se verá servido, honrado y aun adorado como Dios de todos los pueblos de la tierra.

150. Ahora bien: y de toda esta historia o de la sustancia de ella, ¿quién sale por fiador? ¿De qué archivos públicos o secretos se han sacado unas noticias tan maravillosas? Se supone que no hay ni puede haber otras, que la revelación, porque es historia de lo futuro. ¿Cuál es, pues, esta revelación? Examinémosla de cerca, y con formalidad.

151. Dos lugares de la divina Escritura se alegan comúnmente para probar esta monarquía universal del Anticristo. El primero es el capítulo VII de Daniel, en el cual nos señalan, y nos hacen observar, no ya la cuarta bestia terrible y admirable (porque esta quieren que sea el imperio romano) sino uno de los cuernos que tiene esta bestia en su cabeza, que es el mayor de todos, de quien se dicen y anuncian cosas nada ordinarias. Mas después de leído y considerado todo lo que se anuncia de este cuerno terrible, así como no hallamos vestigio alguno por donde poder siquiera sospechar, que el cuerno insigne, o esta potencia, o este rey haya de ser judío, ni falso Mesías; así tampoco lo hallamos para creer ni sospechar su monarquía universal. Lo que hallamos únicamente es, que esta potencia o este rey será mayor que los otros diez que están como él en la cabeza de la terrible bestia, y le sirven de cuernos o de armas. Ítem: que humillará tres de estos diez reyes (de los otros siete nada se dice, ni de los que quedan en lo restante de la tierra). Ítem: que lleno de altivez, orgullo y soberbia, hablará blasfemias contra el Altísimo, y perseguirá a sus santos. En suma, que su presunción será tan grande, que le parecerá posible y fácil mudar los tiempos y las leyes, etc. para todo lo cual se dará licencia por algún tiempo. Esto es todo lo que se lee de esta potencia o de este rey en el capítulo VII de Daniel. Todo lo cual así como puede suceder en Asia, o en África (donde efectivamente lo ponen muchos intérpretes, señalando también los tres reyes que han de ser humillados: esto es, el de Libia, el de Egipto, y el de Etiopía) así puede suceder en Europa, o en América, sin ser necesario hacer a este rey, sea quien fuere, monarca universal de todo el orbe. Demás de esto, ¿cómo se prueba que este cuerno insigne, que nace, crece y se fortifica en la cabeza de la bestia, es propiamente el Anticristo que esperamos, y no la bestia misma? Pero de esto hablaremos más adelante.

152. El segundo lugar que se alega es el capítulo XIII del Apocalipsis, en el cual se habla manifiestamente del Anticristo debajo de la metáfora de una bestia terrible de siete cabezas y diez cuernos. Aquí, pues, se dice que a esta bestia se le dará potestad *sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación*, y que la adorarán todos los habitantes de la

tierra. Yo creo firmemente lo que anuncia esta profecía, que en el asunto de que hablamos me parece clarísima; mas del mismo modo me parecen clarísimos dos equívocos que se ven en su explicación. Primero, el texto no dice que la potestad *sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación*, se le dará a un rey, o a un hombre individuo y singular, que es lo que se intenta probar, solo dice, que esta potestad se le dará a la bestia de que se va hablando, y esta bestia por todas sus señas y contraseñas está infinitamente distante de simbolizar un rey, una persona singular o una cabeza de monarquía. Segundo equívoco, el texto no dice que todos los habitantes de la tierra adorarán a esta bestia con adoración formal de latría como a Dios; solo dice simplemente que la adorarán, y todos sabemos que es lícito adorar a una criatura, mas no es lícito adorarla como a Dios. Nuestro padre Abrahán, por ejemplo, adoró a los jueces de la ciudad de Heth; *Levantose Abrahán* (se dice en el Génesis) *y se inclinó al pueblo de la tierra, es a saber, a los Hijos de Heth*. ¡Oh, cuán lejos estuvo el padre de todos los creyentes de adorar otro Dios que al Dios de Abrahán! Este punto lo tocamos ahora con tanta brevedad, así por ser facilísimo de comprenderse solo con insinuarlo, como porque luego hemos de volver a él, cuando consideremos la bestia del Apocalipsis.

153. Entre tanto, para no creer esta monarquía universal que no consta de la misma Revelación, nos puede ayudar mucho otra cosa que consta de la misma Revelación, es decir, la estatua de cuatro metales que dejamos observada en el fenómeno primero: allí se habla de solas cuatro monarquías, o reinos o imperios célebres que habrá en nuestra tierra, y el último de todos se lleva hasta la caída de la piedra, o hasta la venida segunda del Mesías, como allí probamos. Ahora, si fuera de estos cuatro imperios, hubiese de haber otro, y éste mayor que todos los cuatro, no solo divididos, sino juntos, parece natural, que se dijese de él alguna palabra, y no se pasase tan en silencio un suceso tan maravilloso. Demás de esto, la piedra debe caer directamente sobre los pies y dedos de la grande estatua, es decir, sobre el cuarto y último reino dividido en muchos, y convertirlo en polvo junto con toda la estatua. Conque este cuarto reino deberá estar existente y entero, cuando venga el Señor, porque de otra suerte la piedra errará el golpe, y la profecía no podrá cumplirse. Si este reino está existente y entero hasta la venida del Señor, ¿adónde reinará el Anticristo? ¿Cómo podrá ser monarca universal de toda la tierra? Dicen, que todos los reyes de la tierra, sin dejar de serlo, se le sujetarán a su voluntad, o él los sujetará por fuerza, y le servirán con todo su poder. Para lo cual alegan el capítulo XVII del Apocalipsis, donde hablándose de los diez reyes, se dice: *Éstos tienen un mismo designio, y darán su fuerza y poder a la bestia. Porque Dios ha puesto en sus corazones... que den su reino a la bestia*. Mas esta bestia de que se habla, a quien los reyes darán su potestad, no por fuerza, sino voluntariamente, como se infiere claramente del mismo texto, esta bestia, ¿será acaso otro rey como ellos, o algún hombre individuo y singular?

154. Esto era necesario que se probase antes con buenas razones: y ésta debía ser como base fundamental, para poder elevar seguramente un edificio tan vasto, como es una monarquía universal *sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación*. Porque si el Anticristo con que estamos amenazados, no ha de ser un hombre individuo y singular, sino otra cosa muy diversa, con esto solo desaparece la monarquía universal, con esto

solo quedan falsificadas todas las noticias de que hemos hablado, y con esto solo se desvanece enteramente nuestro fantasma.

Se propone otro sistema del anticristo

Párrafo III

155. Que ha de haber un Anticristo, que éste se ha de revelar y declarar públicamente hacia los últimos tiempos, que ha de hacer en el mundo los mayores males, haciendo guerra formal a Cristo, y a todo cuanto le pertenece, veis aquí tres cosas ciertas en que ningún cristiano puede dudar, son clarísimas, y repetidas de mil maneras en las santas Escrituras del antiguo y nuevo Testamento. ¿Mas qué cosa particular y determinada debemos entender por esta palabra Anticristo, que es tan general y tan indeterminada, que solo significa contra Cristo? Qué especie de males ha de hacer, de qué medios se ha de valer, etc., son otras tres cosas que no deben estar tan claras en las Escrituras como las tres primeras; pues las noticias o ideas que sobre ellas nos dan los doctores son tan varias, tan oscuras, y tan poco fundadas, como acabamos de observar.

156. ¿Quién sabe si toda esta variedad de noticias (ciertamente increíbles, y aun ininteligibles) se habrán originado de algún principio falso, que se haya mirado y recibido inocentemente como verdadero? ¿Quién sabe, digo, si todo el mal ha estado en haberse imaginado a este Anticristo, o a este contra-Cristo, como a una persona singular e individua, y en este supuesto haber querido acomodar a esta persona todas las cosas generales y particulares que se leen en las Escrituras? Si el principio fuese verdadero, parece imposible, que habiéndose trabajado tanto sobre él por los mayores ingenios, se hubiese adelantado tan poco; mas si el principio no es verdadero, no hay por qué maravillarse: cualquiera médico, o cualquiera abogado, por peritos que sean, se hallan embarazados e insuficientes en una mala causa. Este principio, pues, o este supuesto (o falso, o poco seguro) sobre el cual veo que proceden todos los doctores, así intérpretes como teólogos y misceláneos, de que tengo noticia, me parece, que es el que ha hecho oscuras, inaccesibles, e impenetrables muchísimas de la noticias que nos da la divina Escritura. Este principio o supuesto, mirado como cierto e indubitable, parece que es el que ha hecho imaginar, adivinar y añadir infinitas cosas, y noticias que no constan de la Revelación, para que suplan el lugar de las que constan. Este principio en suma, ha hecho buscar al Anticristo, y aun hallarlo y verlo con los ojos de la imaginación, donde ciertamente no está, y al mismo tiempo no verlo o no conocerlo donde está.

157. Casi no hay rey alguno insigne por su crueldad y tiranía con el pueblo de Dios, de quien se hable en las Escrituras, o en historia o en profecía, en el cual no vean los doctores al Anticristo, o en profecía o en figura. Faraón, por ejemplo, Nabucodonosor, rey de Nínive, su general Holofernes, Salmanazar, Senaquerib, Nabuco rey de Babilonia, Antioco Epífanes, Herodes, etc., todos estos muestran al Anticristo en figura. El rey de Babilonia, de quien solo se habla *en parábola*, el rey de Tiro:, el príncipe Gog, el cuerno undécimo de la cuarta bestia, el rey descripto, el pastor estulto, etc., todos estos muestran al Anticristo en profecía. ¿Qué se sigue de todo esto? Se sigue naturalmente, que con este

principio, con esta idea y con este supuesto, llegamos a leer aquellos lugares de la Revelación, donde se nos habla de propósito del Anticristo, y no le conocemos, y nos parecen dichos lugares llenos de confusión y de tinieblas, y pasamos sobre ellos sin haber entendido ni aun sospechado lo que realmente nos anuncian.

158. Habiendo, pues, considerado las noticias que parten de este principio, y no hallando en ellas cosa alguna en que asentar el pie, ninguno puede tener a mal, que un punto de tanta importancia, en que se trata de la salvación o perdición de muchos, no solamente de los venideros, sino quizá también de los presentes, busquemos otro sistema y procuremos asentar otro principio, con el cual puedan acordarse bien, y fundarse sólidamente las noticias que nos da la Revelación; proponiéndolo en cualidad de una mera consulta al examen y juicio de los interesados.

Sistema

159. Según todas las señas y contraseñas que nos dan las santas Escrituras, y otras nada equívocas que nos ofrece el tiempo, que suele ser el mejor intérprete de las profecías, el Anticristo o el contra-Cristo, de que estamos tan amenazados para los tiempos inmediatos a la venida del Señor, no es otra cosa que un cuerpo moral, compuesto de innumerables individuos, diversos y distantes entre sí, pero todos unidos moralmente, y animados de un mismo espíritu, *contra el Señor, y contra su Cristo*. Este cuerpo moral, después que haya crecido cuanto debe crecer por la agregación de innumerables individuos; después que se vea fuerte, robusto y provisto con abundancia de todas las armas necesarias; después que se vea en estado de no temer las potencias de la tierra, por ser ya éstas sus partes principales, este cuerpo, digo, en este estado será el verdadero y único Anticristo que nos anuncian las Escrituras. Peleará este cuerpo Anticristiano con el mayor furor, y con toda suerte de armas contra el cuerpo místico de Cristo, que en aquellos tiempos se hallará sumamente debilitado, hará en él los mayores y más lamentables estragos, y si no acaba de destruirlo enteramente, no será por falta de voluntad, ni por falta de empeño, sino por falta de tiempo; pues según la promesa del Señor, *aquellos días serán abreviados... Y si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva*. Por tanto, se hallará nuestro Anticristo, cuando menos lo piense, en el fin y término de sus días, y en el principio del día del Señor. Se hallará con Cristo mismo que ya baja del cielo con aquella grandeza, majestad y potencia terrible y admirable con que se describe en el capítulo XIX del Apocalipsis, en San Pablo, en el Evangelio, en los Salmos, y en casi todos los Profetas, como lo veremos en su lugar.

160. Para examinar este sistema, y asegurarnos de su bondad, no hemos menester otra cosa que leer con mediana atención aquellos lugares de la Escritura, donde se habla del Anticristo, y de aquella última tribulación; especialmente aquellos pocos donde se habla, no de paso y como por incidencia, sino determinadamente y de propósito. Si todos estos lugares se entienden bien, y se explican fácilmente en un cuerpo moral, sin ser necesario usar de violencia, ni de discursos artificiales, si nada se explica de un modo siquiera perceptible en una persona singular, con esto solo deberá darse por concluida nuestra disputa.

Definición del Anticristo

Párrafo IV

161. Lo primero que se entiende bien en un cuerpo moral, y lo primero que no se entiende de modo alguno en una persona singular es la definición del Anticristo. En toda la Biblia sagrada desde el Génesis hasta el Apocalipsis, no se halla esta palabra expresa y formal *Anticristo*, sino dos o tres veces en la epístola primera y segunda del Apóstol San Juan, y aquí mismo es donde se halla su definición. Si preguntamos al amado discípulo ¿qué cosa es Anticristo? nos responde por estas palabras: *todo espíritu que divide a Jesús, no es de Dios, y este tal es un Anticristo, de quien habéis oído que viene; y que ahora ya está en el mundo.*

162. Os parecerá sin duda a primera vista, que yo voy a usar aquí de algún equívoco pueril, o de alguna especie de sofisma; pues a estas palabras de San Juan les doy el nombre de verdadera definición del Anticristo, siendo cierto (como decís equivocadamente) que San Juan habla aquí solo del espíritu, mas no de la persona del Anticristo. Mas si consideráis este texto con alguna mayor atención; si con la misma consideráis la explicación que se le da, se puede con razón esperar, que el sofisma desaparezca por una parte, y se deje ver por otra donde no se esperaba.

163. Dos cosas claras dice aquí este Apóstol a todos los Cristianos: Primera, que el Anticristo, de quien han oído que vendrá cuando sea su tiempo, es *todo espíritu que divide a Jesús*. La expresión es ciertamente muy singular, y por eso digna de singular reparo. *Dividir a Jesús*, según su propia y natural significación, no suena otra cosa, por más que otros digan, que la apostasía verdadera y formal de la religión Cristiana, que antes se profesaba; mas considerada esta apostasía con toda su extensión, esto es, no solamente en sentido pasivo, sino también y principalmente en sentido activo, esta es, el magisterio de doctrinas blasfemas contra Cristo. La razón parece evidente y clara por su misma simplicidad; todos los Cristianos, pertenezcan al verdadero o falso Cristianismo, están de algún modo atados a Jesús, y tienen a Jesús de algún modo atado consigo, pues la atadura de dos cosas es preciso que sea mutua. Esta atadura no es otra, hablando en general, que la fe en Jesús; la cual así como puede ser una cuerda fortísima, y realmente, lo es como *una cuerda de tres dobleces*, cuando la acompasa la esperanza y la caridad; así puede ser una cuerda débil e insuficiente cuando se halla sola, pues *sin las obras es muerta*, y así puede ser también una cuerda debilísima, y casi del todo inservible, si por alguna parte está ya tocada de corrupción. Mas, o sea fuerte o fortísima la fe en Jesús, como la que tiene un buen católico; o sea la recibida en el bautismo, como la de muchos herejes; o sea debilísima, como la que tiene un verdadero hereje, o un mal católico; todas ellas son verdaderas ataduras, que de algún modo los liga con Jesús, y forma entre ellos y Jesús cierta relación, o cierta unión mayor o menor, según la mayor o menor fortaleza de la cuerda.

164. Ahora pues, ¿quién desata del todo a Jesús, o se desata de Jesús, que es una misma cosa? Solo es aquel que estando de algún modo atado con él, o teniendo con él alguna

relación, renuncia enteramente aquella fe en que se funda esta relación; y si antes creía en Jesús, ya no cree, si antes creía que Jesús es Hijo de Dios, hecho hombre, que es el Mesías, que es el Cristo del Señor, prometido en las Escrituras, etc., ya nada de esto cree, ya se burla de todo, y de las mismas Escrituras, ya se avergüenza del nombre Cristiano, esto es lo que llamamos propiamente apostasía de la religión Cristiana, la cual ninguno puede dudar que está anunciada en términos bien claros para los últimos tiempos. *Es espíritu manifiestamente dice, que en los postrimeros tiempos apostatarán algunos de la fe*, dice San Pablo, y en otra parte, que el Señor no vendrá sin que suceda primero esta apostasía. Esta anuncia San Pedro en todo el capítulo II de su epístola II, y en la católica de San Judas, y por abreviar, esta anuncia el mismo Jesucristo, cuando dice como preguntando: *Mas cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?* Pues esta apostasía de la religión Cristiana, este *dividir a Jesús*, cuando ya sea público y casi universal; cuando ya sea con guerra declarada contra Jesús; cuando no contentos muchos con haber desatado a Jesús respecto de sí mismos, procuren con todas sus fuerzas desatarlo también respecto de los otros, este es, nos dice el amado discípulo, el verdadero Anticristo, de quien habéis oído que vendrá.

165. La segunda cosa que nos dice es, que este mismo Anticristo, de quien hemos oído que vendrá, estaba ya en su tiempo en el mundo, porque aún en tiempo de San Juan ya comenzaba a verse en el mundo el carácter inquieto, duro y terrible del espíritu, *que divide a Jesús*, ya muchos apostataban de la fe, renunciaban a Jesús, y eran después sus mayores enemigos, a los cuales el mismo Apóstol les da el nombre de Anticristo, así ahora muchos se han hecho Anticristos, y para que ninguno piense que habla de los judíos o de los étnicos, que en algún tiempo perseguían a Cristo, y a su cuerpo místico, añade luego, que estos Anticristos habían salido de entre los cristianos; *salieron de entre nosotros*. Lo mismo en sustancia dice San Pablo, hablando de la apostasía de los últimos tiempos, esto es, que en su tiempo ya comenzaba a obrarse este misterio de iniquidad.

166. De esta definición del Anticristo, que es lo más claro y expreso que sobre este asunto se halla en las Escrituras, parece que podemos sacar legítimamente esta consecuencia: que el Anticristo, de quien hemos oído que ha de venir, no puede ser un hombre, o persona individual y singular, sino un cuerpo moral que empezó a formarse en tiempo de los apóstoles, juntamente con el cuerpo místico de Cristo, que desde entonces empezó a existir en el mundo, *y que ahora ya está en el mundo. Porque ya se está obrando el misterio de la iniquidad*, que ha existido hasta nuestros tiempos, que existe actualmente, y bien crecido y robusto, y que en fin, se dejará ver en el mundo entero, y perfecto en todas sus partes, cuando esté concluido enteramente el misterio de iniquidad. Esta consecuencia se verá más clara en la observación que vamos a hacer de las ideas que nos da la Escritura del Anticristo mismo, con que nos tiene amenazados.

Ideas del Anticristo, que nos da la divina Escritura.

Párrafo V

167. Si leemos toda la Escritura divina, con intención determinada de buscar en ella al Anticristo, y entender a fondo este grande e importante misterio, me parece, señor mío, y estoy íntimamente persuadido, que en ninguna otra parte podremos hallar tantas noticias, ni tan claras, ni tan ordenadas, ni tan circunstanciadas, como en el último libro de la Escritura, que es el Apocalipsis de San Juan. Este libro divino, digan otros lo que quieran, es una profecía admirable, dirigida toda manifiestamente a los tiempos inmediatos a la venida del Señor. En ella se anuncian todas las cosas principales que la han de preceder inmediatamente. En ella se anuncia de un modo el más magnífico la misma venida del Señor en gloria y majestad. En ella se anuncian los sucesos admirables y estupendos que han de acompañar esta venida, y que la han de seguir. El título del libro muestra bien a donde se endereza todo, y cual es su argumento; su asunto, y su fin determinado. *Apocalipsis de Jesucristo. -Revelación de Jesucristo.*

168. Este título hasta ahora se ha tomado solamente en sentido activo, como si solamente significase una revelación que Jesucristo hace a otro de algunas cosas ocultas o futuras; mas yo leo estas mismas palabras *revelación de Jesucristo*, y las leo muchísimas veces en las epístolas de San Pedro y San Pablo, y jamás las hallo en sentido activo, sino siempre en sentido pasivo; ni admiten otro estas, revelación o manifestación del mismo Jesucristo en el día grande de su segunda venida. Solo una vez, dice San Pablo, a otro propósito que recibió el evangelio que predicaba, no... *de hombre... sino por revelación de Jesucristo*. Fuera de esta vez, la palabra *revelación de Jesucristo*, siempre siempre significa la venida del Señor que estamos esperando. *En el día del advenimiento, o en el día de la manifestación de Jesucristo*, son dos palabras ordinarias de que usan promiscuamente los Apóstoles, como que significan una misma cosa: ¿por qué, pues, no podrán tener este mismo sentido verdadero y propísimo, en el título de un libro enderezado todo a la venida o a la revelación del mismo Jesucristo?

169. Digo que este libro divino se endereza todo a la venida del Señor: lo cual aunque en gran parte lo conceden los expositores, sin serles posible dejar de concederlo; mas en el todo no parece que pueden según sus principios. Por tanto, se han esforzado en todos tiempos, unos por un camino, y otros por otro, a verificar algunas o muchas profecías de este libro en los sucesos ya pasados de la Iglesia, pensando que todo debe estar allí anunciado, aunque debajo de metáforas oscuras. Mas estos mismos esfuerzos de hombres tan grandes, y el poco o ningún efecto que han producido, parecen una prueba la más luminosa de que en la realidad nada hay en este libro de lo que se ha buscado, ni de lo que se pretende haber hallado. Una profecía, después que ha tenido su cumplimiento, no ha menester esfuerzos ni discursos ingeniosos para hacerse sentir: el suceso mismo, comparado con la profecía, persuade clara y eficazmente que de él se hablaba, y a él se enderezaba.

170. Es verdad que trayéndose a la memoria algunos grandes sucesos que se han visto en el mundo, después que se escribió el Apocalipsis, nos hacen observar aquellos lugares de este libro, donde pretenden que están anunciados. Nos muestran, por ejemplo, ya la predicación de los Apóstoles, y propagación del cristianismo; ya las persecuciones de la Iglesia, y la muchedumbre de mártires que derramaron su sangre y dieron su vida por Cristo; ya el escándalo y tribulación horrible de las herejías; ya también la fundación y

propagación del mahometismo; y nos remiten para todo esto al capítulo VI, haciéndonos observar lo que se dice en la apertura de los cuatro primeros sellos del libro.

171. Nos muestran la conturbación y decadencia del imperio romano; la irrupción de los bárbaros a todas sus provincias; la presa y destrucción de Roma, capital del imperio, etc., y nos remiten unos a las plagas del capítulo VIII y IX, otros a las fialas del capítulo XVI, y todos a la meretriz y su castigo del capítulo XVII y XVIII. Nos muestran la fundación de las religiones mendicantes, y los grandes servicios que han hecho a la Iglesia y al mundo; y nos remiten a las siete tubas o trompetas del capítulo VIII y IX.

172. Mas si por asegurarnos de la verdad, vamos a leer estos lugares a que nos remiten, si teniendo presentes todos estos sucesos ya pasados, los confrontamos con el texto de la profecía, y con todo su contexto, nos hallamos en la triste necesidad de confesar ingenuamente, que la profecía no ha tenido hasta ahora su cumplimiento; pues aquellos sucesos que se le han querido acomodar por los mayores ingenios, son manifiestamente fuera del caso, son ajenos y distintísimos del texto y contexto de la profecía; ha sido necesario para acomodarse, no solamente el artificio y el ingenio, sino mucho más la fuerza y la violencia declarada, y aún queda todavía manifiesta la improporción y la insuficiencia, pues han quedado fuera, se han olvidado y pasado por alto muchas circunstancias esenciales o gravísimas, que no se dejaron acomodar. Esto se ve con los ojos, me parece, en los doctores más respetables *por otra parte*, por su elocuencia y erudición; especialmente lo podéis observar en aquellos que han explicado el Apocalipsis con mayor difusión, como son Luis de Alcázar, Tirino, Alápide, Arduino, Calmet; también (si esto me es permitido) el sapientísimo Monseñor Bosuet, de cuyo sistema hablaremos adelante.

173. Es, pues, amigo mío, no solamente probable, sino visible y casi evidente, que el Apocalipsis de San Juan, sin hablar por ahora de los tres primeros capítulos, es una profecía admirable, enderezada toda inmediatamente a la venida o a la revelación de Jesucristo. Las palabras mismas con que empieza esta profecía después de la salutación a las Iglesias, hacen una prueba bien sensible de esta verdad: *He aquí (dice San Juan) que viene con las nubes, y le verá todo ojo, y los que le traspasaron. Y se herirán los pechos al verle todos los linajes de la tierra.*

174. Dicho todo esto como de paso, y no fuera de propósito, pues nos ha de servir no pocas veces en adelante, volvamos al Anticristo. Como esta profecía del Apocalipsis, según acabamos de decir, tiene por objeto primario y principal la revelación de Jesucristo, o su venida en gloria y majestad, se recojen en ella, se unen, se explican, y se aclaran con admirable sabiduría, todas cuantas cosas hay en las Escrituras pertenecientes a esta revelación o a esta venida del Señor. No es menester grande ingenio, ni mucho estudio, para advertir en el Apocalipsis aquellas frecuentísimas y vivísimas alusiones a toda la Escritura. Se ven alusiones clarísimas a los libros de Moisés, especialmente al Éxodo, al libro de Josué, al de los Jueces, a los Salmos, a los Profetas, y entre ellos con singularidad y con más frecuencia a los cuatro Profetas mayores, Isaías, Jeremías, Ezequiel, y Daniel; tomando de ellos no solamente los misterios, sino las expresiones, y muchas veces las palabras mismas, como observaremos en adelante.

175. Pues como la tribulación del Anticristo por confesión de todos debe ser uno de los sucesos principalísimos, o el principal de todos, que ha de preceder inmediatamente a la venida o revelación de Jesucristo, es consiguiente que en esta admirable profecía se recojan todas las noticias del Anticristo, que se hallan como esparcidas en toda la Escritura divina, y en efecto así es. Aquí se recojen todas, y todas se unen como en un punto de vista: aquí se ordenan, se explican, y se aclaran con otras más individuales, que no se hallan en otra parte. Siendo esto así, como lo iremos viendo, y como ninguno se atreve formalmente a negarlo, aunque tiren algunos a prescindir de ello, busquemos ya al Anticristo en esta última profecía.

176. Casi todos los intérpretes del Apocalipsis convienen entre sí, como en una verdad general, que la bestia terrible de siete cabezas y diez cuernos, de que tanto se habla en esta profecía, cuya descripción en toda forma se lee en el capítulo XIII, y cuyo fin en el XIX, es el Anticristo mismo, de quien hemos oído que vendrá. Pues esta bestia, y todas las cosas particulares que se dicen de ella, ¿cómo se podrán acomodar, como se podrán concebir, si se habla de una persona individual y singular? Consultad sobre esto los doctores más sabios e ingeniosos que han explicado el Apocalipsis. En ellos mismos hallaréis la prueba más convincente de la imposibilidad de esta acomodación; pues no obstante su ingenio y sabiduría, que nadie les disputa, veréis claramente la dificultad y embarazo con que proceden, y la gran confusión y oscuridad en que nos dejan. La sola descripción de la bestia, aunque no se considerase otra cosa, parece inacomodable a una persona singular: repárese.

APOCALIPSIS, CAPITULO XIII

Y vi salir de la mar una bestia, que tenía siete cabezas, y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemia. Y la bestia que vi, era semejante a un leopardo, y sus pies como pies de oso, y su boca como boca de león. Y le dio el dragón su poder, y grande fuerza. Y vi una de sus cabezas como herida de muerte: y fue curada su herida mortal. Y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia. Y adoraron al dragón, que dio poder a la bestia, diciendo: ¿Quién hay semejante a la bestia? ¿Y quién podrá lidiar con ella? Y le fue dada boca con que hablaba altanerías y blasfemias: y le fue dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre, y su tabernáculo, y a los que moran en el cielo. Y le fue dado que hiciese guerra a los Santos, y que los venciese. Y le fue dado poder sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación. Y le adoraron todos los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos en el Libro de la vida del Cordero, que fue muerto desde el principio del mundo. Si alguno tiene oreja, oiga.

Explicación de este misterio, supuesto que el Anticristo sea una persona singular.

Párrafo VI

177. La explicación de este gran misterio, que se halla comúnmente en los expositores, y en algunos teólogos insignes, parece sin duda otro misterio mayor o más impenetrable, para mí a lo menos lo es tanto, que ya he perdido la esperanza de entenderla. Dicen primeramente y en general, que la bestia de que aquí se habla, no es otra cosa que el Anticristo, cuyo reinado y principales operaciones se nos anuncian por esta metáfora terrible. Mas como este Anticristo debe ser en su sistema una persona individuo y singular, les es necesario acomodar a esta persona siete cabezas, y explicar lo que esto significa; es necesario acomodarle al mismo tiempo diez cuernos, todos coronados, y es necesario acomodarle otras particularidades que se leen en el texto sagrado. Yo solo busco por ahora la explicación de solas tres, sin cuya inteligencia todas las demás me parecen inaccesibles. Primera, las siete cabezas de la bestia. Segunda, sus diez cuernos. Tercera, la cabeza herida de muerte, y su milagrosa curación.

178. Cuanto a lo primero, nos aseguran que la bestia en general es el Anticristo; mas como este Anticristo ha de ser un monarca universal de toda la tierra, como para llegar a esta grandeza ha de hacer guerra formal a todos los reyes, que en aquel tiempo, dicen, serán solos diez en todo el orbe, como de estos diez ha de matar tres, y los otros siete los ha de sujetar a su dominación: por eso estos siete reyes, súbditos ya del Anticristo y sujetos a su imperio, se representan en la bestia como cabezas suyas: *tenía* (se dice en el Apocalipsis) *siete cabezas*.

179. Ahora, estos tres reyes muertos por el Anticristo, y estos siete vencidos y sujetos a su dominación, debe de ser una noticia indubitable, y constar expresamente de la Revelación, pues sobre ella se funda la explicación de las siete cabezas de la bestia. No obstante, si leemos el lugar único de la Escritura, a donde nos remiten, nos quedamos con disgusto y desconsuelo de no hallar en él tal noticia, o de no hallarla como la explicación la había menester: una circunstancia que es la única que podía servirle, esa es puntualmente la que falta en el texto. Explícome. Hallamos en el capítulo VII de Daniel una bestia, terrible con diez cuernos, los cuales figuran otros tantos reyes, como allí mismo se dice: hallamos que entre estos diez cuernos, sale otro pequeño al principio; mas, que con el tiempo crece y se hace mayor que todos; hallamos, que a la presencia de este último cuerno ya crecido y robusto, caen y son arrancados tres de los diez; lo cual, como se explica allí mismo, quiere decir, que este cuerno o esta potencia humillará tres reyes, y humillar no es lo mismo que matar; buscamos después de esto lo que debe suceder con los otros siete reyes que quedan, y no hallamos que se hable de ellos ni una sola palabra. ¿Como, pues, se asegura sobre este sólo fundamento, y se asegura con tanta formalidad, que el Anticristo matará tres reyes, y sujetará a su dominación los otros siete? El texto solo dice, que este último cuerno humillará tres, y si los otros siete son vencidos y obligados a recibir el yugo de otra dominación, ¿qué mayor humillación pueden sufrir? Luego en este caso debía decir, que humillará no solo tres, sino todos los diez. Fuera de esto, ¿con qué razón, con qué fundamento, con qué propiedad se puede decir que este cuerno terrible será el Anticristo, y no la bestia misma *espantosa y prodigiosa*, que lo tiene en su cabeza, y usa de él, y lo juega según su voluntad?

180. Crece mucho más el embarazo de esta explicación, si considerando la bestia del Apocalipsis, pedimos que nos muestren en ella con distinción y claridad la persona

misma del Anticristo. Por una parte nos dicen en general, que es la bestia, por otra parte nos dicen, que sus siete cabezas son siete reyes súbditos suyos que él (Anticristo) ha vencido y humillado, y que los tiene prontísimos a ejecutar todas sus órdenes y voluntades. Y la persona misma de este Anticristo, digo yo, ¿cuál es? O es el cuerpo trunco de la bestia, sólo y sin cabeza alguna (el cual no puede llamarse bestia sin una suma impropiedad) o aquí falta otra cabeza mayor que todas, que a todas las domine, y de todas se haga obedecer. Es más que visible el embarazo en que se hallan aquí todos los doctores, y es igualmente más que visible, que procuran disimularlo, como si no lo viesen, por lo cual no reparan en avanzar una especie de contradicción, diciendo o suponiendo, que una de las siete cabezas de la bestia es la persona misma del Anticristo. Por otra parte, las siete cabezas de la misma bestia son los siete reyes que han quedado vivos, aunque vencidos y sujetos a la dominación del Anticristo, luego la persona misma del Anticristo es uno de los siete reyes, etc., luego siendo estos siete reyes, como son, las cabezas de la bestia, son al mismo tiempo solas seis. ¡Enigma ciertamente difícil e inexplicable, para cuya resolución no tenemos regla alguna en la aritmética, ni tampoco en el álgebra! Según esta cuenta, parece claro, que o sobra aquí la persona del Anticristo, o falta alguno de los siete reyes. La segunda cosa que se debe explicar es, los diez cuernos todos coronados que tiene la bestia. El texto solo dice, que la bestia tenía diez cuernos propios suyos: *sobre sus cuernos*; mas no dice si todos diez estaban en una sola cabeza, o si estaban repartidos entre todas: esta circunstancia no se expresa. No obstante, los doctores los ponen todos diez o los suponen en una sola cabeza, a quien hacen la persona del Anticristo; y así dicen, que los diez cuernos son los diez reyes que entonces habrá en el mundo, todos súbditos del Anticristo, y prontos a ejecutar sus órdenes. De aquí se sigue otra especie de contradicción u otro enigma, no menos oscuro y difícil de resolver; este es, que el Anticristo tendrá a su disposición diez reyes todos coronados, y por consiguiente vivos y actualmente reinantes, y al mismo tiempo solo tendrá siete. ¿Por qué? Porque según nos acaban de decir en la explicación de las siete cabezas, estas significan los siete reyes que han de quedar vivos y súbditos del Anticristo, después de la muerte de los otros tres. Si solo han quedado siete vivos, ¿como aparecen en la cabeza de la bestia todos diez coronados? Podrá decirse, que en lugar de los tres reyes muertos, pondrá de su mano el Anticristo otros tres, que le quedarán obligados, y lo servirán con empeño y fidelidad, con los cuales se completará el número de diez. Pero además que esto solo podrá decirse libremente, sin apariencia de fundamento, en este caso fueran también diez y no siete las cabezas de la bestia, pues según la explicación, lo mismo significan las cabezas que los cuernos; luego si los cuernos son diez reyes por haber entrado tres de nuevo, y ocupado el lugar de los tres muertos, por esta misma razón deberán ser diez las cabezas.

181. La tercera cosa que hay que explicar es, la herida de muerte de una de las siete cabezas, su maravillosa curación, y lo que de esto resultó en toda la tierra. *Y vi (dice el texto) una de sus cabezas, como herida de muerte, y fue curada su herida mortal. Y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia... y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién hay semejante a la bestia? ¿Y quién podrá lidiar con ella?* Los intérpretes se dividen aquí en dos opiniones. La primera dice, que uno de aquellos siete reyes súbditos ya del Anticristo, o morirá realmente, o enfermará de muerte sin esperanza alguna de vida; y el Anticristo públicamente a vista de todos, y sabiéndolo todos, lo resucitará, y lo sanará por

arte del diablo. La segunda opinión comunísima dice, que la cabeza herida de muerte será el mismo Anticristo, que es una de las siete, el cual morirá, y resucitará al tercero día, todo fingidamente, para imitar con esto (añaden con gran formalidad) la muerte y resurrección de Cristo. De aquí resultará en toda la tierra una tan grande admiración, que todos sus habitantes adorarán como a Dios al mismo Anticristo que hizo aquel milagro, y también al dragón o al diablo, que le dio tan gran potestad. ¡Oh, qué ignorantes, qué rústicos, qué groseros, qué brutales estarán en aquellos tiempos todos los habitantes de la tierra, pues un juego de manos de un charlatán bastará para llenarlos a todos de admiración, para hacerlos hincar las rodillas al mismo charlatán, como a Dios, y también para adorar como a Dios al mismo Satanás! Es de creer, que en aquellos tiempos ya no habrá en el mundo ni filósofo, ni filosofía; ya no habrá crítica; ya no habrá sentido común; ya no habrá lumbre de razón. ¡Qué mucho que entre gente tan bárbara se haga el astuto judío monarca universal, y Dios de toda la tierra!

182. Ahora, esta imitación de la muerte y resurrección de Cristo, ¿para qué la habrá menester el Anticristo? Acaso para que lo tengan por el verdadero Mesías prometido en las Escrituras? Sí, puntualmente para esto. ¿Pero quienes? Todos los habitantes de la tierra se reducen fácilmente a cuatro clases de personas: cristianos, tomada esta palabra latísimamente con toda su extensión, otros étnicos, otros mahometanos, otros judíos. ¿Para cuál de estas cuatro clases de gentes podrá ser a propósito aquel milagro? ¿A cuál de ellas pretenderá persuadir el Anticristo que es el verdadero Mesías? ¿A los cristianos? Ciertamente no; respecto de estos el milagro probará lo contrario: probará, digo, que no puede ser Cristo verdadero, sino fingido un hombre que muere, aunque resucite luego; pues *que habiendo Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere: la muerte no se enseñoreará más de él*. Cristo verdadero que murió y resucitó una vez, no puede volver a morir. Ninguno supone al Anticristo tan necio y estulto, que no sea capaz de ver inconveniente tan palpable. ¿Será acaso el milagro para los étnicos o gentiles? Tampoco, como estos no tienen idea alguna del Mesías, ni de lo que de él está escrito, ni de las Escrituras que lo anuncian, podrán admirarse, cuando más, de ver resucitar un muerto, sin pasar por esto a adorar como a Dios al mismo muerto, ni al diablo que lo resucitó: mucho menos podrán pasar a adorar a este muerto resucitado como al Mesías y Cristo prometido en las Escrituras, las cuales son para ellos como un libro cerrado, sellado como se debe suponer. Lo mismo digo de los mahometanos.

183. No nos queda, pues sino la última clase de gentes, que son los Judíos. Así la muerte y resurrección del Anticristo será solamente para engañar a los Judíos, los cuales por sus mismas Escrituras podrán tener alguna luz de la muerte y resurrección de su Mesías: mas no obstante esta luz de las Escrituras, que en otros tiempos de menos ceguedad los debía haber alumbrado mucho más, es cierto que esa muerte y resurrección del verdadero Mesías fue para ellos *piedra de tropiezo, y piedra de escándalo*, el cual escándalo no se les pudo quitar ni mitigar con decirles y probarles, que luego había resucitado *según las Escrituras*. Al mismo Mesías, cuando les habló claramente de su muerte, le respondieron como escandalizados, *Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre; ¿pues cómo dices tú, conviene que sea alzado el Hijo del Hombre?* Tan lejos como esto estaban de pensar que su Mesías podía morir, aunque fuese para luego resucitar. ¿Y creemos que recibirán por su Mesías al Anticristo por verlo morir y

resucitar? ¿Y creemos, que recibirán al Anticristo que se fingirá muerto y resucitado para que los Judíos lo crean y reciban por su Mesías?

184. A todo esto se añade, y debe añadirse otra reflexión: esto es, que en el tiempo de la herida y curación de una de las cabezas de la bestia, los más de los doctores suponen ya al Anticristo monarca universal de toda la tierra; ya suponen muertos tres reyes, y sujetos a su obediencia todos los demás; por consiguiente ya lo suponen creído mucho antes de los Judíos, y recibido por su rey y Mesías; pues según ellos mismos esta ha de ser la primera empresa del Anticristo, aun antes de salir de Babilonia. ¿Para qué, pues, podrá ser buena esta ficción de muerte, y de muerte no natural sino violenta (porque el texto dice), *como herida de muerte*, cuando ya los Judíos lo adoran como a su Mesías, y lo restante del linaje humano, como a su rey, y como a su Dios? Verdaderamente que la explicación mirada por todos sus aspectos, parece bien difícil de comprenderse. Por una parte, la bestia de siete cabezas y diez cuernos es el Anticristo; por otra parte, el Anticristo no es más que una de las siete cabezas de la bestia; por una parte las siete cabezas son siete reyes vencidos del Anticristo y súbditos suyos; por otra parte, el Anticristo mismo es uno de los siete; por una parte, los diez cuernos son diez reyes coronados, vivos y sanos, que sirven al Anticristo; por otra parte, no pueden señalarse arriba de siete; pues el Anticristo mismo mató tres, que no quisieron servirle de cuernos, etc. ¡Qué oscuridad! La causa de todo no parece que pueda ser otra, sino el sistema o principio sobre que se ha procedido, mirando a este Anticristo como a una persona individua y singular.

Se propone otra explicación de todo este misterio en otro principio

Párrafo VII

185. Figurémonos ahora de otro modo diverso al Anticristo o contra-Cristo que esperamos, o por mejor decir, tememos, no ya como un triste Judío, recibido de sus hermanos por su rey y Mesías, no ya como un monarca universal de toda la tierra, ni tampoco como una persona singular, sino como un gran cuerpo moral, compuesto de millares de personas diversas y distintas entre sí, mas todas unidas y de acuerdo para ciertos fines; todas animadas de aquel espíritu fuerte, inquieto, audaz y terrible, *que divide a Jesús*; todas armadas, y ya como en orden de batalla, *contra el Señor, y contra su Cristo*; en este Anticristo, así considerado, se entienden al pronto con gran facilidad todas las cosas, que para los tiempos últimos nos anuncian en general las Escrituras, y se entiende en particular todo el misterio de la bestia de que vamos hablando.

186. En este Anticristo se comprende bien, lo primero, la metáfora de siete cabezas en una bestia; se concibe, digo, como siete cabezas diversas entre sí, o siete falsas religiones que pueden entrar en una misma idea o proyecto particular, se unirán para esto en un solo cuerpo, esto es, para hacer guerra en toda forma al cuerpo y Cristo, y a Cristo mismo, no en alguna parte determinada de la tierra, sino en toda ella y a un mismo tiempo. Se comprende bien lo segundo, la metáfora de los diez cuernos todos coronados; y se concibe sin dificultad, como diez o más reyes, o por seducción o por malicia, pueden

entrar en el mismo sistema o misterio de iniquidad, prestando a la bestia, compuesta ya de siete, toda su autoridad y potestad, ayudándola para aquella empresa del mismo modo que ayudan sus cuernos a un toro para herir y hacerse temer. Se concibe en fin, como una de las siete cabezas, o una de las siete bestias unidas, puede recibir algún golpe mortal, y no obstante ser curada la llaga metafórica por la caridad y solicitud, industrias y lágrimas de sus hermanas. Todo esto se concibe sin dificultad; y si no podemos asegurarlo con toda certidumbre, podemos a lo menos sospecharlo, como sumamente verosímil; y de la sospecha vehemente pasar a una más atenta y más vigilante observación. Esto es lo que yo pretendo en todo este escrito, y lo que tantas veces nos encarga el evangelio. Velad pues... para que seáis dignos de evitar todas estas cosas, que han de ser, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre.

187. Para no repetir aquí lo que queda dicho en otra parte, sería conveniente y aún necesario leer otra vez todo el párrafo VII del fenómeno antecedente, trayendo también a la memoria lo que dijimos sobre las cuatro bestias de Daniel. Estas cuatro bestias tienen una relación tan estrecha con la bestia del Apocalipsis, que más parece identidad que parentesco. El misterio es seguramente el mismo sin diferencia sustancial; de modo, que aquellas cuatro una vez conocidas, nos abren la inteligencia de esta última; y esta última conocida por aquellas cuatro, las explica más, las aclara más, y les da un cierto aire de viveza tan natural, que parece imposible moralmente desconocerlas: por consiguiente, también parece imposible, moralmente hablando, distinguir el un misterio del otro. Yo a lo menos no hallo otra diferencia, sino que el Profeta toma a las bestias cada una de por sí, mirando a cada una separadamente desde su nacimiento, y siguiéndola en espíritu desde su tiempo hasta otro; San Juan por el contrario las toma todas juntas, y unidas en un mismo cuerpo, como que solamente las considera en el estado de madurez y perfección brutal, que han de tener en los últimos tiempos; pues estos últimos tiempos son el asunto inmediato y único de su profecía. En lo demás el Profeta y el Apóstol van perfectamente conformes.

188. San Juan dice, que la bestia que vio, tenía siete cabezas, que es lo mismo que decir, ni sé que otra cosa se pueda decir más natural, que a siete bestias diversas entre sí, las vio unidas en un mismo cuerpo, y animadas de un mismo espíritu. Daniel, aunque solo nombra cuatro, mas estas cuatro son siete en la realidad, pues la tercera que es el pardo, se compone de cuatro; y estas cuatro con las dos primeras, leona y oso, y con la última terrible hacen siete. San Juan dice de su bestia, que era semejante a un pardo con boca de león y pies de oso; conque la compara al mismo tiempo, y la asemeja al león, oso y pardo. Estas son puntualmente las tres primeras bestias de Daniel: mejor diremos las seis primeras, pues en el pardo se incluyen cuatro, escondidas y cubiertas con una misma piel, que no se conocen, si no sacaran fuera las cabezas. A la bestia que falta no se le halla semejanza con las otras bestias conocidas, y por eso no se le pone nombre, ni en el Apocalipsis, ni en Daniel: solo dice este Profeta, que no tenía semejanza alguna con las otras; *y era desemejante a las otras bestias, que yo había visto antes de ella.*

189. San Juan dice de su bestia, que la vio salir del mar; lo mismo dice Daniel de sus cuatro bestias, y casi con las mismas palabras. San Juan nos representa su bestia con diez cuernos todos coronados; lo mismo en sustancia hace Daniel, con sola esta diferencia,

que pone los diez cuernos en la cabeza de la última bestia, porque a ésta la considera en sí misma, y como separada de las otras; mas San Juan, que la considera unida con las otras, y formando entre todas un solo cuerpo, o una sola bestia, pone todos los diez cuernos en esta bestia, o en este conjunto, sin decirnos en particular si están todos en una cabeza, o repartidos entre todas, o todos en cada una. Los diez cuernos, dice Daniel, y lo mismo dice San Juan, significan diez reyes (sea éste un número determinado, o indeterminado, hace poco a la sustancia del misterio). Estos diez cuernos los vio Daniel en la cabeza de su última bestia, que es visiblemente la que debe hacer el papel o figura principal en esta tragedia; porque si esta bestia se considera en sí misma, prescindiendo de las otras, los cuernos parece que han de ser propios suyos; ella los ha de criar, y sustentar, y arraigar con grandes cuidados, como que le son infinitamente necesarios para poner en obra sus proyectos.

190. Mas cuando esta bestia se trague las otras, es decir, cuando traiga a su partido un número suficiente de individuos pertenecientes a las otras bestias; cuando les haga entrar en sus impías ideas; cuando en todas las partes del mundo haga declararse formalmente contra Cristo muchos étnicos, muchos Mahometanos, y principalmente muchísimos cristianos de los que pertenecen al falso cristianismo, *aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero*; cuando en suma, todos estos formen con ella un solo cuerpo, y sean animados de un mismo espíritu (que es el estado en que los considera San Juan) entonces todos los cuernos serán comunes a todas las cabezas, o a todas las bestias unidas; todas herirán, o espantarán con ellos; y todo aquel cuerpo de iniquidad estará como en seguro por los cuernos; será como una consecuencia necesaria, que tiemble en su presencia toda la tierra; que se rindan sus habitantes, y que le hincen la rodilla, diciendo: *¿quién hay semejante a la bestia? ¿y quién podrá lidiar con ella?*

El cuerno undécimo

Párrafo VIII

191. Hasta aquí parece que van conformes las dos profecías, no hallándose entre ellas otra diferencia, como acabamos de decir, sino que la una considera todas las bestias en un cuerpo, y la otra las considera divididas. Fuera de esto, es fácil notar otra diferencia que pudiera causar algún embarazo. Si el misterio de las cuatro bestias de Daniel (se puede oponer) es lo mismo en sustancia que el del Apocalipsis, ¿por qué San Juan no hace mención alguna de aquel cuerno insigne, que hace tanto ruido en la cabeza de la cuarta bestia, siendo este un suceso tan notable, que los doctores piensan comúnmente que este cuerno es el Anticristo mismo? A esta dificultad se responde, lo primero, que aunque el misterio sea en sustancia el mismo, no por eso es preciso que en ambos lugares se noten todas sus circunstancias; esto es frecuentísimo en todas las profecías que miran a un mismo objeto. En unas se apuntan unas circunstancias que faltan en otras; y al contrario aun en los cuatro evangelios se ve practicada casi continuamente esta economía. Lo segundo que se responde es, que este mismo silencio del Apocalipsis respecto del undécimo cuerno, es una prueba clara y sensible, de que este cuerno no es el Anticristo; pues hablando San Juan de propósito del Anticristo, dando tantas noticias y tan

individuales de esta gran tribulación, con todo eso, omite este suceso particular, como si fuese ajeno del Anticristo, o no tan esencial al misterio de iniquidad. Síguese de aquí, que si este cuerno último, o este rey, o esta potencia es propiamente el Anticristo; luego no es la bestia del Apocalipsis; y si esta bestia es el Anticristo, como parece innegable por el contexto de toda la profecía; luego no es el cuerno undécimo de que se habla en Daniel.

192. El Anticristo, señor mío, no es ni puede ser un cuerno solo de la bestia, ni aun todos juntos. El Anticristo perfecto y completo, como lo esperamos para los últimos tiempos y como lo considera San Juan, es la bestia misma del Apocalipsis con sus siete cabezas y diez cuernos. Las siete cabezas no son otra cosa, como acabamos de decir, que las siete bestias unidas, diversas, unidas en un cuerpo, y animadas de un mismo Espíritu, o muchísimos individuos de cada una de ellas. Los cuernos son únicamente las armas de la bestia para defenderse y ofender: ni pueden significar otra cosa. Si Daniel, pues, nombra otro cuerno más, fuera de los diez; si de éste se dice, que tenía ojos, *como ojos de hombre*, y *boca que hablaba cosas grandes*; que será mayor o más fuerte que los otros; que humillará tres de ellos, etc.; lo que quiere decirnos es, que su bestia cuarta en cuya cabeza se ve este cuerno, como todos los otros, se servirá más de él, y hará más daño con él solo que con los otros diez. Tal vez la bestia misma se valdrá de este cuerno para humillar tres de los diez que no viere tan arraigados en su cabeza, o tan prontos a servirla como ella los quisiera. Digámoslo todo. ¿Quién sabe, amigo, si este cuerno terrible, o esta potencia, producción propia de la cuarta bestia, la tenemos ya en el mundo, y por verla todavía en su infancia no la conocemos? Pero no nos metamos a profetas. Esto el tiempo lo puede aclarar. No obstante, parece que sería grande cordura estar en vigilancia y atender a todo, porque todo puede conducir al conocimiento de los tiempos.

193. Nos queda ahora que explicar en nuestro principio lo más oscuro y difícil de este misterio, esto es, la herida mortal que ha de recibir la bestia en una de sus cabezas, y su curación prodigiosa e inesperada con admiración de toda la tierra. No esperéis, señor, que yo os diga sobre esto alguna cosa cierta, o que pueda probarla con algún fundamento real. El misterio no solamente es futuro, sino oculto debajo de una metáfora, no menos oscura que admirable; la cual metáfora, ni se explica en la profecía, ni hay en toda la Escritura Santa algún otro lugar que pueda abrirnos la inteligencia. Si queréis recibir y contentaros por ahora con meras conjeturas o sospechas; pero vehementes; pero verosímiles; pero inteligibles; esto es todo lo que en el estado presente podemos ofrecer. En un asunto de tanta importancia, parece bueno y seguro estar siempre sobre aviso, para que el suceso no nos halle tan descuidados, que no lo hayamos divisado, antes que llegue, por alguna de sus serias.

Se explica la herida y curación de una de las cabezas de la bestia, y todas sus resultas.

Párrafo IX

194. Yo debo suponer, y supongo por ahora, amigo mío, que ya tenéis ideas bastante justas de la cuarta bestia de Daniel, y de los males que en ella se comprenden y anuncian al mísero linaje de Adán. Del mismo modo debo suponer, que no sois tan corto de vista,

que no veáis o no conozcáis en medio de tantas señas, que esta misma bestia cuarta de Daniel la tenemos ya nacida y existente en el mundo, aunque todavía cubierta con no sé qué piel finísima, agradable a todos los sentidos, que disimula no poco su ferocidad natural. No obstante, por poco que se mire, es bien fácil reparar en ella cierta cualidad peculiar que resalta sobre su misma piel, que no le es posible encubrir del todo, y parece su propio y natural carácter: quiero decir, el odio formal a Cristo y a su cuerpo. A las otras religiones, sean las que fueren, cúbranse o no se cubran con el nombre de cristianos, las mira con suma indiferencia, no las odia, no las injuria, no las insulta; antes muchas veces las lisonjea con fingidos elogios. Buscad la verdadera razón de esta diferencia; me parece que la hallaréis al punto; es a saber, que todas las otras religiones, por falsas y ridículas que sean, no le incomodan de modo alguno; no son capaces de hacerle resistencia, antes pueden ayudarle con servicios más oportunos. Las puede muy bien unir consigo, formar con ellas un mismo cuerpo, y hacer que este cuerpo se anime de aquel espíritu terrible que a ella le agita. En esto no aparece repugnancia ni dificultad.

195. La dificultad y repugnancia está en unir a su cuerpo el cuerpo de Cristo, y a su espíritu altivo y orgulloso, el espíritu dulce y pacífico de Cristo. Esto sería lo mismo que unir la luz con las tinieblas, la verdad con la mentira, y a Cristo con Belial. Esto sería animar un mismo cuerpo con dos espíritus infinitamente diversos, opuestos y contrarios, como son uno que quiere a Jesús, otro que lo rechaza; uno que lo ata, otro que lo desata; uno que lo ama, otro que lo aborrece. No habiendo, pues, repugnancia alguna ni gran dificultad, en que la bestia cuarta una consigo las otras bestias, o un número suficiente de individuos de todas ellas, y haciéndose por otra parte las diligencias que para esto se hacen, podemos ya profetizar sin ser profetas, que finalmente lo conseguirá, y que llegará tiempo en que vea el mundo entera y perfecta una bestia monstruosa compuesta de siete, conforme la describe San Juan en el capítulo XIII de su profecía. Con esta idea sencilla y clara, se concibe al punto como pueda suceder naturalmente la circunstancia particular de que habla San Juan, diciendo que vio *una de sus cabezas como herida de muerte: y fue curada su herida mortal*, etc.: y como esta bestia compuesta ya de siete, pueda recibir un golpe terrible en una de sus cabezas, y sanar después de algún tiempo con asombro de toda la tierra.

196. Imaginad para esto, que alguna de las bestias unidas no se acomode bien con aquella mezcla; que le desagraden y le causen un verdadero enfado alguna o muchas de aquellas ideas ciertamente bestiales; que resista de algún modo, o no quiera dejarse gobernar de aquel espíritu inquieto y tumultuoso, que debe animar a todo el cuerpo; que en fin, descontenta y desengañada, de muestras de querer oír la verdad, de querer para esto desatarse de aquel cuerpo y de aquel espíritu que lo ama y se desata efectivamente; veis aquí con esto solo alterada y desconcertada toda la bestia, y como en peligro de perderlo todo. Veis aquí puestos en movimiento la tierra y el infierno, para haber modo de curar aquella llaga, y remediar aquel mal. Veis aquí puestas en mayor y más acelerado movimiento todas aquellas máquinas ingeniosas, que hasta ahora se han movido, y no cesan de moverse, para volver a unir al cuerpo común aquella cabeza que ya casi muere, (muere, digo, respecto del cuerpo de iniquidad). Si esto se consigue, ya tenemos hecho el milagro que debe admirar a toda la tierra, y llenarla de nuevo espanto y temblor, haciendo decir a sus habitantes: *¿Quién hay seméjame a la bestia? ¿Y quién podrá lidiar con*

ella? Esta cabeza herida puede ser verosímelmente alguna de las cuatro del falso Cristianismo, por ejemplo, la segunda; mas esto no es posible asegurarlo, porque como puede ser una, puede ser otra.

197. Yo me inclino más por ciertas señales (llevando el misterio por otra vía que creo más recta) a pensar o sospechar, que este golpe duro y terrible lo ha de recibir de la mano omnipotente de Dios vivo la cabeza más culpada de todas, la más impía, la más audaz, la que mueve, o ha de mover toda la máquina, y parece que esto deberá suceder hacia los principios de la impía unión, Dios tiene medios o modos que no somos capaces de preveer. Acaso este golpe terrible se lo dará por medio de aquellos tres reyes que han de ser humillados por el cuerno undécimo, y acaso esta humillación de estos tres reyes será una resulta de su fidelidad y celo por la defensa de la religión. Y acaso, en fin, esta misma humillación de tres reyes cristianos y píos, que podían hacer alguna oposición, será todo el bálsamo necesario y eficaz para curar aquella herida. En todo esto no se ve repugnancia, ni embarazo, ni inverosimilitud alguna, pues en este caso, parece una consecuencia necesaria, que herida la cabeza principal de la bestia se disuelva al punto, y desaparezca por algún tiempo todo aquel cuerpo de iniquidad: que las otras cabezas se separen unas de otros, y que se escondan donde pudieren, mientras se pone en cura formal la cabeza enferma, es decir, mientras la filosofía ayudada de todo el infierno, halla modo de remediar aquel mal, volviendo a trabajar de nuevo sobre fundamentos más sólidos y más infernales.

198. Así se entiende de algún modo otro texto o enigma oscurísimo del capítulo XVII del Apocalipsis: *La bestia que has visto, se le dice a San Juan, fue, y no es, y saldrá del abismo, e irá en muerte; y se maravillarán los moradores de la tierra, aquellos, cuyos nombres no están en el libro de la vida desde la creación del mundo, cuando vean la bestia que era, y no es... Y la bestia que era, y no es, y ella es la octava, y no es de las siete...* Para mejor y más clara inteligencia de este enigma, conviene tener presente una cosa fácil de observar en muchísimas profecías, es a saber, que muchas veces hablan los Profetas de un suceso futuro, como si lo tuviesen presente, como si ellos mismos se hallasen presentes en aquel tiempo mismo en que han de suceder, y fuesen testigos oculares. No me detengo en citar ejemplares, por ser esto tan frecuente y tan obvio, que cualquiera lo puede reparar; lo cual supuesto, podemos ahora imaginar, que aquellas palabras enigmáticas se las dice el ángel a San Juan en aquel espacio de tiempo que debe correr entre la herida de la bestia y su curación, como si hubiesen sido testigos oculares de aquel golpe mortal. En este tiempo y en estas circunstancias, se verifica, lo primero: que la bestia fue, y no es; porque el golpe terrible que cayó sobre la cabeza principal, debió necesariamente asustar las otras, y este susto repentino e inesperado debió naturalmente hacerlas huir, y separarse las unas de las otras; por consiguiente disolver todo aquel cuerpo que ellas formaban con su unión.

199. Se verifica lo segundo: que esta misma bestia que ha desaparecido por el golpe mortal de una de sus cabezas, volverá a salir del abismo, donde debe tratarse con gran calor de su restitución y restablecimiento, aplicando para esto, en primer lugar, prontos y eficaces remedios a la cabeza enferma. *Saldrá del abismo:* y luego que salga del abismo, y se deje ver otra vez en el mundo, *se maravillarán los moradores de la tierra..., cuando*

vean la bestia que era, y no es... Se verifica lo tercero: que se concibe bien como esta bestia herida, y restablecida a su entera salud, saliendo del abismo y dejándose ver de nuevo en el mundo, aparecerá como una bestia nueva, como una bestia resucitada; por lo cual siendo la misma; aun siendo una de las siete, se podrá llamar con toda verdad y propiedad la octava, porque vendrá del abismo con nuevos bríos, con nuevos proyectos, con nuevo y mayor furor, y armada de nueva fortaleza. Diréis sin duda, que aunque todo esto puede suceder así, pues en ello no aparece repugnancia alguna; pero a lo menos es incierto, y puede suceder de otro modo, que por ahora no alcanzamos. Yo lo confieso, amigo mío, sin dificultad. ¿Qué certidumbre podemos tener en cosas, que aunque reveladas, ha querido Dios tenerlas, ocultas hasta su tiempo, debajo de metáforas oscuras? Mas no por esto se sigue, que se deba todo despreciar, cuando nada se arriesga en tener presentes estas ideas; antes se puede avanzar infinito, estando con ellas a la mira, para ver por donde asoma un misterio que interesa tanto a todos los que tienen alguna lumbre de fe, y desean asegurar una eternidad.

200. Fuera de que, si comparáis la explicación que acabamos de dar al enigma en otro principio, con la que se halla en los intérpretes del Apocalipsis en el suyo, deberéis ver con vuestros ojos la grande y notable diferencia.

201. Dado caso que se entienda, o se pueda concebir de algún modo seguido y verosímil, lo que nos dicen o quieren decirnos, lo cual en su Anticristo, individuo y personal, nos parece imposible moralmente; a lo menos no hallamos en esta explicación, ni apariencia de fundamento, ni tampoco esperanza de utilidad. Ved aquí toda la explicación reducida a pocas palabras. *La bestia que has visto, fue, y no es...* Esto significa, nos dicen, la poca duración del reino, o monarquía universal del Anticristo, que sólo será de tres años y medio, el cual espacio de tiempo es tan corto en la realidad, que se puede contar por nada, y así se puede decir con verdad, *fue y no fue; esto es, fue, y no fue, o será, y no será; y saldrá del abismo...* Estas palabras, prosiguen explicando, no quieren decir que el Anticristo saldrá otra vez del abismo, después que ya fue, y no es; sino simplemente que saldrá del abismo, y habiendo salido del abismo, *esto es*, del consejo o conciliábulo de Satanás y sus ángeles, durará tan poco su monarquía que se podrá decir con cierta propiedad, *fue, y no fue; o fue, y no es...* Leed el texto cien veces, y siempre hallaréis todo lo contrario.

202. *Y ella es la octava...* Quiere decir, concluyen, que el Anticristo, en cuanto rey particular de los Judíos, será una de las siete cabezas de la bestia; pero en cuanto rey universal de toda la tierra será la octava. Mas como nos dicen por otra parte, que las siete cabezas de la bestia son siete reyes vencidos por el Anticristo y sujetos a su dominación, podremos concluir legítimamente que el Anticristo en cuanto rey universal de toda la tierra, habrá ya vencido y sujetado a su dominación al mismo Anticristo, en cuanto rey particular de los Judíos. Si toda esta explicación del enigma propuesto no tiene otro defecto que la mera incertidumbre de las cosas que dice, o que pretende suponer, yo lo dejo enteramente a vuestro examen y a vuestra decisión; después de lo cual también espero que no podréis decir en particular el fruto que de ella podremos sacar.

Reflexiones

Párrafo X

203. Volviendo ahora a nuestro propósito, lo que a lo menos podemos concluir legítimamente de todo lo que hemos dicho sobre la bestia del Apocalipsis, es esto: que siendo esta bestia, por confesión de casi todos los doctores, el Anticristo que esperamos; que anunciándose por esta metáfora terrible y admirable, tantas cosas, tan nuevas, tan grandes y tan estupendas, que deben suceder en aquellos tiempos en toda nuestra tierra; debe ser este Anticristo que esperamos, alguna otra cosa infinitamente diversa, y mayor sin comparación de lo que puede ser un hombre, individuo y singular, aunque éste se imagine y se finja un monarca universal de todo el orbe, como quien finge en su imaginación un fantasma terrible que la misma imaginación lo desvanece y aniquila. No hay duda que en estos tiempos tenebrosos se verá ya un rey, ya otro, ya muchos a un mismo tiempo en varias partes del orbe, perseguir cruelmente al pequeño cuerpo de Cristo con guerra formal y declarada; mas ni este rey, ni el otro, ni todos juntos serán otra cosa en realidad, que los cuernos de la bestia, o las armas del Anticristo; así como en un toro, por ejemplo, ni el primer cuerno, ni el otro, ni los dos juntos son el toro, sino solamente las armas con que esta bestia ferocísima acomete, hiere, mata, y hace temblar a los que la miran. Esto es carísimo, y no necesita de más explicación.

204. Si esperamos ver este hombre singular, este judío, este monarca universal, este dios de todas las naciones; si esperamos ver cumplido en este hombre todo lo que se dice de la bestia, y lo que por tantas otras partes nos anuncian las Escrituras, es muy de temer que suceda todo lo que está escrito *así como está escrito*, y que su Anticristo no parezca, y que lo estemos esperando aun después de tenerlo en casa. Asimismo es muy de temer, que esta idea que nos hemos formado del Anticristo, y que hallamos en toda suerte de libros, menos en la Escritura santa, sea la causa principal o la verdadera de aquel descuido tan grande en que estarán los hombres, cuando llegue el día del Señor. Haced, amigo, esta breve e importante reflexión. Este día lo llama el mismo Hijo de Dios *repentino...*, y añade, que vendrá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra; y en otra parte dice que sucederá en su venida lo mismo que sucedió en la venida del diluvio: *Comían, y bebían; los hombres tomaban mujeres, y las mujeres maridos hasta el día en que entró Noé en el arca; y vino el diluvio, y acabó con todos. Asimismo como fue en los días de Lot;... De esta manera será el día, en que se manifestará el Hijo del Hombre.*

205. A quien lee por otra parte en los Profetas, en el Apocalipsis, y en los Evangelios aquellas grandes señales, que deben preceder inmediatamente a la venida del Señor, y en ellas la tribulación del Anticristo, naturalmente se le hace difícil de concebir, el como pueda haber un descuido tan grande, en medio de señales tan manifiestas.

206. Paréceme (piensen otros lo que quieran) que una de las causas de este descuido, y tal vez la mayor, o la más inmediata, será sin duda la que vamos considerando, quiero decir las falsas ideas, no menos de la venida de Cristo, que de la venida o manifestación del

Anticristo, y del Anticristo mismo. De modo que se verán todas las señales, y se cumplirán todas las profecías, y su Anticristo no parecerá. Y como por otra parte se sabe y se cree, que Cristo no vendrá, *sin que antes venga la apostasía, y sea manifestado el hombre de pecado.*.. estará ya Cristo a la puerta, y el verdadero Anticristo en vísperas de acabar sus días, y los Cristianos descuidados enteramente por la falsa persuasión de que todavía hay mucho que tirar. ¿Por qué? Porque el Anticristo ha de venir primero que Cristo; y este Anticristo, este Mesías y rey de los Judíos, este monarca de todo el orbe todavía no se ve, ni aun se divisa alguna señal o vestigio de la persona en todo el círculo horizontal. Por tanto, podrá cada uno decirse a sí mismo dos o tres horas antes de la venida de Cristo: *Alma, muchos bienes tienes allegados para muchísimos años; descansa, come, bebe, ten banquetes.*

207. Por lo que hemos dicho hasta aquí del Anticristo, explicando la bestia del Apocalipsis, podrá tal vez imaginarse, que ya la máquina terrible está concluida, que es en nuestro sistema todo el Anticristo entero y perfecto, con que estamos amenazados, y que ya no queda otra pieza digna de consideración en este cuerpo moral. No hay duda que eso sólo bastaba para formarnos una idea de la última tribulación la más formidable y la más conforme a las expresiones de la Escritura: *Porque habrá entonces grande tribulación, cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva; mas por los escogidos aquellos días serán abreviados;* nos dice el mismo Jesucristo; y, verdaderamente, ¿qué cosa más grande se puede imaginar, ni más terrible, ni más espantable, que la unión en un solo cuerpo, de siete bestias todas ferocísimas? ¿De siete bestias, digo, cada una de las cuales ha podido hacer por sí sola, ha hecho, y está haciendo males gravísimos e irreparables en el mísero linaje de Adán? Considérense estos males, no confusamente y a bulto, sino separados los unos de los otros, mirando al mismo tiempo con particular atención aquella bestia particular a quien se deben atribuir. ¿Qué males no hizo, y hace todavía la idolatría?; y esto por espacio de tantos siglos, y esto antiguamente en todas las partes de la tierra, en todos los pueblos, tribus y lenguas, ¡y aun en el pequeño pueblo o Iglesia del verdadero Dios! ¡Qué males no ha hecho, y está haciendo en una gran parte de la tierra el mahometismo, y esto impunemente a su satisfacción, a su libertad, a su arbitrio, sin que haya quien se atreva a socorrer aquellos infelices, ni sacar uno solo de la terrible boca de esta bestia! ¡Qué males no han hecho, hacen, y harán en adelante, aun dentro del mismo cristianismo, la herejía, el sistema de la hipocresía religiosa, y el libertinaje! Sobre todo, ¡qué males no ha comenzado a hacer, aun desde la cuna, la bestia última terrible y admirable, esto es, el deísmo puro, la filosofía, la apostasía de la verdadera religión, o en suma, el espíritu fuerte y audaz, el espíritu soberbio y orgulloso *que divide a Jesús!*

208. Pues cuando todas estas bestias, por sí mismas ferocísimas, hagan entre sí una liga formal, o un tratado solemne de amistad, de unión, de compañía; cuando todas se unan en un solo cuerpo moral, de modo que todas juntas parezcan una sola bestia; cuando esta bestia septiforme aparezca en el mundo armada de uñas de hierro, de dientes grandes de hierro, y también de diez cuernos terribles, o de toda la potencia de los reyes; cuando abra su boca horrorosa, *en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre y su tabernáculo, y a los que moran en el cielo;* cuando en fin, se vea toda esta nube tenebrosa y espantable encaminarse directamente *contra el Señor, y contra su Cristo,* con intención

determinada, con firmísima resolución de no dejar en toda la tierra vestigio alguno ni memoria de Cristo, etc.; ¡qué tempestad! ¡qué temor! ¡qué tribulación! Mas es esto para considerarse, que para ponderarse con palabras.

209. No obstante, yo me atrevo a decir, sin que me quede duda, que si todo el Anticristo que esperamos, y con que estamos amenazados, quedase solamente en la potencia y en el furor de esta bestia terrible, no habría ciertamente por qué temerla; no nos pudiera hacer tanto daño como está profetizado; no hubiera necesidad de abreviar aquellos días; y el cuerpo de Cristo lejos de padecer algún detrimento real, por eso mismo creciera más, se fortificara más, y adquiriera nuevos grados de perfección; el gran trabajo es, que el Anticristo que nos anuncian las Escrituras no es solamente la bestia de diez cabezas y diez cuernos; le falta a esta bestia, o a esta máquina, para su total complemento una pieza importante y esencial, sin la cual la gran máquina quedara sin efecto, y no tardara mucho en disolverse. Esta pieza importante necesita una observación particular.

La bestia de dos cuernos, del mismo Capítulo XIII del Apocalipsis.

Párrafo XI

210. *Y vi otra bestia que subía de la tierra, y que tenía dos cuernos semejantes a los del cordero, mas hablaba como el dragón, y ejercía todo el poder de la primera bestia en su presencia; e hizo que la tierra y sus moradores adorasen a la primera bestia, cuya herida mortal fue curada. E hizo grandes maravillas, de manera que aun fuego hacía descender del cielo a la tierra a la vista de los hombres. Y engañó a los moradores de la tierra con los prodigios que se le permitieron hacer delante de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra, que hagan la figura de la bestia, que tiene la herida de espada, y vivió. Y le fue dado que comunicase espíritu a la figura de la bestia, y que hable la figura de la bestia; y que haga que sean muertos todos aquellos que no adoraren la figura de la bestia. Y a todos los hombres, pequeños, y grandes, ricos, y pobres, libres, y siervos hará tener una señal en su mano derecha, o en sus frentes. Y que ninguno pueda comprar, o vender, sino aquel que tiene la señal, o nombre de la bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. Quien tiene inteligencia calcule el número de la bestia. Porque es número de hombre; y el número de ella seiscientos sesenta y seis.*

211. Esta bestia de dos cuernos, nos dicen con gran razón los intérpretes del Apocalipsis, que será el pseudo-profeta del Anticristo. Mas así como hacen al Anticristo, o lo conciben como una persona individua y singular, así del mismo modo hacen, o conciben a su falso profeta. Muchos piensan que éste será algún obispo apóstata, pareciéndoles ver en sus dos cuernos como de cordero, un símbolo propio de la mitra. Pues este hombre nuevo, y extraordinario, será toda la confianza y todo el amor del Anticristo; siempre lo tendrá a su lado en calidad de su consejero, y de su Profeta, y lo llevará consigo en todas sus expediciones. A la confianza del soberano corresponderá el fiel ministro, y fervoroso misionero, con servicios reales, y de suma importancia; pues ya con su elocuencia admirable, ya con su exterior de santidad, ya con milagros continuos, e inauditos, ya con promesas, ya con amenazas hará creer a todos los habitantes de la tierra, que el

Anticristo es su verdadero y legítimo rey. No contento con esto solo, les hará creer que también es el verdadero Dios, y hará que todos lo adoren como a tal; hará que todos, grandes y pequeños, traigan siempre en la mano, o la frente, cierta señal o carácter que los dé a conocer por fieles adoradores de este nuevo dios; hará que ninguno sea admitido a la sociedad o comercio humano, ni pueda, comprar, ni vender, si no lleva públicamente dicha señal; hará morir en los tormentos a aquellos pocos que tuviesen la audacia de resistir a la fuerza de su predicación.

212. En suma: un hombre solo, en menos de cuatro años de ministerio, conseguirá lo que millares de hombres no han conseguido en muchos siglos. Convertirá, digo, a la nueva religión y al culto del nuevo dios a todos los pueblos, tribus y lenguas, haciendo en todas las cuatro partes del mundo, que los idólatras renuncien a sus ídolos, los Mahometanos a su Mahoma; los Judíos al Dios de Abrahán, y los Cristianos a Cristo. ¡Éste sí que es fervor, y espíritu más que apostólico! Los doce Apóstoles de Cristo, llenos del Espíritu Santo, y haciendo verdaderos y continuos milagros, no pudieron hacer otro tanto en sola la Judea. Ésta es, señor, la idea que nos dan de esta segunda bestia los intérpretes del Apocalipsis; aquellos, digo, que reconocen al Anticristo en la primera bestia, que son casi todos. Éste es, según ellos, el misterio encerrado en esta metáfora; ni hay otra cosa que poder pensar ni sospechar. Mas los que no podemos concebir al Anticristo como una individua persona, pareciéndonos que pasa todos los límites de lo verosímil, y que repugna manifiestamente a las grandes ideas que sobre esto nos dan las Escrituras, ¿cómo podremos concebir en esta forma a su pseudo-profeta? Los que miramos en la primera bestia un cuerpo moral, o una gran máquina compuesta de muchas piezas diferentes, ¿cómo podremos, guardando consecuencia, mirar otra cosa en la segunda?

213. Será bien notar aquí, que en toda la historia profética del Anticristo, que leemos en el Apocalipsis, y en otras partes de la Escritura, no hallamos que se hable ni una sola palabra de prestigios, de magias, o de aquella gracia de hacer milagros, que los doctores atribuyen a la persona de su Anticristo. San Juan pone esta gracia solamente en el pseudo-profeta, o en la segunda bestia, no en la primera. Es verdad que San Pablo dice de su *hombre de pecado*, que se revelará o manifestará al mundo *en señales y en prodigios mentirosos*; mas esto puede muy bien verificarse, sin que él mismo haga los milagros, pues ciertamente no faltarán en aquellos tiempos muchos pseudo-profetas que descubran y empleen bien este talento, recibido del padre de la mentira. Y digo ciertamente, porque así lo hallo expreso y claro en el Evangelio: *que se levantarán muchos falsos profetas, y engañarán a muchos... y darán grandes señales, y prodigios, de modo que, si puede ser, caigan en error aun los escogidos*. Estas palabras del Hijo de Dios, son una explicación la más natural y la más clara, así del lugar de San Pablo (del cual hablaremos de propósito en el párrafo último) como de la bestia de dos cuernos que ahora consideramos. Esta bestia nueva, lejos de significar un obispo particular, o un hombre individuo y singular, significa y anuncia, según la expresión clara del mismo Cristo, un cuerpo inicuíssimo y peligrosísimo, compuesto de muchos seductores: *se levantarán (dice) muchos falsos profetas... y darán grandes señales y prodigios...*

214. Pues esta bestia nueva, este cuerpo moral, compuesto de tantos seductores, será sin duda en aquellos tiempos infinitamente más perjudicial, que toda la primera bestia,

compuesta de siete cabezas, y armada con diez cuernos todos coronados. No espantará tanto al cuerpo, o al rebaño de Cristo la muerte, los tormentos, los terrores y amenazas de la primera bestia, cuanto el mal ejemplo de los que debían darlo bueno, la persuasión, la mentira, las órdenes, las insinuaciones directas o indirectas; y todo con aire de piedad y máscara de religión, todo confirmado con fingidos milagros, que el común de los fieles no es capaz de distinguir de los verdaderos.

215. Es más que visible a cualquiera que se aplique a considerar seriamente esta bestia metafórica, que toda ella es una profecía formal y clarísima del estado miserable en que estará en aquellos tiempos la Iglesia Cristiana, y del peligro en que se hallarán aun los más de los fieles, aun los más inocentes, y aun los más justos. Considerad, amigo, con alguna atención todas las cosas generales y particulares que nos dice San Juan de esta bestia terrible, y me parece que no tendréis dificultad en entender lo que realmente significa, y lo que será o podrá ser en aquellos tiempos de que hablamos la bestia de dos cuernos. El respeto y veneración con que miro, y debemos mirar todos los fieles cristianos a nuestro sacerdocio, me obliga a andar con estos rodeos, y cierto que no me atreviera a tocar este punto, si no estuviese plenamente persuadido de su verdad, de su importancia, y aun de su extrema necesidad.

216. Sí, amigo mio, nuestro sacerdocio; éste es, y no otra cosa el que viene aquí significado, y anunciado para los últimos tiempos debajo de la metáfora de una bestia con dos cuernos semejantes a los del cordero. Nuestro sacerdocio, que como buen pastor, y no mercenario, debía defender el rebaño de Cristo, y poner por él su propia vida, será en aquellos tiempos su mayor escándalo, y su mayor y más próximo peligro. ¿Qué tenéis que extrañar esta proposición? ¿Ignoráis acaso la historia? ¿Ignoráis los principales y más ruidosos escándalos del sacerdocio hebreo? ¿Ignoráis los escándalos horribles y casi continuados por espacio de diez y siete siglos del sacerdocio cristiano? ¿Quién perdió enteramente a los judíos, sino su sacerdocio? Éste fue el que resistió de todos modos al Mesías mismo; no obstante que lo tenía a la vista, oía su voz, y admiraba sus obras prodigiosas. Éste fue el que cerrando sus ojos a la luz, se opuso obstinadamente a los deseos y clamores de toda la nación que estaba prontísima a recibirlo, y lo aclamaba a gritos por Hijo de David, y Rey de Israel. Éste fue el que a todos les cerró los ojos con miedos, con amenazas, con persecuciones, con calumnias groseras, para que no viesen lo mismo que tenían delante, para que desconociesen a la esperanza de Israel, para que olvidasen enteramente sus virtudes, su doctrina, sus beneficios, sus milagros, de que todos eran testigos oculares. Éste, en fin, les abrió la boca para que lo negasen, y reprobasen públicamente, y lo pidiesen a grandes voces para el suplicio de la cruz.

217. Ahora digo yo: ¿este sacerdocio lo era acaso de algún ídolo o de alguna falsa religión? ¿Había apostatado formalmente de la verdadera religión que profesaba? ¿Había perdido la fe de sus Escrituras y la esperanza de su Mesías? ¿No tenía en sus manos las Escrituras? ¿No podía mirar en ellas como en un espejo clarísimo la verdadera imagen de su Mesías, y cotejarla con el original que tenía presente? Sí, todo es verdad; mas en aquel tiempo y circunstancias, todo esto no bastaba, ni podía bastar. ¿Por qué? Porque la iniquidad de aquel sacerdocio, generalmente hablando, había llegado a lo sumo. Estaba viciado por la mayor y máxima parte; estaba lleno de malicia, de dolo, de hipocresía, de

avaricia, de ambición; y por consiguiente lleno también de temores y respetos puramente humanos, que son lo que se llaman en la Escrituras *la prudencia de la carne y el amor del siglo*, incompatibles con la amistad de Dios. Ésta fue la verdadera causa de la reprobación del Mesías, y de todas sus funestas consecuencias, la cual no se avergonzó aquel inicuo sacerdocio de producir en pleno concilio (preguntando): *¿Qué hacemos porque este hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así, creerán todos en él, y vendrán los Romanos, arruinarán nuestra ciudad y nación.*

218. ¿Qué tenemos, pues, que maravillarnos de que el sacerdocio cristiano pueda en algún tiempo imitar en gran parte la iniquidad del sacerdocio hebreo? ¿Qué tenemos que maravillarnos de que sea el únicamente simbolizado en esta bestia de dos cuernos? Los que ahora se admiren de esto, o se escandalizaren de oírlo, o lo tuvieren por un despropósito increíble, es muy de temer, que llegada la ocasión, sean los primeros que entren en el escándalo, y los primeros presos en el lazo. Por lo mismo que tendrán por increíble tanta iniquidad en personas tan sagradas, tendrán también por buena la misma iniquidad. ¿Qué hay que maravillarse después de tantas experiencias? Así como en todos tiempos han salido del sacerdocio cristiano bienes verdaderos e inestimables, que han edificado y consolado la Iglesia de Cristo, así han salido innumerables y gravísimos males, que la han escandalizado y afligido. ¿No gimió todo el orbe cristiano en tiempo de los Arrianos? ¿No se admiró de verse Arriano casi sin entenderlo, según esta expresión viva de San Jerónimo: *lamentándose el mundo todo se admiró al reconocerse Arriano?* ¿Y de dónde le vino todo este mal, sino del sacerdocio?

219. ¿No ha gemido en todos tiempos la Iglesia de Dios entre tantas herejías, cismas y escándalos, nacidos todos del sacerdocio, sostenidos por él obstinadamente? Y ¿qué diremos de nuestros tiempos? Consideradlo bien, y entenderéis fácilmente cómo la bestia de dos cuernos puede hacer tantos males en los últimos tiempos. Entenderéis, digo, cómo el sacerdocio de los últimos tiempos, corrompido por la mayor parte, pueda corromperlo todo, y arruinarlo todo, como lo hizo el sacerdocio hebreo. Entenderéis en suma, cómo el sacerdocio mismo de aquellos tiempos, con su pésimo ejemplo, con persuasiones, con amenazas, con milagros fingidos, etc., podrá alucinar a la mayor parte de los fieles, podrá deslumbrarlos, podrá cegarlos, podrá hacerlos desconocer a Cristo, y declararse en fin por sus enemigos: *se levantarán muchos falsos profetas, y engañarán a muchos. Y darán grandes señales. Y porque se multiplicará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos* ¡Oh! ¡Qué tiempos serán aquéllos! ¡Qué oscuridad! ¡Qué temor! ¡Qué tentación! ¡Qué peligro! *Si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva*

220. ¿Qué pensáis que será cuando las simples ovejas de Cristo de toda edad, de todo sexo, de toda condición, viéndose perseguidas de la primera bestia, y amenazadas con la potencia formidable de sus cuernos, se acojan al abrigo de sus pastores, implorando su auxilio, y los encuentren con la espada en la mano, no cierto para defenderlas, como era su obligación; sino para afligirlas más, para espantarlas más, para obligarlas a rendirse a la voluntad de la primera bestia? ¿Qué pensáis que será, cuando poniendo los ojos en sus pastores, como en su único refugio y esperanza, los vean temblando de miedo, mucho más que ellos mismos, a vista de la bestia, y de sus cuernos coronados, por consiguiente los vean aprobando prácticamente toda la conducta de la primera bestia, aconsejando a

todos que se acomoden con el tiempo por el bien de la paz, que por este bien de la paz (falsa a la verdad) tomen el carácter de la bestia en las manos o en la frente, esto es, que se declaren públicamente por ella, fingiendo para esto milagros y portentos, para acabar de reducir las con apariencia de religión? ¿Qué pensáis que será, cuando muchos fieles justos y bien instruidos en sus obligaciones, conociendo claramente que no pueden en conciencia obedecer a las órdenes que saldrán en aquel tiempo de la potestad secular, se determinen a obedecer a Dios, arriesgarlo todo por Dios, y se vean por esto abandonados de todos, arrojados de sus casas, despojados de sus bienes, separados de sus familias, privados de la sociedad y comercio humano, sin hallar quien les dé, ni quien les venda, y todo esto por orden y mandato de sus propios pastores? Todo esto porque no se les ve ni en las manos ni en la frente señal alguna de ser contra Cristo. Todo esto porque no se declaran públicamente por Anticristos. Con razón dice San Pablo: *que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos...* y con razón dice el mismo Jesucristo: *si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva..*

221. Persecuciones de la potencia secular las padeció la Iglesia de Cristo terribísimas, y casi continuas, por espacio de 300 años, y con todo eso se salvaron tantos, que se cuentan no a centenares ni a millares, sino a millones. Lejos de ser aquellos tiempos de persecución peligrosos para la Iglesia, fueron por el contrario los más a propósito, los más conducentes, los más útiles para que la misma Iglesia creciese, se arraigase, se fortificase y dilatase por toda la tierra. No fue necesario ni conveniente abreviar aquellos días por temor de que pereciese toda carne; antes fue convenientísimo dilatarlos para conseguir el efecto contrario. Así los dilató el Señor muy cerca de tres siglos, muy cierto y seguro de que por esta parte nada había que temer; mas en la persecución o tribulación horrible de que vamos hablando, se nos anuncia claramente por boca de la misma verdad, que deberá suceder todo lo contrario: *Porque habrá entonces grande tribulación, cual izo fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva.* Pensad, amigo, con formalidad, cuál podrá ser la verdadera razón de una diferencia tan grande, y difícilmente hallareis otra, que la bestia nueva de dos cuernos que ahora consideramos, o lo que es lo mismo, el sacerdocio cristiano, ayudando a los perseguidores de la Iglesia y de acuerdo con ellos, por la abundancia de su iniquidad.

222. En las primeras persecuciones hallaban los fieles en su sacerdocio o en sus pastores, no solamente buenos consejos, instrucciones justas y santas, exhortaciones fervorosas, etc., sino también la práctica de su doctrina. Los veían ir delante con el ejemplo; los veían ser los primeros en la batalla; los veían no estimar ni descanso, ni hacienda, ni vida, por la honra de su Señor, y por la defensa de su grey. Si leéis el Martirologio romano, apenas hallareis algún día del año que no esté ennoblecido y consagrado con el sacrificio de estos santos pastores; mas en la persecución anticristiana, en que el sacerdocio estará ya por la mayor y máxima parte *enemigo de la cruz de Cristo*, en que estará mundano, sensual, y por eso provocando a vómito, como lo anuncia claramente San Juan, en que estará resfriado enteramente en la caridad por la abundancia de la iniquidad; será ya imposible que los fieles hallen en él lo que no tiene, esto es, espíritu, valor, desinterés, desprecio del mundo, y celo de la honra de Dios; y será necesario que hallen lo que sólo tiene, esto es, vanidad, sensualidad, avaricia, cobardía, y todo lo que de aquí resulta en

perjuicio del mísero rebaño, esto es, seducción, tropiezo, escándalo y peligro. No por esto se dice, que no habrá en aquellos tiempos algunos pastores buenos, que no sean mercenarios. Sí, los habrá; ni se puede creer menos de la bondad y providencia del sumo pastor; mas estos pastores buenos serán tan pocos, y tan poco atendidos, respecto de los otros, como lo fue Elías respecto de los profetas de su tiempo, que unos y otros resistieron obstinadamente y persiguieron a los profetas de Dios; unos y otros hicieron inútil su celo, e infructuosa su predicación; unos y otros fueron la causa inmediata, así de la corrupción de Israel, como de la ruina de Jerusalén.

223. Si todavía os parece difícil de creer que el sacerdocio cristiano de aquellos tiempos sea el únicamente figurado en la terrible bestia de dos cuernos, reparad con nueva atención en todas las palabras y expresiones de la profecía; pues ninguna puede estar de más. Dice San Juan, que vio esta bestia salir o levantarse de la tierra; que tenía dos cuernos como de cordero; pero que su voz o modo de hablar era no de cordero sencillo e inocente, sino de un maligno y astuto dragón; dice más que con esta apariencia de cordero manso y pacífico, y con la realidad de dragón, persuadió a todos los habitantes de la tierra, que adorasen o se rindiesen y tomasen partido por la primera bestia; que para este fin hizo grandes señales o milagros, todos aparentes y fingidos, con los cuales, y al mismo tiempo con su voz de dragón, o con sus palabras seductivas, engañó a toda la tierra; que obligó en fin a todos los habitantes de la tierra a traer públicamente en la frente o en la mano el carácter de la primera bestia, so pena de no poder comprar ni vender, etc. Decidme ahora, amigo, con sinceridad, ¿a quién pueden competir todas estas cosas, piénsese como se pensare, sino a un sacerdocio inicuo y perverso, como lo será el de los últimos tiempos? Los doctores mismos lo reconocen así, lo conceden en parte; y esta parte una vez concedida, nos pone en derecho de pedir el todo. No hallando otra cosa a que poder acomodar lo que aquí se dice de la segunda bestia (a la cual en el capítulo XVI y XIX se le da el nombre de pseudo-profeta) convienen comúnmente en que esta bestia o este pseudo-profeta, será algún obispo apóstata, lleno de iniquidad y malicia diabólica, que se pondrá de parte del Anticristo, y lo acompañará en todas sus empresas.

224. Mas este obispo singular (sea tan inicuo, tan astuto, tan diabólico, como se quisiere o pudiere imaginar) ¿será capaz de alucinar con sus falsos milagros, y pervertir con sus persuasiones a todos los habitantes de la tierra? ¿Y esto en el corto tiempo de tres años y medio? ¿Y esto en un asunto tan duro, como es que todos los habitantes de la tierra tengan al Anticristo no sólo por su rey, sino por su dios? ¿No choca esto manifiestamente al sentido común? ¿No pasa esto fuera de los límites de lo increíble? Si en la Escritura Santa hubiese sobre esto alguna revelación expresa y clara, yo cautivaría mi entendimiento en obsequio de la fe; mas no habiendo tal revelación; antes repugnando esta noticia todas las ideas que nos da la misma Escritura, parece preciso tomar otro partido. Lo que no puede concebirse en una persona singular, se puede muy bien concebir y se concibe al punto en un cuerpo moral, compuesto de muchos individuos repartidos por toda la tierra; se concibe al punto en el sacerdocio mismo, o en su mayor y máxima parte, en el estado de tibieza y relajación en que estará en aquellos tiempos infelices.

225. No es menester decir para esto, que el sacerdocio de aquellos tiempos persuadirá a los fieles que adoren a la primera bestia con adoración de latría como a Dios. El texto no

dice tal cosa, ni hay en todo él una sola palabra de donde poderlo inferir. Sólo habla de simple adoración, y nadie ignora lo que significa en las Escrituras esta palabra general, cuando no se nombra a Dios, o cuando no se infiere manifiestamente del contexto: *e hizo* (ésta es la expresión de San Juan) *que la tierra y sus moradores adorasen a la primera bestia...* Así, el hacer adorar a la primera bestia, no puede aquí significar otra cosa, sino hacer que se sujeten a ella, que obedezcan a sus órdenes, por inicuas que sean, que no resistan como debían hacerlo, que den señales externas de su respeto y sumisión, y todo esto por temor de sus cuernos. Tampoco es menester decir, que el sacerdocio de que hablamos, habrá ya apostatado de la religión cristiana. Si hubiere en él algunos apóstatas formales y públicos, que sí los habrá, y no pocos, éstos no deberán mirarse como miembros de la segunda bestia, sino de la primera. Bastará, pues, que el sacerdocio de aquellos tiempos peligrosos se halle ya en aquel mismo estado y disposiciones en que se hallaba en tiempo de Cristo el sacerdocio hebreo, quiero decir, tibio, sensual y mundano, con la fe muerta o dormida, sin otros pensamientos, sin otros deseos, sin otros afectos, sin otras máximas que de tierra, de mundo, de carne, de amor propio, y olvido total de Cristo y del Evangelio. Todo esto parece que suena aquella expresión metafórica de que usa el apóstol, diciendo: que vio a esta bestia salir o levantarse de la tierra.

226. Añade, que la vio con dos cuernos semejantes a los de un cordero; la cual semejanza, aun prescindiendo de la alusión a la mitra, que reparan varios doctores, parece por otra parte, siguiendo la metáfora, un distintivo propísimo del sacerdocio, que a él solo puede competir. De manera, que así como los cuernos coronados de la primera bestia significan visiblemente la potestad, la fuerza, y las armas de la potencia secular de que aquella bestia se ha de servir para herir y hacer temblar toda la tierra; así los cuernos de la segunda, semejantes a los de un cordero, no pueden significar otra cosa, que las armas o la fuerza de la potestad espiritual, las cuales aunque de suyo son poco a propósito para poder herir, para poder forzar, o para espantar a los hombres; mas por eso mismo se concilia esta potencia mansa y pacífica, el respeto, el amor y la confianza de los pueblos; y por eso mismo es infinitamente más poderosa, y más eficaz para hacerse obedecer, no solamente con la ejecución, como lo hace la potencia secular, sino con la voluntad, y aun también con el entendimiento.

227. Mas esta bestia en la apariencia mansa y pacífica (prosigue el amado discípulo), esta bestia en la apariencia inerme, pues no se le veían otras armas que dos pequeños cuernos semejantes a los de un cordero, esta bestia tenía una arma horrible y ocultísima, que era su lengua, la cual no era de cordero, sino de dragón: *hablaba como el dragón*. Lo que quiere decir esta similitud, y a lo que alude manifiestamente, lo podéis ver en el capítulo III del Génesis. Allí entenderéis cuál es la lengua, o la locuela del dragón, y por esta la locuela entenderéis también fácilmente la locuela de la bestia de dos cuernos en los últimos tiempos, de la cual se dice, que como habló el dragón en los primeros tiempos, *engañó a la mujer*, así hablará en los últimos la bestia de dos cuernos, o por medio de ella el dragón mismo. Hablará con dulzura, con halagos, con promesas, con artificio, con astucias, con apariencias de bien, abusando de la confianza y simplicidad de las pobres ovejas para entregarlas a los lobos, para hacerlas rendirse a la primera bestia, para obligarlas a que la adoren, la obedezcan, la admiren, y entren a participar o a ser iniciadas en su misterio de iniquidad. Y si algunas se hallaren entre ellas tan entendidas que

conozcan el engaño, y tan animosas que resistan a la tentación (como ciertamente las habrá) contra éstas se usarán, o se pondrán en gran movimiento las armas de la potestad espiritual, o los cuernos como de cordero, prohibiendo *que ninguno pueda comprar, o vender, sino aquel que tiene la señal, o el nombre de la bestia*. Éstas serán separadas de la sociedad y comunicación con las otras, a éstas nadie les podrá comprar ni vender, si no traen públicamente alguna señal de apostasía: *porque ya habían acordado los judíos, dice el evangelista, que si alguno confesase a Jesús por Cristo, fuese echado de la sinagoga*. Aplíquese la semejanza.

Carácter de la bestia, su nombre, o el número de su nombre.

Párrafo XII

228. Esta bestia que acabamos de observar, persuadirá a los hombres, dice San Juan, que lleven en la mano o en la frente el carácter de la primera bestia, o su nombre, o el número de su nombre, so pena de no poder comprar ni vender, que es lo mismo que decir, so pena de muerte. El mismo apóstol, para dar alguna luz o alguna esperanza de entender toda esta metáfora, la cual evidentemente no convenía que se entendiese antes de tiempo, concluye todo el capítulo con estas palabras enigmáticas. *Aquí hay sabiduría. Quien tiene inteligencia, calcule el número de la bestia. Porque es número de hombre; y el número de ella seiscientos sesenta y seis.*

229. Casi desde los tiempos de San Juan, como testifica San Ireneo se han hecho siempre las mayores diligencias para descifrar este enigma, y entender bien este gran misterio, persuadidos firmemente los doctores, de que aquí se encierra el nombre del Anticristo, o algún distintivo propio suyo por donde conocerlo infaliblemente. El empeño es sin duda laudable, y óptima la intención, pues una vez que se sepa el nombre o distintivo propio de aquel hombre o persona, que llaman Anticristo, será fácil conocerlo, cuando aparezca en el mundo; y si se conoce, será fácil no caer en el lazo. Este discurso justo en sí mismo, en el sistema de los doctores no lo parece tanto. Los que esperan al Anticristo en la forma en que se halla en toda suerte de escritores eclesiásticos, ¿qué necesidad pueden tener de saber su nombre, o algún distintivo propio suyo para conocerlo? ¿Qué nueva luz se les puede añadir con esto para distinguirlo de los otros hombres? Traed, amigo, a la memoria siquiera alguna de aquellas noticias particulares de que ya hemos hablado, y corren comúnmente por indubitables, y decidme: ¿con ellas solas, sin otro distintivo, podréis desconocer al Anticristo? ¿Habrá algún hombre, por rudo que sea, que teniendo dichas noticias, no lo conozca al punto?

230. Imaginad para esto, que ahora en nuestros días sale de Babilonia, o de donde os pareciere mejor, un príncipe nuevo, que nadie sabía de él. Este nuevo príncipe, acompañado de una multitud infinita de judíos, que lo han reconocido por su rey y Mesías, se va derecho a la Palestina, la conquista toda, sólo con dejarse ver, la evacua de sus habitantes actuales, establece en ella a todas las tribus de Israel, edifica de nuevo a Jerusalén para corte de su imperio, de allí sale con innumerables tropas, compuestas ya de judíos, ya de otras naciones orientales, hace guerra a todos los reyes de la tierra, mata tres

de ellos, y a los demás los sujeta a su dominación, trae siempre consigo un profeta grande que hace continuos y estupendos milagros; en suma, este príncipe nuevo, cuyo nombre todavía no se sabe, se ha hecho en breve tiempo monarca universal de toda la tierra; todos los pueblos, tribus y lenguas, lo reconocen y obedecen como a soberano... ¿Qué os parece, amigo, de este gran personaje? ¿No es éste el Anticristo que esperábamos? ¿No son éstas las noticias que habíamos leído en nuestros libros? ¿Qué necesidad tenemos ahora de saber su carácter, ni su nombre, ni el número de su nombre? Sin esto conocemos al Anticristo, y lo conoce toda la tierra. Este monarca universal de toda ella, cuya corte es Jerusalén, éste es ciertamente el Anticristo. De aquí se sigue una de dos cosas: o que el enigma propuesto, o su inteligencia, es la cosa más inútil del mundo, o que el Anticristo que esperamos debe ser alguna otra cosa infinitamente diversa de lo que hasta ahora hemos imaginado. Si esto segundo se concediese, me parece que se pudiera adelantar no poco en la inteligencia del enigma, como tentaremos más adelante. Veamos lo que hasta ahora se ha adelantado en el sistema contrario.

231. Primeramente, han hecho los doctores este discurso previo, que parece justísimo, y lo fuera en realidad, si no tocara o supusiera el principio mismo que se pide. Los números de que usan los griegos, dicen con verdad, no son otros que sus mismas letras. Estas letras numerales juntas y combinadas entre sí, deben formar alguna palabra, pues al fin son letras; luego el número 666 expresado en letras griegas (en las cuales se escribió todo el Apocalipsis) deberá necesariamente formar alguna palabra; pues esta palabra, concluyen, es ciertamente el nombre, o el carácter, o el distintivo propio del Anticristo. Bien. ¿Y si las letras griegas que son necesarias para expresar el número 666 se pueden combinar de treinta maneras diferentes, podrán también o deberán formar treinta palabras diferentes; y en este caso ¿cuál de ellas será el nombre propio, o el propio distintivo de este hombre, o de esta persona que llaman Anticristo? O éste tendrá todos los treinta nombres y distintivos, o si ha de tener uno solo, éste no lo pueden enseñar en particular las letras mismas numerales. En efecto, las palabras o nombres del Anticristo que se han sacado del número 666 expresado en letras griegas, son tan diversos y tan indeterminados, como se puede ver en estos pocos que pongo aquí por muestra.

Voz griega.

Voz castellana.

Voz latina.

1. *Teytan.*

1. Gigante.

1. *Gigas.*

2. *Lampertis.*

2. Luciente.

2. *Lucens.*

3. *Lateynus.*

3. Latino.

3. *Latinus.*

4. *Nichetes.*

4. Vencedor

4. *Victor.*

5. *Evantas.*

5. Floreciente.

5. *Floridus.*

6. *Kakos odegos.*

6. Pequeño capitán.

6. *Parvus dux.*

7. *Aletes blaberos.*

7. Verdaderamente nocivo.

7. *Vere noxius.*

8. *Palebascanos.*

8. Día envidioso.

8. *Dies invidus.*

9. *Amnos adikos.*

9. Cordero injusto.

9. *Agnus injustus.*

10. *Oculpios.*

10. Trajano.

10. *Trajanus.*

Algunos han hallado a Jenserico, y otros a Mahoma.

232. El erudito Calmet, que en su disertación *del Anticristo* trae las más de estas combinaciones, explica allí mismo el juicio que hace de ellas por estas palabras: *Estudio a la verdad vano, cifras insignificantes que el hecho sólo de haberlas referido nos pesa*. No obstante esta justa censura, el mismo autor en su exposición literal del Apocalipsis sobre el capítulo XIII adopta como legítima, o como preferible a todas las otras, la célebre combinación del ilustrísimo señor Bosuet, el cual dejando las letras numerales griegas, como que no hacían, ni podían hacer al propósito de su sistema, se sirvió de las letras latinas, que comúnmente llamamos números romanos, y de ellas sacó junto con el número 666 estas dos palabras: *Diocles Augustus*, que es lo mismo que decir, Diocles Augustus da en números romanos, o en sus letras numerales, el número preciso de 666. Ved aquí el ingenio.

D	500
I	1
O	000
C	100
L	50
E	000
S	000
A	000
V	005
G	000
V	005
S	000
T	000
V	005
S	000

Suma:

666

233. Esta operación ha parecido a algunos no sé qué especie de triunfo, respecto del sistema de Mr. Bosuet, y del padre Calmet, que es casi el mismo. Pretenden estos dos sabios, y se esfuerzan a probarlo, armados de grande elocuencia, y suma erudición (*mas con vano esfuerzo*) pretenden, digo, acomodar casi todo el Apocalipsis a las primeras persecuciones de la Iglesia, principalmente a la última y más terrible de todas, que fue la de Diocleciano. Pues en este sistema, de que luego hablaremos, parece esta combinación un descubrimiento de suma importancia. No se podía desear, ni aun pensar cosa más a propósito. Diocles (así dicen que se llamó Diocleciano antes de subir al trono) *Diocles Augustus*, da en números romanos la suma de 666. Luego éste es todo el gran misterio que encierra el enigma propuesto. Luego el libro del Apocalipsis, especialmente cuando habla de la bestia de siete cabezas y diez cuernos, no nos anuncia otra cosa por estas metáforas terribles, que la terrible persecución de Diocleciano, pues Diocleciano mismo viene aquí nombrado debajo de un enigma, etc.

234. Para que veáis, señor, la suma debilidad de este discurso, y la poca o ninguna razón que hay para cantar la victoria, yo voy a proponer en las mismas letras numerales romanas, otra operación o combinación mucho más fácil y breve que la de Mr. Bosuet, la cual tiene que quitar la mitad de *Diocletianus*, y añadir *Augustus*. ¿Por qué? Porque la palabra *Diocletianus* no alcanza por sí sola al número propuesto, le faltan nueve; mas quitándole la mitad, esto es, *tianus*, se le quitan seis, las cuales seis, y las otras nueve que faltan, se suplen perfectamente con la palabra *Augustus* que tiene por tres veces la *V* y da el número 15; mas la combinación que yo propongo, nada tiene que quitar ni que añadir; y así pruebo del mismo modo, y en la misma forma, que la bestia terrible del Apocalipsis significa y anuncia un príncipe terrible (o pasado o futuro) por nombre Luis, y en latín *Ludovicus*.

L	50
V	005
D	500
O	000
V	005
I	001
C	100
V	005
S	000
	—
Suma:	666

235. Mr. de Chetardie, citado por Calmet, sacó con el mismo artificio a Juliano apóstata, y no fuera muy difícil sacar otras cien cosas, haciendo otras combinaciones, las que serían al fin tan fuera de propósito, y tan inútiles como las que hemos apuntado.

236. Conviene, no obstante, los doctores, y lo confiesa el mismo Calmet, aunque interesado por Diocleciano, que la solución del enigma se debe buscar en letras numerales griegas, pues en ellas y no en las latinas se escribió el Apocalipsis. Ahora bien, la solución del enigma se ha buscado en las letras numerales griegas, casi desde los principios del segundo siglo de la Iglesia; pues San Ireneo, que escribió hacia el año 70 de este siglo, trae algunas combinaciones que se habían hecho antes de él, y después acá el empeño no ha cesado, ni se han omitido las diligencias. ¿Y qué se ha conseguido con ellas? Lo que únicamente se ha conseguido es, que nos hallamos con muchos nombres, que según diversos autores, ha de tener el Anticristo. ¿Cuál de ellos es el verdadero? No se sabe. ¿Y se sabe a lo menos si entre todos ellos estará el verdadero? Tampoco se sabe, y aunque se hagan otras muchas más combinaciones, siempre quedaremos en la misma perplejidad. ¿Cómo, pues, podremos conocer por su nombre, o carácter, o distintivo a esta bestia o este Anticristo?

237. Yo saco de aquí una consecuencia que me parece buena y naturalísima, a lo menos en línea de sospecha vehemente, es a saber: que mientras se buscare (o sea en letras

griegas o latinas) el nombre o distintivo de una persona individuo y singular, parece muy probable que el enigma se quede eternamente sin solución. El texto sagrado habla del nombre, o carácter, o distintivo de una bestia metafórica de siete cabezas y diez cuernos, conque si dicha bestia no significa una persona singular, como parece algo más que probable, todas las operaciones que se hicieren sobre este principio, irán ciertamente desviadas, ni podrán jamás tocar el fin que se proponen. Así lo ha mostrado hasta ahora la experiencia. Después de grandes diligencias, y por grandes ingenios, nos hallamos todavía como en el principio; y confiesan los doctores juiciosos, que todo cuanto se ha discurrido, y trabajado hasta ahora sobre el asunto, ha sido, cuando menos, un trabajo perdido: *estudio a la verdad vano, cifras insignificantes*.

238. No quedándonos, pues, esperanza alguna racional de entender el enigma en la idea ordinaria de una persona singular, parece ya conveniente y aun necesario mudar de rumbo, trabajar, digo, sobre otra idea o principio diverso, y ver si por aquí se puede avanzar algo que nos contente, y nos pueda traer alguna utilidad. Esto es lo que ahora vamos a tentar, deseando a lo menos abrir camino para que otros trabajen, y hagan nuevos descubrimientos en un asunto que ciertamente no es de mera curiosidad, sino de sumo interés. No hay duda que la inteligencia la ha de dar Dios; mas sería una verdadera temeridad esperar que Dios diese la inteligencia a quien no trabaja, a quien no hace lo que está de su parte, a quien apenas sabe que hay en la Escritura tal enigma, etc.

239. Mudada, pues, por un momento la idea del Anticristo de una persona singular a un cuerpo moral, para proceder con algún orden y claridad en el estudio del enigma, me preparo con una diligencia previa, o con un discurso propio, o con un discurso general. Pienso primeramente en profunda meditación, cuál puede ser el carácter más propio, o el distintivo más preciso de un cuerpo moral anticristiano, compuesto de muchos individuos. Si hallo este carácter o distintivo, el más propio, aunque sea sólo probablemente, paso a la segunda diligencia no menos necesaria, esto es, a comparar lo que he hallado con el texto mismo y con todo su contexto, y también para asegurarme más con otras ideas y noticias que he hallado en otras partes de la Santa Escritura. Si después de este examen atento y prolijo, hallo dicho carácter o distintivo perfectamente conforme a la idea que me da el texto con todo su contexto, y a la idea que me da en otras partes la divina Escritura, no por eso debo quedar plenamente satisfecho, ni mucho menos cantar la victoria, pues me queda que practicar la última diligencia, sin la cual nada puede concluirse. Me queda, digo, que examinar si dicho carácter o distintivo, que he hallado en mi meditación, y que después he hallado también conforme al texto, y a toda la Escritura corresponde del mismo modo al número 666, o a las letras numerales griegas que componen este número. Si a todo esto lo hallo perfectamente conforme, si todo camina naturalmente sin artificio, sin violencia, sin dificultad, sin embarazo alguno, me parece que en este caso podré concluir, con toda aquella seguridad que cabe en el asunto, que ésta es la verdadera solución del enigma; y cualquier hombre sensato deberá recibir, y contentarse con esta solución, mientras no se le presente otra, que atendidas todas las circunstancias pareciere mejor.

240. Supuesto este discurso general, que por su misma simplicidad parece justísimo, procedamos ya a nuestra operación. Yo discurro así. En la idea de un cuerpo moral

anticristiano, compuesto de muchísimos individuos, se concibe al punto, ni puede dejar de concebirse, que ese cuerpo para que lo sea, debe estar animado todo de algún espíritu. Sin esto será imposible que subsista, así como sucede en un cuerpo físico. ¿Cómo podrá subsistir una república, ni cómo podrá llamarse con propiedad cuerpo moral, si las personas que la componen no están unidas entre sí, y animadas todas de un mismo espíritu general, verbigracia de libertad, y de independencia? Pues este espíritu general, o este principio de vida, que une, anima y conserva un cuerpo moral, cualquiera que sea, es lo que llamamos con toda verdad y propiedad, el carácter, o el distintivo propio de este mismo cuerpo; no considerado solamente como cuerpo moral, sino como tal cuerpo moral, particular y determinado.

241. Ahora pues, ¿qué otro espíritu puede unir y animar un cuerpo moral anticristiano, como tal, sino aquel mismo que apuntamos en el párrafo IV, con su propia definición, esto es, *el espíritu que divide a Jesús*? En toda la divina Escritura no hallamos del Anticristo otra palabra más expresa que ésta, y todo cuanto hallamos en ella corresponde y se conforma perfectamente a esta definición. La misma palabra Anticristo o contra-Cristo esto suena, y no suena otra cosa sino sólo esto. De aquí se sigue manifiestamente, que el carácter o distintivo propio de este cuerpo moral en cuanto es contra-Cristo, debe ser del todo conforme a la palabra *Anticristo*, y al espíritu que lo debe animar en cuanto tal. Más claro: el carácter y distintivo propio de este cuerpo moral, no puede ser otro que el mismo espíritu que lo anima; no puede ser otro que *dividir a Jesús activa y pasivamente*; no puede ser otro, que el odio formal a Jesús, el oponerse a Jesús, perseguir a Jesús, procurar destruirlo, o desterrarlo del mundo, borrando del todo su nombre y su memoria. Esto parece clarísimo, ni hay para qué detenernos en ello.

242. Lo que falta solamente es, que este carácter o distintivo propio de la bestia que ya se ha conocido, se halle también en el número 666 del mismo modo que se escribe en griego, esto es, que las letras griegas que componen dicho número, den al mismo tiempo este mismo carácter, o distintivo expreso y claro. Si esto sucediese, ¿no parecería alguna operación geométrica, o alguna especie de demostración? ¿No fundaría a lo menos un grado de probabilidad, o de certeza moral, cuanta pueda caber en el asunto? Vedlo pues aquí. Entre las varias combinaciones que se han hecho de las letras griegas que forman el número 666, se halla una que es la de Primacio, de la cual se ha hecho tan poco caso, como de las otras, sin duda porque en la idea ordinaria del Anticristo no se ha hallado en qué hacerla servir. Esta combinación da puntualmente la palabra griega ARNOUME o ARNOUMA, que corresponde a la palabra latina ABRENUNTIO, y a la española RENIEGO.

243. Hallada esta palabra, comparémosla luego con el texto de la profecía, y con todo su contexto, para ver si corresponde a todo con propiedad. Primeramente, dice San Juan, que en los tiempos de la bestia o del Anticristo serán obligados los hombres, so pena de no poder comprar ni vender, a traer en la mano o en la frente el carácter de la bestia misma, o su nombre, o el número de su nombre. Sobre lo cual, para evitar desde luego todo equívoco, debemos notar *ante todas cosas*, y tener muy presente una que parece clara e innegable. Es a saber: que todas estas expresiones de que usa San Juan, esto es, el carácter de la bestia, frente, manos, etc., son puramente metafóricas, así como lo es la

bestia misma, sus cabezas, y sus cuernos. Ni parece creíble, ni aun sufrible lo que piensan muchos autores, y ponderan con gran formalidad: esto es, que en aquellos tiempos por orden del Anticristo, o de su profeta, deberán los hombres sufrir en la frente, o en las manos la impresión de un hierro ardiendo, o como piensan otros más benignos, la impresión de un sello, bañado en alguna tinta estable y permanente, en el cual sello estará grabado, según unos, un dragón; según otros, una bestia con siete cabezas y diez cuernos; y según otros, la imagen o el nombre del monarca. Otros piensan con igual fundamento, que todos los hombres en todo el mundo serán obligados a llevar públicamente en la frente, o en la mano, alguna medalla con la imagen, o con las armas del Anticristo, como por mostrar que son sus fieles adoradores, etc.

244. Mas todos estos modos de pensar, que son los únicos que vulgarmente hallamos, parecen muy ajenos, y muy distantes del sentido propio y literal, que puede admitir una pura metáfora, en la cual siempre se habla *por semejanza, no por propiedad*. ¿No se reiría de mí todo el mundo, si yo dijese, por ejemplo, que los ciento cuarenta y cuatro mil sellados en la frente, de que se habla en el capítulo VII del mismo Apocalipsis, han de ser sellados con algún sello material? ¿No se reiría de mí todo el mundo, y no tendría razón para reírse, si yo dijese, que el Anticristo y su pseudo-profeta han de ser dos hombres con la figura exterior de bestias, como los describe San Juan? Pues aplicad la semejanza, o dadme la disparidad. Tan metáfora es la una como la otra. Siendo, pues, toda una metáfora, parecerá sin duda, visible y claro a cualquiera que quisiere mirarlo, que el carácter o nombre, o distintivo de que habla la profecía, no puede significar otra cosa, obvia y naturalmente, que una profesión pública y descarada de aquel ABRENUNTIO, o hago profesión de renegado, que parece el carácter, o el espíritu, o el distintivo propio de toda la bestia. Así, el tomar este carácter no será otra cosa que un tomar partido por la libertad, *un dividir a Jesús*, público y manifiesto, una formal apostasía de la religión cristiana, que antes se profesaba. Se dice que este carácter lo llevará en la frente o en las manos, para denotar la publicidad y descaro con que se profesará ya entonces el anticristianismo; pues la frente y las manos son las partes más públicas del hombre, y al mismo tiempo son dos símbolos propísimos, el primero del modo de pensar, el segundo del modo de obrar. Desatados de Jesús, desatados de la verdad y sabiduría eterna, no hay duda que quedarán la frente y las manos; esto es, los pensamientos y operaciones en una suma libertad; mas libertad, no ya de racionales, sino de brutos; y se podrá decir entonces lo que se anuncia en el salmo XLVIII: *el hombre, cuando estaba en honor, no lo entendió; ha sido comparado a las bestias insensatas, y se ha hecho semejante a ellas*.

245. Se dice que no podrán comprar ni vender los que no lleven este carácter, para denotar el estado lamentable de desprecio, de burla, de odio, de abandono en que quedarán los que quisieren conservar intacta su fe; y también para denotar la tentación terrible, y el sumo peligro que será para ellos este desprecio, burla, odio, y abandono; viéndose excomulgados de todo el linaje humano. El mismo Jesucristo nos asegura en particular, que en aquellos tiempos de tribulación, los mismos parientes y domésticos serán los mayores enemigos de los que quisieren ser fieles a Dios, y *el hermano entregará al hermano... y se levantarán los hijos contra los padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que perseverare hasta la fin, éste será salvo*. Esta tentación y peligro debe ser sin duda muy grande; pues a los que perseveraren

y salieren victoriosos, se les anuncia y promete un premio tan particular: *los que no adoraron la bestia* (dice San Juan) *ni a su imagen, ni recibieron su marca en sus frentes, o en sus manos, y vivieron, y reinaron con Cristo mil años. Los otros muertos no entraron en vida, etc.*

246. Se dice en fin, que la segunda bestia de dos cuernos, no la primera, será la causa inmediata de esta grande tribulación: *Y a todos... hará tener una señal en su mano derecha, o en sus frentes.* De lo cual se infieren dos buenas consecuencias. Primera: que así como la bestia de dos cuernos es toda metáfora, como lo es la primera, así el carácter de ésta, la acción de tomar este carácter, y de llevarlo en la frente, y en las manos, son expresiones puramente metafóricas, que sólo pueden ser verdaderas *por semejanza, no por propiedad.* La segunda cosa que se infiere es, que el tomar y llevar públicamente este carácter, debe ser un acto libre, y voluntario, no forzado; la razón es, porque la potencia de esta bestia no puede consistir en otra cosa, que en sus armas, y estas armas que son de cordero, esto es, sus cuernos, las del dragón, milagros, etc. no son a propósito para obligar por fuerza y violencia, sino para mover, y persuadir con suavidad. En suma, lo que se nos dice por todas estas semejanzas, no parece otra cosa, sino que la segunda bestia tendrá la mayor parte, y la máxima culpa en la perdición de los cristianos. Ella será la causa inmediata con sus obras inicuas, y sus palabras seductivas, de que los cristianos entren en la moda, y se acomoden al gusto del siglo, rompiendo aquella cuerda de la fe, que los tenía atados con Jesús, y declarándose por el Anticristo.

247. Ahora, amigo mío, este reniego, este dividir a Jesús, este abandonar la fe, esta formal apostasía de las gentes cristianas, ¿os parece que será algún fantasma imaginario semejante a vuestro Anticristo? ¿Os parece que será a lo menos alguna cosa incierta, dudosa y opinable? ¿Os parece que yo lo avanzo aquí libremente sin fundamento, sin razón, sólo por llevar adelante mis ideas? *Ojalá fuera yo un hombre que no tuviese espíritu, y que antes hablase mentira.* La cosa es tan clara, y tan repetida en las Santas Escrituras, que no lo niegan del todo, aunque procuran mitigarlo cuanto les es posible, aun aquellos mismos doctores, empeñados con óptima intención en beatificar de todos modos al pueblo de Dios, que ahora se recoge de entre las gentes, y en anunciarle segurísimamente la perpetuidad de su fe. De esto hablamos ya, aunque de paso, en el párrafo IV, y hablaremos más de propósito en el fenómeno VI. Por ahora nos basta tener presente aquella pregunta del Señor: *cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?*

Reflexión

Párrafo XIII

248. Todas estas ideas que acabamos de dar del Anticristo y de todo su misterio de iniquidad, podrían ser utilísimas a todo los cristianos (aun entrando en este número todos los que pertenecen al falso cristianismo) si les mereciesen alguna atención particular; si las mirasen desde ahora, no digo ya como ciertas e indubitables, sino a lo menos como verosímiles. Preparados con ellas, y habiendo entrado siquiera en alguna sospecha, les

sería ya bien fácil estudiar los tiempos, confrontarlos con las Escrituras, advertir el verdadero peligro, y por consiguiente no perecer en él. No se perdieran tantos como ya se pierden, y como ciertamente se han de perder; estuvieran en mayor vigilancia contra los falsos profetas *que vienen... con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores*; sobre todo, se llegaran más a Jesús; se unieran más estrechamente con Jesús; procuraran asegurarse más con Jesús, ciertos de que *no hay salud en ningún otro*. Se aplicaran, en fin, más seriamente a redoblar y fortificar siempre más aquella cuerda tan necesaria y tan precisa, en que consiste el ser cristianos; sin la cual, es imposible, etc. Mas el trabajo es, que no siendo estas las ideas del Anticristo que se hallan en los doctores, no tenemos gran fundamento para prometernos este bien.

249. Este temor parece, sin duda, más bien fundado respecto de aquellos doctores que ya habían tomado su partido sobre la inteligencia general de Apocalipsis. Por ejemplo, los que hubieren adoptado como bueno aquel sistema que propuso con su sólida elocuencia Monseñor Bosuet, a quien siguió el padre Calmet, buscando, como él dice, el sentido literal de esta profecía. Estos doctores, por tantos títulos grandes y respetables, pretenden con grande aparato de erudición, que dicha profecía se verificó ya toda o casi toda, en las antiguas persecuciones de la Iglesia y en sus perseguidores; especialmente todo cuanto se dice desde el capítulo XII hasta el XX inclusive, esto es, la mujer vestida de sol, los misterios de la bestia, tantos y tan grandes, las *phialas*, la *meretrix*, la venida del Rey de los reyes con todos los ejércitos del cielo, la ruina entera de la bestia, la prisión del diablo, la vida y reino de los degollados, *por mil años*, etc., todo esto, dicen, se verificó en la última persecución de Diocleciano, y en Diocleciano mismo. Este emperador, prosiguen diciendo, es el que viene aquí significado y anunciado en una bestia terrible de siete cabezas y diez cuernos.

250. Si preguntamos, ¿qué significan en un mismo emperador siete cabezas? nos responden, que significan siete emperadores, que ya juntamente con Diocleciano, ya después de su muerte, persiguieron a la Iglesia de Cristo, continuando la misma persecución. Éstos fueron Diocleciano, Maximiano, Galerio, Maximino, Severo, Majencio y Licinio. Reparad aquí dos cosas importantes. Primera: que en esta lista falta Constancio Cloro, el cual fue emperador juntamente con Diocleciano, Maximiano, y Galerio, y dominó en las provincias más occidentales del imperio, esto es, España, Francia, Inglaterra, etc. ¿Por qué, pues, se omite este emperador? ¿Acaso porque no quiso admitir el edicto de persecución ni persiguió a la Iglesia en su departamento con persecución formal, y declarada? Sí, amigo, por esto; porque esto no puede componerse bien con lo que dice el texto sagrado de la bestia: *Y le fue dado poder sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación; y le adoraron todos los moradores de la tierra....* Segundo reparo: si las siete cabezas de la bestia significan los siete emperadores que persiguieron a la Iglesia junto con Diocleciano, y después de Diocleciano continuando la persecución; luego duró muchísimo más de lo que anuncia expresamente la profecía, que dice de la bestia: *le fue dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses*; y la persecución de los tiranos duró cerca de 20 años. Luego nada se concluye con probarnos con tanta erudición que los edictos públicos de persecución sólo duraron cuarenta y dos meses. Si la persecución duró veinte años, ¿qué importa que los edictos no durasen tanto? ¿Es creíble

que la profecía tuviese por objeto lo material de los edictos, y no la forma de la persecución?

251. Prosigamos. Los diez cuernos de la bestia, ¿qué significan en este sistema? Aquí se topa con otro embarazo mucho mayor y más insuperable. El texto dice claramente, que significan diez reyes, que darán a la bestia toda su potestad; y este sistema lo que dice es, que significan o pueden significar las naciones bárbaras, que destruyeron el imperio romano, las cuales, como afirman muchos autores, fueron diez. Mas ¿estas naciones destruyeron o acometieron al imperio romano en tiempo de Diocleciano? ¿Estas naciones le dieron a Diocleciano, y a sus seis compañeros, toda su potestad? ¿Estas naciones que aparecieron después de Diocleciano, le pudieron servir como sirven a una bestia sus cuernos? Mas, la bestia de dos cuernos que hace tanto ruido en la profecía, ¿qué significa? Significa, o puede significar, ya la filosofía, o los filósofos que en aquellos tiempos escribieron contra los cristianos, e impugnaron el cristianismo; ya también, y más propiamente significa, o simboliza a Juliano apóstata, el cual con voz de dragón, esto es, con artificio y dolo obligó a los cristianos a tomar el carácter de la primera bestia, *esto es*, suscitó la persecución; y en este sentido hizo aquel gran milagro de curar la cabeza herida de muerte; y de Juliano se puede entender el otro enigma: *y ella es la octava; y es de las siete*, porque fue el octavo respecto de los siete emperadores arriba dichos, que persiguieron la Iglesia; mas en cuanto perseguidor se puede contar por uno de los siete, etc. Últimamente, el enigma propuesto en el número 666 no contiene otro misterio, en este sistema, que el nombre de Diocleciano, añadiéndole *Augustus*, que parece lo mismo que decir: el carácter de siete emperadores, que ya con Diocleciano, ya después de él, persiguieron a la Iglesia, fue el nombre del mismo Diocleciano.

252. No hace a mi propósito una observación más prolija de este sistema. Cualquiera que lea estos autores, y confronte lo que dicen con el texto de la profecía, será imposible, a mi parecer, que no repare casi a cada paso en la impropiedad suma de las acomodaciones; la fuerza, que tal vez es menester hacer; la omisión total de muchas circunstancias bien notables; la ligereza en fin con que apenas se tocan algunos puntos, dejándolos luego al instante siguiente para poner otros, como si ya quedasen suficientemente explicados. Demás de esto, yo hago esta breve reflexión. Todos los misterios de la bestia del Apocalipsis se verificaron, según este sistema, en la persecución de Diocleciano; y con todo eso, ninguno los entendió en aquel tiempo, ni aun en el siglo siguiente, que fue tan fecundo de doctores. El enigma de que hemos hablado, no contenía otra cosa que el nombre del príncipe perseguidor, sin duda para que los fieles lo conociesen, y con esta noticia se preparasen y animasen, para no desfallecer en aquella gran tribulación; y con todo eso, los fieles no supieron en aquel tiempo lo que contenía el enigma, y tal vez no tuvieron noticia de tal enigma, el cual sólo se vino a entender más de mil y trescientos años después de pasada la necesidad, cuando su inteligencia no puede ya ser de provecho alguno. ¿Es esto verosímil? ¿Es esto creíble? ¿Es esto digno de la grandeza de Dios, de su sabiduría, de su bondad, de su providencia?

253. El sapientísimo autor de este sistema, se hace cargo en su prefacio de esta dificultad, de la cual procura desembarazarse, diciendo brevemente, que puede muy bien verificarse una profecía, sin que por esto se entienda que se ha verificado, sino que esto venga a

entenderse mucho tiempo después. Y como si esta proposición general (y para el asunto oscurísima) se la negase alguna, la prueba con un hecho: éste es, que cuando Cristo entró públicamente en Jerusalén, *sentado... sobre un pollino hijo de asna*, se verificó la profecía de Zacarías, que así lo tenía anunciado; y no obstante dice el evangelista San Juan: *Esto no entendieron sus discípulos al principio; mas cuando fue glorificado Jesús, entonces se acordaron que estaban estas cosas escritas de él, y que le hicieron estas cosas*. Bien. ¿Y porque los discípulos que eran hombres simples e ignorantes no conocieron por entonces que aquellas cosas estaban escritas del Mesías, por eso no lo conocieron, o no debían haberlo conocido los sacerdotes, los sabios y doctores de la ley? ¿No sabían éstos, o no debían saber, que aquel ruidoso suceso que acababan de ver por sus ojos, *estaba escrito de él*? ¿No debía ser para ellos este mismo suceso una prueba más, entre tantas otras, de que aquél era el Mesías? ¿Podían tener alguna excusa razonable en no haber entendido que entonces se verificaba la profecía de Zacarías? ¿No les dijo el mismo Señor en este día, cuando pretendían que hiciese callar a la muchedumbre, que a gritos lo aclamaba por hijo de David, y Rey de Israel: *os digo, que si éstos callaren, las piedras darán voces*? ¿Cómo, pues, podremos con verdad decir, que se verificó esta profecía de Zacarías, sin que ninguno la entendiese?

254. Así podremos también decir, que se verificó la reprobación del Mesías, su muerte, su resurrección, etc. de que hablan los Profetas y Salmos, sin que ninguno lo entendiese. Mas esta falta de inteligencia (si así se puede llamar) fue una de las culpas gravísimas del sacerdocio, el cual teniendo en sus manos las Escrituras (en este asunto clarísimas, no enigmáticas ni metafóricas) y pudiendo confrontarlas con lo que tenían delante de sus ojos, no quisieron hacerlo, porque los cegó su malicia e iniquidad. Esta iniquidad y malicia, juntamente con las falsas ideas también culpables que tenían de su Mesías, fueron la verdadera causa de que no lo conociesen, ni advirtiesen el cumplimiento pleno de muchas profecías en aquella persona admirable que tenían presente. Todo esto que acabamos de decir, parece claro que no compete a los cristianos en tiempo de la persecución de Diocleciano, respecto de la inteligencia de las metáforas y enigmas, de que está lleno el Apocalipsis, al tiempo que florecían tantos doctores santísimos y sapientísimos. Fuera de que, aun hablando de solos los discípulos, no se puede decir que se verificó la profecía sin que éstos la conociesen a tiempo, pues aunque no la conocieron sino dos meses después, entonces era puntualmente cuando importaba esta noticia, para confirmar más su predicación, mostrando a los judíos, así la profecía, como su pleno cumplimiento, de que toda Jerusalén era testigo.

255. El mismo autor, como tan sabio y tan sensato, no solamente penetró bien la disparidad, sino que tuvo la bondad de no disimularlo, haciéndonos el gran bien de confesar ingenuamente sus verdaderos sentimientos. Así, dice aquí, y lo repite tres o cuatro veces en otras partes, que la inteligencia o sentido que él procura dar al Apocalipsis en su sistema, no impide ni se opone a otro sentido escondido y oculto, que puede tener toda la profecía, en el cual sentido se verificará cuando sea su tiempo. Esta confesión, digna ciertamente de un verdadero sabio, le hace un grande honor al gran Bosuet, y al Apocalipsis un servicio de suma importancia. Esta profecía admirable se verificará toda a su tiempo en este sentido escondido; por consiguiente, así el sentido en que la explica este mismo sabio, como el sentido en que se ha explicado hasta aquí, no

son verdaderos sentidos, sino acomodaticios, ni pueden impedir que se verifique *en el sentido oculto de la profecía*: esto es, en su propio y natural sentido.

256. La reflexión general que acabamos de hacer sobre este sistema, la podéis aplicar con mucha mayor razón al extraño sistema del doctísimo Arduino, el cual con no menor aparato de erudición y de ingenio, pretende acomodar todo el Apocalipsis a la destrucción de Jerusalén por los Romanos. Y esta misma reflexión general la podéis extender con gran facilidad a cualquiera otra sistema que reconozca en el Apocalipsis una profecía enderezada inmediatamente a la segunda venida del Señor, comprendidas las otras principales que la han de preceder, acompañar y seguir, como lo persuaden eficazmente todas las señales, las notas, las circunstancias, las locuciones y alusiones de la misma profecía, desde el principio hasta el fin, y como lo reconocen y confiesan, a lo menos en la mayor parte, casi todos los doctores.

257. Por último (y esto es lo principal a que debemos atender): ¿qué fruto real y sólido podremos esperar de todas estas ingeniosas acomodaciones? Yo no dudo de la óptima intención de sus autores; y comprendo bien el fin honesto, religioso y pío, que se propusieron contra el abuso enorme que hacían del Apocalipsis algunos herejes de su tiempo; mas con todas estas buenas y óptimas intenciones, las resultas pueden ser muy perjudiciales. Si las cosas tan grandes que se nos anuncian en esta profecía, tan conformes con los Evangelios, y con otras muchas Escrituras; si estas cosas grandes, capaces por sí solas de infundir en quien cree y considera, un santo y religioso temor; si estas cosas ya se verificaron en los primeros siglos de la Iglesia; luego ya nada tenemos que temer; luego podremos vivir sin cuidado, respecto de otros anuncios tristes; luego podremos dormir seguramente; luego ya no habrá en adelante cosa de consideración que pueda interrumpir nuestro falso reposo; luego... ¡Qué consecuencias! Éstas parecerán todavía más funestas por lo que vamos a observar.

La mujer sobre la bestia

Párrafo XIV

258. Cansado me tiene el Anticristo, y todavía no está concluido. Como este terrible misterio se debe componer de tantas piezas diferentes, no parece menos difícil considerarlas todas, que omitir algunas de las más principales después de conocidas. La pieza que ahora vamos a observar, es por una parte tan delicada en sí misma, y por otra parte de tan difícil acceso, por otros impedimentos extrínsecos, que la operación se hace embarazosa, y poco menos que imposible. Yo la omitiera toda de buena gana, si no temiera hacer traición a la verdad. Si el que la conoce por don de Dios no se atreve a decirla, y no la dice por respeto puramente humano, ¿le valdrá esta excusa delante de la suma verdad? *Si el centinela viere venir la espada, y no sonare la bocina; y el pueblo no se guardare, y viniere la espada, y quitare la vida a alguno de ellos; éste tal en verdad en su culpa fue sorprendido; mas yo demandaré su sangre de mano del centinela.* Este temor me obliga a no omitir del todo este punto, y a decir sobre él cuatro palabras. Si estas cuatro palabras os parecieren mal, o no convenientes, en vuestra mano está el

borrarlas o arrancarlas, que yo me conformaré con vuestra sentencia, con sola la condición indispensable de que en este caso tocará a vos, y no a mí, *responder a Dios*.

259. El suceso de que voy a hablar parece la última circunstancia necesaria para la perfección y complemento del misterio de iniquidad; es a saber, que la bestia de siete cabezas y diez cuernos, reciba, en fin, sobre sus espaldas a cierta mujer, que por todas sus señas y contraseñas parece una reina, y una reina grande, de quien en tiempo de San Juan se decía con verdad, *que tiene señorío sobre los reyes de la tierra*; la cual se representa en el Apocalipsis como una infame meretriz; y entre otros grandes delitos se le atribuye uno que parece el mayor de todos, esto es, un comercio ilícito y público con los reyes de la tierra. Leed y considerad los capítulos XVII y XVIII, que yo no copio aquí por ser muy largos. Tampoco pienso detenerme mucho en esta observación, sino dar solamente una ligera idea, pero suficiente para muchos días de meditación.

260. Dos cosas principales debemos conocer aquí. Primera: ¿Quién es esta mujer sentada sobre la bestia? Segunda: ¿De qué tiempos se habla en la profecía, si ya pasados, respecto de nosotros, o todavía futuros? Cuanto a lo primero, convienen todos los doctores, sin que haya alguno que lo dude, a lo menos con fundamento razonable, que la mujer de que aquí se habla, es la ciudad misma de Roma, capital en otros tiempos del mayor imperio del mundo, y capital ahora, y centro de unidad de la verdadera Iglesia cristiana. En este primer punto como indubitable, no hay para que detenernos. Cuanto a lo segundo hallamos solas dos opiniones en que se dividen los doctores cristianos. La primera sostiene, que la profecía se cumplió ya toda en los siglos pasados en la Roma idólatra y pagana. La segunda confiesa, que no se ha cumplido hasta ahora plenamente; y afirma, que se cumplirá en los tiempos del Anticristo en otra Roma, dicen, todavía futura, muy semejante a la antigua idólatra y pagana, pero muy diversa de la presente, como veremos luego.

261. Consideradas atentamente ambas opiniones, y el modo oscuro y embarazoso con que se explican sus autores, no es muy difícil averiguar el fin honesto que se propusieron, ni la verdadera causa de su embarazo, ni tampoco sus pías intenciones, de que no podemos dudar. El punto es el más delicado y crítico que puede imaginarse. Por una parte, la profecía es bastante terrible y admirable por todas sus circunstancias. Así los delitos de la mujer, que claramente se revelan, como el castigo que por ellos se anuncia, son innegables. Por otra parte, el respeto, el amor, la ternura, el buen concepto y estimación con que siempre ha estado esta misma mujer, abolida la idolatría, respecto de sus hijos y súbditos, hace increíble e inverosímil, que de ella se hable, o que en ella puedan jamás verificarse tales delitos, ni tal castigo. Pues en esta constitución tan crítica, ¿qué partido se podrá tomar? Salvar la verdad de la profecía es necesario; pues nadie duda de su autenticidad. Mas también parece necesario salvar el honor de la grande reina, y calmar todos sus temores. Como ella no ignora, *lo que está declarado en la Escritura de la verdad*; como esto que está expreso en la Escritura de la verdad, la debe o la puede poner en grandes inquietudes, ha parecido conveniente a sus fieles vasallos librarla enteramente de este cuidado. Por tanto, le han dicho unos por un lado, que no hay que temer, porque la terrible profecía ya se verificó plenamente muchos siglos ha en la Roma idólatra o pagana, contra quien hablaba. Otros, no pudiendo entrar en esta idea, que

repugna al texto y al contexto, le han dicho no obstante, por otro lado, que no hay mucho que temer; pues aunque la profecía se endereza visiblemente a otros tiempos todavía futuros; mas no se verificará en la Roma presente, en la Roma cristiana, en la Roma cabeza de la Iglesia de Cristo, sino en otra Roma infinitamente diversa, en otra Roma, compuesta entonces de idólatras e infieles, los cuales se habrán hecho dueños de Roma, echando fuera al Sumo Sacerdote, y junto con él a toda su corte, y a todos los cristianos. En esta Roma así considerada se verificarán (concluyen llenos de confianza) los delitos y el castigo anunciado en esta profecía. Examinemos brevemente estas dos opiniones, o estas dos consolatorias, confrontándolas con el texto de la profecía.

Primera opinión

262. Ésta pretende, que la profecía tiene por objeto la antigua Roma idólatra e inicua, y que en ella se verificó plenamente muchos años ha. Esta Roma, dicen, fue la grande Babilonia, la reina del orbe, la meretriz sobre la bestia, la que se ensalzó y glorificó sobre las otras ciudades, la que corrompió la tierra *con su prostitución*, la que derramó tanta sangre inocente que quedó como ebria, *de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús*. Ésta, en fin, es la que recibió el merecido castigo cuando los bárbaros la saquearon, la incendiaron, y la destruyeron casi del todo. Veis aquí verificada la profecía doce siglos ha; por consiguiente nada queda que temer en adelante: todo debe correr tranquilamente hasta el fin del mundo.

263. Esta opinión tiene sin duda su apariencia, o su poco de brillante, mirada desde cierta distancia; mas si se compara con el texto, se conoce al punto la suma improporción. Se echa menos en ella la explicación de muchísimas cosas particulares que se omiten del todo, y otras que no se omiten, apenas se tocan por la superficie. Entre otras grandes dificultades que padece, yo sólo propongo dos principales: una que pertenece a los delitos de la mujer, otra al castigo que se le anuncia.

Primera dificultad

164. El mayor delito de que la mujer viene acusada, es la fornicación; y para cerrar la puerta a todo equívoco o efugio, se nombran claramente los cómplices de esta fornicación metafórica: esto es, los reyes de la tierra; y así los reyes con la meretriz, como ella con los reyes, vivieron en delicias. Se pregunta ahora: ¿cómo pudo verificarse este delito en la antigua Roma? Según todas las noticias que nos da la historia, tan lejos estuvo la antigua Roma de esta infamia, que antes por el contrario, siempre miró a todos los reyes de la tierra con un soberano desprecio; ni hubo alguno en todo el mundo conocido a quien no humillase y pusiese debajo de sus pies. Muchas veces se vieron éstos entrar cargados de cadenas por la puerta triunfal, y salir por otra puerta a ser degollados o encarcelados; otras muchas veces se veían entrar temblando por las puertas de Roma llamados a juicio como reos. ¿Con qué propiedad, pues, ni con qué apariencia de verdad se puede acusar a la antigua Roma de una fornicación metafórica con los reyes de la tierra?

265. A esta dificultad que salta a los ojos, y no es posible disimular, responden lo primero: que la palabra fornicación en frase de la Escritura, no significa otra cosa que la idolatría, como es frecuentísimo en Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, etc.; y como la antigua Roma, viéndose señora del mundo, obligaba a los reyes de la tierra a que adorasen sus falsos dioses o ellos los adoraban por lisonjearla y complacerla, por eso se dice que fornicaba con los reyes, entendiéndose por esta expresión figurada la idolatría. Esta primera respuesta parece no sólo oscura sino claramente sofística. Aunque fuese cierto que la antigua Roma obligaba a los reyes de la tierra a que adorasen sus falsas divinidades (lo cual es tan falso, que antes ella adoraba todas las falsas divinidades de las naciones que conquistaba) no por eso se podrá decir que fornicaba con los reyes. Débil fundamento, porque lo más que podrá decirse en este caso es, que así Roma como los reyes fornicaban con los ídolos a quienes adoraban; pues esta adoración a los ídolos es lo que llaman los profetas fornicación; y esto no siempre, sino cuando hablan de la idolatría de Israel y de Jerusalén. Mas no es esto lo que leemos en nuestra profecía: *con quien fornicaron* (dice) *los reyes de la tierra, y vivieron en deleites*. Habla aquí manifiestamente de un comercio criminal, no entre Roma y los ídolos; pues este suceso no era tan propio y peculiar de solo Roma, que no incurriesen en él todas las otras ciudades de las gentes, *desde la más pequeña a la más grande*; ni tampoco entre los reyes de la tierra y los ídolos de Roma, pues siendo estos reyes idólatras de profesión, el mismo mal era adorar los ídolos de Roma, que los ídolos propios de sus países. Habla, pues, nuestra profecía clara y expresamente de un comercio ilícito con nombre de fornicación, no entre Roma y sus ídolos, ni entre los reyes y los ídolos de Roma, sino entre Roma misma y los reyes de la tierra. Ésta es una cosa infinitamente diversa, y ésta es la que se debe explicar con propiedad y verdad; lo demás es visiblemente huir la dificultad saliendo muy fuera de la cuestión.

266. Poco satisfechos de esta primera respuesta; (mas sin confesarlo, pues en realidad ésta es la principal en ambas opiniones) añaden otra como accesoria y menos principal: es a saber, que en la antigua Roma, cuando era señora del mundo, se vieron venir a ella muchos reyes llamados a juicio, y aunque los delitos de éstos eran verdaderos y realmente gravísimos, se vieron no obstante salir libres, y aun declarados y honrados como inocentes y justos, por haber corrompido a sus jueces con grandes liberalidades; tanto que Yugurta, tirano de Numidia, al salir de Roma le dijo estas palabras: *¡Oh Roma, no falta para que te vendas, sino que haya quien te compre!* Mas esta respuesta accesoria, o esta explicación del texto sagrado, ¿quién no ve que es la más fría, y la más impropia que se ha dado jamás? Según ella difícilmente se habrá hallado, ni se hallará en toda la tierra alguna corte que no merezca por la misma razón el nombre de meretriz y fornicaria con sus propios reos; pues el componer éstos todas sus quiebras con el dinero, no es fenómeno tan raro que sólo se haya visto en la antigua Roma.

267. La segunda dificultad de esta opinión, se funda en el castigo que se anuncia a la meretriz, el cual si se atiende a la profecía, parece cierto que hasta ahora no se ha verificado. Las expresiones de que usa San Juan son todas vivísimas, y todas suenan a exterminio pleno y eterno. Reparad en éstas: *...un ángel fuerte alzó una piedra como una grande piedra de molino, y la echó en la mar, diciendo: con tanto ímpetu será echada Babilonia aquella grande ciudad, y ya no será hallada jamás*. Si esta expresión os parece

poco clara, proseguir leyendo las que se siguen hasta el fin de este capítulo XVIII, y parte del siguiente: *Ni jamás en ti se oirá voz de tañedores de cítara, ni de músicos, ni de tañedores de flauta, y trompeta, no se oirá en ti más... y voz de esposo ni de esposa no será oída más en ti.* O todo esto es una exageración llena de impropiedad y falsedad, o todavía no se ha verificado; por consiguiente se verificará a su tiempo, como está escrito, sin faltar un ápice.

268. Fuera de esto, debe repararse en todo el contexto de la profecía desde el capítulo XVI. Después de haber hablado de la última plaga, o de las siete phialas, que derramaron siete ángeles sobre la tierra, porque en ellas es consumada la ira de Dios, prosigue inmediatamente diciendo: *y Babilonia la grande vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino de la indignación de su ira.* Y luego sigue refiriendo largamente los delitos, y el castigo de esta Babilonia, en los dos capítulos siguientes, con la circunstancia notable que advierte el mismo San Juan, esto es, que uno de los siete ángeles que acababan de derramar las phialas fue el que mostró los misterios de dicha Babilonia: *Y vino uno de los siete ángeles, que tenían las siete copas, y me habló, diciendo: Ven acá, y te mostraré la condenación de la grande ramera, etc.* En lo cual se ve, que así como las phialas son unas señales terribles, que deben suceder hacia los últimos tiempos, así lo es el castigo de dicha meretriz.

269. A todo esto debemos añadir otra reflexión bien importante. Si, como pretenden los autores de esta opinión, la profecía se enderezaba toda a la antigua Roma, idólatra e inicua; si a ésta se le da el nombre de fornicaria y meretriz por su idolatría; si a ésta se le anuncia el castigo terrible de que tanto se habla, y con expresiones tan vivas y ruidosas, se pregunta, ¿cuándo se verificó este castigo? Responden (ni hay otra respuesta que dar, ni otro tiempo a que recurrir) que se verificó el castigo de la meretriz cuando Alarico con su ejército terrible la tomó, la saqueó, la incendió y la destruyó casi del todo. Óptimamente. Mas, lo primero, es cosa cierta, que los males que hizo en Roma el ejército de Alarico, no fueron tantos como los que hicieron los antiguos Galos; ni como los que padeció en tiempo de las guerras civiles; ni como los que padeció en tiempo de Nerón, según lo aseguran autores contemporáneos, como dicen Fleuri, y Milles, etc.; y sobre todo, no fueron tantos como todos los que aquí anuncia claramente la profecía, que habla de la ruina total, y exterminio eterno: *ya no será hallado jamás... luz de antorcha no lucirá jamás en ti... voz de esposo ni de esposa no será oída más en ti, etc.*

270. Lo segundo: en tiempo de Alarico, esto es, en el quinto siglo de la era cristiana, ¿qué Roma saqueó este príncipe bárbaro? ¿Qué Roma destruyó, e incendió casi del todo? ¿Acaso a Roma idólatra, a Roma inicua, a Roma fornicaria y meretriz por su idolatría? Ciertamente que no, porque en este tiempo ya no había tal Roma. La Roma única que había en este tiempo, y que persevera hasta hoy, era toda cristiana; ya había arrojado de sí todos los ídolos; por consiguiente ya no merecía el nombre de fornicaria y meretriz, ya adoraba al verdadero Dios, y a su único Hijo Jesucristo, ya estaba llena de iglesias o templos en que se celebraban los divinos oficios, pues dice la historia, que Alarico mandó a sus soldados que no tocasen los edificios públicos, ni los templos; ya en fin, era Roma una mujer cristiana, penitente y santa. Siendo esto así, ¿os parece ahora creíble, que en esta mujer ya cristiana, penitente y santa se verificase el castigo terrible, anunciado contra la

inicua meretriz? ¿Os parece creíble que los delitos de Roma, idólatra e inicua, los viniese a pagar Roma cristiana, penitente y santa? ¿Os parece creíble que esta Roma cristiana, penitente y santa, sea condenada como una gran meretriz, sólo porque en otros tiempos había sido idólatra? Consideradlo bien, y ved si lo podéis comprender, que yo confieso mi insuficiencia. Aunque esta opinión no tuviese otro embarazo que éste, ¿no bastaría éste solo para desecharla del todo? Leed no obstante todo el capítulo XVIII y parte del XIX, y hallaréis otros embarazos iguales o mayores, en cuya observación yo no pienso detenerme un instante más.

Segunda opinión

271. Considerando las graves dificultades que padece la primera opinión, ciertamente inacordables con la profecía, han juzgado casi todos los doctores, que no se habla en ella de la antigua Roma, sino de otra Roma todavía futura; confesando ingenuamente, que en ella se verificarán así todos los delitos, como el terrible castigo que se le anuncia. ¿Cuándo sucederá todo esto? Sucederá, dicen con gran razón, en los tiempos del Anticristo, como se infiere, y convence evidentemente de todo el texto. Para componer ahora esta ingenua confesión con el honor y consuelo de la ciudad sacerdotal y regia, que es lo que en ambas opiniones se tira a salvar a toda costa, ha parecido conveniente, o por mejor decir necesario, hacer primero algunas suposiciones, sin las cuales se podría temer con bueno y óptimo fundamento, que la composición fuese no sólo difícil, sino imposible. Ved aquí las suposiciones, o las bases fundamentales sobre que estriba en la realidad todo este edificio.

272. Primera: el imperio romano debe durar hasta el fin del mundo. Segunda: este imperio, que ahora y muchos siglos ha está tan disminuido que apenas se ve una reliquia o una centella, volverá hacia los últimos tiempos a su antigua grandeza, lustre y esplendor. Tercera: las cabezas de este imperio serán en aquellos últimos tiempos, no solamente infieles e inicuas, sino también idólatras de profesión. Cuarta: se harán dueños de Roma sin gran dificultad; pondrán en ella de nuevo la corte del nuevo imperio romano; por consiguiente volverá Roma a toda aquella grandeza, riquezas, lujo, majestad y gloria que tuvo en los pasados siglos; verbigracia en tiempo de Augusto. Quinta: desterrarán de Roma estos impíos emperadores al sumo sacerdote de los cristianos, y junto con él a todo su clero secular y regular, y también a todos los cristianos que no quisieren dejar de serlo, con lo cual, libre Roma de este gran embarazo, establecerá de nuevo el culto de los ídolos, y volverá a ser tan idólatra como antes.

273. Hechas todas estas suposiciones, que como tales no necesitan de prueba, es ya facilísimo concluir todo lo que se pretende, y pretender todo cuanto se quiera; es fácil, digo, concluir, que aunque la profecía habla ciertamente contra Roma futura, revelando sus delitos también futuros, y anunciándole su condigno castigo, mas no habla de modo alguno contra Roma cristiana; pues ésta, así como es incapaz de tales delitos, así lo es de tales amenazas, y de tal castigo. Con esta ingeniosidad se salva la verdad de la profecía, se salva el honor de la grande reina, y ella queda consolada, quieta, segura, sin que haya cosa alguna que pueda perturbar su paz, o alterar su reposo; pues la indignación tan

ponderada del esposo, no es, ni puede ser contra ella, sino solamente contra sus enemigos. Estos enemigos, o esta nueva Roma así considerada (prosigue la explicación) cometerá sin duda nuevos y mayores delitos que la antigua Roma; volverá a ser fornicaria, meretriz y prostituta, esto es, idólatra (porque en ambas opiniones se explica del mismo modo la fornicación metafórica con los reyes de la tierra, sin querer hacerse cargo de que los reyes y los ídolos son dos cosas infinitamente diversas), volverá a ser soberbia, orgullosa, injusta y cruel; volverá a derramar sangre de cristianos, y a embriagarse con ella; y otros nuevos delitos junto con los de la antigua Roma, llenarán en fin, todas las medidas, y atraerán contra esta ciudad, entonces infiel, todo el peso de la ira e indignación de un Dios omnipotente. Os parecerá que ya no hay necesidad de más suposiciones, creyendo buenamente, que las que quedan hechas deben bastar para conseguir el intento principal. No obstante quedan todavía algunos cabos sueltos, que es necesario atar; y para atarlos bien, se necesitan todavía otras suposiciones, pues es cosa probada, que la suposición es el medio más fácil y seguro para allanar toda dificultad por grande que sea. Ved ahora el modo fácil y llano con que sucederá en esta opinión el gran castigo de Roma ya idólatra y meretriz, de que habla la profecía.

274. Aquellos diez reyes, que según suponen los mismos autores, han de ser vencidos por su Anticristo, y sujetos a su dominación, quedando muertos en el campo como arriba dijimos; estos diez reyes, antes de su infortunio (mas estando ya en enemistad y en guerra formal con el Anticristo), sabiendo que Roma idólatra e inicua, favorece las pretensiones del Anticristo su enemigo, se indignarán terriblemente contra ella, y la aborrecerán, como dice el texto. En consecuencia de este odio se coligarán entre sí, y unidas sus fuerzas ejecutarán por voluntad de Dios todo lo que anuncia la profecía: *éstos aborrecerán a la ramera, y la reducirán a desolación, y la dejarán desnuda, y comerán sus carnes, y a ella la quemarán con fuego* A poco tiempo después de esta ejecución, estos mismos diez reyes serán vencidos por el Anticristo y sujetos a su dominación, menos tres que habrán quedado no sólo vencidos, sino muertos; con lo cual, así estos diez reinos, como el mismo imperio romano, también vencido por el Anticristo, no obstante que un momento antes se supone aliado y amigo, y por serlo perdió su capital, todo esto, digo, quedará agregado al imperio de oriente o Jerusalén, quedando con esto vencidos todos los obstáculos, y abiertas todas las puertas para la monarquía universal de este vilísimo judío. El padre Alápide se aparta un poco de la opinión común, pues dice, que la destrucción de Roma sucederá por orden expresa del mismo Anticristo, el cual enviará para esto los diez reyes, después de vencidos y sujetos a su imperio; mas así esto como aquello estriba sobre un mismo fundamento. A esto se reduce lo que hallamos en los doctores de la segunda opinión, sobre el misterio grande de la ciudad meretriz y su castigo.

275. Ahora bien: y toda esta agradable historia o todas estas suposiciones, ¿sobre qué fundamento estriban, sobre qué profecía, sobre qué razón, sobre qué congruencia o verosimilitud? ¿Con qué fundamento se asegura, que el imperio romano volverá a ser lo que fue, que Roma, nueva corte del imperio romano, volverá a la grandeza, majestad y gloria que tuvo antiguamente? ¿Que las cabezas de este imperio residentes en Roma serán étnicos o idólatras? ¿Que desterrarán de Roma la religión cristiana e introducirán de nuevo el culto de los ídolos: que Roma ya idólatra se unirá con el Anticristo, rey de los judíos, y favorecerá sus pretensiones; que diez reyes, en fin, o por odio del Anticristo

antes de ser vencidos, o de mandato suyo después de vencidos, harán en Roma aquella terrible ejecución? ¿No es esto, propiamente hablando, fabricar en el aire grandes edificios? ¿No podrá pensar alguno sin temeridad, que todos estos modos de discurrir son una pura contemplación y lisonja, con apariencia de piedad? Diréis, acaso, lo primero, que todo esto se hace prudentemente por no dar ocasión a los herejes y libertinos a hablar más despropósitos de los que suelen contra la Iglesia romana; mas esto mismo es darles mayor ocasión, y convidarlos a que hablen con menos sinrazón, poniéndoles en las manos nuevas armas, y provocándolos a que las jueguen con más suceso. La Iglesia Romana, fundada sobre piedra sólida, no necesita de lisonja, o de puntales falsos y débiles en sí para mantener su dignidad, su primacía sobre todas las Iglesias del orbe, y sus verdaderos derechos, a los cuales no se opone de modo alguno la profecía de que hablamos.

276. Acaso diréis lo segundo, que este modo de discurrir de la mayor parte de los doctores sobre esta profecía, es también prudentísimo por otro aspecto: pues también se endereza a no contristar fuera de tiempo y de propósito, a la soberana o madre coman, mas por esto mismo debía decirse con humildad y reverencia, la pura verdad. Lo que parece prudencia, y se llama con este nombre, muchas veces merece más el nombre de imprudencia, y aun de verdadera traición y tiranía. Por esto mismo, digo, debían sus verdaderos hijos y fieles súbditos, procurar contristar a la soberana madre común en este punto, y debía alegrarse de verla contristada, si por ventura viesen alguna señal de contristación: *no porque os contristasteis, sino porque os contristasteis a penitencia* como decía San Pablo a los de Corinto. Esta contristación, *que es según Dios, no puede causar sino grandes y verdaderos bienes; porque la tristeza que es según Dios, (prosigue el Apóstol) engendra penitencia estable para salud; mas la tristeza del siglo engendra muerte.* Cualquier siervo, cualquier vasallo, cualquiera hijo hará siempre un verdadero obsequio y servicio a su señor, a su soberano, a su padre o madre, en contristarlos de este modo; y cualquier señor o soberano, o padre o madre, que no hayan perdido el sentido común, deberán estimar más esta contristación, que todas las seguridades vanas, fundadas únicamente en suposiciones arbitrarias, y conocidamente inverosímiles e increíbles. Con la noticia anticipada del peligro, podrán fácilmente ponerse a cubierto, y evitar el perecer en él, mas si por no contristarlos, se les hace creer, que no hay tal peligro, la ruina será inevitable, y tanto mayor cuanto menos se tema.

277. Es bien fácil de notar, a quien quiera dar algún lugar a la reflexión, la conducta extraña y singular con que se procede en este asunto, ciertamente gravísimo quiero decir, la gran liberalidad y suma profusión con que se suponen, como ciertas, muchas cosas que no constan de la revelación; por otra parte, la suma economía y escasez con que se retienen otras muchísimas cosas, en que la misma revelación se explica tanto. Nadie nos dice, por ejemplo, qué significa en realidad sentarse la mujer de que hablamos *sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas, y diez cuernos*; y no obstante el misterio parece tan grande, tan nuevo, tan extraño, tan increíble, naturalmente hablando, que el mismo San Juan confiesa de sí, que al ver a la mujer en aquel estado tan infeliz, y tan ajeno de su dignidad, se admiró con una grande admiración: *Y cuando la vi (dice), quedé maravillado de grande admiración.* Si, como se pretende, estar sentada la mujer sobre la bestia, no significa otra cosa, que la supuesta

alianza y amistad entre Roma idólatra y el Anticristo, parece que el amado discípulo no tuvo razón para tan grande admiración. ¿Qué maravilla es que una ciudad idólatra e inicua favorezca y ayude a un enemigo de Cristo?

278. Nadie nos dice lo que significa en realidad, y propiedad, la embriaguez de la mujer, que a San Juan se hizo tan notable: *vi* (son sus palabras) *aquella mujer embriagada de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús*. Solamente nos acuerdan por toda explicación, que en Roma se derramó antiguamente mucha sangre de Cristianos, y suponen que será lo mismo cuando vuelva a ser idólatra, y se una en amistad con el Anticristo. Mas ¿esto basta para llamarla ebria? Lo que produce la ebriedad, y la ebriedad misma, ¿son acaso dos cosas inseparables? ¿No puede concebirse muy bien la una sin la otra? Ciertamente que si no hay aquí otro misterio, la palabra ebria parece la cosa más impropia del mundo. Yo no puedo creer, ni tengo por creíble, que la profecía solamente hable de lo material de Roma, o de sus piedras y tierra que recibieron la sangre de los mártires; pues la ebriedad no puede competir a una cosa inanimada, aunque esté llena de lo que causa la ebriedad. ¿Quién ha llamado jamás ebria de vino a una ciudad, solo porque tiene mucho dentro de sus muros? Mas se podrá llamar propiamente ebria de vino, si sus habitantes hacen de este vino un uso inmoderado y excesivo, de modo que produzca en ellos aquel efecto que se llama embriaguez; esto es, que los desvanezca, que los turbe, que les impida el uso recto de su razón.

279. Lo mismo, pues, decimos a proporción de la ebriedad de la sangre de los santos, que reparó San Juan en la mujer. Esta ebriedad metafórica no puede consistir precisamente en que haya dentro de Roma mucha sangre de santos, sino en que sus habitantes hagan de esta sangre un uso inmoderado y excesivo; en que esta sangre se les suba a la cabeza y los desvanezca, los desconcierte, los turbe; en que esta sangre los llene de presunción, de nimia confianza, de vana seguridad: y por buena consecuencia los llene de insipiente, de temeridad, o también de soñolencia y descuido, que son los efectos propísimos de la ebriedad. La misma profecía explica estos efectos, y esta vana seguridad de la mujer, la cual embriagada de la sangre de los santos, y al mismo tiempo sumergida en gloria y delicias, decía dentro de sí: *Yo estoy sentada reina, y no soy viuda, y no veré llanto*. Y por esta misma seguridad vanísima (prosigue la profecía), vendrá sobre ella todo lo que está escrito: *por esto en un día vendrán sus plagas, muerte, y llanto, y hambre, y será quemada con fuego, porque es fuerte el Dios que la juzgará*.

280. En este sentido, que parece único, estuvo ebria en otros tiempos Jerusalén la cual era entonces nada menos que lo que es ahora Roma, la ciudad santa, y la corte o centro de la verdadera Iglesia de Dios. Estuvo ebria, digo, no solamente de la sangre de sus profetas y justos, que ella misma había derramado, como si esta sangre la debiese poner en seguro, e impedir el condigno castigo, que merecía por sus delitos. Así la reprende Dios por sus Profetas de esta confianza inordenada, y sumamente perjudicial, que la hacía descuidar tanto de sí misma, y multiplicar los pecados sin temor alguno, diciéndoles: *¿Pues qué, puede el Señor aplacarse con millares de carneros, o con muchos millares de gruesos machos de cabrío?... ¿Por ventura comeré carnes de toros? ¿o beberé sangre de machos de cabrío?* Y por lo que toca a la confianza inordenada y vana de la sangre de sus profetas y justos, el mismo Mesías se explicó bien claramente, cuando les dijo: ¡ay de

vosotros, que edificáis y adornáis con gran cuidado y devoción los monumentos o sepulcros de los profetas y justos, y no os acordáis que vuestros padres los persiguieron y mataron, y no consideráis que vosotros sois dignos hijos de tales padres, muy semejantes a ellos en la iniquidad! *¡Ay de vosotros... que edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos! Y decís: si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus compañeros en la sangre de los profetas... llenad vosotros la medida de vuestros padres.* Es claro que el Señor no condena aquí la piedad de los que edificaban y adornaban los monumentos de los profetas y justos, sino su nimia confianza en estas cosas, como si con ellas quedasen ya en plena libertad para ser inicuos impunemente. Así, concluye el mismo Señor diciéndoles, que no obstante esta sangre y estos monumentos de tantos profetas y justos, vendrán infaliblemente sobre ellos todas las cosas que están profetizadas. En verdad digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generación.

281. Nadie nos dice en suma lo que significa en realidad y propiedad la fornicación de la mujer con los reyes de la tierra. ¡Oh, qué punto tan delicado! Y, no obstante, este punto tan delicado, esta fornicación metafórica debía explicarse en primer lugar, como que es el delito principal y la raíz de todos los otros delitos, de que la mujer es acusada. Por este delito se le da el nombre de fornicaria, meretriz y prostituta; y por este delito se le anuncia un castigo tan público y ruidoso. En este punto tan sustancial de la profecía es clarísimo el equívoco o sofisma con que se huye de la dificultad, sin duda por suma delicadeza, dejando encubierta la verdad. La fornicación en frase de la Escritura (nos dicen todos, como que van muy de prisa, y no pueden detenerse en estas menudencias) no es otra cosa que la idolatría. De esta idolatría con nombre de fornicación reprenden frecuentemente los Profetas a Jerusalén, y por ella la llaman meretriz, fornicaria y prostituta: conque el acusar de fornicación a Roma futura, concluyen seguramente, no es otra cosa que darle en cara con su antigua idolatría, y anunciarle para otros tiempos otra nueva, y por una y otra el mismo castigo.

282. Mas ¿será creíble, digo yo, será posible, que los que así discurren, aunque vayan de prisa, no vean ellos mismos la suma diferencia entre una y otra acusación? ¿Será posible que siquiera no reparan en la diferencia de cómplices, que tan claramente se nombran en los Profetas y en el Apocalipsis? La fornicación de Jerusalén, dicen los Profetas, era con los reyes de palo y de piedra. La fornicación de Roma, dice el Apocalipsis, será con los reyes de la tierra: *adulteró con la piedra y con el leño* (en frase de Jeremías.) -(El Apocalipsis hablando de la mujer, dice): *Con quien fornicaron los reyes de la tierra.* ¿Es lo mismo dioses o ídolos de palo y de piedra, que reyes de la tierra? La fornicación de Jerusalén no es ciertamente otra cosa que la idolatría. Y la fornicación de Roma ¿cual será? Será, si así quiere llamarse, alguna otra especie de idolatría; mas no terminada en dioses falsos de palo y de piedra, sino en reyes de la tierra vivos y verdaderos; pues estos son los cómplices, clara y expresamente nombrados. ¿A qué viene, pues, aquí la idolatría? ¿Y idolatría en frase de la Escritura, y en el sentido en que la entiende todo el mundo? ¿No es éste un equívoco y sofisma claro y manifiesto? ¿No es del mismo modo manifiesto y claro el motivo que tienen los doctores para no explicarse en este punto? ¿Y no es así mismo claro y palpable el daño gravísimo, y las pésimas consecuencias que pueden venir de aquí? Mientras la reina no viere dentro de sí ídolo alguno, le parecerá

que está segurísima, que nada hay que temer, que todo camina óptimamente, porque así se lo dicen sus doctores con óptima intención, y dirá confiadamente en su corazón: *Yo estoy sentada reina, y no soy viuda, y no veré llanto*: pues la idolatría antigua de Roma es un delito ya muy pasado, y suficientemente purgado. Consolada con estas reflexiones, parece muy posible y muy fácil, que se descuide en algún tiempo, y que resfriada la caridad, dé lugar a pensamientos indignos de su dignidad, sin hacer mucho escrúpulo en cometer aquellos mismos excesos de que el texto habla; no teniendo por fornicación, lo que no es en realidad. ¡Oh que consecuencia!

283. La idolatría de Jerusalén, que fue la principal causa de su ruina en tiempo de Nabuco, es ciertísimo que la llaman fornicación los Profetas de Dios: mas, ¿por qué razón le dan este nombre? ¿Acaso precisamente porque adoraba los ídolos? Parece que no, porque los mismos Profetas, hablando muchas veces de la idolatría de otras ciudades de las gentes, jamás le dan el nombre de fornicación. Solamente en el profeta Naúm, III, 4, se halla esta palabra hablando de Nínive, a quien llama ramera bella y agraciada; mas por todo el contexto se conoce claramente, que las fornicaciones de esta meretriz no se toman aquí por el culto de los ídolos, sino en otro sentido muy diverso, esto es, por los atractivos, las gracias, los artificios, el dolo y engaño con que Nínive se hacía mirar y admirar de otras naciones circunvecinas, con que las atraía a sí, les daba la ley, las sujetaba a su dominación, y las trataba después con suma crueldad. A todo esto llama el profeta las fornicaciones de Nínive: *por las muchas fornicaciones de la ramera, bella y agraciada, y que tiene hechizos, que vendió las gentes con sus fornicaciones....* Mas la idolatría de Jerusalén, y de todo Israel, tenía una circunstancia gravísima que la hacía mudar de especie; y por esta circunstancia merecía el nombre de fornicación o de adulterio, que de ambos nombres usan indiferentemente los Profetas.

284. Un autor gravísimo pretende defender a Roma por otro camino bien singular. Dice, que la profecía no puede hablar de Roma cristiana, y lo prueba con esta única razón: si la profecía hablara de Roma cristiana, no la llamara meretriz, ni prostituta, ni fornicaría, sino solamente adúltera, que es el nombre que merece una mujer casada infiel. Así como, añade (y esto es lo más digno de reparo), así como, cuando los Profetas hablan de la idolatría de Jerusalén, que era mujer casada no menos que Roma, le dan el nombre de adulterio, y a ella el de adúltera. Este sabio, digno por tantos títulos de toda veneración, parece que aquí no consideró bien lo que avanzaba. Es cierto que a la idolatría de Jerusalén, esposa de Dios, le dan los Profetas algunas veces el nombre de adulterio, y a ella de adúltera; mas también es ciertísimo, que si una vez le dan este nombre, veinte veces le dan el nombre de fornicación, y a ella de fornicaría. Léase, por ejemplo, todo el capítulo XVI de Ezequiel, en que se habla sobre esto de propósito. En este solo capítulo se halla 18 veces la palabra fornicación, y solo una vez la palabra adulterio; y otra vez, cuando la amenaza que la juzgará *con juicio de adúlteras*. Si se lee en los otros Profetas, se hallará ciertamente lo mismo. Casi siempre llaman a la idolatría fornicación, y rarísima vez la llaman adulterio. De modo, que la palabra adúltera o adulterio, hablando de la idolatría de Jerusalén, apenas se halla diez veces en todos los Profetas juntos: y la palabra fornicación, fornicaria, meretriz, prostituta, y otras semejantes a éstas, se hallan más de cien veces; lo cual es tan obvio y tan fácil de observar a cualquiera, que se me hace duro

el detenerme más en esto. Parece sumamente inverosímil que Roma misma se contente jamás con esta especie de defensa.

285. Esta circunstancia gravísima era la dignidad misma de la ciudad. Jerusalén era la capital, la corte y el asiento de la religión. Era el centro de unidad de la iglesia del verdadero Dios, y como tal esposa de Dios mismo, que este nombre le dan las Escrituras mismas. Era, pues, Jerusalén mujer casada, tenía marido propio y legítimo a quien toda se debía, de quien había recibido lo que era, y de quien únicamente debía esperar lo que faltaba. No obstante este vínculo sagrado, y estas obligaciones indispensables, Jerusalén se resfrió con el tiempo en el amor del esposo: se olvidó de lo que era, y empezó a dar lugar a pensamientos y deseos muy ajenos de su dignidad. Resfriada en la caridad, y perdido por consiguiente el gusto de Dios que en ella se funda, no tardó en mirar con envidia la gloria vana y aparente de las otras naciones, deseando ya ser como ellas, y diciendo dentro de su corazón, lo que el mismo esposo, que escudriña el corazón, le repite por Ezequiel, capítulo XX, *seremos como las gentes, y como los pueblos de la tierra, para adorar los leños y las piedras*. Como las otras naciones pensaban y se gloriaban de tener en sus ídolos aquel vislumbre de felicidad, pensó también Jerusalén, ya tibia y relajada, que le sería fácil tener parte en aquella felicidad vana, que envidiaba por medio de los ídolos. Así, empezó a mirarlos con otros ojos: con ojos, digo, lascivos y de concupiscencia, haciendo, sin duda, una gran violencia a su entendimiento, para poder creer que los ídolos eran alguna cosa real; pues no podía ignorar, *que el ídolo es nada en el mundo, y que no hay otro Dios, sino solo uno*. En esta creencia forzada, de que los ídolos eran algo, empezó a hincarles la rodilla, empezó a acariciarlos y a obsequiarlos, a esperar en ellos, a pedirles de aquellos bienes que ya tenía falsamente por tales: empezó, en fin, a temerlos, ya por temor, ya por interés; dos razones fortísimas para una mujer de bajos pensamientos; entabló con ellos aquel comercio abominable que tanto la deshonoró, y que fue la causa de todos sus trabajos.

286. Ahora, señor mío, respondedme con sinceridad: si hubiese otra Jerusalén, otra esposa del verdadero Dios, asunta a esta dignidad en lugar de aquella; otra Ester elegida graciosamente en lugar de la infeliz Vasti; otra dilecta y mucho más que la primera; si esta nueva Jerusalén, si esta nueva dilecta llegase con el tiempo a resfriarse en la caridad, a descuidarse en sus verdaderas obligaciones, a envilecer su dignidad; si fuese notada y acusada formalmente de un comercio ilícito, no ya con dioses de palo y de piedra como la primera esposa, sino con los reyes de la tierra; si el mismo esposo por alguno de sus Profetas le diese a éste tal comercio el nombre de fornicación: ¿qué otra cosa pudiera ni debiera entenderse en este caso, sino aquello mismo en sustancia, mudados solamente los cómplices, que dicen los Profetas, explicando la fornicación de la primera Jerusalén? Si esto no se entendiera, o no quisiera entenderse, ¿no mereceríamos que nos repitiese el Señor aquellas mismas palabras que dijo a sus discípulos: *¿aun también vosotros sois sin entendimientos?* La fornicación de la primera esposa era con ídolos: era con dioses vilísimos de palo y de piedra: ¿y en qué consistía esta fornicación? Consistía en tenerlos por algo, siendo nada en realidad; consistía en preferirlos o igualarlos al legítimo esposo; consistía en pedirles, en esperar en ellos, en temerlos, en... Pues aplicad la semejanza, y aplicadla *según lo que sabéis*: no queráis cerrar los ojos voluntariamente, no queráis haceros desentendidos, y esconder y desfigurar una verdad de tan graves consecuencias.

287. Lejos está por ahora la piísima y prudentísima madre de indignarse contra quien le dice, con suma reverencia y con íntimo afecto, la pura verdad. Esto sería indignarse contra Dios mismo. Mucho menos deberá indignarse si considera, que aquí no se habla de modo alguno de Roma presente, sino solamente de Roma futura, que es puntualmente de la que habla la profecía. No tenemos razón alguna para temer que la cátedra de la verdad sea capaz de pronunciar aquella estulticia, que decía Jerusalén a sus profetas: *habladnos cosas que nos gusten, ved para nosotros cosas falsas*: ni mucho menos de dar aquella sentencia inicua que dieron los sacerdotes y profetas contra Jeremías (de quienes él se queja por estas palabras): *Y hablaron los sacerdotes y los profetas a los príncipes, y a todo el pueblo, diciendo: sentencia de muerte tiene este hombre, porque ha profetizado contra esta ciudad, como lo habéis oído con vuestras oreja. ¡Oh cuántos males, más que ordinariamente pudieran haberse evitado, y pudieran evitarse en adelante, si los que conocen una verdad no la ocultasen o desfigurasen por una contemplación, o respeto, o piedad conocidamente mal entendida: y si a lo menos no se empeñasen tanto contra la verdad!*

288. No ignoramos que muchos de aquellos que llama el Evangelio *hijos de la iniquidad*, por odio de la Iglesia romana, a quien habían negado la debida obediencia, han abusado monstruosa e imprudentemente de este lugar de la Escritura Santa. Pero ¿qué cosa hay, por verdadera y por santa que sea, de que no se pueda abusar? Los malos hijos en lo que han dicho de Roma sobre esta profecía, han dicho injurias, calumnias e invectivas; han mezclado con infinitas fábulas una u otra verdad poco bien entendidas; han avanzado cosas que no es posible que ellos mismos creyesen. Mas todo esto, ¿qué hace ni qué puede hacer al asunto presente? Porque algunos han oscurecido algunas verdades, mezclándolas violentamente con fábulas y errores, ¿por eso no deberá ya trabajarse en sacar en limpio estas mismas verdades? ¿Por eso no se podrá ya separar lo precioso de lo vil? ¿Por eso deberemos negarlo todo, pasándonos enteramente al extremo contrario? ¿Por eso no podremos ya tomar un partido medio, que nos aleje igualmente del error funesto y la lisonja perjudicial? ¿Mayormente cuando estos insensatos aplicaban a la Roma presente con calumnias, lo que solo se puede entender con verdad de la Roma futura?

289. Lo que decimos de los delitos de la mujer, decimos consiguientemente de su castigo. Roma, no idólatra, sino cristiana; no cabeza de un imperio romano, solo imaginario, sino cabeza del cristianismo, y centro de unidad de la verdadera Iglesia de Dios vivo, puede muy bien sin dejar de serlo incurrir alguna vez, y hacerse rea delante de Dios mismo, del crimen de fornicación con los reyes de la tierra, y de todas sus resultas. En esto no se ve repugnancia alguna, por más que muevan la cabeza sus defensores. Y la misma Roma en este mismo aspecto, puede recibir sobre sí el horrendo castigo de que habla la profecía. No es menester para esto que sea tomada de los étnicos; no es menester para esto, que vuelva a ser corte del mismo imperio romano, salido del sepulcro con nuevos y mayores bríos: no es menester para esto que los nuevos emperadores destierren de Roma la religión cristiana e introduzcan de nuevo la idolatría. Todas estas ideas extrañas, todas estas suposiciones imaginarias, son en realidad unas vanas consolatorias, que no pueden ser sino de sumo perjuicio para Roma, si se fía en ellas. El gran trabajo es (y trabajo digno de llanto inconsolable) que la profecía se cumplirá, según parece, por esto mismo,

quiero decir, porque nuestra buena madre se fiará más de lo que debiera de palabras consolatorias, no queriendo advertir que nacen solamente del respeto y amor de sus fieles súbditos, los cuales han mirado, y miran como un punto de piedad y aun de religión, el beatificarla a todas horas, y de todos modos. ¡Oh si nos fuese posible decirle al oído, de modo que aprovechase, aquellas palabras que decía Dios a su antigua esposa, hablo solamente en este punto particular: *Pueblo mío, los que te llaman bienaventurado, esos mismos te engañan, y malean el camino de tus pasos.*

290. No señora, no madre nuestra: no caeréis otra vez en el delito de idolatría. No es esta ciertamente la fornicación, que aquí se os anuncia; no os debe dar esto cuidado alguno, está muy lejos de vos, no menos que del texto y contexto de toda la terrible profecía. Vuestra fe no faltará, y en esto os dicen la verdad todos vuestros doctores; pero mirad, señora, que sin faltar vuestra fe, puede muy bien faltar algún día vuestra fidelidad; sin faltar vuestra fe, puede muy bien verificarse en vos algún día otra especie de fornicación tan metafórica como la fornicación de los ídolos de la primera esposa de Dios, mas no menos abominable en sus divinos ojos, ni menos peligrosa para vos, ni menos funesta para vuestros fieles hijos, ni tampoco menos digna de castigo, y de un castigo tanto mayor cuanto son mayores vuestras obligaciones, y mayor el honor y grandeza verdadera a que os ha sublimado vuestro esposo, el cual habiéndose ido *a una tierra distante para recibir allí un reino, y después volverse*, os confió y encomendó tanto el gobierno de su casa, y el verdadero bien de su gran familia. Si en esto os descuidáis algún día, por atender a vos misma, y cuidar de otra grandeza, que ciertamente no os compete, podéis temer, señora, con gran razón, que caiga sobre vos infaliblemente todo el peso de la profecía; mas tu por la fe estás en pie: *pues no te engrias por eso, mas antes teme. Porque si Dios no perdonó a los ramos naturales, ni menos te perdonará a ti*; escribía San Pablo a los Romanos.

291. Cuando el Mesías se dejó ver en Jerusalén, es cosa cierta, que no halló en toda ella ídolo alguno. Este delito abominable de la antigua Jerusalén estaba ya corregido, enmendado y purgado suficientemente. Demás de esto, el culto externo, o el ejercicio externo de la religión estaba corriente: el *sacrificio continuo*, la oración a sus tiempos, los ayunos prescriptos, las fiestas solemnes, el sábado, etc. todo se observaba escrupulosamente; tanto, que algunas observaciones pasaban al extremo de nimiedad: había en ella muchos justos, de que hacen mención los Evangelios; toda la ciudad en suma, era y se llamaba con propiedad la santa ciudad, pues este nombre le da el Santo Evangelio aun después de la muerte del Mesías; con todo eso, Jerusalén estaba entonces en tan mal estado en los ojos de Dios, que el Mesías mismo *lloró sobre ella*, y no solamente la halló digna de sus lágrimas, sino también de aquel terrible anatema que fulminó contra ella en forma de profecía (diciéndole): *vendrán días contra ti, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y le estrecharán por todas partes. Y te derribarán en tierra, y a tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra...*

292. Esta profecía del hijo de Dios se verificó plenamente pocos años después, ni fue necesario para su perfecto cumplimiento que la ciudad volviese a la antigua idolatría, ni que fuese tomada por algunos príncipes étnicos, que desterrasen de ella la verdadera

religión, y substituyesen el culto de los ídolos. Nada de esto fue necesario. Jerusalén fue castigada, no por idólatra, sino por inicua: no por sus antiguos delitos, sino por aquellos mismos que el Señor la había reprendido máximamente en su sacerdocio, los cuales se pueden ver en los evangelios que bien claros están. La semejanza, pues, corre libremente por todas partes sin embarazo alguno, y la explicación por sí misma se manifiesta.

Se propone y resuelve la mayor o la única dificultad que hay contra nuestro sistema del Anticristo.

Párrafo XV

293. Todo cuanto hemos trabajado hasta aquí en recoger y unir en un cuerpo moral las diversas piezas de que se debe componer el Anticristo, o en armar esta grande máquina, parecerá sin duda un trabajo perdido, si no respondemos de un modo natural, claro y perceptible, a una gravísima dificultad que se halla en la Escritura; la cual ha parecido tan decisiva en favor de la persona individua y singular del Anticristo, que este ha sido en realidad todo el fundamento de la opinión común. La dificultad se puede proponer brevemente en esta sustancia.

294. El Apóstol San Pablo en todo el capítulo II de su Segunda Epístola a los Tesalonicenses, habla ciertamente del Anticristo, aunque no lo nombre con esta palabra expresa y formal. Siendo esto así, como ninguno duda, tampoco se debe ni puede dudar que hable de una persona singular; ya porque esto suena en todas sus expresiones, y su modo de hablar: ya porque siempre habla en singular, y nunca en plural; ya en fin, porque dice del Anticristo algunas cosas particulares; una en especial que no puede competir a muchos individuos, sino precisamente a uno solo. Ved aquí el texto entero del Apóstol.

Mas rogamus, hermanos, por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, y de nuestra reunión con él, que no os mováis fácilmente de vuestra inteligencia, ni os perturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta, como enviada de nos, como si el dio del Señor estuviere ya cerca. Y no os dejéis seducir de nadie en manera alguna, porque no será sin que antes venga la apostasía, y sea manifestado el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone, y se levanta sobre todo lo que se llama Dios, o que es adorado; de manera que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios. ¿No os acordáis que cuando estaba todavía con vosotros os decía estas cosas? Y sabéis que es lo que ahora le detiene, a fin de que sea manifestado a su tiempo. Porque ya está obrando el misterio de la iniquidad: solo que el que está firme ahora, manténgase, hasta que sea quitado de en medio. Y entonces se descubrirá aquel perverso, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, y le destruirá con el resplandor de su venida. La venida de aquel es según operación de Satanás, en toda potencia, y en señales, y en prodigios mentirosos, y en toda seducción de la iniquidad para aquellos que perecen, porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por eso les enviará Dios operación de error, para que crean a la mentira. Y sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes consintieron a la iniquidad.

295. Esto es todo lo que dice San Pablo del Anticristo, lo cual hemos reservado de propósito para lo último, por examinarlo aparte con mayor atención. En toda la divina Escritura, aunque se lea cien veces, y se vuelva a leer otras mil, no hay otro lugar sino este solo, que parezca favorecer la persona individua y singular del Anticristo, habiendo tantos otros, que claramente combaten y destruyen esta persona singular. Por tanto, este solo texto, como decíamos poco ha, es todo el fundamento real en que estriba, y se hace fuerte la común opinión. Dicen que este texto es claro y los otros son oscuros: lo cual aunque fuese cierto en cuanto a la sustancia, de los misterios del Anticristo (que ni aun en esto es claro), podemos decir seguramente todo lo contrario, en cuanto a la unidad o pluralidad de individuos en el mismo Anticristo. En este punto determinado, que es lo que ahora tratamos, el texto de San Pablo es oscurísimo; y los otros son tan claros, que los mayores ingenios, empeñados formalmente en acomodarlos a una persona singular, no lo han podido hasta ahora conseguir. Para responder pues, a esta gran dificultad de un modo formal e inteligible, vamos por partes. Dos son los puntos únicos sobre que estriba toda ella. Primero: San Pablo habla del Anticristo en singular, no en plural, llamándolo *el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual... se levanta... aquel perverso...* Segundo: San Pablo dice de este *hombre de pecado...* que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios: luego habla de una persona individua y singular.

Se satisface al primer punto de la dificultad.

296. Primeramente: parece innegable y fuera de disputa, que el hablar del Anticristo en singular y no en plural, como lo hace San Pablo, precisamente por hablar en singular, nada puede probar contra el asunto ni en provecho ni en contra. Tan en singular se habla ordinariamente de un cuerpo moral, compuesto de muchos individuos, como de una sola persona: y ambos modos de hablar son igualmente buenos. En la Escritura Divina tenemos de esto ejemplares sin número, y el mismo San Pablo nos ofrece no pocos. ¿Quién dirá, por ejemplo, que Dios habla de la persona singular de Adán cuando dice: *Raeré... de la haz de la tierra al hombre, que he criado?*... ¿Quién dirá que Jacob habla de la persona singular de cada uno de sus hijos, cuando les dice antes de morir: *congregaos, para que anuncie lo que os ha de venir en los últimos días?* Cuando hablando con cada uno de ellos en singular, les anuncia su suerte futura: verbi gratia *Issachar, asno fuerte... Benjamín lobo robador... Néphali, ciervo suelto, etc.* ¿Quién dirá que Moisés habla con la persona singular de su padre Jacob, cuando dice en sus libros frecuentemente: *oye Israel... ten cuidado... Abandonaste al Dios que te engendró, y te olvidaste...* cuando dice en singular que Dios entregó en sus manos al Cananeo, y que él lo mató? ¿Quién dirá que David habla de un hombre individuo, cuando dice en singular: *Levántate, Señor, no se fortifique el hombre:... no temeré lo que el hombre me haga, porque me pateó el hombre: Pan de ángeles comió el hombre?*... ¿Quién dirá que Isaías habla de algún hombre individuo, llamado Egipto, cuando dice: *El Egipto es hombre, y no Dios?*... De estos ejemplares pudiera citar con poco trabajo material dos o tres millares, porque éste es un modo propio de hablar en toda suerte de escrituras sagradas y profanas, cuando se habla de muchos que moralmente componen un todo.

297. El mismo San Pablo habló ciertamente con todas las gentes cristianas entonces presentes y futuras, y no obstante casi siempre les habla en singular, como si hablase con un solo individuo *verbi gratia* y *tú siendo acebuche, fuiste injerido en ellos, y has sido hecho participante de la raíz, y de la grosura de la oliva. No te jactes contra los ramos. Porque si te jactas, tú no sustentas a la raíz, sino la raíz a ti... mas tú por la fe estás en pie: pues no te engrias por eso, mas antes teme.* Supongamos ahora por un momento que el Anticristo ha de ser un cuerpo moral, como lo hemos considerado, en este caso; ¿no serían verdaderas y propísimas las expresiones de San Pablo? ¿No le convendrían perfectamente bien a este cuerpo moral los nombres de *el hombre de pecado, el hijo de perdición, etc.*? Parece que sí, y mucho más que sí se hablase en plural, diciendo *hombres de pecado, hijos de perdición.* Aunque las piedras que forman un palacio, o un templo, consideradas en sí mismas sean muchísimas, y se hable de ellas en plural: más después que se ven unidas entre sí, después que se ven puestas en aquel orden a que están destinadas, ya no se habla de ellas en plural, sino en singular, ya no se habla de ellas sino como se habla de un individuo, ya todo aquel conjunto, o agregado, se llama propiamente un palacio o un templo. Del mismo modo: aunque todos los individuos que deben componer el Anticristo considerados en sí mismos sean innumerables; mas considerados en unión, en cuerpo, en aquella especie de orden necesario para formar toda la máquina anticristiana, en este aspecto, digo, que todos aquellos individuos son un todo, son un cuerpo, son un Anticristo, o contra-Cristo, y ya se puede hablar de todos ellos, como se habla de una persona, dando a todo aquel conjunto el nombre que le da el Apóstol (cuando dice) *el hombre de pecado, el hijo de perdición, etc.* En todo esto, lejos de hallarse impropiedad alguna, digna de reparo, se halla por el contrario una suma propiedad: ni se concibe de que modo más natural, ni más propio se podía hablar de un agregado anticristiano, de muchos individuos unidos entre sí, y animados de un mismo espíritu, de un mismo interés, de unas mismas intenciones. De este modo se habla con propiedad de una religión, y de una república, de una monarquía: y de este modo se habla del cuerpo místico de Cristo, que son todos los fieles unidos entre sí y animados del espíritu mismo de Cristo. Si en este cuerpo falta la unidad, ¿qué bien podremos esperar.

298. Fuera de esto: si se consideran atentamente las circunstancias, y el tiempo en que San Pablo habla del Anticristo, me atrevo a decir, que se ve con los ojos, y se toca con las manos, la razón que tuvo para no explicarse plenamente en este asunto: para hablar con alguna oscuridad para usar de palabras y explicaciones igualmente acomodables a una individua persona, que a un cuerpo moral, compuesto de muchas. San Pablo era el apóstol, el doctor, el maestro propio de las gentes: era en aquellos primeros tiempos como una verdadera madre llena de amor y de ternura, y al mismo tiempo llena de discreción y de prudencia, que da a sus hijos el necesario y conveniente alimento, y les esconde de algún modo lo que por entonces no les conviene. Él mismo dice, que los sustentaba con leche como a párvulos, porque todavía no eran capaces de manjares más fuertes: *como a párvulos en Cristo, leche os di a beber, no vianda; porque entonces no podíais: y ni aun ahora podéis.* En muchísimas partes de sus Epístolas se observa esta contemplación, o esta bondad y ternura de madre con que trata a los nuevos cristianos. Aunque siempre les dice la verdad, aunque nada les oculta de lo que les importa saber; mas algunas verdades, cuya noticia clara e individual no les era tan necesaria por entonces, se las dice con grande economía, mostrándoles claramente lo necesario, y como ocultándoles de algún

modo lo menos necesario que pudiera ocasionar alguna turbación. Así se ve que muchas veces corta la cláusula, dejándola casi sin sentido, por no explicarlo todo, o porque no se entendiese todo fuera de tiempo.

299. Entre otros muchos ejemplares, que me fuera fácil haceros notar, observad solamente aquel texto de la epístola a los Romanos (en el que les dice), *porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos* (los judíos): *así también estos ahora no han creído en vuestras misericordias: para que ellos alcancen también misericordia*. En esta segunda parte de la proposición falta manifiestamente la causal de la primera parte, sin la cual la semejanza no puede correr; y parece claro, que el prudentísimo Apóstol la omitió de propósito, por no contristar por entonces, o desanimar a los nuevos fieles. La causal de la primera parte es ésta: *por la incredulidad de ellos*: conque para que corriese bien la semejanza debía hallarse otra causal semejante en la segunda parte, y así debía añadirse *por vuestra incredulidad*. De modo, que si vosotros (les dice) conseguisteis misericordia por la incredulidad de los judíos, éstos la conseguirán por vuestra incredulidad. Estas últimas palabras, que faltan en el texto, se coligen evidentemente de todo lo que precede, y mucho más de lo que se sigue inmediatamente: *Porque Dios todas las cosas encerró en la incredulidad, para usar con todos de misericordia*. En la incredulidad de los judíos para hacer grandes misericordias con las gentes: y en la incredulidad de éstas (cuando suceda como está escrito) para hacer iguales o mayores misericordias con los judíos. ¡Misterio verdaderamente grande e inescrutable, digno solo de la grandeza de Dios, y de las riquezas incomprensibles de su sabiduría! Así concluye el punto el Apóstol con esta exclamación: *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿Oh quién fue su consejero?* etc.

300. De este modo podemos discurrir, mirando con atención todo lo que el mismo Apóstol dice del Anticristo en el lugar citado. Todo este capítulo por más que se diga, o se pretenda, es oscurísimo; algunas cláusulas no tienen sentido, o no se les ve, porque no están concluidas: otras parecen verdaderos enigmas muy parecidos a los del Apocalipsis, en otras se remite a lo que ya les había dicho de palabra, lo cual no tenemos por donde saberlo. ¿Quién entendiera, por ejemplo, que aquella palabra *la apostasía, que es tan general, sin que antes venga la apostasía*, significa aquí la apostasía, si el mismo Apóstol no se hubiese explicado en otras partes, verbi gratia en la epístola primera a Timoteo, donde se hallan estas palabras: *Mas el Espíritu manifiestamente dice, que en los postrimeros tiempos apostatarán algunos de la fe,...* y en la epístola a los Hebreos, donde llama a la apostasía *corazón malo de incredulidad, apartandoos del Dios vivo*.

301. Ahora, *si el hombre de pecado, el hijo de perdición*, de quien dice que se revelará, o manifestará antes que venga el Señor: si este *hombre de pecado* no es en la realidad otra cosa que *la apostasía de la fe*, o una consecuencia de la apostasía: si no ha de ser otra cosa (a lo menos en su principio y fundamento) que un cuerpo de cristianos apóstatas, animados de aquel espíritu terrible *divide a Jesús (pasiva y activamente)*, y unidos todos *contra el Señor y contra su Cristo*, en este caso parece algo más que verosímil, que el Apóstol se explicase en este punto con suma discreción y economía, para no hacer algún

daño a aquellas tiernas plantas, que apenas empezaban a brotar, por no afligirlas y desconsolarlas más de lo que era necesario en aquellos principios. No sabemos qué uso hicieron de este lugar de San Pablo los Tesalonicenses, ni como lo entendieron, ni si lo entendieron. Parece lo más verosímil, que por entonces se contentasen con la noticia clara y cierta que les da el Apóstol, tocante al asunto principal, o único de toda la epístola, es a saber, que el día del Señor no estaba tan cerca, como entre ellos se había divulgado (no se sabe con qué ocasión) pues primero había de suceder *la apostasía*, y la revelación del *hombre de pecado*. Después andando el tiempo se ha pensado tanto, y tanto se ha adelantado sobre este lugar de San Pablo, que el *hombre de pecado* ha llegado en fin a formar aquel fantasma o aquel monstruo que no se puede mirar sin admiración, ni leer sin asombro.

302. Yo veo bien, y confieso de buena fe, que con esto solo no está resuelta la gran dificultad. Aunque el primer punto de apoyo sobre que estriba (esto es, el hablar el Apóstol del Anticristo, no en plural, sino en singular) no sea tan sólido y fuerte, que baste por sí solo para sustentarla, mas queda el otro punto sólido y firmísimo que parece imposible hacerlo ceder: y mientras este no cediese, toda la dificultad queda en pie, y por consiguiente cae todo el grande edificio que se ha levantado hasta las nubes sobre este solo fundamento. Aun permitido y concedido, se podrá decir, que las palabras y expresiones de que usa el Apóstol, pueden acomodarse igualmente bien a un cuerpo moral, que a un individuo singular; mas entre ellas hay una que no admite otro sentido que el de la persona individua y singular, y siendo esto así, ésta sola debe explicar a todas las otras. Si ésta sola habla ciertamente de una persona individua y singular, se debe concluir legítima y evidentemente, que todas las demás hablan en el mismo sentido: pues todas caminan a un mismo objeto. Examinemos, pues, este gran fundamento con atención particular.

Se satisface al segundo punto de la dificultad

303. Entre las cosas particulares que dice San Pablo del hombre de pecado, del hijo de iniquidad, o del Anticristo, una es, que no solo se opondrá, sino que se elevará *sobre todo lo que se llama Dios, o que es adorado...* de tal modo, que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios. Este sentarse en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios, solamente puede competir a una persona individua y singular: luego el hombre de pecado, el hijo de iniquidad, o el Anticristo debe ser, según San Pablo, un hombre individuo, o persona singular. A este solo punto de apoyo se reduce el fundamento de la opinión común. Ahora pregunto yo: esta parte del texto de San Pablo, o esta noticia particular, *de manera que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios*, ¿es clara o inteligible en todas sus partes, o no lo es? Si no es perfectamente clara e inteligible, no puede servir de apoyo, ni ser fundamento para afirmar una cosa tan grande, tan repugnante al sentido común y tan opuesta a todas las ideas, que en tantas otras partes nos da del Anticristo la Divina Escritura. Mucho menos podrá ser suficiente fundamento para fundar esta sola noticia un dogma, o una verdad de fe, como pretenden o suponen algunos teólogos insignes, diciendo, sin más razón que ésta, que la persona individua y singular del Anticristo es una aserción no solamente probable, sino

ciertamente de fe. Mas ¿como *ciertamente de fe* una proposición fundada únicamente sobre un texto oscuro, o no explicado por el común sentir de los padres y teólogos, ni menos definido por la Iglesia? No es oscuro, responden, sino claro y perceptible a todos; ni admite otro sentido literal y obvio, que el de una persona singular. Los otros lugares que se hallan en la Escritura, y que parece hablan de muchas personas, estos sí son oscuros, y muchos de ellos puras metáforas, cuyo verdadero sentido es reservado a Dios.

304. Ahora bien: ¿conque el texto de San Pablo que ahora consideramos, es claro y perceptible a todos? Si es claro y perceptible a todos, deberá ser clara y perceptible la explicación. En este supuesto: se pregunta en primer lugar, ¿de qué templo de Dios habla San Pablo? ¿O habla de templo solo espiritual, figurado y metafórico, o habla de algún templo material y manufacto? Entre estos dos templos no parece que hay medio. Si habla en el primer sentido, el texto nada prueba en favor, antes prueba en contra; pues en el mismo sentido en que se tomase la palabra templo, se deberá tomar el *hombre de pecado*, que se sienta en él, y también el asiento mismo, y la acción de sentarse, etc. Si se habla de templo material, y manufacto, se vuelve a preguntar ¿qué templo será éste? Resuelven, que será el templo mismo de Jerusalén: pues en tiempo de San Pablo no había en toda la tierra otro templo material de Dios. Se debe suponer antes de pasar a otra reflexión, que San Pablo no habla aquí de aquel mismo individuo templo que existía en su tiempo; pues en este caso hubiera sido mal profeta: ni San Pablo podía ignorar que aquel individuo templo de Dios, debía destruirse en breve, así por la profecía de Daniel, capítulo IX, que es bien clara, como por la profecía clarísima del mismo Cristo que dijo, hablando del templo: *no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada*. Conque si el Apóstol habla del templo de Jerusalén, es preciso que hable de otro templo todavía futuro. ¿Cual es éste? Es, dicen con gran formalidad, el que edificará el mismo Anticristo, cuando ponga su corte en Jerusalén.

305. Óptimamente. ¿Y esta noticia es cierta y segura? ¿Se ha sacado de algún público archivo conocido por infalible? Sabemos que no hay otro archivo de donde sacar noticias de futuro, que la revelación contenida en la Biblia Sagrada. ¿Cuál es, pues, la revelación sobre esta noticia particular? ¿Será acaso este mismo lugar de San Pablo, después de entendido y acomodado al intento? Increíble parece; mas la verdad es, que no se señala otro ni parece posible señalarlo, porque no lo hay en toda la Biblia Sagrada; antes hay no pocos para afirmar todo lo contrario. Ved aquí uno que vale por mil. El profeta Daniel, capítulo IX, hablando de la muerte del Mesías y de sus resultas, dice así: *será muerto el Cristo, y no será más suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad, y el santuario, y su fin estrago, y después del fin de la guerra vendrá la desolación decretada... y durará la desolación hasta la consumación y el fin*. Si la desolación de Jerusalén, y de su templo debe perseverar hasta la consumación, y hasta el fin, ¿en qué tiempo edificará este judío Anticristo la ciudad y el templo que desolaron los Romanos? Si antes de la consumación y del fin, falsificará la profecía, y será ésta una de sus mayores proezas. Si después, será todavía mayor proeza, como es salir del infierno para edificar el templo, y la ciudad. ¿No veis, Señor, con vuestros ojos la suposición e inconsecuencia?

306. No es esto lo más: aun dado caso, y permitido por un momento que el pérfido judío Anticristo será quien edifique otra vez el templo de Jerusalén, se pregunta: ¿este templo edificado por el Anticristo será realmente un templo de Dios? Dura cosa parece el concederle; pues no aparece razón, ni título alguno para poderle dar este nombre. ¿Cómo ha de ser un templo de Dios vivo; como le hemos de dar este nombre a un edificio construido por el mayor enemigo de Dios, por un hombre de pecado, hijo de la iniquidad, *el cual se opone y se levanta sobre todo lo que se llama Dios, o que es adorado?* ¿Y esto de propia autoridad, sin mandato, ni beneplácito de Dios! ¿Y esto no para Dios, sino para sí mismo! ¿Cómo ha de habitar Dios en este templo de modo que merezca con propiedad el nombre de *templo de Dios*? Si no merece este nombre, sino es de modo alguno propio y racional, templo de Dios; luego el Apóstol no habla de este templo imaginario, pues dice expresamente, que *el hombre de pecado* se sentará en el templo de Dios.

307. Pues ¿de qué templo de Dios habla San Pablo? Los que dicen que este texto es clarísimo, y por su claridad es decisivo en el asunto, debían hacerse cargo de todos estos embarazos. Debían así mismo hacerse cargo de otras cosas particulares del mismo texto, en que se explican tan poco, tan de prisa, tan en confuso, que nos dejan en la misma, y aun en mayor oscuridad. ¿Qué significado tienen, verbi gratia aquellas palabras: *y sabéis que es lo que ahora le detiene, a fin que sea manifestado a su tiempo. Porque ya está obrando el misterio de la iniquidad solo que el que está firme ahora, manténgase, hasta que sea quitado de en medio. Y entonces se descubrirá aquel perverso?*... Aquí confiesan que está oscuro el Apóstol, y como si hubiesen consultado el punto con él mismo, señalan luego la razón que tuvo para hablar con tanta oscuridad. ¿Cuál fue esta razón? Fue, dicen, por no ocasionar alguna persecución contra los cristianos, si acaso esta epístola llegase a manos del emperador Nerón, pues en esta cláusula oscura habla del mismo Nerón, y de todo el imperio romano: y lo que en sustancia quiere decir, es, que el fin y ruina de este grande imperio ha de preceder inmediatamente, y ha de ser como una señal clara y manifiesta de la revelación del Anticristo, y de su monarquía universal. ¿Y será creíble, digo yo, que San Pablo hable aquí de Nerón, o del imperio romano, después de sepultado, y convertido en polvo? ¿Será creíble se hable todavía de él en nuestra tierra como se hablaba en tiempo de Constantino o de Teodosio? Cierto que leemos con nuestros ojos algunas cosas tan extrañas, que aun después de leídas, nos parece imposible que puedan escribirse.

308. Pero volvamos a nuestro propósito. ¿De qué templo de Dios habla aquí San Pablo? Así como para entender bien la palabra *apostasía* nos es necesario consultarlo con el mismo San Pablo en otros lugares de sus epístolas; así del mismo modo para entender la palabra *templo de Dios*, deberemos consultarlo con el mismo Apóstol. No habiendo otro lugar en toda la Escritura que nos pueda dar sobre esto alguna luz, sería un óptimo expediente para inquirir la mente de San Pablo, consultar atentamente sus otros escritos, examinando entre ellos estos dos puntos, que son los que por ahora necesitamos. Primero: si la palabra *templo de Dios* se halla alguna, o algunas veces en los escritos de este Apóstol. Segundo: en qué sentido, se halla esta palabra siempre que se halla. Hecho este examen con poco o mucho trabajo, yo discurro así, y propongo mi discurso en forma de consulta a cualquier juez imparcial.

309. En todas las 14 epístolas de San Pablo, solas siete veces se halla esta palabra *templo de Dios*. En las seis primeras el sentido es uno mismo, y está manifiesto y clarísimo: siempre se toma en sentido figurado y espiritual, nunca en sentido material, como luego veremos, mas la séptima vez el sentido no está claro: no se conoce con tanta certeza, si habla también de templo espiritual, o de templo material. A esta duda se añade, que el sentido material sufre grandes dificultades, y el espiritual ninguna. Pues en este caso, propuesto con toda fidelidad y verdad, se pregunta: ¿podremos entender este último lugar oscuro, en aquel mismo sentido claro en que entendemos los seis primeros, luego al punto que los leemos? Si se dice que no, deberá mostrarse algún fundamento real, o alguna buena razón, para exceptuar este solo lugar oscuro de aquel sentido claro y cierto en que se toman los otros: y este fundamento, esta buena razón, ni se muestra, ni hay apariencia de que pueda mostrarse, si no es acaso respondiendo por la misma cuestión. Si se dice que sí, con esto solo está resuelta la dificultad, y concluida la disputa.

310. Por si acaso se dudare del sentido cierto en que toma San Pablo la palabra *templo de Dios* las seis primeras veces, se pueden ver éstas en sus propios lugares, que son: tres veces en el capítulo tercero de la epístola primera a los Corintios, donde dice: *¿No sabéis, que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es.* En el capítulo VI de la misma epístola se halla otra vez esta palabra: *¿o no sabéis, que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros?* En la epístola segunda a los mismos Corintios, capítulo seis, se halla otras dos veces esta misma palabra: *¿qué concierto, el templo de Dios con los ídolos?* ¿Qué os parece ahora del sentido de estos lugares de San Pablo? ¿Lo podéis dudar? No nos queda pues otro, que el que ahora disputamos; y de éste decimos lo mismo, esto es, que no hay razón para entenderlo en otro sentido, no hay razón alguna para entenderlo *del templo material*, antes por el contrario, todo el contexto del capítulo es conocidamente oscuro, y estando lleno todo desde el principio al fin de expresiones figuradas, nos convida al sentido figurado y nos aparta del material, así en el *hombre de pecado* como en *el templo de Dios*.

311. Siendo, pues, solo figurado y espiritual el templo de Dios, de que aquí se habla, con esta sola idea, se entiende al punto todo el misterio. El templo de Dios, de que siempre ha hablado San Pablo, no es otro que la Iglesia de Cristo, no es otro que la congregación de todos los fieles, no es otro que los mismos fieles unidos entre sí, los cuales, como les dice San Pedro: *como piedras vivas sed edificados casa espiritual...* Pues éste es el templo de Dios, en que formalmente se sentará el hombre de pecado, el hijo de la iniquidad, mostrándose públicamente, y obrando libremente en él, como si fuese Dios: ¿Qué quiere decir esto? Lo que quiere decir, parece bien claro y bien conforme a todo lo que hemos observado. Todo camina bien sin dificultad ni embarazo. *El hombre de pecado, el hijo de perdición* de que habla San Pablo, no es otra cosa en su raíz, en su fundamento, en su principio, que una multitud de verdaderos apóstatas (llámense estos deístas o materialistas, importa poco para la sustancia del misterio): los cuales habiendo primero desatado a Jesús o desatándose de Jesús, y con esto verificado en sí mismos lo que anuncia el Apóstol en primer lugar por estas palabras: *sin que antes venga la apostasía*; se han de unir en un cuerpo moral, han de trabajar en acrecentar y fortificar este cuerpo, cuanto sea

posible; y después que esto se haya conseguido, se han de revelar y declarar contra el mismo Jesús, y contra Dios su padre. Por esto se le da a este *hombre de pecado*, el nombre de Anticristo o contra-Cristo.

312. Pues este *hombre de pecado*, *este hijo de perdición*, este cuerpo moral, *cuerpo de pecado cargado de ellos*, cuando se vea crecido, y en perfecta madurez; cuando ya no tenga impedimento alguno para salir al público; cuando ciertos cuernos, que le han de nacer, hayan crecido hasta la perfección; cuando en fin haya ganado y puesto de su parte una bestia terrible de dos cuernos con todo su talento de hacer milagros, etc. entonces este *hombre de pecado*, *el hijo de perdición*, *el cual se opone*, y *se levanta sobre todo lo que se llama Dios*, se sentará en la Iglesia de Cristo, que es el templo del verdadero Dios, y *vosotros sois el templo de Dios*. Entonces mandará en este templo, y se hará obedecer, ya con el terror y fuerza de sus cuernos, ya también con los cuernos como de cordero de la otra bestia, y con su locuela de dragón. Entonces dispondrá libremente en este mismo templo de lo más sagrado, de lo más venerable, de lo más divino, ya impidiendo *el sacrificio continuo*; ya alterando, ya mezclando, ya mudando, ya confundiendo lo sagrado con lo profano, la luz con las tinieblas, y a Cristo con Belial. Entonces se verá este monstruo de iniquidad abrir públicamente su boca *en blasfemias contra Dios*, *para blasfemar su nombre*, y *su tabernáculo*, y *a los que moran en el cielo*. Entonces se verá *que hiciese guerra a los santos*, y *que los venciese*. Entonces en suma, se verá hecho dueño y señor de la casa y templo de Dios, que sois vosotros, mostrándose dentro de este templo, en su conducta, en sus operaciones, en su despotismo, como si fuese Dios.

313. Esta última expresión del Apóstol, o por mejor decir la inteligencia tan material que se le ha dado, es sin duda la que ha producido tantas noticias fabulosas, inverosímiles e increíbles, que se han imaginado en todos tiempos, y que han pasado con suma facilidad de la imaginación a la pluma. Esta inteligencia tan material es la que ha producido aquella idea verdaderamente extraña de un monarca universal que pretende ser adorado como Dios de todos los pueblos, tribus y lenguas: que edifica la ciudad y templo de Jerusalén, a pesar de una profecía, que en este templo se sienta sobre un alto y magnífico trono, que allí espera con gran paciencia el concurso y la adoración de todos los pueblos, sufriendo el humo del incienso, y el olor de los sacrificios, etc. Pero hablemos con formalidad ¿no son estas ideas infinitamente distantes del hombre de pecado, del hijo de la perdición, y del templo de Dios de que habla San Pablo? ¿No son ajenas de todo el contexto de este capítulo? Casi todas sus expresiones son figuradas, y por eso unas muy oscuras, otras poco claras; y es fácil pensar que se escribieron así con grande acuerdo, para que no se entendiesen antes de tiempo. Ni era necesario, ni conveniente, que se entendiesen clara e individualmente en los principios de la Iglesia, ni es creíble que San Pablo escribiese todo lo que dice en este lugar, solamente para los Cristianos de Tesalónica, sino en cuanto conducía al asunto principal de su epístola, que era sacarlos del error en que actualmente estaban, esperando por momentos la venida del Señor. ¿Qué les importaba a los Cristianos del primer siglo el saber con ideas claras lo que había de suceder en el mundo, verbi gratia dos mil años después? Pero importaba infinito que todo esto quedase escrito, aunque con algún disfraz, para que sirviese cuando fuera necesario, cuando el tiempo y los sucesos mismos empezasen a abrir el sentido, y a alumbrar en la oscuridad: como... *una antorcha que luce en un lugar tenebroso*.

314. Ésta es la verdadera causa de la oscuridad de muchas profecías. Ésta es la verdadera causa de que muchos sucesos futuros, aunque ya revelados, se vean como escondidos, y encubiertos debajo de metáforas oscuras, para que no se entiendan antes de tiempo. La sabiduría infinita de Dios, su providencia y su bondad, relucen claramente en esta economía. Al contrario, las cosas que no son profecía, las cosas que pertenecen a la sustancia de la religión, esto es, al dogma y a la moral, éstas se ven escritas con la mayor simplicidad y claridad; y si algunas se hallan menos claras, la misma sabiduría y providencia de Dios ha dispuesto o permitido que se ofrezcan dudas, que se exciten disputas, y aun que se avancen errores y herejías, para que la Iglesia las examine de propósito, las aclare y las enseñe en su verdadero sentido. Mas en las cosas que no pertenecen al dogma ni a la moral, en las profecías que anuncian sucesos futuros, jamás se ha metido la Iglesia en declarar cuál es su verdadero sentido; ha dejado el campo libre a los doctores para que trabajen en él; jamás ha tomado partido por alguna de sus opiniones jamás ha probado ésta como cierta, ni reprobado aquella como errónea; jamás, en fin, ha hablado una palabra, sino cuando algunas de estas opiniones se oponen por algún lado, o se oponen manifiestamente a algunas de las verdades fundamentales, ciertas e indubitables que ha recibido. Así, lo que sobre estas profecías han discurrido los doctores, se puede recibir o no recibir, según las razones buenas o no buenas en que se fundaren. Y aunque digan y afirmen, que esto o aquello es una verdad, y una verdad de fe (como tal vez suelen avanzar, sin otra razón que citarse los unos a los otros) no por eso dejamos de quedar en perfecta libertad para examinar la razón o fundamento con que lo dicen. Si el fundamento después de bien examinado se halla sólido y firme, deberemos estar con ellos: *no... porque ellos así lo juzgan; sino porque lo persuaden o con la autoridad de algún texto canónico, o con alguna razón de peso.* La autoridad extrínseca en estas cosas de que hablamos, no tiene otra firmeza, ni la puede tener, sino el fundamento sobre que estriba. Mas si el fundamento después de bien examinado no se halla suficiente: si el tiempo, o las circunstancias, o la casualidad, o sobre todo, la providencia, descubren y muestran claramente otra cosa diversa, ¿no podremos en este caso, o no deberemos en conciencia apartarnos en aquellos puntos particulares del sentimiento de los doctores? ¿No podremos a lo menos apelar de los doctores muertos a los doctores vivos? ¿No podremos proponerles a estos nuestras dudas, y pedirles un nuevo, un más atento y más maduro examen?

315. Éste solo fruto quisiera yo sacar de todas las observaciones hechas hasta aquí, y que se han de ir haciendo en adelante. Con esto solo me parece, que quedará contento. Lejos de querer ser creído sobre mí palabra, lo que más deseo es ser examinado con todo aquel rigor que prescriben las leyes de la crítica, o las leyes de la recta razón iluminada con la lucerna de la fe: *porque andamos por fe, y no por visión.* Las cosas particulares de que trato son innegablemente de suma importancia, de sumo interés. Por otra parte, el sistema presente del mundo, el estado actual de la Iglesia de Cristo en muchos de sus miembros, muy semejantes a aquel ángel séptimo del Apocalipsis, *ni frío, ni caliente,* parece que dan gritos a sus ministros, y les piden instantemente que sacudan el sueño, que abran los ojos, y que miren y observen con mayor atención.

316. Tengo propuesto un nuevo Anticristo. Si éste es el verdadero, o no, yo no decido. Este juicio toca al juez, no a la parte. Así, no lo propongo como una aserción, sino como

una mera consulta, sujetando de buena fe todo este Anticristo con todas las piezas de que se compone, no solamente al juicio de la Iglesia, que esto se debe suponer, sino también al juicio particular de los sabios que quisieren tomar el trabajo, no inútil, de examinarlo, de corregirlo, de ilustrarlo, de perfeccionarlo, y si les parece, también de impugnarlo. Solo se les pide a estos, o por justicia, o por gracia, que su examen o su impugnación, no venga finalmente a reducirse a la autoridad puramente extrínseca. En este caso protesto la violencia. Yo no ignoro, que esta autoridad, por la mayor parte, nada me favorece: por tanto, si por ella sola soy juzgado, la sentencia contra mí será cierta: ¿pero será justa? El examen, pues, o la impugnación, deberá hacerse por el fundamento en que estriba, o debe estribar esta autoridad extrínseca, no por la misma autoridad. El texto de San Pablo, que es el único fundamento, no es tan claro a favor de una persona singular, que no necesite de nuevo examen; y este examen es el que deseamos y pedimos, si bien otros autores modernos que ya he indicado, han negado a su arbitrio, y procurado probar, que por Anticristo no se entiende un individuo solo.

Dos anotaciones

Primeras

317. En el párrafo IV se traen aquellas palabras de la epístola primera de San Juan, *espíritu, que divide a Jesús*, como la propia definición del Anticristo, y se dice, que estas palabras no suenan otra cosa en su propio y natural sentido, que la apostasía verdadera de la religión cristiana que antes se profesaba. No obstante, desde el párrafo VII se empieza a hablar de una bestia de siete cabezas, como que ésta es el verdadero Anticristo; mas entre estas siete cabezas, solo cinco hay a quienes pueda competir el *dividir a Jesús*, o la apostasía, pues las otras dos, que son el Mahometismo y la idolatría, como no tienen atadura alguna con Jesús, tampoco pueden desatarlo, o desatarse de él. O estas dos cabezas de la bestia no vienen al caso, o no es justa la definición.

Respuesta

318. En varias partes de este fenómeno hemos advertido, que la expresión *dividir a Jesús*, no solamente la tomamos en sentido pasivo, sino también y principalmente en sentido activo. El *dividir a Jesús*, en sentido pasivo será como el fondo del Anticristo, y como la primera diligencia necesaria, para que sobre este fondo se forme todo el Anticristo; más después de formado enteramente, después de unidas en un cuerpo todas sus diferentes piezas, el *dividir a Jesús* será principalmente en sentido activo, procurando desatarlo de todos cuantos se hallaren en el mundo atados de algún modo con él, y haciendo para esto una guerra viva al cuerpo del Cristianismo y a Cristo mismo. Por eso San Pablo pone primeramente *la apostasía*, y después la revelación del *hombre de pecado*, como que la apostasía es el primer paso necesario para que el Anticristo se forme enteramente y se rebelde, o declare públicamente. Ahora, para hacer esta guerra a Cristo con buen suceso en todas las partes del mundo, le será absolutamente necesario al cuerpo de apóstatas, fuera de las cinco cabezas que *salieron de entre nosotros*, y ya están unidas, unir también otras

dos más, esto es, muchísimos individuos principales, que pertenecen al Mahometismo y a la idolatría. Estos, aunque no se verifique en ellos el *dividir a Jesús pasivamente*; mas lo verificarán *activamente*: pues también desatarán a Jesús, o procurarán desatarlo, respecto de muchísimos cristianos que entonces se hallarán entre ellos. Así, la definición general parece justa.

Segunda anotación

319. Las siete cabezas de la bestia del capítulo XIII del Apocalipsis, se explican diciendo, que simbolizan siete falsas religiones, o muchos individuos de cada una de ellas unidos moralmente en un cuerpo, y animados de un mismo espíritu *contra el Señor, y contra su Cristo*. No obstante, en el mismo Apocalipsis capítulo XVII se hallan explicadas en otro modo estas cabezas: *las siete cabezas que viste en la bestia, se le dice a San Juan, son siete montes, y tambien siete reyes*.

Respuesta

320. En el capítulo XIII del Apocalipsis se habla en general del Anticristo y de su misterio de iniquidad; mas en el capítulo XVII se habla en particular de un solo suceso perteneciente únicamente a la ciudad de Roma. Para aquel misterio general, y para este suceso particular, se usa de una misma metáfora, por la tal cual relación, o conexión que debe tener lo uno con lo otro. Así, no es maravilla que las cabezas de la bestia metafórica simbolizen una cosa en el misterio general del Anticristo, y otra cosa diversa en el misterio particular de la mujer; pues aun en este misterio particular vemos en el texto mismo dos símbolos diversos de las mismas cabezas, esto es, siete montes, y al mismo tiempo siete reyes: *aquí hay sentido que tiene sabiduría, las siete cabezas son siete montes, sobre los que está sentada la mujer; y también son siete reyes*. En el capítulo XIII donde no se habla de esta mujer, la cual solo al último de este misterio general *vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino de la indignación de su ira*; en este capítulo, digo: ¿queréis que las cabezas de la bestia signifiquen siete montes y siete reyes? Otras dificultades que pueden ocurrir, debemos esperar que no faltará quien las resuelva.

FENÓMENO IV

El fin del Anticristo.

321. Haya de ser el Anticristo que esperamos un hombre individuo o persona singular, o haya de ser un cuerpo moral compuesto de muchos individuos (como lo acabamos de proponer al examen y juicio de los inteligentes) lo que hace inmediatamente a nuestro asunto principal, es la observación de su fin. Esta observación exacta y fiel, nos es absolutamente necesaria para entender bien, o a lo menos para poder mirar más de cerca,

con más atención, y con nuestros propios ojos, muchísimas profecías, que podemos llamar innumerables, cubiertas siglos ha con cierto velo sagrado, que ya podemos alzar seguramente.

322. No perdamos el tiempo inútilmente en averiguar qué especie de muerte, o qué fin ha de tener esta persona o este cuerpo moral. Los autores mismos no están de acuerdo. Los más nos aseguran (no se sabe sobre qué fundamento) que el ángel o arcángel San Miguel bajará del cielo con todos los ejércitos, *que son del cielo*, y los matará, por orden de Dios, a él y a todos sus secuaces. Lo que aquí se dice expresamente de Cristo mismo, del Rey de los reyes, del Verbo de Dios, se lo aplican con *mucho valor* (dice un intérprete acreditado) a San Miguel, mirando sin duda, por la vida de su sistema, que sin este violento remedio infaliblemente perece, como veremos más adelante. Otros creyendo o sospechando, que aquel príncipe Gog de que habla Ezequiel, es el Anticristo mismo, le dan por consiguiente el mismo fin que dice la profecía: *Y le juzgaré con peste, y con sangre, y con lluvia impetuosa, y con grandes piedras: fuego y azufre lloveré sobre él, y sobre su ejército, y sobre los muchos pueblos que están con él*. Otros, citando a Santo Tomás, que verosímilmente lo tomó de otros más antiguos, sin tomar partido por ellos, refieren el fin de su Anticristo con circunstancias más individuales. Ved aquí en breve toda la historia, que por ser tan interesante, y tan curiosa, no es bien omitirla del todo.

323. No contento el vilísimo judío con toda aquella grandeza, felicidad y gloria a que se ve elevado; no contento de verse tan superior a todos los héroes de la fábula y de la historia; no contento con verse mayor sin comparación que Nabuco, Alejandro, que César, que Augusto, etc.; no satisfecho con su monarquía universal, ni con los honores divinos que le tributan todos los pueblos, tribus y lenguas, viendo que por acá ya no hay otra cosa a que aspirar, entrará finalmente en él gran pensamiento de subir al cielo, sin duda para imitar la ascensión de Cristo, así como imitó su resurrección. Para esto acompañado de su pseudoprofeta, y a vista de innumerables gentes que habrán concurrido a aquella solemnidad, subirá hasta lo más alto del monte Olivete, y puestos los pies en el mismo lugar en que los puso Cristo, empezará a levantarse por el aire, cabalgando sobre su ángel de guarda Satanás, y sobre todas las legiones del infierno. A poca distancia de la tierra, y tal vez antes que alguna nube pueda ocultarlo, se encontrará a deshora con otras legiones más numerosas, que bajarán del cielo a impedirle el paso: San Miguel y sus ángeles traban batalla con Satanás y los suyos; ya vencidos estos, y puestos en fuga, queda en el aire nuestro gran monarca, abandonado a su peso natural. ¿Qué ha de hacer, sino empezar al punto a bajar con mayor ligereza de aquella con que subió? La tierra, que ya se creía libre de la dominación del hombre de pecado, viendo que vuelve a ella con tanta prisa, abre su boca antes que llegue, y le dará paso franco para el infierno.

324. La historia es ciertamente bien singular. Yo dudo mucho, y aun me parece increíble, que el angélico doctor, a quien se cita, hablase aquí de propia sentencia, y no de sentencia de otros, como lo hace comúnmente en su brevísimo comentario. El fundamento de toda esta historia es el capítulo XI de Daniel, en donde nos hacen observar estas palabras, que son las últimas: *Y sentará su tienda real entre los mares, sobre el noble y santo monte y llegará hasta la cima de él, y nadie le dará auxilio*. Si pedimos ahora que nos digan

formalmente de quien se habla en este lugar, nos responden comúnmente los doctores, que aunque *en sentido literal* parece que habla del rey Antioco; mas *en sentido alegórico* se habla del Anticristo como antitipo de Antioco, que solo fue tipo. Y esto, ¿cómo se prueba? No se sabe. Y aunque se permitiese o se concediese que aquí se habla en figura del Anticristo, ¿dónde están en el texto, ni en todo el capítulo el monte Olivete, ni los diablos, ni la subida al cielo, ni la bajada al infierno, etc.? Todo esto es preciso que se supla de gracia, o que el sentido alegórico mal entendido supla por todo.

325. Mas dejando estas cosas, en que no tenemos interés alguno, convirtamos nuestra atención al examen quieto, y atento de un solo punto, que es el que únicamente nos interesa. Se pregunta: el fin del Anticristo, sea como fuere, ¿sucederá con la venida misma de Cristo en gloria y majestad, que creemos y esperamos todos los Cristianos o no? La Escritura Divina dice que sí; y lo dice tantas veces, y con tanta claridad, que es de maravillarse, como ha podido haber sobre esto alguna duda. Con todo eso, los intérpretes de la Escritura Divina (unos resueltamente y con presencia de ánimo, otros modestamente y con miedo) dicen o suponen que no. Se exceptúan de esta regla general *muchos varones eclesiásticos y mártires, o un considerabilísimo número* (expresiones de San Jerónimo) de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, los cuales se desprecian días ha por los doctores peripatéticos; porque fueron Milenarios, o favorecieron de algún modo éste que llaman error, sueño, delirio o extravagancia. El fundamento de estos antiguos es cierto que no fue, ni pudo ser su propia imaginación, sino la Escritura misma, como lo es evidentemente. El fundamento de los contrarios, ni es la Escritura Divina, ni lo puede ser; ya porque la Escritura no se puede oponer a sí misma, siendo su autor el mismo Espíritu de verdad; ya porque no producen a su favor ningún lugar de la Escritura misma, lo cual es una prueba evidente de que no lo hay; pues si lo hubiera, así como parece imposible que no lo produjesen, porque se les ocultase, parece mucho más imposible que no lo produjesen como un triunfo. Tampoco puede ser alguna tradición apostólica, cierta, constante, segura, uniforme, universal y declarada por la Iglesia (que son las condiciones necesarias para una verdadera tradición); porque ésta ni la hay, ni la puede haber. Tradición verdadera de algunas cosas que no constan claramente de la Escritura, la puede haber y la hay; mas de cosas contrarias y contradictorias a las que constan claramente de la misma Escritura, repugna absolutamente, y será imposible señalar alguna. No obstante, un teólogo moderno, tocando el punto de Milenarios solo en general, y con una suma brevedad, se atreve a pronunciar esta sentencia en tono definitivo: *La verdad opuesta se ha conservado siempre en la Iglesia romana con las demás tradiciones divinas*. Si ésta que llama verdad, la ha conservado siempre la Iglesia romana con todas las otras tradiciones divinas; luego ésta es una tradición divina; luego es una verdad de fe, así como lo son todas las otras tradiciones divinas; luego todas las otras tradiciones divinas son unas verdades de fe, así como lo es ésta; luego ni ésta tiene más firmeza que aquellas, ni aquellas más que ésta; luego, etc. ¡Qué consecuencias! *Con razón se queja Monseñor Bosuet de aquellos doctores, que no tienen el menor embarazo en llamar las conjeturas de los padres verdaderas tradiciones y artículos de fe.*

326. Entremos, a observar este fenómeno realmente importantísimo, con toda la atención y exactitud posible, mirando bien y pesando en fiel balanza lo que hay por una parte y por otra; y pues nadie, nos da prisa, vamos despacio.

Parábola

Párrafo I

327. En cierta ciudad principal, como nos lo aseguran testigos fidedignos, se excitó los años pasados una célebre controversia. La cuestión era: «si el papa Pío VI había ido verdaderamente en su propia persona a la corte de Viena y pasado por esa misma ciudad. Lo que al principio pareció una mera diversión, o una de aquellas sutilezas de escuela, que en otros tiempos fueron tan del gusto de los hombres ociosos, se vio pasar en pocos días aun empeño formal y declarado. Los que estaban por la parte afirmativa (que a los principios eran los más) no alegaban otra razón a su favor, que el testimonio de sus ojos, y de sus oídos: pareciéndoles, que en una cuestión de *hecho*, y no de *derecho*, no podía haber otra razón más eficaz, ni más conveniente, ni más decisiva.»

328. Esta razón, lejos de convencer a los contrarios, era recibida con sumo desprecio, y tratada de insuficiente, de débil, y también de grosera; y por eso indigna de un hombre racional. Decían, y en esto insistían, que el testimonio de los sentidos, no siempre es seguro: que puede fácilmente engañar aun a los más cuerdos, pues tantas veces los ha engañado, que el ángel San Rafael no era hombre, y por hombre lo tuvo el Santo Tobías, que Cristo no era fantasma, y por fantasma lo tuvieron sus discípulos cuando lo vieron andar sobre las aguas en el mar de Galilea, que el mismo Cristo no era hortelano, y por hortelano lo tuvo su Santa discípula María Magdalena; de estos ejemplares citaban muchísimos con facilidad.

329. Es verdad, añadían, que el viaje de Pío VI a la corte de Viena, fue un suceso tan público y ruidoso, que no lo ignoraron los ciegos, ni los sordos: aquellos porque lo oyeron, estos porque lo vieron. Es verdad que muchísimas ciudades de Alemania y de Italia, y entre ellas la nuestra, lo recibieron con públicas aclamaciones, le hincaron la rodilla, y recibieron su bendición. Muchas personas eclesiásticas y seculares, le besaron el pie, lo adoraron como a vicario de Jesucristo, le hablaron y oyeron su voz. También es verdad que los avisos públicos, y las cartas de los particulares, casi no hablaban de otra cosa, etc.; mas todo esto ¿qué importa (proseguían diciendo) todo esto ¿qué prueba? ¿No pudo haber sido todo esto una apariencia? ¿No pudo muy bien haber sucedido, que esa persona que todos vieron, y que a todos pareció la persona misma del Papa, no lo fuese en la realidad? Pues en efecto, concluían, así fue. Pareció a todos la persona misma del Papa; mas todos se alucinaron, y se engañaron; porque no era sino un ministro suyo, un príncipe de su corte, revestido de su autoridad, de sus ornamentos, y aun de su propia figura. Era el papa Pío VI en cierto sentido; mas en otro sentido no lo era. Era el Papa *figurada* y simbólicamente mas no lo era *física* y *realmente*. Era el Papa *en virtud*; mas no lo era *en persona*.

330. Preguntados estos doctores con qué razón, y sobre qué fundamento se atrevían a avanzar una especie tan extraña contra el testimonio de los ojos del mundo, y aun de los suyos propios, no se les pudo por entonces sacar otra respuesta, sino esta sola: ¿qué necesidad hay de que el Papa mismo se mueva de Roma, y haga un viaje tan dilatado,

cuando le están fácil el tratar y concluir cualquier negocio, por grave que sea, por medio de algún ministro suyo, de algún nuncio o enviado extraordinario; dándole su autoridad y plenipotencia? Aunque realmente no se les oía otra respuesta por más que se desease y se les pidiese; mas después se ha sabido con plena certidumbre la verdadera y única razón que los movía, que era; pero dejémosla por ahora oculta hasta que ella se revele por sí misma. Por abreviar: el efecto de esta gran disputa, fue, que habiéndose sabido que algunos doctores de gran fama favorecían de algún modo la parte negativa, esto bastó para que poco a poco y casi insensiblemente fuese prevaleciendo esta opinión; y se fue mirando la parte afirmativa como una estulticia, como una necesidad, como grosería, como un error, como un sueño. De modo que ya hoy día apenas se halla en dicha ciudad quien no tenga por una verdadera fábula el viaje del papa Pío VI en su propia persona a la corte de Viena.

Aplicación

Párrafo II

331. Un escritor antiguo, y de grande autoridad entre los Cristianos, refiere prolijamente con todas sus circunstancias, las más individuales, un suceso de que él mismo fue testigo ocular. Este escritor célebre es aquel mismo, *el cual ha dado testimonio de la palabra de Dios, y testimonio de Jesucristo, de todas las cosas que vio*. Su relación es como se sigue. Concluidos los 42 meses que debe durar la tribulación horrible, *cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será de la cual tribulación se ha hablado tanto desde el capítulo XIII del Apocalipsis*, se seguirá luego inmediatamente lo que acabo de ver.

332. Vi el cielo abierto, y lo primero que vi fue un caballo blanco, sobre el cual venía sentado un personaje admirable, que tiene el nombre o por nombre, el Fiel, el Veraz, el que juzga y castiga con justicia. Sus ojos llenos de indignación parecían dos llamas de fuego, y su cabeza se veía adornada, no con una sola, sino con muchas coronas. Tenía otro nombre escrito, que ninguno es capaz de comprender plenamente su significado, sino él solo. Su vestido se veía todo *teñido en sangre*, y su propio nombre con que debe ser llamado y conocido de todos, es *el Verbo de Dios*. Seguían a este personaje admirable todos los ejércitos del cielo, sentados asimismo en caballos blancos, y vestidos de lino blanco y limpio. De su boca salía una espada terrible de dos filos, *para herir con ella a las gentes*. Él es el que las ha de juzgar y gobernar *con vara de hierro*, y él mismo es el que ha de calcar el lagar del vino del furor, y de la ira de Dios omnipotente. En suma, en el vestido o manto real de este mismo personaje admirable, se leían claras, y en varias partes, estas palabras: *Rey de reyes y Señor de señores*.

333. Puesto en marcha este grande ejército, vi un ángel en el sol, el cual a grandes voces convidaba a todas las aves del cielo: venid, les decía, y congregaos a la grande cena que os prepara el Señor. Comeréis las carnes de los reyes, de los capitanes, de los soldados, de los caballos y caballeros, de libres y esclavos, de grandes y pequeños. En esto vi que

aparecía por otra parte la bestia de siete cabezas, y con ella o en ella, los reyes de la tierra con todos sus ejércitos, que tenían congregados para hacer guerra al Rey de los reyes. La función se decidió desde el primer encuentro. La bestia fue presa en primer lugar, y con ella el pseudoprofeta, o la segunda bestia de dos cuernos, que era la que hacía los milagros, y la que había seducido a los habitantes de la tierra, haciéndoles tomar el carácter de la primera bestia, o declararse por ella. Estas dos bestias, y todo lo que en ellas se comprende, fueron arrojadas vivas en un grande estanque de fuego, que arde y se alimenta con azufre. La demás muchedumbre fue muerta con la espada del Rey de los reyes, que salía de su boca, y todas las aves se hartaron este día con sus carnes. Oigamos a la letra el texto de San Juan, que dice:

Y vi el cielo abierto, y pareció un caballo blanco, y el que estaba sentado sobre él, era llamado Fiel y Veraz, el cual con justicia juzga y pelea. Y sus ojos eran como llama de fuego, y en su cabeza muchas coronas. Y tenía un nombre escrito, que ninguno ha conocido sino él mismo. Y vestía una ropa teñida en sangre, y su nombre es llamado el Verbo de Dios. Y le seguían las huestes que hay en el cielo, en caballos blancos, vestidos todos de lino finísimo blanco, y limpio. Y salía de su boca una espada de dos filos para herir con ella a las gentes. Y él mismo las regirá con vara de hierro, y él pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios Todopoderoso. Y tiene en su vestidura, y en su muslo escrito, Rey de reyes y Señor de señores. Y vi un ángel, que estaba en el sol, y clamó en voz alta, diciendo a todas las aves, que volaban por medio del cielo. Venid, y congregaos a la grande cena de Dios: Para comer carnes de reyes, y carnes de tribunos, y carnes de poderosos, y carnes de caballos, y de los que en ellos cabalgan, y carnes de todos, libres, y esclavos, y pequeños, y grandes. Y vi la bestia, y los reyes de la tierra, y las huestes de ellos congregadas para pelear con el que estaba sentado sobre el caballo, y con su hueste. Y fue presa la bestia, y con ella el falso profeta: que hizo en su presencia las señales con que había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y adoraron su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos en un estanque de fuego ardiendo, y de azufre; y los otros murieron con la espada, que sale de la boca del que estaba sentado sobre el caballo, y se hartaron todas las aves de las carnes de ellos.

334. Sobre esta relación, que todos tenemos por indubitable, se excitó muchos días ha una disputa muy semejante a la pasada, y parece cierto que ha producido el mismo efecto. En los primeros siglos de la Iglesia se pensaba, y creía buenamente, lo primero: que la persona admirable de que aquí se habla no era, no podía ser otra que el mismo Jesucristo Hijo de Dios, e Hijo de la Virgen, en su propia persona y majestad. Se pensaba y creía lo segundo: que toda esta visión tan magnífica, representada con tantos símbolos y figuras admirables, era una profecía clara, era una pintura vivísima, era una descripción exacta y circunstanciada de la venida del cielo a la tierra, del mismo Jesucristo, la cual venida en su propia persona, y en suma gloria y majestad, nos predicen todas las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, y tenemos expresa en nuestro símbolo de la fe. Se pensaba y creía lo tercero: que viniendo aquel personaje del cielo a la tierra con tanto aparato, y encaminándose todo directa e inmediatamente contra la bestia, y contra el Anticristo, este Anticristo y todo cuanto se comprende debajo de este nombre, debía fenecer en aquel día, y quedar enteramente destruido y aniquilado con la venida del Señor; por consiguiente, que la venida misma del Señor, había de ser la ruina y el fin del Anticristo.

335. La razón y fundamento para todo esto, parecía entonces evidente y clarísimo. Fuera de la persona adorable del Hombre-Dios, decían entonces, no hay, ni puede haber en el cielo, ni en la tierra, persona alguna a quien puedan competir los nombres o títulos que se dan a esta persona, ni las señales y circunstancias tan particulares con que se describe su venida y su expedición. Los nombres o títulos son: el *Fiel* por esencia: el *Veraz*, *el que juzga y pelea con justicia*, *el Verbo de Dios*, *el Rey de los reyes*, *el Señor de los señores*. Las otras señales y circunstancias, son las muchas coronas que trae en la cabeza su vestido rociado con sangre, como se ve el mismo Cristo en el capítulo LXIII de Isaías, a donde alude visiblemente todo este paso del Apocalipsis: *¿Pues por qué (pregunta el mismo Isaías) es bermejo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan en un layar?* Sus ojos como dos llamas de fuego, del mismo modo que se describe el mismo Cristo en el capítulo primero del Apocalipsis. La espada de dos filos en su boca, como también se describe en el mismo capítulo primero. El ser esta persona misma la que ha de regir y gobernar a las gentes, con vara de hierro, como se lo promete su divino Padre en el salmo II: *los gobernarás con vara de hierro, y como a vaso de alfarerq los quebrantarás*. El ser esta persona la que ha de calcar metafóricamente el lagar metafórico del vino de la ira e indignación de Dios Omnipotente, como lo dice el mismo Cristo: *El lagar pisé yo solo,... los pisé en mi furor, y los rehollé en mi ira; y se salpicaron con su sangre mis vestidos, y manché todas mis ropas. Porque el día de la venganza está en mi corazón, el año de mi redención ha venido*.

336. No obstante todos estos nombres, y todas estas circunstancias tan claras, tan individuales, tan propias y peculiares de sola la persona de Cristo, y tan ajenas, tan distantes de cualquiera otra pura criatura; no obstante de hallarse todas estas expresiones, o las más de ellas en otros muchos lugares de la Escritura, en los cuales por confesión expresa de todos los doctores, se habla ciertamente de Cristo; mas llegando a este capítulo XIX del Apocalipsis se nota en ellos, no sé que grande novedad. Como si viesan ya de cerca un escollo inminente, y un próximo peligro, se les ve aferrar velas con suma prisa, y como en un grande alboroto, turbación y temor. No hay duda que su temor es justo y bien fundado. El escollo aunque desde alguna distancia es casi imperceptible a los ojos más linceos; mas en la realidad es un verdadero escollo, y de pésimas consecuencias. Es necesario evitarlo del modo posible, cueste lo que costare, o perecer en él. No tardaré mucho en explicarme más.

337. Llegando pues a este lugar del Apocalipsis, nos dicen y aseguran resueltamente (¿y qué otra cosa les es posible en su sistema?): que no se habla aquí de la venida de Cristo en gloria y majestad, que todos creemos como un artículo de fe, por consiguiente, que el personaje admirable que viene sentado sobre un caballo blanco con una espada de dos filos en la boca, con muchísimas coronas en la cabeza, con... aunque es un símbolo propio de Jesucristo, mas no es Jesucristo mismo, y si lo es, solamente lo es en su virtud, en su potestad, no en su persona. Quieren decir, según todo lo que yo puedo comprender, que por todos estos símbolos y figuras se representan admirablemente toda la virtud, la grandeza, la omnipotencia de Cristo mismo, el cual envía al arcángel San Miguel, como archistratego suyo, con todos los ejércitos que hay en el cielo, para que mate al Anticristo, y destruya enteramente su imperio universal.

338. Ahora, si yo o cualquiera otro asombrados de una expresión tan ingeniosa, les pedimos con toda cortesía que nos den alguna buena razón, que nos muestren algún fundamento positivo para persuadirnos, que el sol que luce a medio día no es el sol mismo, sino un planeta suyo que él ha enviado en su lugar revestido de todos sus resplandores, etc., nos quedamos más asombrados de ver que unos se hacen sordos del todo a nuestra petición, otros (dudo que sean muchos) no queriendo parecer tan desatentos, responden dos palabras, como personas que van muy de prisa, y no pueden detenerse en cosas de tan poco interés. *¿Qué necesidad tiene* (dice un autor de los más advertidos y juiciosos, en nombre de todos) *qué necesidad tiene el Señor de cielo y tierra de moverse de su lugar para combatir contra unos hombrecillos, a quienes con la menor insinuación puede arruinar y aniquilar, y echar por tierra millaradas de ellos en solo un momento por medio del menor de los ángeles?* Veis aquí, amigo, con toda claridad aquella misma razón, y aquel único fundamento con que negaban los doctores de nuestra parábola el viaje del papa Pío VI a la corte de Viena. No nos detengamos ahora en ponderar la fuerza invencible de esta razón, que por sí misma se manifiesta. Tal vez no se alega otra, porque ella sola basta y sobra; y verdaderamente basta y sobra para combatir cualquiera verdad por clara que sea. *¿Qué necesidad había de que el Hijo unigénito de Dios se hiciese hombre, ni de que el Hombre-Dios muriese desnudo en una cruz, cuando se podía remediar el linaje humano por otra vía más suave? ¿Qué necesidad había de que Cristo fuese en persona a resucitar a Lázaro hallándose actualmente tan lejos de Bethania, a la otra ribera del Jordán... en donde primero estaba bautizando Juan... cuando esto lo podía haber hecho con una palabra, o con un acto de su voluntad? ¿Ni qué necesidad puede haber de que el mismo Cristo envíe desde el cielo a San Miguel con todos los ejércitos del cielo, para combatir contra unos hombrecillos, a quienes con la menor insinuación puede arruinar y aniquilar?* Si hay necesidad o no, es claro que esto no toca al hombre enfermo, escaso y limitado, por docto que sea.

339. Yo estoy muy lejos de creer, ni me parece creíble que por esta sola razón nieguen los doctores que sea Jesucristo mismo en su propia persona, el personaje sacrosanto de que vamos hablando. Parece imposible que no tengan otra razón oculta, la cual por justos motivos no pueden declarar. Si alguna vez es lícito juzgar de las intenciones del prójimo, en esta ocasión lo podemos hacer sin escrúpulo alguno; así por ser claras y palpables, como por ser inocentes y justas, *atendidas las circunstancias*, de lo cual no dudamos. Otra razón, pues, hay que es la verdadera y la única; pero pide una gran circunspección. *¿Cuál es ésta?* Que su sistema general sobre la segunda venida del Mesías, en que han tomado partido (por las razones que se irán viendo en adelante) y en qué han procurado explicar todas las Escrituras, cae al punto, se desvanece, se aniquila, solo con este lugar del Apocalipsis, solo con admitir y confesar, como parece necesario, que se habla en él de la persona de Jesucristo, y de su venida que esperamos en gloria y majestad. Vedlo claro.

340. Si una vez se concede que aquel personaje admirable, que baja del cielo a la tierra con tanta gloria y majestad, es el mismo Jesucristo en su propia persona, es necesario conceder, que allí se habla ya de su venida segunda, que creemos y esperamos todos los cristianos, como un artículo esencial de nuestra religión. Solo se han creído, se creen y se creerán dos venidas del mismo Señor Jesucristo, de las cuales todas las Escrituras dan claros testimonios: una que ya sucedió, otra que infaliblemente debe suceder. Digo esto,

no al aire y fuera de propósito, sino porque sé que muchos doctores (aun sin contar a Adriano y Berruyer) admiten y suponen muchas otras venidas del Señor en gloria y majestad, aunque ocultas (lo cual me parece una verdadera implicación *in terminis*) y con estas venidas ocultas que suponen, pretenden explicar no pocos lugares de los Profetas y aun de los Evangelios; pero lo cierto es, que todo se avanza libremente, solo por huir la dificultad, y salvar de algún modo el sistema. En suma: ni las Escrituras, ni la Santa Madre Iglesia nos enseñan más que dos únicas venidas del mismo Hijo de Dios; y cualquiera otra cosa que sobre esto se avance, lo podemos, y aun debemos despreciar, no solamente como mal fundado, sino como falso y perjudicial, pues con estas suposiciones arbitrarias, se cubren las Escrituras con nuevos velos, y se oculta más la verdad. Prosigamos.

341. Si se concede que el personaje sacrosanto de que hablamos es Jesucristo en su propia persona, y que se habla ya de su segunda venida en gloria y majestad, parece imposible (piénsese como se pensare) parece imposible separar un momento el fin del Anticristo, de la venida de Cristo, que creemos y esperamos en gloria y majestad. ¿Por qué? Porque así el personaje sacrosanto, como todos los ejércitos celestiales que lo siguen; como la espada de dos filos que trae en su boca; como, en suma, todo aquel grande y magnífico aparato, se ve en el texto sagrado, encaminarse todo directa e inmediatamente contra la bestia, contra el Anticristo, contra los reyes de la tierra, contra todos sus ejércitos congregados *para pelear con el que estaba sentado sobre el caballo*, y como se dice en el salmo II: *Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los príncipes contra el Señor, y contra su Cristo*. Se ve en el texto sagrado, que toda la bestia, todo el Anticristo, todos los reyes que lleva en la cabeza, con todos sus ejércitos, serán en aquel día destruidos enteramente, y abandonada toda aquella multitud inmensa de cadáveres a todas las aves del cielo, ya congregadas *a la grande cena de Dios*.

342. Ahora, pues, si todo esto se concede: si por consiguiente no se separa el fin del Anticristo, y de todo su misterio de iniquidad, de la venida de Cristo en gloria y majestad: ¿qué se sigue? ¡O qué consecuencia tan importuna y tan terrible! Se sigue evidentemente según todas las reglas de la sana lógica, así antigua como moderna, que todas aquellas cosas particulares, y no ordinarias, que están anunciadas claramente en las Escrituras para después del Anticristo (las cuales confiesan todos los doctores, confesando al mismo tiempo y del mismo modo que piden tiempo y no poco para verificarse cómodamente): estas cosas, digo, que deben verificarse después de destruido y aniquilado el Anticristo, deberán igualmente verificarse después de la venida del Señor Jesucristo en gloria y majestad. Mas claro: aquel no pequeño espacio de tiempo que todos los doctores se ven precisados a conceder después de destruido el Anticristo, lo deberán conceder después de la venida de Cristo en gloria y majestad, y con esto solo, adiós sistema.

343. Para evitar el terrible golpe de una consecuencia tan clara o tan oportuna, ¿qué remedio? Difícilmente se hallará otro más oportuno, ni más ingenioso, ni más eficaz que el que vamos ahora considerando, esto es: negar resueltamente que se hable en este lugar de la venida de Cristo que esperamos, en su propia persona, concediéndola liberalmente en su virtud o en su potestad. Sustituir en lugar de la persona de Cristo al príncipe San Miguel (el cual como se dice en Daniel, es *uno de los primeros príncipes*, no el primero

de todos). Sustituir, digo, a este gran príncipe, sin otro fundamento que suponerlo así, es prepararse para hacer lo mismo sin misericordia, con cualquiera otro lugar de la Escritura que hable con la misma o mayor claridad, y que se atreva a unir el fin del Anticristo con la venida del Señor en gloria y majestad. De estos lugares hablaremos de propósito en el párrafo IV. Ahora nos es necesario e indispensable asegurarnos primero de este grande espacio de tiempo, que debe haber después del Anticristo.

Se establece con el consentimiento unánime de todos los doctores un espacio de tiempo después del Anticristo.

Párrafo III

344. No hay intérprete alguno, que yo sepa, que no admita como cierto e indubitable un espacio de tiempo pequeño o grande, determinado o indeterminado, después del Anticristo. La Divina Escritura se explica sobre esto con tanta claridad, que no deja lugar a otra interpretación. Es verdad que muchas cosas (mejor diremos casi todas) de las que están anunciadas para este tiempo, se procuran disimular y aun encubrir por varios de ellos con el mayor empeño, acomodando las que lo permiten, ya a la Iglesia presente en el sentido alegórico, ya al cielo en sentido anagógico, ya a cualquiera alma santa en sentido místico, y omitiendo del todo las que no se dejan acomodar, que no son pocas, ni de poca consideración. No es mi ánimo examinar por ahora, ni aun siquiera apuntar todo lo que hay en las Escrituras reservado visiblemente para después del Anticristo. Estas cosas, o muchas de ellas, tendrán en adelante su propio lugar. Para mi propósito actual me bastan aquellas pocas, que son concedidas de todos, pues por ellas tienen por indubitable dicho espacio de tiempo. Algunos pretenden que este tiempo durará solamente cuarenta y cinco días. Fúndanse en aquellas palabras bien oscuras de Daniel: *Y desde el tiempo en que fuere quitado el sacrificio perpetuo, y fuere puesta la abominación para desolación, serán mil doscientos y noventa días. Bienaventurado el que espera, y llega hasta mil trescientos y treinta y cinco días.* El residuo entre uno y otro número son 45. Mas este tiempo les parece a los más poquísimos para los muchos y grandes sucesos que desean colocar en él.

345. El primero de todos es la conversión de los judíos, que tantas veces y de tantas maneras se anuncia en las Escrituras, y que los doctores no hallan donde colocarla que no estorbe, sino después de la muerte del Anticristo. Esta conversión, dicen o deciden, sucederá después que los judíos vean muerto al Anticristo que creían inmortal: después que vean descubiertos y patentes a todo el mundo los embustes y artificios diabólicos de aquel inicuo, que ellos habían recibido y adorado por su Mesías. Con este desengaño avergonzados y confusos, abrirán finalmente los ojos, renunciarán a sus vanas esperanzas, y abrazarán de veras el Cristianismo. Pasemos por alto (y con la mayor paciencia y disimulo que nos sea posible) el modo y circunstancias con que se atreven a referirnos la conversión futura de los judíos, de todo lo cual no se halla el menor vestigio en las Escrituras todas. Sin atender por ahora a otra cosa, recibamos lo que aquí nos dan, y contentémonos con el espacio de tiempo que es necesario, lo primero, para que tantos millares de hombres ignorantes y durísimos, entren en verdaderos sentimientos de

penitencia. Lo segundo, para que sean instruidos suficientemente en los principios esenciales, y máximas fundamentales de la religión cristiana. Lo tercero y principal, para hallar en aquellos tiempos y circunstancias tantos ministros celosos y hábiles, que puedan instruir, bautizar y arreglar toda aquella infinita muchedumbre. Parece que todo esto requiere tiempo y no poco.

346. Mucho más tiempo será menester, si después de la conversión de los judíos se descubre el arca del Testamento, el tabernáculo y el altar del incienso, que escondió Jeremías en una cueva del monte Nevo, situada en la tierra de Moab, como sabemos de cierto que entonces se ha de descubrir para los fines que Dios solo sabe, y que no ha querido revelarlos. Esta noticia la hallamos expresa en el capítulo II del libro 2 de los Macabeos, que está recibido, y definido por tan canónico, como todas las otras Escrituras. En él se cita un lugar de las descripciones, o de las actas de Jeremías (las cuales se han perdido como algunos otros libros sagrados) y dice así: *se hallaba también en aquella escritura, como el Profeta por una orden expresa que recibió de Dios, mandó llevar consigo el tabernáculo y el arca, hasta que llegó al monte, en el que subió Moisés, y vio la heredad del Señor. Y habiendo llegado allí Jeremías, halló en aquel lugar una cueva, y metió en ella el tabernáculo, y el arca, y el altar de los perfumes, y cerró la entrada. Y habiendo ido después de todo algunos curiosos a notar el lugar donde quedaba escondido el precioso depósito, no lo pudieron hallar: lo cual sabido por el Profeta de Dios, los reprendió, y dijo: que será desconocido el lugar, hasta que reúna Dios la congregación del pueblo, y se le muestre propicio. Y entonces mostrará el Señor estas cosas, y aparecerá la majestad del Señor, y habrá nube, como se manifestaba a Moisés, etc.* Todo lo cual, no habiéndose verificado jamás, es necesario que se verifique algún día, el cual debe ser el mismo que señala la profecía: esto es, cuando *reúna Dios la congregación del pueblo, y se le muestre propicio.*

347. Sobre este lugar dicen muchos doctores, aunque con voz muy baja, casi imperceptible, que todo esto se verificó ya en tiempo de Nehemias, como consta del capítulo I del mismo libro de los Macabeos. Mas leído todo este capítulo, hallamos otra cosa infinitamente diversa. En él se habla únicamente del fuego del templo que escondieron algunos píos sacerdotes en un pozo vecino, lo cual conservado por tradición de padres a hijos hasta el tiempo de Nehemias, esto es, por espacio de 150 años poco más o menos. Envió el mismo Nehemias a los descendientes de dichos sacerdotes a que buscasen el pozo, y sacasen fuera lo que hallasen en él: *no hallaron el fuego, sino una agua crasa; con la cual agua hizo rociar el sacrificio, y la leña que estaba preparada; y sin otra diligencia se encendió la leña, y se consumió el sacrificio, y todos se maravillaron.* Mas esto, ¿qué conexión tiene con lo que se dice en el capítulo II? ¿Es lo mismo el fuego que escondieron los sacerdotes en un valle vecino, que el tabernáculo, el arca, el altar que llevó Jeremías a la tierra de Moab, a la otra parte del Jordán, y que escondió en una cueva del monte Nevo? ¿Este depósito sagrado se ha descubierto jamás? ¿No es cierto que se ha de descubrir alguna vez? ¿Cuándo? Cuando *reúna Dios la congregación del pueblo, y se le muestre propicio: Y entonces mostrará el Señor estas cosas, y aparecerá la majestad del Señor, y habrá nube, como se manifestaba a Moisés, y así como apareció a Salomón, cuando pidió que el templo fuese santificado para el grande Dios.*

348. Aún será menester mucho más tiempo si después de la muerte del Anticristo se verifica aquella nueva y exactísima repartición de toda la tierra prometida entre todas las tribus de Israel: la cual repartición se halla anunciada con la mayor claridad y precisión en el capítulo último de Ezequiel, y ni se ha verificado hasta ahora, como es *por sí conocido*, ni es muy creíble que se verifique un suceso tan grande, solo para que dure cuatro días. Acaso se dirá, que esta profecía se verificará en tiempo del Anticristo, cuando éste sea reconocido por Mesías, y ponga en Jerusalén la corte de su imperio universal, mas fuera de lo que queda dicho contra este supuesto Mesías, y contra todo su imperio imaginario, el texto mismo de la profecía con todo su contexto, lo contradice manifiestamente. En el tiempo de dicha repartición de la tierra se suponen todas las tribus recogidas de todas las naciones donde están esparcidas, no por manos de hombres, sino por el brazo omnipotente de Dios vivo; se suponen en estado de confusión, de llanto y de penitencia; se suponen humildes y dóciles a la voz de su Dios, y obedientes a sus mandatos; se suponen bañadas con aquella agua limpia (símbolo claro de la infusión del Espíritu Santo sobre ellas) que se les promete en el capítulo XXXVI del mismo Profeta, desde donde, hasta el fin de la profecía en los 14 capítulos siguientes, se habla ya seguidamente de su vocación a Cristo, y a la dignidad de pueblo de Dios, diciéndoles: *os sacaré de entre las gentes, y os recogeré de todas las tierras, os conduciré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias. Y os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros...*, y *moraréis en la tierra que di a vuestros padres, y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Y haréis memoria de vuestros caminos perversos, y de vuestros depravados afectos, y os serán amargos vuestros pecados, y vuestras maldades*. Dejemos estas cosas para su tiempo, pues de esta vocación y conversión de los judíos, comprendidas todas las tribus de Israel debajo de este nombre, tenemos infinito que hablar en todo el fenómeno siguiente, y todavía más adelante.

349. El segundo suceso, que según los doctores, debe verificarse después de la muerte del Anticristo, es el que se halla latísimamente anunciado en los capítulos 38 y 39 de Ezequiel: es a saber, la expedición de Gog, con toda su infinita muchedumbre contra los hijos de Israel; ya establecidos en la tierra de sus padres, y todas las resultas de esta expedición: dije, ya establecidos en la tierra de sus padres, porque así lo hallo expreso en la misma profecía; no una vez sola sino muchas. *Al fin de los años*, le dice Dios a este Gog, *vendrás a la tierra que se ha salvado de la espada, y muchos pueblos* (o como leen con más claridad Pagnini, Vatablo y los 70) *vendrás a la tierra aniquilada con la espada, trillada con la espada, la que fue derribada por la espada, y se ha recogido de muchos pueblos a los montes de Israel, que estuvieron mucho tiempo desiertos, ésta ha sido sacada de los pueblos y morarán todos en ella sin recelo... sobre aquellos que habían sido abandonados y después restablecidos, y sobre el pueblo que ha sido recogido de las gentes, que comenzó a poseer, y ser morador del ombligo de la tierra*. Este Gog, dicen unos, que será el Anticristo mismo (por consiguiente, digo yo, no será una persona singular). Otros dicen que será un príncipe amigo o aliado suyo: otros, que será alguno de sus principales capitanes, el cual vendrá a la tierra de Israel, a vengar la muerte de su soberano. Mas esta venganza ¿sobre quienes vendrá? ¿Sobre los judíos? Éstos son dignos más de lástima, que de castigo; pues han perdido a su Mesías, sin culpa suya, y contra su voluntad: la culpa toda la tiene San Miguel. ¿No será mejor que este príncipe Gog llame

otra vez todas las legiones del infierno, y con ellas suba al cielo, presente batalla a San Miguel, lo venza, lo humille, y vengue con esto la muerte del Anticristo?

350. Mas sea de esto lo que fuere, que esto pide observación particular, lo que hace ahora a nuestro propósito es una circunstancia notable que se lee expresa en esta profecía: esto es, que sucedida la muerte de Gog, y la ruina total de toda su infinita muchedumbre en la tierra, y montes de Israel, los judíos, contra quienes habían venido injustísimamente, quedarán ricos con los despojos de este ejército terrible, y una de sus principales riquezas será la leña. Por espacio de siete años, dice la profecía, no tendrán el trabajo de cortar árboles en sus bosques, ni buscar leña por otras partes, porque la tendrán con abundancia solo con las armas del ejército de Gog: *Y saldrán los moradores de las ciudades de Israel, y encenderán y quemarán las armas, el escudo, y las lanzas, el arco, y las saetas, y los báculos de las manos, y las picas, y los quemarán con fuego siete años. Y no llevarán leña de los campos, ni la cortarán de los bosques, porque quemarán las armas al fuego, y despojarán a aquellos, de quienes habían sido presa, y robarán a los que los habían destruido, dice el Señor Dios.* Según esto, tenemos después del Anticristo, y aun después de Gog, amigo y capitán suyo, vengador de su muerte, un espacio de siete años, cuando menos. Digo cuando menos: porque no es creíble que acabada la leña del ejército de Gog, se acabe con ella también el mundo. De esto parece se hacen cargo no pocos doctores graves con San Jerónimo; los cuales son de parecer, que estos siete años de que habla este profeta, significan indeterminadamente muchos años: lo cual lejos de negarlo, lo aprobamos de buena fe, y lo recibimos con buena voluntad, concluyendo esto mismo, que después de la muerte del Anticristo es preciso conceder un espacio de tiempo bien considerable, que a lo menos no sea más breve que siete años determinados: esto es, de mucho o muchísimo tiempo, según pareciere necesario para colocar en este tiempo, lo que no es posible colocar en otro según las Escrituras.

351. Supuesto esto, en que vemos convenir unánimemente a todos los doctores, de aquí mismo sacaremos una consecuencia (que es la final) terrible y durísima; pero legítima y necesaria, y de fácil demostración. Es ésta. Que este mismo espacio de tiempo, sea cuanto, fuere, que se concede después del Anticristo, se debe conceder después de la venida de Cristo que creemos y esperamos en gloria y majestad. ¿Por qué? Porque estando a toda la divina Escritura, y hablando seriamente como pide un asunto tan grave, no hay razón alguna para separar el fin del Anticristo, de la venida de Cristo, pues, la Escritura divina, que es la única luz que debemos seguir en cosas de futuro, no separa jamás estas dos cosas, sino que las une. Esto es lo que ahora debemos observar. No hay que olvidar lo que queda observado en el párrafo antecedente: lo cual parece tan claro, y tan evidente, que aunque no hubiese otro lugar en toda la Escritura, este solo bastaba, si se mirase sin preocupación, y sin empeño declarado. Mas no es solamente el capítulo XIX del Apocalipsis el que une estrechamente el fin del Anticristo con la venida de Cristo; hay fuera de éste, otros muchos lugares, que se explican en el asunto con la misma, o mayor claridad, que los intérpretes mismos cuando llegan a ellos y cuando miran todavía muy distantes, o tal vez, no miran la terrible consecuencia no dejan de reconocerlos. ¡Oh cuánto importaba aquí que nuestro Cristófilo estuviese medianamente versado en la lección de esta especie de libros!

Se examinan los lugares de la escritura enteramente conformes al capítulo XIX del Apocalipsis.

Párrafo IV

352. San Pablo escribiendo a los Tesalonicenses, actualmente alborotados por la voz que se había esparcido entre ellos de que ya instaba el día del Señor, les declara en primer lugar, que aquella era una voz falsa sin fundamento alguno, y *no os dejéis seducir de nadie en manera alguna*: porque el día del Señor no vendrá si primero no se verifican dos cosas principalísimas que deben preceder a este día. La primera la apostasía. La segunda, la revelación o manifestación del hombre de pecado o del Anticristo. De éste, pues, dice en términos formales, que llegado su tiempo el Señor Jesucristo lo matará con el espíritu de su boca, y lo destruirá con la ilustración de su venida. Parece que el punto no podía decidirse con mayor claridad y precisión. Si Jesucristo mismo ha de matar al Anticristo con el espíritu de su boca, si lo ha de destruir con la ilustración de su venida, luego la muerte y destrucción del Anticristo no puede separarse ni mucho ni poco de la venida de Cristo, y si se separa, no lo destruirá Cristo con la ilustración de su venida. La consecuencia parece buena, y lo fuera en otro cualquier asunto de menos interés; mas en el presente parece imposible que se le dé lugar. ¿Por qué razón? ¿Para qué hemos de repetir la verdadera razón, que está saltando a los ojos?

353. Si Jesucristo mismo destruye al Anticristo con la ilustración de su venida, quién concede un espacio de tiempo después de la destrucción del Anticristo, lo debe conceder forzosamente después de la venida de Cristo. Esto no se puede conceder sin destruir y aniquilar el sistema, luego es necesario una de dos cosas; o que ceda el texto, o que ceda el sistema. Del sistema no hay que pensarlo, luego deberá ceder el texto; y para que ceda con alguna especie de honor, ved aquí lo se ha discurrido.

354. El Apóstol dice, que el Señor Jesús destruirá al Anticristo con la ilustración de su venida: mas esto nos quiere decir que el Señor mismo vendrá en su propia persona a destruir al Anticristo, porque esto no es necesario; sino que lo destruirá sin moverse de su cielo, ya con el espíritu de su boca; esto es, por su orden, ya con la ilustración de su venida; *esto es*, con la aurora, o crepúsculos del día grande de su venida. Si preguntáis ahora, qué aurora, qué crepúsculos son estos del día del Señor, os responden, que no son otros que la venida gloriosa del arcángel San Miguel con todos los ejércitos *que son del cielo*; el cual matará al Anticristo, y destruirá todo su imperio universal, por orden y mandato expreso del mismo Jesucristo, que lo envía al mundo revestido de toda su autoridad, y de toda su omnipotencia. Lo más admirable es, que como si esta explicación fuese la más natural, la más genuina, y la más clara, como si no quedase otra dificultad alguna, pasan luego algunos doctores graves a hacer sobre esto una reflexión, o ponderación, o no sé como llamarla. Si la aurora, dicen, si los crepúsculos solo del día del Señor han de ser tan luminosos, ¿qué será el día mismo? Es decir. Si la venida al mundo del príncipe San Miguel, que no es más que ministro de Cristo, ha de ser tan terrible contra el Anticristo, y contra todo su imperio universal, ¿qué será el día de la venida del

mismo Cristo, cuando él venga del cielo a la tierra con toda su gloria y majestad? ¡Oh, a lo que puede obligar una mala causa, aun a los hombres más sabios y más cuerdos!

355. El segundo lugar que tenemos que examinar con gran cuidado es el capítulo XXIV del Evangelio de San Mateo, en el que hablando el Señor de propósito de la tribulación del Anticristo, la cual será necesario abreviar por amor de los escogidos, etc., concluye así: *Y luego después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas: Y entonces parecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y entonces plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad.* De modo, que concluida la tribulación de aquellos días, sucederá inmediatamente todo lo que se sigue: el sol y la luna se oscurecerán, las estrellas caerán del cielo (o porque también se oscurecerán, y por esto se perderán de vista como piensan unos; o porque caerán a la tierra muchísimas centellas, o exhalaciones encendidas que parecerán estrellas, como piensan los más con San Agustín y San Jerónimo): las virtudes, o los quicios, o los fundamentos de los cielos se conmovieron, parecerá en el cielo la señal, o el estandarte real del Hijo del Hombre, llorarán a vista de todo esto, todas las tribus de la tierra, y en fin, lo que hace más al caso, verán todos venir en las nubes del cielo al mismo Hijo del Hombre Jesucristo en su propia persona con gran virtud y majestad, las cuales palabras corresponden perfectamente a aquellas con que empieza el Apocalipsis: *He aquí que viene con las nubes, y le verá todo ojo...* Todas estas cosas dice el mismo Señor, que sucederán *luego después de la tribulación de aquellos días...*

356. Ahora: antes de pasar adelante, sería convenientísimo el saber de cierto la verdadera y propia significación de la palabra *luego*: a lo menos saber de cierto si esta palabra tiene alguna vez otra significación diversa de aquella ordinaria, que todos sabemos, y que tenemos por única. Digo que sería buena esta noticia en el punto presente, porque *son muy diversas las sentencias de los autores.* En algunos, especialmente en aquellos que no exponen toda la Escritura, sino solamente los Evangelios y que por consiguiente no tienen que atender a otras consecuencias, se halla la palabra *luego* en su sentido natural sin novedad alguna. Conceden francamente, que todo lo que contiene el texto citado, incluido en ello la venida misma del Señor, sucederá infaliblemente *luego después de la tribulación de aquellos días*: mas otros doctores más advertidos, divisando bien el inconveniente, no son tan liberales con la palabra *luego*, la cual se halla en ellos con más novedad de lo que parece a primera vista. Es verdad que la dejan pasar; más con mucha discreción y economía, suavizándola primero, de modo que no pueda hacer mucho daño. Así pues, la palabra *luego*, según su explicación, no se debe entender con tanto rigor, sino en sentido más lato, o más benigno, como si dijera: en breve, presto, no mucho después.

357. Yo estoy muy lejos de contradecir esta pequeña violencia, ni de formar disputa sobre palabras. El sentido que aquí se le da a la palabra *luego después*, fuera bastante natural y obvio, si no se pusiese de por medio un gravísimo interés; si a lo menos nos declarasen los doctores un poco más su mente; si nos dijese que es lo que realmente pretenden con esta economía; si su expresión *no mucho después*, es absoluta, o solamente respectiva; si significa pocos días, o pocas horas después, absolutamente hablando, o significa poco

tiempo, comparado con otro mayor, verbi gratia de mil o dos mil años, porque en la realidad nos dejan en esta incertidumbre, y su poco tiempo nos parece muy equívoco, y por eso no poco sospechoso. Para que podamos conocer mejor este equívoco, y al mismo tiempo el misterio de esta expresión equívoca, consideremos atentamente estas dos proposiciones, y veamos si puede haber entre ellas alguna diferencia notable. Primera: *Cristo ha de venir* (luego después) *de la tribulación de aquellos días*. Segunda: *Cristo ha de venir* (no mucho después) *de la tribulación de aquellos días*.

358. No perdamos tiempo en consultar sobre ello a los dialécticos. El problema no es tan difícil, que no baste para resolverlo la dialéctica natural, o la sola lumbre de la razón. Primeramente se concibe bien, que las dos proposiciones (moralmente hablando) pueden ser verdaderas y significar una misma cosa: no se ve entre ellas oposición alguna sustancial; no se destruyen mutuamente, pueden fácilmente acordarse. Con todo esto, si atendidas bien las circunstancias, buscamos en ambas proposiciones aquel sentido, sencillo y claro, que nos prescribe el evangelio cuando dice: *vuestro hablar sea, sí, sí; no, no*, es fácil divisar no sé que diferencia, la cual va creciendo, mientras más de cerca se va mirando. La primera proposición se ve clara, y se entiende al punto sin otra reflexión; la segunda no tanto. La primera no admite equívoco ni sofistería; la segunda puede muy bien admitirla, si se la quieren dar. La primera nos da una idea sencilla y natural, de que no ha de mediar entre el fin de aquella tribulación y la venida del Señor, algún espacio considerable de tiempo: por consiguiente, que entre estas dos cosas no ha de haber algunos sucesos grandes y extraordinarios, que pidan tiempo considerable para verificarse; sino que concluidos aquellos días de tribulación, luego al punto, o físicamente o materialmente, o a lo menos moralmente, sucederá la venida del Señor con todas las cosas que la deben acompañar, y están expresas en el texto: mas en la segunda proposición no se ve esta idea tan inocente, tan sencilla, tan natural; antes por el contrario nos deja en una grande confusión, sin poder saber determinadamente la verdadera significación de las palabras *no mucho después*; pues aunque la intención sea extenderlas a cuanto tiempo se quiera, o se haya menester, verbi gratia a tres o cuatro siglos, siempre queda el efugio fácil de que tres o cuatro siglos es un espacio de tiempo casi insensible, respecto de cuatro o cinco mil, mucho más respecto de la eternidad. Así que, la primera proposición cierra enteramente la puerta a todo suceso, y a todo espacio considerable de tiempo, más la segunda no es así, parece que también la cierra, pero es innegable que no la cierra bien; es innegable que la deja como entre abierta; y quedando en este estado, es cosa bien fácil ir la abriendo más cuanto fuere necesario, y hacer entrar insensiblemente y sin ruido, todos los sucesos que se quisiere, por grandes que sean.

359. En efecto, esto es lo que se pretende, y éste es, según parece, todo el misterio. Y si no, ¿por qué fin se convierte la palabra *luego después*, que es tan clara, en las palabras, no tan claras, *brevemente, al instante, no mucho después*? El espacio de tiempo que deben significar estas palabras, no puede ser tan corto, en la intención de los doctores, que no sea suficiente para abarcar cómodamente los muchos y grandes sucesos que pretenden colocar en él. Ved aquí algunos de los principales, fuera de los que quedan apuntados en el párrafo antecedente.

360. Ha de haber tiempo, dicen, lo primero, para que muchísimos cristianos, *de uno y otro sexo*, de todas clases y condiciones, que ya por flaqueza, ya por temor, ya por ignorancia, ya por seducción, habían renunciado a Cristo, y adorado al Anticristo, reconozcan su culpa, hagan frutos dignos de penitencia, y sean otra vez admitidos al gremio de la Iglesia, y a la comunión de los santos. Ha de haber tiempo, lo segundo, para que los obispos de todo el orbe, que en tiempo de la gran tribulación habían huido al desierto, y escondiéndose en los montes y cuevas (que esto quieren que signifique la huida al desierto de aquella célebre mujer, vestida del sol, del capítulo XII del Apocalipsis, como veremos en su lugar) tengan noticia cierta de la muerte del Anticristo, y ruina total de su imperio universal. Ha de haber tiempo, lo tercero, para que estos obispos vuelvan a sus iglesias, recojan las reliquias de su antiguo rebaño, curen sus llagas, las exhorten, las enseñen de nuevo, y les den todo el pasto necesario y conveniente en aquellas circunstancias. Ha de haber tiempo, lo cuarto, para aquellos sucesos de que hablamos: esto es, para que se conviertan los judíos, para que sean instruidos, bautizados, arreglados, etc.; y también para que se recojan, y consuman todas las armas del ejército de Gog; lo cual no pueden hacer en menos de siete años, según la profecía: y si estos siete años significan un número grande de años indeterminado, tanto mejor; mucho más tiempo será necesario conceder. Y veis aquí señor mío, descifrado todo el misterio. Veis aquí en lo que viene finalmente a parar el *luego*, el *brevemente*, *al instante*, *no mucho después*. Ésta parece que es la razón verdadera y única que ha obligado a convertir las palabras claras y sencillas del Apóstol: *el Señor Jesús destruirá al Anticristo con la ilustración de su venida*, en las palabras sumamente, oscuras y poco sinceras, lo destruirá con la aurora, o crepúsculos de su venida: dando el nombre de aurora, o crepúsculos del día del Señor, a una venida imaginaria de San Miguel, para huir de este modo la dificultad. Ésta es, en fin, la razón verdadera y única que los ha obligado a convertir en el príncipe San Miguel aquel grande y admirable personaje del capítulo XIX del Apocalipsis: esto es, al Rey de los reyes, y al Verbo de Dios.

Consecuencias duras y pésimas de este espacio de tiempo que pretenden los doctores entre el fin del Anticristo, y venida de Cristo.

Párrafo V

361. Los tres lugares de la Escritura Divina, que acabamos de observar (dejando otros muchos por evitar prolijidad) combaten directamente el espacio de tiempo, que pretenden comúnmente los doctores no tanto probar como suponer. Estos tres lugares del Apocalipsis, de San Pablo, y del Evangelio, parece claro que no tienen otra respuesta, ni otro efugio, que las inteligencias, y explicaciones casi increíbles, que también hemos observado. Fuera de éstos, hay otros muchos que combaten indirectamente dicho espacio de tiempo; mas cuya fuerza y eficacia parece todavía más sensible, por los gravísimos inconvenientes, por las consecuencias duras e intolerables que se siguieran legítimamente, si una vez se concediese o tolerase este espacio de tiempo entre el fin del Anticristo y la venida del Señor.

362. Para que podamos ver con mayor claridad estos inconvenientes, o estas consecuencias legítimas, aunque duras e intolerables, discurremos, Cristófilo amigo, los dos solos. Prescindamos por este momento de lo que dicen o no dicen todos los doctores; imaginemos que no hay en el mundo otros hombres, que quieran hablar de estas cosas, sino vos, y yo; con esta imaginación (verdadera o falsa) podremos hablar con más licencia, y con más libertad, y nos podremos explicar mejor.

363. Yo sé bien, amigo mío, que según todos vuestros principios habéis menester algún espacio de tiempo (no tan corto como queréis dar a entender) entre el fin del Anticristo y la venida de Cristo, que esperamos en gloria y majestad. También sé con la misma certidumbre para qué fin habéis menester aquel tiempo, y cuál es el verdadero motivo de vuestra pretensión: porque todo esto lo he estudiado en vos mismo, oyendo con toda la atención de que soy capaz vuestro modo de discurrir sobre estos asuntos. Certificado plenamente de vuestros pensamientos, y también de vuestras intenciones, os pregunto en primer lugar (empecemos por aquí): ¿con qué derecho, con qué razón, sobre qué fundamento queréis suponer un espacio de tiempo entre el fin del Anticristo, y la venida de Cristo? En la Escritura Divina no lo hay; antes hay fundamentos a centenares para todo lo contrario. Vos mismo no podéis negarlo; pues siendo tan versado en las Escrituras, y tan empeñado por este espacio de tiempo, del cual tenéis una extrema necesidad, con todo eso no podéis alegar algún lugar a vuestro favor. Cualquiera otro fundamento que no sea de la Divina Escritura, mucho más si se opone a ella, no puede tener firmeza alguna en un asunto de futuro.

Pues ¿sobre qué estriba vuestra suposición? ¿Solamente sobre vuestra palabra? Por otra parte: yo os he mostrado tres lugares clarísimos de la misma Escritura, que destruyen evidentemente vuestro espacio de tiempo. He oído con asombro la explicación ciertamente inaudita que les habéis dado, y que estáis resuelto a dar a muchos otros que pudiera mostraros en los Profetas y en los Salmos mas esto sería continuar eternamente la discordia.

364. Por tanto, dejando ya este camino directo, o este argumento *a priori* que parece áspero y molesto, probemos por el otro, que llaman *a posteriori* (excusad estas palabras un poco anticuadas); el cual camino, aunque algo más dilatado, suele ser más llano, y no menos eficaz.

Yo os concedo, amigo, sin límite alguno todo el tiempo que quisierais, y hubiereis menester, entre el fin del Anticristo, y la venida de Cristo. Haced cuenta que por ahora sois dueño del tiempo, que todo se ha puesto en vuestras manos, y dejado a vuestra libre disposición. Repartidlo, pues, como os pareciere más conveniente. Colocad en él todos aquellos sucesos que os acomodaren, y que no halláis por otra parte donde, ni como acomodarlos a vuestro gusto, así los revelados, como también los imaginados. Entre tanto, yo os pido solamente una gracia, que no podéis negarme honestamente, es a saber: que me sea lícito hallarme presente a la repartición que hiciereis de este tiempo, y ver por mis ojos todos los sucesos que fuereis colocando en él. Así podré observar más fácilmente las resultas o las consecuencias que podrán seguirse, y después con vuestra licencia las podré ofrecer amigablemente a vuestra consideración.

365. Primeramente pedís tiempo suficiente entre el fin del Anticristo y la venida de Cristo, para que muchísimos Cristianos (mejor diréis los más o casi todos, *según las Escrituras*) que habían sido engañados por el Anticristo, y entrado en su misterio de iniquidad, puedan reconocer su engaño, llorar sus errores, y hacer una verdadera y sincera penitencia. Esto decís que se debe creer piadosamente de la bondad y clemencia de Dios, ¡y yo me maravillo cómo no pedís ese espacio de penitencia para el mismo Anticristo, para su profeta, para toda aquella infinita muchedumbre que en aquel día se ha de abandonar a las aves del cielo, pues leemos que *se hartaron todas las aves de las carnes de ellos!* Ahora, como vuestro Anticristo era un monarca universal de todo el orbe, como no hubo parte alguna del mismo orbe en que no hiciese los mayores males, a todas partes se deberá extender aquella indulgencia; así no habrá reino, ni provincia, ni ciudad en todas las cuatro partes del mundo, ni aun las islas más remotas, verbi gratia la nueva Olanda, la nueva Celandia, las islas de Salomón, etc. que quede excluida de este espacio de penitencia. Es fácil concebir cuanto tiempo es necesario para que llegue desde Palestina, *hasta los términos de la redondez de la tierra*, la noticia de la muerte del monarca, y después de esto, para que produzca unos efectos tan buenos.

366. Lo segundo, pedís tiempo suficiente para que aquellos pastores, que habían huido a vista de los lobos, desamparando su grey, escondiéndose en los montes y cuevas, tengan también noticia cierta de la muerte y destrucción del hombre de pecado, y de la paz, tranquilidad, y alegría en que ha quedado todo el mundo, para que puedan volver a sus iglesias, o a los lugares donde antes estaban; para que puedan buscar, llamar y recoger el residuo de su grey; para que puedan curar este residuo de sus heridas, y ayudarlo a levantarse de la tierra, sustentarlo, apacentarlo, acrecentarlo, etc. Y como se debe suponer, que muchos de estos pastores, no queriendo o no pudiendo huir quedaron muertos en la batalla, y como también se puede o debe suponer, que muchos de los que huyeron a los montes y cuevas murieron de hambre, de frío, de incomodidad, etc.; deberá haber tiempo suficiente para elegir y consagrar nuevos obispos y enviarlos a todas aquellas partes donde han faltado, y donde son tan necesarios (lo cual Roma ya no podría hacer, por haber muerto antes el Anticristo); y después de esto debería haber tiempo suficiente, para que estos nuevos obispos, así como los antiguos, ejerciesen su ministerio; pues no parece justo ni verosímil, que queden excluidas de este socorro tan necesario, solamente aquellas iglesias, cuyos pastores, como buenos, dieron la vida *por sus ovejas*, o muriendo de otra manera; mas siempre debajo de la cruz.

367. Lo tercero, pedís tiempo. ¿Para qué? Para la conversión de los judíos, si no con todas, a lo menos con algunas de las circunstancias gravísimas con que se anuncia este gran suceso en todas las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, lo cual es tan claro, que es imposible disimularlo del todo. Digo del todo, porque no ignoro que en la mayor y máxima parte se procura disimular, y aun también despreciar; y no solo despreciar, mas también burlar con irrisión formal y declarada, como empezaremos a observar desde el fenómeno siguiente, a donde por ahora me remito. Lo cuarto, en fin, pedís tiempo, o determinado o indeterminado (pero que no sea menos de siete años) para que los mismos judíos, después de convertidos a Cristo, puedan consumir las armas del ejército innumerable de Gog, destruido enteramente por el brazo omnipotente de Dios en la tierra

y montes de Israel; el cual ejército había ido contra ellos, después de estar establecidos en su tierra: todo lo cual veremos en adelante, porque no es posible verlo todo de un golpe.

368. Habiendo, pues, estado el tiempo a vuestra libre disposición, habiendo colocado en él todos los sucesos que os ha parecido, toca a mí ahora decir una palabra, y mostraron una consecuencia justísima que se sigue de todo esto, la cual no podéis negar ni prescindir de ella, estando de acuerdo con vos mismo. La consecuencia es ésta: luego cuando venga el Señor, que será, según el Evangelio *luego después...* y según vuestra explicación *no mucho después* de la tribulación del Anticristo, deberá estar todo el mundo quieto y tranquilo: la iglesia en suma paz, en religión, en piedad, en observancia de las leyes divinas; todos los hombres atónitos y compungidos con la venida a la tierra del príncipe San Miguel con todos sus ángeles; con el castigo y muerte del monarca; con la ruina de su imperio universal; y con la desgracia de tantos otros cuyas carnes se abandonaron a las aves del cielo, congregadas *a la grande cena de Dios*. Todos en suma, estarán desengañados, iluminados y penetrados de los más vivos sentimientos de penitencia, aun entrando en este número, no solamente los étnicos, los mahometanos, herejes, ateos, etc., sino también los duros, obstinados y pérfidos judíos. ¿Qué os parece, amigo, de esta consecuencia? ¿Os atreveréis a negarla? ¿Podréis omitirla o prescindir de ella? ¿No habéis pedido el espacio de tiempo determinadamente para todo esto? ¿Qué tenéis ahora que temer ni que recelar?

369. Concedida, pues, la consecuencia, pasemos luego a confrontarla con solos tres lugares del Evangelio, que, dejando otros muchos, os pongo a la vista.

370. Primero: Jesucristo hablando de su venida, dice así: *Mas cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?* Las cuales palabras, aunque parecen una simple pregunta, mas ninguno duda que en su divina boca son una verdadera profecía, son una afirmación clarísima del estado de perfidia y de iniquidad en que hallará toda la tierra cuando vuelva del cielo; pues si no ha de hallar fe, que es el fundamento de todo lo bueno, ¿qué pensáis que hallará? Síguese de aquí, que o las palabras del Señor, nada significan, o que son falsos y algo más que falsos los sucesos que habéis colocado en vuestro espacio imaginario de tiempo: por consiguiente el espacio mismo.

371. Segundo: Jesucristo dice, que cuando vuelva del cielo a la tierra, hallará el mundo como estaba en tiempo de Noé, *así como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre*. Reparad ahora la propiedad de la semejanza: *y así como en los días antes del diluvio se estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca. Y no lo entendieron hasta que vino el diluvio, y los llevó a todos: así será también la venida del Hijo del Hombre*. De modo, que así como cuando vino el diluvio estaba todo el mundo en sumo descuido y olvido de Dios, y por buena consecuencia en una suma perfidia, iniquidad y malicia, *porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra*; así como el diluvio los cogió a todos de improviso, menos aquellos pocos justos que Dios quiso salvar; asimismo dice el Señor sucederá en la venida del Hijo del Hombre. Y por San Lucas: *De esta manera será el día en que se manifestará el Hijo del Hombre*.

372. Tercero: Jesucristo llama al día de su venida, *día repentino*; y añade, que este día será como un lazo para todos los habitantes de la tierra. Y como dice el Apóstol a este mismo propósito: *Cuando dirán paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina, como el dolor a la mujer que está en cinta, y no escaparán*. Paremos aquí un momento, y hagamos alguna reflexión sobre estos tres lugares del Evangelio.

373. Y para entendernos mejor y evitar todo equívoco y sofisma (como hombres que deseamos sinceramente conocer la verdad para abrazarla) supongamos, amigo, que vos y yo, entre otros muchos nos hallamos vivos en todo aquel espacio de tiempo que habéis pedido entre el fin del Anticristo y la venida de Cristo. Esta suposición no podéis mirarla como repugnante o imposible: lo primero, porque nadie sabe cuando vendrá este Anticristo, y su gran tribulación; si dentro de doscientos años o de doscientos días, si dentro de más tiempo o de menos. A los que esto desean saber, no se les da otra respuesta que ésta: *Velad... Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*. Lo segundo, porque este espacio de tiempo después del Anticristo no puede ser grande, según vos mismo, sino muy breve: porque luego o no mucho después hemos de ver al Hijo del Hombre, *que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad*.

374. Habiendo pues en nuestra hipótesis sobrevivido al Anticristo, hemos sido testigos oculares, así de los males gravísimos que ha hecho en toda nuestra tierra, como de la venida de San Miguel con todos los ejércitos del cielo, como también de todas las circunstancias particulares de la muerte de nuestro monarca y de la ruina plena y total de su monarquía universal. Ya gracias a Dios nos hallamos libres de este monstruo de iniquidad. Con su muerte goza toda la tierra de una perfecta tranquilidad; ya podemos con verdad decir lo que decían aquellos ángeles: *Hemos recorrido la tierra, y he aquí toda la tierra, está poblada y en reposo*; ya vemos con sumo júbilo que los obispos fugitivos vuelven a sus iglesias, y son recibidos del residuo de su grey con las mayores muestras de devoción, de piedad y de ternura: que los templos parte profanados, parte arruinados, se purifican, o se edifican de nuevo; vemos con edificación muchos hombres apostólicos salir acompañando a sus obispos, a predicar penitencia entre los cristianos que se habían pervertido: otros más animosos los vemos volar hacia las partes más remotas del mundo a predicar el Evangelio, donde antes no se había predicado, o donde no había tenido tan buen efecto su predicación. Vemos a los míseros judíos bañados en lágrimas, compungidos, desengañados y convertidos de todo corazón a su verdadero y único Mesías por quien tantos siglos habían suspirado. Vemos en suma, con nuestros propios ojos, verificados plenamente todos los sucesos que vos mismo habíais anunciado para este tiempo.

375. Con todo eso oídme, señor mío, una palabra. El espacio de tiempo que habíais pedido para todos estos sucesos grandes, y admirables, no fue ni pudo ser tan grande, que pasase todos los límites de la discreción y aun de la revelación. ¿Qué límites son éstos? Son, amigo, el *luego después* del Evangelio, y también el *en breve, presto, no mucho después* de vuestra misma explicación. Según vos mismo, la venida del Señor *con grande poder y majestad*, debe estar ya tan cerca, que la podemos y aun debemos esperar por días o por horas. Todos los que hemos quedado vivos después del Anticristo estamos en esta expectación. Todos sabemos que el Señor ha de venir, o luego al punto, si esto

significa la palabra *luego*, o a lo menos no mucho después de la gran tribulación que hemos visto y experimentado en los días del Anticristo. Esto nos enseñan como un punto de suma importancia nuestros obispos venidos del desierto, y nuestros misioneros llenos del Espíritu Santo. Ya casi no hay persona alguna que no lo sepa: todos en fin estamos en vela, *porque sao sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor*.

376. Esto supuesto, decidme ahora, mi buen Cristófilo: ¿Os parece creíble, ni posible, que en tan corto espacio de tiempo, no sólo se hayan podido hacer en todo el mundo cosas tan gloriosas, sino que el mismo mundo se haya otra vez pervertido como en tiempo del Anticristo? ¿Que se haya olvidado tan presto de la venida de San Miguel: de su espanto y terror en el castigo de tanta muchedumbre de su llanto, de su penitencia, y también de la cercanía del día del Señor? ¿Cómo ha podido suceder una mudanza tan extraña y tan universal? ¿Qué otro Anticristo ha venido de nuevo, mayor que el que acaba de matar San Miguel? En este tiempo en que ahora nos hallamos, vemos muerto al Anticristo con su falso profeta; los reyes de la tierra que tanto le ayudaban, muertos todos con sus ejércitos; la muchedumbre de Gog muerta; el resucitado imperio romano con su corte idólatra y sanguinaria, muerto; todos los capitanes, gobernadores y soldados, secuaces del Anticristo, muertos por San Miguel, y devorados por todas las aves del cielo. Por otra parte, los obispos fugitivos han vuelto a sus iglesias, las ovejas a sus pastores, los que estaban fuera de la iglesia han entrado en ella, y han sido recibidos con suma caridad, y la misma iglesia se halla en una grande paz sin enemigos que la perturben ni dentro ni fuera, etc.

377. Y no obstante todo esto, Jesucristo que ya viene, que ya está casi a la puerta, ¿ha de hallar toda la tierra tan olvidada de Dios, tan corrompida, tan inicua, *así como en los días de Noé*? Jesucristo que ya viene, ¿apenas ha de hallar en toda la tierra algún vestigio de fe: *pensáis que hallará fe en la tierra*? Jesucristo que ya viene, ¿ha de coger de improviso a todos los habitantes de la tierra? El día de su venida, que ya insta, ¿ha de ser *aquel día repentino*; y como un lazo *vendrá sobre todos los que están sobre la haz de toda la tierra*? Si vos, señor, o algún otro ingenio sublime, puede concebir estas cosas, y concordarlas entre sí, yo confieso francamente mi pequeñez: no hallo como, ni por donde salir de este laberinto; ni sé lo que hubieran respondido los doctores mismos, si hubiese habido en su tiempo quien les propusiese estas dudas, y les pidiese una respuesta categórica. Veis aquí, pues, las consecuencias que naturalmente se siguen del espacio de tiempo que pretendéis entre el fin del Anticristo, y la venida de Cristo.

378. No ignoráis que de esta consecuencias os pudiera presentar muchísimas, sin otro trabajo que copiar otros muchos lugares de las Escrituras; mas esta diligencia sería tan inútil, como encender muchas lámparas para añadir con ellas más claridad al día más sereno. No obstante, parece que no será del todo inútil, ni fuera de propósito, representaros brevemente otra buena consecuencia, que infaliblemente se seguiría, si el fin del Anticristo sucediese de otro modo que con la venida misma de Cristo en gloria y majestad.

Otra consecuencia.

Párrafo VI

379. Si se lee con alguna mayor atención lo que queda observado en el párrafo VII del primer fenómeno, se deberá reparar con alguna especie de terror el gran fracaso y el terrible estrago que debe hacer en el mundo cierta piedra cuando baje del monte. Se deberá reparar, que dicha piedra desprendida de un alto monte *sin mano alguna*, o sin que nadie la toque, ni la tire, ella se desprende por sí misma, ella se mueve, ella se encamina directamente hacia los pies de la grande estatua: al primer golpe los quebranta, y reduce a polvo, y topo el coloso terrible cae a tierra, y se desvanece como humo.

380. Ahora pregunto yo: ¿después del fin y ruina del Anticristo, quedará en esta tierra existente, entero y en pie este gran coloso o no? Según los principios ordinarios, o según todas las ideas que nos dan los doctores del Anticristo, parece claro que no. Lo primero, porque suponen como cierto que el Anticristo ha de ser un monarca universal de todo el orbe; y esta monarquía universal no puede concebirse, si la estatua queda en pie, o por hablar con mayor propiedad, si los pies y dedos de la estatua quedan todavía divididos, e independientes. Para la monarquía universal es preciso, que todos los reinos y señoríos particulares se reduzcan a una misma masa; y si acaso quedan algunos, que estos queden súbditos, no libres, e independientes: por consiguiente es necesario que la monarquía universal se haya tragado e incorporado en sí misma todos cuantos reinos, principados y señoríos particulares se conocían en la tierra. Lo segundo, porque no niegan los doctores, antes lo suponen como una verdad (y esto con suma razón) que juntamente con el Anticristo han de morir del mismo accidente todos los reyes de la tierra, todos los príncipes, grandes, capitanes y soldados de todo su imperio universal, pues todos estos son nombrados expresamente en el convite general que se hace a todas las aves del cielo (diciéndoles): *Venid y congregaos a la grande cena de Dios; para comer carnes de reyes, y carnes de tribunos, y carnes de poderosos, y carnes de caballos, y de los que en ellos cabalgan*. Lo tercero, porque suponen que el imperio romano (no obstante que debe durar hasta el fin del mundo como nos aseguran tantas veces con gran formalidad; mas aquí no guardan consecuencia): suponen, digo, y nos aseguran, que este imperio romano bajado en aquellos tiempos de los espacios imaginarios y vuelto a su antigua grandeza y esplendor, deberá también ceder al Anticristo, y agregarse al imperio de oriente, o de Jerusalén que debe ser el único. Lo cual sucederá, dicen, cuando Roma idólatra y sanguinaria sea destruida por diez reyes enemigos del Anticristo, y estos sean vencidos poco después por el mismo Anticristo.

381. Según esto, parece que deben confesar aquí de buena fe, que muerto el Anticristo, y destruido enteramente su imperio universal, y con él todos los reyes y príncipes, con todos sus ejércitos congregados *para pelear con el que estaba sentado sobre el caballo*, no puede quedar en el mundo reliquia alguna del gran coloso; pues estando todo incorporado en el imperio universal del Anticristo, destruido este imperio universal, es consiguiente que quede destruido y aniquilado el coloso mismo.

382. Ved ahora la consecuencia y juzgad *rectamente*. Luego la piedra que ha de bajar del monte sobre el coloso, y reducirlo todo *a tamo de era de verano, lo que arrebató el viento*, no puede ser Cristo mismo, sino San Miguel; por consiguiente, San Miguel

crecerá entonces, y se hará un monte tan grande, que cubrirá toda la tierra: *porque la piedra que había herido la estatua, se hizo un grande monte, e hinchió toda la tierra*. Si la piedra debe ser Cristo mismo, como no se puede dudar: luego cuando esta piedra baje del monte, cuando Cristo mismo baje del cielo, que según dicen, será poco después de San Miguel, ya no hallará tal coloso, donde dar el golpe, y, a Dios profecía. Si halla todavía el coloso, y en efecto lo destruye cayendo sobre él; luego no lo destruye San Miguel; luego fue inútil la venida de este príncipe con todos los ejércitos *que hay en el cielo*; luego todo el capítulo XIX del Apocalipsis no tiene significado alguno; mejor diremos: luego la venida de San Miguel es una pura imaginación, y un puro efugio de la dificultad.

383. De otro modo. Si la piedra de que habla la profecía es Cristo mismo indubitablemente: luego Cristo mismo al bajar del cielo a la tierra, hallará toda la estatua en pie, dará contra ella, y la convertirá en polvo; luego no puede haber espacio alguno de tiempo entre la ruina de la estatua y la venida de Cristo. Y como toda la estatua, o todos los reinos, principados y señoríos, según nos dicen, deberán estar entonces no solamente incluidos, sino identificados con el imperio universal del Anticristo, que debe componerse de todos juntos; quien destruye la estatua, destruye forzosamente este imperio universal; y quien destruye este imperio universal, destruye forzosamente toda la estatua. Quien destruye todo esto, debe ser Cristo mismo cuando baje del monte; luego no puede haber un instante de tiempo entre la venida de Cristo y la destrucción de todo esto, y por consiguiente del Anticristo, *a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, y le destruirá con el resplandor de su venida*.

384. El argumento, aunque me parece bueno, no por eso pienso que no puede tener alguna solución. Se puede responder lo primero: que la piedra que ha de bajar sobre la estatua será Cristo mismo; mas no en su propia persona, sino en virtud. Se puede responder lo segundo (volviendo a las antiguas): que la piedra de que se habla es Cristo mismo; mas no en la segunda venida, sino en la primera; por consiguiente esta piedra ya bajó del monte siglos ha, y destruyó entonces la grande estatua, esto es, el imperio de Satanás, etc. Será preciso tenerse en esto, cueste lo que costare, sin ceder un punto; ni yo pienso hablar sobre esto una palabra más. Me remito enteramente a vuestras serias reflexiones.

Resumen y conclusión

Párrafo VII

385. Deseara, señor, si esto fuese posible, que quedásemos de acuerdo, o que a lo menos nos formásemos una idea clara y precisa de todas las cosas que acabamos de observar en este fenómeno. Nuestra disputa, según parece, no consiste en la sustancia de la cosa misma, sino solamente en una circunstancia que se cree gravísima por una y otra parte; y en efecto lo es tanto, que ella sola basta para decidir y terminar el pleito. Estamos perfectamente de acuerdo en la sustancia: esto es, en el espacio de tiempo, que según las Escrituras, ha de haber después del Anticristo (sea este Anticristo lo que quisieris que

sea); este espacio de tiempo os lo he concedido, y os lo concedo de nuevo sin límite alguno. Confieso que tenéis gran razón en pedirlo, porque es innegable. Conque la discordia está solamente en una circunstancia: es a saber, si el espacio de tiempo debe ser después del Anticristo, muerto y destruido por el príncipe San Miguel, antes de la venida de Cristo; o muerto y destruido por Cristo mismo, en el día grande de su venida en gloria y majestad. Vos decís lo primero, yo digo lo segundo; con esta sola diferencia, que vos decís lo primero libremente sin fundamento alguno; pues no alegáis, ni es posible alegar la autoridad divina que es la que únicamente nos puede valer en asunto de futuro. Al contrario, yo digo lo segundo, fundado en esta autoridad divina, de que me dan testimonio claro e indubitable las Santas Escrituras, en quienes yo creo firmemente, *que los hombres santos de Dios hablaron, siendo inspirados del Espíritu Santo*. Según estas Santas Escrituras, me parece imposible separar el fin del Anticristo, de la venida del Señor que estamos esperando.

386. Lo habéis visto claro, con circunstancias las más individuales, en el capítulo XIX del Apocalipsis. Lo habéis visto claramente confirmado por el Apóstol de las gentes, el cual dice expresamente, que el mismo Señor Jesús destruirá al Anticristo con la ilustración de su venida. Lo habéis visto claramente en el Evangelio, en que declara el mismo Señor que su venida del cielo a la tierra *con grande poder y majestad*, sucederá *luego después de la tribulación de aquellos días...* la cual palabra *luego*, se halla en las cuatro versiones sin alteración alguna: esto es, en la Siriaca, en la de Arias Montano, y en la de Erasmo. Después de todo esto, lo habéis visto todavía más claro, por las consecuencias intolerables que se seguirían legítimamente, si se separase el fin del Anticristo de la venida de Cristo, como queda observado en el párrafo V y VI. Por otra parte, los sucesos que habéis imaginado, con los cuales queréis llenar este espacio de tiempo, son evidentemente incompatibles con los que nos anuncia con tanta claridad el mismo Señor.

387. Después del Anticristo, y antes de la venida de Cristo, suponéis a todos los hombres (y esto sin prueba alguna) no solamente atónitos y espantados de lo que acaba de suceder en el mundo con la venida de San Miguel, y del castigo del Anticristo con todos los reyes, príncipes y grandes de su corte, y de todo su imperio universal; sino también compungidos y llorosos que se volvían, *dándose golpes en los pechos*, haciendo penitencia, y pidiendo misericordia; pues para esto en primer lugar, según vos mismo, se concederá este espacio de tiempo. Suponéis del mismo modo, sin prueba alguna, a todos los obispos que se habían escondido en los montes y cuevas, restituidos a sus iglesias, y recibidos de sus antiguas ovejas con lágrimas de devoción y de ternura. Suponéis todo el mundo desengañado, iluminado, y arrepentido; sin excluir de este gran bien a los duros y obstinados judíos. Suponéis en fin, así a estos, como a todo el residuo de los hombres, esperando por momentos la venida del Señor, en su propia persona y majestad; la cual debe ser presto, en breve, no mucho después, según vos mismo, y según el Evangelio: *luego*. Ahora, si una vez admitimos estas ideas, ¿cómo podremos componerlas con las que hallamos en los Evangelios? ¿Cómo será posible en estas suposiciones, que el día grande de la venida del Señor, que ya insta, halle a todo el mundo tan descuidado y tan inicuo, *así como en los días de Noé*? ¿Cómo será posible que lo halle casi enteramente sin fe? ¿Cómo será posible que aquel día sea para todos los habitantes de la tierra, *día repentino*, y como un lazo imprevisto, en que queden prendidos, porque *así como un lazo*

vendrá sobre todos los que están sobre la haz de toda la tierra? Amigo mío, consideradlo bien, poniendo aparte por un momento toda preocupación. Entre tanto, la conclusión sea, que según todas las Escrituras, parece todavía mucho más difícil separar el fin del Anticristo de la venida de Cristo que separar el fin de la noche del principio del día.

388. No pudiendo, pues, de modo alguno hacerse esta separación, ¿qué se sigue? Me parece que se sigue al punto inevitablemente la dura y terrible consecuencia: luego si se concede y aun se pide un espacio de tiempo después del fin del Anticristo, se debe forzosamente conceder y pedir después de la venida de Cristo. Luego si después del fin del Anticristo ha de haber tiempo suficiente para que puedan verificarse cómodamente los muchos y grandes sucesos que pretenden los doctores, lo deberá haber necesariamente después de la venida de Cristo.

389. Y veis aquí con esto solo arruinado *desde los cimientos* todo el sistema. Veis aquí con esto solo claro, manifiesto y concedido por los mismos doctores, aunque contra su voluntad, aquel espacio de tiempo, que con tantos temores, temblores y recelos propusimos al principio solo como una mera hipótesis o suposición. Veis aquí ya más de cerca los mil años de San Juan, y todos los misterios nuevos y admirables del capítulo XX del Apocalipsis. Veis aquí el juicio de los vivos separado enteramente del de los muertos. En suma, veis aquí con esto solo abiertas todas las puertas, y también todas las ventanas, corridas todas las cortinas, y alzados todos los velos, para ver y entender innumerables profecías, que sin esto nos parecen no solamente oscuras sino la misma oscuridad.

APÉNDICE

390. Cualquiera que lea las observaciones que acabamos de hacer sobre este fenómeno, y no tenga por otra parte suficiente conocimiento de esta causa, es fácil y muy natural que piense dentro de sí una de dos cosas: o que es falso que los doctores separen el fin del Anticristo de la venida de Cristo, haciendo venir en su lugar al arcángel San Miguel: o que si realmente han tomado este partido (que según parece es muy antiguo), habrán hallado en la Escritura Divina algún fundamento sólido e incontrastable; pues no es creíble que hombres tan sensatos y tan eruditos avanzasen una especie como esta, sin estar primero perfectamente asegurados. Esta reflexión, a lo menos cuanto a la segunda parte de la disyuntiva, me parece óptima: y yo confieso, que esta misma es la que me ha hecho buscar con toda diligencia este fundamento. Vamos por partes.

391. Primeramente, es innegable que los intérpretes de la Escritura, según su sistema, procuran del modo posible separar el fin del Anticristo de la venida de Cristo, que esperamos en gloria y majestad, haciendo venir en lugar de Cristo al arcángel San Miguel a la frente de todas las legiones celestiales. Ésta proposición se puede probar de dos maneras, ambas claras, fáciles y perceptibles a todos, por su simplicidad. La primera es,

remitir a los que dudaren a que lo vean por sus ojos en la mayor y más noble parte de los mismos intérpretes: y para minorarles el trabajo, y suavizarles la gran molestia, pedirles solamente, que vean por sus ojos lo que dicen sobre el capítulo XIX del Apocalipsis, sobre el XXXVIII y XXXIX de Ezequiel, sobre el capítulo XII de Daniel, sobre el capítulo XXIV de San Mateo, y sobre el capítulo II de la epístola segunda a los Tesalonicenses. Dije en la mayor y más noble parte de los intérpretes, porque algunos otros gravísimos *por otra parte* penetrando bien la gran dificultad, procuran prescindir de ella, y alejarse todo lo posible; como que no consideran toda la Escritura, sino solamente una parte. Vease lo que queda dicho en el fenómeno tercero párrafo XIII.

392. El segundo modo de probar aquella proposición para los que no pueden o no quieren registrar autores, puede ser este llano y simple discurso. O conceden los doctores que Cristo mismo en su propia persona ha de venir a destruir al Anticristo, o no: si lo conceden, luego aquel espacio de tiempo que también conceden inevitablemente después de destruido el Anticristo, lo deberán conceder después de la venida de Cristo en su propia persona: por consiguiente deberán renunciar a su sistema; si no lo conceden, luego en lugar de la persona de Cristo deberá venir alguna otra persona a la frente de todos los ejércitos del cielo a destruir al Anticristo: pues sin este todo el capítulo XIX del Apocalipsis será una visión sin significado, o será por decirlo mejor una pura ilusión. Si en lugar de Cristo viene otra persona con todos los ejércitos del cielo, ¿quién puede ser sino el príncipe grande San Miguel? Conque aun sin el trabajo de registrar muchos libros, la verdad de aquella proposición queda indubitable.

393. Satisfecha la primera parte de la disyuntiva, nos queda que satisfacer a la segunda que es la principal, en la cual se pueden hacer estas dos preguntas. Primera: ¿con qué fundamento se niega que Jesucristo en su propia persona, y en el día grande de su venida que esperamos, ha de destruir al Anticristo, estando esto tan claro y expreso en las Escrituras? Segunda: ¿con qué fundamento se le da este honor al príncipe grande San Miguel? El fundamento para lo primero lo hemos ya visto por nuestros ojos, ni concibo como pueda quedarnos sobre esto alguna duda. Hablando francamente, no hay otro fundamento real que el miedo y pavor del capítulo doce del Apocalipsis, o del espacio de tiempo que es necesario conceder, y que se concede aunque a más no poder, después del fin del Anticristo. Si fuera de este fundamento hubiese otro siquiera pasable, es claro que se debía producir, y mucho más claro que no se dejara de hacer.

394. El fundamento para lo segundo, es el que ahora voy a exponer, que al fin lo hallé después de alguna diligencia. No digo que lo hallé en la Escritura misma, sino en la Escritura explicada del modo que se explican los tres lugares, de que hemos hablado, principalmente en este fenómeno. Es, pues, todo el fundamento para hacer venir a San Miguel, a destruir al Anticristo, el capítulo XII de Daniel, que empieza así: *Y en aquel tiempo se levantará Miguel príncipe grande, que es el defensor de los hijos de tu pueblo, y vendrá tiempo, cual no fue desde que las gentes comenzaron a ser hasta aquel tiempo. Y en aquel tiempo será salvo tu pueblo, todo el que se hallare escrito en el libro.*

395. Consideremos este texto con particular atención, porque no hay duda que mirándolo solo a bulto, superficialmente, y de prisa, no deja de mostrar alguna apariencia. Para que

este texto favorezca de algún modo la expedición de San Miguel que se pretende contra el Anticristo, es necesario que aquellas primeras palabras: *Y en aquel tiempo se levantará Miguel*, aludan al tiempo mismo del Anticristo, porque si realmente aluden a otro tiempo anterior, de nada pueden servir para el intento. Más claro. Si la expedición de San Miguel de que se habla en este lugar, debe suceder antes del Anticristo, antes de los tiempos borrascosos y terribles de la grande tribulación, con esto solo estará concluida la disputa, pues ésta se prueba fácilmente con el mismo texto sin salir de él. Es claro que aquí se habla de dos tiempos diversos: *Y en aquel tiempo se levantará Miguel*; éste es el primero. El segundo tiempo es posterior, y como una consecuencia de él *se levantará Miguel*, y de este tiempo que se ha de seguir después de la expedición de San Miguel, se dice que será tan terrible cual nunca se habrá visto hasta entonces: *y vendrá tiempo, cual no fue desde que las gentes comenzaron a ser hasta aquel tiempo*.

396. Ahora, se pregunta: este tiempo tan terrible, posterior y consiguiente a la expedición de San Miguel, ¿cual será? ¿Será acaso el tiempo que debe seguirse por confesión de los doctores después de la muerte del Anticristo? Ciertamente que no: porque este espacio de tiempo lo suponen como el más quieto y pacífico de todos los tiempos. ¿Será el tiempo que puede emplear San Miguel con todos los ejércitos del cielo en matar al Anticristo, y destruir su imperio universal? Tampoco: ya porque para esto sobra un minuto, pues sabemos que un ángel solo destruyó todo el ejército de Senaquerib, matando en una noche o en un momento de esta noche 185 mil soldados: ya porque no es creíble que la terribilidad tan ponderada de aquel tiempo hable solamente con el Anticristo, y con sus secuaces. En este caso no dijera el Señor: *habrá entonces grande tribulación, cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y sino fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva: mas por los escogidos aquellos días serán abreviados*. ¿Qué daño puede hacer San Miguel a los escogidos? ¿Es creíble que Dios abrevió aquellos días, o aquel tiempo de tribulación que causa San Miguel en el Anticristo, y en sus amigos, para que no se perviertan, ni se pierdan aun los mismos escogidos?

Es creíble que esta tribulación causada por San Miguel sea tan peligrosa, *de modo que, si puede ser, caigan en error aun los escogidos*? Luego no es éste el tiempo de que habla Daniel, cuando dice: *se levantará Miguel... y vendrá tiempo, cual no fue*, etc. Luego este *vendrá tiempo*, alude a otro tiempo posterior a la expedición de San Miguel. Luego es el tiempo mismo de la tribulación que causará en el mundo el Anticristo, el cual será necesario abreviar para que no se pierdan aun los escogidos. Luego la expedición de San Miguel no puede ser contra el Anticristo, pues éste no ha venido.

397. ¿Pues a qué viene San Miguel, y contra quién viene si no viene contra el Anticristo? Esta pregunta procede sobre una falsa suposición. Aquí se supone que San Miguel ha de venir con sus ángeles a esta nuestra tierra contra alguno: mas esto ¿de dónde se prueba? El texto no lo dice, ni insinúa, ni da señal por donde sospecharlo. Solo dice: *Y en aquel tiempo se levantará Miguel*. En aquel tiempo de que acaba de hablar el capítulo antecedente, se levantará San Miguel, no solo, sino con otros ángeles, pues el verbo *consurgo* esto significa; mas no dice a qué se levantará, ni contra quién, ni a dónde irá, ni qué cosas hará, etc. Todo esto lo deja en un profundo silencio.

398. Mas lo que no dice este antiquísimo Profeta, lo dice claramente circunstanciado el último de los Profetas, que es San Juan, que es el que en ciertos puntos particulares los explica a todos. Leed el capítulo XII del Apocalipsis, y allí hallaréis este mismo misterio con todas las noticias que podéis desear. Allí hallaréis esta misma expedición de San Miguel explicada y aclarada. Allí hallaréis contra quién es, adónde es, y para que fin. Allí veréis que no es contra el Anticristo, sino contra el dragón, o contra el diablo: que no es en la tierra, sino en el cielo: que no es en los tiempos del Anticristo, sino antes que este aparezca en el mundo. Allí hallaréis que el Anticristo con todo su misterio de iniquidad, y todo la gran tribulación de aquellos días, será solo una resulta y como consecuencia de la expedición de San Miguel: pues arrojado el dragón a la tierra después de la batalla, se oyen luego en el cielo unas voces de compasión y lástima que dicen: *¡Ay de la tierra, y de la mar, porque descendió el diablo a vosotros con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo!* Allí hallaréis en fin, que el dragón vencido y arrojado a la tierra con todos sus ángeles, convierte todas sus iras contra cierta mujer que ha sido la causa de aquella gran batalla: que la mujer huye al desierto con dos alas de águila grande que para esto se le dan: que el dragón la sigue, y no pudiendo alcanzarla, se vuelve lleno de furor a hacer guerra *contra los otros de su linaje, que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo.* Y para hacer esta guerra en toda forma, y sobre seguro, se va a las orillas del mar (metafórico y figurado) a llamar en su ayuda a la bestia de siete cabezas y diez cuernos, la cual se ve al punto salir del mar, y dar principio a la gran tribulación.

399. Que la expedición de San Miguel, de que se habla en este capítulo XII del Apocalipsis, sea la misma que la del capítulo XII de Daniel, me parece que lo conceden todos los doctores; pues a uno y otro lugar dan la misma explicación. No hablo aquí de aquellos pocos que con la mayor violencia e impropiedad tiran a acomodar este capítulo XII del Apocalipsis a la persecución de Diocleciano; ni habló de aquellos no pocos que en sentido místico aplican a la santísima Virgen algunas pocas cosas de toda esta gran profecía, dejando todas las otras como que no hacen a su propósito: hablo solo de los intérpretes literales, quienes aunque conceden que el misterio es el mismo en el apóstol, que en el profeta; mas en uno y otro se explican tan poco, y con tanta oscuridad, que no se puede formar idea de lo que quieren decir. Lo que únicamente se conoce es, que confunden demasiado al dragón con la bestia que sale del mar; y lo que es batalla de San Miguel con el dragón, lo hacen igualmente batalla con la bestia: no advirtiendo, o no haciéndose cargo que la bestia no sale del mar, sino después que el dragón ha sido vencido en la batalla; después que ha sido arrojado a la tierra; después que ha perseguido a la mujer metafórica; después que ésta ha olvidado el destierro; después que ha perdido la esperanza de alcanzarla. A lo menos es cierto que esta batalla de San Miguel con el dragón, la ponen y suponen en los tiempos del Anticristo, pues dicen que será para defender a la iglesia de la persecución del Anticristo.

400. No obstante esta certeza y seguridad tan poco fundada, tan ajena, tan distante, tan opuesta al texto sagrado, ninguno nos dice una palabra sobre algunas otras cosas que quisiéramos saber, verbi gratia si en esta batalla quedará también vencido el Anticristo, o solamente el dragón: si en esta batalla morirá el Anticristo, y todo su imperio universal, o si será necesaria otra venida del mismo San Miguel para matar a este monarca. No hay

que esperar sobre esto alguna idea precisa y clara. Todo se halla confuso e ininteligible. Que en esta batalla de que hablamos, muera también el Anticristo, o quede vencido, o destruido por San Miguel, parece imposible que se atrevan a decirlo, a lo menos de modo que se entienda claramente que así lo dicen. ¿Por qué? Porque después de esta batalla, después de vencido el dragón con todos sus ángeles, arrojados a la tierra, se ve claramente en el texto sagrado que el dragón mismo convierte toda su indignación contra la mujer vestida del sol: la cual quieren, o suponen, sea la Iglesia; se ve que esta mujer (sea lo que quisieren por ahora) se libra del dragón huyendo al desierto; se ve que en el desierto se está escondida, *de la presencia de la serpiente*, todo el tiempo que dura la persecución del Anticristo, esto es, *mil doscientos y sesenta días*, que son los días que debe durar la gran tribulación como se dice en el capítulo siguiente (por estas palabras), y *le fue dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses* (42 meses, y 1260 días es lo mismo). De todo lo cual se concluye evidentemente, que la batalla de San Miguel con el dragón debe suceder antes de los 42 meses de tribulación; por consiguiente, antes de la revelación del Anticristo. Luego no puede ser contra el Anticristo; luego la venida de San Miguel a destruir al Anticristo es puramente imaginaria; luego el personaje admirable que se describe en el capítulo XIX del Apocalipsis con todas las señales y circunstancias de que tanto hemos hablado, no puede ser el príncipe San Miguel, sino el mismo Jesucristo, hijo de Dios, e hijo de la Virgen, en su propia persona; luego, etc.

401. Esta expedición del príncipe grande San Miguel, de que se habla en Daniel y en el Apocalipsis, con todos los misterios nuevos y admirables de la mujer vestida del sol, etc., pide una observación muy particular y muy prolija, la cual deberemos hacer cuando sea su tiempo. Os la prometo, queriendo Dios, para el fenómeno VIII, después que hayamos observado los tres siguientes, no solo interesantes en sí, sino necesarios para que este pueda entenderse.

FIN DEL TOMO I